

SA 5170.3

PAUL GROUSSAC

SANTIAGO DE LINIERS

CONDE DE BUENOS AIRES

1753-1810

CON UN RETRATO AL AGUA FUERTE
Y UN PLANO DE BUENOS AIRES EN 1807



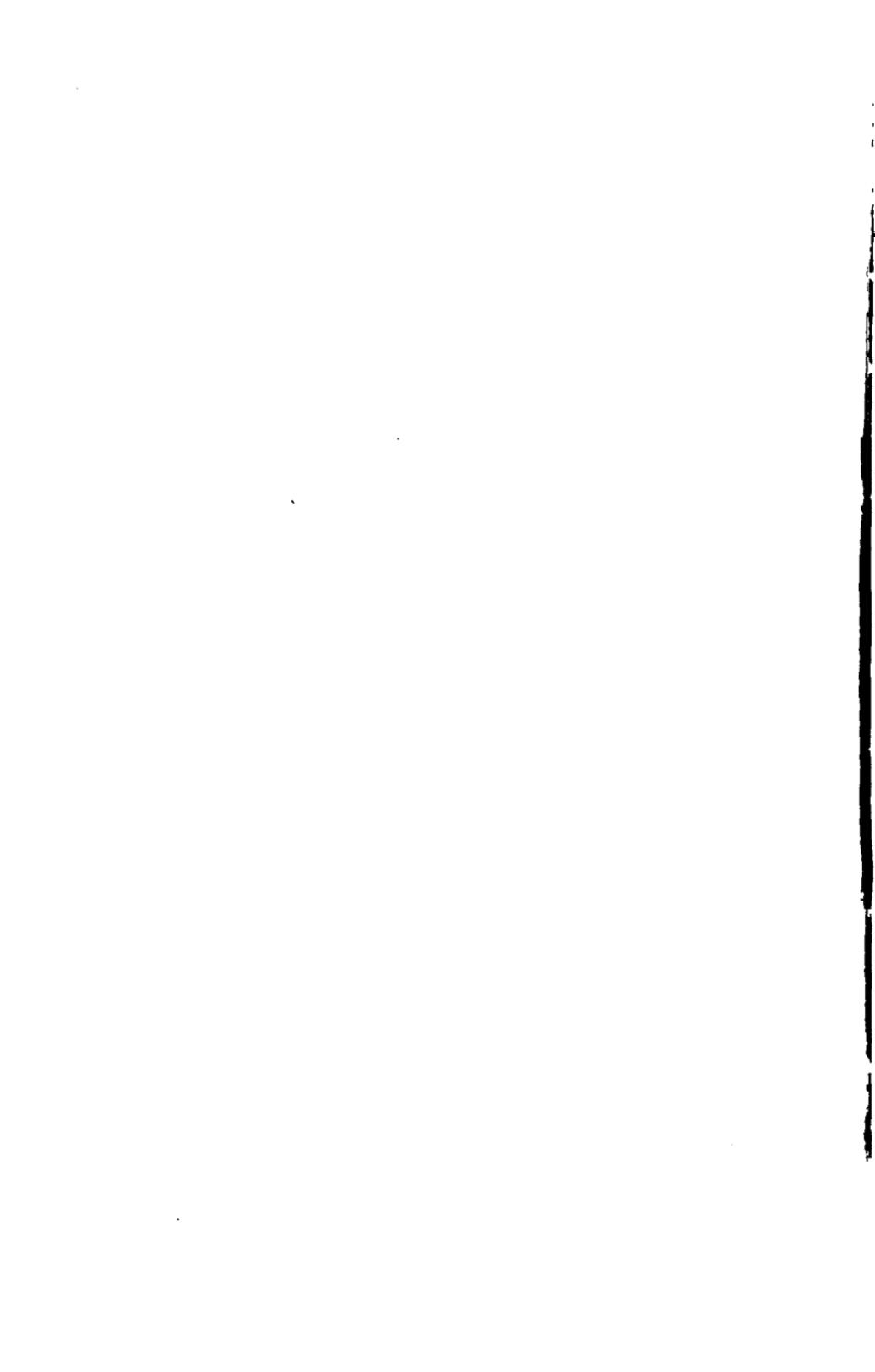
BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES
FLORIDA, 323

1907



SANTIAGO DE LINIERS

CONDE DE BUENOS AIRES



PAUL GROUSSAC

SANTIAGO DE LINIERS

CONDE DE BUENOS AIRES

1753-1810

CON UN REtrato AL AGUA FUERTE
Y UN PLANO DE BUENOS AIRES EN 1807



BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES
FLORIDA, 323

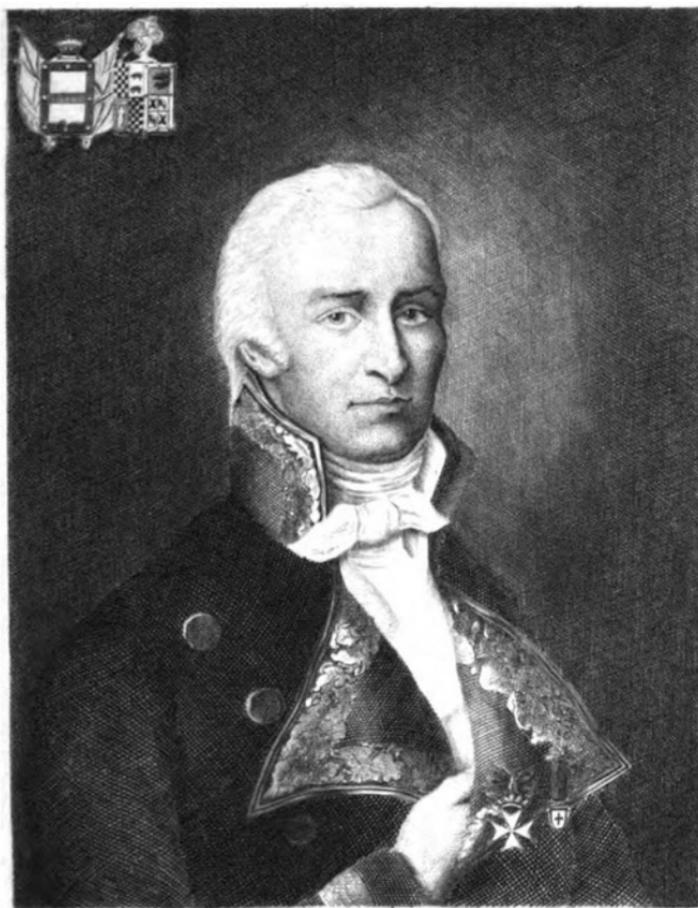
1907

1/2
SA 5070.3

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hav
Mar. 9, 1912

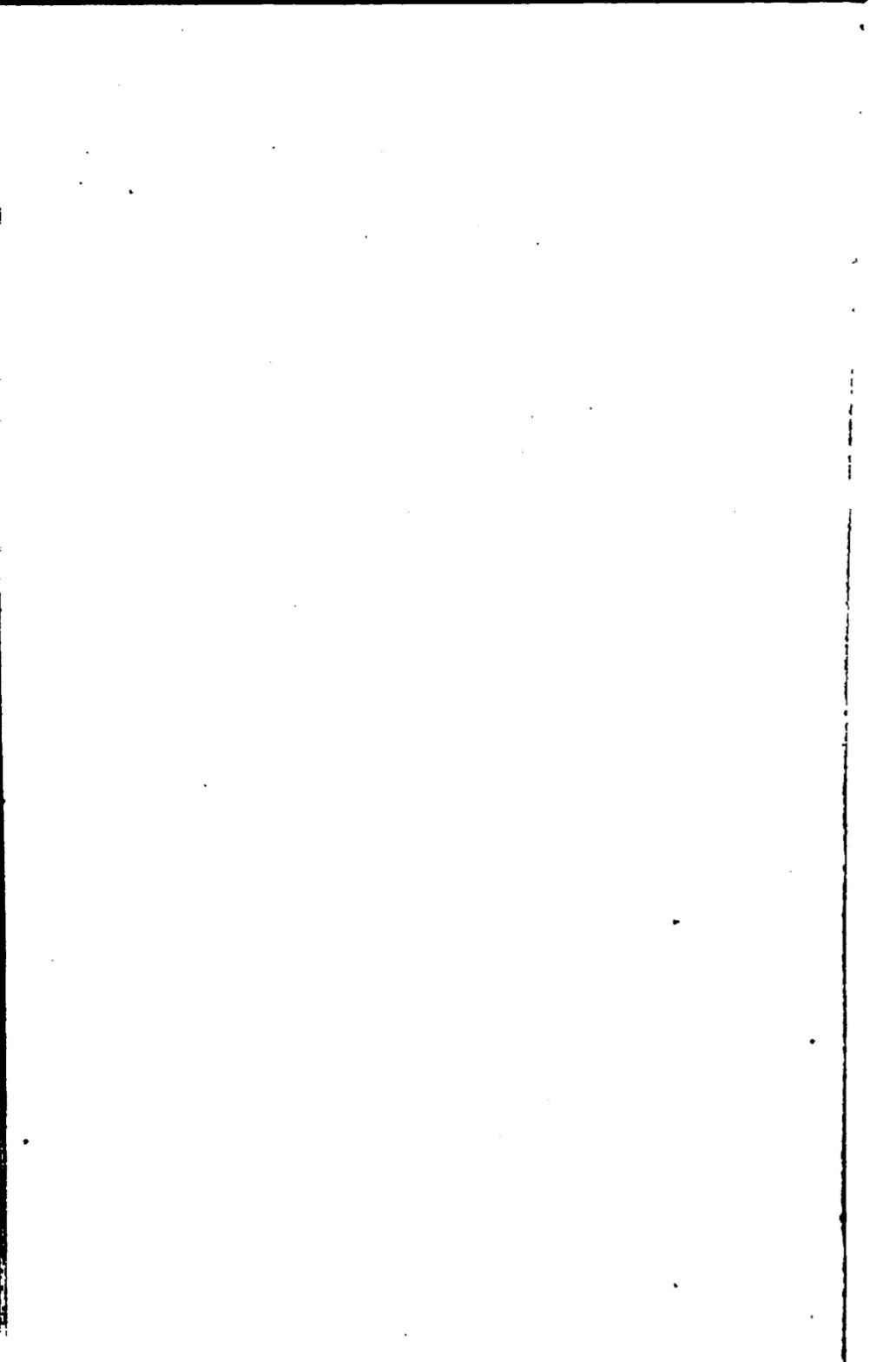
APR 11

11 APR 1912



G. Hagen sculp.

Santiago Liniers





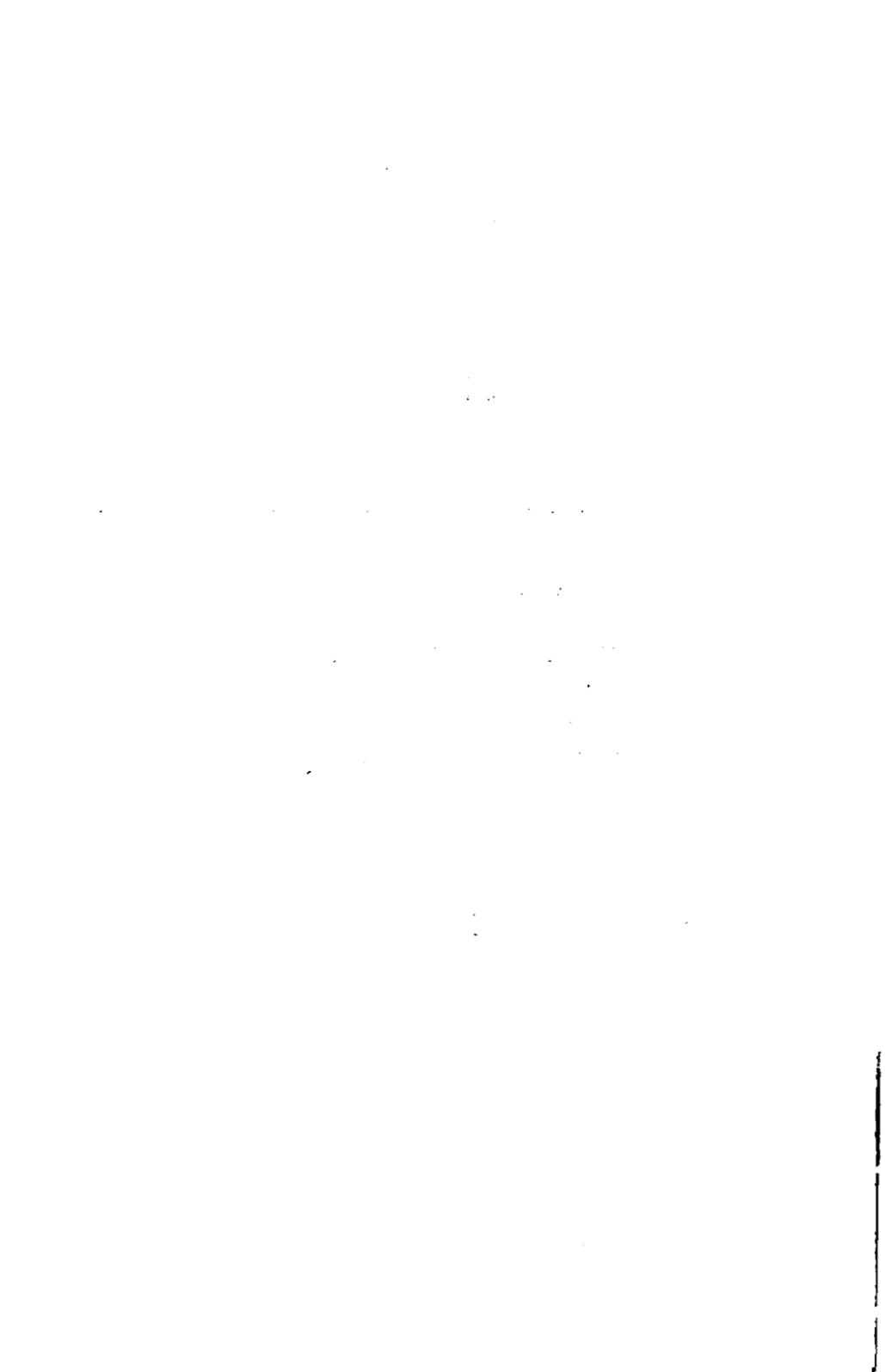
Á ANGEL ESTRADA

Á LA MEMORIA DE

JOSÉ MANUEL ESTRADA

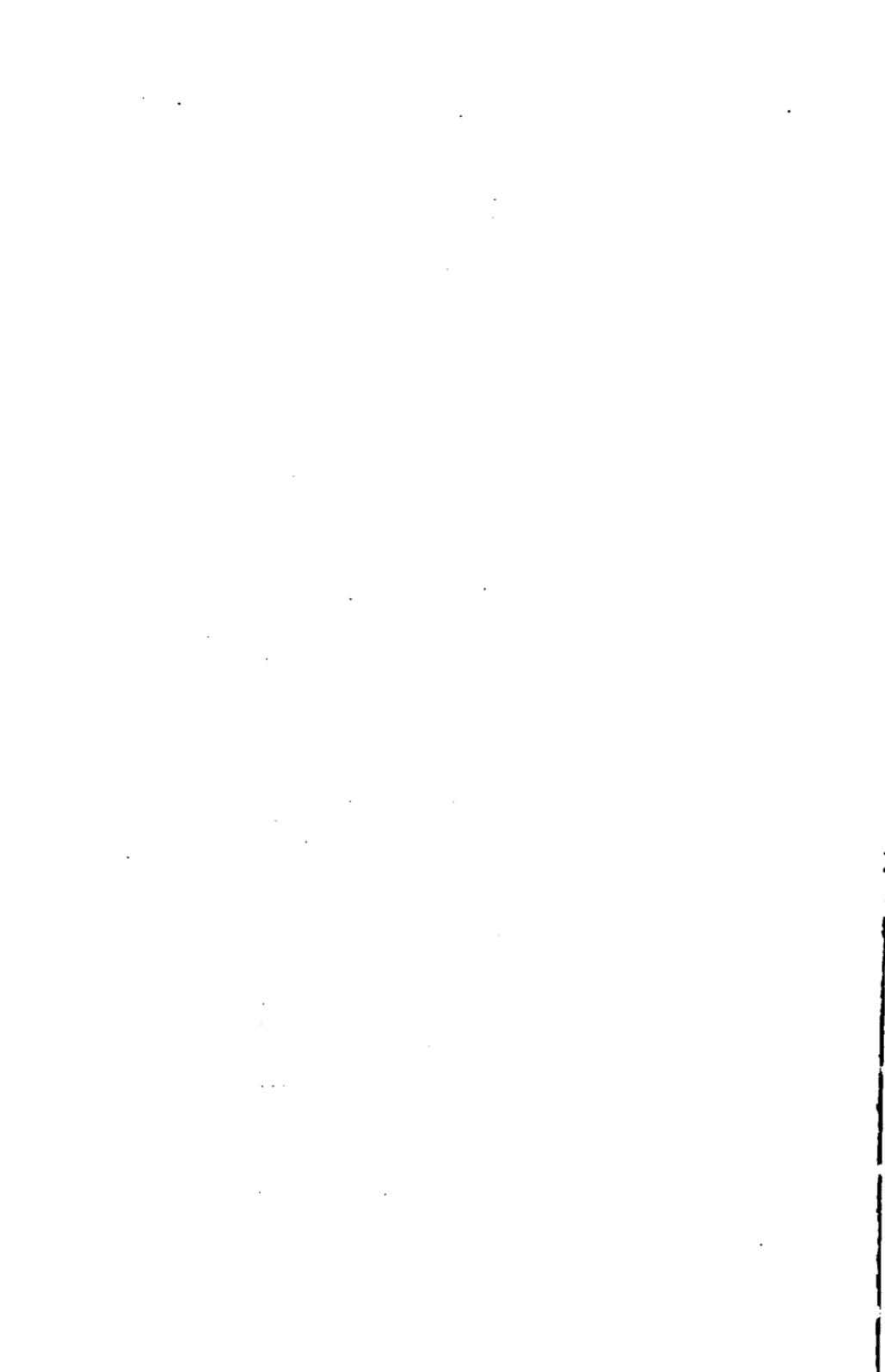
BIZNETOS DE LINIBRS
QUE FUERON MIS PRIMEROS AMIGOS
EN BUENOS AIRES





INDICE

<u>CAP.</u>	<u>PÁG.</u>
PREFACIO.....	IX
PRIMERA PARTE	
LAS INVASIONES INGLESAS	
I.—Orígenes y juventud.....	3
II.—La Toma de Buenos Aires.....	15
III.—La Reconquista.....	68
IV.—La Defensa.....	105
SEGUNDA PARTE	
EL VIRREINATO Y LA REVOLUCIÓN	
Prámbulo.....	157
I.—El Virreinato.....	165
II.—El Conflicto colonial.....	231
III.—La Revolución.....	305
IV.—La Catástrofe.....	373
APÉNDICE	
POLÉMICA SOBRE EL ATAQUE DE BUENOS AIRES	
Paréntesis históricos.—Asalto de Buenos Aires por los ingleses en 1807.....	413
I.—El Plano del asalto.....	415
II.—El Plan de ataque.....	418
III.—Una Maniobra imposible.....	421
IV.—Post-scriptum.....	424
CONTESTACIÓN AL GENERAL MITRE	
I.—El Plano del asalto.....	429
II.—El Plan de ataque.....	440
III.—Una Maniobra imposible y <i>Post-scriptum</i>	446



PREFACIO

La primera parte del presente estudio salió á luz, hace algunos años, en la revista mensual *La Biblioteca*, fundada y dirigida por el autor. Con decir que los capítulos sucesivos fueron escritos en los cortos descansos de mis funciones administrativas y mandados á la imprenta apenas escritos, indico suficientemente que el ensayo dejaría mucho que desear en punto á información original y completa, juzgándole con el actual criterio europeo de la labor histórica. Echaráse de ver sin embargo, por muchas notas y discusiones menudas, que en los estrechos límites del tiempo y del campo de investigación en que me movía, no ahorré diligencia para preparar honradamente mi trabajo y darle cimiento sólido.

Además de aquellas notas textuales, en que frecuentemente señalo mi disentimiento con los historiadores clásicos del Plata, hallarése en un apéndice la parte substancial de la controversia que, sobre algunos episodios de la segunda invasión inglesa, sostuve con el general Mitre. La reproduzco casi entera, no sólo en razón de su importancia intrínseca, sino también como el testimonio más autorizado de la relativa consistencia que, delante de la crítica y á pesar de lo dicho, presentaban mis páginas sueltas. No se extrañará que, del primer artículo del general Mitre, me haya parecido conveniente conservar hasta las apreciaciones benévolas con que mi noble adversario me favorecía, si se tiene en cuenta que las finezas personales se enlazan indisolublemente en la página con un juicio lapidario de Liniers que á ningún precio quisiera omitir, pues constituye bajo tal pluma el homenaje de reparación y jus-

ticia más significativo que al héroe de la Reconquista se haya tributado. He suprimido, sí, de mi réplica,—y por cierto sin esfuerzo alguno,—unas cuantas irreverencias inútiles que traían en sí mismas su castigo, pues hoy me aparecen como otras tantas faltas de elegancia, apenas explicables, en quien aspiró siempre al buen gusto literario, por el acaloramiento del debate. Por lo demás, tengo recibidas del glorioso anciano, hasta en el último lapso de su vida, pruebas inequívocas de la poca impresión que dejaran en su recuerdo aquellos rozamientos momentáneos, casi inevitables en el conflicto de convicciones sinceras.

La segunda parte del trabajo se publicó, después de un intervalo bastante largo, en el tomo tercero de los *Anales de la Biblioteca*, acompañando buena copia de documentos inéditos que fijan por vez primera la biografía americana de nuestro personaje, y fueron extraídos en su mayoría del Archivo general de Buenos Aires ó del departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional. La numeración con que se los designa, en el texto ó las notas de este libro, corresponde al orden de publicación en los *Anales*.—Huelga decir que esta segunda parte ha sido elaborada con mayores y mejores materiales que la primera; y en lo que á la ejecución atañe, acaso podría un lector atento descubrir alguna diferencia entre el estilo del escritor maduro ó menos urgido por la hora, y la «manera abreviada», seguramente más viva y suelta, del improvisador. Sea de ello lo que fuere, nada he tenido que quitar ni poner en estos capítulos finales y, en lo que á mí respecta, definitivos. Debo añadir que, aun en los primeros, fuera de unas cuantas correcciones ó adiciones materiales, dimanadas de mis actuales investigaciones en bibliotecas y archivos europeos, no he alterado substancialmente el fondo ni siquiera la forma del relato primitivo.

Fué mi primer designio, al consentir en esta reimpresión de mi ensayo, aprovechar el caso para regularizar sus proporciones, acendrar y aguzar

el estilo,—borrar, desde luego, las soldaduras todavía visibles que servían, en cada número de la revista, para pegar el capítulo nuevo al fragmento anterior... Muy pronto advertí que sería tan árdua la tarea como dudoso su éxito, siendo imposible reformar útilmente la materia enfriada sin emprender una refundición. Dejo, pues, las cosas como estaban, temiendo, con mi afán de mejorarlas, echarlas más á perder. Deseo que no choquen al lector algunas tentativas de reconstrucción en parte hipotética, que sólo atañen al color local ó marco decorativo, y de ningún modo á los hechos históricos;—ni tampoco cierta soltura del estilo, que suele incurrir en alusiones literarias y giros familiares un tanto reñidos con la inalterable gravedad de la historia escrita al modo clásico.

La historia es ciencia, es arte, es filosofía: todo el mundo lo sabe y repite; pero quiere la desgracia que ocurra á muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseología suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con apellidarse *síntesis*. En consonancia con este concepto errado, se miran y tratan por separado tres aspectos de una misma substancia que la realidad asocia indisolublemente. Ahora bien: muy lejos de haber incompatibilidad entre la historia ya considerada como ciencia, ya como arte, ya como filosofía, debe asentarse que no existe diferencia esencial; pues, prolongada suficientemente, cualquiera de las vías convergentes conduce al encuentro de las demás, pudiendo decirse, según la fórmula de Bacon, que si un saber superficial aleja del arte y la filosofía, un saber más profundo nos vuelve á ellos.

El estudio intenso de los documentos de una época evoca sus hombres y cosas con una vida y potencia casi alucinativas: vemos á las segundas en sus detalles y colorido, escuchamos hablar á los primeros y, como dice Taine, tentados estamos de contestarles en alta voz. Entonces la vi-

sión se torna irresistiblemente filosófica, sin necesidad de largas reflexiones ni moralejas, bastando que surja la psicología del personaje para provocar un juicio ó apreciación moral en el lector. En esos *Orígenes* de Taine, á que acabo de aludir, no hay una sola «consideración» á lo Montesquieu: allí, la ciencia reemplaza á la erudición, como el arte á la «literatura», y la psicología precisa toma el lugar de la vana «filosofía de la historia». La tragedia griega, admirable bosquejo artístico, necesitaba de un coro siempre presente en el proscenio, para extraer la filosofía de cada peripecia y formularla ante el espectador. El drama shakspeariano suprime el coro, que no le hace falta para infundirnos angustia y terror, ni ha menester el poeta intervenir en el conflicto de sus personas: basta mirar sus actos y escuchar sus palabras para que la enseñanza filosófica se desprenda de la evocación soberana y de la palpitante realidad.

Podrán causar extrañeza estas cavilaciones, precediendo un pobre ensayo biográfico que con toda sinceridad declaramos insuficiente; pero no hay inoportunidad para las reflexiones útiles á pesar del conocido aforismo de Horacio. Confieso, por otra parte que, al discurrir este ensayo, tenía mayor intento del que he logrado realizar. *In tenui labor*, decía el otro gran poeta, de la abeja que, antes de elaborar su miel, resuelve con infalible instinto un problema de geometría. Así, hubiera deseado que en sus modestísimas proporciones este pabellón aislado tuviera los mismos requisitos que deben llenar otros edificios más ambiciosos: quiero decir que, sobre sólidos cimientos y *substructura* invisible, habría de alzarse del suelo la obra, severa y esbelta en su pequeñez, sin que en ella se echara de menos la información completa, ni la adecuada filosofía, ni, acaso, la preocupación artística. Lo insuficiente de la realización nada prueba contra la bondad del intento, y no es censurable que el escritor tenga á la vista un ideal superior á su alcance. A las

veces lo grande cabe en lo pequeño, y como se dice en la sutil secuencia de Tomás de Aquino que meció nuestra infancia católica:

*Tantum esse sub fragmento
Quantum toto tegitur.*

Como podrá el lector observarlo en el enlace de los sucesos, son varias las causas que han concurrido para que Liniers no alcanzara justicia plena de la posteridad argentina. A más de las razones políticas, harto evidentes, no parece dudoso que haya influido cierta incompatibilidad secreta entre el modelo y sus pintores. Faltando á la par la afinidad natural, que pudiera atraerlos hacia esa extraña y elegante idiosincrasia de francés del antiguo régimen (¡tan poco ajustada á los antiguos moldes coloniales ó criollos!) y la adquirida comprensión crítica, que permite profesar admiración aun por lo que menos se ama: era fatal que nuestros primeros historiadores juzgaran á Liniers con sus antipatías,—vale decir,—le ejecutaran sin juzgarle, como en otro monte de los Papagayos. Tal ha sucedido, en efecto; y creo que no desconozco la índole de este trabajo, ni exagero su importancia, al asentar que, con todas sus deficiencias, representa una tentativa imparcial, sólo fundada en documentos fehacientes y debidamente discutidos, para pronunciar sobre la ilustre víctima de la Cruz Alta la sentencia de equidad que la pasión por tantos años le denegara.

Para que las lecciones de la historia alcancen autoridad y real eficacia, es necesario darles por base esta verdad fundamental: no existen dos morales (y hasta la corrección gramatical protesta contra la dualidad); la una teórica y absoluta, sólo aplicable á las especulaciones abstractas, ó que volvemos tales porque no hieren nuestros intereses; la otra flexible, práctica ó, como ahora diríamos, *oportunistá*, y que se reservara para solucionar cómodamente los conflictos ocurrentes entre nuestras pasiones y las ajenas. Es, por cier-

to, achaque humano el que este segundo y falso concepto de la moralidad predomine durante las tempestades nacionales; empero, el hecho de persistir durante años y siglos en el alma de un pueblo, cual con el español sucede,—hasta el grado de impedir tiránicamente la elaboración de la historia verídica, que debe representar la conciencia colectiva,—es un síntoma de incurable inferioridad. Mero conflicto de pasiones fueron por mucho tiempo los relatos «criollos» y «metropolitanos» de la Independencia; y si poco nos importa ya que se perpetúe en España tan anticuado sistema, conviene al contrario que se extirpe sin contemplaciones ni demora de la historia argentina. No es bueno que, haciendo simetría con la tesis vetusta del *Código de Indias*, levanten los teóricos americanos otro derecho divino, no menos intransigente y parcial, que consistiere en santificar ó amnistiar los peores excesos revolucionarios. Y ello, que fuera disculpable, lo repetimos, en un Mariano Moreno, protagonista febril y no juez imparcial de la crisis tremenda, no ha debido prolongarse hasta nuestros días, á pretexto de patriotismo, convirtiéndose malamente en criterio histórico. A fuer de francés al servicio de España, y como tal dos veces extranjero, Liniers ha sufrido con agravación los efectos de tan injusta ley. Tachado de traidor por los Alzaga y Elío durante su corto virreinato, soportó igual ultraje de sus recientes glorificadores, cuando creyó que su antigua noción del deber militar no había variado con las circunstancias políticas, y, á tal distancia de la metrópoli, le mandaba quedar fiel al principio aunque caducara el príncipe.

Esa actitud correcta del funcionario y del soldado—que se tornó heroica ante la muerte aceptada—es la que, por la obcecación patriótica de algunos y la indiferencia pasiva de los demás, se quiso calificar de «criminal» entre nosotros,—en tanto que era glorificada en España como un ejemplo memorable de sacrificio voluntario y leal-

tad. Felizmente está desapareciendo—si ya no ha cesado del todo—tan deplorable dualismo moral. Sin confundirse con la exaltación española, la conciencia argentina ha sentido, según la noble máxima de Sieyès que «no pueden ser libres los que no saben ser justos».

Ahora bien: las primeras palabras de desagravio á la memoria de la víctima, las profirió, como ya se tiene indicado, el que llamé alguna vez —y creo que sin protesta de nadie—«el más ilustre y respetado de los argentinos». Y, lo declaro sin embarazo, tan á honra tengo el haber sido ocasión para que dichas palabras se pronunciaran, y por tan valiosas las tengo en la obra como de reparación histórica, que quiero transcribirlas en seguida, desprendiéndolas del texto íntegro que el lector encontrará en el Apéndice:

«Así, he seguido con interés la lectura de ese estudio (el presente), que algo agrega á la historia argentina, aunque disintiese en muchos puntos de su modo de ver y de pensar; pues simpatizaba con el sentimiento nativo que mueve al señor Groussac á exaltar la figura de un varón de su raza, que se ilustró entre nosotros como el primer caudillo militar que nos condujo por primera vez á la victoria, al ensayar las armas con que conquistamos la independencia, siendo por la fatalidad de los tiempos, la primera víctima inmolatoria de nuestra revolución. Gloria es debida al héroe franco-hispano-argentino de la Reconquista y de la Defensa de Buenos Aires. Sobre su tumba pueden darse el abrazo de fraternidad españoles y argentinos, y honrar juntos la memoria de un hijo de la heroica Francia.»

Viniendo de quien viene, tan elocuente y espontáneo manifiesto prueba evidentemente que se ha dado un gran paso en el camino de la justicia póstuma, y que se acerca la hora solemne, igualmente honrosa para el glorificado y los glorificadores, en que tomando aquélla una forma material y perenne, se alce la estatua del Reconquistador en el corazón de la ciudad por él reconquistada. Entre tanto, sólo quiero agregar á este prefacio una breve reflexión, que mejor llamara—á la francesa

—«confidencia». Releo estos artículos, al decidir su reimpresión, en mi tierra natal, por entre el delicioso bullicio de mi querido París—al que los nuevos bárbaros del orbe no han logrado aún quitar del todo su antigua gracia é histórica belleza; y huelga decir que empaña siempre mis mejores horas (fuera de otras razones íntimas y profundas) la sombra ya proyectada por la próxima despedida, que presiento habrá de ser definitiva. Pues bien: al recorrer de nuevo esta biografía de un francés, escrita por mí en lengua castellana,—que en este prestado albergue del Boulevard Haussmann me suena á melancólica ironía,—la sensación persistente, el como vaho sutil que de estas páginas se desprende no evoca ahora para mí la silueta airosa del compatriota cuya exaltación persiguiera, según insinúa más arriba mi respetado crítico, sino la masa oscura y esfumada del Buenos Aires familiar donde actuara mi héroe. A la distancia, el personaje se pierde en el vasto escenario; y la conciencia que ahora me asiste, contra cualquier afirmación contraria, es que en el presente libro encontrará el lector imparcial, no tanto la biografía de un francés que se ilustró bajo la bandera española, cuanto un fragmento de verdadera historia argentina, con suficiente color y sabor local, y que, si no me engaña el sentido, huele mucho menos á parque parisense que á llanura pampeana y monte arribeño.

París, 15 de julio de 1907.

PRIMERA PARTE
LAS INVASIONES INGLESAS



SANTIAGO DE LINIERS

CAPITULO PRIMERO

ORÍGENES Y JUVENTUD

La familia de Liniers pertenece á la antigua nobleza militar del Poitou; su ilustración debidamente establecida es anterior á la guerra de Cien Años, como bastaría á demostrarlo—aunque no figurase en el clásico *Armorial* de d’Hozier (1)—el mero hecho de contar en su ascendencia hasta ocho caballeros de San Juan de Jerusalén, figurando el más antiguo desde el año 1556 en los anales de la orden. Sabido es que para ser admitido como caballero en la histórica cofradía militar, era indispensable producir pruebas de nobleza; éstas, en Francia, eran de ocho grados por las dos ramas paterna y materna. El examen de estas pruebas *literales*—ó sea comprobadas por títulos y diplomas, y no por tradición—era en extremo severo, y la sola cruz de Malta, anterior al límite de 1560, según la regla heráldica del siglo XVIII, constituía una ejecutoria inatacable.

(1) La familia de Liniers no figura en los registros del *Armorial* que han sido publicados; pero tengo á la vista, en copia auténtica, el *Brevet* de nobleza, con el registro del escudo en el *Armorial*, otorgado en 1699 por Charles d’Hozier, *Conseiller du roi et juge d’armes, etcetera*.

Hé aquí, para los curiosos de estas vanidades muertas, la descripción exacta del escudo de la familia, con arreglo al Diccionario del blasón: *De plata, una faja de gules; bordura de sable cargada de ocho bezantes de oro.* Desde 1819, los descendientes directos del conde de Buenos Aires, por autorización de la cancillería española, agregan al escudo la corona condal con las banderas inglesas en soporte, cañones, áncoras y demás trofeos militares.

Santiago de Liniers nació en Niort, el 25 de julio de 1753 (1); cumplía, pues, cincuenta y tres años exactamente el día en que acampaba en Canelones, camino de la Colonia, con los mil de la Reconquista. ¡Era algo tarde (como exclamaría Pascal con su formidable ironía) para desposarse con la gloria! Con todo no son raras en la historia—desde César hasta Colón—si bien no siempre duraderas, éstas uniones desproporcionadas en la edad del «matrimonio de razón».—Es muy sabido que, hasta esa fecha inolvidable, la carrera de Liniers, descendiente de soldados y marinos arrojados, se había desenvuelto como la de sus abuelos en el claroscuro de la notoriedad casera y sin marcado relieve exterior. Empero es toda ella honrosa en su medianía, y merece recordarse rápidamente, puesto que algunos biógrafos argentinos, y hasta franceses, han dado en presentar á Liniers como una suerte de aventurero y advenedizo feliz.

Tercer hijo varón del caballero Jacques de Liniers, oficial de la marina francesa, y de su esposa Enriqueta de Brémond, también de noble estirpe, nuestro Santiago no podía esperar sino una porción muy diminuta del patrimonio ya mermado que se transmitía casi entero al primogénito: entre las dos carreras aristocráticas, el ejército y la iglesia, eligió la primera. Después

(1) Sabido es que el 25 de julio es el día de Santiago. Puede que la coincidencia influyera en la designación, aunque el nombre era patronímico desde el siglo xv en la familia de Liniers.

de educarse en el Oratorio, ingresó á los doce años en la orden de Malta, como paje del Gran Maestre, Manuel Pinto de Fonseca (1). Liniers fué, pues, uno de tantos «segundones de fortuna» que, al igual que los Wellington, Pitt, Fox, Chateaubriand, protestaban con su ejemplo contra el absurdo privilegio de la primogenitura, restaurando el lustre familiar y, á las veces, amparando al heredero pródigo venido á menos. Sabido es que el hermano mayor de Liniers, después de vivir en la corte de Versailles y subir en las carrozas del rey, emigró á América durante la revolución francesa y pasó en Buenos Aires el resto de su vida (2).

Santiago permaneció tres años en Malta, que, según se ha dicho, era entonces una escuela militar de la nobleza europea.—Aunque muy decaída de su antiguo esplendor y en vísperas de ser arrasada junto con otras instituciones medievales, la «inclita orden» mantenía aun, con una renta anual de ocho millones de libras francesas, fuerzas de mar y tierra suficientes á castigar la auda-

(1) Jiménez, dice la *Biografía* de Richard y repiten otros; pero Jiménez no fué elegido hasta el año 1773.

(2) El conde Santiago Luis Enrique de Liniers, nacido en Niort en 1749; coronel de infantería y caballero de San Luis. Según un manuscrito autógrafo de la Biblioteca Nacional, merced á la amistad de Fernán Núñez, antiguo embajador de España en París (á quien tratara en casa de sus «parientes la mariscal de Noailles Mouchy y el duque de La Rochefoucauld»), obtuvo de Floridablanca una vaga comisión de estudio para el Río de la Plata. Fuera del gracioso enredo con Souza Coutinho, que tenemos publicado en el núm. 4 de la *Biblioteca*, existen en este archivo varias memorias manuscritas del conde de Liniers, que alguna vez fué confundido con el virrey. Le pertenecía la «quinta de Liniers», donde había establecido, con resultado mediocre, una fábrica de conservas de carne. El gobierno, por R. O. expedida en Aranjuez, el 5 de junio de 1790, reconoció su grado en el ejército español, nombrándole coronel agregado á las tropas del Río de la Plata (M. S. del Archivo). Por otra Real Orden de agosto 1808, se le concedió el sueldo de 200 \$ mensuales. Murió en Buenos Aires, en junio de 1809, según consta de una proclama de Liniers, citada más adelante.

cia renaciente de los piratas berberiscos. El paje Liniers hubo de asistir á alguna de las expediciones que—como la dirigida contra Mehemet Bajá—reavivaban con un supremo reflejo de gloria los viejos pendones rojos de Villiers de l'Isle Adam y la Valette. En 1768, volvió á su patria con la cruz de caballero, que nunca dejó de mencionar en sus despachos y proclamas, aun después que diera de barato la partícula nobiliaria y firmara llanamente: *Santiago Liniers*. Por recomendación de su tío materno, el conde de Brémond d'Ars, gobernador de Amboise (1) y muy vinculado á la fortuna de Choiseul, fuéle fácil conseguir un despacho de subteniente de caballería, en el regimiento de Royal-Piémont. No debió más al ministro, y menos aun á la omnipotente favorita—á pesar de lo que, contra toda cronología, afirma un historiador argentino (2).

Liniers se consumía obscuramente en la inacción de la paz continental que siguió á la guerra de Siete años. En 1774, su regimiento estaba de guarnición en Carcassonne. Rumores de guerras lejanas encendieron su imaginación juvenil—despertando quizá el instinto atávico de trashumancia que, desde el siglo xv, dispersó por Europa y particularmente en España, á varios de sus ascendientes. Llenaba el ambiente militar el rumor

(1) Según datos de Peltier (biografía reproducida en la *Biblioteca Federal*) y del marqués de Sassenay (*Napoleon Ier et la République Argentine*). Todo esto merecería confirmación. Si Liniers pertenecía á la ilustre rama de los Brémond d'Ars (pues los Brémond son innumerables), era sobrino del heroico Jean-Louis, cuya muerte deplora J. J. Rousseau en una carta á su hermana, la marquesa de Verdelin.

(2) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia Argentina*, II, 182: «Liniers era un francés! y no un francés así no más, sino un francés de la corte de Choiseul y de la escuela de la Pompadour.»—Liniers tenía 11 años y se educaba en el Oratorio cuando murió la célebre *metresa* de Luis XV, según escribía el embajador español para ensayar gracias de *talón rouge*. Choiseul cayó del ministerio en 1770; no es imposible que nuestro subteniente de 16 años fuera presentado al omnipotente ministro; pero es harto evidente que no pudo pertenecer á su corte ó círculo.

de la expedición que, con pretextos más ó menos fundados, preparaba el gobierno español contra Marruecos y Argel; además, él se había criado en Malta en una atmósfera de rencores contra los musulmanes: todo ello fué causa sobrada para que se sintiera impelido, como otros voluntarios de la nobleza á la moderna cruzada. Devolvió, pues, su despacho de teniente al comandante general del Languedoc (1). Fuera de estarse en plena paz, nada había entonces que se pareciera á nuestro moderno servicio obligatorio. Aceptada la dimisión, Liniers pasó la frontera española y sentó plaza de voluntario en la escuadra reunida en Cartagena para emprender aquella funesta campaña contra los moros argelinos. Todo ello se hizo abierta y correctamente, sin ninguna de las causas ó incidentes que á capricho han inventado algunos biógrafos. El hecho de tomar servicio en el extranjero era entonces tan común como es hoy excepcional; en España, particularmente, y más aún en dicha época, muchos ministros y generales habían nacido fuera de España, y el mismo jefe de la presente expedición, general O'Reilly, era irlandés. Tan es así, que durante toda su carrera europea, puede decirse que Liniers tuvo jefes franceses: desde Rohan, su superior inmediato en la campaña argelina, hasta Crillon, general del ejército sitiador de Mahón y Gibraltar.

La escuadra compuesta de cuarenta y seis buques, al mando de Castejón, llevaba veintidós mil hombres de desembarco. La expedición fué en extremo popular, como lo han sido siempre las guerras moriscas—*plus quam civilia bella*—en esa valiente nación que no puede olvidar su pasado y camina en la senda moderna con la cabeza vuelta hacia atrás. Se le incorporaron, según apunté, miembros de la primera nobleza europea. Liniers sirvió en calidad de edecán del príncipe

(1) Gabriel de Talleyrand, tío del célebre diplomático.

de Rohan, guillotinado durante la revolución. Es probable que, desde entonces, trabara amistad con el futuro virrey Cisneros, que servía también en la escuadra, y para quien su afecto de viejo compañero de armas nunca se desmintió. Deplorable fué el éxito de la empresa. Rechazados los españoles con pérdidas enormes, por esos mismos argelinos que más tarde opusieron tan débil resistencia á la conquista francesa, sólo debieron á un descuido del enemigo el poder embarcarse diezmados y en desorden para ganar Cádiz ó Cartagena; «si no, dice Fernán Núñez, también voluntario en la campaña, no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia».

Felicitado por su conducta, el joven Liniers rindió en Cádiz examen de guardia marina y, á poco, fué ascendido á alférez y embarcado en la expedición que don Pedro Ceballos, el flamante virrey del Río de la Plata, trajo al Brasil, en noviembre de 1776. Venían 9000 hombres de desembarco en diecinueve buques (1). De Montevideo, donde estaba en estación, salió á incorporarse á la escuadra la fragata *Rosalía*, á cuyo bordo se encontraba el alférez de navío don Diego de Alvear y Ponce, miembro de la comisión de límites, futuro habitante de Misiones, como Liniers, y como él prometido á extrañas y trágicas aventuras (2). El virreinato tuvo glorioso estre-

(1) *Doce*, según Lafuente; 116 dice Domínguez, 117 afirma López, y así se escribe la historia. ¿Provedrá la confusión de haberse incorporado un convoy mercante á la escuadra de guerra? Nuestra cifra resulta de las *Ordenes, señales y notas por el marqués de Casa Tilly*; en ella se comprenden «las fragatas, chavequines, paquebotes, bombardas y demás embarcaciones». Por lo demás, dicha cifra es la que guarda proporción con las tropas embarcadas. La reciente expedición contra Argel, á que hemos aludido, trajo 22.000 hombres en 46 buques, y, por una singular coincidencia, las cantidades se corresponden matemáticamente; 22.000 : 46 :: 9.000 : 19. Liniers venía á bordo de la bombardas *Hopp* (sic), incorporada á la tercera división.

(2) Es célebre la tragedia naval de las «cuatro fragatas» en que el capitán de navío Alvear perdió á su fami-

no: tomada la isla de Santa Catalina, Ceballos atacó á los portugueses en la Colonia, que se rindió á discreción. Habíase dispuesto la marcha inmediata á Río Grande, cuando llegó la noticia del tratado de San Ildefonso que, con excepción de la Colonia conservada por España, neutralizaba los resultados de la campaña.

A la rastra del Pacto de Familia, tuvo nuevamente España que unir su flota á la francesa contra la de Inglaterra, durante los años de 1779-1781. Liniers hizo campaña á bordo del *San Vicente* y posteriormente de la *Concepción*, en la escuadra de don Luis de Córdoba, mereciendo que uno de sus actos de arrojo fuese celebrado en la *Gaceta de Francia* (diciembre de 1781). En el famoso sitio de Mahón y conquista de Menorca, en que las tropas españolas al mando de Crillon se cubrieron de gloria, el teniente de fragata Liniers se distinguió por su habilidad y bravura, recibiendo una herida durante una acción dirigida por él y calificada de «heróica» por una autoridad competente (1). Mahón se rindió el 5 de febrero de 1782 y Liniers fué ascendido á teniente de navío (2).

No menos brillante fué su conducta en el sitio de Gibraltar, que se inició el mismo año por el victorioso duque de Crillon, si bien con éxito menos feliz. Tocóle mandar en segundo, á las órdenes del príncipe de Nassau, la batería flotante

lia, con excepción del futuro general argentino. Fué tan dolorosa la catástrofe que hasta el *Annual Register* se conmovió al referirla (1805, pág. 555 y 424). Por rara inadvertencia (que conviene rectificar hallándose en la edición definitiva), el general Mitre (*Belgrano*, I, 112) dice que allí «pereció con su familia D. Diego de Alvear». Después de volverse á casar con la inglesa miss Ward, Alvear fué comandante de Cádiz y gobernador militar de la isla de León. Murió en Madrid el 15 de enero de 1830. Como en el primero, tuvo diez hijos en este segundo matrimonio—lo que es, sin duda, una afirmación bastante enérgica de su existencia!

(1) El almirante Pavía (*Revista Militar*, 1851).

(2) Véase el *Mercurio histórico y político* de marzo de 1782.

Talla Piedra, á cuyo bordo se hallaba precisamente el ingeniero d'Arzón, inventor de este sistema de naves que tan mal resultado dieron en la práctica. Bajo los fuegos de la plaza, las baterías flotantes, teóricamente incombustibles, se incendiaron como yesca, y desde luego la *Talla Piedra*, que se hubo de abandonar después de una lucha encarnizada. El príncipe de Nassau y Liniers se salvaron á nado. Con todo, el sitio continuó sin mejor éxito hasta el tratado de Versalles, frustrándose para España la esperanza de recobrar el Peñón. Fué uno de los últimos episodios del bloqueo, la toma del corsario inglés *Elisa* por Liniers, que mandaba el bergantín *Fincastle*, de 18 cañones; por este atrevido golpe de mano fué promovido á capitán de fragata (1). Este rápido ascenso de un extranjero, después de siete años de servicios, es el mejor comentario de su conducta militar.

Pocos meses después, una segunda expedición contra las Regencias berberiscas, al mando de Barceló y no menos infructuosa que las anteriores, reveló en Liniers las dotes de diplomacia y atracción personal que más tarde le atrajeron tanto prestigio en más vasto teatro. Encargado de presentar al Dey de Trípoli, Alhí Bajá, los presentes del rey de España, durante los preliminares del tratado de 1784, á tal punto supo granjearse la voluntad del soberano, que éste le regaló su propio alfanje y le concedió la libertad de varios cautivos europeos (2). A la vuelta de esta negociación, Liniers contrajo matrimonio en Málaga con la señorita Juana de Menviel, que murió cuatro años después; único fruto de ese matrimonio

(1) *Mercurio* de enero de 1783.

(2) Al dey de Argel atribuyen el hecho Richard y S. Estrada, fuera de mencionar al rey Carlos IV que todavía no era tal. El casamiento de Liniers, en junio de 1783, *al volver de Africa*, destruye el aserto. El tratado con la Regencia de Argel es de 1786. Véase: CANTILLO, *Tratados*, pág. 610. Domínguez y la *Biblioteca del Federal* dan el dato exacto.

fué Luis de Liniers, á quien veremos figurar un momento en el drama argentino.

El capitán Liniers pasó los tres años siguientes en las costas de España, ocupado en trabajos hidrográficos que, según el almirante Pavía, diéronle ocasión de mostrar competencia profesional—se le atribuye la invención de un instrumento—hasta que, en 1788, el gobierno le destinó á la escuadrilla del Río de la Plata, de donde nunca más se alejó. En Buenos Aires, volvió á casarse con la hija de don Martín de Sarratea, gerente de la Compañía de Filipinas. Pero entonces comenzaba el desordenado é inepto reinado de Carlos IV, en que el favoritismo y los méritos palaciegos llevarían ventaja á los servicios militares: Liniers fué uno de tantos oficiales que vegetaron durante años en las colonias españolas, cumpliendo obscuramente su deber, sin gloria ni provecho. Con excepción del grado de capitán de navío, que recibió cuando mandaba la escuadrilla de Montevideo, en 1796, no mereció de la corte señal alguna que le diese esperanza en el porvenir. Pobre y ya cargado de familia, se tuvo por muy favorecido cuando el virrey del Pino le nombró gobernador interino de Misiones. Allí se trasladó con su familia y permaneció dos años, estudiando la región bajo el doble aspecto natural y político, y proponiendo medidas administrativas que atestiguaban sus elevadas miras y recto juicio. Una Memoria que redactó en este sentido lleva la fecha de junio de 1804 (1); en ella formulaba críticas fundadas contra funcionarios anteriores, al propio tiempo que describía el estado de las poblaciones con los colores de la verdad. Lejos de ser ello motivo bastante para mantenerle en el puesto, su franqueza le atrajo probablemente la destitución, pues, á los pocos meses de dicha fecha, llegaba para sustituirle el gobernador pro-

(1) Véase la notable *Representación* inédita publicada en el n.º 6 de la *Biblioteca*.

pietario. Durante el largo y penoso viaje de regreso de Candelaria á Buenos Aires, tuvo el dolor de perder á su compañera. Volvió á tomar el mando de la escuadrilla sutil de defensa en el Río de la Plata, condenado como antes, al parecer, á la inacción casi absoluta; pero su oído atento percibía ya extraños rumores de peripecias cercanas. El desastre de Trafalgar, aniquilando las flotas aliadas, entregaba á Inglaterra la rica presa de las colonias españolas. En enero de 1806, una escuadra inglesa se apoderaba del Cabo, á título de posesión francesa, y no parecía dudoso que de allí se dirigiera al Río de la Plata para emprender su conquista. El virrey Sobremonte confió entonces á Liniers la defensa de la Enseñada de Barragán, donde parecía probable que el enemigo intentase el desembarco.

¡Era llegada la hora! A los cincuenta y tres años, Liniers iba á salir bruscamente de la penumbra en que se consumiera su vida, en el vano accecho de la ocasión suprema que su instinto le anunciaba ya (1). Alto, hermoso y elegante; en la plenitud de su robusta madurez; con la irresistible seducción personal que irradia la bondad unida á la bravura y que todos han sentido y consignado, desde sus primeros compañeros de armas hasta el general vencido y el frío analista cordobés, desde las mujeres hasta las rudas muchedumbres: el héroe tanto tiempo pasivo entraba ahora en actividad.—Los incidentes menudos que acabamos de referir rápidamente tienen mera importancia psicológica: ellos nos han mostrado, contra todas las injusticias y calumnias de los contemporáneos que monopolizaron la historia de la Revolución, al gentilhombre de raza, al padre de familia honrado y pobre, al creyente sincero, al soldado pundonoroso y valiente, al jefe militar

(1) Véase en JURIEU DE LA GRAVIÈRE, *Souvenirs d'un Amiral*, II, la extraña impresión que produjeron en el marino francés la persona y la conversación de Liniers.

experimentado y sagaz que aprendió la guerra en buena escuela. Tal es el hombre á quien el destino deparó la suerte inesperada de iniciar la independencia de un pueblo adolescente y asociar indisolublemente su nombre á la historia argentina. Esa larga gestación de más de medio siglo no cobra significación sino en cuanto explica y prepara los cuatro años restantes: es la raíz invisible y subterránea de árbol que ya emerge á la plena luz. Conocidos los antecedentes, entremos á considerar los actos históricos.



CAPITULO SEGUNDO

LA TOMA DE BUENOS AIRES

Al finalizar el año de 1805, en un breve intervalo de pocas semanas, la batalla naval de Trafalgar y la terrestre de Austerlitz marcaron el respectivo apogeo de los émulos seculares cuya rivalidad histórica, fecunda cuanto sangrienta, es uno de los factores de la moderna civilización. Si Francia adquiría en el continente un predominio indiscutible, iba á ser mucho más duradero y eficaz, si no más legítimo, el de Inglaterra sobre los mares: de esta doble evidencia fluyen los acontecimientos que en los años inmediatos trastornaron el mundo. El inmenso navío fondeado, á que se asimila la isla gloriosa, podía levar anclas y recorrer las olas con su pabellón al viento, seguro de no ser atacado y de no conocer más derrotas que el merecido rechazo de tal cual agresión, más insolente, aunque no más injusta que otras.

Entonces el león británico, como el de la Escritura, giró la vista á las cuatro partes del mundo, *quærens quem devoret*; y en tanto que el conquistador francés escribía en la arena su heroica epoyeya,—tan efímera en los hechos, como eterna en la memoria,—el pueblo viril y práctico de Hastings y Pitt señalaba en el mapa las comarcas lejanas que brindaban presa fácil á la ambición á par que nutritiva para su voracidad. Por otra parte, ahora más que nunca necesitaba abrir nuevos mercados á su comercio, nuevas salidas á sus

manufacturas. Si Trafalgar le daba el poder de renovar su programa, el inminente decreto de Berlín se lo impondría como una necesidad. Al pronto, las colonias holandesas y españolas habrían de pagarle los primeros desembolsos del Bloqueo continental. Tal es la doctrina «leonina», base del poderío nacional, que basta á explicar la historia moderna de Inglaterra (1): sus glorias mezcladas de logrerías, su grandeza complicada de especulación. Ese espíritu de lucro heroico domina el alma inglesa, arriba y abajo, así en el ministro que codicia una colonia como en el corsario obscuro que hace presa de un galeón; y en cada aventurero salido de Plymouth ó Liverpool para talar alguna ignota factoría, se anida el propio instinto de audacia artera y brutal, ennoblecido por el orgullo patrio de un Roberto Clive. Su himno nacional es un grito de soberbia que consagra su dominio y su aislamiento en el océano; celebran sus cruceros como otros sus cruzadas; y el *Rule the waves* de su poesía popular da réplica grandiosa al feroz *struggle for life* de su ciencia positiva. No puede ser fortuito el nacimiento del darwinismo en la isla de los Drake y Cavendish.—Abrid la más humilde de esas innumerables relaciones geográficas que obstruyen la literatura inglesa, y hallaréis bajo la pluma de un clergyman ó de un rudo *pioneer* el mismo sentimiento de la solidaridad británica, la propia preocupación, acaso inarticulada, de la «mayor Inglaterra» que revienta magníficamente en los ensayos de Macaulay y las arengas de Disraeli. Por eso es que, implícitamente, y á pesar de las protestas ó desaprobaciones exteriores de su gobierno, cada jefe de expedición lejana, por subalterno que sea, se siente independiente y, como vamos á verlo, impelido á intentar de su cuenta y

(1) Véanse las obras de Seeley, *The Expansion of England*, y de Thorold Rogers, *The Economic interpretation of History*.

riesgo cualquier empresa que tenga por objeto el engrandecimiento británico: desautorizado en público por el superior, descansa en su aprobación oculta. Sabe que será aceptado cualquier triunfo, si bien condenado cualquier desastre. Ante el derecho internacional, el éxito es siempre un elemento del juicio: en Inglaterra, es su criterio casi absoluto. Al igual que todos los argonautas de su país, Sir Home Popham, al acometer sin órdenes la conquista de Buenos Aires, no ignoraba á qué condiciones estaba de antemano sometida: tenía enfrente el ejemplo del almirante Bing, fusilado por su fracaso ante Menorca. Pero quiso correr el albur y, como allá se dice, *to try his luck*, probar su suerte. El único delito era la victoria, la que fué acogida con entusiasmo: el Almirantazgo sólo vituperó la derrota.—En el fondo, hay que confesarlo, la lógica inglesa es la lógica humana. Sin duda, Inglaterra, que no ama á nadie, no es amada de muchos. En el desempeño de su vasta misión civilizadora, que mezcla el mercantilismo de Cartago al orgullo de Roma, no escucha bastante el lamento que levantan las víctimas de sus violencias ó usurpaciones. Su política sin entrañas despierta antipatía, su protección usurera no cria gratitud. Aun cuando brinda una fruta de sazón á su huésped del día, éste siente el duro hueso central por entre la pulpa jugosa. Su acción exterior, cuando más «altruista» en la apariencia y más benéfica en la realidad, no deja nunca de ser la irradiación de su egoísmo. Pero se consuela,—mejor dicho, vive consolada,—constándole, con la historia en la mano, que ha tomado la mejor parte. Resulta más admirada que odiada, sobre todo entre los pueblos débiles y pobres que adoran la fuerza ruda y la riqueza. De esto hallaremos algunas muestras características en el siguiente bosquejo de la reconquista y defensa de Buenos Aires, al determinar el papel que en ambas jornadas desempeñó Santiago Liniers.

I

No esperó Inglaterra su victoria de Trafalgar para disponer un ataque á las colonias de los aliados, ni, como se ha dicho, fué consecuencia de esa jornada harto decisiva, el envío inmediato de una escuadra á recuperar el cabo de Buena Esperanza, devuelto á la República bátava por el tratado de Amiens (1). Desde julio de 1805, el ministro Castlereagh, secretario para las colonias en el presente y último ministerio de Pitt, cumplía un antiguo designio de su jefe y amigo, al designar al mayor general Sir David Baird para mandar en jefe la expedición armada contra el Cabo que «en breves días» debía embarcarse en Cork y reunirse en Madera. Según las instrucciones «muy secretas» transmitidas por el Almirantazgo, la escuadra confiada al capitán Sir Home Popham, después de embarcar los 6654 hombres de Baird, debía zarpar sin demora para su destino, y realizada la conquista del Cabo (que

(1) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, I, 549-50. Repetimos que es obligación penosa, pero indeclinable, prevenir al lector contra varios errores materiales diseminados en obras que, por su indisputada autoridad, tienden á perpetuarlos é imponerlos. Nadie llegó jamás á la verdad absoluta, pero es deber de probidad procurarla y perseguirla sin omitir esfuerzo ni ahorrar labor. El brillante y espontáneo escritor, que cultivaba la inexactitud como un don literario, se ha excedido á sí mismo en las dos páginas citadas. Casi no hay proposición que no contenga un juicio imperioso ingerido en un error material. V. gr.: el envío de la expedición para el Cabo no es posterior sino muy anterior (seis meses) al combate de Trafalgar; la muerte de Pitt ocurrió después de la toma del Cabo, y se vienen al suelo las consideraciones imaginarias que llenan media página; lo de «la anexión de los Países Bajos y Holanda á los dominios (?) de los hermanos de Bonaparte», encierra tantos errores como palabras; etc., etc.—Es sabido que la República bátava, satélite de Francia, como España, desde 1795, fué erigida en reino de Holanda para Luis Bonaparte, en junio de 1806, pero el país no fué anexado al Imperio hasta 1810.

se daba por segura), distribuirse entre Santa Helena y la India. No se hacía mención del Río de la Plata. Fuera de los transportes, dicha escuadra comprendía los navíos *Diadem*, *Belliqueux*, *Dionede*, *Raisnable* (64 cañones), las fragatas *Narcissus* y *Leda* (32 cañones) y el bergantín (*gunbrick*) *Encounter*; componían las fuerzas de desembarco los regimientos de infantería, números 24, 38, 71, 72, 83 y 89, el 20 de dragones, más 320 hombres de artillería ó maestranza y 546 reclutas. El capitán Popham enarbolaba «ancha insignia» de comodoro (durante la ausencia de un almirante) en el navío *Diadem*.

El jefe de la expedición, mayor general Sir David Baird, era un excelente oficial que se había ilustrado en la India durante la guerra contra Tippoo Sahib. Siempre pospuesto á algún rival afortunado (á Wellington, especialmente), el héroe de Seringapatam solía apellidarse *Ill-luck* (en francés diríamos *Guignon*), aludiendo á sus mal pagados servicios; murió en 1829, acribillado de heridas y hasta el fin superior á su fortuna. En cuanto al brigadier general Sir William Carr Beresford, que mandaba en segundo, estaba destinado, después de su accidentada campaña en el Plata, á cubrirse de gloria en Portugal y España, bajo las órdenes de Wellington. A consecuencia de la batalla de Toulouse contra el mariscal Soult, como en otro lugar he referido, fué creado par de Inglaterra. Valiente y arrogante, juntaba á una pericia estratégica muy discutible (como se vió en Albuera) una habilidad diplomática de que dió pruebas acaso excesivas en Buenos Aires lo propio que en Lisboa y Río de Janeiro (1).

(1) Dice el historiador López, con su gracia fácil: «Beresford tenía en su mirada toda la malicia que tiene el ojo de un bizco.» Debiera decir: el ojo de un tuerto. Había sido, en efecto, herido en un ojo, durante la campaña del Canadá; y así presentado, el chiste se vuelve menos picante.

La flotilla, después de tocar en Bahía (1), se dirigió al Cabo, desembarcando las fuerzas en Lospard Bay á principios de enero de 1806. El día 8, la división inglesa atacó á la holandesa, fuerte de 5000 hombres, en una meseta vecina de la ciudad. El general holandés Jansens, á pesar de su reconocida experiencia, cometió el mismo desacierto que más tarde nuestro Liniers en el primer acto de la Defensa. Abandonó los muros de la capital y presentó batalla en campo raso. Se hizo derrotar, después de una enérgica resistencia; y, el 18, se firmó por Jansens y Beresford la capitulación, con los honores de la guerra, que convertía para siempre la colonia del Cabo en posesión británica (2).—Un rasgo muy inglés: hasta muchos días después de la capitulación, el vencedor dejó flotar en las torres la bandera holandesa para atraer á los buques franceses de crucero en aquellos parajes. Cayeron efectivamente algunos en el garlito,—entre otros, la fragata *Volontaire*,—y, en el purgatorio de los filibusteros, la sombra de Morgan hubo de regocijarse por el ardid...

Así preparado para empresas gloriosas y lucra-

(1) Esta inútil recalada tenía que producir alarma en Buenos Aires, y bastaría á demostrar que su ataque no estaba en el programa primitivo de Popham.

(2) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, 115: «La expedición se apoderó del Cabo á poca costa en 1805.» Ni fué como se ha visto, en 1805 ni á poca costa: los holandeses dejaron 700 hombres en el campo de batalla y los ingleses, 212.—Entre los artículos de esa capitulación, merece señalarse la condición del artículo 4.º, impuesta por Beresford, y por la cual los militares heridos y caídos en manos de los ingleses no gozaban del derecho general (concedido á las tropas por su bizarra conducta), de ser embarcados y enviados á Holanda: «Siendo ya éstos prisioneros de guerra, cualquier decisión á su respecto pertenece únicamente al comandante en jefe británico.» Es poco más ó menos la tesis que sostuvo Liniers contra el mismo Beresford prisionero: *pati legem quam fecisti*. El general inglés no admitió en Buenos Aires como necesaria la ratificación del comandante en jefe nominal. Volvemos sobre esta tesis dudosa; entre tanto, la capitulación del Cabo no tuvo fuerza ejecutoria hasta su ratificación por Baird y Popham.

tivas, Sir Home Popham, cuya carrera debió tanto á la intriga y especulación mercantil como al mérito profesional (1), comenzó á dar oídos á ciertos rumores que de su misma tripulación le llegaban indirectamente. Hallábanse á bordo del *Diadem* dos marineros que habian residido en el Plata; uno de ellos, sobre todo, antiguo comerciante en Buenos Aires, pintaba á pedir de boca el estado indefenso de la capital, tan desprovista de armas y tropas regulares que se brindaba á cualquier golpe de mano audaz. Sólo entonces, probablemente, Sir Home hizo memoria del antiguo proyecto de Pitt, tendente á «cooperar con el general venezolano Miranda para alcanzar en Sud-América una situación favorable al comercio inglés» (2). También por esos mismos días de febrero, tuvo noticia de encontrarse entre los buques anclados en Table Bay un bergantín negrero *Elizabeth*, cuyo capitán y propietario, el norteamericano T. Wayne, viejo espumador de mar y costa, frecuentaba de años atrás los puertos platenenses (3). Bastaron algunas entrevistas, en que Wayne corroboró abundantemente las referencias

(1) La «ejecución» del texto es algo somera. Si es cierto que Popham anduvo muy metido en tratos y tretas mercantiles, debe agregarse que en su largo pleito por contrabando resultó absuelto y resarcido del comiso (*Parl. Papers*, X.—*Nav. Chronic*, XIX). Después del consejo de guerra en que fué *severely reprimanded* por su calaverada del Plata, la ciudad de Londres le regaló una espada de honor; y á poco recibió un mando importante en la escuadra del Báltico. Con el futuro Wellington, redactó los términos de la rendición de Copenhague. En 1814, fué ascendido á contraalmirante y, apenas reconstituída la orden militar del Baño, nombrado K. C. B. por el rey. Era miembro de la Sociedad Real, y autor de estimables trabajos hidrográficos y astronómicos.

(2) SIR HOME POPHAM'S TRIAL: *Lord Melville's evidence*.

(3) Para favorecer la introducción de negros en la colonia, concedióse á los buques importadores, entre otros privilegios, el de completar su carga de retorno con frutos del país. Este marino Wayne, y no *Wire*, como escribe el señor Mitre, era de Pensylvania y pariente probable del general A. Wayne, famoso en la guerra de la Independencia.

de los marineros, para que el comodoro estuviera convencido y su partido tomado. Faltaba persuadir al general Baird, jefe exclusivo de las fuerzas de tierra, y que alimentaba ambiciones más nobles que las de Popham. El paso era aventurado. Contra las instrucciones categóricas del Almirantazgo y bajo la responsabilidad de privar acaso la nueva conquista, ó la India siempre inquieta, de una división naval y militar, requerible en cualquier momento, tratábase de realizar una tentativa equívoca y de éxito dudoso en la costa opuesta del Atlántico. Pero era Sir Home, como Ulises, «hombre de muchas vueltas»; y es probable que el brigadier Beresford apoyase también una empresa de gloria barata y provecho casi seguro en que le tocaría una parte principal... Popham recordó el pasado convenio con Miranda, exhibió cierta carta de Wayne en que éste garantizaba el éxito del «negocio», ofreciendo colaborar con su buque y su persona; encareció, por fin, lo rápido de la excursión que terminaría en pocas semanas. Baird, siempre azaroso, accedió á la calaverada que había de valerle la revocación; no sólo permitió el embarco del regimiento 71 con un destacamento de artillería y algunos dragones, al mando del brigadier Beresford, sino que apoyó calorosamente la actitud de Popham cerca del Almirantazgo (1). Por su parte, Sir Home multiplicaba las comunicaciones á lord Castlereagh, al honorable W. Marsden, á los lores del Almirantazgo, urdiendo un *imbroglio* epistolar digno de Talleyrand ó Maquiavelo; y, á mediados de abril, zarpó del Cabo, rumbo al oeste, con los seis buques de guerra *Diadem*, *Raisnable*, *Diomedé*, *Leda*, *Narcissus*, *Encounter* y los transportes *Walker*, *Triton*, *Melanthon*, *Ocean*, y *Wellington*. Baird había dispuesto, en sus atribuciones de gobernador, que, al desembarcar en la América

(1) Véanse los *Documentos* anexos á la causa de Popham.

del Sud, el brigadier Beresford asumiese el rango de mayor general y el cargo de teniente gobernador del territorio conquistado «con el sueldo y emolumentos del gobernador español, *su predecesor inmediato*, hasta tanto que Su Majestad tenga á bien expresar su deseo». Nada faltaba: el plan era completo, sobre todo con la seguridad—¡dada por Wayne!—de que los nativos odiaban al gobierno español y se levantarían como un solo hombre en favor de la conquista inglesa.

A los pocos días de navegación, el 20 por la noche, una tormenta separó de la escuadra al transporte *Ocean* (1); con este motivo, el comodoro se dirigió á Santa Helena para dar aviso y solicitar del gobernador Patten un suplemento de fuerza, que fué concedido. La elocuencia de Popham era tan irresistible como inagotable su arteria. Después que el gobernador de Santa Helena hubo consentido el embarco de «cien artilleros con dos obuses y 150 soldados de infantería con sus correspondientes oficiales... en el buque mercante *Justina* que se fletó allí mismo, con la expresa estipulación de que el destacamento no sería detenido más tiempo que hasta la toma de Montevideo ó Buenos Aires», se le contestó cortésmente que el general Beresford «observaba muy oportunamente que, en el primer momento de nuestro triunfo, sería altamente imprudente separar una parte de la fuerza, etc.». Ya la escuadra se había hecho á la vela y era tarde para arrepentirse; el gobernador Patten pasó ante un consejo de guerra por su complacencia.

Este importante refuerzo, según el mayor Gillespie (2), cambió el carácter de la expedición, que vino á ser de conquista y no de simple captu-

(1) Se reincorporó en aguas americanas.

(2) MAJOR ALEXANDER GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*. Esta relación es de un valor inestimable para ciertos detalles de la conquista; pero es muy parcial en los juicios é inexacta en muchas partes; hay que usar de ella con precaución.

ra y depredación (*instead of a predatory enterprise*). Durante la travesía, dicho Gillespie se ocupó en estudiar y extraer una colección del *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires, que el precavido Wayne traía consigo (1). El excelente mayor nos afirma que de su lectura, *in every page*, se deducía el estado de ánimo de la población, ó sea el odio á la metrópoli junto al más exaltado patriotismo local: ¡era mucho deducir!

La escuadra, entre tanto, había cruzado el Atlántico de este á oeste. El 8 de junio se reconoció el cabo de Santa María y, al día siguiente, el *Narcissus* detuvo una goleta española que navegaba bajo bandera portuguesa con destino á Río de Janeiro, y llevaba á Europa de incógnito á un agente político del virrey Sobremonte. El piloto de la embarcación procuraba ocultar su nacionalidad, fingiendo no entender el inglés: sometido á un apremiante interrogatorio, tuvo que confesar la verdad. Era un escocés llamado Russel (sic), piloto real de la armada y nacionalizado en Buenos Aires después de quince años de residencia. Trasladado sin más ceremonias á bordo del *Narcissus*, donde flameaba ahora la bandera capitana, sirvió de práctico á la escuadra, y, resignándose de golpe á su nueva fortuna, el «piloto real», beodo inveterado, abundó en pormenores respecto

(1) Todo esto está referido con bastante vaguedad é inexactitud en la *Historia de Belgrano*. En lugar de la colección de *Wire*, se habla de «un número» del *Telégrafo* que en el Cabo «cayó en manos» de Popham, etc. Tampoco está bien seguida la elaboración progresiva del plan, ni deducida la causa que determinó el ataque de Buenos Aires, y no de Montevideo, contra el voto de Beresford.— El *Telégrafo*, fundado en abril de 1801 y muerto súbitamente el 15 de octubre del año siguiente, es el decano de la prensa argentina; se publicaba semanalmente por la imprenta de Niños Expósitos, en 4.º menor, bastante bien impreso cuando no escaseaba el papel; lo fundó y redactó el coronel Cabello, fundador también del *Mercurio Peruano*. El *Telégrafo* fué sustituido por el *Semanario*, que se reputa «infinitamente superior» al primero. En realidad son idénticos en fondo y forma: ambos distribuyen la misma ciencia casera y son igualmente desesperantes para nosotros por su indigencia de datos locales.

de Montevideo y Buenos Aires. Fuera de haberse recientemente desguarnecido de sus pocas tropas veteranas, en previsión del inminente ataque á Montevideo, la capital abierta y desarmada iba á permanecer, según el digno Russel, entregada durante las próximas fiestas del Corpus á una orgía general: *a general scene of drunkenness and riot*. Finalmente, por una coincidencia muy excepcional, semanas antes se habían reunido en las cajas reales, quedando allí hasta pasar á España, el *situado* del Perú y los caudales de la real compañía de Filipinas (1): más de un millón de dollars en un solo rebato! Los ojos del noble aventurero echaron llamas, y fué resuelto el ataque á la Capital—al «capital»! No hay duda posible: esa fué la causa determinante y única del cambio de plan.

Desde el 23 de abril, en efecto, se habían circulado en la escuadra y el estado mayor las *Instrucciones generales* para las señales y disposiciones del ataque; todos los planes, salvo uno que hacía lugar á cualquier eventualidad imprevista, tenían á Montevideo por objetivo. Al segundo ó tercer día de las susodichas relaciones, el 13 de junio, el comodoro reunió el consejo de guerra especial que las órdenes del Almirantazgo le prescribían (nota del 31 de julio de 1805) para examinar la cuestión del ataque sobre Buenos Aires, en lugar del ya dispuesto sobre Montevideo. El brigadier Beresford, casi solo de su opinión, defendió enérgicamente el proyecto primitivo: fué vencido por la gran mayoría que obedecía á Popham y compartía sus miras sórdidas. A este capital error, quizá sea debido el giro ulterior de los acontecimientos que cambiaron la historia del Río de la Plata. La captura de Montevideo, tan infalible como la de Buenos Aires, merced al apoyo más eficaz de

(1) El hecho era cierto. Véase para sus detalles: Sagüí. *Los últimos cuatro años de la dominación española*, página 169.

la escuadra, pudo ser definitiva; y entonces la llegada de Achmuty (1), con su oportuno refuerzo, hubiera asentado la conquista de la capital sobre esa inmejorable base de operaciones. Acaso no se produjera la Reconquista, ni la Defensa, ni sus conocidas consecuencias *psicológicas*. Ahora bien, esos hechos psicológicos—la inoculación del virus guerrero y revolucionario y el despertar del alma argentina adormecida—son los únicos importantes y duraderos: los combates en las calles son accidentes ocasionales de aquéllos. Como á su tiempo lo mostraremos, la acción profunda y puede decirse providencial del «Reconquistador» no reside en sus dos golpes de teatro contra Beresford y Whitelocke, sino en su influjo durante el período intermedio, y también en el subsiguiente, que consumó en el pueblo colonial una transformación irrevocable.

Resuelto el ataque á Buenos Aires, toda la escuadra, menos la fragata *Leda* que quedaba explorando la región oriental del estuario (2) se dirigió hacia el este en demanda de la Ensenada de Barragán. La aterrada se presentó en extremo laboriosa; las nieblas del invierno, tan frecuentes y densas; los golpes de pampero y las suestadas que dispersaban el convoy cuando era absoluta-

(1) Escribo *Ach* y no *Auch* para acercarme á la pronunciación. Las dos formas se emplean igualmente y hasta por el mismo autor (v. gr.: el *Annual Register*). Dicho radical escocés y el irlandés *agh* son transcripciones equivalentes del gaélico (*campo*).—El atlas de Johnston trae 56 nombres de lugares escoceses con el radical *ach* y 61 con *auch*. La descomunal batalla, digna del *Lutrin*, que con este motivo se libró entre los señores Mitre y López, equivalía á pelear para decidir si *Zeballos* es más ó menos correcto que *Ceballos*.

(2) Por esta *Leda* entrevista cundiólala alarma en Montevideo y se transmitió á Buenos Aires. En cuanto á los *once* buques que desde la capital se divisaron hacia Quilmes, no eran las *seis* naves de guerra y los *cinco* transportes salidos de Santa Helena, como alguien asienta por inadvertencia, sino la cuenta inversa: faltaba en ese momento la fragata *Leda* y estaba de más el transporte *Ocean*, reincorporado.

mente indispensable navegar de conserva; la necesidad de echar sondas por instantes para guiar buques veleros, algunos de fuerte calado, por aquel laberinto de bajíos: todo contribuyó á prolongar el viaje, siendo así que cada día perdido hubiera aminorado, con otro enemigo, las probabilidades del éxito... El *Narcissus* varó en el banco de Ortiz y se tuvo que descargarlo para ponerlo á flote; Popham, inquieto, se trasbordó al bergantín *Encounter*, que sólo calaba doce pies, para abrir la marcha. En la mañana del 24, parece que estos buques avistaron la punta de Lara y el pequeño fuerte de la Ensenada, entonces al mando de Liniers. Después de una ligera demostración, á la que contestó la batería de tierra, los buques exploradores se corrieron hacia Buenos Aires con el grueso de la flotilla (1). En la mañana del 25,

(1) El punto es bastante oscuro. El historiador Mitre (*Belgrano*, I, 118), apoyándose probablemente en la carta de Beresford á Baird, dice que «no es cierto» que los ingleses intentaran desembarcar y fueran rechazados de la Ensenada «pues tenían ya acordado el punto de desembarque». Esto último se deduciría en efecto de la carta de Beresford (bastante vaga é inexacta). También es cierto que los enemigos no fueron rechazados, puesto que no hubo combate: en ello se fundó Liniers para negar que estuviera comprendido en la capitulación. Moreno (*Arenas*, 35) no dice que los ingleses fueron rechazados, sino que su intento de desembarcar «fue resistido con el fuego de la batería». Es la versión correcta, confirmada por el informe oficial del capitán de fragata Gutiérrez de la Concha, segundo jefe de la Ensenada, y numerosas declaraciones de testigos (*Colección Coronado*). En la mañana del 24, algunos buques ingleses hicieron una demostración en la Ensenada. Por otra parte, no es menos indiscutible, por diez declaraciones de testigos (*ibid*) que, en la mañana del 25, muchos buques «aparecieron á la vista de esta ciudad con su pabellón enarbolado y se dirigieron tranquilamente á las costas de los Quilmes». Es muy posible que, por indicación de Russel, Popham pusiera atención en Quilmes, sin acordar una fe ciega á un práctico que encallaba el *Narcissus* en el banco de Ortiz; pudo destacar dos buques á la Ensenada en tanto que el resto de la escuadra venía á reconocer la ciudad. En la eventualidad de atacar á Buenos Aires, las *Instrucciones* de Popham designaban la Ensenada; allí desembarcó White-locke, de acuerdo con la práctica corriente. Sin afirmar que la actitud de Liniers fuera causa determinante, pue-

el enemigo, que había permanecido en balizas exteriores, examinando la plaza, retrocedió hasta la punta de los Quilmes. El desembarco general se efectuó en esa misma tarde (*afternoon*), terminándose en la noche, sin más inconveniente que la distancia y la resaca, pues no se presentó un soldado en la orilla. A pesar de su escaso calado, el bergantín *Encounter*, que protegía la operación, tuvo que quedar á una milla de la costa. Desde la altura, grupos de gauchos á caballo presenciaban el apeo de las casacas rojas, como los naturales de Guanahaní el desembarco de Colón: pronto cambiarían las cosas! Al despuntar el día 26, el general Beresford formó sus 1635 (1) hombres en una sola línea, con su escasa artillería distribuida por retaguardia y los costados, y se puso en marcha hacia las alturas de la Reducción. En ese total probable, estaban comprendidos, además de los 150 infantes y los 100 artilleros de Santa Helena, un batallón de infantería de marina, algunos dragones desmontados del número 20 y todos los marineros disponibles, á quienes se había disciplinado y vestido con uniforme (*clothed in red jackets*) del ejército. Pero, era su núcleo verdadero y sólido el regimiento escocés número 71, mandado por el teniente coronel Denis Paek, futuro mayor general en Waterloo (2). Con todo, á los mismos

de conjeturarse que su «alerta» contrarió el plan de Popham, que tenía por base una *sorpresa* á la población. Quilmes no era un surgidero: fué el punto desierto más próximo á Buenos Aires donde las fuerzas pudieran hacer pie sin ser inquietadas.

(1) Esta cifra, dada por Beresford y Gillespie, supone presente todo el efectivo nominal: ha de ser un poco exagerada.

(2) LÓPEZ, *Op. cit.*, I, 487: «Y qué tropa la que traían á bordo! Nada menos que el regimiento *setenta y uno*: los famosos escoceses que habían defendido á *San Juan de Acre* en Egipto (sic) contra todo el ejército de Bonaparte, y que lo habían despachado arruinado de su frente»...—Aunque en términos menos incandescentes, todos los historiadores *á la suite*, hasta el excelente Mulhall (*The English in South América*), se extasian igualmente ante las condiciones sobrehumanas del famoso 71, no omitiendo, por cierto, la hazaña de «San Juan de

ingleses parecíanles los medios tan poco proporcionados al perseguido fin que, á manera de los desfiles de circo, todas las formaciones y movimientos desde este primer despliegue en abanico, tendieron, más que á consideraciones tácticas, al anhelo de ocultar al pueblo agredido la flaqueza real del agresor.

¿De qué elementos individuales y colectivos se componía el organismo social á que se dirigía el brusco ataque, cuya preparación y marcha hemos seguido? ¿Cómo vivía, pensaba, trabajaba, gozaba y sufría la crisálida oscura que iba á romper tan pronto el capullo colonial? ¿Qué era, en fin, por fuera y por dentro, el Buenos Aires de 1806?

Acre» (que no está en Egipto) durante su sitio por Bonaparte, en 1799, y su defensa por Sidney Smith, á quien volveremos á encontrar en Río de Janeiro.—Ignoro cómo nació tan extraordinaria patraña, bastando tener la más ligera noticia de dicho sitio para saber que, tras las muralla de Acre, no hubo un solo soldado del ejército inglés. Las fuerzas defensoras, admirablemente mandadas por el ingeniero francés Phélippeaux, se componían de tropas turcas, á las que se agregaron parte de las tripulaciones de los navíos de Sidney Smith, *Tigre*, *Theseus* y *Alliance*. (Véase BARROW, *Life and Correspondence of admiral S. S.*, I, chap. X; y también en *The Annual Register* (1799), la página 29 y este pasaje del *His Majesty's speech to both Houses* (24th september 1799): «*The desperate attempt of the French to extricate themselves from their difficulties has been defeated by the courage of the Turkish with a small portion of my naval force*».—En lo que especialmente atañe al regimiento 71, permaneció en el Cabo de Buena Esperanza los primeros meses del año 1798, de cuyo puesto se embarcó para Inglaterra, desembarcando en Woolwich el 12 de agosto de dicho año. De este punto fué trasladado á Stirling (Escocia) y licenciado, permaneciendo allí el estado mayor y cuartel general durante el nuevo reclutamiento. (V. *Historical record of the seventy-first regiment, highland light infantry*, p. 54 y sig. Cf.: LAWRENCE-ARCHER, *The British army*, p. 462 y sig. —Por fin, si hay un rasgo histórico reconocido por los escritores militares y confesado por los mismos ingleses (v. gr.: ALISON, *passim* y sobre todo WELLINGTON, *Dispatches*, III, 63; IV, 374; VII, 195, etc.) es que, á fines del siglo XVIII y hasta la dura escuela del propio Wellington, en la guerra de España, era su ejército tan inferior á cualquier otro europeo, como era la marina de Nelson superior á la de cualquier nación.

II

En aquella mañana del 25 de junio de 1806, al estampido de los tres cañonazos de alarma que disparaba la Fortaleza, confirmando así la anunciada aparición de la escuadra inglesa en el Plata, los pacíficos vecinos que no tenían que acudir a sus cuarteles de la Ranchería ó Catalinas, subieron precipitadamente á sus miradores y azoteas para darse cuenta del extraño y temeroso acontecimiento. Entre los observatorios privilegiados, después de las terrazas del Fuerte y el Cabildo, no había otros preferibles á los campanarios de los templos que al punto se coronaron de curiosos. Algunos de éstos salieron del macizo portón de una amplia morada fronterera á Santo Domingo (1) donde vivía, con su familia y la de su yerno Liniers, el acaudalado consignatario de la compañía de Filipinas, don Martín de Sarratea; se distinguía, encabezando el grupo, un hombre joven aún, de fisonomía inteligente y porte altivo, junto á un hermoso adolescente, esbelto y rubio, en cuyo tipo agraciado se armonizaban las dos estirpes patricia y francesa. Después de cruzar la calle y el atrio del convento, salvaron el locutorio de la izquierda y treparon la empinada escalera de la torre hasta la estrecha plataforma superior, ya ocupada por algunos frailes dominicos que saludaron amistosamente á los recién llegados. Uno de ellos, el padre Grela, de aspecto truhanesco y modales harto sueltos para la celda, llenaba el

(1) Creemos que el «ensayo», género más libre que la historia propiamente dicha, admite el paréntesis descriptivo é imaginativo, aunque no se funde en documento preciso, siempre que guarde armonía con el conjunto y no contravenga á ningún texto auténtico. Así, por lo menos, lo han entendido y practicado alguna vez Macaulay y Carlyle con admirable maestría. En la misma historia, si el dibujo debe ser escrupulosamente exacto, no así el color, esencialmente artístico y personal.

exiguo recinto con sus vociferaciones y gestos de arrabal: *Ya se vinieron «no más» los colorados; pero no hay cuidado, don Manuel: buen recibimiento los espera!*—Y el próximo panegirista de la conquista inglesa agitaba los brazos arremangados, como dispuesto á rechazar él solo la invasión. El interpelado alzó ligeramente los hombros y dió la espalda al importuno; á poco, llamó á oficio un toque de campana y la frailería se desgranó escaleras abajo.

Arrimados á la alfeiza del este, los visitantes dominaban la abierta bahía desde el barranco de la Recoleta hasta la blanda escotadura del Riachuelo y la punta de los Quilmes. Bajo el pálido cielo de invierno que la suestada empezaba á nublar, el inmenso estuario llenaba todo el naciente fundiéndose en la línea indecisa del horizonte. Con desviar los ojos del canal del sud, nada estaba cambiado en la apacible perspectiva: las próximas embarcaciones movían suavemente sus mástiles desnudos, algunas lanchas atracaban á la punta del muelle, las carretillas de los «aguateros» salían cargadas de la playa; en los charcos del norte y del sud, las lavanderas negras ponían á secar las ropas en las toscas; los pescadores remontaban la Alameda, llevando al hombro su percha flexible donde bailaban bogas y sábalos; bandadas de gaviotas merodeaban en el húmedo arenal... Pero aquel pequeño racimo negro del sud atraía invenciblemente la vista fascinada: ¡allá estaban las naves enemigas, enarbolado el insolente pabellón como un desafío á la plaza indefensa! Destacábanse de la quieta napa pizarreña, apiñadas y microscópicas, con sus velas blancas sobre los cascos oscuros: y esos ocho ó diez puntos negros, como magnificados por los millares de ansiosas miradas fijas en ellos, parecían ocupar toda la rada inmensa. Ahora estaban virando de bordo, lentamente, poniendo la proa hacia un punto invisible de la costa donde habían de desembarcar...

Entonces el futuro triunviro y gobernador de

Buenos Aires giró los ojos en torno suyo y contempló largamente la ciudad nativa, cuyos tranquilos hogares, tanto tiempo felices, iban á conocer tal vez el asalto violento, el saqueo brutal de extranjera soldadesca. — ¡Cuán reducida y mezquina aparecía desde la altura la capital del virreinato, limitada al este por la Alameda y la desnuda ribera, hasta las mal pobladas barrancas de la Recoleta y Santa Lucía, y al oeste por las tapias de San Nicolás y Monserrat! Unas ocho hileras de doce manzanas en su base, cortadas rectangularmente por calles sin empedrar, cuyas aceras estaban trazadas por mal escuadrados postes de algarrobo y ñandubay: tal aparecía en plano horizontal y en su centro más compacto la Buenos Aires de los virreyes. Fuera de ese triángulo casi del todo edificado,—cuyos vértices eran, al norte, el convento de las Catalinas, al sud el hospital de los betlemitas y, al oeste, la manzana comprendida entre las calles del Cabildo, de las Torres y las sin nombre que fueron más tarde de Salta y Santiago del Estero,—el caserío raleaba más y más entre quintas y huecos abandonados, pareciendo inverosímil que debajo de aquel reducido montón de techos rebajados cupieran más de cuarenta mil habitantes (1). Más allá, los

(1) Es conocida la polémica á que dió lugar esta cuestión, entre los historiadores Mitre y López. Creemos que el primero tenía la razón apoyándose en el único texto de Azara, como no la tuvo el segundo al invocar la autoridad de Moreno. Según costumbre, nadie pensó en examinar críticamente la base del debate. Con la sola *Gaceta de Buenos Aires*, se hubiera visto que el parcial é inexacto Manuel Moreno atribuyó al pretendido «Censo» de su hermano un carácter estadístico que no tuvo jamás. La disposición citada, que nunca alcanzó cabal realización, fué un simple decreto inquisitorial, una medida policial contra los sospechosos, tendente á señalar en cada barrio á los amigos y adversarios del nuevo orden de cosas.—En cuanto á la cifra probable de la población, creemos que puede deducirse, sin texto alguno, del plano catastral levantado por los ingenieros ingleses y agregado al proceso de Whitelocke. Están figurados en él, con aparente exactitud, no sólo las manzanas del todo edificadas, sino todas las construcciones diseminadas en las

arrabales se tornaban montes ó potreros, terminando, por fin, en la zona conquistada de la pampa hasta la cercana frontera, salpicada de pagos y escasas rancherías. En más de dos siglos, Buenos Aires no había rebotado de las 144 cuerdas que componían la antigua traza de don Juan de Garay.

Asimismo, la extensión material de la ciudad constituía su aspecto más imponente, pues en la estructura urbana y arquitectónica la aventajaban poblaciones menores, no sólo de Europa sino de la América española. Buenos Aires era chata como su Plata sin ribazos y su pampa sin relieve; y la general uniformidad resultaba más sensible aún para el espectador que la miraba desde un alto observatorio y casi en proyección.—Dominando el ancho río, la enorme y achaparrada Fortaleza real, á la vez palacio de gobierno, despacho de la Audiencia, cuartel de tropas y armería, ostentaba su macizo parapeto acribillado de cañoneras y flanqueado de bastiones angulares, con su portón central y su puente levadizo sobre el ancho foso que contornaba al murallón: pero las cañoneras esta-

otras. Así se comprueba que, por término medio, la cuadra edificada comprendía 8 casas (lo que concuerda con la medida del solar urbano ó «cuarto de tierra» que tenía 17.5×70 varas); ello nos da 28 casas por manzana, teniendo en cuenta las cuatro esquinas. Ahora bien, el recuento prolijo de las manzanas, total ó parcialmente edificadas en los veinte barrios, nos suministra después de varios cómputos un promedio de 150 manzanas ó 4.200 casas; descontando prudentemente el 10 por 100 para los «huecos» de las manzanas teóricamente completas, quedan 3.780 casas ó sean 37.800 habitantes, sin los suburbios, cuya población ha sido juiciosamente estimada en 5.000 habitantes. La razón de 10 habitantes por casa ha de ser sensiblemente exacta: es la que resulta del *Censo municipal*, si de las 20 secciones sólo se consideran las 10 menos densas, cuya estructura se parece más á la antigua. Se tendría, pues, la cifra total de cerca de 43.000 habitantes para el Buenos Aires de 1806. Puede casi afirmarse que no podía ser inferior á 40 ni superior á 45.000.—Entre las objeciones del historiador López, ninguna menos sólida que la fundada en la cifra de las milicias, en 1806. (*Refutaciones*, 146). El contingente *urbano* comprendía fuerzas no sólo de la campaña, sino de las provincias.

ban vacías ó artilladas con material fuera de uso, el foso se terraplenaba con escombros y basura, y la fábrica toda se mostraba tan ruinosa como el régimen vetusto de que era símbolo. Los arcos de la Recova vieja cercaban hacia el este la Plaza Mayor; al frente se alzaba el Cabildo abovedado con su miserable cárcel anexa; y, por el lado del norte, la Catedral, con sus dos campanarios sobresalientes hacia la calle de las Torres y su cementerio contiguo, vecino del lúgubre «huevo de las Animas»—en esa esquina de San Martín (Reconquista), desde entonces destinada á evocar las fantasmagorías del teatro después de aterrar al vulgo con los fantasmas de la superstición. Un poco más allá, en la misma calle, que era prolongación de la de Santo Domingo y San Francisco, los templos de la Merced y las Catalinas levantaban sus torres y campanilos vulgares, vaciados en el molde de los de San Miguel, San Nicolás, la Concepción, Monserrat, y todos los conventos y capillas que en cada barrio rompían con su monotonía monacal la uniformidad de las casas bajas y desteñidas. Casi todas éstas, de un solo piso, ostentaban los mismos balcones y rejas salientes, patios espaciosos, puertas macizas y, bajo la techumbre de teja ó azotea, las invariables cornisas de grueso cimacio y mediacaña. Con excepción de la gran plaza de toros en el Retiro (1), disforme prisma de ladrillo pintado á cal, cuyas ventanas ovales se divisaban á la derecha del Socorro, nada enseñaba la desgraciada capital que tuviera el sig-

(1) MITRE (*Historia de Belgrano*, I, 126) : «La Plaza de Toros (hoy del Retiro).» Hoy, y ayer y antes de ayer, el Retiro se llamó así; en 1718, los ingleses del *Asiento* compraron á la testamentaria de don Miguel Riblos la casa de campo y la huerta del *Retiro*, conocido bajo este nombre desde mucho antes. La *Plaza de Toros*, que se construyó mucho después, era el circo con su edificio, y tan es así que en el *Telégrafo Mercantil* del 1.º de noviembre de 1801, se lee este aviso: *El Miércoles 4 del que rige en celebridad de los días del REY nuestro señor, se lidiarán 12 toros en la Plaza firme del RETIRO. Dato interesante: la corrida anterior produjo 1.553 pesos.*

nificado exterior de la vida colectiva,—nada más que el Fuerte, el Cabildo y la Iglesia, emblemas todos del culto maquinal y el rendimiento formalista á uno y otro Señor, los cuales, por el anillo intermediario del Patronato, se confundían políticamente (1). Todos los otros órganos sociales, ya del trabajo, ya del placer, se mantenían atrofiados ó embrionarios, y, por lo tanto, sin manifestación visible. La campaña, el desierto temeroso y hostil, apenas transitable á caballo, rodeaba y estrechaba esta isleta de sociabilidad, sirviendo de región intermedia las chacras y quintas frutales, cercadas de pitas y tunas, que formaban el ancho marco verde del cuadro urbano. Las carretas de bueyes y las recuas de Cuyo se estacionaban en las calles centrales. Cada casa de familia mantenía un caballo, cuando no dos ó tres, atado al poste de su acera;—y esta playa de mar que recibía después de setenta días la ola tarda y débil de la civilización europea, pasada por el tamiz español, necesitaba otros tantos para transmitirla al centro del virreinato por su única vía terrestre, el camino real cuyas huellas seculares llegaban al Perú.

Por la habitación se inducía al habitante, desde la base hasta la cúspide de la pirámide social. —Es conocida la base popular, la anónima masa proletaria que en toda civilización incompleta soporta sola el peso del edificio político. Con todo, el *pueblo* de Buenos Aires, á principios del siglo, contrastaba por su composición étnica, no sólo con el del resto del virreinato, sino con el de las otras agrupaciones hispano-americanas. La diferencia profunda y de incalculables consecuencias consistía en esto: que el elemento indígena, puro ó mestizo, preponderante en cualquier otra agru-

(1) El gobierno colonial era una teocracia laica, en grado más absoluto que la Inglaterra de Enrique VIII ó la Rusia de Pedro I.

pación urbana, desde Santiago de Chile hasta México, era relativamente insignificante en Buenos Aires. La oposición es esencial, y quien no sienta su importancia no debe ocuparse de sociología americana. El censo individual que en 1778 hizo levantar el cabildo, de orden del meritorio virrey Vértiz,—y que debe tenerse por más exacto que todos los anteriores y posteriores hasta la caída de Rosas,—demuestra que, para una población total de 24,205 habitantes, existían en Buenos Aires 15,719 blancos (españoles y criollos), 7268 negros y mulatos, por fin, 1218 indios y mestizos; es decir que la población de origen europeo representaba 65 por ciento, la africana (esclava ó liberta) 30 por ciento, y la indígena (incluyendo *chinos* y *zambos*) 5 por ciento de la totalidad. Ahora bien, esta *uropeización* de Buenos Aires siguió su marcha ascendente sin interrupción, hasta nuestros días en que el crisol étnico poco ó nada tiene que depurar. Los porteños son europeos (1). En 1806, la proporción de blancos ó *blanqueados* (2) debía ser casi igual á la de 1778, así como la de negros y mulatos, ó sea de 2 por 1. En el grupo superior, los criollos ó patrios figuraban por los cuatro quintos, el otro quinto era español en su casi totalidad (3).

(1) *Censo municipal de Buenos Aires* (1887); población *bonaerense* de color: 1.5 por 100.

(2) La designación no encierra epígrama. Como lo he explicado en otro lugar (Congreso de Chicago), el «pecado original» étnico no es indeleble; con las generaciones sucesivas, el elemento inferior primitivo que no se renueva tiende á desaparecer. Esto no es sólo cierto para el elemento indígena, sino para el africano; su desaparición rápida en la Argentina no es debida toda á la extinción, sino también á la fusión con la raza superior. En el *struggle for life* de la raza condenada, al menos en nuestro medio, sucumbe la mayoría, pero sobreviven algunos individuos más aptos, los que logran transformarse: Monteagudo es el ejemplo más brillante, pero no único, de esa transformación.

(3) Los otros europeos (no españoles) no pasaban de 300 á 400: entre éstos dominaban los portugueses (no brasileros [?] y los ingleses; los italianos no alcanza-

Los negros y mulatos urbanos constituían una clase tan esencialmente servil que los mismos libertos quedaban adheridos á la domesticidad; pertenecían á la casa del amo ó patrón, no «como miembros de la familia», según la fórmula, sino como parte de su fortuna:

*Something better than his dog, á little dearer
than his horse.*

No es dudoso que la generosidad nativa del amo argentino se manifestara en su trato bondadoso con los esclavos; es un rasgo que todos los viajeros han hecho resaltar, como que contrastaba con la dureza usual en otras regiones; pero ha de haber mucha fantasía y sentimentalismo en el «afecto tierno» que se nos dice profesaban los siervos por su señor (1). Esclavo ó liberto, el moreno trabajaba principalmente en los quehaceres domésticos y subsidiariamente en oficios callejeros ó de poco esfuerzo: era músico, cochero, pintor, cocinero, hortelano, mensajero, vendedor ambulante. Apunta con razón el doctor López que «tenían esclavos las familias pobres, y hasta los negros mismos los tenían también. Pero les dejaban libre su tiempo, á condición de pagar al amo (generalmente, mujeres viudas ó ancianas) una mensualidad determinada» (2). El moreno no practi-

ban á 100, aunque el doctor don Vicente López los hace figurar erróneamente (*Historia*, I, 505) como un elemento étnico considerable. Otra cosa sería hoy.

(1) Véase, al día siguiente de la conquista, el decreto de Beresford contra los negros prófugos.

(2) *Historia Argentina*, I, 511. Es aquí el lugar, después y antes de tantas rectificaciones necesarias, de señalar la fácil maestría de las páginas en que el doctor López pinta á grandes rasgos familiares la antigua vida porteña. Allí nada libremente en plena corriente tradicional, mostrando sin esfuerzo sus mejores dotes de escritor imaginativo. Sabe esas cosas mejor que todos nosotros; mejor dicho, las siente en su conjunto sin necesidad de laboriosa información. También merece especial encomio el capítulo II del tomo III, sobre el *Nuevo y antiguo régimen*.

caba sino por excepción las viriles faenas de la estancia. El gaucho, muy al contrario, pura variedad indígena, era libre y agreste por definición; no pertenecía, pues, sino por accidente á la población urbana, salvo cuando la *leva* le acuarteló durante la guerra civil ó en vísperas de una expedición. Este formará el resistente núcleo del ejército argentino; de ningún modo el pardo ó moreno chismoso y reidor,—avenido con la servidumbre hereditaria que, según la expresión homérica, quita al esclavo la mitad de su alma,—invulnerable á las tristezas de su estado, cual si al nacer la naturaleza compasiva le sumergiera en una Estigia de betún. (Admitidas todas las excepciones individuales, la regla general subsiste: el heroísmo es la flor suprema de la libertad. El gran resorte del ejército moderno es el honor, lo que en su lengua sin matiz este mismo gaucho llama enérgicamente «tener vergüenza». Y las leyendas *faluchescas* han de nacer de la misma aberración que hasta poco condenaba al criminal «al servicio de las armas».)

Durante un siglo y más, los «españoles europeos» representaron en la colonia casi toda la clase dirigente. Desde luego, venían de España las altas jerarquías administrativas, militares, civiles y eclesiásticas que fuera ocioso enumerar—es decir, la armazón completa del edificio feudal; además, los beneficiarios de encomiendas, mercedes y monopolios que, siguiendo la imagen, significaban los pilares y paredes maestras de aquél. Lo primero se mantuvo incólume, en apariencia al menos, hasta fines del régimen; pero lo segundo, desde la tercera generación de los conquistadores ó pobladores, comenzó á sufrir modificaciones parciales que se aumentaron insensiblemente por multiplicación espontánea. Encomenderos, propietarios, asentistas y registreros se encontraban ligados á la tierra, no tanto por sus intereses materiales, cuanto por sus afectos más íntimos y potentes. Esa misma fortuna adquirida no era ya suya, sino de sus hijos, que, á despecho de la tra-

dición y los viajes á la madre patria, volvían casi siempre al suelo natal. Los que habían creído levantar su tienda de un día sobre estacas movibles descubrían al pronto, como en el milagro bíblico, que éstas habían brotado y echado raíz. Y como el fenómeno se repetía sin tregua, acumulándose sus efectos sucesivos; como la apropiación de la tierra y de sus riquezas, por los nativos descendientes de españoles, tuviera por corolario su paulatino acceso á las profesiones y cargos dirigentes, resultó consumada sin ruido una evolución profunda en el organismo político. Nada parecía cambiado en el edificio colonial; la armazón estaba intacta, lo mismo que su forma y estructura aparente; pero, durante dos siglos, tantas habían sido las piedras de las paredes, reemplazadas una á una por otras labradas en el país, que nada ó muy poco quedaba al fin de la materia primitiva; así que, sin sospecharlo los más interesados, iba á bastar un brusco sacudimiento exterior para desprender el carcomido andamio, dejando en pie la renovada fábrica.

Con todo, desde mediados del siglo XVIII, comenzó la colonia á tener la conciencia oscura de su destino. Sentía vagamente el antagonismo, creado por la fuerza de las cosas, entre su propio desarrollo y la decadencia visible de la metrópoli. El mismo empuje progresista y liberal de Carlos III,—por otra parte, pasajero y destituido de originalidad,—perfeccionaba el instrumento de la emancipación futura. Importadas y realizadas en el Plata las generosas tentativas de Floriblanca y Campomanes; creadas las instituciones de beneficencia y cultura social; mejoradas las condiciones materiales del municipio; derribadas en parte las vallas del comercio y la industria, ocurrió fatalmente que las nuevas fuerzas adquiridas se volvieron contra sus dispensadores. Las mejoras de Carlos III no le sobrevivieron sino en América, donde las semillas germinaron y dieron fruto; y cuando el inepto y despreciable reinado del sucesor vino á acelerar la ruina de la monarquía,

acentuó el desequilibrio la fuerza creciente de la colonia: ésta llegaba á la mayoría cuando aquélla á la decrepitud.

Y todo ello se manifestaba por síntomas harto visibles en todas las ramas de la administración. A los primeros virreyes, que se llamaron Ceballos y Vértiz, sucedían nulidades palaciegas como Melo, caballero de la reina, ó Sobremonte, vejete de comedia encumbrado por una doble casualidad. Reemplazaba al ilustrado y digno obispo Azamor, un Lue retrógrado y pependenciero. Los jefes valientes que tomaron la Colonia eran sustituidos por criaturas de Godoy, incapaces hasta de una capitulación honrosa ante el enemigo. De arriba á abajo toda la armazón política se caía á pedazos, roída por la incuria y el peculado.—Nada más ilusorio que el criterio de algunos historiadores, según el cual se describe el estado del virreinato por su legislación escrita. Las leyes, órdenes y cédulas (tal era la fórmula consagrada) «se obedecían y no se cumplían». El escandaloso proceso del superintendente de hacienda Paula Sanz y del administrador Mesa era el accidente externo de un vicio constitucional. Por entre el desgobierno y la corruptela, los portugueses usurpaban parte de Misiones; y cuando el honrado Liniers formulaba un plan de medidas reparadoras, contestábasele con la revocación. En la solemne y vacía Audiencia, en el Cabildo con mayoría oficial, en el Consulado recién creado y que se estrenaba resistiendo las ideas innovadoras de su juicioso secretario, el formalismo anticuado hacía ridículos esfuerzos por perpetuar y exagerar un régimen condenado, desconociendo las energías impacientes de la nueva generación. Una juventud ardiente y culta se había criado dentro y fuera del país, en el foro, en el comercio, en la milicia, hasta en el clero local, que pedía su lugar al sol, y ensayaba sus fuerzas en reuniones pacíficas, en la prensa naciente, en sociedades masónicas—ya importadas á la par de los libros, las ideas y los reflejos de las reformas extranjeras. Presentíase el anuncio de un

vago porvenir, todavía obscuro y no delineado. Pero, si muy pocos entonces sabían lo que querían, todos ellos, Moreno, Vieytes, Belgrano, Castelli, Rivadavia, Pueyrredón, sabían lo que no querían más. Y mientras se agitaba en el vacío el embrión del ser futuro, llegaba de allá lejos, intermitente y debilitada por la distancia, la repercusión de los tronos derrumbados, de las instituciones feudales arrebatadas al viento de un huracán terrible y fecundador, cuyos efectos se dejarían sentir en la más ignorada colonia española del Atlántico.

Entretanto, la plácida existencia colonial devanaba sin ruido su desteñida madeja. Nada estaba cambiado por defuera, y la mayoría burguesa, que poco leía de allá ó de acá,—pues de la gaceta semanal, órgano de todo el virreinato, no se vendían doscientos ejemplares,—nada sabía de lo que en la sombra germinaba; y si en sus pláticas de los portales del Cabildo ó de la Alameda, alguien mentara tal cual proyecto de Belgrano ó arenga de Castelli, las «cosas de muchachos» no tenían más alcance y pasaban sin otro comentario. Alrededor del pequeño campo juvenil, que se decía sembrado de grano misterioso y exótico, la buena huerta de antaño seguía produciendo en abundancia las frutas tradicionales y las previstas legumbres de la estación. General era el bienestar, como que entre ricos y pobres de la clase decente, todos relacionados y más ó menos parientes, las diferencias de fortuna poco trascendían á las costumbres y gastos caseros, igualmente sencillos. Con excepción de algunas familias opulentas de altos funcionarios y representantes de pingües monopolios, que gastaban lujo importado y servidumbre de estilo, las demás se confundían en la misma medianía bonachona, exenta de ostentaciones y apuros. Hacendados, curiales, covachuelistas reales ó comerciantes eran propietarios de su hogar, dueños de muchos ó pocos esclavos de ambos sexos, cuyas variadas industrias casi reducían el gasto exterior á los trapos y artículos de «tienda», como ya se decía. Lo precario é intermitente de

las licencias, para introducir «renglones de colonias extranjeras», daba lugar á bruscas escaseces: faltaba de repente el vino ó el aceite en todos los almacenes, y hasta en los depósitos de la calle de los Mendocinos, ya por las guerras inglesas, ya por la mala cosecha en Cuyo (1);—y el virrey tenía que entreabrir la puerta á la importación. Pero nunca escaseaba la carne, ni el pescado, ni el agua en el río ó en los aljibes, y la frugalidad unida á la fe hacía llevadera la voluntad de Dios. Baratísima la vida, modestos los gastos y poco menos que gratuitas las diversiones lícitas, se atesoraban los ahorros de muchos años para hacer frente á cualquier eventualidad: es así como los «empréstitos» para socorrer al Rey y á la madre patria, en los años 4 y 5, representaron sumas considerables; y la subscripción patriótica iniciada después de la Reconquista pasó de ochenta mil pesos en pocos meses, fuera de las donaciones de Chile y del Alto Perú.

Los felices patricios de principios del siglo cavilaban poco, trabajaban algo, comían bien y dormían mejor. El *Semanario* fomentaba el sibaritismo hasta el grado de recetar el modo de tener sueños agradables, en un artículo que comenzaba así: «Como pasamos gran parte de la vida durmiendo...» (2). Después de mediodía, oficinas, almacenes y casas particulares se cerraban durante la comida y la siesta, para volverse á abrir un par de horas antes de la oración. A raíz del mate ó la merienda, los hombres salían, según el tiempo y la estación, á los portales, á la Alameda, á la acera del próximo boticario; los más rumbosos, á tomar chocolate en la fonda de los Tres Reyes (25 de Ma-

(1) En 1805, la langosta taló las mieses y chacras de varias provincias. Las mangas formaban verdaderas nubes que oscurecían el sol. El ingenuo *Semanario*, al describir el flagelo, hace prosa admirable sin saberlo, encontrando rasgos dignos de Flaubert: «De repente se sintió un ruido como de pájaros que pasaban á mucha altura».

(2) Traducido de Franklin: *Works*, III, *The art of procuring pleasant dreams*.

yo), al café de *musiú* Raymond ó de Mallico, enfrente del Colegio, que eran los mentideros centrales de la ciudad. Allí convergían las novedades y chismes del día, abultándose al andar, como la Fama de Virgilio: la entrada de un buque de Cádiz con mercancías y noticias igualmente frescas—el *Semanario* reproducía, en abril de 1806, el boletín de Austerlitz;—el anuncio de haberse descubierto un camino carretero en la cordillera por el ingeniero francés Sourriére de Souillac; los comentarios sobre la reciente ejecución de cinco bandidos, ahorcados y descuartizados en la Plaza Mayor, por haber salteado al pueblo de las Víboras, resistido á los blandengues «y otros excesos»; los adelantos del canal de San Fernando; la arribada de la corbeta *Dromedario*,—armada en corso por el capitán Mordeille, héroe futuro de la Reconquista,—y que volvía trayendo á remolque dos fragatas inglesas, etc., etc. Y luego, otras referencias más locales y domésticas, como el último «bochinche» entre el obispo Lue y el Cabildo por cuestiones de lugar y precedencia; los ecos de alguna jugarreta ó jarana de tono en casa del factor de la Real Hacienda, don Félix de Casamayor, quien tuteaba á Liniers, hablándole francés ante testigos, aunque siempre castellano en la intimidad... De vez en cuando, un escándalo social de tamaño mayor rompía la telaraña de la crónica diaria: era una humorada de Anita P***, la capitosa criolla de la isla de Francia, muy festejada de los hombres y abominada de las mujeres—sobre todo, por las feas (1);—ó una barrabasa del coronel Bourke, inglés que se daba por alemán, taur y espadachín, además de espía, y que desempeñaba á maravilla su triple papel... Esos y otros lances exóticos caían en la juiciosa socie-

(1) Veremos luego cómo llegó á inspirar un odio feroz á la Serenísimá princesa Carlota del Brasil, el marimacho que mandaba presos á los oficiales «melindrosos» y, en pleno palacio real, se quitaba un zapato para educar *in natibus* al futuro don Miguel.

dad patricia como piedras en un estanque, levantando un oleaje de círculos concéntricos, cuyas últimas ondulaciones duraron hasta la revolución.

A las diez, la gente honrada se envolvía en su capa y, con un farol encendido los que vivían á tres ó cuatro cuadras de la Plaza Mayor, volvía cada cual á su hogar, encontrando todavía en la sala á las señoras tomando mate y, si había visita de galán, tocando el piano ó la guitarra.—Era la existencia femenina, naturalmente, más uniforme aún que la del hombre. Ocupando la iglesia todas las mañanas y muchas tardes, las horas intermedias eran pocas para el mate, el arreglo de la personita y las visitas de barrio. Las niñas no leían nada, por recomendación del confesor, fuera del almanaque y una que otra *Novena de la santísima Virgen ó de la Santísima Cruz*. Algo de música y canto, muy poco quehacer doméstico, fuera de los trajes propios que se cortaban y cosían en casa, con ayuda de una morena habilísima—y el inagotable picotear con las amigas: tal era la trama monótona de su vida exterior. Pasaban los días como las cuentas de su rosario: y allá, en domingo ó fiesta de guardar, una tertulia, un paseo al Retiro, una función de comedias, representaban las cuentas mayores de *Padre nuestro y Gloria*.

Con todo, eran tan bellas y seductoras como las de hoy, y la impresión de los forasteros de entonces no era menos favorable que ahora (1). En uno y otro sexo, el tipo español predominaba aún, pero ya emancipado del molde paterno, y, en la mujer, con una elegancia y esbeltez propia que difería de la languidez limeña y el donaire andaluz. Ella poseía ya este dón de la sana alegría, reflejo de la prosperidad ambiente, que hasta muy tarde le conserva la risa y algo de la gracia infantil.—Y, por bajo de los accidentes lugareños y las mo-

(1) GILLESPIE, *Gleanings and Remarks*, pág. 67 y *passim*.

das anticuadas, corría el mismo raudal de pasión humana que en la presente capital cosmopolita, con algo sin duda de menos facticio y artificial. Se amaba, se sufría, se luchaba en la aldea de antaño; la idéntica y eterna juventud encendía su sangre y desgarraba su corazón en los mismos conflictos del deber y el deseo; la misma delirante ilusión juntaba á la distancia las almas desunidas. Recorrían aquellas generaciones desvanecidas nuestro propio estadio, entre iguales ensueños de imposible felicidad. Entonces, como hoy, había una hora suprema en cada vida, á cuyo resplandor el universo entero se condensaba en un ser amado; seguían luego las mismas decepciones, las mismas angustias ante las cunas vacías y las tumbas abiertas,—era, por fin, la misma existencia terrestre con su cadena de goces y miserias. Y si es verdad que la pobre humanidad sólo viva por el alma, que muy poco tiene que ver con las frivolidades del mundo y las baratijas de la «civilización», puede decirse que en la Buenos Aires de las mantillas y las rejas voladas,—que fué también la Buenos Aires de Pueyrredón y Moreno,—no se vivía menos intensa y realmente que hoy.

La noche del 24 de junio de 1806 principió alegremente para el virrey marqués de Sobremonte. Festejando el cumpleaños de su futuro yerno y ayudante, don Juan Manuel de Marín, ofrecióle una comida en su palacio del Fuerte, y, concluido el festín á las seis y media, la comitiva se dirigió á la casa de comedias, esquina de San Martín y la Merced (1), donde se daba, con tan grato motivo, una función de gala. Y ¡qué función! Nada

(1) El *Teatro Argentino*, en las calles de la Reconquista y Cangallo. La obra del *Nuevo Coliseo*, en el *Hueco de las Animas*, estaba principiada desde 1804, pero interrumpida diez veces, caía en ruínas hacia 1850 sin haber sido concluida. En 1855 el ingeniero Pellegrini construyó allí mismo el teatro Colón, que fué inaugurado en el carnaval de 1856.

menos que la primer representación en América de *El sí de las niñas* de Moratín, recién estrenado (entiéndase que pocos meses antes) en la Cruz de Madrid, y que el empresario, ganando horas, puso en las tablas á toda costa, seducido, más que por la pieza misma (bastante pobre en enredos y dramáticas peripecias), por lo alusivo y picante del título. Por lo demás, el sí de la monísima Mariquita de Sobremonte tenía sin cuidado al simpático Juan Manuel, y el público había de saborear, pocos días después, una de sus esquilas amorosas (1).—No era esto todo: entre los iniciados se susurraba que, para fin de fiesta, el inspirado administrador de aduanas de Montevideo, don José Prego de Oliver, había compuesto una loa de circunstancia, en que el pastor Coridón significaba á la ninfa Batila, en endecasílabos transparentes, los sentimientos de un ayudante mayor de dragones por la hija de un virrey.

Estaba la sala resplandeciente. Por una atrevida innovación, que significaba el último corcovo del progreso, las velas de sebo tradicionales (fuera de las indispensables candilejas del proscenio) habían sido reemplazadas por numerosas lámparas de aceite, fijas entre las dos hileras de palcos; y tal era su insólito fulgor, que desde el patio se alcanzaba á leer el filosófico aforismo de Artieda pintado en el telón: ES LA COMEDIA ESPEJO DE LA VIDA (2). Los colores españoles adornaban el palco central del excelentísimo virrey, cuya escolta obstruía el pasillo; y, en obsequio de su augusta

(1) El Cabildo mandó agregar á su *Información* sobre la conquista, una carta de Marín á su novia, en que le avisaba desde Montevideo el envío de un «forte-piano», con esta alusión desprovista de romanticismo: «aunque tu no lo toques, servirá para adornar á la primera Mariquita que tengamos». Traía una posdata del virrey á la virreina: «No hay novedad, y si la hubiese, tomar los coches y mudarse más lejos, que Cagigas recogerá lo nuestro». *Saurons la coisse!* Se ve que su heroica actitud durante la invasión no fué improvisada.

(2) Es el primer verso de la epístola al marqués de Cuellar.

familia, estaba descubierta la abertura del techo para que se escapara libremente el humo de los cigarros de la mosquetería.

En los palcos altos, todos ocupados, las dos aristocracias americana y peninsular rivalizaban en lujo y elegancia, alternando las familias españolas de Alzaga, Santa Coloma, Sarratea, Villanueva, Rezábal y demás, con las criollas de Lezica, Ocampo, Basualdo, Peña, Balbastro, Anchorena y otras muchas—que fuera peligroso enumerar. Junto á las sedas oscuras de las señoras mayores, resaltaban los adornos blancos ó de claro matiz de las jóvenes, menos deslumbrantes que su carne en flor—hoy hecha ceniza. Aun en los trajes juveniles, dominaban todavía la basquiña española de raso carmesí, ceñida al torneado cuerpo, y la mantilla blanca de suntuoso encaje mordida por la peineta de carey. Con todo, tal cual refinada patricia ostentaba ya en tertulias y teatro las modas francesas del Imperio, el turbante de penacho y la blanca túnica de vestal. Los elegantes del comercio y el foro llevaban el cabello corto y revuelto á lo Tito, y vestían el apretado pantalón de ante con bota de vuelta, el frac de esclavina y solapas sobre el recamado chaleco blanco, con chorrera y puños de encajes; pero, en el patio de asiento y hasta en los palcos, muchos voluntarios de los batallones urbanos habían venido del cuartel con su uniforme de oficial ó soldado raso. Haciendo contraste con la correcta compostura de los altos, en los palcos bajos del fondo algunas familias sencillas habían acudido en corporación, mandando sus sillas desde muy temprano, y, de pie tras de sus amos, una que otra nodriza negra alargaba el pescuezo, con una criatura en bandolera.

La orquesta de ocho morenos atacó un paso marcial á la entrada del virrey, y se alzó el telón sobre la casa de huéspedes de la clásica comedia, entre los suspiros de la concurrencia.—Los últimos días habían sido de agitación y zozobra, por los rumores venidos de la otra banda. Desde el 20, diariamente se tocaba llamada á los batallones de

voluntarios que acudían á los cuarteles, los de caballería en sus monturas propias. Pero, como invariablemente se les despediera á la hora de comer, quedando apenas algunos hombres de imaginaria, la población se había vuelto á serenar. *No hay cuidado!* Tal era la fórmula tranquilizadora del ínclito virrey, y á fe que su presencia en el teatro bastaba á disipar toda inquietud. Además, el *Semanario* de ese miércoles, que acababa de salir y recorrían á media voz algunos espectadores, contribuía no poco á infundir tranquilidad. La gaceta esta vez se excedía á sí misma en beatitud emoliente; parecía redactada desde una celda—que no fuera la del padre Grela. No contenía sino un *Diálogo sobre educación entre Feliciano y Cecilia*, más las entradas y salidas del puerto: ni una alusión á la supuesta invasión inglesa que, decididamente, no pasaba de una ridícula patraña!

La representación, pues, seguía sin tropiezo; concluido el primer acto, cuyos dimes y diretes caseros enfriaron un tanto á ese auditorio para «duelos y quebrantos», el segundo principiaba con mejor éxito. Acabábase de saludar con palmadas el arranque patético del galán joven (un pardito aficionado, de inmenso porvenir, que ceceaba todas las *s* para fingirse español): ¡*Hermosa!* ¡*Qué dulce esperanza me anima!*... *Una zola palabra de eza boca...* Y como, involuntariamente, las miradas enternecidas se volviesen á la pareja del palco oficial, vióse á un edecán que tendía dos pliegos al galoneado virrey. Este alargó uno á Marín y otro á Mariquita para que los abrieran, en tanto que doña Juana le alcanzaba su lente de mano, y el marqués empezó á leer. Estrujó el papel después de los primeros renglones, refunfunando un denuesto contra «ese gabacho de la Ensenada». Pero se había levantado para salir, y la familia con él. ¡Aquí fué la gran batahola! Un estallido general de diálogos é interpelaciones acompañó la salida precipitada de los militares tras de la novedad. La heroína de Moratín siguió

enterneciéndose delante de las espaldas en fuga, y cayó el telón.—Y ved ahí cómo Buenos Aires no oyó nunca la loa bucólica del más inspirado administrador de rentas del virreinato. Pero el poeta había de vengarse cruelmente de los intempestivos ingleses; á poco andar, les fulminaría una granizada de estrofas que no dejaran britano con cabeza:

La falange de Albión ya titubea
Y á la diestra cuchilla
Cede por fin, y la cerviz humilla... (1)

III

Con ser el episodio menos airoso de las luchas coloniales, la primera invasión inglesa merecía estudiarse con alguna atención por los historiadores argentinos. Tal no ha sucedido, ni mucho menos; y hasta le ha ocurrido al más prolijo y minucioso de todos ellos, bosquejar la triste jornada sin escribir *una sola vez* el nombre del virrey (2). Ello no proviene ciertamente de lo amargo del relato: el escritor está muy por encima de tales sensiblerías. Ni cabe amargura en una humillación transitoria de que el pueblo no era responsable, y de cuya reacción inmediata tuvo todo el honor. Suponemos que al argentino que lea esta

(1) Esta oda y otras tres del mismo calibre fueron reunidas en folleto después de la Defensa. Puede que fueran esas las «preciosas poesías» que sirvieron de exordio á la famosa escena del 28 (y no 19) de octubre de 1807, entre Carlos IV y el amado Fernando. Dice el historiador López (*Historia*, II, 232): «*Fácil es ver*, que ese libro (de poesías) no podía ser otro que el *Triunfo argentino*». El poema de don Vicente López y Planes (que el señor Menéndez Pelayo llama con irreverencia «un romanzón histórico»), cuya dedicatoria á Liniers trae la fecha de 21 de noviembre de 1807, no fué impreso hasta el año siguiente.

(2) MIRRE, *Historia de Belgrano*, I, página 118 y siguientes. Si la omisión es voluntaria, debe tenerse por el epigrama más punzante que se haya dirigido á una encumbrada nulidad.

página de su historia, ha de sucederle lo que al oyente que escuchaba con cara risueña un sermón sobre la muerte de Jesús, «porque estaba en el secreto y sabía que el muerto iba á resucitar». Por otra parte, la conquista fué tan benigna cuanto breve, como que la resignación pacífica del vencido entraba en el plan evidente del vencedor. Sin aceptar como palabra de evangelio la salida soldadesca del mayor Gillespie (1), no es dudoso que las fuerzas de Beresford observaron una conducta muy diversa de la que mostraron las tropas de Whitelocke, exasperadas por la resistencia y los recuerdos de la reconquista.

Es otro el motivo de la desgana con que los historiadores argentinos han tratado el asunto: consiste en la condición humana de atender con preferencia al triunfador (2); y como en el caso presente no hay nada que se parezca á una batalla ni á la más simple disposición estratégica del general inglés, se despacha en un par de páginas someras el episodio incruento. No podríamos á nuestra vez tratarlo detenidamente en esta monografía, sin incurrir en otra digresión menos disculpable que las pasadas, siendo así que nuestro personaje no tuvo parte en la insignificante escaramuza ni se consideró comprendido en la capitulación. Nuestra «invasión inglesa» comienza en realidad con la entrada de Liniers en la escena. Nos referiremos, pues, lisa y llanamente á las narraciones conocidas de la invasión mirada por el lado inglés, que en efecto presenta interés escaso; pero diremos algo de la actitud asumida por los invadidos, la cual no fué tan inerte y pasiva como

(1) *Gleanings*, 50: *The balconies of the houses were lined with the fair sex*, etc.

(2) Algún día trataré de demostrar que, en todas las guerras internacionales, las causas eficientes del triunfo residen en las razones de inferioridad del vencido más que en las de superioridad del vencedor: en la mayoría de los casos, las batallas suelen perderse por aquél mucho más que ganarse por éste. El estudio del estado anterior del vencido es, pues, el más útil é instructivo.

se la suele pintar bajo el testimonio del honrado Belgrano, modesto como siempre y severo hasta la injusticia para sí propio, lo que equivale en este caso á serlo para los demás.

Todo cuanto se haya dicho y escrito respecto del virrey Sobremonte, en esas críticas circunstancias, queda pálido enfrente de la realidad. Su incuria escandalosa, su desconocimiento de toda noción del deber y del honor excede por mucho su proverbial ineptia y cobardía. No está su delito inexpiable en haber huído delante del enemigo, indignándole con tamaña ignominia, sino en haber traicionado al pueblo que le estaba encomendado, negando, durante semanas y meses, las armas, la organización militar, los medios de defensa á los voluntarios de cualquier gremio ó clase social: comerciantes, empleados, estancieros, abogados, artesanos—hasta esclavos—que se querían defender. Poco importa que tenga ó no fundamento la especie—inverosímil—de que ciertas señales del Fuerte, en la noche del 24, correspondieran á otras de la escuadra enemiga: la gran traición de Sobremonte consiste, teniendo el anuncio certero de la invasión y disponiendo de tiempo, hombres y recursos ilimitados, en no haber preparado durante seis meses la defensa de una plaza que otro, en pocos días y con un puñado de reclutas, intentó y logró recuperar. ¡Y todo ello no impide que su nombre se ostente, junto á los de Vélez Sarsfield y el general Paz, en el «Paseo» de la segunda ciudad de la República!

Que fuera posible, no sólo defender á Buenos Aires, sino tomar prisionera la división inglesa, sin más elementos que los existentes, lo prueba sobradamente la Reconquista. Empero, de las relaciones que llamaremos «oficiales», y son las fuentes donde las nuevas generaciones aprenden la historia de su país, se desprende una impresión general de pasividad y desaliento que no refleja exactamente el estado de los ánimos ni la actitud del vecindario. La real pintura de aquellos días de prueba no está en la *Autobiografía* de Belgrano, ni

en la *Memoria* de Moreno; tampoco en los *Entretencimientos* de Núñez, cuyos errores reproducen los sucesores, transcribiendo literalmente algunas de las expresiones más ó menos felices de aquéllos. Se la encuentra esa pintura, ó por lo menos sus elementos vivos é irrefutables, en la *Información* hecha por el Cabildo, tan á raíz de los acontecimientos, que se inició el 11 de julio bajo el régimen inglés, en presencia de los oficiales y del general enemigo, cuya autoridad invocan algunos testigos y jefes juramentados—así don Juan de Elía, coronel del regimiento de voluntarios de caballería, y don Miguel de Azeúenaga, coronel del batallón de infantería de milicias—para que, allanado el fuero militar, puedan declarar libremente. En esas cuarenta y tantas deposiciones testimoniales de jefes, oficiales, clases y soldados españoles ó americanos, que han jurado decir lo que han visto y hecho, y cuya sinceridad se manifiesta hasta en sus parciales divergencias, es donde el futuro historiador encontrará, no sólo los materiales del cuadro nunca hecho de la Conquista, sino la explicación anticipada de la Reconquista y la Defensa (1). Los vencedores de

(1) Todas esas declaraciones (*Colección Coronado*) son interesantes, pero algunas arrojan luz intensa sobre el estado militar y social de la colonia; así las de Cerviño y Basualdo; la importantísima del capitán Rezával, antiguo síndico y alcalde de primer voto en el año anterior, prevé y recomienda la táctica de la Defensa, cuyo mérito se ha atribuido á Alzaga; la del capitán Lezica es un modelo de precisión y claridad; la de D. Jacobo A. Varela, vecino y del comercio de esta ciudad, es un argumento vivo en favor de nuestra tesis, pues es muy conocida su conducta heroica en la Defensa. Algunas, de humildes soldados americanos, son más elocuentes é instructivas que toda nuestra literatura: así, la del cabo Guanes, de la compañía de artillería, que pinta en cincuenta líneas al virrey grotesco y fenomenal, y, sobre todo, al criollo valiente, insubordinado, atrevido y burlón, capaz de hacerse pegar cuatro tiros con tal de no quedar callado. No resisto á la tentación de citar un fragmento de esa comedia real. El declarante ha conducido con buyes y por entre pantanos dos cañones desde el Retiro al puente de Barracas; allí encuentra al virrey que

mañana no han brotado de la tierra herida, como las legiones de Pompeyo; son los mismos vencidos de ayer, pero disciplinados y conducidos por un caudillo valiente y leal.

Es poco, decir que ni Sobremonte, ni Arce, ni Quintana, ni jefe alguno veterano estuvo á la altura de su misión: conviene establecer que esos inválidos solemnes,—reliquias de las derrotas de Cataluña los que no eran simples guerreros de antecámara,—fueron los primeros fautores de la confusión y el descalabro. Sería fácil demostrar que, á quedar la suerte de Buenos Aires librada á sus solas milicias y á su vecindario, con reconcentrarse en la ciudad, como quería Rezával, atrincherar y artillar las bocacalles y distribuir los voluntarios en «las puertas, ventanas y azoteas, se podía escarmentar y destruir al enemigo». Y eso, lo hubiera hecho el mero instinto de conservación, levantado por el sentimiento cívico en los americanos, y, en los españoles, por el orgullo patrio. Veamos rápidamente lo que, en lugar de eso, hicieron del virrey abajo, los jefes de la resistencia, ó mejor dicho, lo que dejaron hacer.

Apenas llegado al Fuerte, después de la función interrumpida, el azorado virrey impartió órdenes para que todos los soldados presentes en los

le ordena volverlos á llevar, «pues no hacen falta». Entonces salta el criollo («ya me dió rabia también»), en presencia de Sobremonte y su Estado mayor:—«*Pues, señor, si ya no se necesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos ó porque S. E. nos habrá vendido á todos. Que al oír estas palabras el señor virrey cayó al suelo, corriendo entonces á alzarlo tres de los oficiales que lo acompañaban, y luego que se incorporó... les gritó: tirente, mátente! á lo que el exponente contestó: Que lo hagan: prefiero morir en este sitio á que me maten los enemigos sin hacer resistencia.*—Que entonces se le aproximó un oficial y poniéndole la espada desnuda sobre el sombrero, pero sin darle golpe, le dijo: *Cállese, paisanito, que esto ya no tiene remedio.* Pero volvió á alzar la voz el señor virrey, diciéndoles: *Amárrente!* Que se acercó una partida y lo trincaron, etcétera». Convengamos en que la *Autobiografía* de Belgrano no deja sospechar estas escenas.

cuarteles se encargaran esa misma noche de citar á las milicias para la mañana siguiente. Como la tropa estuviera alerta desde varios días, la noticia se esparció rápidamente; algunos jefes y oficiales concurrieron al punto á sus cuarteles y, al amanecer, mucho antes de dispararse los cañonazos de alarma y tocar generala, gran parte de las fuerzas estaba reunida: los «Urbanos de comercio» en la Fortaleza, los voluntarios de caballería é infantería en sus cuarteles. El batallón de Urbanos (cuyo comandante, don Jaime Alsina, promovió la *Información* para «refutar ciertas calumnias») se componía de vecinos acomodados, en su mayoría comerciantes y empleados; era un cuerpo burgués ó municipal, á manera de las antiguas guardias concejiles, sólo destinado á «patrullar las calles con los jueces y magistrados y presidir la ciudad en caso de ser invadida». No obstante, su jefe y oficiales declararon «con las más enérgicas expresiones» que el cuerpo marcharía al encuentro del enemigo; y, en efecto, salió para las Barrancas en número de 400 á 500 hombres, mal armados y peor disciplinados (1).—El regimiento de milicias de caballería, casi todo criollo, constaba nominalmente de 600 plazas (2); pero se había destacado una compañía con el Fijo de Montevideo, y de los 500 hombres ó poco menos que se acuartelaron, tan sólo los «montados en sus propios caballos» fueron armados de espada y pistola, con cuatro cartuchos por hombre; el resto, casi la mitad, no se movió de las Catalinas.

(1) A estas «tropas urbanas», como las llama vagamente el señor Mitre, parece que pertenecía, ó se «agregó», Belgrano. En el desorden general, estas fuerzas caseras se distinguieron por su pasividad; pasaron los días en «tomar nuevas posiciones» y replegarse al percibir los primeros tiros. Belgrano se indignó, dice su historiador: «Indignado por aquellas palabras... siguió el movimiento retrógrado de las tropas»!

(2) Véase el *Diario* de Cerviño en los *Documentos históricos*. No lo damos como perfectamente exacto é imparcial, pero contiene muchos detalles curiosos y deja una impresión general bastante viva de la situación.

A última hora, se trajeron del Retiro catorce carabinas «las únicas que había en el cuartel». Así armados, marcharon para los Quilmes unos 300 hombres de caballería; pero en el camino descubrieron que «las balas de los cartuchos no calzaban en el cañón».—El batallón de milicias de infantería (en parte montada), fuerte de 500 hombres al mando de Azcuénaga, estaba mejor armado, y, parapetado en la ciudad, hubiera sin duda bastado á destruir ó rendir al enemigo; no faltaban fusiles y algunas compañías llevaban veinte cartuchos por hombre. Después de quitarle 100 hombres montados, á las órdenes del capitán Terrada, para agregarlos á la mermada caballería, se dejó á este batallón formado en la Plaza Mayor, toda la tarde y la noche del 25, en que la lluvia le obligó á refugiarse bajo los portales de la Recova: al día siguiente, marchó también hacia Quilmes.

Así pasó el día 25, en tanto que los ingleses ejecutaban su laborioso desembarco con la misma tranquilidad que en una isla desierta. En la mañana del 26, don Pedro de Arce, que era el jefe de la defensa como Sub-Inspector General, y «gozaba de gran reputación militar», se propuso cerrar el paso al invasor, intentando á deshora lo que durante el desembarco habría sido eficaz. Asimismo, á tener reunidas y organizadas las fuerzas disponibles, protegidas por una artillería superabundante, la tentativa pudiera tener buen éxito. Además de las milicias enumeradas, disponía de 200 blandengues y soldados de frontera, que llegaron de la Ensenada al mando del teniente coronel de dragones Gutiérrez, y muchos oficiales del Fijo, fuera de los veteranos retirados, los marinos y algunos chilenos que también se incorporaron (1).

(1) Aquel capitán Lorca, de *Los Trofeos de la Reconquista*, no era el único chileno presente en una y otra jornada, como parece que se da á entender en la información producida en 1882, á solicitud del Intendente Alvear.

Pero las milicias, sin orden ni dirección, quedaban todavía diseminadas desde el Retiro hasta el puente de Gálvez, guarneciendo cuarteles que nadie amenazaba ó alborotando en la Fortaleza y la Plaza Mayor; la artillería, arrastrada con bueyes, llegaba tarde, ó se perdía en los pantanos, hasta que se abandonara al enemigo la que había cruzado el Riachuelo. El desastrado Sub-Inspector, con unos 500 hombres de caballería (milicias urbanas y blandengues de la Ensenada) y algunas piezas de artillería, se formó en batalla sobre una cuchilla, en frente del enemigo que emergía apenas de los bañados y pajonales. Una descarga de los «tres violentos», y otras tantas piezas ligeras puestas en batería, produjo algún efecto en el grupo enemigo (1). Pero cuando éste se hubo formado—el regimiento 71 á la derecha, el batallón de marina á la izquierda, y el de Santa Helena á retaguardia— y avanzó resueltamente, las fuerzas de Arce se desbandaron y emprendieron la fuga, no quedando el jefe entre los últimos, aunque vociferase cómicamente: *Yo mandé tocar retirada, no desordenada fuga!... ¡Qué dirán las mujeres de Buenos Aires!* (2)... Era la hora en que el marqués de Sobremonte, rodeado de familiares, subía á la azotea de la Fortaleza con tamaño catalejo que asestaba hacia Quilmes y, después de «haber preguntado cuántos cañonazos se habían tirado», exclamaba satisfecho: *No hay cuidado, los ingleses saldrán bien escarmentados!* (3).

Tal fué la «acción» de Quilmes, que terminó sin mucha efusión de sangre (4). La completó, al

(1) Con su parte á Baird, el general Beresford remite una lista de los muertos y heridos.

(2) Para otros rasgos más característicos de esta excelente *ganache*, véase el *Diario* de Cerviño.

(3) Declaración de D. José de Castro, alférez de milicias retirado. (*Colección Coronado*).

(4) El señor MITRE (*op. cit.*), dice que «no hubo un muerto ni un herido de parte de los argentinos». Cerviño dice que «no se puede fijamente expresar el número de muertos y heridos». Las *declaraciones* aluden á algunas bajas; esta debe ser la versión exacta.

día siguiente, la del Puente de Gálvez, mucho más desairada aún, como que el virrey transportó allí su ridícula persona y su despreciada autoridad. También allí aparecieron por vez primera el coronel José Ignacio de la Quintana, improvisado jefe de los Urbanos, el coronel «hidráulico» Eustaquio Giannini y otros solemnes colaboradores del desquicio, que iba á tener muy pronto su desenlace.

En la tarde del 26, los derrotados de Quilmes llegaron en grupos desordenados á la quinta de Gálvez, y, pasado el puente ya medio destruido, se reunieron en esta banda «en frente de la barraca de Cagigas» con el resto de las fuerzas traídas de la ciudad. Don Pedro de Arce comentaba el desastre reciente, repitiendo en voz alta que los ingleses eran *4000 hombres bien disciplinados y aguerridos y que no pasaría de la oración sin que los tuviésemos en el Puente* (1). ¡Admirable manera de infundir confianza en las tropas!—Fué en este momento, dicen algunos testigos, cuando se entendió que el virrey no tenía el designio de defender la plaza. Sabían que había despachado á Luján todos los fondos de las cajas reales y que su familia estaba en la quinta de Liniers, pronta para emprender viaje al interior. Sobremonte pasó la noche en la quinta de Dorna, rodeado por los blandengues y milicias de la Ensenada, en tanto que las milicias de caballería y los Urbanos ocupaban las barrancas de la Convalecencia. Desde el alba del día 27, unos 400 hombres de infantería de milicias y una compañía de granaderos del Fijo, atrincherados en un cerco de tunas, disputaban al enemigo el paso de Barracas; pero, pronto se les agotaron las municiones, y habiéndolas pedido vanamente al coronel Giannini, tuvieron que emprender retirada. Entretanto, el virrey montaba á caballo y, seguido de la caballería de Gutiérrez, ganaba la quinta de Liniers, donde ya

(1) Declaración de D. José de Castro y otros.

le esperaban Arce, Nicolás Quintana, Rocamora y otros jefes. De allí Sobremonte se trasladó con su familia y escolta al Monte de Castro, para labrar «en junta de generales» un documento explicativo de su fuga, mucho más indigno y vergonzoso que cualquiera capitulación.

Habiendo el coronel de la Quintana comunicado á los jefes y oficiales de milicias, que era «orden del virrey» replegarse á la Fortaleza para obtener una «honrosa capitulación», produjéronse escenas tumultuosas que luego se repitieron en la Plaza Mayor. El capitán Murguiondo, el alférez Capdevila, Varela y otros que muy pronto volverían por su honra vendida, protestaron en términos violentos: «¿Cómo se entiende aquello de retirarse, cuando no se sabe de qué color es el uniforme del enemigo?»—A lo cual Quintana contestaba, revistiéndose de gran autoridad: *Nadie levante la voz: pena de la vida al que no obedezca al señor virrey!* Pero siguieron las protestas por largo rato, hasta que, obligados á dejar sus armas, muchos prefirieron romperlas al pie de la Fortaleza. El jefe de la plaza tenía ya redactado el proyecto de capitulación, el cual fué desdeñosamente rechazado por el vencedor que ya se acercaba por la calle de Santo Domingo, «en orden desplegado para aparecer más imponente». El general Beresford se instaló en la Fortaleza de los virreyes y, en lugar de la capitulación honrosa, tuvo Quintana que aceptar y firmar las «condiciones concedidas por los generales de su Majestad Británica» (1). En esos mismos días, Santiago Li-

(1) El 2 de julio de 1806, suscribieron también dicho documento los alcaldes de 1.º y 2.º voto, Francisco Lezica y Anselmo Sáenz Valiente. A este propósito se suscita una pequeña cuestión histórica que no carece de interés. Los señores Mitre, López y otros historiadores modernos dicen, siguiendo á Núñez, que (á principios de 1807) don Martín Alzaga, «acababa de ser nombrado alcalde de primer voto, en la renovación anual de la corporación»; lo que es exacto. Ahora bien, al día siguiente de la Reconquista, vemos desaparecer los nombres de Lezica y Sáenz Valiente de entre los miembros del Cabildo, sustituyéndolos los de Martín Alzaga y Villanueva, como Alcaldes

niers penetraba en Buenos Aires, provisto de un salvo conducto pedido por su amigo don Edmundo O'Gorman. Mientras tanto, el virrey Sobremonte, que hasta para la fuga necesitaba protección, proponía en vano á las milicias que todavía le rodeaban acompañarle hasta Córdoba, «ofreciéndoles doble sueldo». Siguió camino en carruaje con su familia y la escolta, sin ocuparse más de los soldados hambrientos que volvieron penosamente á la ciudad. Tuvo al principio el pensamiento de situarse en Luján, con los fondos de las cajas reales; pero el anuncio de estar acercándose la partida inglesa que venía por ellos le obligó á marchar al interior. Desde Córdoba, dirigió varias comunicaciones á Buenos Aires y á España, procurando paliar su conducta y avisando que dicha ciudad era la capital provisional del virreinato. Unas y otras cayeron en el vacío. Los acontecimientos se precipitaron; la Reconquista se preparó y realizó sin intervención del funcionario caduco, indigno de reivindicar ahora la autoridad que en los días de prueba había abdicado.

Por su parte, el «Gobernador» inglés, como en sus decretos se titulaba, tuvo la conciencia inmediata de la situación. El codicioso Popham, no Beresford, fué el instigador de todas las medidas de rapiña y charlatanismo con que tan indecorosamente se exhibió á la expedición en Europa y

de 1.º y 2.º voto. Con este título, desde el 14 de agosto hasta septiembre de 1806, Alzaga y Villanueva suscriben (en lugar de Lezica y Sáenz Valiente) documentos tan importantes como la eliminación de Sobremonte y (el 20 de agosto) el parte de la Reconquista «al Rey Nuestro Señor». Pero, en septiembre, se eliminan Alzaga y Villanueva y los propietarios vuelven á aparecer. El eclipse es curioso y significativo. La explicación probable—que merecería confirmación—es que el hecho de haber firmado la «capitulación» hubo de acarrear gran impopularidad á los alcaldes, quienes pidieron y obtuvieron ser reemplazados por los nombrados. La Reconquista borró la impresión y repuso las cosas en su lugar. Creemos que, según la ley, los dos regidores más antiguos debieran reemplazar á los alcaldes impedidos. ¡Pero se estaba iniciando la Revolución!

América. No sólo echóse al pronto sobre el botín, de propiedad particular en mucha parte, y cuya distribución quedó en claroscuro; sino que discutió aquella entrada carnavalesca del «Tesoro de Buenos Aires» en Londres, fomentando el entusiasmo mercantil de los clientes del Café de Lloyd con pinturas fantásticas de las riquezas argentinas. Beresford, más frío ó más penetrado de su responsabilidad, comprendió al punto que sería imposible la conservación de su conquista sin importantes refuerzos de mar y tierra. Vanamente acuarteló sus fuerzas y, para disimular su número real, exigió diariamente un número de raciones duplo del necesario: la estratagema no podía engañar al observador experto que medía ya la flaqueza del invasor. Desde luego, el general Beresford sintió que el plan de conquista fallaba por su base, que lo era la presunta connivencia de la población. Fuera de las autoridades y del clero que, como siempre, dieron la señal del rendimiento al vencedor, quedó muy evidente desde el primer día que el vecindario estremecido entraba en fermentación. Los soldados ingleses no se alejaban sin peligro de la Plaza Mayor; cediendo, cuando no á la violencia, á otros alicientes, llegaron las deserciones á tomar carácter tan alarmante que se consignaron severamente las tropas en la Ranchería y la Fortaleza, publicándose con este motivo el único decreto riguroso que Beresford suscribiera. Sus otras disposiciones generales, la «capitulación» inclusive, revelan un espíritu de generosidad y sentido recto. Concedió á la guarnición los honores de la guerra (1), declaró el comercio li-

(1) Es curioso un detalle de ese documento, redactado naturalmente en los dos idiomas. En el artículo primero, al mencionar á los oficiales que debían jurar fidelidad al gobierno inglés, el texto original designa solamente á los nativos ó domiciliados (*such officers as are natives of the country, or regularly domiciliated*); pero la traducción española agrega expresamente *ó casados con nativas del país*. Este era el caso de Liniers, y es conocida la acusación que se le dirigió hasta de Inglaterra, por «haber violado su juramento.»

bre, aligerando los derechos aduaneros; garantizó la propiedad y el ejercicio de la justicia; dejó funcionar libremente todas las ramas de la administración, respetó al Cabildo, dictó excelentes medidas policiales ...Todo era inútil: según el dicho de un contemporáneo, «el pueblo quería al amo viejo ó á ninguno». Realizó su doble aspiración: primero echó al amo nuevo, y al viejo poco después.

CAPITULO TERCERO

LA RECONQUISTA

Con buena sombra y simpatía evidente por la protagonista, refiere el mayor Gillespie una pequeña escena de que fueron testigos él y cinco ó seis compañeros de armas, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad. Para rehacerse de tanta penuria reciente, habían ido á comer á la célebre fonda de los *Tres Reyes* situada, como todo el mundo sabe, en la calle de Santo Cristo (25 de Mayo). Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un señor Barreda, «criollo letrado», que amablemente les servía, de intérprete. Mezquina era la cena—*eggs and bacon*—como que los mercados no se abastecían desde la antevíspera; pero alegraba la vista una arrogante muchacha, hija del mesonero, que ayudaba al servicio. El excelente mayor, recién llegado del Cabo con setenta días de travesía, observaba á la joven con vivísimo interés. No tardó en sospechar que algo muy grave pasaba en ella: su ceño airado, sus encendidas mejillas y ojos centellantes eran indicio de una tempestad interior... El narrador confiesa de buena fe que se sentía desazonado, ignorando sobre quién descargaría la tormenta. Al fin estalló. Cuadrándose de repente delante de los pobres milicianos, la hija de los *Tres Reyes* espetóles esta arenga desnuda de artificio: «Caballeros, debieron ustedes avisarnos de antemano que era su intención cobarde entregar á Buenos Aires; pues juro por mi vida que á saberlo, nosotras las mujeres hubiéramos salido

á la calle y echado á pedradas á esos ingleses! Después de este desahogo (1), recibido á quema ropa en el silencio general, la Bradamante criolla, bruscamente serenada, siguió mudando el cubierto á vencedores y vencidos con una sonrisa encantadora.

La anécdota es significativa; en nuestros días se la tendría por un «símbolo» de la psicología popular durante esa crisis solemne. Hase visto cómo el negrero Wayne no engañaba á los ingleses, pintándoles infalible la captura de la ciudad con un golpe de mano atrevido. La habían realizado sin mucho esfuerzo ni grandes peligros. Fugado el virrey, rendidos los jefes y soldados, resignadas las autoridades, inerme y al parecer conforme la población, pudo el conquistador creer en la realidad de su conquista. Al día siguiente de estar instalado Beresford en la Fortaleza, comenzaron á acudir las corporaciones, haciendo cabeza el obispo y su clero; se juramentaron oficiales y empleados, prestaron pleito homenaje y ofrecieron su valioso concurso «moral» los preladados y priores de conventos. Bastó una intimación para que el sub-inspector Arce y el Cabildo hicieran bajar de Luján los caudales extraídos de las cajas reales (2). Pronto volviéron á abastecerse los corrales y mercados, á abrirse las tiendas y pulperías, como que, por circular en manos inglesas, no perdían los pesos y doblones su conocida efigie española. Si no hubo función de co-

(1) La expresión inglesa (*delivery*) se presta á un equívoco.

(2) Según un estado detallado de la Tesorería, desde julio 6 hasta agosto 2 de 1806, el total de las sumas entregadas á las autoridades inglesas ascendió á 1.438.514 pesos. De esta cantidad se embarcaron en el *Narcissus* 624.714 pesos: el comodoro Popham dió recibo por valor de 494.223 pesos, procedentes de Luján (zurrones, barras de plata, tejas de oro y hasta vajilla); el general Beresford libró órdenes por 229.176 pesos, dejando justificativo por su mayor parte: gastos de la tropa, devolución al Consulado, etc. Después de la Reconquista, se recuperaron 130.000 pesos del dinero entregado á Popham.

medias en todo julio, lidiáronse toros en el Retiro. Jefes y soldados «colorados» formaron relaciones en sus respectivas esferas. Las mismas familias, en cuyas casas se hospedaban los oficiales, trataban á éstos con afabilidad... Decididamente aquello andaba á maravilla, y la contagiosa ilusión del comodoro se transmitió al general. Como Sancho en la insula Barataria, comenzó Beresford á creer en su gobernación, y prodigó las órdenes, decretos y reglamentos á nombre del soberano británico. Así pasaron algunas semanas sin que los incautos vencedores se dieran cuenta exacta de la situación. Habiendo asaltado la casa y con facilidad suma desalojado á sus dueños, los intrusos se instalaron en ella y armaron francachela, sin sospechar que los propietarios pudieran juntar á los vecinos y preparar una vuelta. Gillespie se mostró sabio con no prolongar su sobremesa en los *Tres Reyes*, á pesar de las sonrisas y del *good humour and charms* de la huésped! Cuando los síntomas se hicieron harto visibles y reventó afuera lo que adentro pasaba; cuando los invasores llegaron á comprender que un pueblo no está subyugado mientras el alma no está sumisa; cuando se descubrió que las fórmulas cortesés, ni las protestas de los funcionarios, ni los sermones de los frailes interpretaban el alma de un pueblo estremecido y recién vuelto de su estupor: ya era tarde; y cogido en su propia trampa, no podía Beresford, aunque quisiera, seguir el consejo del forbante Popham que proyectaba bombardear y poner á saco la ciudad, embarcándose luego con el botín (1).

(1) Existen varias comunicaciones de Popham en que reprueba á Beresford su condescendencia y generosidad para con los habitantes de Buenos Aires.

I

Hemos visto cómo Santiago Liniers, al día siguiente de la capitulación, solicitó y obtuvo del general Beresford un salvoconducto para visitar á su familia en la ciudad. Siendo un hecho indiscutible esta negociación, que fué llevada á cabo por el irlandés Edmundo O'Gorman (1), basta á desvanecer todas las imputaciones calumniosas de Popham respecto al pretendido compromiso de Liniers. Este volvió á Buenos Aires el 29 de junio, no hallándose, por tanto, en la Ensenada cuando el teniente Groves fué á rendirla en nombre del general inglés. Provisto de su salvoconducto, Liniers pudo también abstenerse, como se abstuvo, de concurrir al acto del 5 de julio en que, por invitación escrita del Cabildo, «los jefes y miembros de las corporaciones eclesiásticas y otras, los alcaldes de la ciudad y barrios y todos los habitantes principales (fueron) á Palacio en el Fuerte de Buenos Aires, á las 12 del día, al efecto de prestar juramento de fidelidad á S. M. B.» Para juramentarse no habría Liniers pedido salvoconducto. No perteneciendo á la guarnición de la plaza rendida, le era lícito invocar, como Belgrano y los ministros contadores que se honraron

(1) Este O'Gorman, pariente del protomédico, había venido á Buenos Aires «con real licencia por seis meses para arreglar asuntos de familia». Parece que obtuvo permiso para establecerse, acabando por casarse con una hermosa criolla de la isla Mauricio que figurará en este relato. Como White, Wayne y otros, prestó á los ingleses servicios más ó menos recomendables, aunque tenía él la disculpa de servir á su país. Agente de Beresford para la cobranza del «ramo de tabacos y Filipinas», se hizo odioso y, el día de la Reconquista, tuvo que guarecerse en el buque de Popham, dejando en tierra á su mujer. La Reconquista puso á Liniers en el lugar de Beresford, y, tan amigo del francés como del inglés, el excelente O'Gorman volvió al *statu quo ante bellum*.

con su negativa, el carácter de sus funciones, que emanaban del rey y se ejercían en cualquier punto no conquistado del virreinato donde se estableciera la legítima autoridad. Pero no eran necesarias tantas razones: el día de la capitulación de la *ciudad*, él estaba tan fuera de ella, aunque en territorio del virreinato, como Allende en Córdoba ó Ruiz Huidobro en Montevideo, y por consiguiente, ajeno á las consecuencias de esta acción de guerra. Por otra parte, es muy sabido que después de la reconquista, cuando las recriminaciones de Beresford, prisionero ó fugado, cobraron mayor acritud contra Liniers, nunca hizo alusión al supuesto compromiso verbal ó escrito de su adversario: es que no existió jamás, sino en la imaginación novelesca y la conciencia elástica de Popham (1). Liniers cometió muchas faltas, incurriendo en imprevisiones y ligerezas que no procuraremos disimular, pero en las cuestiones de honra era irreprochable y, como lo declara el mismo Beresford, «incorruptible».

Liniers no vivía ya en la quinta que con su hermano tenía arrendada á don Isidro Lorea (2),

(1) En su comunicación del 25 de agosto al honorable W. Marsden, secretario del Almirantazgo, el comodoro Popham formulaba acusaciones tan inverosímiles contra Liniers, que el mismo tribunal las mandó suprimir de la versión oficial que fué publicada. Después de la conquista, Popham no estuvo en la ciudad sino el día 5, para presenciar la función del juramento á que no asistió Liniers; para tener con él «frecuentes entrevistas» hasta el 10, hubiera sido necesario que Liniers empleara la semana en viajes á balizas exteriores donde fondeaba el *Diadem*. Tenía otras y mejores atenciones en la ciudad!

(2) La «quinta de Liniers» estaba en la calle que hoy lleva este nombre, ocupando las manzanas ahora cortadas por la de Moreno. Desde antes de 1795, el conde de Liniers, gran buscavidas mucho menos ingenuo que su hermano, obtuvo licencia para establecer allí una «Real fábrica de pastillas» que no prosperó. La curiosa causa seguida en 1795 contra algunos franceses sospechados de conspiración (entre ellos un tal Bloud, capataz de Liniers) suministra detalles interesantes sobre la vida de la época y, especialmente, el carácter bondadoso del comandante Santiago Liniers. Dirigió la causa D. Martín de Alzaga, como Alcalde de primer voto, con un ensaña-

sino en casa de su suegro Sarratea, enfrente de Santo Domingo. Sinceramente religioso, á fuer de marino y vendeano, Liniers asistia á los oficios del culto y era natural que pusiera su empresa solemne, ya nacida en su espíritu, bajo la protección divina. He aquí lo que se lee en el Libro de Actas de dicho convento, bajo el testimonio auténtico de su prior y mayordomo, con la fecha del 25 de agosto de 1806:

Con motivo de haber sido rendida esta plaza, el día veinte y siete de junio de mil ochocientos seis, á las armas de su majestad Británica del mando del general Mr. Williams Carr Beresford, se experimentó decadencia y cierta frialdad en el Culto por la prohibición de que se expusiese el Santísimo Sacramento en las funciones de la Cofradía que tuvo á bien mandar el ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis. El domingo primero de julio, no hubo más que una misa cantada sin manifiesto, y habiendo concurrido á ella el capitán de navío señor don Santiago Liniers y Brémont, que ha manifestado siempre su devoción al Santísimo Rosario, se acongojó al ver que la función de aquel día no se hiciera con la solemnidad que se acostumbraba. Entonces conmovido de su celo, pasó de la Iglesia á la Celda prioral, y encontrándose en ella con el R. P. Maestro y Prior Fray Gregorio Torres, y el mayordomo primero, les aseguró que había hecho voto solemne á Nuestra Señora del Rosario, *ofreciéndole las banderas que tomase á los enemigos*, de ir á Montevideo á tratar con aquel señor Gobernador sobre reconquistar esta ciudad, *firmemente persuadido de que lo lograría bajo tan alta protección...*» (1).

Escritores hay cuyo estrecho liberalismo no puede contemplar friamente tales «extravíos de la superstición». Cuando no llegan á pensar, como el pobre Manuel Moreno, que la devoción de Liniers sólo encubría cálculo hipócrita y pusilanimidad, se limitan moderadamente á señalarla como un síntoma de ignorancia y flaqueza de espíritu. No necesitamos demostrar la sinceridad de las

miento grotesco y atroz. Algunos de los reos fueron *torturados*. El juicioso y casi siempre exacto Domínguez lo pone en duda: pero ello resulta irrefutablemente del proceso manuscrito, cuya comunicación debo á la amabilidad del general Mitre.

(1) Acta reproducida *in extenso* en los *Trofeos de la Reconquista*.

creencias que, según el dicho de Pascal, hacen recorrer á sus sostenedores la *via crucis* del martirio. En cuanto á la debilidad mental que tales creencias religiosas revelarían, ello no está demostrado irrefutablemente; y, sin invocar ejemplos abrumadores de otros países y épocas, no parece que en esos mismos años de la Independencia, el «fanatismo» de Mariano Moreno, contrapuesto al «liberalismo» de su hermano Manuel, fuera indicio de una inferioridad de la mente ó del carácter. En el fondo, no hay diferencia esencial entre el misticismo heroico de un mártir y el de un patriota; ya sea una cruz, ya una bandera su símbolo visible, ambos arrancan de la misma fuente profunda, del propio esfuerzo sublime que desprende el ser humano de sus vínculos terrestres para arrojarle al sacrificio. Es el triunfo de la pasión noble sobre la prudencia egoísta y el instinto conservador del organismo: en una palabra, de la humanidad sobre la animalidad. Y no es mucho que, para mantener un equilibrio tan inestable y sobrenatural, se procure casi siempre el auxilio de un «misterio» idealista. Acaso sea más grande el frío altruismo de un Condorcet ó de un Hoche, que sólo obedece á la pura noción del deber moral, despojada de toda ilusión ó radiante emblema; pero tales heroísmos excepcionales y filosóficos no son contagiosos para las muchedumbres. En todo caso, la santurronería que parte de Santo Domingo para realizar la Reconquista y la Defensa, queda muy por cima de las ironías liberales que no conducen á las funciones de iglesia ni tampoco á las del campo de batalla—sin que pretendamos, por cierto, que sea la segunda omisión consecuencia forzosa de la primera.

No es por buscar temas para reflexiones morales por lo que hemos transcrito el fragmento anterior; creemos que de él puede extraerse un buen ejemplo de crítica histórica *ad usum variorum*. En son de justa protesta contra el deán Funes y sus inmediatos sucesores, que escribían sus crónicas á manera de consejos, con exclusión se-

vera de cualquiera pieza justificativa, han venido otros que conciben y tratan la historia como un expediente de escribanía. Desfilan á nuestra vista en procesión solemne los testimonios impresos ó manuscritos, todos igualmente respetables y dignos de fe, aunque procedan visiblemente de testigos parciales, falibles, ignorantes ó á todas luces embusteros. Las polémicas se componen esencialmente, como en el poema de Boileau, de mamotretos que los contendores se arrojan mutuamente á la cabeza: Funes contra Núñez, Manuel Moreno contra Torrente, Sota contra Seguí—para no citar á los peores. Un sermón de fraile franciscano, un «diario» de sargento de blandengues, un «rasgo encomiástico» en verso que parece prosa ó *vice versa*, sirven de fundamento á tesis contradictorias y se elevan á la categoría de autoridades históricas. Y todo ello al por mayor, sin discutir, sin distinguir. No es la antorcha de la razón ni mucho menos del arte evocador, lo que podría aquí simbolizar la labor histórica y el juicio de la posteridad, sino el tragadero del tiburón. Nos hemos criado en el culto del fetiche documental. Ante el hecho aquel famoso de los fósiles reconstituidos con sólo un fragmento de mandíbula, lo que nos maravilla, no es el genio de Cuvier y su ley eternamente fecunda de la correlación, sino la mandíbula; y nuestro ideal, entonces, ha sido amontonarlas á carretadas. Algunas de nuestras historias son osarios, pero no semejantes al de la visión de Ezequiel; falta el espíritu vivificador que insufla un alma en las reliquias inertes: *et spiritum non habebant.*

Y ¡sobre esos escombros es donde tienen lugar las batallas de los textos y de las letras muertas! No hay sub-historiador sin su alegato ardoroso y parcial, su «sitio hecho» y prejuicio irrevocable, su vehemente anhelo de tener razón á toda costa contra un adversario relapso y pertinaz. Cada cual tiene que defender á su héroe impecable y perfecto; no es buen biógrafo el que no se torna panegirista. Casado en justas nupcias con su pre-

ocupación, la proclama única dama de su pensamiento, sin escuchar las objeciones más que para combatirlas *a priori*—y el combate de la historia se libra en las espaldas de la verdad.

Al que bosqueja estas páginas (á título de ensayo, por cierto, no de modelo) no se le escapa que, á fuer de biógrafo al uso, debería aceptar sin examen para su «héroe», abonándose en cuenta, todo documento favorable y auténtico que á la mano le viniera. El que hemos transcrito reúne en sumo grado ambos requisitos: es un testimonio irrefragable, autorizado por la notaría y que, además tiende á demostrar que Liniers, llegado el viernes á la noche de la Ensenada, traía ya, desde aquel domingo, 1.º de julio, su plan de reconquista con la previsión serena del éxito. Ahora bien, eso no es cierto, porque no es posible. Contra el documento, escrito y firmado dos meses después por testigos sin duda, de buena fe, pero destituidos de sentido histórico y sujetos más que otros á la irresistible ilusión imaginativa que exagera, simplifica, deforma, es decir *compone* la realidad, —se levanta la crítica positiva, la cual, armada de esa misma ley de la correlación orgánica que Jorge Cuvier aplicara á su materia, y es la condición necesaria de todos los fenómenos, denuncia netamente el error ó el fraude. La letra queda vencida por el espíritu. Todos los testigos contemporáneos, seres de credulidad y clientes del milagro, no prevalecen sobre la simple inducción racional. Aunque Liniers fuese un genio, y no lo era, no sería admisible que no diera por base á su riesgosa aventura el estudio previo y minucioso de la situación, haciendo en pequeño lo que en grande hacía el mismo Napoleón,—lo que es elemental para tener probable, si no segura la victoria.—Nos hemos detenido en este incidente, porque, lo repetimos, con ocasión de esta simple monografía, quisiéramos inspirar á algunos jóvenes dignos de esta solicitud, pues en ellos vemos á futuros historiadores argentinos, el desdén de

los procedimientos en uso y el respeto del verdadero método.

Por consiguiente, el capitán de navío Liniers, que sobre ser creyente tenía treinta años de experiencia militar, pudo «ofrecer á la Virgen del Rosario» las banderas enemigas, no el día 1º de julio, sino el 9 ó el 10, cuando, después de estudiar las situaciones respectivas, se embarcó para la Colonia y asumió con plena conciencia y confianza absoluta el papel de reconquistador (1). Y asimismo, no es pequeña muestra de pericia profesional y sentido político haber acertado, en tan breve lapso, con la *única* solución que fuera igualmente favorable á la fortuna del país y á la suya propia. Los que nos repiten sentencias de escribanos ó canónigos, acerca de la incapacidad militar y el «atolondramiento» de Liniers, miran las cosas por defuera, juzgando del valor de los hombres por el resultado aciago ó próspero de sus empresas. Es procedimiento somero y al alcance de todas las inteligencias; según esa regla sencilla, es buen marino todo el que conduce la nave á seguro puerto, siendo inepto el que naufraga: y nada importa que el primero tuviera viento de popa, mientras bregaba el segundo con la mar deshecha y el huracán!

Después de la primera sonrisa insinuante de la victoria, á este héroe de circunstancia tocóle en suerte forcejear con la situación exterior y local más inextricable; el conflicto más tremendo de fuerzas contrarias é ingobernables que haya presidido jamás al alumbramiento «cesáreo» de un pueblo americano. Al lado de la de Buenos Aires,

(1) Sabido es que Liniers no dió importancia á la escaramuza y dispersión de Perdríel: «Nuestro general, en vez de apocarse con tan infausta noticia, dió muestras de la magnanimidad de su corazón, diciendo (á Pueyrredón) con alegre semblante: *No importa, nosotros bastamos para vencerlos*». La anécdota concuerda con el carácter y ha de ser exacta. La traen en términos análogos, varios testigos. V. gr.: BAZZÁ, *Dominación española* (segunda edición), II, 417 y 7º Documento de prueba.

la elaboración de las independencias chilena, peruana, mexicana y hasta caraqueña, resultan de poco esfuerzo. Aquí mismo, como á su tiempo lo veremos, la árdua empresa de un Moreno ó de un Rivadavia parece fácil, comparada con la que la fatalidad deparara al extranjero Liniers. No es discutible que no se mantuvo á la altura de la situación, pero ¿quién pudiera mantenerse, en esas tinieblas cruzadas de relámpagos, sobre el suelo vacilante y dislocado de un terremoto? Vencido, descorazonado, adherido á una causa mala que sólo su lealtad hacía buena, remachado á ese cadáver, prefirió, como Decio, sacrificarse á las divinidades infernales y perder la vida salvando el honor... Pero no nos anticipemos; no cercenemos á la víctima predestinada sus horas de dicha y plenitud: estamos en la Reconquista, en ese momento sublime, único en la vida del hombre como de los pueblos, en que parece, según el dicho de Vauvenargues, que «los fuegos de la aurora fueran menos dulces que los primeros rayos de la gloria».

Planteado el problema de la reconquista, no residía la dificultad en darse cuenta exacta de la fuerza enemiga. A pesar de las exageraciones de Arce, tendentes á paliar su conducta, y de los subterfugios discurridos por Beresford para inflar en la apariencia la cifra de su efectivo, no pudo ésta ocultarse por mucho tiempo. El regimiento de *highlanders* hacía ejercicios en la Ranchería, lo propio que el resto de las fuerzas en la plazuela del Fuerte; por otra parte, algunos desertores irlandeses habían corroborado los datos suministrados por el cálculo. Liniers no vivió tres días en Buenos Aires sin saber que las tropas invasoras no alcanzaban ahora á 1500 hombres, entre veteranos y reclutas, si bien todos armados, con artillería suficiente, y mandados por un jefe valiente y previsor. Pero por mucha que fuera la solidez de esta brigada, añadiéndole todos los recursos de la posición y la defensa, no parecía dudoso el éxito de un ataque llevado con energía y apoyado en el concurso entusiasta de la población. Ahora

bien, ¿con qué núcleo organizado se iniciaba el ataque?

Desde los primeros días posteriores á la conquista, la rendida población había vuelto poco á poco de su estupor; entraba en fermentación la masa popular que Beresford, engañado por las flaquezas y compromisos oficiales, consideraba inerte. La agitación del vecindario se condensaba en conciliábulos, gérmenes flotantes de conjuras todavía esporádicas; cruzábanse entre la ciudad y la campaña mensajes y consultas que importaban una vaga tentativa de organización para la resistencia. El coronel Liniers se encontró delante de tres movimientos iniciales que, si bien convergían al mismo fin, no podían coexistir independientes ni obrar de consuno sin contrariarse y comprometer el resultado: era forzoso elegir entre la conspiración urbana, que se urdía en torno de Alzaga; el conato de cruzada belicosa que Sobremonte y Allende anunciaban desde Córdoba,—con acompañamiento de proclamas enfáticas, suscritas por el segundo y al parecer dictadas por el primero,—y, finalmente, la expedición que se preparaba en Montevideo, con anuencia más que á impulso de su achacoso gobernador Ruiz Huidobro: figurón aspirante á virrey y segundo ejemplar, apenas mejorado, de Sobremonte. Para un militar de carrera, como lo era Liniers, la elección no podía ser dudosa: á preferir el último partido, incitábase por el pronto la sugestión de su propio interés y su tendencia profesional.

Tenía, desde luego, que repugnar á su conciencia de soldado esa tenebrosa empresa de minas y explosiones que, sobre ser un crimen, no pasaba de una peligrosa extravagancia. Sabido es que, desde el 29 de junio (1), los catalanes Sentenach

(1) Dice la *Historia de Belgrano*, I, 125: «A los diez días de ocupada (la ciudad), se abocaron el ingeniero don Felipe Sentenach y D. Gerardo Estebe y Llac...» A ser exacta esta versión, el complot no hubiera tomado con-

y Estebe habían concebido el proyecto de liberar la ciudad, aniquilando á los ingleses. En pocos días contaron con la adhesión de varios españoles, Forneguera, Anzoátegui, etc.; la de Dozo, empleado de Alzaga, atrajo el valioso concurso de su patrón, quien suministró generosamente el «nervio de la guerra». El plan adoptado consistía en reclutar secretamente hasta 500 hombres, por el conocido procedimiento de secciones independientes, y reunirlos en un punto fortificable de la campaña (fué designado más tarde el caserío de Perdriel); esta fuerza debía entrar en acción cuando las minas cavadas bajo la dirección de Sentenach hicieran explosión, reduciendo á escombros la Fortaleza y la Ranchería con sus ingleses acuartelados. Otros adherentes (partidarios de la famosa *guerra á cuchillo* que, algunos años más tarde, había de ostentar en la Península sus proezas africanas y levantar la protesta indignada de Wellington) querían sencillamente armar con puñal «las gentes que pudieran reunir» y entrar á degüello contra compañías formadas y prevenidas! La ineptia profunda del plan, renovado de la fábula del gato con cascabel, hubiera bastado para alejar á Liniers: ¡bien sabía él—y la desbandada de Perdriel iba á confirmarlo—cómo las «gentes» sin disciplina ni dirección hacen frente á los soldados aguerridos y bien mandados! En cuanto á las dos minas, cuyos trabajos se prosiguieron durante semanas para satisfacción del ingeniero y *modus vivendi* de sus operarios, abandonándose luego sin causa intercurrente-

sistencia sino después de la salida de Liniers para la Colonia y, por consiguiente, éste no pudiera conocer el plan. Pero la versión es inexacta. Los dos primeros conjurados «se abocaron» el 29 de junio, «dos días después de la toma de la plaza», según los términos precisos del *Diario* redactado por Sentenach y suscrito por los siete conspiradores. Por lo demás, la fecha concuerda con los hechos: el 3 de julio, comunicaron su proyecto al gobernador de Montevideo; el 8, se reunieron en casa de Alzaga para examinar y discutir los planes propuestos; el 9, se hizo la elección de jefes.

te, su efecto más probable hubiera sido sacrificar á un centenar de enemigos y atraer luego sobre el vecindario inocente las más sangrientas y justificadas represalias. Pero no es dudoso que hubo de sublevar el alma noble de Liniers el carácter salvaje de la empresa, aun antes que sus condiciones irrealizables chocaran con la pericia del militar.

La injusticia inicial de la agresión no impedía que la toma de Buenos Aires fuera un acto de guerra regular; los ingleses eran vencedores de buena ley que habían concedido á la plaza condiciones honorables; habíanlas aceptado las autoridades, firmando la capitulación; casi todos los oficiales y vecinos notables estaban juramentados—entre ellos, muchos de los que se proponían con medios tan innobles borrar su juramento. Enhorabuena que Pueyrredón y sus hermanos juntasen elementos en la campaña: Liniers podía aplaudir su concurso leal y aceptar el mando de patriotas. Pero era soldado, no jefe de *bravi*; y á su corazón altivo tenía que repugnar toda trama encubierta, y todo acecho nocturno de felonía y traición. El quería vencer de día, á la cabeza de un ejército: dirigir al adversario un cartel de desafío y, si éste no admitía la rendición, vencerle en buena lid—como lo hizo.

Quedaban las dos formas del ataque exterior, y aquí tampoco la vacilación era posible. Sobremonte y sus milicias cordobesas representaban para el país el desprestigio, la incapacidad, la segunda derrota prevista, vale decir, segura. Para Liniers, ello importaba la postergación definitiva en el puesto subalterno, bajo un jefe que le aborrecía y á quien despreciaba: un entierro moral. Sabíase, por otra parte, que el gobernador Ruiz Huidobro acababa de negar al virrey caduco un refuerzo de dragones y blandengues que éste solicitara (1). Hasta las armas escaseaban en las

(1) Oficio del marqués de Sobremonte al gobernador

provincias; y las infelices proclamas de Allende á sus cordobeses ó de Acuña á sus catamarqueños, verdaderos certificados de incapacidad y compromisos de infalible derrota, justificaban plenamente las aprensiones de Liniers. Tampoco éstos, como los de Perdriel, sospechaban que en un encuentro campal, no hay muchedumbre indisciplinada que resista á un batallón de línea. No restaba, pues, más que Montevideo como punto de apoyo y base regular de operaciones.

Sabíase que los jefes de mar y tierra allí residentes estaban organizando un plan de resistencia, en previsión de un ataque anunciado; hasta se hablaba ya de un proyecto de reconquista de la Capital, con el concurso de aquel vecindario y de la marina mercante. Pero la consideración decisiva que, sin duda, determinó al jefe de carrera Liniers, y es la clave de su conducta futura, fué que en el desquicio actual, el gobierno de Montevideo, con el brigadier Ruiz Huidobro, significaba la única autoridad jerárquica subsistente. Acháquese, enhorabuena, á estrechez de espíritu ese respeto casi supersticioso por el orden establecido, que pronto parecería escandaloso y criminal para los precursores de un siglo de revoluciones y desgobierno: lo que queda, entretanto, lo que explica hasta el fin la actitud de Liniers, es su fidelidad inflexible al principio de la autoridad legal. Este supuesto «soldado de aventura» era el menos aventurero de los hombres; no abrigaba ambición personal fuera de la regla y del deber; su llamada connivencia con las veleidades revolucionarias su «defección», por tanto, no existió sino en algunas cabezas calenturientas. En realidad, lo vacilante y contradictorio no está en su vida, sino en los acontecimientos de la Península que él se obstinó en reflejar escrupulosa y pasivamente. Héroe de la obediencia, apareció inerte ó desconcertado cuando no supo á quién obedecer.

II

Tomado su partido, Liniers se dirigió á Las Conchas (probablemente el 10 de julio) y se embarcó en una lancha para la Colonia. Se dice que había pasado parte de la noche anterior en oración, en el santuario de la Recoleta: sería la vela de las armas de los antiguos caballeros, y á fe que no sentaba mal en quien descendía de Guy de Liniers, muerto en la batalla de Poitiers. Desde la Colonia escribió á Ruiz Huidobro, reseñando el estado de la capital y proponiéndole reconquistarla «con 500 hombres de tropas escogidas» que se le confiasen. La Junta de guerra, allí establecida para preparar la resistencia á la anunciada invasión de Popham, opinó que se debía oír á Liniers. Llegó éste el 16 á Montevideo y, al día siguiente, desarrolló su plan ante la Junta presidida por el Gobernador.—Era el brigadier Ruiz Huidobro, según el chismoso Presas, «un marino muy acicalado y cuyo cuerpo evaporaba más olores que una perfumería». La sentencia parecerá excesiva, sobre todo en boca del juez que la pronuncia; desgraciadamente no encontramos para contradecirla, en este punto de su carrera, sino sus reiteradas manifestaciones de «estar su salud muy quebrantada» para dirigir cualquier empresa: hasta quería la fatalidad que se agravaran sus achaques cuando al Cabildo urgía más y más la proyectada expedición. A su investidura real de gobernador (por cédula de 14 de julio de 1803), Huidobro reunía ahora otra popular de muy dudosa ortodoxia. A raíz de la conquista inglesa, el cabildo de Montevideo había dado el primer paso hacia la disgregación inminente del virreinato, declarando *proprio motu* que «en virtud de haberse retirado el virrey al interior del país, de hallarse suspenso el tribunal de la Real Audiencia y juramentado el Cabildo de Buenos

Aires, era y debía respetarse en todas las circunstancias al gobernador don Pascual Ruiz Huidobro como jefe supremo del Continente (sic), pudiendo obrar y proceder con la plenitud de esta autoridad para salvar la ciudad amenazada y desalojar la capital...» (1). Sea cual fuere el valor legal de esta innovación, Huidobro veía en ella una promesa y casi la entrada en posesión del anhelado título que, por dos veces, había de rozar sus manos sin que pudiera retenerlo jamás.

En cuanto al Cabildo de Montevideo, al expresar sus sentimientos propios interpretaba los de la población que, desde la creación del virreinato, nunca ocultó su impaciencia por el «yugo» de Buenos Aires y su pretensión de disputarle el predominio político y comercial. Esta rivalidad, que la Capital tuvo siempre en poca cuenta, iba á diseñarse con ocasión de la Reconquista para estallar después de la Defensa; y así, con acostumbrarse los dos pueblos á mirarse como adversarios, se orientaría poco á poco el uruguayo hacia la propia independencia...

Pero entonces la opinión de Montevideo se mostraba unánime en el anhelo de la reconquista, si bien el amago de un ataque de Popham vino á dar pie á la prudencia del gobernador. Fuera injusto no reconocer la admirable actitud del vecindario que, sin distinción de clases, contribuyó con sus personas y bienes al logro de la proyectada expedición. En vísperas de la llegada de Liniers, estaban alistados 1400 hombres y apresada una flotilla «de tres goletas, doce lanchas de fuerza, cañoneras y obuseras, con el número de embarcaciones correspondiente al transporte de las tropas» (2). Reunida la Junta, bajo la impresión de estar Montevideo á su vez amenazada, Liniers no se empeñó en demostrar que la reconquista de Buenos Aires tornaba improbable el ata-

(1) Cita do en BAUZÁ, *op. cit.*, II, 398.

(2) C. CORONADO, *Informe al Gobernador*.

que de Popham con fuerzas tan reducidas: se ciñó hábilmente á establecer que su plan no difería esencialmente del presentado por Concha, Michelena, Córdoba y demás oficiales allí presentes (de quienes era superior jerárquico como capitán de navío); y que su ejecución no reclamaba sino una parte de la gente movilizada, pudiendo la otra parte quedar para la defensa de la plaza que, desde luego, «requería la presencia del gobernador». Aceptadas estas ideas, que fueron expuestas con elocuencia y defendidas con calor, quedó en tal sentido modificado el plan de la reconquista y *nombrado oficialmente* su comandante en jefe don Santiago Liniers, con el capitán de fragata Gutiérrez de la Concha como segundo. Aquel nombramiento regular y la *orden de marcha* subsiguiente confirman lo que dijimos acerca de la expedición y de su caudillo; y ello, además de fijar la fisonomía tan mal comprendida de Liniers, restablece la verdad de los hechos en aquel deplorable enredo de la capitulación, que á su tiempo discutiremos. Al invocar su dependencia jerárquica respecto del gobernador Huidobro, cuya ratificación era en cierto modo necesaria, Liniers no inventaba un argumento de circunstancia. Tan es así que, después de la Reconquista y en el orgullo embriagador de la victoria, él mismo, siempre respetuoso de la Ordenanza, encabeza su parte oficial al príncipe de la Paz, transcribiendo *in extenso* la «orden» de su jefe para constancia de su procedimiento regular (1). Quien aprecie la conducta de un oficial europeo con el antiguo concepto «criollo» de la disciplina, se expone á desconocer á hombres y acontecimientos.

Debiendo formarse el cuerpo expedicionario con «hombres escogidos de la mejor tropa», no dejó de ofrecer dificultades su organización inmediata, ante las pretensiones justificables de las milicias.

(1) *Biblioteca del Comercio del Plata*, Compilación. página 62, y en muchas obras modernas.

Todos los voluntarios urbanos querían marchar; y no estuvo de más la energía militar de Liniers, unida á su incomparable don de gentes, para encauzar el entusiasmo general. El sabía que las batallas se ganan con regimientos, no con multitudes. Redujo, pues, al mínimum el contingente de reclutas, mejor dicho, exigió que fueran el núcleo de su fuerza los 500 soldados de línea que, según su primera comunicación, eran necesarios y suficientes para la empresa, sin rechazar un prudente refuerzo de voluntarios. Del estado firmado por Liniers en la Colonia, el 3 de agosto, resulta el siguiente efectivo:

Tropa de línea

	Plazas
1 compañía de artillería (comandante Agustini).	75
1 compañía de infantería de Buenos Aires (comandante Gómez).	63
3 compañías de dragones de Buenos Aires (Pinedo).	216
2 compañías de blandengues de Buenos Aires.	<u>174</u> 528

Milicias

2 compañías de infantería de Montevideo (Chopitea y Balbín).	150
2 compañías de caballería de la Colonia (Chain y García).	102
1 compañía de voluntarios catalanes (miñones) (Bufarull).	<u>120</u> 372
	900

Añadiendo á esta cifra los 73 marineros del corsario francés Mordeille (1), que tan bizarramente concurrieron á la Reconquista, unos 300 marineros españoles de los buques (pues no todos

(1) El historiador Mitre escribe *Mordell*, como si el apellido fuera catalán.—Es de notar que Liniers, á pesar de su simpatía natural por sus compatriotas y de la amistad que tenía con Mordeille y el teniente Raymond, no incluyó este contingente sin pre en el estado oficial; siempre el respeto profesional de la ordenanza.

bajarían á tierra) que se desembarcaron en Las Conchas, y unos pocos «aventureros» agregados, se alcanza al gran total de 1300 hombres para la división que marchó sobre Buenos Aires. Se ve que el contingente propiamente uruguayo comprendía unas 252 plazas, apenas la quinta parte del conjunto. No procuramos, ni nos toca, minorar el lote que legítimamente le pertenece en la gloria común. Tampoco desconocemos la influencia moral que tendría la presencia de los Chopitea, Salvañach, García de Zúñiga, Caldeira, Chain, Larreta, Ellauri—y hasta del capellán Larrañaga—entre los voluntarios; pero quedan las cifras irrefutables, y es imposible no tachar de excesiva la pretensión, manifestada después del triunfo, de ser las cuatro compañías montevidéanas las únicas reconquistadoras y dueñas exclusivas de las banderas tomadas por Liniers y Pueyrredón.

El 22 de julio la división salió de Montevideo, desfilando por el portón de San Pedro entre las aclamaciones del vecindario. Al frente iba Liniers, vistiendo el brillante uniforme azul y rojo, flordelisado de oro, de capitán de navío, y, en el pecho, la cruz de caballero de Malta: con su alta estatura, su robusta presencia, su belleza risueña y varonil que formó parte de su prestigio entre las muchedumbres. Saludaba, eterno *feminista*, á las mujeres apiñadas en los balcones y azoteas, anunciando la victoria que le tenía prometida aquella voz secreta, misterioso confidente de todo conquistador. ¡Al fin tenía su hora histórica! Y, radiante de entusiasmo, blandía al claro sol de invierno, dulce como una caricia, la espada tanto tiempo herrumbrada que había flameado en Gibraltar y Menorca, contra esos mismos ingleses que ahora iba á vencer.

La columna salió de la ciudad después de mediodía y llegó esa misma tarde á Las Piedras (1),

(1) Para los detalles de esa marcha, no hay mejor documento que el *Diario* exacto y minucioso, llevado por el capitán de milicias de infantería, D. Juan Balbín González y Vallejo, el mismo que fué más tarde coronel

donde pasó la noche; al día siguiente, tuvo que detenerse en Canelones y acampar hasta el 26 por la lluvia creciente que había engrosado al río de Santa Lucía. Las fuerzas salvaron San José sin detenerse, alcanzaron al Rosario el 29, acamparon el 30 en el Riachuelo y, por fin, entraron en la Colonia en la mañana del 31; ya estaba allí la flotilla de transporte al mando de Gutiérrez de la Concha. El 1° de agosto, el coronel Liniers dirigió á la división una proclama briosa á par que severa, y se hicieron los preparativos del embarco. Ese mismo día tenía lugar el desgraciado encuentro de Perdriel, que los voluntarios españoles y criollos debieron y pudieron evitar, retirándose ante el enemigo que no tenía caballería: puso en relieve el valor personal del joven Pueyrredón, pero demostró lo inconsistente de las milicias mal dirigidas y peor disciplinadas. Al día siguiente, Pueyrredón se presentaba á Liniers, refiriéndole muy afectado y abatido el desastre de la víspera; fué entonces cuando el jefe le reanimó é infundió confianza á sus tropas con aquellas palabras ya citadas: «No importa: bastamos nosotros para batirlos».

La marcha de la división, desde el día 3 de agosto en que salió de la Colonia hasta el 10 en que llegó á los mataderos del Miserere, ha sido referida por testigos presenciales (oficiales del ejército casi todos ellos) con bastante divergencia en los pormenores.—Esta discrepancia era por muchas causas inevitable, y por cierto que no se limita á este episodio, puesto que es de regla general en la historia. No proviene únicamente del reducido campo en que gira la acción personal de cada testigo; también entran en cuenta, como ya diji-

del *Regimiento de infantería ligera* de Montevideo y, en unión de Murguiondo y Cavia, intentó el movimiento revolucionario del 12 de julio de 1810.—En la jornada de la Reconquista, Murguiondo, también capitán de buque mercante, mandaba en segundo el cuerpo franco de Mordeille.

mos, la irresistible tendencia imaginativa y la ilusión humana que nos sitúan en el centro del horizonte visible. Añádase que cuando los testigos son, como Concha ó Córdoba, subalternos que se dirigen al superior, entra fatalmente en juego otro móvil interesado; para aplicar un dicho vulgar á un acto que no lo es menos, cada cual arriima la brasa á su *churrasco* (1). Se ve á cuántas causas de error está sujeto el juicio histórico. Por eso, el historiador no debe *seguir* servilmente á nadie, sino escuchar como el juez á todos los testigos más ó menos sinceros, y extraer del conjunto contradictorio una versión probable y racional. Este prudente escepticismo es la esencia misma de la crítica; tal escéptico no es el pirrónico que niega, sino el que investiga pacientemente antes de pronunciarse,—la misma palabra lo dice (2). El lector encontrará en muchas publicaciones históricas el parte oficial de Liniers; no es del todo exacto ni completo; contiene varios errores de detalle y, naturalmente, se muestra bastante parco respecto de la actitud del autor en la jornada. Con todo, es un documento de primera mano que presenta un buen cuadro de conjunto y, á más de las comunicaciones oficiales, suministra datos preciosos para la psicología del Reconquistador.

Embarcadas las tropas el día 3, la travesía de la Colonia á esta costa se efectuó sin inconveniente grave, aunque con bastante labor por la suestada y los chubascos. Parte de la flotilla extravió el rumbo en la obscuridad, teniendo que fondear sin saberlo á inmediación de una fragata enemiga. Al salir la luna, reparon las naves y rectificaron su rumbo, amaneciendo á la vista de Buenos Aires y de la escuadra inglesa. Arreciando la suestada, Liniers resolvió desembarcar en Las Conchas y no ya en Olivos como se había deter-

(1) Es la forma criolla del refrán; en España, suele decirse: *á su sardina*.

(2) $\Sigma\kappa\epsilon\pi\tau\iota\upsilon\acute{o}\varsigma$ = el que examina; propiamente, el que toca con las manos, como santo Tomás.

minado. Allí fondeó el 4 por la mañana, realizándose inmediatamente el desembarco de tropas y artillería é incorporándose además los marineros disponibles de la flotilla. Al día siguiente, las fuerzas entraron en San Isidro, donde encontraron provisiones frescas y abrigo; el temporal se había desencadenado, dispersando las naves enemigas y echando á pique cinco lanchas cañoneras. Las tropas emplearon el día en limpiar el armamento y apercebirse para el combate que se creía inminente. Unos doscientos hombres que allí se incorporaron, entre dispersos de Perdriel, voluntarios á pie y paisanos á caballo mandados por el alférez Terrada, habían traído la noticia de un próximo ataque, dispuesto por Beresford contra la división en marcha. Avisos semejantes se repitieron los días siguientes, esparcidos al parecer por Sentenach y sus conjurados, sin mucho conmover á Liniers. En la mañana del día 8, apenas serenado el tiempo, la división se puso en marcha, llegando en la tarde del 9 á la Chacarita de los colegiales.

Al día siguiente, domingo, el capellán Larrañaga celebró la misa al aire libre, en el centro de las tropas formadas; y, concluído el oficio, se dió orden de marcha para los corrales de Misere-re, donde se llegó á las diez de la mañana. Desde este punto, el jefe de la división española dirigió á las once, con su primer ayudante Quintana, una enérgica intimación al general inglés. No habiendo sido admitido por Beresford, en los quince minutos fijados, el enviado se retiró sin entregar la misiva; pero Liniers no aprobó este exceso de celo y despachó nuevamente á su ayudante que fué recibido en el acto (1). La conocida respuesta

(1) Este incidente, al que los generales ingleses dieron cierta importancia (comunicación de Popham á Beresford, 11 de agosto, 7 ¹/₂ de la noche) no se menciona en la *Historia de Belgrano*, á pesar de referirlo Núñez, lo que hace ininteligible la narración: «Liniers... intimó rendición al general inglés á las 11 y media, dándole 15

de Beresford era muy significativa, viniendo de un jefe tan circunspecto como valiente: al contestar que se defendería «hasta el caso que la prudencia le indicara», confesaba implícitamente lo que dejaban entrever sus pedidos de conferencias con las autoridades bonaerenses y, un poco más tarde, con Pueyrredón. La situación del invasor se presentaba cada día más difícil é insostenible en la atmósfera hostil de la ciudad; y si bien estaba resuelto á cumplir con su deber mejor que el instigador de la aventura (1), no se le ocultaba la desigualdad de condiciones con que se empeñaba el combate: vencedor, su victoria quedaba estéril, vencido, su pérdida era irreparable. Puede decirse, pues, que la acción se inició, en esa misma tarde, contra un adversario moralmente derrotado. A las cinco, la división rompió marcha hacia el Retiro, yendo de vanguardia el cuerpo de voluntarios catalanes con dos obuses (2).

III

El grueso de la división no salvó sin gran trabajo, y sólo merced al auxilio del vecindario y gauchos á caballo, las dos millas de malísimo ca-

minutos para decidirse... La contestación llegó á las 11 de la noche...» Quintana estuvo de vuelta en el Miserere á la una, y á las cuatro la segunda vez.

(1) La actitud inerte de Popham era juzgada severamente entre los mismos oficiales ingleses: véase á Gillespie, *op. cit.*, página 93.

(2) Y no «á las doce de la noche», como dice la *Historia de Belgrano*, repitiendo á Núñez. Esta pretendida marcha nocturna por tales caminos sería de suyo inverosímil, é incompatible con la presencia del pueblo y de los muchachos que ayudaban á sacar la artillería de los pantanos. Por otra parte, los dos principales actores, Concha y Liniers, son explícitos en sus partes oficiales; he aquí las palabras del jefe de la expedición: «Al instante de recibida esta carta (la contestación de Beresford) me puse en marcha para atacar el Retiro, lo que efectué á las cinco». Del primer eslabón se desprende una cadena de errores cronológicos que es inútil enumerar.

mino, entonces sembrado de baches y pantanos, que median entre el Miserere (Once de Septiembre) y el Retiro. Entretanto, los miñones ó miguelotes, apoyados por la compañía de infantería de Buenos Aires, llegaban á dicha plaza «á paso de carrera» y atacaban el parque, defendido por 200 soldados ingleses á quienes desalojaron con una carga á la bayoneta. La fuerza enemiga se replegaba hacia la Fortaleza, dejando varios muertos y prisioneros en el sitio, cuando encontró á Beresford que acudía en su auxilio por la calle del Correo, con una columna de 400 á 500 hombres. En este mismo momento, desembocaban en la plaza á marcha redoblada, vivamente estimulados por el mismo Liniers, los voluntarios de Montevideo con una parte de la artillería de Agustini: tan decisivo fué, al enfilarse la calle, el fuego del obús cargado á metralla, que el enemigo se detuvo bruscamente y emprendió retirada hacia la Plaza Mayor, dejando unos treinta muertos ó heridos y abandonando un cañón.

Era muy tarde para seguir las operaciones, y, además, las tropas estaban rendidas de cansancio. Liniers se contentó con ocupar fuertemente el Retiro y sus bocacalles, tomando todas las precauciones del caso contra cualquier sorpresa. Las tropas pasaron la noche sobre las armas y sin comer. El día 11 fué ocupado en montar los cañones de 18 desembarcados de la goleta *Dolores*, y otros de igual calibre que se encontraron en el Parque: había que prevenirse contra un posible bombardeo de la escuadra, y también prepararse para batir en brecha á Beresford que parecía dispuesto á encerrar su defensa en la Plaza Mayor. El efecto moral de este primer triunfo se hizo visible el mismo día; acudieron á engrosar las fuerzas regulares ó tomar órdenes muchos jóvenes patricios y hombres del pueblo (1),—entre ellos

(1) Con todo, la cifra que se da en la *Historia de Belgrano*, siguiendo al inevitable Núñez, parece nota-

Sentenach y sus acólitos salidos al fin de sus socavones inútiles, siempre siniestros y agoreros, pero ahora resueltos á correr la caravana con el ejército. A mediodía, para probar los cañones recién montados, Liniers en persona apuntó sucesivamente á una lancha cañonera y á una fragata enemigas, con tan raro acierto que, después de dar en el casco de la primera, cortó con el segundo tiro la pena de su mesana «donde tremolaba la bandera británica que cayó al agua: feliz pronóstico del aje que debía recibir al día siguiente (1)».

Fué causa de no llevar ese mismo día el ataque á la Plaza Mayor el rumor, que corrió en el Retiro, de haber bajado á tierra el comodoro Popham para concertar con Beresford el plan á que antes hemos aludido. Este consistía en tomar la ciudad entre los fuegos de la escuadra y los de la Fortaleza, y, en caso de mal éxito, embarcar las tropas con los caudales públicos y todo el botín que produjera el saqueo. Para prevenir esta eventualidad, Liniers había dispuesto que el cuerpo de reserva, al mando de Gutiérrez de la Concha, se trasladara á San Isidro y, en caso necesario, se embarcara en los buques mayores para bajar el río y cooperar al ataque por tierra ó tener en jaque á las fuerzas de Popham. Pero dicho plan no tuvo principio de ejecución, ya por el fuerte viento reinante, ya por la negativa de Beresford; y se mandó suspender la marcha de la reserva. Al amanecer frío y brumoso del día 12, se tocó generala y, después de revistar las tropas, Liniers tomó sus últimas disposiciones para el ataque de la plaza. Dividió en tres columnas su ejército, reducido en número, pero exuberante de entusiasmo

blemente exagerada: «El día 12, el ejército conquistador contaba con cerca de 4.000 hombres». No creemos que exista cómputo fidedigno alguno que haga subir el efectivo real á la mitad de ese número. La cifra de Concha (1700) es la más probable.

(1) Parte de Liniers; varios contemporáneos confirman el hecho, entre otros, Núñez.

y confianza en la victoria. La columna de la izquierda, al mando de Liniers, entraría por la calle de la Merced; la del centro, mandada por el segundo jefe, Gutiérrez de la Concha, enfilaría la calle de la Catedral, en tanto que la de la derecha, á las órdenes del coronel de dragones don Agustín Pinedo, seguiría la calle del Correo (Florida) hasta el centro, para allí dividirse y ocupar las cuadras del oeste y del sud inmediatas á la Plaza Mayor. La artillería de Agustini debía preparar el avance, barriendo el camino y haciendo replegar al enemigo. El ataque general se había fijado para las doce del día; pero un incidente lo precipitó. Destacados en avanzada, los marineros de Mordeille y los miñones de Bofarull se habían deslizado por las aceras, rasando las casas á favor de la neblina, hasta llegar á dos cuadras de la Plaza y acantonarse en algunos edificios, desde donde rompieron el fuego sobre las partidas enemigas. Habiendo salido á contenerlos y desalojarlos una columna inglesa, nuestros impetuosos exploradores se desplegaron en guerrilla y avanzaron resueltamente (1). Eran las nueve de la mañana; los imprudentes voluntarios pedían refuerzo y municiones, no resolviéndose á abandonar el terreno conquistado. Las tropas enardecidas por la fusilería querían marchar al fuego... Entonces Liniers modificó rápidamente su plan anterior: lanzó la caballería de milicias de la Colonia y los dragones de Buenos Aires con artillería volante por la calle de Santo Cristo, en tanto que se movía penosamente la reserva con sus cañones de batir, y él mismo se adelantaba por la de la

(1) Este despliegue en guerrilla de las fuerzas voluntarias resulta de las *Declaraciones* (Colección Coronado); por ejemplo, el teniente Raymond, del cuerpo de Mordeille, declara que con su jefe estuvo sucesivamente «en la calle de la Catedral al oeste, después en la otra al norte, después en la que va de la Plaza á la Merced, y últimamente en la que va de la Fortaleza á la cerca de este convento, habiendo hecho y visto hacer un fuego incesante por todas partes».

Merced, situándose en la plazoleta de la iglesia. La refriega se hizo general. El brío de las tropas suplió la desbaratada estrategia; el vecindario arrastró los cañones sin caballos: todo el plan se reducía ahora, para cada jefe de cuerpo, compañía ó pelotón, á desalojar al enemigo que tuviera al frente, hasta desembocar en la Plaza Mayor.

Los ingleses, acantonados en los altos del Cabildo, la azotea de la Recova, el pórtico de la Catedral, tenían que hacer frente á los combinados ataques de seis columnas convergentes. Cedieron primero los de la Catedral ante la reserva de Concha y los voluntarios de González Vallejo; los del Cabildo, acometidos al sud por los blandengues y al norte por dicha reserva de Concha, se replegaron sobre la Recova, ya batida por la metralla de Liniers, y desde cuyo arco Beresford dirigía la defensa. Aquí se concentró el combate y comenzó á diseñarse el triunfo; por el norte y el oeste avanzaron con denuedo las tropas reconquistadoras, en tanto que los granaderos de Choptea desde la calle de San Francisco, y los marineros de Mordeille desde el Hueco de las Animas atacaban de flanco al enemigo.

La posición tornábase insostenible. Casi en el mismo instante, los dos generales vieron caer á su lado á sus edecanes mortalmente heridos: el capitán Kennett, amigo de Beresford, y el alférez de navío Fantin que sucumbió poco después. Liniers, atravesado el uniforme por tres balazos, encargó al voluntario Artayeta el cuidado del herido, mientras él, con su ayudante Quintana, se movía hacia la plaza (1). Era el momento en que Beres-

(1) Todo ello consta de documentos fidedignos (*Declaraciones*, comunicaciones del Cabildo, etc.); el valor de Liniers era proverbial y sólo Manuel Moreno lo ha puesto en duda en páginas odiosas y acribilladas de errores materiales—él que, teniendo cerca de treinta años en esa fecha, no figuró entre los combatientes de la Reconquista ni de la Defensa. Manuel Moreno transformó en odio ciego y personal contra Liniers lo que fué

ford, convencido de que era imposible la resistencia, daba la señal de retirada cruzando su espada sobre el brazo izquierdo. La diezmada división inglesa se replegó en buen orden hacia la Fortaleza, siendo su general el último que cruzó el puente levadizo. El pueblo victorioso hizo irrupción en la plazoleta del Fuerte, dominando con sus clamores el ruido de la fusilería y batiendo los murallones con sus oleadas enfurecidas. Los corsarios de Mordeille, siempre á vanguardia, trajeron escalas para emprender el asalto como si fuera un abordaje; pero entonces apareció Beresford, espada en mano, por el ángulo nordeste del parapeto y se izó bandera parlamentaria. Con todo, el humo y la distancia impedían divisarla y no cesó al punto el fuego de los asaltantes. Al pie de la muralla, el comandante Mordeille, que contenía difícilmente á sus hombres, cruzaba un diálogo en francés con Beresford: preguntando éste «si su vida corría peligro», el otro contestó que estaba salva con rendirse á discreción. El general arrojó su espada al pie de la muralla, pero Mordeille se la devolvió por medio de pañuelos atados; al propio tiempo, se izó en el bastión una bandera española suministrada por un marinero; y de repente cesó el fuego, alzando el pueblo una inmensa aclamación (1). Entretanto, llegaban á la puerta

en Mariano el dictado imperativo del deber. La obsesión del atentado legal de la Cruz Alta se *accedó*, puede decirse, en la imaginación del editor de las *Arengas y Escritos*; el victimario por sustitución se encarnizó contra la víctima, según un fenómeno mórbido bien conocido y que Tácito tiene caracterizado: *proprium humani ingenii est, odisse quem læseris*.

(1) Este episodio, con la parte principal que en él tuvo Mordeille, resulta mutilado y desfigurado por los historiadores modernos. Nuestra versión abreviada es el resumen y promedio de las declaraciones testimoniales (Colección Coronado), que concuerdan en el fondo. Mordeille se portó con tanta intrepidez como eficacia en la Reconquista y la defensa de Montevideo, donde alcanzó muerte gloriosa. Pero era francés: es decir, para el espíritu de aldea, *anima vilis* y carne de cañón anónima: se le hace justicia, escribiendo una vez su nombre con fal-

del Fuerte el ayudante don Hilarión de la Quintana con el francés Raymond quien, «para abreviar la cosa», tomó el tambor de parlamentario; venía con ellos el teniente de navío Córdoba, otra víctima futura de la revolución; por fin el corsario Mordeille había escalado el parapeto para convencer á Beresford. Hubo un breve cambio de palabras cerca de la puerta y á vista de mil testigos; después de retirarse Quintana, continuó la discusión en francés sobre las condiciones que, según los vencedores, no podían al pronto ser otras que

tas de ortografía, y se reserva el entusiasmo lírico para una *rabona* tucumana vestida de hombre que, ayudada de su marido, «mató con sus propias manos» (?) á un soldado disperso y le quitó el fusil.—Sobre este valiente marino, que merecería una noticia aparte, he aquí algunos datos auténticos, extraídos de los registros y archivos de la marina por el antiguo oficial maquinista de la flota, Sr. G. Benoist, que ha empleado su tiempo y esfuerzos en honrar las memorias de Liniers y Mordeille.—Francisco de Paula-Hipólito Mordeille nació en Bormes, departamento del Var, en 1758; fué hijo legítimo de Salvador Mordeille y María Lucía Cauvet, y bautizado en la iglesia de Bormes el 6 de mayo de dicho año. Se inscribió en la matrícula marítima de oficiales, maestros y patronos de Marsella el 6 de septiembre de 1790. En este año, viajó á la isla de Francia como capitán de la polacra *Louise-Antoinette*. Recibido como alférez diplomado en 1792, manda en 1793 el buque *Brave Sans-Culotte*; es tomado por los españoles y se escapa en uno de sus propios navíos con parte de la tripulación. En 1794, manda el buque *Revolution*, apresado por los ingleses en el Mediterráneo. En 1795, es comandante del navío *Concurrent*.—En los primeros años del siglo XIX aparece en las costas de América, como corsario patentado al servicio de España. En 1805, en un crucero sobre las costas de Africa, se apodera de cinco fragatas inglesas. En 1806, mandaba la corbeta *Dromedario*, de 18 cañones y 200 hombres de tripulación, casi todos franceses.—Otro francés, Stanislas Couvandes, mandaba la fragata *Dolores* de 21 cañones; (este reaparece más tarde en el sitio de Montevideo, á las órdenes de Brown). Mordeille tomó, con su tripulación francesa, la parte decisiva que se ha visto en la jornada de la Reconquista. Siempre á vanguardia, cayó mortalmente herido en el ataque de Montevideo por las tropas de Achmuty, el 3 de febrero de 1807. Liniers consagró el hecho heroico en su comunicación á Napoleón, al darle cuenta de la Reconquista y la Defensa, el 20 de julio de 1807—la que se encuentra reproducida en *L'Ambigu* de Peltier, del 20 de enero de 1808.

la entrega á discreción, garantizando la vida salva.

El vencido tuvo que ceder, y el grupo salió al encuentro del jefe vencedor, gritando el oficial Córdoba, desde el puente levadizo: *Pena de la vida al que insulte al general inglés!* A pocos pasos se encontraron «en las obras exteriores» con Gutiérrez de la Concha que condujo á Beresford delante de Liniers (1). Hallábase éste en uno de los arcos del Cabildo, de pie y rodeado de oficiales; caminó algunos pasos adelante, devolvió al vencido la espada que quería entregar y le estrechó en sus brazos con expresiones caballerescas, concediendo á sus tropas los honores de la guerra, y ofreciendo al general canjearle con el virrey de Lima á quien se creía prisionero de los ingleses. No hubo otra forma de capitulación. Por sugestión del generoso Liniers, el ministro Casamayor ofreció á Beresford hospedarle en su casa con sus ayudantes, y fué aceptada esa invitación que tantos disturbios había de originar. A las tres de la tarde los ingleses salieron del Fuerte con sus armas, banderas desplegadas y las músicas tocando marcha; desfilaron entre los vencedores formados, yendo á depositar sus armas delante del Cabildo (2), para ser distribuídos en seguida en el Fuerte, el Retiro y otros cuarteles. Los oficiales quedaron libres bajo palabra. Según el estado elevado por el comandante Agustini, se recuperó en el Fuerte toda la artillería española con siete caño-

(1) Dice el historiador Mitre (op. cit., I, 130): «El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el *general* (sic) D. Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al pueblo, etc.» Ni el capitán de fragata Concha ni el ayudante Quintana salvaron el puente levadizo con el general Beresford. Nuestra versión concuerda con las declaraciones y el importante documento de Córdoba, elevado al superior para restablecer la verdad y «advertir la equivocación que había padecido» el mismo Liniers en este punto de su parte oficial.

(2) Fué probablemente en este acto de la entrega cuando Pueyrredón «tuvo la suerte de quitar á un oficial inglés una guía del regimiento *prisionero* que quería ocultar», según sus propias expresiones (*Trofeos de la*

nes ú obuses ingleses, y, además de 1600 fusiles de la tropa rendida, gran copia de armas existentes en la armería. Por fin (dice Liniers), se tomaron «las banderas del regimiento 71, las que tenía votadas á Nuestra Señora del Rosario». Las bajas del enemigo fueron considerables: aceptando un justo medio entre las exageraciones de una y otra parte (1), no debieron ser menos de trescientos los soldados muertos ó heridos (sucumbiendo muchos de éstos); además, murieron tres oficiales y fueron heridos siete ú ocho, entre éstos el teniente coronel Pack. Las tropas de Liniers sufrieron cerca de doscientas bajas, figurando entre las pérdidas más sensibles la del generoso y abnegado vecino don Diego de Baragaña que cayó muerto en el ataque, y la del alférez francés Fantin que sucumbió al tétanos, á la par de muchos otros heridos.

Tal fué la acción de la Reconquista, que levantó en brazos del pueblo la fortuna de Liniers, y cuya fecha gloriosa puede señalarse como la de la «concepción» real, aunque todavía imperceptible, de una nueva nacionalidad. En España, lo propio que en Buenos Aires y el resto de la América latina, festejaron por igual el triunfo pueblos y autoridades, no contemplando en él sino el hecho material de la victoria y de la ciudad recuperada.— Al penetrar de nuevo en su palacio secular entapizado de banderas extranjeras, la vetusta Audien-

Reconquista). Cualquier otra versión es inverosímil; no hubo «cuerpo á cuerpo» ni prisioneros del 71 antes de la entrega general. Pueyrredón acababa de mostrar en Perdriel que era capaz de cualquier proeza personal; pero, si ésta no se produjo en el acto citado ¿qué utilidad tienen los ditirambos y las ficciones?

(1) El parte de Popham es un tejido de embustes y calumnias que no mereció crédito en la misma Inglaterra. Al vituperar su conducta, el *Annual Register* llegó á decir que *the gallant commodore had even been placed in a situation to have a single shot fired at him.*—Agreguemos de una vez que la relación más completa y exacta de la Reconquista es la de BAZZÁ, *obra citada*. Pero nada reemplaza el estudio crítico de los documentos y declaraciones originales.

cia no podía observar algunas grietas abiertas en su bóveda por la misma conmoción de la reconquista. Después de entregada «la palma á las reales manos de Su Majestad», creyóse que se abría un nuevo ciclo de paz y bonanza para el buen pueblo de la colonia... Al día siguiente de restaurarse las autoridades, cuando se disponían á reanudar sus tareas tradicionales, la inexorable lógica de la situación impelió á la Audiencia, al Cabildo y demás corporaciones eclesiásticas ó civiles á celebrar una junta que la brusca invasión del *pueblo* no invitado transformó en «cabildo abierto». De allí salió, más ó menos velada por las fórmulas de cancillería, la destitución del virrey Sobremonte y su reemplazo efectivo, aunque no confesado, por el reconquistador Liniers. Era el primer acto de la Revolución, y sus consecuencias profundas se ligan al próximo episodio de la Defensa que acentuará el cambio inicial. Pero, antes de emprender su relato, conviene examinar brevemente dos corolarios inmediatos y ruidosos de la Reconquista, diversamente apreciados—mejor dicho, casi omitido el uno y desfigurado el otro—por los historiadores argentinos. Nos referimos á la participación de las fuerzas de Montevideo en la jornada, y al famoso incidente de la capitulación.

IV

Ya hicimos alusión á la rivalidad política y comercial de las dos grandes provincias del Plata; este antagonismo latente no esperaba para estallar sino una ocasión propicia: la Reconquista la suministró. Después del triunfo, nada costó al alma generosa de Liniers proclamar la parte legítima que en él tenían las fuerzas de Montevideo y sus autoridades. Además de la población bonaerense, que asociaba fraternalmente á los uruguayos con sus propios hijos en todos los honores y regocijos de aquellos días, el Cabildo distribuyó

recompensas á las milicias de Montevideo y la Colonia, decretó pensiones á las familias de las víctimas, envió al cabildo vecino una nota congratulatoria en que se agotaban las fórmulas más «orientales» del reconocimiento; se votó una espada de honor á don Benito Chaín que tuviera la suya rota por un balazo; una comisión de regidores «pasó (dice el mismo Bauzá) á cumplimentar personalmente á los jefes y oficiales montevidianos» (1). Pero todo pareció insuficiente y mezquino, á no significar el derecho exclusivo y absoluto de aquel pueblo al título de «reconquistador». Plan, preparativos y ejecución, todo se debía entera y únicamente á dicho vecindario: nada habían hecho Liniers, Pueyrredón, Concha ni los otros oficiales; nada se debía á los soldados españoles, franceses y voluntarios de Buenos Aires; las pocas bajas de la «legión fulminante» representaban un sacrificio mayor que los doscientos muertos y heridos de esta vil multitud: tal era y es todavía la tesis sustentada. Como consecuencia lógica de tal concepto, aquel cabildo interpretó el sentimiento general «reclamando los trofeos arrebatados á los ingleses en la jornada del 12». Un silencio desdeñoso era la sola respuesta pertinente, fué la única que dió este cabildo después de consultar á Liniers. ¡Entonces fué la explosión de recriminaciones é injurias! El jactancioso alarde de los convencedores no conoció límites: reventó en los cafés y tabernas, revistiendo naturalmente formas apropiadas al medio «compadre» (2).

(1) BAUZÁ, *Dominación española*, II, 437.—Lo que no impide al autor erigirse en acérrimo defensor de las más irritantes pretensiones de sus compatriotas, en una obra bajo muchos aspectos estimable, pero dictada, en esta y otras partes, por lo que llamaré, sin intención denigrante, el patriotismo de campanario.

(2) Presenta Núñez un animado cuadro de esa orgía de vanidad, citando como muestra algunos versos gauschescos:

Se ha conquistado
La ciudad de los guapos
Que han disparado...

Y como el momentáneo bloqueo de las costas por Popham fuera consecuencia inevitable de su derrota, se renegó de la Reconquista que «dejaba al Uruguay en condición peor que antes».—No pasaría mucho tiempo sin que los «reconquistadores», conquistados á su vez, tuvieran ocasión de hacer el *experimentum crucis* de su victoria exclusiva. Entonces clamaron por el auxilio, el cual, si no fué expresamente denegado merced al influjo de Liniers, concedióse de mala gana y llegó á destiempo. Era la primer cosecha de la cizaña sembrada en agosto. El egoísmo engendra la injusticia; y, en la hora de prueba, tuvo Montevideo que escuchar la eterna réplica del farisaísmo satisfecho: «Ya que pretendes salvar á los otros, sálvate á ti mismo, *salva te metipsum!*» Gradualmente, no pareció sino que se ensanchara más y más el río divisorio entre ambos pueblos. Ya por hostilidad á Buenos Aires, ya por fatalidad geográfica, el Uruguay vino á ser, entonces y después, el foco de toda resistencia reaccionaria: ingleses, españoles y portugueses hicieron de Montevideo su base de operaciones. Felizmente el antagonismo latente remató en escisión: se produjo un organismo nuevo á expensas del primitivo, según la ley biológica. Y, semejantes á los esposos divorciados que vuelven á quererse cuando han dejado de hacer vida común, argentinos y orientales se sintieron nuevamente hermanos en cuanto no fué obligatoria su fraternidad.

El incidente de la capitulación tuvo con el que acabamos de señalar muchos puntos de contacto, como que se atribuyó la toma de Montevideo y la segunda invasión inglesa al resentimiento causado por la violación de «un pacto solemne». La hipótesis era fantástica; á más de que Inglaterra nunca procede *ab irato*, constábase al ministerio británico la nulidad del documento arrancado á la confianza caballeresca de Liniers (1). Pero el

(1) El mismo ministerio lo dejaba entrever en sus *Instrucciones secretas* á Whitelocke (*Trial*, I, *Appen-*

hecho mismo y sus consecuencias han sido tan inexactamente referidos por los historiadores López y Mitre, con tal recargo de detalles novelescos y melodramáticos, que se hace necesario aquí también restablecer la verdad, reduciendo el episodio á sus exactas proporciones. Es, ante todo, cuestión de fechas: ni hubo tiempo para las intrigas á que se alude, ni tuvo el incidente la trascendental importancia que se pretende, ni la actitud respectiva del Cabildo y del Reconquistador asumió entonces el carácter hostil que nos describen los «evangelios apócrifos».

He aquí, reducido á sus términos esenciales, el desarrollo del incidente, tal cual resulta de las pruebas testimoniales y de la correspondencia oficial entre Liniers, Huidobro y el Cabildo por una parte, y los jefes ingleses por la otra. Los testigos son militares y vecinos honorables, como los comandantes Martínez, Murguiondo, García, los oficiales Quintana, Córdoba, J. B. Rondeau, Villalba; los vecinos Arenas, Raymond, Anzoátegui, etc.: es decir las «personas condecoradas y de excepción que concurrieron al acto de la rendición del Fuerte». El único tachable podría ser el ministro Casamayor, por su carácter dudoso y su interesada intervención en el asunto; por eso conviene no admitir su declaración sino en cuanto concuerde con las otras y los hechos conocidos.— Del estudio del «expediente» resulta, desde luego, que el texto inglés de la capitulación ya estaba redactado y firmado el día 17 de agosto. No transcurrieron, pues, sino cuatro días entre la rendición y la conclusión del malhadado arreglo, y se viene al suelo el andamio de intrigas, festines y saraos, imaginado por un ilustre historiador. Tampoco existían aún, entre Liniers y la dama aquélla, las relaciones íntimas que poco después

dir.): It may not be clearly ascertained at this moment, to what extent the capitulation made with these troops (Beresford's) has been violated...

alimentaron la maledicencia local. La brevedad del plazo concurre con los documentos fehacientes para disipar todos esos enredos de novela por entregas.

Alojado con sus edecanes en casa del ministro Casamayor, el general Beresford tuvo esa misma noche una conferencia con su huésped; al día siguiente, éste fué á casa de Liniers (1); estaba presente el testigo Artayeta (vasco ó bearnés) quien afirma que en la conversación, sostenida en francés, Casamayor «se insinuaba para que hiciese una capitulación de modo que quedasen á cubierto uno y otro general, sin oírle al nuestro contestación alguna sobre el asunto» (2). Ese mismo día á las dos y media, tuvo lugar en el Fuerte una entrevista entre ambos generales: el acto fué público, «estando llenas las salas del Ilustre Cabildo, Consulado, cuerpos eclesiásticos, militares y particulares». Entraron luego los generales en el despacho de Liniers donde «se mantuvieron solos más de hora y cuarto, encerrados». Aquí la declaración de Casamayor salta bruscamente á la entrevista del 17, en que todo se concluyó y firmó. Pero es fácil establecer que el declarante omitió mencionar otras conferencias que conocía: casi todos los testigos concuerdan en afirmar que *dos días* después de la rendición, es decir, el 14 ó el 15, estaban fijados los términos de la capitulación—siendo así que cuatro de los testigos conocían el hecho por el mismo Casamayor. Corroborá el dato la carta dirigida el 16 por el comodoro Popham al gobernador Huidobro. — El día 17, se celebró la última y definitiva entrevista en el despacho de Casamayor; nadie hizo misterio de ella; Liniers llegó con sus edecanes Quintana y Viamont, quienes permanecieron en amistosa plática con el coronel Pack y otros oficiales

(1) Liniers no se mudó al Fuerte hasta el 14 ó 15 de septiembre.

(2) *Colección Coronado*, declaración de don B. Artayeta.

ingleses, en tanto que Liniers y Beresford se encerraban con el dueño de casa. El general Beresford exhibió un proyecto de capitulación que él mismo tradujo á viva voz, pues ninguno de los dos interlocutores sabía inglés. A pedido de Liniers, se introdujeron algunas modificaciones respecto al envío de los prisioneros que habrían de embarcarse «cuando, cómo y por donde nuestro general quisiera». Liniers, además, insistió en exigir de Beresford la promesa «bajo su palabra de honor» de que este documento, fuera de sus efectos materiales, no se daría á la publicidad, siendo otorgado únicamente para «cubrir al general inglés ante su corte». Beresford dió su palabra, y Liniers, con noble confianza, puso su firma en el texto inglés de la capitulación. Cometi6 tres irregularidades: era la primera otorgar un documento *secreto* con efectos *públicos*; la segunda, aceptar una capitulación antedatada, siendo así que sus facultades de comandante en jefe, absolutas el día 12, en el campo de batalla, quedaban sometidas, después de esa fecha, á la ratificación de su jefe jerárquico Ruiz Huidobro; en cuanto á la tercera, está bien que le reprochen los notarios «haber firmado en barbecho», pero ningún soldado pundonoroso tomará por su cuenta la acriminación. Nobleza obliga.—Por lo demás, y sean cuales fueren los móviles de Casamayor y otros, no son dudosos los que impelieron á Liniers. Fué víctima una vez más de su generosidad caballeresca, de su bondad ingénita, que llegaba á la imprudencia y sólo se detenía ante la barrera insalvable del honor y del deber. Liniers estimaba y quería á Beresford, en quien encontraba los rasgos militares y los atractivos aristocráticos (1) de su propia personalidad: cedió á las súplicas de su noble prisionero, á las famosas «lágrimas del general». Pero nunca pudo tener de-

(1) Beresford era hijo reconocido del primer marqués de Waterford.

lante de Beresford ni del Cabildo, la actitud enco-
gida y vergonzante que la fantasía de un historia-
dor le ha prestado. Jamás se atrevió Beresford á
desmentir categóricamente la afirmación de su ad-
versario; y, algunos meses después, en la hora de
las recriminaciones irritantes, él mismo, en un do-
cumento secreto que fué interceptado, hacía justi-
cia á Liniers. Los mismos escritores, empero, que
reservan tesoros de indulgencia para las manio-
bras de un Aniceto Padilla ó Saturnino Rodríguez
Peña, «hombre despierto y vivaz», recogen todas
las calumnias y especies injuriosas contra el Re-
conquistador: son discípulos de Manuel Moreno.

Por otra parte, las condiciones acordadas resul-
taron naturales y legítimas en su generosidad: eran
las mismas que Beresford concediera al general
holandés del Cabo. Los que escriben de estas co-
sas á la ligera no han visto el único punto crítico
del incidente. Cuando Liniers pudo, el día 18,
leer por primera vez el texto castellano de la ca-
pitulación, traducido por don Antonio Arenas,
antepuso á su firma y á la fecha del 12 de agosto,
la fórmula: *en cuanto puedo*, que expresaba cla-
ramente la realidad de su situación actual. En
esos mismos días y anteriormente al 18, habían
empezado á circular copias manuscritas de la ca-
pitulación, á pesar de la fe jurada. Entonces Li-
niers prefirió cortar por lo sano, volviendo resuel-
tamente al terreno de la franqueza que le era fa-
miliar. Devolvió á Beresford la capitulación fir-
mada, con la fórmula restrictiva que significaba:
«Siendo la fecha del 12 inexacta, firmo como puedo
firmar en este instante, en que he vuelto á ser un
jefe dependiente de autoridad superior, es decir,
sometiendo este documento á su ulterior ratifica-
ción». La doctrina es inatacable, y tan es así que
sir Home Popham pidió á Huidobro su ratifica-
ción. Por otra parte, Liniers mantuvo lealmente
sus concesiones; en comunicación del día 18, diri-
gida al Cabildo, procuró demostrar la convenien-
cia de embarcar los prisioneros ingleses, que re-
presentaban un gasto inútil y un peligro en el ca-

so previsto de una segunda invasión. Ni el Gobernador ni el Cabildo admitieron sus razones, y fué entonces cuando tuvo principio el proceso sobre la Reconquista. El historiador Mitre dice á este propósito que «Liniers quedó envuelto en sus propias redes». ¡Las «redes» de Liniers! Pienso que pudiera darse con una fórmula más feliz...

No resultan menos inexactas y arbitrarias otras afirmaciones de los historiadores nacionales con relación al mismo incidente; todos ellos tergiversan las actitudes respectivas de los actores individuales ó colectivos, pintando con colores falsísimos la situación intermedia á la Reconquista y la Defensa (1). La divergencia, única respecto de la suerte de los prisioneros, no alteró las cordiales relaciones del jefe militar con el Cabildo y la Audiencia. El parte del Cabildo, sobre la acción del 12, contiene los elogios más entusiastas del general. El «pueblo» no se dió cuenta del incidente referido y rodeó más que nunca á su caudillo amado, acudiendo en masa á la organización militar que fué la obra inolvidable y exclusiva de Liniers. Por fin, lejos de ser el proceso de la Reconquista una medida de hostilidad contra el héroe popular, y haber sido éste llamado á «comparecer ante la Audiencia y el Cabildo», fué él mismo y él solo quien promovió la información. En este estado de la causa las fechas son los argumentos irrefutables, y los mayores entre los errores apuntados, nacen de anacronismos.

El 18 de agosto Liniers se dirigía al Cabildo encareciendo lealmente la conveniencia de cumplir su convenio privado, como lo había prometido; el 25, recordaba á Beresford las condiciones mutuas del pacto celebrado á consecuencia de las instancias y súplicas del vencido, quedando el tono de la

(1) MITRE, I, 144, 145: «El pueblo indignado protestó enérgicamente...»—«El Cabildo que había reprobado oficialmente el que Liniers atribuyese á su persona y á la tropa veterana mayores méritos que los que les correspondían... llamóle á su seno para pedirle explicaciones, etcétera.» Conf. LÓPEZ, II, 29 y *passim*.

carta conciliante y si se quiere evasivo. Pero cuando, el 27, se atrevió Beresford á escribir que las condiciones firmadas eran las mismas que «antes de la entrega del Fuerte se concertaron», Liniers le infligió, en su respuesta del 30 de agosto, un desmentido tan categórico y vibrante que Beresford no replicó una sola palabra. Inmediatamente, Liniers pasó su comunicación al Cabildo, mandando incoar la información que debía establecer la verdad y destruir por su base las alegaciones de los vencidos. Así se hizo; el Cabildo contestó en el acto aceptando la comisión: «que se conteste al señor General dándosele aviso de lo acordado y *suplicándole que para remover todo tropiezo se digne allanar el fuero de las personas que lo gocen*». Y como el Cabildo añadiera que «sería muy conducente» formar una junta de altos personajes para avocar el asunto, Liniers contestó lacónicamente: «*Enterado, etcétera, he proveído el siguiente decreto: Por allanados todos los individuos militares, y librese la orden; y por lo que hace á lo demás, me reservo tratar con el M. I. Cabildo. Lo traslado á U. S. para su inteligencia y gobierno. Dios guarde etcétera.*—Buenos Aires, 5 de septiembre de 1806.—SANTIAGO LINIERS (1). Tal era el tono y la substancia de las relaciones escritas entre el Reconquistador y las autoridades coloniales. Y es lo que para nuestros historiadores: significa una «orden para que Liniers se presentase en su barra á dar explicaciones sobre la conducta subrepticia y abusiva de que había usado en este negocio»:—La verdad documentada é irrefragable es que Li-

(1) Todos los documentos citados se encuentran en la *Colección Coronado*, la *Biblioteca de la Crónica* ó la *Compilación del Comercio del Plata*. Pero algunos, como este último, no figuran en la *Información* trunca de dicha colección impresa. Debo la comunicación de la Información íntegra, copia legalizada del manuscrito conservado en el *Archivo de Indias*, á la amable deferencia del señor Enrique Peña, quien me ha facilitado también otros documentos importantes que existen en su poder.

niers, consciente de su conducta magnánima y de su prestigio en el pueblo, podía desde entonces hablar y obrar como un dictador. El 15 de septiembre, el día mismo en que el Cabildo daba principio á la información testimonial, el jefe popular se trasladaba al Fuerte y se establecía en el palacio del virrey.

CAPITULO CUARTO

LA DEFENSA

Al pisar los umbrales de la Defensa, podría el historiador de los orígenes argentinos remedar la exclamación familiar de Montesquieu llegando á las conquistas de Alejandro: *Hablemos de ello á nuestras anchas* (1). No así un simple biógrafo, que mira bruscamente invadido por la historia su dominio privado, hallándolo expropiado, si vale la expresión, por causa de notoriedad pública. En adquiriendo los actos individuales el alcance y carácter de acontecimientos históricos, ocurre, en efecto, que el personaje deja de pertenecerse. Vive en la calle; el Forum es su hogar; su existencia interna y doméstica pasa á segundo término; la vida personal desaparece envuelta en el *papel*. Es lo contrario de lo que se expresa en la oda de J. B. Rousseau (2), como que es opuesta

(1) MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, X, XIII; «*Parlons-en tout à notre aise*».—La designación de la «Defensa» es tan antigua como el episodio; puede decirse que la antonomasia popular surgió espontáneamente, el día mismo de la segunda invasión inglesa. Acaso el primer impreso en que se describió la jornada con su título histórico sea el conocido romance de Rivarola, en cuyas notas también aparece aquel estribillo de la «noche triste», renovado de Cortés, y que se repite tan invariablemente en nuestras historias como lo del «famoso regimiento 71».

(2) J. B. ROUSSEAU, *Ode à la Fortune*:

...Votre gloire vous éblouit ;
Mais au moindre revers funeste,
Le masque tombe, l'homme reste
Et le héros s'évanouit.

la situación: en la hora triunfal, el héroe surge y substituye al hombre desvanecido.

Entonces tiene el infeliz biógrafo que elegir entre dos partidos extremos: ó transformar su asunto, colocando el comenzado retrato en el centro de un cuadro de historia; ó resignarse á seguir narrando las menudencias caseras de una existencia que sólo interesa por su faz exterior—lo que equivale á describir la tapicería mirándola por el revés. La elección no puede ser dudosa, tratándose de tipos representativos como Washington ó Napoleón. Aquellas grandiosas figuras han simbolizado realmente durante algunos años la evolución colectiva de su pueblo, y con razón su «biografía» completa abarca la historia del Consulado y del Imperio, ó la fundación de los Estados Unidos. Aquí se divisa, por otra parte, el escollo en que habría de estrellarse el biógrafo con visos de historiador que, desacertado en la elección de su personaje, acometiese la vana tarea de subordinarle grandes acontecimientos, en que sólo fué testigo ó secundario colaborador. Asistiríamos entonces á la perpetua inflación de una medianía arrancada, ó poco menos, á la anónima muchedumbre; y este desesperado empeño por hacerla figurar á todo trance en cada una de las jornadas históricas, sobre ser un espectáculo lastimoso, significaría un atentado flagrante contra la verdad. Si, para salir de la vaguedad, hubiéramos de buscar un ilustre ejemplo, lo hallaríamos en Belgrano, cuya biografía, con retratar tan pura y simpática fisonomía de patriota—capaz por sí sola de tornar atrayente la palidez abstemia y ennoblecer la abnegada mediocridad,—no ha podido, á nuestro ver, llenar tres gruesos volúmenes, concentrando en ella la «historia de la Independencia argentina (1). Aquella modesta é ingenua figura de li-

(1) En todo caso, creemos que ha ganado tan poco la biografía como la exactitud con acomodarle, durante las invasiones inglesas, una actitud que, aun favorecida, queda desairada y triste.

cenciado á caballo carece de relieve en lo civil como de garbo en lo militar; no puede compararse, por la autoridad y la acentuación personal, á San Martín ó al mismo Alvear, bajo el segundo aspecto; tampoco á Moreno ó Rivadavia, bajo el primero. Pero, también la gloria póstuma tiene su destino; y, debido al acaso,—ó tal vez á ciertas afinidades honrosas,—el que fuera eximio secretario del Consulado, sedentario por esencia y ecuestre por acesión (como en derecho se dice), ostenta su historia monumental y alza su estatua belicosa, en mejor sitio y con gesto más atrevido que el mismo Libertador.

Santiago Liniers no fué por cierto un Washington ni un Bonaparte; pero no es discutible que durante tres años completos (1) y decisivos, tanto por su prestigio personal como por sus títulos y cargos administrativos presidió en este virreinato, como ya se dijo, al obscuro proceso germinativo y á la evolución iniciadora de la nacionalidad. Es el factor primordial en la gran olimpiada que se abre con la Reconquista y se cierra con la Revolución.

Para el caso, poco importaría,—como se empeña en demostrarlo el ilustre historiador más arriba citado,—que el talento y el carácter de Liniers fuesen inferiores á su fortuna; bastaría que ante el pueblo del virreinato, lo propio que ante el gobierno de Madrid y el mismo Napoleón, el héroe de la Reconquista, organizador de la Defensa y caudillo dilecto de Buenos Aires, fuera—como lo fué—la figura representativa y central del Río de la Plata, para que su biografía externa se confundiera con la historia del país en dicho período trienal. Con ello significamos que el presente ensayo, circunscrito y fragmentario por los mismos límites de su publicación, no

(1) El virrey Cisneros, sucesor de Liniers, entró en Buenos Aires el 30 de julio de 1809, y no el 30 de junio como se lee en la *Historia de Belgrano*, I, 282.

aspira á llenar el cuadro histórico. Obligados á concentrar en veinte ó treinta páginas la materia que otros han desenvuelto en sendos volúmenes, tenemos que ceñirnos, por ejemplo, á bosquejar el episodio central de la Defensa, con su indispensable prólogo de preparación y su epílogo ó corolario inmediato. Nos encontramos aquí en pleno tercer acto del drama que va corriendo rápido á su sangriento desenlace; pero este acto mismo forma un pequeño drama en el grande, el cual podría ser tratado con el rigor clásico.

Consumada la Reconquista, el invasor ha quedado dueño del mar, de cuyo horizonte espera ver surgir el refuerzo de tropas vengadoras. El vencido, al retirarse, arrojó la amenaza présaga del desquite: «Nos volveremos á ver en Filipos!». —En Inglaterra se prepara la nueva invasión, como en Buenos Aires la defensa por el Reconquistador, y tal es la «exposición» de la tragedia. La toma de Montevideo y la evasión de los jefes ingleses prisioneros anuncian la peripecia, grandiosa y simple como la de los *Persas* de Esquilo. Cumplida la defensa y cerrado el ciclo de las invasiones extranjeras, quedan los vencedores entregados á su victoria, inquieta y disolvente como un fermento. No basta á contener la disociación latente, el hecho de ser nombrado virrey el caudillo popular; con el triunfo que exclusive se atribuye, cada partido ha bebido el filtro del orgullo, y el recelo mutuo sólo aguarda una ocasión para estallar en guerra abierta. Tales son las fases principales del memorable episodio que vamos á bosquejar en el presente artículo, insistiendo en algunas, pasando á la ligera sobre las más. Como antes, habremos de señalar algunos de los errores de hecho ó concepto que, á nuestro entender, deslucen las obras de modernos historiadores argentinos y que, por ingrata coincidencia, parece que se agolparan más numerosos en la parte que venimos estudiando.—No necesitamos repetir que con estas correcciones no pretendemos amenguar el mérito singular de nuestros ilustres predecesos-

res. No procuramos sino la exactitud; y sin duda revelaría un extraño criterio histórico, quien se abstudiese de salvar yerros materiales por no herir susceptibilidades, propendiendo así á su arraigamiento y divulgación. *Veritatem diligere*, amar la verdad por sobre toda cosa: tal debe ser la divisa primera y última del historiador. En caso contrario, la historia no pasa de ser una novela tediosa que no merece escribirse. Así felizmente parecen entenderlo los mismos autores á quienes rectificamos con la debida reverencia; y pueden tranquilizarse los lectores, poco iniciados en la crítica moderna, que se mostraran alarmados por estas prácticas algo nuevas aquí, aunque son en Europa tan usuales y admitidas que se tienen allí por una manifestación corriente de la vida intelectual.

I

Durante el año escaso que media entre la Reconquista y la Defensa, no dejaron de elaborarse entre invasores é invadidos los preparativos de una campaña mucho más importante y decisiva que la anterior, puesto que había de ser la última. Con todo, dichos preparativos no fueron por parte de Inglaterra la consecuencia directa del revés de 1806. Hase vinculado por algunos el conato de conquista sud-americana con las profundas combinaciones de la política europea (1); otros han mostrado al ejército de Whitelocke como una fuerza compacta, sólo destinada á vengar la honra de las armas británicas en el Río de la Plata: algo así como una aplicación antedatada del famoso

(1) Las expediciones al Río de la Plata fueron un incidente secundario en la política general inglesa. En Alison (*History of Europe*, VII) el relato de la primera invasión ocupa tres páginas, el de la segunda, cinco—uno y otro extraídos del *Annual Register* y plagados de errores.

Civis romanus sum de Palmerston. Hay un poco de verdad y mucho de engaño en uno y otro concepto. Respecto del primero, debe admitirse que el Río de la Plata no era entonces por sí solo un factor perceptible en la política europea, si bien dependió indirectamente de ésta su suerte propia. Los que buscan en las rencillas y pasiones de aldeas la explicación del desquicio colonial en esos años, confunden el efecto con la causa; al ver marchito y mustio el follaje del árbol, examinan su raíz ó analizan el suelo en su contorno: éstos no han cambiado, el sol es el que ha declinado con la estación. Las rivalidades entre españoles y patricios no eran, en el año de 1807 y el siguiente, sino lo que antes fueran. Liniers no fué más francés de origen, ni Alzaga y Elío menos españoles de carácter y pasiones, después que antes de la Defensa. La gran novedad que entonces ocurrió, como á su tiempo lo veremos, es que Napoleón, árbitro idolatrado de España hasta abril de 1808, se tornó bruscamente, desde mayo de dicho año, el objeto de un odio no menos ardiente é irrazonado que el entusiasmo anterior. Ahí está la clave de la situación, así en Buenos Aires como en otras partes; y para extrañar, v. gr., que Liniers se hubiera dirigido al emperador Napoleón, dándole cuenta de la Reconquista y la Defensa, es menester no recordar que aquél ejercía en España una *suzraineté* absoluta y, más que aceptada, agradecida por sus vasallos; ó no haber leído jamás las consultas y súplicas humildes que príncipes y ministros españoles ponían á los pies del déspota francés.

En cuanto á la expedición inglesa de 1807, fué resultante de una convergencia curiosa de actos sucesivos que, eslabón por eslabón, se encadenaron en el Río de la Plata, hasta constituir la formidable invasión de Whitelocke. A raíz de la conquista, el comodoro Popham había pedido á Londres y al Cabo los refuerzos que juzgaba indispensables para conservar á Buenos Aires; á fines de octubre, llegaronle primero de Africa 1400 hom-

bres, al mando del teniente coronel Backhouse, los cuales, si bien insuficientes para tomar á Montevideo, le permitieron apoderarse de Maldonado. A principios del mismo octubre y antes de conocerse la Reconquista, el gobierno inglés resolvió asegurar á Buenos Aires, sin perjuicio de salvar el principio de autoridad y disciplina, relevando del mando y enjuiciando á Popham. Fué despachado, pues, el almirante Stirling, con una escuadra que conducía una división de cerca de 4000 hombres (1) al mando de Sir Samuel Achmuty, quien debía ponerse á las órdenes del general Beresford. A los pocos días (octubre 30), otra escuadra al mando del almirante Murray se dirigía al Cabo, conduciendo al brigadier Craufurd con 4202 hombres, para de allí hacer rumbo al Pacífico y emprender la conquista de Chile. Decididamente la calaverada de Popham despertaba el apetito del leopardo inglés... Pero, apenas salida de Portsmouth la escuadra de Murray, llegó á Londres la noticia de la derrota y rendición de Beresford; el Almirantazgo tuvo que despachar á toda prisa al buque velero *Fly*, para que alcanzase en el Cabo á los conquistadores de Chile y les entregase la orden de dirigirse al Río de la Plata para reforzar la expedición del general Achmuty. Por fin, bajo el pretexto de alejar motivos de rivalidad entre jefes del mismo grado, se resolvió, á principios de marzo de 1807, confiar el mando superior de las varias divisiones á un teniente general «de juicio y talento probados», recayendo la elección en Whitelocke, — probablemente el jefe más inepto del ejército inglés; en

(1) Más de 4.300 hombres dicen los historiadores Domínguez, Mitre, López, etc. Con todo, nuestra cifra es la más probable. Según el estado oficial (*Instruction to Whitelocke*) el total de las tropas de Achmuty en Montevideo era de 5.338 soldados (*rank and file*); por otra parte, el efectivo de Backhouse parece que fuera realmente de 1.400 hombres. Alison, que habla al tanteo, dice *three thousand men*. Lobo engloba en uno solo los dos efectivos sin distinguir al de Backhouse.

todo caso, el menos autorizado y prestigioso (1).

El general John Whitelocke se embarcó en marzo con el regimiento 89 de infantería, de que era coronel, un destacamento de artillería y un batallón de reclutas: por todo 1630 hombres. Llegó á Montevideo el 10 de mayo, y fué reconocido al día siguiente como «Gobernador y comandante en jefe de las fuerzas británicas en Sud-América», publicándose la proclama en el primer número del semanario anglo-español *La Estrella del Sud* (2). Hemos dicho que venía á subrogar, en el mando del ejército y el gobierno de la ciudad, á Sir Samuel Achmuty que la había conquistado con hábil arrojo y gobernado con prudente é ilustrada generosidad. Estaba en la conciencia de todos los oficiales inteligentes que en ausencia de Beresford, quien había rehusado el mando en jefe

(1) Llegada la hora de las responsabilidades, ningún ministro quiso haber designado á un jefe *deficient in zeal, judgment and personal exertion*. Lord Holland echó la culpa á Windham, quien (WINDHAM, *Diary*) declaró que *the choice seems to have been mainly due to the duke of York*.—; Tenía que haber andado en el negocio aquel héroe de diez derrotas en Flandes y Holanda!

(2) *The Southern Star* y *Estrella del Sud* se publicaba en cuatro páginas de gran tamaño (para la época) con cuatro columnas escritas alternativamente en inglés y castellano. Redactaba el original inglés un Mr. Bradford: la traducción castellana estuvo á cargo del español Cabello, fundador del difunto *Telégrafo*, y del cochabambino Manuel Aniceto Padilla, especie de Figaro boliviano, gran trapisondista, tan bueno para un fregado como para un barrido. Por haber ayudado á la fuga de Beresford, con Saturnino Rodríguez Peña, recibió una pensión del gobierno inglés. De enredo en fechoría había de concluir fusilado en Chile. Entretanto, escribía en Montevideo insolencias contra Liniers y el Cabildo de Buenos Aires, forjando correspondencias bajo el anagrama transparente de *Anselmo Naitení*. *La Estrella del Sud* nació la víspera de la llegada de Witelocke (el prospecto es del 9 de mayo) y murió al día siguiente de la Defensa. No alcanzó sino á siete números y su propaganda fué insignificante; pero la colección es un documento histórico de cierta importancia para el breve período de la invasión. Este *Southern Star* fué el primer periódico de Montevideo: es sabido que fué el segundo *La Gaceta* (1810), enemiga de Buenos Aires y antipatriota (¡mal abolengo!).

después de su evasión, era Achmuty el más digno de reemplazarle, si se quería que la empresa terminase tan gloriosamente como había empezado. Pero acentuó lo odioso de la postergación la insuficiencia manifiesta del agraciado; y, de su segundo Levison Gower abajo, no hubo muy pronto en el estado mayor quien, con razón ó sin ella, no se permitiera abrigar dudas respecto de la competencia del general en jefe (1).

Un ejército formado de cuerpos inconexos que nunca habían peleado ni siquiera maniobrado juntos; jefes desconocidos unos á otros ó, lo que es peor, conociéndose lo suficiente para profesarse *in pectore* desdén ó envidia; agréguese la vaga conciencia de lo difícil y estéril de la tentativa, en un territorio inmenso é inculto, por entre una población hostil y en vísperas de un invierno lluvioso y frío que ya se anunciaba: tales eran las condiciones materiales y morales en que se abría la campaña por parte de los invasores. Con todo, en mayo y junio se prosiguieron flojamente los indispensables preparativos de organización, aunque facilitados ya por la ocupación tranquila del litoral después de la segunda derrota de Elío en la Colonia. El 14 de junio, arribó á Montevideo la anunciada (2) escuadra del almirante Murray con

(1) *Trial of Lieut. Gen. Whitelocke (Sir S. Achmuty's examination): The troops were entirely without confidence at the time I am speaking of... I mean want of confidence in their general.* Hay que agregar, para ser justo, que en el curso del proceso se manifiesta una mala voluntad unánime contra Whitelocke, designado á todas luces para *bouc émissaire* de la derrota. Por lo demás, Gower y otros jefes revelaron tanta incapacidad ó indolencia como el general; y en cuanto á la corte marcial que le juzgó y condenó, no ha faltado quien se divertiera con los rasgos de *happy ignorance* que prodigaban algunos de sus miembros: v. gr., cuando todo un oficial superior del ejército inglés interrumpía al testigo para pedir explicaciones sobre lo que significa la banda izquierda de un río! (Conf. SOUTHEY, *Pen. War*; ALISON, *History*, VII).—El rasgo citado está en el *Trial*, página 31.

(2) Lo fué desde el Cabo por el mismo bergantín *Fly*, comandante Thompson, que había llevado á Craufurd la contraorden del Gobierno... (*Trial*, 80).

32 transportes y los cuatro mil hombres de Craufurd. Inmediatamente se tomaron las últimas disposiciones para el plan de campaña y el embarco general en la Colonia. El total del efectivo que zarpó de la Banda Oriental y tomó tierra en la Ensenada el 28 de junio—incluyendo el destacamento sacado de la Colonia y deducidas las guarniciones dejadas en Montevideo y Maldonado,—era de 7822 hombres, fuera de jefes, oficiales y marineros. Se dividió en cuatro cuerpos ó brigadas al mando respectivo de los generales Achmuty, Lumley, Craufurd y el coronel Mahón (1). El contingente era respetable, si se compara con la brigada de Beresford, que llevó á cabo la conquista, y se recuerda, sobre todo, que fué apenas superior el efectivo *inglés* que sostuvo la campaña decisiva de la Independencia, en Massachussets, New-York y Pennsylvania, hasta la toma de York-Town. Pero los tiempos eran otros; mucho más que una conquista de sorpresa, la conservación de Buenos Aires era entonces una empresa ardua y quizá imposible con las fuerzas inglesas enumeradas. Bastará, en efecto, una breve reseña de la obra realizada por Liniers, desde el día que siguió á la victoria, para comprender que el éxito final de la Defensa no dependía ya de un plan estratégico ni estaba librado al albur de una batalla. Pudieron fallar en el día de prueba todos los cálculos fundados en la sólida organización y las maniobras de los batallones de Buenos Aires; pero no el espíritu marcial y el orgullo cívico que, junto con el manejo de las armas, logró el jefe popular

(1) El contra-almirante Lobo (*Historia de las colonias*, II, 84), le da 8.522 hombres: «este es el número expresado por el teniente coronel Backhouse, jefe de estado mayor ante el consejo de guerra de Whitelocke». Backhouse no era jefe de estado mayor ni figuró en el proceso; y el coronel Bradford da la cifra que hemos reproducido.—Este es otro «historiero» que queda indeciso entre escribir «Pack» ó «Pako», como si el defensor de Almeida, Ciudad Rodrigo y Vitoria fuera un desconocido,—y opta por la segunda ortografía.

infundir en cada soldado improvisado, en cada vecino, urbano ó rural, criollo ó extranjero; y ello sólo aseguraba el triunfo completo y definitivo.

II

El entusiasmo de la Reconquista no remedó la llama pasajera que, por falta de alimento, se apaga tan rápidamente como se encendió: fué realmente un foco cívico inextinguible, á cuyo calor vivificante se arrimó toda la población bonaerense, sin distinción de clase ni origen. Durante ese año de noviciado militar, no hubo otra preocupación colectiva que la de la segunda invasión inminente, junto con el propósito viril de armarse y fortificarse para repelerla. Los historiadores cavilosos, que pretenden rastrear desde esa fecha los gérmenes de la discordia futura, cometen un grave anacronismo, aceptando á buena cuenta de la emancipación los ardidés de los prisioneros ingleses, ó las intrigas de unos cuantos corredores de independencia que encontraron en el teje maneje político un medio de vivir. Hasta después de la Defensa reinó toda la armonía deseable en las relaciones del Cabildo con el Reconquistador, quien hacía funciones de virrey en tanto le llegaba el título confirmativo de su autoridad. Por otra parte, los supuestos planes de independencia, aparentemente aceptados por los generales ingleses, no existieron jamás sino en los cerebros, ó mejor dicho, en los labios de sus inventores (1). Esta unidad de vistas y propósi-

(1) Bastaría á demostrar lo primero el oficio encomiástico que dirigió á Liniers el Cabildo de Buenos Aires, en abril de 1807, nombrándole regidor perpetuo «en su persona y en la de sus hijos y descendientes». Tampoco es exacto lo que se ha dicho del parte pasado por el Cabildo después de la Defensa; no puede ser acto de hostilidad ostensible ó encubierta contra Liniers un documento dirigido al Rey y que termina así: «Al propio

tos, afirmada en el prestigio irresistible de un caudillo valiente y generoso, logró prodigios entre el pueblo de Buenos Aires, inoculando un espíritu de heroísmo en aquella antes inerte masa colonial. Transcurrido un año apenas, desde que 1500 ingleses bastaron á sojuzgar esta capital, iba á asistirse, con universal asombro, á la derrota y rendición de un ejército cinco ó seis veces mayor, apoyado en una escuadra formidable y disponiendo del litoral uruguayo como base de operaciones y recursos. He ahí un fenómeno sin duda interesante, y acaso más digno de análisis que la dudosa táctica de la Defensa y la cuestión de saber si, decididamente, la fuerza de Craufurd torció por la esquina de la Virreina viuda ó por la de más allá...

No podía ocultarse al historiador Mitre la importancia histórica del movimiento preparatorio de la Defensa,—el cual, por otra parte, había sido puesto en relieve por el cronista Núñez. Tampoco ha desconocido la influencia decisiva que en él tuvo el *imperator* Liniers; pero creemos que atribuye á la «militarización» de Buenos Aires orígenes democráticos y tendencias revolucionarias que nunca tuvo, por lo menos en grado tan marcado (1). No es esta la única ocasión en que

tiempo (V. M.) tendrá muy presente los relevantes servicios que ha contraído el general D. Santiago Liniers en la reconquista de esta ciudad y su defensa; en haber preparado y dispuesto los ánimos de todos para morir por la religión, por su Rey y por la Patria; en haber entusiasmado á las tropas de un modo el más singular y en haber arrostrado todos riesgos por sostener á V. M. estas ricas posesiones, cuyas circunstancias lo hacen acreedor á las liberalidades de V. M.; y el Cabildo recibirá la gloria de ver recompensado el mérito de un general á quien ha elegido con asiento, voz y voto». (Transcrita *in extenso* en MITRE, *op. cit.*, I, 526). En cuanto á la supuesta conivencia de los generales ingleses en planes de independencia, véase la carta de Achmuty á Windham, *Trial*, II, 768.

(1) El doctor López descuida este punto para engolfarse en las profundidades de la diplomacia europea tras su autor favorito «el eminente historiador Gebhardt». Digamos de paso que la «historia» de ese Gebhardt no

manifiesta la ilusión de una suerte de republica- nismo anticipado. Lo que se ha llamado la «nuli- dad manifiesta de las antiguas reputaciones mi- litares de la colonia» no fué señalado sino después de la Defensa en el parte del Cabildo, y con un es- píritu que, por cierto, no se inspiraba en la inde- pendencia ni la democracia (1). En realidad, con- currieron á la Defensa, mandando fuerzas con re- lación á su grado, todos los jefes veteranos pre- sentes en Buenos Aires; y, con excepción de la legión de patricios y los húsares del primer cuer- po de caballería, es justo agregar que en el cuadro general de oficiales, los españoles formaban la mayoría.—En el caso actual, se afirma con razón que los inválidos de la colonia se mostraron infe-

existe históricamente: Gebhardt no es sino un fraude lite- rario perpetrado por un impresor de Barcelona, y que, rea- lizado impunemente (¡tratándose de una *Historia general de España!*) basta á caracterizar la indiferencia pública. El pirata ha traducido sencillamente la obra francesa de Romey, los nueve tomos, palabra por palabra, sin que falte una nota ni un encabezamiento. Para los tiempos modernos ha hecho lo propio con la de Coxe. Pero ¿cómo no despertó la desconfianza del doctor López—ya que no conocía á Romey—el hecho de que el «autor» de tan im- portante obra no fuera citado en ningún diccionario bio- gráfico?—El señor Domínguez se limita á dar el extracto de la «movilización» y sólo sigue en esta parte á Núñez para repetir un error malicioso, asentando que Liniers envió á Madrid, en 1806, á D. Juan B. Périchon cuya elec- ción fué «uno de los motivos de descrédito en que pronto cayó con el partido español». El Cabildo envió á Puey- rredón; pero Liniers no mandó ni tenía que mandar entonces á nadie. Périchon quedó en Buenos Aires y fué edecán del general durante la Defensa. En esta calidad fué *después* portador del oficio dirigido por Liniers á Na- poleón, á fines de julio de 1807.

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, 167: «Los anti- guos generales españoles que componían el estado mayor del Río de la Plata; ilustrados muchos de ellos en las guerras de Flandes y del Rosellón, etc.» Esta frase es seguramente una distracción del señor Mitre—sugerida por Núñez (*Noticias*, página 35). No había entonces en el virreinato más generales de tierra que los brigadieres Sobremonte y Arce, ninguno de ellos «ilustrado» en la campaña de Cataluña, á que no asistieron,—ni mucho me- nos en las últimas guerras de «Flandes» á que sólo pudie- ron concurrir con alguna distinción los bisabuelos de ambos.

riores á los jefes improvisados; pero sería tan nocivo como inexacto generalizar la tesis aplicándola á otros casos. Las grandes batallas de la Independencia se ganaron por militares de carrera y escuela; sólo se «ilustraron» después los aficionados, en las «montoneras» ó guerrillas sin gloria de la anarquía; *Bella nullos habitura triumphos*, como dice Lucano.

Tenemos referido el pronunciamiento popular que, á raíz de la Reconquista, confirió espontáneamente á Liniers la suprema autoridad militar de la capital, con aplauso del Cabildo y aceptación resignada de la Audiencia. Bajo un título vago y variable (1), esa autoridad fué absoluta, y nunca más que antes de su confirmación oficial por la Corte, cuando sólo se apoyaba en la *adhesión apasionada* del vecindario. Las palabras subrayadas son las que expresan mejor el sentimiento general de la población por su caudillo. Había, en efecto, en el prestigio que durante dos años envolvió su persona, una mezcla de admiración, confianza y agradecimiento, que tenía los caracteres de la pasión arrebatada é irreflexiva. La palabra *simpatía* ha sido vulgarizada, y, á manera de moneda gastada por el uso, no enseña ya la efigie borrada de su sentido primitivo: con todo, ella sola podría, después de resellada y limpiada de su herrumbre de romanza, explicar con su acepción completa (2) esa atracción inexplicable que el caudillo popular ejerce en la muchedumbre: sintiendo, sufriendo, gozando en armonía perfecta el alma colectiva con la individual, y entrando en ese culto extraño de un pueblo por un hombre, todo el entusiasmo y casi el exclusivismo ardiente del amor. Tal fué, sin exageración, la esencia invisible del poder que Liniers ejerció entonces sobre el pueblo de Buenos Aires, y de que dan testimonio irrecu-

(1) En algunas órdenes ó proclamas se designa á Liniers como «capitán general», en otras como «comandante ó gobernador militar».

(2) Comuni6n de sentimientos.

sable todos los documentos contemporáneos: desde la oda inflamada del versificador hasta la fría crónica del testigo burgués que, después de veinte años, revuelve las cenizas de sus recuerdos juveniles. El mismo Núñez, tan agrio y descarnado, ha encontrado, para pintar esa efervescencia del alma nacional, durante el entreacto de las dos grandes jornadas, colores de una espontaneidad y animación inusitadas. Las dos páginas (85-87) con que encabeza el capítulo dedicado á la reorganización de las milicias, reproducen sin esfuerzo ni énfasis el ardor generoso de aquellos días, al par que tributan cumplida justicia al general Liniers «que era como el cuerpo y el alma de todo este movimiento» (1).

Desde el 5 de septiembre, apenas restituidas á su provincia las fuerzas orientales, y resuelta la suerte y destino de los prisioneros ingleses, Liniers dirigió al vecindario una proclama «exhortándole á formarse en cuerpos separados y por provincias». El 9, publicó la orden convocando á los *soldados de la patria*, para que concurrieran á la Fortaleza en días señalados según su cuerpo y provincia, «á fin de arreglar los batallones y compañías nombrando á los comandantes y sus segundos, los capitanes y sus tenientes, á voluntad de los mismos cuerpos». La orden prevenía, además, que ningún hombre en estado de tomar las armas dejase de asistir sin justa causa á la citada reunión «so pena de ser tenido por sospechoso y notado de incivismo». Concurrieron, efectivamente, y con celo admirable los voluntarios,

(1) NÚÑEZ, *op. cit.*: «No tenía (Liniers) un instante de reposo: él necesitaba hacer á un mismo tiempo de sargento, ayudante y general, como lo escribió á la corte de España, pudiendo haber dicho más bien que necesitó hacer, é hizo á un mismo tiempo jefes, oficiales y soldados, cuadros, batallones, y un ejército. El contaba en efecto con dos poderosos auxiliares, la sumisión espontánea y general á su voz de mando, y una decisión sin límites en el cuerpo municipal á sostener todos sus pensamientos». En términos parecidos se expresan casi todos los historiadores y cronistas contemporáneos.

á las dos y media de la tarde del día fijado á cada cuerpo: los catalanes, el miércoles 10 de septiembre; los vizcaínos ó cántabros, el 11; los gallegos y asturianos, el 12; los andaluces, castellanos, «levantiscos» y patricios, el 15. Se organizaron los batallones y compañías, procediéndose á la elección de los jefes respectivos sin el desacierto ó tumulto que se pudiera temer, gracias á los cuadros existentes desde la reciente reconquista. Los españoles, sobre todo, revelaron un laudable espíritu de disciplina, designando sin discrepancia á los vecinos más autorizados y aptos para mandarlos: resultaron electos comandantes por sus respectivos comprovincianos, Murguiondo, Cerviño, Rezábal, Olaguer Raynals, Oyuela, Pedro A. García, Castex: todos ellos dignos de su cargo por su posición social y los servicios prestados en la milicia. El capitán Terrada quedó á la cabeza de sus granaderos, y el comandante Ballester con sus fieles *quinteros* de los arrabales; la artillería de la *Unión*—sostenida por el Cabildo—en que se mezclaban fraternalmente criollos y peninsulares, fué confiada al catalán Estebe y Llach, el de las minas famosas. El regimiento de provincianos ó *arribeños* tenía por jefe al vizcaíno Gana, comerciante establecido en el Perú y antiguo soldado del Rosellón, quien, de paso para España, se detuvo aquí un año por pura afición; tenía bajo sus órdenes á los capitanes Ortiz de Ocampo, Bustos, Domínguez. Por fin, completaba las fuerzas de infantería, un batallón de pardos y morenos mandado por el asturiano Baudrix. En los dos cuerpos de caballería, que comprendían cuatro escuadrones de húsares, uno de miqueletes y otro de carabineros, dominaban naturalmente los criollos,—como que los jefes subvenían en parte á su sostenimiento, presentándose generalmente cada voluntario montado en su caballo propio; allí se iniciaron ó acentuaron su figura Martín Rodríguez, comandante del primer escuadrón por ausencia de Pueyredón, Bernáldez, French, Herrera, Alvarez, Enrique Martínez, Vedia y muchos otros que debían

tomar parte en las guerras de la Independencia.

La célebre Legión de patricios, ó hijos de Buenos Aires, que había de desempeñar un papel histórico en las jornadas revolucionarias, llegó á componerse de 1395 hombres acuartelados (1) formando tres batallones, al mando respectivo de Saavedra, Romero y Urien. Parece que Belgrano fué elegido sargento mayor por las compañías acuarteladas; pero hubo de permanecer muy corto tiempo en el empleo, pues su nombre no figura en ningún documento oficial ó privado de la Defensa, ni con este cargo, que fué desempeñado por el teniente de infantería Viamont, ni con otro alguno. Además de los nombres citados, se encuentran en el cuadro de la oficialidad de dicha legión muchos de los que habían de resonar muy pronto en los fastos militares ó civiles de la revolución. Eran capitanes ó tenientes de patricios, Medrano, Chiclana, Lucas Obes, Díaz Vélez, Perdriel, Montes de Oca, Pico, Alberti, Lezica, Acosta, Irigoyen, Mantilla, Castro y veinte más, futuros soldados, tribunos, próceres de la Independencia: prometidos todos ellos á la notoriedad en su persona ó en su descendencia, y destinados, con otros que luego despuntarían, á constituir esa capa de aristocracia electiva de que ninguna democracia puede prescindir. Y no le faltaba, al grupo más ó menos marcial de los guerreros improvisados, su futuro cantor, más erudito que inspirado, el Demodoco sin alto vuelo de esa *Iliada* sin resonancia exterior. El joven teniente de la tercera compañía del primer batallón, don Vicente López y Planes,

(1) Los historiadores Mitre y Domínguez dicen 1.500; pero nunca llegó á tanto su efectivo real, que alcanzó su máximo (1.413) con la Plana mayor, en la revista de junio de 1807, según el estado formado por el sargento mayor Viamont; en octubre de 1806 era sólo de 1.359 hombres. Belgrano (*Autobiografía*) habla de 4.000 hombres alistados, pero se refiere á la reunión tumultuaria que precedió la organización, agregando que «dos gobernantes procuraron, por cuantos medios les fué posible, ya negando armas, ya atrayéndolos á otros cuerpos, evitar que número tan crecido de patricios se reuniesen». Saavedra y Viamont confirman dicho estado.

ya preludiaba sin duda, entre dos guardias en la Ranchería, á su crónica rimada del *Triunfo Argentino*,—hoy tan profundamente enterrada que nadie sabría dónde reposa, á no tener el himno de Mayo por lápida inmortal.

La «militarización», en pocos meses, de un contingente que llegó á contar 8584 plazas, no figurando en él más que una sexta parte de tropas veteranas (exactamente 1329 hombres de las tres armas), representaba un esfuerzo extraordinario, sobre todo si se tiene en cuenta el estado económico de la población y del erario después de la invasión y la reconquista. Municiones, armas, vestuario, manutención de las fuerzas acuarteladas, sueldos bastante crecidos desde el 15 de febrero de 1807, premios, recompensas, manumisión de esclavos: todo hubo de extraerse de la propia substancia, apelando á las rentas escasas, á las subscripciones públicas dentro y fuera de la capital, al empréstito oneroso—y á todo atendió el entusiasmo privado y público. Fuera de los «donativos patrióticos», que pasaron de 150.000 pesos, sin contar las entregas gratuitas de ganado y otros artículos, el vecindario suplió «á solicitud del Cabildo y bajo su garantía» más de un millón de pesos, «cuya ingente suma se hallaba casi en el todo satisfecha», á fines de 1809 (1). Ante el arranque generoso y viril que congregó en un solo anhelo á todas las clases de la población, desde los niños hasta los ancianos, y selló con timbre de imborrable nobleza el advenimiento de este pueblo (2), no merecen mencionarse las inevitables pequeñeces y miserias en que se han

(1) *Estado general*, publicado por el Cabildo en 12 de febrero de 1810.

(2) ... esta no es tropa:
 Buenos Aires os muestra allí sus hijos;
 Allí está el labrador, allí el letrado,
 El comerciante, el artesano, el niño,
 El moreno y el pardo; aquestos sólo
 Ese ejército forman...

(*El Triunfo Argentino*).

detenido con sobrada insistencia algunos contemporáneos, como Manuel Moreno y el mismo Belgrano, bajo la impresión mortificante de su deslucido papel. Produjéronse competiciones y rencillas entre los aspirantes á empleos militares, pero estos empleos sólo significaban responsabilidades y fatigas mayores. La cuestión de los colores del uniforme y galones cobró exagerada importancia, engendrando rivalidades pueriles entre patricios y españoles, pero estas rivalidades no pararon en revistas y alardes (1): persistieron para disputarse el primer puesto en las calles y azoteas atacadas por el enemigo, y entonces perdieron algo de su puerilidad. Por lo demás, esas mezquinas desavenencias fueron más profesionales que nacionales, como que, fuera de los patricios y húsares, casi todos los cuerpos eran mandados por españoles, y nunca trascendieron á los jefes superiores. No existió dualidad en la preparación de la Defensa. El Cabildo secundó con cívica decisión la acción del Comandante general de armas, y en esa obra del patriotismo, es de estricta justicia asociar el nombre de Alzaga, el «alcalde Ronquillo» de los años siguientes, al nombre de Liniers. Separar prematuramente lo que se mantuvo unido, inventando *a posteriori* antagonismos entonces imaginarios, importa incurrir en un anacronismo que revela deficiencia del sentido histórico.

Esa obra organizadora de la Defensa, más que la jornada misma, queda en los anales argentinos como el título glorioso é inatacable de Liniers.

(1) Un eco de aquellas desavenencias, entre veteranos y voluntarios, se percibe en el poema de López:

... la negra envidia
 Procuraba inspirar á los amigos
 De vuestra gloria, indigna desconfianza,
 Atribuyendo á pompa el ejercicio
 Frecuente de las armas, y el plan todo
 Que en soldados tornara á los vecinos...

Conf. Sagüí, *Ultimos cuatro años*, pág. 93: «...el sábado santo anterior á la Defensa tratóse de colocar un judas con el uniforme de patricio».

Además de la instrucción y disciplina de los tercios voluntarios, en cuya tarea diaria prestaron valioso concurso todos los jefes activos ó retirados —especialmente el coronel César Balbiani, que redactó un manual de instrucción militar (1),—tuvo Liniers que repartir en mil atenciones diversas su incansable actividad, «revelando, dice el historiador Mitre, un verdadero genio organizador». Faltaban, y hubieron de crearse, la maestranza, la fábrica de balas y espadas, un remedo informe de intendencia, cuadras para la caballería y artillería; se construyeron baterías y reductos en el Retiro, la Residencia, Barracas, Quilmes y otros puntos para oponerse al desembarco; se adiestraron los caballos y mulas del tren, acostubrándolos al tiro, al fuego, al forraje seco; á los dos mil fusiles de la Armería y otros tantos tomados en la Reconquista, se agregaron todas las armas viejas que se pudieron recoger y componer en la capital y provincias; trajéronse dos mil quintales de pólvora del Perú y Chile; púsose en requisición para fundir balas todo el plomo existente en la ciudad, entregando los habitantes hasta «la vajilla y utensilios de estaño»; aprestáronse, por fin, cincuenta cañones de campaña con su tren completo de cureñas, atalaje y demás accesorios del servicio. Y cuando estuvo todo ello pronto ó en vía de realización, el General reconoció que quedaba por hacer lo más arduo de la empresa: á saber, la militarización del alma patricia, no tanto en el valor, que lo tenía nativo, cuanto en la disciplina y la subordinación. Y esto

(1) En la *Historia de Belgrano*, I, 179, aparece Balbiani en la «noche triste» del 2 de julio, como «recién llegado de Chile». Había asistido á la Reconquista y permanecido desde entonces en Buenos Aires, como lo dice el mismo parte de Liniers. Balbiani, como Arce y otros, era uno de tantos oficiales postergados que se envejecían en América, tan herrumbrados por la ociosidad y la rutina que eran ya insuficientes para la acción y sólo podían prestar servicios como instructores. ¡El *Estado militar de España* para el año 1795 le da ya como coronel de infantería de Chiloe!

mismo se expresa por él con palabras tan ingenuas y verídicas que merecen reproducirse, pues son todavía aplicables en parte á la psicología del pueblo argentino, al par que muestran la altura de carácter y la firmeza de juicio del jefe á quien suele pintarse como un advenedizo de la gloria, inconsistente y frívolo (1):

Puede considerarse qué no trabajaría yo en los once meses después de echar á los ingleses de Buenos Aires, para hacer guerrero á un pueblo de negociantes, labradores y ricos propietarios: en un país donde la suavidad del clima, la abundancia y la riqueza debilitan el alma y le quitan la energía que tiene (allí) donde el hombre tiene necesidad de ejercitar sus facultades para asegurar su subsistencia. Además de esto, la subordinación, tan necesaria para hacer obrar los ejércitos con utilidad ¿cómo podía establecerse entre gentes que se creen todos iguales? Muchas veces el dependiente de un negociante rico era más apto para el mando que su patrón, acostumbrado á mandarlo con despotismo, y que venía á ser su subalterno; me fué preciso vencer todos esos obstáculos y una infinidad de otros. Los primeros servicios que había hecho á esta ciudad me adquirieron la confianza de sus habitantes, de lo que me aproveché para hacerlos capaces de defenderse contra todos los esfuerzos que la Gran Bretaña hacía para vencerlos, sosteniendo sin cesar su entusiasmo con proclamas; exageraba sus esfuerzos, les inspiraba desprecio contra los de los enemigos, que representaba siempre infinitamente menores que los que yo me creía y sabía positivamente eran (2).

Es muy sabido que la llegada á Maldonado de la división inglesa al mando de Achmuty, en enero de 1807, y el subsiguiente ataque á Montevideo vinieron á interrumpir parcialmente, ó si se quiere, á poner á prueba, los preparativos bélicos de

(1) Comunicación de Liniers á Napoleón, publicada *in extenso* en la *Historia de Belgrano*, I, 507. Téngase presente que ese documento reservado y redactado primitivamente en francés no ha podido salir de la pluma del viejo secretario del virreinato, D. Manuel Gallego. El original francés se transcribió en el *Ambigu* del 20 de enero 1808.

(2) Véase, como ejemplo, la proclama del 9 de marzo y la del 24 de junio de 1807: «cuatro mil despreciables enemigos se atreven á insultarnos, fundando su loca presunción en la poca energía que nos suponen, etc.» Sabía que el efectivo inglés pasaba de 10.000 hombres; pero, después de expresarse así, hubiera parecido extraño que no saliera á atacarlos fuera de la ciudad, tomando la resolución que tanto se le ha reprochado.

Buenos Aires. No tenemos que relatar de nuevo ese hecho de armas, que no pertenece directamente á nuestro asunto; nos limitamos á reseñar uno de los dos incidentes conocidos que coincidieron con la toma de Montevideo: la fuga de Beresford y la destitución del virrey Sobremonte—cuya inagotable impericia y mala voluntad contra Buenos Aires contribuyeron poderosamente á la pérdida de la plaza.

Desde el mes de septiembre, el general Beresford, el coronel Pack y otros oficiales ingleses soportaban cómodamente en Luján su benigno cautiverio. Prisioneros bajo palabra, daban fiestas en sus habitaciones, organizaban cacerías con sus guardianes en los alrededores, sin más compromiso que el de recogerse á su cuartel al anochecer. Allí, entre el general inglés y los dos oficiales argentinos Olavarría y Saturnino Rodríguez Peña, vinculados á intrigantes ó aventureros de baja estofa—un Francisco González, alcalde de partido rural, un Lima, lancharo portugués, el cochabambino Padilla y el americano White—tejióse un enredo gordiano, hoy imposible de desenmarañar, sin que se sepa á punto fijo quién engañaba á quién—si bien por el calibre moral de la cofradía (Beresford aparte), es lícito sospechar que cada uno burlaba en parte á los demás. Por extraña coincidencia ó misteriosa afinidad, todos ellos parecían destinados á encontrarse y entenderse—sin exceptuar al que llevaba un apellido que el mérito y la fortuna hicieron histórico. Olavarría, cuñado de Rodríguez Peña, era aquel comandante de blandengues cuya inercia contribuyó á la derrota de Pueyrredón en Perdriel, dando tiempo para que Beresford llegara al caserío, guiado por un excelente *baqueano* que, según parece, no fué sino el Francisco González de la presente hazaña: tenía, como se ve, cierta vocación para traidor (1). El

(1) A distancia juzgamos las cosas y los hombres á bulto. Resulta que ese alcalde González, á quien el histo-

portugués Lima era ese «contrabandista del río» que el historiador López confunde vagamente con el corchete González; Aniceto Padilla era aquel tinterillo interlope de que tenemos hablado como «redactor» del *Southern Star*. En torno de este núcleo pintoresco se agitaban otros elementos sueltos, pescadores de río revuelto ó franco-tiradores de la cábala: como el americano White, que enredó á su gusto y provecho cuando su casa de Miserere fué ocupada por el Estado Mayor inglés, y que, por su incansable artería, estuvo diez veces tangente á la horca durante los años que van de la conquista á la revolución.

Un vago blandengue de Montevideo hacía de lanzadera, trayendo y llevando mensajes de una á otra orilla; y hasta un portero de la Audiencia tuvo que hacer en el teje maneje, cuya clavija central era el futuro vencedor de Albufera y par de Inglaterra. ¿Cuál era el objeto cardinal de tanto conciliábulo tenebroso? Nuestros historiadores discuten el punto gravemente y no parece que dudaran de que la «pandilla», como se dice en el proceso, viviese preocupada con la Independencia;—hasta se llama «precursores» á dos ó tres del grupo. ¿Pudo Beresford, engañado por Rodríguez Peña que le hizo creer en la connivencia de Alzaga, aceptar un instante la idea de una entrega pacífica de la colonia al ejército inglés? Las cartas de Achmuty darían cierto viso plausible á la hipótesis (1). Sea lo que fuere, lo único que en substancia queda visible, es que coincidieron en pocos días la caída de Montevideo, la orden de internación de Beresford y la entrevista de Alzaga con

riador López califica graciosamente de «barquero portugués y contrabandista del río», era amigo de Mariano Moreno, según Manuel (*Arengas*, prefacio, LXXIV), tanto que vivían juntos en una quinta en momentos de ser aquél arrestado, lo que no dejó de comprometer á Moreno. A esta circunstancia se debe que el relato de Manuel Moreno contenga datos especiales y curiosos sobre este incidente, referido con sobrada inexactitud en las obras de López y Domínguez.

(1) *Trial of Whitelocke*, II, 768.

Rodríguez Peña, que sirvió á éste de pretexto para adormecer la vigilancia del terrible Alcalde. Se dice que Olavarría entregó á los prisioneros ante una orden que traía la firma falsificada de Liniers. Beresford y Pack quedaron ocultos dos ó tres días en casa de González, fugándose después á Montevideo en la lancha del portugués. Tres de los cómplices sufrieron «una prisión larga y severa»; pero no Rodríguez Peña ni Padilla, que recibieron, como «precursores de la Independencia», una pensión vitalicia del gobierno inglés. Beresford, cohibido sin duda por lo equívoco de su situación, rehusó el mando de las fuerzas inglesas que Achmuty le ofreciera. El coronel Pack, menos escrupuloso ó más vindicativo, se incorporó inmediatamente, batió dos veces en la Colonia al grotesco coronel Elío (especie de *miles gloriosus* que quedaría corto al hacer la cuenta de sus campañas por la de sus derrotas), y finalmente volvió á caer prisionero sin mucha gloria ni provecho para su país (1).

(1) Sería interesante examinar cuál era exactamente, ante el derecho militar, la situación del coronel Pack. En comunicaciones oficiales se le tachó entonces de «perjuro», y el pueblo exasperado quiso sacrificarlo después de la rendición. Los historiadores modernos reproducen la calificación infamante de su conducta, un tanto mitigada, al parecer, por el regalo del «precioso reloj de estufa que adorna el salón municipal». Pensamos que ante el mismo derecho internacional entonces vigente, la situación del coronel Pack era correcta, si bien más caballeresca y noble la actitud de Beresford. Entonces, como hoy, la condición del militar juramentado consistía en la *libertad* bajo el compromiso de honor de no emprender la fuga: la privación de la libertad anuló el juramento. Pack se encontró ligado por su palabra mientras quedó en Buenos Aires y pudo, como dice un cronista, «pasar del brazo por las calles con los Escaladas y Sarrateas». Todo cambió con la confinación en Luján, y sobre todo cuando los *prisioneros*, en visperas de ser internados á Catamarca, se encontraron *presos* con centinela de vista. Con la pérdida de la libertad física recobraron legalmente su libertad moral, y pudieron, sin faltar al honor, emplear todos los medios conducentes á su evasión. Realizada ésta, tampoco incurría Pack en delito especial volviendo á tomar las armas contra los españoles: estaba en el derecho común.

III

Hemos visto que el ejército inglés tomó tierra en la Ensenada de Barragán el 28 de junio de 1807: aquí comienza la campaña de la Defensa que tan prolija y diversamente ha sido descrita por nuestros historiadores. No pretendo, lo repito, rehacer en estas breves páginas el cuadro general de tan dramático episodio, con sus conmovedoras alternativas de confianza, desesperación y final entusiasmo. Para llenar mi modesto programa, me bastará reseñar sus marcadas peripecias, valiéndome de los muchos documentos impresos que ciertas discusiones memorables han puesto en plena luz, y procurando únicamente extraer de su masa compacta, y á menudo contradictoria, el juicio crítico que suscite la ilustrada apreciación del lector. Las conclusiones á que se arriba, después de grandes lecturas y largas reflexiones, podrían resumirse así: 1° no hay certidumbre absoluta aun para los hechos narrados por testigos oculares; 2° la probabilidad mayor resulta de la concordancia entre informaciones imparciales ó diversamente interesadas; 3° siendo la credibilidad de los testimonios proporcional á la ilustración, responsabilidad moral y hábitos de exactitud de los declarantes, merecen tenerse por documentos de primer orden sobre la Defensa las deposiciones públicas del proceso de Whitelocke, sometidas que fueron al crisol de la contraprueba y examen contradictorio (*cross-examination*) por parte de la acusación, de la defensa y del mismo tribunal. Considero, pues, el *Trial* como la mejor fuente informativa, sin que en general deban invalidar sus datos las alegaciones contrarias, procedentes de informes oficiales, referencias privadas y más ó menos posteriores, crónicas ó memorias póstumas de españoles y patricios,—personas generalmente propensas á la exageración y ex-

trañas á la crítica severa de sus propias impresiones (1). Tal es, á mi corto entender, el criterio que habrá de adoptar el historiador argentino que intente apartarse del camino trillado por sus beneméritos predecesores, sin dejar de extraer gran provecho de la labor por ellos iniciada, y que merece encomio, por señalar el primer reconocimiento de un suelo casi virgen. Debería además, si aspirara á realizar una obra de ciencia duradera, despojarse de todo arrebatado apasionado, de toda sugestión del amor propio nacional que no resistiera al frío examen de los hechos. La musa de la historia no es la lisonja patriótica, sino la verdad inflexible y serena. Y por supuesto que no he bosquejado aquí mi propio designio, sino el método que por otros se podría aplicar á una empresa de largo aliento. Para la presente, tan breve y somera, bastará caracterizar con la posible exactitud la parte que cupo á Liniers en los tres momentos decisivos de la Defensa: á saber, las disposiciones del día 2 de julio que condujeron al encuentro del Miserere; los preparativos y la orga-

(1) Así, para citar algunos ejemplos de índole diversa, parece indudable que algunas de las actas del Cabildo de Buenos Aires, del 27 de junio al 7 de julio, han sido redactadas con posterioridad á su fecha y en parte adulteradas; el parte oficial del coronel Pedro A. García—á que se dió extraordinaria importancia—adolece de errores enormes y ni concuerda siquiera con la *Memoria* del mismo autor (*Revista de Buenos Aires*, III). Algunas relaciones de testigos oculares son tachables por la inconsciencia ó parcialidad de sus autores: así la de Núñez, que tenía sólo catorce años cuando las invasiones y las refirió de memoria treinta años después; ó la del mismo Belgrano (*Autobiografía*) impregnada evidentemente de despecho y mala voluntad, etc. ¿Habremos por eso de rechazar *in limine* tales documentos? No, ciertamente; pero sí deberemos emplearlos con prudente reserva y crítica. Y por otra parte, tampoco deberemos aceptar ciegamente las afirmaciones de algunos jefes ingleses que, además de ignorar profundamente la faz española de la campaña, eran enemigos personales de Whitelocke ó sufrían la influencia de la opinión pública, exasperada por el desastre de las expediciones. Con todo, no es discutible que las declaraciones del Proceso ofrecen en general serias garantías de veracidad y relativa exactitud.

nización de la resistencia en esa noche y días siguientes; por fin, el combate en las calles que terminó con la rendición de las fuerzas británicas.

En la tarde del 24 de junio de 1807, al aviso de estar cruzando el río la flota enemiga para desembarcar en la Ensenada, el general Liniers pasó revista al ejército de la defensa, formado en la Plaza Mayor y calles adyacentes. Constaba de unos 7000 hombres (1), milicianos en su mayoría, y divididos en tres brigadas al mando respectivo de los coroneles Balbiani, Velazco y Elío, fuera de la reserva á las órdenes del capitán de navío Gutiérrez de la Concha. Las tropas revelaban espíritu marcial y buena preparación aparente; acogieron con entusiasmo la briosa proclama de Liniers y pidieron con aclamaciones marchar al encuentro del enemigo. ¿Pudo esta apariencia engañar al general en jefe que, si bien marino de profesión, no podía desconocer la poca solidez de sus tercios en batalla campal? La suposición no es muy verosímil, tratándose de quien había presenciado los hechos recientes de la conquista. Por otra parte, parece que corrobora nuestra duda el hecho de no haberse resuelto Liniers á salir hasta la Ensenada ó Quilmes, ya para oponerse al desembarco de los ingleses, ya para atacarlos en su penosa y desordenada marcha sobre la Reducción. Sea como fuere, consideramos hoy que la situación militar no admitía sino dos soluciones racionales: ó sorprender al enemigo en pleno desembarco, ó esperarle en la ciudad, como lo impuso, en condiciones menos favorables, la fuerza de las cosas. Ahora bien, no es admisible que pasara inadvertido para un general lo que tan evidente se muestra al menos entendido. Después de la victo-

(1) El historiador Mitre acepta la cifra de 8.584 plazas que dan los *Estados* de Núñez; pero éstos se refieren al efectivo total de octubre de 1806, del cual deben deducirse las guarniciones, partidas exploradoras distribuidas en la costa, y una parte de las milicias arribeñas destinadas á varios servicios.

ria, que todo lo justifica, el mismo Liniers intentó, en su parte á Napoleón, una explicación embarazada y nada satisfactoria de su plan de defensa. Pensamos que calló los motivos verdaderos, que fueron, según nuestra conjetura, la presión del vecindario y del mismo Cabildo, deseosos de alejar cuanto posible fuera los horrores del bombardeo y del asalto; y también la necesidad de mantener su prestigio personal, después de tantos preparativos y proclamas (1).

Liniers, pues, tomó el término medio entre los dos partidos que pudieran brindarle una victoria completa, y con esto sólo consiguió la derrota parcial. Salió con todo su ejército para Barracas, dejando á la ciudad casi completamente desguarnecida. En la mañana del 2 de julio formó sus fuerzas en orden de batalla, en la ribera derecha del Riachuelo, sobre el puente de Gálvez, resuelto al parecer á terminar de un solo golpe la campaña. ¿Fué impulso de heroica locura ó cálculo fundado en datos transmitidos por sus exploradores? Lo cierto es que, á empeñarse el combate en ése punto y momento, el triunfo era casi seguro. La vanguardia inglesa, que ya estaba á la vista, mandada por el mayor general Gower, sólo se componía de las brigadas Craufurd y Lumley, formando un total de 2000 hombres, casi sin artillería ni caballería; el grueso del ejército, al mando de Whitelocke quedaba en la Reducción, á un día de marcha. Con su ejército de fuerzas triples y su superabundante artillería (2), Liniers tenía tiempo de envolver á Gower y destruirlo por completo. Pero, en lugar de «tender su línea y ofrecer la ba-

(1) El 30 de junio, la Audiencia había comunicado el oficio que investía á Liniers, como oficial de mayor graduación, del mando político y militar del virreinato. En cuanto al júbilo de la población y del Cabildo al ver salir el ejército, consta en el acuerdo del 1.º de julio.

(2) Según Gribbeauval y Napoleón, la fuerza de la artillería debía ser entonces de 4 piezas por batallón de 1.000 hombres, ó 36 bocas para una división de 9.000 hombres. (NAPOLEÓN, *Mémoires*, VIII).

talla», era necesario imponerla por un ataque combinado, encerrando entre dos fuegos al reducido cuerpo.

Ello no se hizo ni siquiera se intentó; y, por la actitud ulterior de sus tenientes, es permitido pensar que Liniers no lo ensayara porque buscó vanamente en torno suyo al jefe de cuerpo digno de este nombre. Gower pudo engañar al general español con una falsa demostración y evadirse, cruzando el Riachuelo con el agua hasta el pecho (*about the breast*), muy arriba del puente de Gálvez, en el vado llamado el Paso Chico (1), y dirigiéndose rápidamente á los corrales del Miserere. Liniers, después de retroceder para cruzar el río por el puente, procuró mover sus fuerzas con celeridad para cerrar el paso al enemigo. Dejando órdenes á sus otras divisiones para que lo siguiesen, se arrojó con la brigada de Velazco por entre las quintas y callejones, con intención de cubrir la ciudad por el oeste. Las tropas de Elío se desbandaron, volviendo solo á la plaza el jefe fanfarrón (2); la división Balbiani y la reserva quedaron formadas sobre el puente de Gálvez, hasta recibir orden de replegarse á la ciudad. Caía la tarde de invierno cuando Liniers, con un millar de hombres rendidos de fatiga y algunas piezas de artillería, llegó á los Corrales, donde, apenas formado, recibió el ataque del enemigo por el lado de la casa White. El resultado no podía ser dudoso. Después de un vivo tiroteo, la brigada de Craufurd avanzó resueltamente y dispersó en pocos minutos á los vizcaínos y arribeños de Velazco, que dejaron en el campo parte de la artillería y unos doscientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El general vagó perdido en el campo, hallando refugio en un rancho, donde «pasó la

(1) Dicen otros «de la Novia» ó «de Burgos».

(2) LÓPEZ, *Historia Argentina*, II, 116: «El coronel Elío, mejor inspirado, ó por haber perdido el rumbo, desistió de seguir al general». Tal es el criterio con que se juzga un acto de presunta desobediencia al frente del enemigo.

noche más amarga de su vida», según sus propias expresiones (1).

Era Liniers, á no dudarlo, un oficial de mar experimentado y valiente, no un general de ejército en el sentido técnico de la expresión,—y si pudiera serlo quien nunca había mandado una división en batalla campal, ¿qué imponderable mistificación vendría á significar lo que se llama ciencia ó arte militar? Con todo, como otros jefes de marina que han sabido—hasta en nuestras guerras contemporáneas—adaptar rápidamente sus aptitudes de disciplina y su espíritu militar á las emergencias de un mando de fuerzas en tierra, siempre que no exigiera conocimientos especiales y combinaciones estratégicas: creemos que el Reconquistador no hubiera fracasado en su empresa á ser secundado por subalternos menos incapaces. Pero todos ellos, Concha, Velazco, Elío, Pinedo, Agustini y demás veteranos, como el mismo cabildo lo denunciaba en su parte al rey (2),—coroneles ó capitanes de desecho momificados en el escalafón colonial,—tenían el alma tan acorchada como el cuerpo; y después de probar que no sabían vencer, iban á mostrar que no sabían morir. Felizmente la desbandada del día 2 aleccionó á Liniers, curándole para siempre de sus preocupaciones profesionales, y tomó su desquite apoyado en el denodado vecindario y las milicias por él improvisadas.

(1) Craufurd afirma (*Trial*, 155) que su brigada pudo y debió penetrar en la ciudad tras los fugitivos; algunos historiadores han mencionado esta eventualidad para exagerar la imprevisión de Liniers: son reflexiones *a posteriori* del parlanchín inagotable cuya facundia llena la mitad del Proceso. La verdad es que ni él, ni Gower, ni nadie sospechó entonces que la fuerza española del *Misere-re* formara parte de la del Riachuelo; todos creyeron que esta última se había replegado hacia el centro. Tan distante estuvo el general inglés de compartir el ardor de Craufurd, que dejó allí á las tropas dos días, que se gastaron en planes y discusiones.

(2) Publicado *in extenso* en la *Historia de Belgrano*, I, apéndice.

Por lo demás, conviene decir de pasada que los generales ingleses no merecían en forma alguna el respeto admirativo que les prodigan algunos de nuestros historiadores, teniendo en ello tanta parte quizá el *snobismo* como el amor propio nacional por haberlos vencido. Reservan para el jefe que salvó al país sus críticas severas; pero tributan sus homenajes á muchos jefes que, al igual que Whitelocke, merecían la degradación: comandantes de cuerpo que se extravían en el camino de Quilmes á la ciudad, se olvidan de tomar guías y gauchos enlazadores para proveerse de ganado, no saben la hora que es, ni dónde hallar al general en jefe, etc. Y ¿qué diremos de un mayor general como Gower, que pasa dos días en el Miserere sin hacer reconocer la ciudad ni averiguar lo que en ella acontece; de los brigadieres que se pierden en calles rectas y paralelas; de los coroneles, como Bourke, que han vivido meses en Buenos Aires quedando tan ignorantes de su clima, orientación y topografía, como sus camaradas recién desembarcados del Cabo (1)?

(1) Whitelocke (*Trial*, 690 y *passim*) invoca como disculpa por haber precipitado la expedición en junio, la proximidad de la estación invernal y lluviosa (*the winter season of rains*) ateniéndose á «la experiencia de otros» (Pack y Bourke): es muy sabido que en Buenos Aires los meses en que cae menos lluvia son precisamente los de invierno: junio, julio y agosto. El mismo Whitelocke y otros jefes declaran varias veces que fué error de Gower situarse en el Miserere (Once de Septiembre) y «no al oeste de la ciudad (*the westward suburbs*) como se había dispuesto, para comunicar con la escuadra!»—A propósito de topografía, dice el historiador Mitre (*Nuevas Comprobaciones*, 109) que el excelente plano de Buenos Aires, adjunto al proceso de Whitelocke, fué levantado por Pack, «según noticia comunicada por D. Bernardino Rivadavia á D. Florencio Varela». El mencionado plano es lisa y llanamente una copia servil, un decalco del que hizo en 1805 el ingeniero hidráulico Giannini (cuyo facsímile legalizado tenemos á la vista), sin más agregado que la situación de las fuerzas en el Miserere. Podría ser coincidencia fortuita, mejor dicho resultado de una exactitud ideal, la identidad de ambos trabajos en todos sus detalles, pero no la de las *leyendas*, ó sea descripción de 51 edificios ó sitios con las mismas letras ó cifras y en el mis-

Desde el anochecer del día 2, se esparció por el inquieto municipio el rumor, naturalmente exagerado, del descalabro reciente. El Cabildo se había declarado en sesión permanente desde la víspera, tomando al acaso una serie de disposiciones «salvadoras», desigualmente acertadas, y algunas mucho menos eficaces que la siguiente, votada á media noche, por su urgencia excepcional: «En esta hora trataron, conferenciaron y convinieron los señores en que el medio más adecuado para alcanzar la victoria era implorar la protección del divino auxilio, y en vista de ello votaron hacer un novenario á nuestro glorioso San Martín». Otras medidas, tomadas á instigación de Alzaga, el celebrado alcalde de primer voto, parecen más discutibles: así la de desguarnecer el Retiro y la Residencia, trayendo á la plaza su artillería.

«A poco más de las Ave Marías», la división de Balbiani y los dispersos comenzaron á llegar, difundiendo á su paso la alarma y el desaliento por el vecindario, y entre ellos muchos jefes veteranos que parecían dispuestos á renovar las hazañas de la conquista. Felizmente, en la reunión celebrada esa misma noche en la Sala capitular, con asistencia de los comandantes de tercios voluntarios, se revelaron algunas energías viriles que impulsieron, desde luego, la resolución de defender la ciudad á todo trance contra los invasores. Esta resolución fué la «salvadora», no la idea de las candilejas en las puertas (1) ó la de los tercios de yerba

mo orden: esto es tan infinitamente improbable, en el sentido matemático, como el hecho de que en dos extracciones de lotería salgan dos series idénticas de 50 números.—El hombre es gran forjador de quimeras; y cuando vemos á cada paso que testigos oculares, juramentados y sinceros, declaran solemnemente lo que sólo han imaginado, no visto ó podido ver, se requiere una buena dosis de credulidad para aceptar como prueba histórica lo que, años después, pudo decir Rivadavia á Varela, sobre materias que ni uno ni otro entendían.

(1) La iluminación de la ciudad, que fué inútil, pues el enemigo no pensó un instante en dar el asalto de noche, pudo ser sugerida por una propuesta que tres días

en las calles, que el enemigo apenas percibió. Ni en la exposición de Whitelocke ni en las minuciosas declaraciones de los jefes y oficiales ante el consejo de guerra, se hace alusión á las barricadas y fosas del famoso perímetro fortificado de la Defensa (1). Todas las columnas inglesas pudieron cruzar la ciudad de oeste á este y llegar al río sin ser detenidas por tales obstáculos, y no parece dudoso que, á posesionarse sólidamente de los edificios que dominaban la Plaza Mayor y dicho perímetro, se hubiera impuesto la capitulación. Lo que contuvo el asalto, fué el fuego de los cantones y el denodado concurso de la población desde las ventanas y azoteas, que sembraron la muerte y el terror en las filas inglesas. Todos los pormenores y preparativos sucesivos se borran y desaparecen, ante este hecho capital, y entonces inaudito, en que el general Whitelocke apoyó su defensa ante la Corte. El constituye el más espléndido homenaje al vecindario, y un timbre más glorioso para Buenos Aires que todas las victorias campales á que pudiera aspirar su ejército:

«...Ya era sabido (2) de antemano que las azoteas estarían ocupadas, y, por la hostilidad conocida de los habitantes, se suponía que muchos de ellos tomarían parte en la defensa, situándose en los techos de las casas, mientras las tropas españolas peleasen en las calles y en la Fortaleza. Esperábamos, pues, una vigorosa resistencia. Pero, pregunto á la Corte y á cada miembro de ella si, por la experiencia de los tiempos modernos, por ejemplo alguno transmitido (*handed down to us*) en la historia militar, desde el empleo de las armas de fuego, por cualquier observación hecha ó información recibida acerca de la hostilidad de los habitantes, podíamos tener, antes del resultado presente, una previsión posible de tal resistencia. Pueden citarse multitud de ejemplos en que cierta proporción activa y joven del vecindario coadyuvara al esfuerzo del ejército defensor; pero siempre la masa de la

antes hizo al general Liniers un fraile Arrieta para «iluminar las Balizas por todo el frente de la ciudad». (*Actas del Cabildo*).

(1) Con la única excepción de Lumley, que habla de una trinchera para decir que la salvó sin dificultad.

(2) *Trial, 727, General Whitelocke's Defence*. Compendiamos un poco al traducir.

población fué un impedimento, no un auxilio de la defensa. No hay un solo ejemplo, me atrevo á decirlo, que pueda igualarse al presente, en el cual sin exageración, cada habitante, libre ó esclavo, combatió con una resolución y pertinacia que no podría esperarse ni del entusiasmo religioso y patriótico ni del odio más inveterado é implacable».

Ante esa manifestación elocuente de la actitud asumida por la población, y que los hechos corroboran plenamente, nos parece excesivamente elegiaca la expresión de «noche triste» tan repetida por cronistas é historiadores, con sus inevitables reminiscencias de lágrimas y desconsuelos. Creemos que, pasado el primer momento de estupor, voluntarios y vecinos se prepararon con denuedo á cumplir virilmente con su deber, rechazando el ataque que se creía inminente; y que la vela de las armas, en esa noche memorable, se prestó menos á exhalar melancolías, que á crispar los dedos nerviosos sobre el fusil cargado: á *juntar rabia*, como dice nuestro pueblo con admirable energía, contra los que sin derecho ni provocación entraban á saquear poblaciones y ensangrentar hogares.

IV

Al día siguiente, de madrugada, se recibió primero una intimación verbal y luego otra escrita de Levison Gower (1), que fueron contestadas enérgicamente en nombre del «general español». Después de esta amenaza asaz ridícula, puesto que, habiendo fijado un plazo de media hora, el ejército inglés permaneció cuarenta y ocho sin moverse, continuaron por ambos lados los preparativos. Whitlocke no se incorporó hasta las tres

(1) El artículo 2.º que declaraba prisioneros de guerra á todos los empleados civiles dependientes del gobierno de Buenos Aires, fué el primer capítulo de acusación contra Whitlocke, que lo había autorizado, «por ser una exigencia ofensiva é inusitada».

de la tarde, quedando la brigada de Mahón inutilizada en Quilmes, sin recibir ni pedir órdenes, hasta después de la capitulación. Entretanto, el general Liniers, había juntado en la Chacarita algunos centenares de hombres, con diez ó doce piezas de artillería, y, después de averiguar la situación de la plaza (1), entraba en ella á mediodía, por el Retiro, entre las aclamaciones del pueblo y del ejército. Recorrió las calles y los suburbios, aprobó en conjunto las disposiciones tomadas por el Cabildo y empleó las horas de tregua en completarlas, reforzando las guarniciones del Retiro y la Residencia, abasteciendo de víveres y municiones el recinto fortificado y distribuyendo en los puntos estratégicos las compañías de voluntarios. El plan general de la defensa, que con ligeras inexactitudes de detalles está concisa y claramente resumido en la excelente obra de Domínguez, consistía en lo esencial, más que en el mismo perímetro fortificado, en la artillería que enfilaba sus avenidas, y sobre todo en las líneas de cantones que del recinto arrancaban y bastaron á diezmar y rendir las fuerzas asaltantes. La plaza fuerte que se improvisó, en un radio de cinco ó seis cuabras alrededor del Cabildo, tuvo escasa utilidad por lo exiguo de las tropas invasoras que,

(1) El general Mitre encuentra que ese oficio al Cabildo (que comenzaba recomendando firmeza de ánimo y concluía ofreciendo derramar «la última gota de sangre» por el Rey y la Patria) estaba concebido en «términos vacilantes que hacían dudar de su fortaleza de ánimo». Felizmente, á renglón seguido, la sola presencia de Liniers, cuya «estrella» se había eclipsado en la página anterior, «bastó á infundir nuevo aliento á los ciudadanos, y desde entonces nadie dudó de la victoria».—Conf. LÓPEZ, *op. cit.*, II, 122: «y todos se abrazaban teniéndose ya por invencibles desde que el querido general estaba á la cabeza de su pueblo». Ese prestigio de Liniers, en todas las clases de la población, es el rasgo central de su fisonomía histórica, y hay que volver siempre á ponerlo de relieve, como que en suma significó una fuerza efectiva mayor que la de la virtud, del valor y del mismo genio. Y luego ¿qué sabemos del genio? ¿No será una de sus revelaciones inconscientes aquella potencia magnética que obra sobre las muchedumbres?

fragmentadas en catorce columnas de ataque, se vieron detenidas por el fuego de las ventanas y azoteas.

En cuanto á las divisiones avanzadas del Retiro y la Residencia, el mismo coronel Doblaz, primer autor del plan que las aconsejaba, confesó después de la victoria que habían distraído sin gran utilidad á los únicos cuerpos que cayeron prisioneros, entregando al enemigo armas y cañones, felizmente clavados en su mayor parte. Si hubiéramos, pues, de aceptar la versión—propalada por los interesados en sus actas y comunicaciones—que atribuye sólo al Cabildo, mejor dicho al alcalde Alzaga, el mérito de todas las disposiciones tomadas, sería fuerza confesar que, desde el punto de vista militar, muchas de ellas fueron ineficaces. Pero dicha versión es inaceptable; no puede admitirse que, sólo en la «noche triste» y la mañana siguiente, todo se crease *ex nihilo*; de suerte que en los días del 3 y del 4 con sus noches, el general Liniers y su estado mayor nada tuvieran que completar ni corregir. Por lo demás, basta la lectura de los mismos documentos capitulares para reducir á su valor tales exageraciones: la venida ansiosamente anhelada de Liniers fué la señal de la distribución de fuerzas, que constituyó la verdadera organización de la defensa (1). El alcalde Alzaga, cuya actividad y ener-

(1) Acuerdo del 1.º de julio, que engloba todos los acontecimientos hasta después de la capitulación. Allí, por ejemplo, se lee lo siguiente: «Se presentó (el 4) nuevo parlamentario, y como el señor general no cesaba de recorrer las calles defendidas y baterías de la plaza, lo recibe en ésta, tomando el pliego que conducía». Lo propio resulta de los partes de García, Saavedra, etc. En el archivo de la Biblioteca Nacional se encuentra un curioso estado (manuscrito) de los servicios prestados por el comandante Azopard, que confirma la exclusiva dirección militar de Liniers. (Conf. *Trial*, II, *passim*, declaraciones de Gower y Achmuty, defensa de Whitelocke).—En cuanto á la distribución de las fuerzas de Buenos Aires, si no se encuentra completa en ninguno de los documentos contemporáneos, es fácil reconstituirla confrontando los estados de servicio de cada cuerpo é informes de sus jefes con los episodios de la jornada.—Suprimimos este cuadro

gía son notorias, prestó á la obra común muy apreciables servicios de orden municipal y administrativo; pero es grotesco mostrarle «con sable en mano» presidiendo las excavaciones y el transporte de los sacos de yerba para las barricadas. Basta ese importante concurso, en su esfera civil, para que comparta con Liniers el honor y las responsabilidades de la Defensa, sin que sea necesario, cediendo al espíritu estrecho de las polémicas, deprimir al uno para ensalzar al otro. Sobre todo, repitámoslo con Whitelocke, la gloria inmarcesible de la jornada pertenece ante todo al pueblo de Buenos Aires, que cumplió heroicamente con su deber sin esperar apoteosis individuales: quedó la sagrada herencia indivisa entre la abnegada muchedumbre anónima.

Las fuerzas británicas se concentraron en el Miserere el día 3, con excepción de la brigada Mahón que quedó inerte y al parecer olvidada en Quilmes. Ese día y el siguiente se emplearon por los jefes ingleses en la preparación del plan de ataque. Las tropas se entregaron á un descanso bien necesario y merecido, apenas interrumpido por algunas escaramuzas con las avanzadas y no pocos saqueos cometidos en los suburbios. Desechado por cruel é ineficaz el proyecto de bombardeo; como impracticable el del cerco regular de tan extensa población por tropas escasas, expuestas á la intemperie y sin más provisiones que las de la escuadra,—se adoptó el plan de asalto pro-

por falta de espacio, pero el lector encontrará sus elementos en las tres historias á menudo citadas, ó sus apéndices, y sobre todo en la *Colección Alsina-López*. Sabido es, en breve resumen, que Concha estaba en el Retiro con unos mil hombres, entre marinos, patricios y los gallegos de Varela; los arribeños guarnecían el barrio de la Merced; los andaluces el de San Miguel; los cántabros y montañeses de Murguiondo y García defendieron la calle de Santo Domingo; por fin, la legión de patricios acantonó en todas las manzanas sus 23 compañías, quedando á la defensa del cuartel y Colegio el coronel Saavedra y el sargento mayor Viamont, con 231 hombres.

puesto por Gower (1), fijando para su ejecución el amanecer del día 5.

Resuelto el asalto, como la única forma de ataque posible, no es dudoso que en su realización se coleccionaron todas las combinaciones de errores grandes y pequeños que pudieran haber discurrido generales de parodia. Fué el primero el abandono de una brigada en la Reducción; el segundo, aquel avance por el eje mayor de la ciudad y el extremo opuesto al que ocupaba la escuadra. Pero ninguna idea fué más inexplicable que la de aventurarse al centro de una población que no había sido reconocida, con los fusiles descargados, y la orden expresa de llegar rápidamente al río sin ocupar los puntos del trayecto (2). Sea lo que fuere, todo ello se hizo, ó se intentó con el resultado desastroso que era de prever.

Es muy conocido el prolongado y minucio-

(1) No el de Pack, como se ha dicho por inadvertencia. En su defensa, Whitelocke invocaba esta excusa, singular en un comandante en jefe: «Confieso que, habiendo adoptado el plan de otro, no puse en él la atención debida». Es sabido que durante la acción, Whitelocke y Gower quedaron en el cuartel general con la reserva, sin tener noticia alguna de los cuerpos que habían entrado en la ciudad. Aquella actitud escandalosamente inerte de Whitelocke explica la indignación de la Corte, sin justificar los cargos en disculpa propia de muchos jefes, durante ese proceso que fué una verdadera lapidación.

(2) MITRE, *Historia de Belgrano*, I, 182, dice que Whitelocke «tomó por objetivo la opuesta orilla del río al este, con la ocupación intermedia de todos los puntos dominantes de su trayecto». El error es fundamental, como que importa el desconocimiento absoluto del pensamiento, bueno ó malo, del general inglés. Todas las declaraciones están contestes sobre la orden de doblar á derecha é izquierda ante los obstáculos intermediarios, y no ocupar sino puntos sobre el río, desde el Retiro hasta la Residencia. En su defensa, Whitelocke insiste repetidamente sobre este concepto y hace de él un punto cardinal de su tesis, v. gr. (*Trial*, 78): *The object was to pass through the town, as rapidly as possible... The plan also avoided the centre defences; and the columns were not to persevere, in spite of all obstacles; but to incline to the flank and gain the houses next the river.*» Por eso mismo, dice luego, «no quise que los soldados llevasen sus fusiles cargados». El plan era atacar al ejército español en la Plaza Mayor, ofendiendo lo menos posible al vecindario. Véase nuestra discusión con Mitre en el Apéndice.

so debate á que dió materia el ataque del 5 de julio, entre los ya citados historiadores argentinos, quedando el público suspenso, y ambos contendores en sus respectivas posiciones, inexpugnables, inconvencibles. No pretendemos ciertamente resolver la cuestión tal como la han presentado, desmenuzándola hasta lo increíble. Así planteado el problema, lo creemos insoluble, ó sea, lo que tanto vale, indeterminado y susceptible de infinitas soluciones. Si la descripción de la Defensa consiste en contar los pasos de Craufurd ó Cado-gan por la acera derecha ó izquierda de la misma cuadra, opinamos que es mejor no intentarla y más cómodo dar la razón á ambos polemistas— aceptando provisionalmente, y para mayor seguridad, lo que cada cual dice del otro. Precisión tan minuciosa no sería deseable, aunque fuera posible. Los informes españoles son tan deficientes, redactados por espíritus tan desprovistos de método, que sus autores refieren con igual vaguedad é inexactitud lo que han visto y lo que han oído contar. Los datos de origen inglés son evidentemente más fehacientes, como que, lo repito, el cuadro de la Defensa es ante todo el del ataque británico; pero no deja de obscurecer la versión de muchos oficiales su ignorancia de la topografía local. Con todo, en el proceso de Whitelocke, y sólo allí, es donde se encuentran los elementos de una exposición relativamente exacta. Pero me refiero al expediente estudiado en conjunto, no á las alegaciones fragmentarias de tal ó cual testigo, contradichas por las de otro, y destruidas á veces por la defensa ó la acusación (1). Es labor

(1) Un ejemplo al acaso para fijar las ideas (*Trial*, 571, 575): el teniente coronel Guard y el mayor Nichols mandan las dos alas del regimiento 45, que bajan paralelamente por dos calles contiguas; declara el primero que en cierto punto del trayecto las columnas se encontraron, «á consecuencia de la junción de las dos calles»; el segundo afirma que las columnas nunca se juntaron hasta llegar á su destino, *the wings of the regiment never joined*. Se debe elegir entre ambos testimonios y, evidentemente, desechar el primero, aunque proceda de un excelente oficial y jefe del cuerpo: no había allí calles convergentes.

de crítica paciente y no desprovista de dificultad bajo su apariencia modesta. La hemos emprendido, y aunque hayamos de reservar sus resultados para el libro que algún día podamos escribir, y donde se presente desarrollado lo que no debe sino indicarse en estas páginas, trazaremos las líneas principales del asalto británico, sin dejar de señalar los puntos en que nos apartamos de las versiones corrientes.

El 3 de julio tuvo lugar en el cuartel general inglés (casa de White) la junta de jefes de cuerpos, en que se discutió y aprobó el plan de ataque propuesto por el mayor general Gower. El mapa que estaba sobre la mesa, y del cual se bosquejaron copias para cada columna, era el que figura en el Proceso, es decir un facsimile del de Giannini. En el espacio correspondiente al terreno del Miserere se fijó la posición de cada brigada en frente de la ciudad, en el orden siguiente, de izquierda á derecha mirando hacia el río, ó sea de norte á sud: 1° brigada de Achmuty, compuesta de los regimientos números 5, 38 y 87; 2° la brigada de Lumley, con los regimientos números 36 y 88; 3° la brigada de Craufurd, formada por el «batallón ligero» (*Light battalion*) y ocho compañías del regimiento número 95; 4° el regimiento número 45, al mando del teniente coronel Guard. Los cuerpos de dragones (9 ligero) y carabineros (desmontados en su mayoría) formaban la línea de reserva que debía entrar posteriormente por las calles del centro, y estaban formados (en el campo de Miserere) á retaguardia con la artillería. El efectivo total de estas fuerzas, en la tarde del día 4, era de 6128 hombres (1). Con excepción del regimiento número 38 (al mando de Nugent) que, según estaba ordenado, tomó el camino de la Re-

(1) Aún agregando los 1.844 hombres de Mahón, que quedaron en Quilmes, no se llegaría al número de 8.500 que se da en la *Historia de Belgrano*; sabido es que el ejército desembarcado en la Ensenada sólo comprendía «822 rank and file, exclusive of 200 sailors».

coleta (hasta «Cinco Esquinas») para flanquear el Retiro, cada uno de los siete cuerpos enumerados había de dividirse en dos alas y penetrar en la ciudad por la calle que tuviese á su frente, con arreglo á la citada formación. Debían, pues, ser catorce las columnas que entraran simultáneamente por las calles oeste-este de Buenos Aires; en realidad no fueron sino doce: ocho al norte de la catedral (brigadas Achmuty y Lumley), y cuatro al sud (brigada Craufurd y cuerpo Guard), dejando libres las cuatro calles centrales llamadas hoy de Piedad, Rivadavia, Victoria y Alsina (1). Esta explicación sencilla y clara del asalto arroja luz sobre todas las operaciones ulteriores; y es por no usar este «hilo de Ariadna», por lo que nuestros historiadores se han perdido en el laberinto de las múltiples maniobras y ataques parciales.

No existiendo duda posible sobre el hecho de haber quedado libres las cuatro calles centrales (*the troops are so divided as to occupy all but the four centre streets*) y haberse dividido en dos alas cada uno de los cuatro regimientos de las brigadas Achmuty y Lumley, las ocho columnas hubieron de distribuirse como sigue, por su orden sucesivo y sin que á la división entera le faltara ni sobrara lugar: calles Cangallo y Cuyo, columnas Vandeleur y Duff del regimiento 88; calles de Corrientes y Lavalle, columnas Burne y Lumley, del 36; calles de Tucumán y Viamont: columnas Humphrey Davies y King, del 5; calles de Córdoba y Paraguay: columnas Achmuty y

(1) El plano adjunto á la obra *Notes on the Viceroyalty*, que contiene la formación de las tropas en el Miserere (Once de Septiembre) es bastante inexacto y se aparta del de Gower; el del general Mitre (*Nuevas comprobaciones*) difiere notablemente de uno y otro; creemos que estas modificaciones son arbitrarias, y que no existe un solo dato auténtico que extienda la línea de formación desde Moreno hasta Santa Fe, como aparece en las *Comprobaciones*, para sostener una tesis que consideramos aún más insostenible que la del historiador López. (Véase el Apéndice). Para no aumentar la obscuridad del relato, empleamos la nomenclatura moderna.

Miller, del 87. Tal es el esquema del asalto por el norte en su primer acto. Siguiendo el mismo procedimiento, igualmente legítimo para el ataque por el sud, estableceríamos, sin vacilación posible que la columna de Pack, ala izquierda de la brigada Craufurd, entró por la actual calle de Moreno; por la de Belgrano, el mismo general Craufurd; por las de Venezuela y México, respectivamente, las dos alas del regimiento 45: la primera al mando del coronel Guard, y la segunda al mando del mayor Nichols.

Ello no obstante, resultó, como casi siempre ocurre al pasar de la teoría á la práctica, no ser la realización del ataque por el norte exactamente conforme con el plan del Estado mayor y las órdenes recibidas. Sólo un error fué cometido, y lo fué por el más competente y experimentado de los jefes que con Whitelocke venían. Durante la marcha del alba, las dos alas del regimiento 87,—al mando personal del general Achmuty la derecha, y del mayor Miller la izquierda (1),—en vez de penetrar en la ciudad por la séptima calle y la contigua (Córdoba y Paraguay), se desviaron una cuadra al norte, al cruzar en la casi completa obscuridad el terreno obstruído de cercos y pantanos, internándose por la calle del Paraguay la primer columna y, naturalmente, por la de Charcos la segunda, que conservaba el contacto. Al llegar á la cuadra Arles-Suipacha de dicha calle Paraguay, Achmuty recibió descargas mortíferas de dos cañones, el uno disparado desde el Retiro (por sobre las manzanas no edificadas), el otro desde la misma calle del Paraguay, bocacalle de Florida, donde el plano de Doblás hace figurar una trinchera (2). La columna, á pesar de ello,

(1) El mayor Miller cayó mortalmente herido en el ataque: de ahí el que no figure en el Proceso.

(2) Esta parte del relato se ha corregido y puesto conforme á la discusión que se desarrolla en el Apéndice. Después de reconocer mi propio error, como allí lo declaro, no me ha parecido necesario conservar la versión

había seguido avanzando hasta la cuadra siguiente, cuando un nutrido fuego de fusilería de dicho cantón (á menos de 250 metros) la detuvo bruscamente, diezmado sus filas. Cortó entonces por la manzana de su derecha, y continuó bajando por la vecina calle de Córdoba, protegida, como dice Achmuty, por «el arroyo profundo (*Zanja de Matarras*) que en su centro corría» (1). Habiéndosele incorporado el ala izquierda, el regimiento continuó su marcha hacia el río y ocupó un edificio defendido por un destacamento español, tomándole un centenar de prisioneros y tres cañones. Tal es el único episodio que se apartó notablemente del plan discurrecido por el general Whitelocke (2). Explicada esta divergencia, que ha producido cierta obscuridad ó incoherencia en la narración de los sucesos por algunos predecesores nuestros, podemos consignar rápidamente los principales resultados de los múltiples ataques convergentes.

El asalto, iniciado en la mañana del día 5, triunfó en los dos extremos y falló en el centro, por uno y otro lado de la Plaza Mayor, que no fué divisada por ninguna fuerza invasora. La Residencia fué tomada sin esfuerzo por el teniente coronel Guard; no así la Plaza de Toros, defendida por cerca de mil hombres al mando de Concha y protegida por baterías exteriores. La lucha empeñada entre la guarnición y el regimiento 87 de Achmuty fué decidida por la llegada de Nugent, con el regimiento 38, que batió el cuartel ó parque por el norte, obligándolo á

inexacta. La equivocación por mí cometida consistió en desconocer el desvío del regimiento 87 y asentar que la marcha se efectuó según las órdenes. Véase el plano adjunto.

(1) TRIAL, págs. 451 y siguientes.

(2) No necesitamos repetir que ninguna de las relaciones existentes concuerda con esta interpretación correcta del texto inglés, el único fehaciente en esta parte de la jornada, el único que permite darse cuenta de las desviaciones, marchas y contramarchas de la Defensa.

rendirse á las nueve de la mañana (1). Dejando á Nugent en el Retiro, Achmuty se dirigió á las Catalinas, ya en poder del regimiento 5. A las diez flameaban los colores ingleses en tres puntos de la ciudad: el Retiro, las Catalinas y la Residencia. Pero la brigada de Lumley había fracasado en el ataque llevado simultáneamente por sus cuatro columnas. La derecha del 88, al mando de Duff, después de penetrar por la calle de Cangallo, intentó vanamente tomar la iglesia de San Miguel, que tenía á su derecha (*a church on his right*); rechazado por un fuego mortífero que sembró de cadáveres (*from 80 to 100 rank and file*) esa cuadra de Suipacha, retrocedió sobre Cangallo, donde á poco tuvo que rendirse con el centenar de hombres que le quedaban (2). Al llegar al fuerte, encontró allí al mayor Vandeleur, que se había entregado, con los restos del ala izquierda, á los arribeños y patricios de la Merced (Cuyo y 25 de Mayo). La resistencia del regimiento 36, al mando del mismo general Lumley y del teniente coronel Burne (3), fué más encarnizada y honrosa, en la manzana de Corrientes, Parque y Reconquista (4); después de rechazar por dos veces la intimación de Liniers, traída por Elío (quien en la victoria general encontró medio

(1) Sabido es que no se rindieron todos los sitiados; así Varela y sus gallegos que se abrieron paso por entre los asaltantes.

(2) De 225. En el momento de la acción, el teniente coronel Duff, descubrió que dos de las compañías del 88 traían fusiles sin piedra; por lo demás, confesó él mismo que «tan mala opinión tenía respecto del éxito que dejó su bandera en el cuartel general».

(3) En este punto y otros muchos contiene graves errores la obra: *Notes on the Viceroyalty*. Es de escasa utilidad para el estudio de la Defensa, pues cuando no inexacta, se limita á resumir el *Trial*.

(4) Fija la posición un pasaje de la declaración del mayor King, quien, con el ala izquierda del 5, se había reunido al 36, para apoyarlo contra el ataque de los voluntarios, en un edificio de la cuadra donde flameaba la bandera francesa: y el buen coronel «suponiendo que estuviese ocupado aquel punto por *some officers of impor-*

de hacerse derrotar personalmente) y con sus compañías diezmadas se refugió en el Retiro por el camino de la ribera. Eran las tres de la tarde. A esta hora, en el lado opuesto de la ciudad, la brigada de Craufurd, compuesta de las mejores tropas del ejército—*the flower of the army*—agotaba también la resistencia y preparaba su rendición, sin que los comandantes en jefe, en el cuartel general, tuvieran todavía aviso ni sospecha de la ruina total de la empresa.

La brigada de Craufurd fué dividida en dos columnas, según la orden general; la izquierda, compuesta de 600 hombres al mando del teniente coronel Pack, tomó la calle de Moreno, mientras la derecha, que comprendía 548 hombres, también del batallón ligero y el 95, bajaba por la calle de Belgrano. Por las dos calles inmediatas (*the two streets immediately on my right*), como hemos dicho, se dirigían hacia la Residencia las dos alas del regimiento 45, al mando respectivo de Guard y Nichols, teniendo para ello «que dar una vuelta considerable á la derecha», según declaración del primero.—Aquí principia el famoso ataque de Santo Domingo, que ha hecho correr casi tanta tinta en nuestros días como sangre el 5 de julio de 1807. Sólo el polvo levantado por las polémicas ha podido obscurecer las peripecias del dramático episodio, cuya claridad es tan absoluta—salvo dos ó tres detalles secundarios—como patética en su varonil sencillez la narración del protagonista. Después de la incoercible garrulería del general Craufurd, la grave palabra de Pack reviste tal belleza en su fuerte sencillez, que incurro en la indiscreción de alargar aún este

tance» se ensañó contra la alcoba de la bella Anita Périchon!—Sabido es que Liniers hizo transportar allí mismo al coronel Kington, del 6º de carabineros, á quien «atendió como á su propio hijo», dicen las relaciones inglesas, *as he could have done for his own son*. Kington murió de su herida y se dice que por voluntad expresa fué enterrado en el cuartel de patricios.

capítulo, ya muy extenso, citando el principio de su declaración:

«Atravesé la ciudad de Buenos Aires por el camino que me marcaban las órdenes. Fué lo primero que atrajo mi atención el insólito silencio de las calles, apenas interrumpido por algunos tiros sueltos, dirigidos de cierta distancia al paso de la columna. Algunos exploradores expertos habían notado ruido de voces en las casas por donde pasábamos, y la prudencia me aconsejaba registrarlas una por una; pero, pensando que tal examen contrariaba las órdenes recibidas, pasé de largo apurando la marcha. Anduve sin otra oposición que la de algunas descargas que partieron de las avenidas que conducían á la Plaza Mayor, en el momento de cruzar sus bocacalles. Al llegar á vista del río de la Plata, mandé hacer alto á la cabeza de la columna para apretar las filas, y como oyese fuego á mi izquierda y no tuviese enemigo al frente ni punto que ocupar á mi derecha, conferencí con el teniente coronel Cadogan, quien convino conmigo en la oportunidad de ganar terreno hacia la izquierda y comenzar el ataque si estuviera por allí el enemigo. *Las lámparas estaban espirando* (1), y algunas parecían dispuestas para asistir á los sitiados, en caso de un ataque nocturno... Dispuse que el coronel Cadogan tomara el mando de la retaguardia y avanzase como yo por una calle paralela. Me perseguía la obsesión de que emprendíamos una lucha superior á nuestras fuerzas: acaso el combate más desigual que se hubiese librado jamás...»

Eran harto fundadas las aprensiones de Pack. No bien hubo vuelto sobre sus pasos y torcido hacia San Francisco—en tanto que Cadogan, por la misma calle de Moreno, subía la del Perú—cuando una terrible descarga de un enemigo oculto é inaccesible (*unassailable*) derribó la mitad

(1) Después de ocho meses, ha quedado impreso el rasgo intensamente melancólico de las lámparas moribundas, al despuntar ese día de invierno que para muchos sería el último: y esto prueba una vez más que en todo hombre superior hay un artista que se ignora.—Se cree percibir, durante el relato trágico, la atención anhelante y como el silencio de ese auditorio de generales, que de costumbre tratan tan llanamente á los testigos, y ahora piden perdón por interrumpirlo una sola vez. La impresión es profunda: parece que trascendiera en el soldado de hoy, mal avenido con su derrota, el futuro mayor general de Waterloo. Víctor Hugo ha inscrito el nombre de Pack en ese arco de triunfo de los *Miserables*, más resplandeciente y perdurable que el de la Estrella.

de su tropa (1). El efecto fué fulminante; la destrozada columna tuvo que volver atrás á buscar refugio en la calle «por la cual había entrado». Remontaba Pack la calle de Moreno para inquirir la suerte de Cadogan, cuando le encontró saliendo en retirada de la calle del Perú, cuya cuadra (Moreno-Alsina) dejaba también sembrada de muertos y heridos; eran los patricios de Saavedra y Viamont que, desde las ventanas y techos de las Temporalidades y la Ranchería frontera (*from the barracks on the opposite side*), habían preparado á los asaltantes este formidable recibimiento. Entonces fué cuando Cadogan, por consejo de Pack, retrocedió una cuadra, hasta la casa de la Virreina (esquina Belgrano y Perú), donde se defendió tres horas, teniendo al fin que rendirse á los mismos patricios mandados por Saavedra, Elía, Díaz Vélez y otros.

Pack resolvió replegarse á la derecha, sobre la Residencia (2), cumpliendo tardíamente la orden general, á que tampoco obedecieron los otros jefes de cuerpo. Al cruzar la esquina de Defensa y Venezuela, dió con el teniente coronel Guard y una parte del regimiento 45; casi en ese instante apareció la cabeza de la columna de Craufurd por la esquina de Balcarce (3). Contra el parecer de Pack, la brigada se encerró en Santo Domingo,

(1) La maniobra descrita en la *Historia de Belgrano* pareceme imposible; no habría podido Pack pasar por Bolívar y el Colegio, coronado de patricios, sin dejar en la calle más cadáveres que en San Francisco.—Véase, en el Apéndice, la polémica sostenida con el general Mitre.

(2) Era el espíritu de la orden general, á cuya falta de cumplimiento atribuyó Whitelocke gran parte del desastre: ante cualquier obstáculo «las columnas de la derecha debían torcer hacia la derecha, y las de la izquierda hacia la izquierda». (*Trial*, 735).

(3) La declaración de Craufurd presentaría aquí una dificultad insoluble; habiendo desembocado sobre el río por la calle de Belgrano (*I saw the south-east bastion of the fort at the distance of about 450 yards [tres cuerdas] from me*), no pudo estar detrás de Santo Domingo sino después de retroceder; se debe sencillamente rechazar este punto de la versión de Craufurd que no conocía la ciudad y era gran hablador.

donde el jefe del 71 pudo ver colgadas las banderas de su regimiento. Atacado allí por los cántabros de García y los voluntarios que concurrían de todo el barrio, batido por la artillería del fuerte y de la bocacalle, intentó vanamente abrirse paso hasta la Residencia; ya era tarde: después de algunas salidas mortíferas, tuvo que capitular á las cuatro. Cesó el fuego en todas partes. Quedando los ingleses en posesión del Retiro y la Residencia, pero estaban desmoralizados, teniendo rendidas sus mejores tropas (1). La noche trajo de hecho un primer armisticio. Al día siguiente abriéronse las negociaciones entre Liniers y Whitelocke (que se decidió á aproximarse al fuego, estableciéndose en el Retiro), sobre la base de la completa evacuación del Río de la Plata, en un término que los ingleses fijaban en seis meses y los españoles en sólo dos. Es harto conocida la versión que atribuye exclusivamente al alcalde Alzaga el mérito de la cláusula relativa á Montevideo. Fué probablemente una leyenda *ex post facto*, interpolada en las Actas del Cabildo, y de que no se encuentra vestigio en las declaraciones de los jefes ingleses. Hay más: la misma comunicación del Cabildo, inmediata á la victoria, la contradice formalmente. La condición de la entrega de Montevideo fué desde luego propuesta y aceptada; sólo giró la discusión en torno del plazo concedido, que Whitelocke y Murray pedían mayor para evitar la ruina del comercio inglés. Pudo intervenir personalmente el comerciante Alzaga en la parte de «negocio» que presentaba la negociación; de ningún modo en la cuestión militar, que estaba fuera de su competencia en cualquier

(1) Según el *Return* del ayudante general Bradford, el número total de prisioneros ingleses fué de 1.915 hombres, con jefes y oficiales. Por el lado español hubo unos 1.000, tomados todos ellos en el Retiro, Miserere y la Residencia; las pérdidas en muertos y heridos fueron considerables: en el solo cuerpo de patricios pasaron de 70.

sentido de la palabra. La capitulación se discutió en el Fuerte, no en el Cabildo; y no es exacto, como afirman Domínguez y otros escritores, que en la tarde del día 6, el mayor general Gower, que concurrió al despacho del virrey, encontrase allí al Alcalde de primer voto: no halló con el general sino á los jefes que, según los usos de la guerra, habían de poner su firma en el tratado (1).

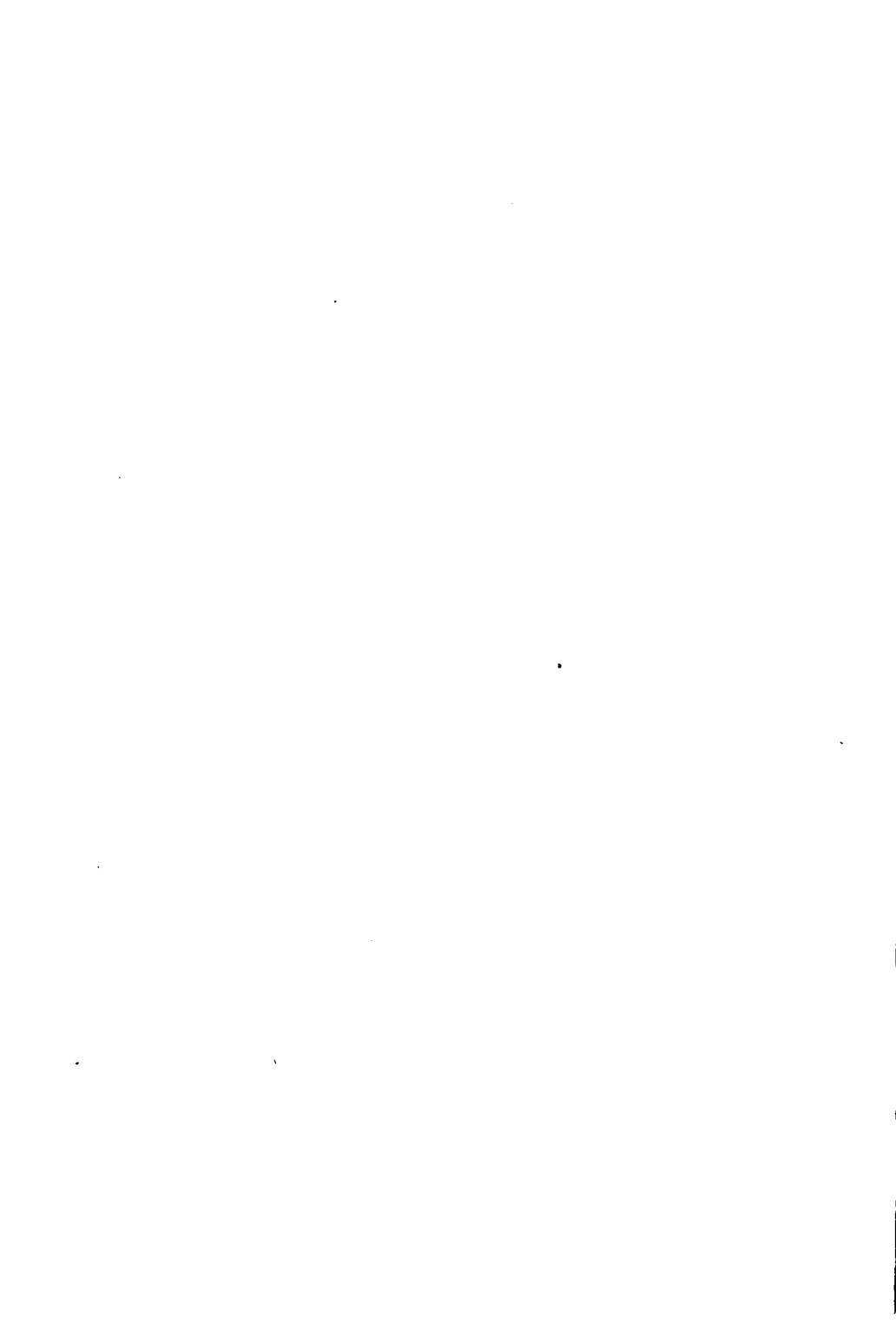
Finalmente se ratificó la capitulación con la cláusula impuesta por el vencedor; y, al día siguiente, comenzó el embarco de las tropas inglesas por el Retiro. A pesar de los anuncios y amenazas ulteriores, no habían de volver más.—El efecto exterior de la Defensa fué extraordinario, así en Europa como en América: la celebró la prensa, la exaltaron las poblaciones, cantáronla con entusiasmo los poetas contemporáneos, desde el español Gallego hasta el patricio López. La ciudad victoriosa se entregó á un júbilo indescriptible; y el pueblo reconocido se estrechó más y más en torno de su prestigioso caudillo. A poco vinieron las fiestas patrióticas, los esclavos redimidos, los ascensos y recompensas; por fin, la confirmación de Liniers en su cargo de virrey, con el título de conde de Buenos Aires. Tuvo, pues, su día inolvidable en que se agolparon el

(1) Es por demás interesante y curiosa la descripción que hace el parlamentario Forster (*Trial*, 643) de la Plaza Mayor y la Fortaleza en aquella tarde. El pueblo alborotado, todavía en armas, vociferaba en las calles y penetraba hasta el palacio del virrey para pedir á gritos la muerte de Pack, quien, según se dice, se mantuvo escondido en el convento de Santo Domingo, después de la capitulación, hasta la hora de ser llevado al Fuerte y puesto bajo la protección de Liniers. Forster pinta el tumulto de la sala donde estaba el general, que acababa de comer con Pack y los jefes españoles; en torno de la mesa, todavía puesta, se confundían oficiales vencedores y prisioneros, grupos populares que habían forzado la puerta y á quienes Liniers tenía que arengar. Pack, tranquilo, sentado entre dos frailes, escuchaba los gritos que exigían su sacrificio y las protestas elocuentes, cordiales, paternales de Liniers,—hasta que, después de alguna respuesta insolente, el robusto marino cogió del pescuezo á un héroe y lo quitó de en medio: el argumento valió más que todas sus arengas.

triunfo, la gloria, la riqueza, la plenitud colmada de la vida—hasta la dicha suprema de saborear sobre labios amados la inefable dulzura de la lengua natal... ¡Disfruta de tu resto, pobre hombre; ya te están acechando el ultraje, la calumnia, el abandono de este mismo pueblo que te adoró; pronto vendrán las horas de prueba y agonía, hasta que la última te vea, desesperado y fugitivo, caer al fin bajo las balas que quedaron en poder de tus soldados después de la Defensa!

SEGUNDA PARTE

EL VIRREINATO Y LA REVOLUCION



PREAMBULO

Al día siguiente de la Defensa, y apenas desembarazado el Río de la Plata de las invasiones inglesas, se inicia para los habitantes de este país un período complejo de elaboración política y social, de que no presenta otro ejemplo la historia de la independencia americana. Comparado con el de estas provincias, el proceso emancipador de otros virreinos ó capitanías reviste, en su comienzo al menos, una relativa sencillez de formas que permitiría trazar sin esfuerzo su perfil esquemático. Nada más simple, en suma, que la psicología histórica de la rebelión y la anarquía. Los movimientos que en este continente se producen, como repercusión natural del embargo trabado por Napoleón sobre la Península,—paralizando por algunos años su acción externa,—no muestran ser en esencia de otro orden que las pasadas intenciones de los indígenas contra sus amos, á mediados ó fines del siglo anterior. Son raptos impulsivos que no obedecen en general á plan alguno, ni son resultado de una gestación orgánica. No precediéndoles una lenta germinación de ideas y sentimientos, estallan al acaso, con la violencia del instinto montaraz que no halla barrera á su ciego ímpetu. Así los triunfos momentáneos como las inminentes derrotas, son efectos de circunstancias extrañas. Las colonias sacuden hoy el yugo de la impotente metrópoli, por las mismas causas que lo sufrían ayer de la metrópoli omnipotente. La masa de agua estancada ha roto fácilmente la vetusta compuerta; pero, al pronto, la súbita avenida resultará más nociva que la pa-

sada sequía, no habiéndose preparado de antemano la nueva red de canalización. De ahí lo estéril y precario de los primeros éxitos, hermanos mayores de los primeros reveses. Méjico se «convulsiona» (1) á la voz de dos curas de aldea, y es el *Grito de Dolores* (2); combates, saqueos, fusilamientos, degüellos, emulación de barbarie entre realistas y rebeldes, para encontrarse después de cinco ó seis años en el punto de partida, con el virrey Calleja en cambio del virrey Iturrigaray. Las mismas condiciones iniciales producen en otras partes resultados análogos. La insurrección de Nueva Granada principia con los asesinatos de Quito, para rematar con las monstruosas ejecuciones de Bogotá, dejando la dominación española al parecer consolidada. Venezuela cuenta con mejores elementos directivos y mayores recursos bélicos que sus vecinas; pero sus ideales utópicos se tornan gérmenes disolventes; sus armas se embotan en las manos seniles de Miranda ó se rompen al choque de las ambiciones; y la huída del Libertador, rechazado por sus mismos tenientes, abre á Morillo el teatro de sus proezas pacificadoras... Allí mismo, donde la inerte docilidad indígena ó una suerte de feudalismo agrario despojan al drama de sus más atroces peripecias, el desenlace de su primera parte es igualmente infeliz. En tanto que el Perú se mantiene reaccionario, la estructura oligárquica de Chile imprime á la lucha por la emancipación su carácter moderado y conservador. Pero esta tentativa es efímera: no se fundan sólidamente instituciones de libertad sobre cimientos de feudos y mayo-

(1) La brocha gorda hispano-americana gusta de pintar con este neologismo sus bambochadas polfticas, las cuales suelen encerrar, en efecto, toda la cantidad de cálculo reflexivo que cabe en una convulsión.

(2) Gervinus, cuya *Historia del siglo XIX* contiene tan divertidas trocatintas en su parte americana, traduce literalmente (*Geschichte*, III, 96) lo de *Grito de Dolores*, por «un grito de dolor» (*Schmerzenschrei*) que la desgracia del país arranca al cura Hidalgo!

rasgos: entre las rencillas de las juntas y las rivalidades de los jefes militares, se prepara la derrota de Rancagua que repone las cosas en su estado inicial. En todas partes la empresa emancipadora resulta malograda. Con el despeño de Napoleón, cuya sola acción de presencia, revolucionaria á pesar suyo, fomentara en el mundo los estremecimientos patrióticos, vuelve á caer sobre la frente de los pueblos la lápida secular de miseria y servidumbre. El fatídico año 15, que señala en el antiguo continente el retorno agresivo del absolutismo, repercute lúgubrementemente en el nuevo. La restauración borbónica en España coincide con el sometimiento de los virreinos. El abyecto Fernando recobra á la misma hora su trono de Madrid y teóricamente su imperio de Indias, pudiendo, como don de feliz advenimiento, rasgar de un solo gesto la constitución de Cádiz y las franquicias de América.

Con todo, en el fracaso general de las primeras empresas emancipadoras, una sola colonia forma excepción. Desde la tarde de Mayo en que, sin efusión de sangre ni excesos, Buenos Aires despidiera á sus gobernantes peninsulares, no ha vuelto á conocer virreyes ni audiencias. Los cinco años transcurridos han sido por cierto harto fecundos en trabajos y zozobras. Todo ha corrido peligro y queda todavía en cuestión: forma de gobierno, fortuna pública, organización interna... todo, menos la independencia conquistada. En las provincias propiamente «argentinas», los ejércitos españoles no han cosechado sino derrotas. Los reveses de los patriotas acaecen en regiones lejanas ó anexas del virreinato, marcando así con jalones de batallas la frontera futura de la República.—Más tarde, este hecho sorprendente se fundió en el éxito general de la Independencia americana; pero en la hora crítica fué altamente significativo y presagioso (1). Este solo

(1) Su importancia no ha escapado á Gervinus (*Geschichte*, III, 112): «Sin embargo, en la frontera extrema

punto brillante por el extremo sur revelaba una centella inapagada en la sabana oscura, vale decir, la posibilidad de otro incendio libertador. Cumpli6se la amenaza: de Buenos Aires y Mendoza la llama se propag6 4 Chile y al Per6, y las combinaciones de San Mart6n sirvieron de apoyo y direcci6n 4 las proezas esta vez eficaces y decisivas de Bol6var.

La gloriosa excepci6n presentada por el movimiento emancipador, en las provincias del R6o de la Plata, no era ilusoria, ni, mucho menos, fortuita. Si en el furioso hurac6n, que derribaba todos los 4rboles de la selva, s6lo uno hab6a resistido sus embates y quedado en pie, ello no pod6a ser debido al azar, sino 4 las ra6ces m6ltiples y m6s robustas que 6ste hundiera en el suelo. Estas ra6ces 6 causas ocultas del 6xito inmediato y persistente de la revoluci6n argentina, por entre obst6culos mil que se atravesaron en su camino, son las que merecen fijar la atenci6n preferente del historiador, muy antes que los motines callejeros 6 encuentros campales, que son meros corolarios de aqu6llas. Ahora bien: entre los factores varios que en la primera subversi6n de las colonias intervienen, habr6an evidentemente de relegarse 4 segundo t6rmino los que, siendo comunes 4 todas ellas, no han impedido que fueran tan diversos los resultados. As6 las condiciones del origen y del medio urbano, que eran en todas partes semejantes, si no id6nticas. Tenemos aqu6 una aplicaci6n correcta del procedimiento baconiano llamado «de diferencia». Desde luego dos caracteres salientes distinguen de antiguo esta estructura social de sus cong6neres; es el primero —como alguna vez lo he dicho—la escasa importancia en el Plata del elemento ind6gena que

de ese inmenso imperio, en el territorio del R6o de la Plata, 6nico pa6s en que la dominaci6n espa6ola no fu6 restablecida, la agitaci6n no ces6 durante ese per6odo, y las armas de la revoluci6n pasaron 4 Chile: 4 partir de este momento (1817), la fortuna cambi6...»

en otras partes prepondera; el segundo es la ausencia de aristocracia;—y omito, para ser breve, el demostrar cómo los dos hechos citados son correlativos y mutuamente dependientes. El doble rasgo, positivo y negativo, es el que aquí permite la rápida fusión de las clases coloniales en un compuesto «criollo»; y allí donde no se opera este íntimo consorcio,—ya sea, como en Chile, porque la aristocracia pretendiera absorber en su provecho el movimiento; ya, como en Méjico y el Alto Perú, porque éste se redujera al impulso ciego de una masa ignorante,—aborta al pronto la tentativa. Veremos en cambio cómo, en las Provincias Unidas, un alma inteligente y cordial, un hálito de patria caliente y anima la materia, propagándose la idea y el sentimiento revolucionario del grupo burgués á las próximas capas populares, hasta constituir una fuerza capaz de resistir, no sólo á los ataques externos, sino á los conflictos mucho más graves de la anarquía interior.

Pero al cabo, los acontecimientos son los factores decisivos del éxito. Una serie de condiciones y accidentes favorables prepara, durante cuatro años, el alumbramiento de Mayo. Quedan evidenciadas, en páginas anteriores, las consecuencias felices de las invasiones inglesas, que infunden en el vecindario, único vencedor de las jornadas, la conciencia naciente de su autonomía. La formación de dos partidos y sus incesantes conflictos en torno del caudillo popular surgido de la victoria, van á completar el aprendizaje cívico. Nos toca ahora seguir á Liniers en la etapa final que le conduce á la catástrofe, convirtiéndole en víctima propiciatoria de la revolución, por él, si bien á pesar suyo, fomentada. No son únicamente las funciones que desempeña, las que permiten concentrar en su biografía todo un proceso histórico, sino la reacción curiosa de su idiosincrasia compleja, en presencia de las circunstancias que obran decisivamente en la suerte del país. Por ser Liniers un caballero francés, de raza militar, y noble de alma como de sangre,—vale decir,

secretamente entusiasta de la imperial epopeya, al par que invariablemente fiel, contra toda apariencia, á su patria adoptiva—es por lo que durante los años críticos en que Napoleón gravita sobre España, ya como árbitro adulado, ya como aborrecido usurpador, los sucesos del Plata toman el sesgo especial que tanto los diferencia de otros desatentados levantamientos. Quedan visibles los eslabones de la cadena. La singular coincidencia de regir estas provincias un jefe popular y paisano, si no súbdito, del dictador europeo, sugiere el envío del emisario Sassenay, cuya presencia, despertando los recelos de Elío y del partido español, acarrea el rompimiento con Montevideo y la agrupación del partido criollo en torno de su caudillo. Ahondan la escisión los conflictos repetidos entre las autoridades y el vecindario. La destitución de Liniers, arrancada á la Junta Central por las denuncias de Alzaga y sus amigos, coloca á los criollos en abierta hostilidad respecto del sucesor. Y cuando la lealtad del virrey depuesto rechaza el plan de resistencia, sólo resta á los patriotas organizarse en la sombra y dar forma á sus propósitos, esperando la ocasión que no puede tardar. Esta se ofrece con la irrupción de los ejércitos franceses de Andalucía. La carcomida armazón indiana se desmorona al primer empuje del pueblo: sin crueldades ni violencias, el cabildo abierto invade el cabildo cerrado, y la revolución se instala en la Fortaleza colonial. Pero la situación permanece oscura y preñada de asechanzas: entre Montevideo que amenaza al litoral y Córdoba que tiende la mano al Alto-Perú, las provincias interiores vacilan, indecisas. La Junta se siente en peligro; sólo un acto de atroz energía puede abonar tanta proclama y palabreo, anonadando á los rebeldes y arrastrando á los tímidos. Urgele ser implacable, aplastando en su nido á la reacción. El fusilamiento de Liniers será el rayo que precipite las nubes tormentosas y despeje la atmósfera. Y es triste pero forzó confesarlo: el sacrificio del

inocente fué tan útil, que, entonces y después, pareció necesario, pudiendo casi decirse que con su muerte injusta el héroe de la Reconquista salvó á Buenos Aires por segunda vez.

Tal es, á grandes rasgos, el génesis de la Revolución argentina, cuyos cuadros preliminares se esbozan en las siguientes páginas, no por cierto con la amplitud y el aparato de la historia, sino como fondo real en que se sitúe y destaque mejor un perfil biográfico. Y si otros han podido, con libertad perfecta, forzar los acontecimientos á converger hacia tal ó cual figura entonces de segundo término y que, á desaparecer en la propia fecha que Liniers, no hubiera dejado más rastro histórico que el cura Alberti ó el catalán Matheu: nadie extrañará que se evoquen una vez más, en forma sucinta y con otro método, las grandiosas escenas, á propósito del personaje que, indiscutiblemente, fué protagonista del drama en sus primeras y más accidentadas peripecias.



CAPITULO PRIMERO

EL VIRREINATO

I

En cumplimiento de la capitulación del 7 de julio de 1807, las tropas inglesas rendidas en Buenos Aires se embarcaron á los pocos días para Montevideo, desde cuyo puerto se dieron á la vela, durante el mes de agosto, los transportes convoyados por fragatas de guerra que las devolvían á su país ó al Cabo de Buena Esperanza. El último convoy zarpó el 9 de septiembre, completándose así en la fecha fijada la evacuación (1). El mismo día, las fuerzas españolas, que pudieron presenciar el reembarco desde la playa neutral de Pando, volvían á tomar posesión de la plaza entregada el 3 de febrero al general Achmuty. Para substituir á Ruiz Huidobro, prisionero en Inglaterra, Liniers había nombrado gobernador interino al coronel Elío, en atención, decía el decreto, «á su pericia militar y conocimientos políticos»: de la primera daban fe sus descalabros de la Colonia y Buenos Aires, y poco

(1) Whitelocke llegó á Inglaterra en noviembre y fué arrestado en el acto de desembarcar para ser sometido á un consejo de guerra. El *Annual Register* de 1807 refleja la irritación causada por el descalabro, y de que da sobradas pruebas el *Trial* tantas veces citado. Menos feliz que Popham, el vencido de la Defensa fué condenado á la pérdida del empleo y declarado «incapaz é indigno (*totally unfit and unworthy*) de servir á Su Majestad en cualquier puesto militar».

tardaría en acreditar los segundos, alzándose contra su jefe y fomentando la discordia latente.

Por lo demás, los últimos meses del año transcurrieron sin traer alteración ostensible en las mutuas relaciones de las autoridades. Delegado en Liniers el gobierno puramente militar de estas provincias, habíanse naturalmente retenido por la Audiencia las demás funciones administrativas del virrey suspenso, sin que por esto renunciara el Cabildo á la extensión de facultades é influencia que los sucesos le habían conferido. Entre tanto, la memoria reciente del peligro conjurado y la conciencia de una nueva agresión posible, por parte de Inglaterra, aunaban las buenas voluntades. A consecuencia de los gastos extraordinarios de los últimos años (1) y la estancación del comercio, las Reales Cajas estaban exhaustas; había sido necesario licenciar la mayor parte de los batallones movilizados, á excepción del cuerpo de Patricios y el de artillería que quedaban para el servicio de la plaza, debiendo los otros sólo concurrir á ejercicios un día por semana (2). Pero las subscripciones patrióticas afluían de todo el virreinato, destinadas unas á cubrir gastos generales, otras al sostenimiento de los tercios españoles licenciados. Y puede que en estas últimas, como en la disposición gubernativa que intentaban contrarrestar, la política partidaria tuviese tanto influjo como el puntillo militar que, á raíz de la Defensa, provocó las «relaciones de méritos y servicios» contraídos por los Patricios, los Gallegos, los Cántabros de la Amistad y demás batallones urbanos.

Sea como fuere, lo repito, las relaciones entre las autoridades quedaban cordialísimas, aunque

(1) Tan sólo el recargo anual de las pensiones militares, procedentes de la Reconquista y la Defensa, pasaba de 130.000 pesos. (Estado publicado en diciembre de 1807).

(2) Proclama de Liniers á los cuerpos de voluntarios patriotas (3 de agosto).

algunos historiadores hayan visto síntomas contrarios en ciertas manifestaciones mal interpretadas, como ser los informes acerca de la Defensa dirigidos á la corte de Madrid ó al mismo Napoleón. Así en las respuestas del Cabildo á las felicitaciones que de la América entera le llegaban, como en sus comunicaciones al gobierno español, no se escatimaban los merecidos elogios á la conducta de Liniers; y esto, no sólo en los primeros meses de entusiasta regocijo que siguieron á la victoria, sino hasta muy entrado el año 8 (1). Es cierto que presentan diferencias notables los partes oficiales, separadamente elevados al Rey y al príncipe de la Paz por el jefe de las fuerzas y el Cabildo; pero ellas atañen principalmente al juicio formulado sobre el comportamiento de los jefes profesionales: severo hasta la dureza en el documento capitular, indulgente hasta la debilidad en el del jefe,—acaso por exigencias de su posición. Pero en lo relativo á los autores respectivos, ambos oficios se tributan mutuamente cumplida justicia; y la exacta coincidencia de las cifras, como de ciertos giros idénticos,—especialmente en la relación del episodio crítico del Miserere,—induce á pensar que Liniers tuviese á la vista la nota de Alzaga (2).

(1) Citaré, entre otros ejemplos, la *Contestación* al ayuntamiento de Oruro (26 de diciembre de 1807) y la *Proclama del M. I. Cabildo á los defensores de la patria* (3 de marzo de 1808) que termina así: «Estad satisfechos de que el Cabildo, á la par de nuestro patriota y meritísimo Jefe, cuyos distinguidos servicios ya habéis visto con liberalidad premiados por la misma soberana mano, vela sobre vuestra conservación...»

(2) Ambas comunicaciones se encuentran en la *Historia de Belgrano*, I, apéndice 12 y 14. La del Cabildo es del 29 de julio, la de Liniers del 31. El texto de ésta, publicado por el general Mitre, es particularmente interesante por ser «un borrador con numerosas correcciones y adiciones de puño y letra de Liniers». Algunas de éstas parecen adaptaciones á la nota del Cabildo y robustecen mi conjetura. En cuanto á la afirmación (*Historia de Belgrano*, I, 516) de haber sido Pueyrredón portador del documento «como enviado especial del Cabildo de Buenos Aires cerca del rey de España», es muy sabido

En cuanto á la carta sobre la Defensa, que por esos mismos días dirigió Liniers á Napoleón, y ha sido acremente epilogada por nuestros historiadores, baste decir que este documento privado y escrito en francés, fué traducido aquí mismo y comunicado á la Audiencia y al Cabildo, que lo aprobaron, sacándose de la traducción la copia que hoy existe en el Archivo de Indias. Esta iniciativa de Liniers era no sólo natural, sino acertada y plausible, conocido el verdadero protectorado que sobre España ejercía el emperador, á quien el rey Carlos IV y sus ministros consultaban respecto de todo asunto de gobierno y de familia. Tratándose de allegar recursos contra una nueva agresión probable de Inglaterra á estas posesiones, ninguna influencia era más decisiva que

que Pueyrredón estuvo ausente de Buenos Aires desde fines de 1806 (ó enero de 1807) hasta 1809. Había recibido del Cabildo la misión de informar á la corte sobre el estado de estas provincias y procurar el envío de refuerzos. De Bahía, donde el buque recaló en febrero de 1807, mandó una *Exhortación* á su escuadrón de húsares, y, pocos días después, algunas noticias útiles sobre los movimientos de la escuadra inglesa. Llegó á Madrid en mayo y se mantuvo en la corte hasta la entrada de Murat. Aunque hijo de francés rehusó *afrancesarse* y representar á Buenos Aires en el congreso de Bayona. Fué reemplazado por el comerciante español Milá de la Roca, cuyo nombre figura efectivamente entre los firmantes de la constitución del rey José, junto al de Nicolás Herrera. Gracias á la amabilidad del doctor Ramón Cárcano he podido leer en manuscrito la curiosa odisea de este *soi-disant* enviado de Liniers (junio de 1807), cuya especialidad consistía en perder siempre las comunicaciones que acreditaran sus habladurías. El mismo cuenta cómo por la negativa de Pueyrredón, que se refugiara en Andalucía, fué improvisado representante *in partibus* del Río de la Plata, que resultó así afrancesado sin saberlo.—Nuestros historiadores tergiversan la época de estas misiones á Madrid y su objeto. Unos despachan á Pueyrredón después de la Defensa, otros (Núñez, Domínguez) á Périchon á raíz y con motivo de la Reconquista. El primer parte de la Reconquista (oficio de Liniers, despachado por Ruiz Huidobro) se publicó en la *Gaceta de Madrid* del 20 de enero de 1807. Se debió tanta demora á haber sido capturada por los ingleses, en el cabo Espartel, la goleta *Aranzazu*, á cuyo bordo iba el teniente de navío D. Tomás Blanco Cabrera, portador de los pliegos. (Véanse las *Gacetas* de enero 16 y 20).

la del aliado omnipotente, que por entonces tenía sometida la Península á su soberano albedrío. No hay historia posible sin la observancia exacta de las fechas; y nada más absurdo, en el caso ocurrente, que juzgar las cosas hispano-americanas de 1807 con el criterio del año siguiente, después que la explosión del 2 de Mayo y sobre todo la batalla de Bailén, hubieron subvertido las pasiones populares. Por lo demás, el texto de la carta incriminada antes pecaría de reservado que de excesivo en el rendimiento, conocida la situación del autor y del destinatario: con un tacto perfecto y sin reticencias, Liniers proclama á la par su sangre francesa y su española lealtad. Y en lo que atañe al elogio de Mordeille y sus compañeros, cuyo valor y estéril sacrificio en Montevideo, contrastando con la inercia ó la ineptia de otros, esperan vanamente un recuerdo simpático de nuestros historiadores: no tendría el corazón bien puesto quien extrañara encontrarlo bajo la pluma de un jefe, compatriota suyo, que se dirige al semidiós de la guerra. Tampoco pudo causar sorpresa la designación, como portador de la misiva, del edecán francés de Liniers, y su futuro yerno, Périchon de Vandeuil (1), cuya nacionalidad resultaba para el caso muy conveniente, sean cuales fueren las relaciones del primero,—viudo, por otra parte,—con la mal maridada hermana del

(1) Este apellido (como puede verse en la *Historia de Belgrano*, I, 216) ha sido escrito en cuatro ó cinco formas; la única correcta es la empleada aquí, si se trata de la familia noble cuyos descendientes figuran todavía en Francia. La grafía frecuente «Vandeuil» se explica por la pronunciación (lo propio ocurre con *Choiseul* y también, por algunos, con *linceul*, que pronuncian *linceuil*). La analogía de la *u* con la *v* ha traído la forma *Vandevil*, muy general en los escritos coloniales. Por una curiosa coincidencia, también era á la sazón un Vandeuil el secretario de la legación francesa en Madrid, con quien necesariamente tenía el nuestro que entenderse; y no es dudoso que esta circunstancia facilitara sus gestiones con el embajador Beauharnais y, más tarde, con el ministro Champagny; de estos informes nació probablemente la primera idea de la misión Sassenay al Río de la Plata.

segundo, que vivía en casa separada. Las maliciosas conjeturas modernas (que cuidan mucho de ejercitarse en otros casos análogos, como el de Belgrano y M^{me} Pichegru) no tienen más fundamento que las venenosas insinuaciones de Manuel Moreno, el adversario eneguecido por el odio á la víctima,—y el contemporáneo que ha difundido más errores y calumnias en la historia argentina.

Los inmediatos síntomas separatistas, que se ha creído descubrir en la situación creada por la Defensa, no descansan, pues, sino en suposiciones anacrónicas. Las pequeñas rivalidades entre los cuerpos urbanos distaban mucho de asumir importancia política; ni era posible que se manifestasen por hechos positivos los futuros agrupamientos de los europeos en torno de Alzaga y de los patricios en torno de Liniers, no existiendo á la sazón causas que los motivaran. El único documento de 1807, que pudiera dar pie á estas inducciones prematuras, sería la carta del general Achmuty al ministro Windham, en que, junto á las más severas apreciaciones sobre la índole y las aptitudes políticas de este pueblo, el flamante conquistador de Montevideo revelaba la existencia de un partido criollo decididamente hostil al español, como que aspiraba á la independencia (1). Empero, una interpretación racional reduce singularmente el alcance de este juicio. Como él mismo lo confiesa, Achmuty se limitaba en este pasaje de su carta á referir las impresiones del general Beresford, recién fugado de Buenos Aires. Ahora bien: es hartó sabido que éste precisamente era el primer inventor y único fomentador de tales aspiraciones, todavía peregrinas en el Plata, y que sólo habían encontrado eco en Rodríguez Peña y Padilla, cómplices criminales de una fuga que hubo de dar á la invasión inglesa el único jefe capaz de llevarla á buen térmi-

(1) *Trial of Whitelocke*, II, 768.

no. Beresford había hecho de serpiente tentadora cerca de estos artesanos de enredos, quienes, después de recibir pensión de Inglaterra por su fechoría, se preparaban á seguir en la corte de Carlota, su fructuosa política de bastidores. A esto se reducía realmente en dicho año el supuesto cisma colonial; y si es lícito tener por cantidad despreciable la opinión de algunos Mirandas de pacotilla, debe afirmarse que los supuestos proyectos de emancipación, sólo se agitaban entonces en la fértil imaginativa del general inglés,—sin que, por cierto, ello importe negar la presencia latente en este suelo de la semilla por aquél depositada, y que muy pronto las circunstancias harían germinar.

Más fantásticas aún que las visiones apuntadas, son las de algunos historiadores que han creído descubrir, en el encumbramiento de Liniers, las causas primeras de la hostilidad de Alzaga, atribuyendo á éste cavilaciones ambiciosas, orientadas hacia el gobierno de estas provincias. Puede que más tarde, en la atmósfera de audacia y aventura que el doble desquicio de la colonia y de la metrópoli había creado, la fiebre de las grandezas perturbara el juicio comercial de Alzaga con la alucinación del mando supremo, y acaso de un imperio independiente. Pero en 1807, bajo el reinado de Carlos IV, y cuando aún funcionaba intacto el mecanismo jerárquico más rígido y formalista que se conociera jamás, no es admisible que tales quimeras se abrigasen en un cerebro español. Aun suponiendo que el ricacho insaciable (y padre de doce hijos) quisiera abandonar sus ingentes y lucrativos negocios, tras un cargo ostentoso, si bien precario y ya rozado por la revolución: no se le ocultaba que lo modesto de sus antecedentes, su numerosa familia y larga permanencia en el país, serían otros tantos obstáculos para la realización de tales ensueños. Como la naturaleza, la administración española no hacía saltos; y era tan monstruoso é inaudito el de mercader á virrey, que no soportaba un minuto de

examen. Seguramente que el recio alcalde no alimentó tal locura. Con su carta ampulosa á «Su Majestad», en diciembre de dicho año (1), y la enumeración complaciente de sus servicios concejiles, sólo perseguía la concesión de un título de Castilla. La afirmación no es conjetural. Fuera de ser harto sabido que la manía nobiliaria persigue como sed tantálica á los advenedizos, consta de documentos la pretensión de nuestro «burgués gentilhomme»,—y debe agregarse, en abono de nuestra tesis, que la solicitud fué apoyada por el mismo Liniers (2).

Aun para este último, no dejó de regir aquella supersticiosa observancia de la jerarquía y del protocolo á que antes aludía. Realizada la Reconquista, que tornó insostenible la posición del inepto Sobremonte (3), la substitución del mando no vino derechamente al Reconquistador sino á Ruiz Huidobro (que no tuvo, felizmente, parte en la empresa), por ser el jefe de más alta graduación. Además, el mismo decreto que ascendía á Liniers á brigadier de marina, promovía á jefe de escuadra al gobernador y deplorable defensor de Montevideo. La designación de Huidobro para virrey interino llegó á Buenos Aires cuando éste se hallaba prisionero en Inglaterra,—el día mismo del des-

(1) Publicada en *La Biblioteca*, III, 459.

(2) En la Biblioteca del *Comercio del Plata*, VII, 645, se menciona esta solicitud, á continuación de los ascensos militares concedidos, reservándola con otras análogas para la resolución de Su Majestad «por el orden que propuso el virrey». Creo que Alzaga sólo resultó agraciado con la cruz de Carlos III, como Pueyrredón y otros.

(3) Debe agregarse en justicia que Sobremonte fué un buen gobernante—acaso no inferior al celebrado Vértiz—para las circunstancias ordinarias y exigencias modestas de la administración colonial. Más tarde se mostró inferior á los acontecimientos extraordinarios: pero ¿quién no se mostró tal, desde los profesionales Huidobro y Elío hasta Concha y Cisneros? La administración colonial era una colección de incapacidades: toda la máquina estaba enmohecida. Esta reconquista, mucho más que la de la Península, fué obra del pueblo, pues allá se apoyó en la presencia de los ejércitos ingleses.

embarco de Whitelocke,—y á esta circunstancia fortuita debió Liniers su inesperado encumbramiento. Cuando á poco vino la Defensa á superponerse á la Reconquista, tuvo la corte que ceder al entusiasmo popular y mantener en el mando al vencedor.

Desde últimos de junio de 1807, pues, Liniers fué reconocido por la Audiencia como Capitán general del Río de la Plata, desempeñando interinamente las funciones políticas y militares de virrey. En consecuencia, este Tribunal de Cuentas hubo de proceder á la regulación de su sueldo, con arreglo á la Real Cédula de 1806, que lo fijaba en 20,000 pesos anuales (salvo el derecho de media anata) para el Capitán general interino de Buenos Aires, ó sea la mitad del asignado al titular. Aun mirada únicamente por su faz material, esta súbita mudanza de fortuna no podía dejar indiferente al modesto oficial español y padre de numerosa familia que, hasta entonces,—aunque yerno de Sarratea y recibiendo, además, alguna corta renta de su país,—había vivido al día y no miraba sin natural inquietud el porvenir (1). Con todo, no se le escapaban á Liniers

(1) El documento impreso en los *Anales* fija estos detalles administrativos y domésticos. Existe en el Archivo una nota de la Junta (septiembre de 1810), elevando al intendente de Córdoba una representación de don Martín de Sarratea en que éste pide que de los bienes embargados á Liniers se reserve «la dote de su hija Martina, mujer que fué de D. Santiago Liniers». No existe aquí el documento, que sin duda se remitiría original; pero sí la constancia de su contenido que textualmente reproduzco: «Buenos Aires, 18 de septiembre de 1810. Don Martín de Sarratea reclama 13.953 pesos pertenecientes á la dote de su hija casada con D. Santiago Liniers, cuyos bienes se han mandado embargar, y acompaña la cuenta y documentos q^o califican su legitimidad. Septiembre 22. Pase al Gob^o Intent^o de Córdoba p^a administrar justicia conforme á Dro». Corrobora el dato el que la estancia de Alta Gracia fuese exceptuada del embargo, siendo su valor de compra (11.000 pesos) inferior al del dote reclamado. El dato sobre la renta que Liniers recibía de Francia proviene de Saguí (*Últimos cuatro años*, 171) que lo tenía de D.^a Melchora Sarratea: estos detalles no se inventan, y el dato ha de ser cierto.

las razones legales que á la confirmación definitiva de su título se oponían; y, ya sea que realmente tuviese poco apego al mando, ó que las postergaciones sufridas por el militar extranjero le hubiesen de antiguo avezado á las injusticias, ello es que miraba con filosofía la eventualidad de su reemplazo. En 4 de agosto de 1807, casi al día siguiente de la Defensa, dirigía al Príncipe de la Paz una representación interesante (1), y que por su discreta sensatez contrasta amablemente con la tiesura gerundiana de aquel otro «Alcalde Ronquillo». El mismo exponía allí al omnipotente Almirante las causas que le inhabilitaban para el cargo de virrey: además de ser extranjero, y no tener «las cualidades ni el espíritu propio para los mandos políticos y de justicia», le inhibía para el puesto el haberse casado y residido diez y siete años en el país (2). No pudiendo, por otra parte, (agregaba) ocupar un puesto subalterno allí donde había mandado, sólo pedía al gobierno que le confriese la comisión de «recorrer todas estas provincias y entablar en ellas el mejor sistema de defensa, establecimientos de maestranza, fundiciones, cortes de maderas, aperturas de canales, puertos, etc.; y últimamente proponer á S. M. las mejoras de las minas y comunicaciones de unas provincias con otras». Por fin, después de señalar las condiciones de

(1) Publicada en *La Biblioteca*, IV, 306.

(2) Aludía Liniers á la ley LXXXII, título XVI, libro II de la *Recopilación de Indias*, la cual disponía que «ningún Virrey, Presidente, Oidor, Alcalde del crimen, ni Fiscal, ni sus hijos ó hijas, se casen en sus distritos, pena de perder los oficios», porque (agrega sabiamente el legislador) «conviene á la buena administración de nuestra justicia, y lo demás tocante á sus oficios, que estén libres de parientes y deudos en aquellas partes, para que sin afición hagan y ejerzan lo que es á su cargo, y despachen y determinen con toda entereza los negocios de que conocieren». Entre la sarta de necedades y groserías que Elío, desde Montevideo, endereza á Liniers (*Documentos de Lamas*, I), le decía que «por la ley estaba [Liniers] suspenso por el reciente casamiento de su infeliz hija».

que carecía y eran indispensables en el Jefe llamado á regir estas provincias, á raíz de «las críticas circunstancias que forzosamente habían relajado los resortes de la legislación y de la subordinación», concluía el mandatario interino (que ya se suponía cesante), ofreciéndose para servir el mencionado empleo «con el sueldo que sea del agrado de S. M., pagándome los gastos de viajes: á esto se reduce toda mi ambición, y la de educar á mi numerosa familia».

Con esta mezcla de candor y perspicacia se producía, en una comunicación no destinada á la publicidad, el modesto triunfador que, sobre ser víctima de las pasiones contemporáneas hasta el supremo sacrificio, no había de alcanzar para su memoria la plena justicia póstuma, continuando á sufrir, en la muerte como en la vida, los ataques de ese *misoxenismo* (1) suspicaz y estrecho que caracteriza las sociedades inferiores. Tal era el hombre sencillo y algo ligero quizá, pero probo y dispuesto á exagerar su propia insuficiencia, á quien un historiador de talento espontáneo, si bien destituido de prudencia en el juicio y de seriedad en la información, nos ha pintado como un «advenedizo mediocre, medio tonto, medio fatuo», ávido del poder por las satisfacciones vulgares que éste procura, y capaz de todas las intrigas para conservarlo. Es lo contrario de la verdad, como lo demostraría la facilidad con que accedió á renunciar el 1º de enero de 1809 y ceder más tarde el mando á su sucesor. No era Liniers un santo, ni un carácter austero, ni un espíritu superior,—y bien se echa de ver que esta biografía no se parece á un panegírico: ya tengo señalados algunos de sus errores de concepto ó conducta, y habré de volver sobre ellos siempre que trasciendan á los negocios públicos. Con todo, puede ya conjeturarse que el examen más severo, con ser imparcial y verídico, nada extraerá de sus

(1) *Misoxenia* = odio contra el extranjero.

actos que desdiga de las nobles tradiciones del caballero, ó de la lealtad jurada por el soldado á su patria adoptiva.

Queda al pronto establecido, sobre base documental é inatacable, que Liniers no persiguió en forma alguna,—mucho menos por la adulación ó la intriga (1),—la prolongación de su mando interino, que con este carácter provisional duró cerca de un año, no recibiendo su confirmación hasta mediados del siguiente (2). No resulta menos constante, hasta dicha fecha, la perfecta armonía de propósitos que entre los tres poderes de Buenos Aires reinaba, y que por entonces no eran parte á perturbar la sorda hostilidad de Montevideo ni las emulaciones todavía inofensivas de los cuerpos urbanos. Para comprender, antes de cualquier exposición de los hechos, cómo pudo estallar en esta atmósfera serena la primera tormenta que separó y tornó mutuamente refractarios los elementos sociales, no basta tener presente—como á ningún historiador argentino se le ha escapado—la absoluta dependencia de estas colonias respecto de la metrópoli, cuyas condiciones

(1) El historiador López (*Historia*, II, 207 y *passim*), á más de confundir ciertas circunstancias del año 1808 con las del anterior, supone, entre Napoleón y Liniers, relaciones directas que nunca existieron. Napoleón sólo supo en 1808 que en estas provincias, cuya conservación le importaba, mandaba un francés. Este fué, en aquellos meses, uno de los peones del ajedrez imperial, de alguna importancia únicamente por su posición momentánea en el tablero: pasada la oportunidad, Napoleón no se acordó más de Liniers ni de Sassenay. Tampoco pudo jamás Liniers ser «felicitado por el opresor del continente» (*op. cit.*, 203). El 14 de octubre de 1807 (*Gaceta de Madrid*, 20), con motivo de entregar al rey de España una carta del emperador, el embajador Beauharnais «aprovechó de esta circunstancia para participar á Su Majestad lo mucho que ha celebrado su Soberano los buenos sucesos de Buenos-Ayres». No hubo más.

(2) En noviembre de 1807 (*Gaceta* del 26), Liniers fué promovido á Jefe de escuadra ó mariscal de campo: el 3 de diciembre (véase el documento 2 de los *Anales*) fué nombrado virrey interino: pero el despacho hubo de sufrir demora en su tramitación, pues no llegó á Buenos Aires hasta mediados de mayo de 1808.

y sentimientos populares se transformaron súbitamente en pocas semanas; es necesario tener en mayor cuenta de lo que se ha hecho otro factor esencial de los acontecimientos: esto es, la enorme distancia en el tiempo que mediaba entonces entre la masa *agente* y la *paciente*, si se tolera la terminología escolástica. Las agitaciones confusas y contradictorias, de que estas provincias fueron el teatro en 1808, provinieron en gran parte de esta circunstancia por nadie atendida: que mientras allá los sucesos se precipitaban diariamente, tardaban entre dos y tres meses para ser conocidos aquí, debiéndose no pocas veces á la desigual velocidad de las naves ó su captura por los cruceros enemigos, el que las noticias antiguas y recientes se entretejeran hasta formar inextricable maraña. Como los presos encadenados en la famosa cueva de Platón, que sólo por las sombras reflejadas en la pared conocían las realidades exteriores (1), los americanos tenían que forjarse opiniones políticas según las noticias truncas, revueltas por el tiempo y deformadas por la distancia, que de Europa les llegaban. Los acontecimientos de abril y mayo, especialmente, al repercutir en estas aldeas coloniales, redoblaron su primitiva incoherencia, emulando su marcha la de los «hipógrifos más violentos» del dramático repertorio. Ante tamaño enredo, entró en eferescencia la sangre española; y, en las dudas, pareció lo más urgente é indicado emprenderla á mojicones. Y estas riñas á oscuras, en que los combatientes cambian sendas puñadas y varapalos sin saber exactamente por qué ni por quién, evocan irresistiblemente, sobre todo al meterse en la zambra el arriero Elío, los trances épicos de la venta manchega, después que «al ventero se le apagó el candil». Procuraremos encenderlo; pero

(1) PLATÓN, *República*, principio del libro VII. Sabido es que el símbolo, un tanto complicado en el filósofo griego, ha venido á ser en el *Novum Organum* de Bacon, los *ídola specus* ó ilusiones de la mente.

es evidente, desde luego, y contra la tesis generalmente admitida, que entre los dos campos en lucha no cabía aún la más remota preocupación de independencia americana. Esta nació mucho más tarde: por lo pronto, sólo se trató de decidir á dos mil leguas si era mejor amo el suspirado Fernando ó el «tuerto Pepe Botellas», así apellidado porque gastaba un par de ojazos magníficos y no bebía más que agua.

II

A fines del año de 1807, y cuando se prolongaban aún los ecos de la Defensa en forma de felicitaciones, homenajes y panegíricos en prosa y en verso, que desde los puntos más apartados se enviaban al virrey, á la Audiencia y al Cabildo de Buenos Aires, empezó á dejarse sentir por sus inconvenientes la presencia en las plazas y cuarteles de tantos héroes en disponibilidad. Aunque licenciadas en su mayoría las fuerzas urbanas, subsistían los cuadros, y, además, los ejercicios semanales solían ser pretexto de manifestaciones y actos censurables de indisciplina. Algunas proclamas de Liniers aluden á este estado de inquietud, fomentado por las rivalidades de los tercios, pero sin atribuirle mayor importancia, como que era su causa principal la falta de toda perspectiva bélica. Por eso vemos al virrey interino acoger y transmitir al pueblo los rumores de otra invasión inglesa, no sin exagerar un poco, así la certeza del anuncio como la confianza que el armamento y la militarización del país le inspiraban. No es dudoso que á la sazón se hacían en Portsmouth y Cork los aprestos de una expedición militar cuyos jefes designados eran Beresford y Sidney Smith —luego reemplazado por el vice-almirante Hood; pero resultó dirigida contra la isla de Madeira, que fué ocupada el 24 de diciembre. Posteriormente recrudecieron los rumores relativos

á otra invasión de la América del Sud; y la prensa inglesa mencionó repetidas veces al mayor general Wellesley (Wellington) como futuro jefe de ella. Pero nunca se ha puesto en claro el objeto preciso de esta proyectada expedición, cuyos preparativos se abandonaron por el cambio repentino que sufrieron las relaciones de Inglaterra con España. A ser cierto que se pensara en una posesión española, y no en el Brasil, todavía dependiente de Portugal, no es probable que se tratase de Buenos Aires,—precisamente en los días del proceso de Whitelocke, que revelaba al público las dificultades de la empresa. Más que á sugerencias del amor propio ó del resentimiento, suele Inglaterra obedecer á conveniencias positivas; y seguramente el Río de la Plata había de parecerle presa de más laboriosa digestión que Venezuela ó Guatemala (1). Sea como fuere, los sucesos de la Península hicieron abandonar la expedición, mudando repentinamente la actitud del gobierno inglés; y la anunciada amenaza no tuvo aquí más efecto que mantener la disciplina de las tropas y robustecer la autoridad del virrey.

Tuvo para estas provincias consecuencias más inmediatas y positivas la llegada al Brasil (Ba-

(1) El historiador López resuelve el problema sin vacilación (II, 292): «la nueva expedición que el teniente general Wellesley... preparaba en Cork contra el Río de la Plata...» Wellesley, que era entonces mayor general (brigadier), no asistió nunca á los preparativos de Cork. Hasta fines de 1807 estuvo en Copenhague, cuya capitulación firmó, con nuestro *old friend* Popham, el 7 de septiembre; de ahí, pasó directamente á ocupar su banca en la Cámara de los Comunes, donde fué objeto, en febrero de 1808, de una manifestación de aprecio. Respecto de la mencionada expedición, dice sencillamente (*Dispatches of the duke of Wellington*, IV, 6); *aa force was assembled at Cork, with a view, AS IT WAS SUPPOSED, to some of the Spanish colonies of South America; but the extraordinary changes which taken place towards the latter end of 1807, and the beginning of 1808, in the affairs of Spain and Portugal by the French intervention, etc.*». Sabemos cómo y por qué se abandonó.

hía), el 20 de enero de 1808, de la real familia portuguesa, que abandonara á Lisboa el día mismo en que la ocupaba el ejército de Junot. Aun antes de cualquier paso inicial por parte de los recién venidos, no se le había ocultado á Liniers la gravedad que podía encerrar, para el Río de la Plata, el establecimiento definitivo de los Braganza en una región fronteriza, ya erigida en Estado independiente bajo la protección y tutela efectiva de Inglaterra (1). El 13 de febrero, apenas conocido el desembarco de la corte portuguesa en Bahía, dirigió una proclama significativa á los «invictos habitantes de Buenos Aires», en que, al par de expresar su confianza en los propósitos del Regente (fundándose, con cruel ironía, en su pacífica actitud en Lisboa), mostraba tenerla aún mayor en las tropas y armamento del virreinato. Tan fundados resultaron los celos de Liniers que, no bien instalada la corte en el Janeiro y reconstituido el gabinete sobre las bases del anterior, el ministro Souza Coutinho dirigió al cabildo de Buenos Aires (marzo de 1808) una nota conminatoria que, conocida la precipitada fuga del gobierno portugués ante los mil y quinientos extenuados granaderos de Junot, borraba con lo grotesco de la actitud lo que pudiera tener de indignante (2). Era una simple intimación de entre-

(1) Desde su arribo al Brasil, el Regente de Portugal, en nombre de la reina viuda María (demente), había sido saludado por el pueblo con *vivas a o emperador do Brazil* (Pereira da Silva, *op. cit.* II, 21). Luego el mismo príncipe, en su *Manifiesto* de 1.º de mayo, proclamaba que Portugal levantaba *a sua voz do seio do novo imperio*. En cuanto á la tutela inglesa, además de la ocupación de Madera, basta recordar que el embajador lord Strangford se trasladó á Río de Janeiro, acompañándole á poco Sidney Smith con su escuadra.

(2) Conozco tres textos impresos de la nota y de la respuesta: en ninguno se da la fecha de la primera, pero se deduciría de este pasaje de la contestación (á no haber intervenido el habitual descuido de nuestros editores): «El Cabildo, al imponerse de la nota de... marzo último...» El texto de Parish (*Buenos Aires*, 385) dice *the 13th of March*, pero el traductor Maeso ha dejado deslizarse el

gar lisa y llanamente estas provincias al agosto amo de dicho Souza Coutinho, por «ser cosa fuera de duda la completa sujeción de la monarquía española á la Francia», y (sobre todo) por contar Su Alteza Real «con los inmensos recursos de su poderoso aliado»—el mismo que acababa apenas de reembarcar sus tropas aquí derrotadas. La respuesta del Cabildo (abril 29), concertada con el virrey, fué enérgica y altiva: al rechazar la proposición como una afrenta que «no olvidaría jamás», la corporación manifestó claramente al ministro Souza que las amenazas no intimidaban á este pueblo, «acostumbrado á arrostrar todos los peligros y hacer toda clase de sacrificios en defensa de los sagrados derechos del monarca, y que había dado ante el mundo pruebas inequívocas de lo que puede hacer el valor exaltado por la lealtad...» La comunicación concluía declarando que sería el primero «en dar un ejemplo de ello el cabildo de Buenos Aires, encabezado por su digno general don Santiago Liniers». A los pocos días, en efecto, encargaba á éste que, «como jefe superior de estas provincias, no perdiese instante en adoptar medidas conducentes á su seguridad, sin omitir las que fuesen propias á vengar tan gravísimo ultraje, inferido á las sagradas perso-

error 3 de marzo, que ha sido copiado por Calvo (*Anales*, I, 81) y aceptado dócilmente por Bauzá y otros. Esta fecha es á todas luces inadmisibile. El Príncipe Regente no desembarcó en Río hasta el 8 de marzo, constituyéndose el 11 el primer ministerio. La misma fecha del 13, dada á la nota por Parish y aceptada por el señor Mitre (*Belgrano*, 638), parecería apenas admisible; pero está confirmada por una nota de Liniers (*Biblioteca*, IV, 308), y el increíble apresuramiento la torna más ridícula. Aunque verosímil, creo que debe rechazarse la fecha del 21, adoptada sin razón conocida por el historiador López. Pero éste, al atribuir la nota á doña Carlota, comete un error mucho más grave y que, á no proceder de incurable inadvertencia, revelaría el desconocimiento absoluto de aquel proceso histórico. La famosa princesa, separada de su marido hasta el grado de vivir fuera de palacio, no tomaba entonces parte alguna en la política: faltaban meses para que el destronamiento de su familia en España diera pretexto á sus enredos y pretensiones.

nas del Rey de España y *del Emperador de los franceses su aliado...* Bastan las palabras subrayadas, fuera de otras redundancias que se omiten, para pintar los sentimientos que, así en las colonias como en la metrópoli, se profesaban á Napoleón, y explicar ciertos pasos de Liniers que sin fundamento se han criticado.

No necesitaba más acicate el arrebatado general: en el acto, se dirigió al gobernador de Montevideo, trazándole un plan de ataque á Río Grande con 2000 hombres, que bastarían, según él, «para merendarse á 5000 portugueses». Por esta vez, Elío no secundó las bravatas de su jefe, ya sea porque le atrajera mediocrementemente la perspectiva de la merienda, ya porque la llegada á Montevideo del enviado portugués Curado le mostrase bajo su verdadero sesgo la situación. Muy antes, en efecto, de recibir la respuesta del Cabildo, el Príncipe Regente había modificado su actitud absurdamente belicosa—que nunca respondió á un propósito serio, no contando con el apoyo de Inglaterra. Además de su misión de espionaje, el brigadier Curado traía en borrador las bases de un tratado de comercio entre los dos países, visiblemente encaminado á favorecer la libre introducción de los productos ingleses por la vía del Brasil. Y como coincidiesen estas proposiciones con las transmitidas desde Río de Janeiro por el conde de Liniers, hermano del virrey, éste no vió sino ventajas en aceptar preliminares diplomáticos que, sin importar compromisos futuros, alejaban el conflicto presente (1). Este incidente, bajo su apariencia anodina, entrañaba, sin embargo, consecuencias muy graves para Liniers, habiendo

(1) El historiador Mitre (*Belgrano*, II, 941) ha tenido en su mano muchos hilos de esta madeja; pero, por carecer de algunos ó no darles la debida importancia, su exposición no reviste suficiente claridad. Así las comunicaciones del conde de Liniers como las instrucciones á Rivera, existen manuscritas en la Biblioteca Nacional y han sido publicadas en *La Biblioteca*, tomo II, 134, y tomo V, 306.

motivado su primera desavenencia con el Cabildo, y, por el sedimento de encono que dejara en los ánimos, preparado el terreno de las hostilidades irreparables.

A pesar de los entrometimientos officiosos de su hermano, quien, simple transeunte en Río y sin misión alguna, trataba un poco como asuntos de familia los negocios de Estado, no se apartó Liniers de su conducta conciliadora con el Cabildo, ni se mostró dispuesto á conceder mayor importancia á la gestión portuguesa, dejando al pronto que el gobernador Elío entretuviese á Curado con preámbulos dilatorios. Pero, á mediados de mayo, llególe de Madrid el título de Virrey interino, Gobernador y Capitán general del Río de la Plata, el cual, si no modificaba su situación material, la regularizaba y revestía de mayor prestigio y autoridad. Es permitido creer que, hasta entonces, el improvisado mandatario no soportara sin irritación las actitudes dictatoriales de un simple Ayuntamiento, y que, valido ya de su título inatacable, se propusiera no tolerar en adelante tal abuso de atribuciones. Y puede también que un resabio de antigua vanidad aristocrática se despertara bajo cierta influencia femenina, inclinándole á tratar «de arriba» á esos mercaderes ricos, y á echarla de virrey. Ello es que, desde principios de junio, se anunció públicamente el próximo envío de un «embajador» cerca de la corte del Brasil, para concluir el tratado comercial iniciado, acentuando lo insólito del acto la persona designada, que lo era don Lázaro de Rivera, pariente cercano (concuñado) de Liniers (1). El Ca-

(1) Un contemporáneo y testigo generalmente bien informado, D. Francisco R. de Udaeta, asegura (*Revista de Buenos Aires*, XV, 164) que se suspendió el viaje de Rivera por la declaración de guerra del Príncipe Regente á Francia; pero este *Manifiesto* es del 1.º de mayo, y las instrucciones á Rivera llevan la fecha del 18 de junio. El enviado era capitán (ó mayor) de infantería é Intendente del Paraguay. Como tal figura ya en la *Guía de Forasteros* de 1803.

bildo elevó una protesta al virrey, fundada en dos órdenes de consideraciones políticas: 1° el estado de las relaciones entre Portugal y la metrópoli (respectivamente aliados de dos naciones beligerantes), que desaconsejaba la mencionada iniciativa; 2° los inconvenientes de un tratado comercial que importaba «dar libre expendio en estos dominios á las manufacturas inglesas». La contestación del virrey pudo y debió limitarse á los dos breves párrafos, primero y final, en que negaba al «Ilustre Cuerpo» el derecho de ingerirse en negocios de Estado, y le invitaba á ocuparse de «las cosas pertenecientes al buen orden, policía, abasto» y demás progresos del municipio. Pero incurrió en el error de querer gracejar, intercalando en su nota un «cuento al caso», glosa pesada y chabacana del refrán *Ne sutor ultra crepidam*, que, naturalmente, exasperó á los «zapateros». Tal fué el origen de la ruptura entre el virrey y el poderoso ayuntamiento.

Prescindiendo de lo inconveniente de la forma y lo petulante de la actitud, no es fácil decidir si Liniers tenía la razón: ó en otros términos, si la providencia—que se llevó adelante, si bien interrumpieron sus efectos los sucesos europeos—era en el fondo buena ó mala desde el punto de vista gubernativo. Es probable, como en casi todas las discusiones ocurre, que por ambos lados estuviera parte del derecho. La primera objeción del Cabildo no parece defendible: sea cual fuera la sujeción real de su gobierno á la política inglesa, Portugal conservaba en la apariencia su soberanía; y no estando en guerra con España, nada obstaba á que se iniciasen entre ambos países ó sus dependencias arreglos de carácter comercial. Con mejor acuerdo pudiera observar el Cabildo el nombramiento de un enviado diplomático cerca de una corte extranjera, el cual competiría exclusivamente al soberano; á lo que el virrey debía contestar enseñando sus instrucciones á Rivera, en las que se prevenía que cualquier arreglo consentido conservaría carácter condicional, hasta

recibir la aprobación de la corte de Madrid. La segunda objeción, aunque más especiosa, no era más consistente: según las instrucciones debía desecharse «toda propuesta que tuviera por objeto incluir directa ó indirectamente á los ingleses en esta negociación»; además, ésta no podía tratar sinó de «los frutos y productos territoriales, con exclusión absoluta de géneros manufacturados». En suma, las instrucciones entregadas á Rivera revelan bastante perspicacia y prudencia, al par que un concepto cabal de la situación política y económica de estas provincias. Pero había bastado que asomara en el estrecho horizonte de la colonia el espectro del libre cambio, para que los Alzaga, Santa Coloma, Agüero (1) y demás fuertes monopolistas que dominaban el Cabildo, se alarmasen y declarasen guerra abierta al promotor de la idea. Esta fué, á mi ver, la causa profunda del divorcio, cometiendo Liniers la doble falta de suministrar armas al adversario, con lo impertinente de su respuesta y la designación ilegal de un deudo suyo como enviado (2). En sus denuncias á la corte, el Cabildo no hizo mérito sino de estas dos últimas razones, que agregadas sin duda á otras derivadas de las nuevas circuns-

(1) D. Miguel Fernández de Agüero no era ya cabilante, pero su influencia subsistía en el gremio comercial europeo. He vacilado alguna vez en creer que este regidor de 1807, gran amigo de Alzaga y que se portó valientemente en la Defensa, después de desempeñar su papel en la famosa entrevista que precedió á la fuga de Beresford, pudiera ser la misma persona que el síndico de Cádiz, autor de la refutación á Moreno; me parecía que se oponían á esta hipótesis ciertas dificultades de domicilio. Mejor informado, puedo ahora mostrarme del todo afirmativo.

(2) La ley XXXVII, título II, libro III de la *Recopilación de Indias*, disponía que «los oficios no se den á parientes dentro del cuarto grado», y, para no dejar lugar á duda, la ley XXXIX del mismo título extendía la prohibición á los parientes de las «mujeres, nueras y yernos» de los virreyes y presidentes. Además, la ley era aplicable, no sólo á los oficios permanentes, sino también á las «comisiones, negocios particulares y cualquier provechamiento.»

tancias, no dejaron de contribuir á la caída del virrey Liniers. La gravedad y complicación de los acontecimientos, que van á descargar sobre la Península y alcanzar de rebote á estas provincias, lograrán por instantes unir las fuerzas antagónicas en un propósito común: no borrarán la antigua ofensa. Bajo la capa de estuco superficial, seguirá ensanchándose la grieta abierta en la vanidad ó la codicia; y las mismas peripecias de la lucha se encargarán de suministrar nuevos cargos, exagerados ó calumniosos, contra el imprudente mandatario—en realidad sólo culpable de lesa majestad municipal. La implacable persecución concejil sobrevivirá, no sólo á la destitución del perseguido, sino al estruendo de las guerras nacionales y al conflicto de las dinastías, concluyendo el hostigado Cisneros, en vísperas de la revolución, por echar á paseo al uno y al otro alcalde, con sus rencores vizcaínos y su estúpido expediente sobre el virrey que rabió (1).

III

Mientras ocurría en Buenos Aires esta revuelta de tinteros, que poco trascendía á la calle ni era parte aún á perturbar las siestas criollas, empezaba á desencadenarse en España la tempestad

(1) Puede verse en el *Archivo general*, 2.ª serie, tomo V, el epílogo de este ridículo proceso. En diciembre de 1809, el Cabildo pide al virrey que dé cumplimiento á la Real Orden que dispone se desglose y rompa el oficio de Liniers; Cisneros contesta que el documento no existe en poder del gobierno. Nuevas y repetidas insistencias, hasta que en marzo de 1810 se pretende que sea el mismo Liniers, refugiado en Córdoba, quien produzca el cuerpo del delito! Entonces es cuando el virrey exasperado cierra el debate, dejando que el Ayuntamiento «practique él mismo la diligencia con el original—si fuese servido».—Poco había perdido en rancidez colonial el ilustre Cabildo con entreverarse de criollos, y para depurarlo hacía falta evidentemente otra lejía.

que, durante años había de sacudirla y, por repercusión, dar en el suelo con su vetusta fábrica colonial. Las semanas aquellas, en que el Regente del Brasil procuraba ahuecar su falsete con la bocina de Sidney Smith, y este Cabildo rebatía las bravatas portuguesas en nombre de Carlos IV y su gran Almirante: eran las que veían allá los preparativos de la fuga real para Andalucía, el saqueo del palacio de Godoy por el populacho de Aranjuez y la miserable caída del favorito, la abdicación provisional del rey autómatas en favor de Fernando—que preludiaba á la definitiva de todos los Borbones en manos de su despiadado huésped de Bayona. Al tiempo que estas autoridades acataban reverentes las órdenes del soberano, éste obedecía las de un gendarme de Napoleón; y el día mismo (17 de mayo) en que la Audiencia de Buenos Aires besaba la firma augusta puesta en el título del nuevo virrey, la *Gaceta de Madrid* consignaba la buena gracia con que el Serenísimo Gran Duque de Berg se había dignado admitir, en el Palacio Real, los homenajes que á porfía le tributaban los miembros del cuerpo diplomático, los grandes de España, consejos de Castilla é Indias y demás altos dignatarios del reino... La sola distancia, como ya dije, introducía á veces tal contraste entre los sucesos europeos y sus ecos americanos, que éstos remedaban el arreglo convencional de la novela. Pero nunca se reveló más irónicamente intencionada, el hada burlona que parecía jugar con el destino de Linniers, que cuando hizo coincidir los conatos embajatorios del flamante virrey, con el envío por Napoleón de otro diplomático de lance que, recibido aquí como gallina en corral ajeno, dejó alborotadas, sin quererlo ni saberlo, ambas márgenes del Plata.

Una biografía reciente del marqués de Sassenay, por uno de sus deudos (1), resuelve todas las

(1) *Napoleon Ier et la fondation de la République Argentine, par le marquis de Sassenay, Paris, 1892.*

dudas acerca de la persona y orígenes de este agente, eximiéndonos de emprender la tarea. En lo demás presenta para nosotros escaso interés esta producción casera, siendo así que, para el episodio histórico que nos ocupa, se apoya en obras conocidas y principalmente en la del general Mitre.—Étienne Bernard, marqués de Sassenay, pertenecía á una antigua familia de Dijon, cuyo castillo patrimonial existe todavía en la comuna del mismo nombre (Saône-et-Loire) (1). Siguió la carrera militar; y, al iniciarse la revolu-

(1) Sabido es que también la «verdadera forma» de este nombre ha dado lugar á largas discusiones entre los historiadores argentinos. Para nosotros resultan tanto risueños estos debates sobre apellidos históricos (Sassenay, Vandeul, etc.) que figuran en los diccionarios y ahora mismo en el *Tout Paris*. El historiador López elabora un apéndice de cuatro páginas (*Historia*, II, 622) para sostener la ortografía *Chassenai* con su decisión habitual: «Pero no cabe duda de que era «Chassenai», según el testimonio incontrovertible de M. Julien Mellet, que relata este incidente en su interesante opúsculo titulado *Voyage dans l'Amérique méridionale*».—Parece haber sido el tal Mellet un empleado despensero del *Consulateur*, que, perdido el buque en Montevideo, logró sacar unas onzas á Liniers y quizá á Elío (de quien recuerda con enternecimiento), con las que se hizo de una pacotilla, batiendo los caminos del virreinato como mercachife. Vuelto á su tierra después de este largo y accidentado traqueteo, se puso á frangollar en su jerga gascona un relato fantástico (que remeda un borrador del de Romain Daurignac), omitiendo contarnos sus verdaderas aventuras picarescas, que serían sin duda las más curiosas. Desde luego estropea todos los nombres propios de persona ó lugar (¡con decir que no pudo en tres meses aprender el apellido de Sassenay!); y el finado doctor Carranza tuvo la angélica paciencia de corregirlos en su ejemplar, que así resulta más interesante que el texto. Allí he visto que también vinieron en el *Consulateur* algunos «pasajeros» franceses que se radicaron en el país: Monguillot, Castagnet, Latour, Bonnafond, etc. Eran, en efecto, pasajeros de camisetá y gorro azul que, para distraerse durante la travesía, maniobraban las velas y lavaban la cubierta. Sabido es que, no pudiendo «repatriar» á la tripulación naufraga, Liniers socorrió á sus pobres paisanos, invitándoles á prestar servicios en esta flotilla. De la oficialidad quedó el aspirante Philippe Bertrès, que se estableció en Tucumán como ingeniero. Encuentro en mi *Memoria histórica*; que fundó allí una escuela lancasteriana, durante el primer gobierno de La Madrid.

ción de 1789, era capitán en el regimiento de *Condé-dragons*. Elegido diputado de la nobleza á la Asamblea Nacional, por el bailiaje de Chalon-sur-Saône, renunció á los pocos meses (1), y, ante las dificultades y peligros de la vida, se resolvió á emigrar en 1792, sentando plaza en el cuerpo de Condé; sirvió luego en los húsares de Hompesch, valientemente, contra su patria. Al fin, en 1798, después de muchas aventuras pasó á Estados Unidos, con un corto peculio salvado del naufragio de su gran fortuna, y se casó en Delaware, con una joven criolla de Santo Domingo, perteneciente á una noble familia francesa. Entonces emprendió varios viajes comerciales al Río de la Plata, permaneciendo en uno de ellos cerca de dos años en Buenos Aires (1801-1803), que fué cuando trabó intimidad con Liniers. Logró hacerse borrar de la lista de emigrados y pudo volver á Francia en 1803; pero, durante varios años, persiguió en vano la restitución de sus propiedades confiscadas: sólo logró recuperar el castillo de Sassenay y algunos retazos no vendidos de sus antiguos dominios. Allí vivía con relativa comodidad entre su mujer y sus hijos, cuando, á fines de mayo de 1808, una orden del emperador le arrojó brusca y nuevamente, ya rayano en la cincuenta, á las aventuras y zozobras de su juventud. Nos cuenta su biógrafo y pariente que, llamado á Bayona, donde llegó el 29, fué recibido al punto por Napoleón, quien, en una audiencia de cinco minutos, le comunicó sus designios: «Os doy una misión cerca del virrey de Buenos Aires; deberéis partir mañana; tenéis veinte y cuatro horas para prepararos. Haced vuestro testamento: Maret se encargará de despacharlo á vuestra familia. Id á veros con Champagny que os dará vuestras

(1) *Archives parlementaires*, IX, 731. Otras indicaciones bibliográficas de Sassenay (p. 92) son inexactas, á más de incompletas; los primeros tomos de los *Archives* traen otras menciones del marqués, más interesantes para su familia que para la historia.

instrucciones». Y con un ademán, el Júpiter tonante despidió al improvisado y estupefacto diplomático... Esta versión me parece inaceptable. Por acostumbrados que estemos á los gestos imperativos de Napoleón, no admitimos *prima facie* que en esa forma pudiera un ciudadano de cierta posición social ser arrancado de cuajo á su hogar y familia, y, contra su voluntad, disparado como bomba diplomática al extremo del mundo. Por ignorancia de los hechos ó exceso de celo antibonapartista, el descendiente de Sassenay ha desnaturalizado el episodio, aislándolo de sus antecedentes históricos. Aquella misión era en realidad el eslabón mediano de una cadena forjada en varios meses, la cual se rompió, menos por su inconsistencia, que por la fuerza superior de las circunstancias. Entre nuestros historiadores, sólo el señor Mitre ha tenido en sus manos los principales eslabones de la cadena; si bien por faltarle algunos y haber invertido otros, no ha logrado reanudar la serie en su orden lógico.

El incomparable prestigio de Napoleón nacía de aparecer improvisando lo que era resultado de largo estudio y madurado examen. La ejecución solía ser violenta y fulminante, pero se apoyaba en el cálculo: también en él era el genio el fruto de la paciencia. Consta por su correspondencia que, desde principios de 1808, y antes de que las colonias españolas le interesasen como dominio casi propio, le preocupaban—especialmente el Río de la Plata—como presa que debía disputarse á Inglaterra. Aunque todavía no hubiera querido recibir á Périchon de Vandeuil, había leído las cartas de Liniers y las indicaciones transmitidas por el embajador de Madrid. Inmediatamente hizo buscar por todas partes, personas de confianza que pudieran suministrarle informes sobre estas regiones.

El ministro de marina Decrès dió al pronto con el capitán de navío Jurien de la Gravière, quien, además de conocer estas provincias, había sido

amigo íntimo de Liniers (1). Jurien recibió la orden de redactar una memoria sobre esta región y sus habitantes, y, aprobadas sus conclusiones, de tomar en Lorient el mando de la fragata *Créole*, que debía traerle á Montevideo con un coronel de artillería, veinte y cinco artilleros escogidos y quinientos fusiles: todo ello encaminado, no á conquistar el país (como inocentemente se ha escrito), sino á cooperar á su defensa, de acuerdo con los pedidos de Liniers y el Cabildo. Esto ocurría en febrero ó marzo; fué más tarde cuando, cambiando las circunstancias, cambiaron los propósitos (2). A principios de mayo, y consumado el

(1) JURIEU DE LA GRAVIÈRE, *Souvenirs d'un amiral*, II, VII. Este era tío de su editor, contemporáneo nuestro, también almirante y escritor distinguido. Parece que nuestros historiadores suelen confundirlos, prestando al sobrino (nacido en 1812) una longevidad fenomenal. Tampoco se dan exacta cuenta de aquella publicación, que no es propiamente un relato del actor, sino una adaptación hecha sobre apuntes de memoria. Dista mucho, pues, de ser un *journal de bord* llevado á raíz de los sucesos: de ahí algunos errores y confusiones de detalle. Pero el fondo merece entera fe. El honrado y valiente marino tributa allí los mayores elogios al carácter de Liniers, á quien había tratado íntimamente en 1800. He aquí en qué terminos este buen juez en materia de honra y patriotismo aprecia la actitud de su noble compatriota: «M. de Liniers, fiel á su patria adoptiva, abrazó la causa de Fernando VII. Esta determinación, que ningún hombre de corazón podría vituperar, había de recibir la recompensa que el odio implacable de los partidos reserva generalmente á los más puros sacrificios». Tales palabras, caídas de labios tales, consuelan de muchas diatribas.

(2) Una carta inédita de Napoleón, que ningún historiador argentino ha conocido ó tenido en cuenta (*Lettres inédites de Napoleon I^{er}*, tomo I, 171) establece nuestra afirmación. Está fechada en Saint-Cloud, á 26 de marzo de 1808. Al devolver á Decrès sus verbosas instrucciones sobre la proyectada expedición, el déspota genial dicta la conducta á seguir con su precisión imperativa: «Os devuelvo vuestras instrucciones. Lo que decis es inútil escribirlo: debe ser dicho de viva voz al agente que mandaréis. Basta escribirle ostensiblemente: Iréis á Montevideo, desembarcaréis, y si llegasen noticias que pudieran inquietar á las colonias, os presentaríais á las autoridades en son de amistad...» Esta carta se relaciona evidentemente con la misión de Jurien que la reproduce en substancia (*op. cit.* 133), aunque de memoria y atribuyéndole una data algo posterior.

funesto *guet-apens* de Bayona, ya no se trató de auxiliar á estas provincias, pero sí de asegurarlas. Murat, que mandaba en España, dispuso el apresto en el Ferrol de una escuadra que debía transportar al Río de la Plata tres mil soldados gallegos: excelente providencia que, á más de su objeto propio, se avenía con las disposiciones tomadas para dispersar en Portugal y el norte de Europa las tropas españolas (1). Pero convenía que se adelantara á esta expedición, cuyos preparativos demandaban algunos meses, un agente explorador, más elástico y menos comprometedor que Jurien, para sondar los ánimos y, llegado el caso, inclinarlos al nuevo régimen. Entonces produjo su candidato el ministro Maret, que también se hallaba en Bayona á fuer de colaborador inseparable del amo; y en tanto el secretario de Estado prevenía á su conocido Sassenay, el emperador, que de nada se olvidaba, concedía á Vandeul la solicitada entrevista que completaría sus informes. Esta audiencia hubo de verificarse á mediados de mayo, un poco antes de la llegada de Sassenay, siendo así que en su carta al virrey ó en otra inmediatamente posterior, no menciona Périchon tan importante noticia. En caso contrario, directa ó indirectamente, la hubiera conocido; pues no había razón para que Napoleón ó sus ministros se la ocultaran, ni es admisible que, en tan corta población y rondando las mismas antecámaras, no tropezasen uno con otro los dos amigos de Liniers (2).

(1) THIERS, VIII, xxx. TORENO, I, II. El levantamiento general hizo abortar la expedición.

(2) La carta de Périchon llegó á Buenos Aires en los primeros días de agosto, habiendo Liniers escrito de ella á Elío el 8. Es probable que dicha carta de Bayona se escribiese entre el 15 y el 25 de mayo: las comunicaciones tardaban 70 días por término medio. Corrobora esta conjetura el hecho de haberse recibido, dos días antes que la carta de Périchon, un impreso de Cádiz que contenía la protesta de Carlos IV; ésta había quedado secreta y no se hizo pública en Madrid hasta el 13 de mayo (*Gaceta* de dicha fecha); por tanto, en Cádiz, tres ó cuatro días des-

Por lo demás, nada se opone (y lo dicho parece confirmarlo) á que Sassenay sólo llegase á Bayona muy pocos días antes de su embarco; pero el simple buen sentido indica, aunque no tuviéramos varios datos para apoyar esta conjetura, que tenía aviso anticipado de su misión—y aun es permitido pensar que la hubiera solicitado: no seguramente por sus escasos emolumentos, sino como un medio de alcanzar mejor éxito para sus instancias de emigrado (1). Sea como fuere, el antiguo capitán de húsares reales fué recibido y aceptado por el emperador: con firmeza, aunque no sin emoción, soportó esa mirada aguda, avezada á sondar las almas y casi infalible en el diagnóstico. Nada más absurdo, pues, que mirar un ente apocado é inepto (como ha dicho un historiador que ni el ape-

pués. Por cierto que muchas circunstancias alteraban entonces la duración del trayecto, pero, tratándose de dos buques mercantes, que navegaban casi juntamente y en condiciones análogas, se robustece la probabilidad del mismo tiempo empleado por uno y otro.

(1) El 3 de julio de 1810, el ministro Champagny escribía á Mme. de Sassenay que el emperador, accediendo á su solicitud, había fijado á su marido un sueldo anual de 6.000 francos, á partir del 1.º de mayo de 1808, fecha de su misión á Buenos Aires, acordándole, además, una gratificación de 20.000 francos para gastos del viaje que ella «se proponía hacer para ir á compartir la suerte de su marido». La especie á que alude el señor Mitre, sin darle asenso (*Comprobaciones*, 224), ha de tener, en efecto, tanto fundamento como la borrachera del rey José. Aun suponiendo que el emperador, muy poco feminista, pudiese ver en parte alguna á Mme. de Sassenay, que vivía en un rincón de su provincia, y prestar un minuto de atención á una yankee madura y madre de familia, hay dos actitudes que, entre sus enormes defectos, no pueden achacarse á Napoleón. La primera, es haber descendido jamás á sacrificar al marido de la mujer que distinguiera: á ser cierta la especie, el «más feliz de los tres» hubiera ascendido por lo menos á prefecto de Dijon; la segunda, es haber comprometido jamás su política con caprichos falderescos. Por otra parte, de la carta de Champagny parece deducirse que Mme. de Sassenay no conocía personalmente al emperador. También puede inferirse de una frase del mismo Sassenay, en su informe final al ministro, que la misión oficial se injertaba en otra comercial y de cuenta propia: «*Comme peut le voir V. E. ma mission a été sans succès et j'ai fait pour moi de mauvaises affaires*».

llido del injuriado conocía) en ese soldado viajero, envejecido en los peligros y luchas de la vida ¡por el hecho de haberse estrellado aquí contra obstáculos invencibles, y tenido que soportar callado los desmanes de un jefe español, sólo famoso por sus derrotas!—Tal es el encadenamiento lógico y racional de los sucesos que motivaron el envío de una misión francesa al Río de la Plata, y la elección del marqués de Sassenay para desempeñarla. Aunque frustrada en su objeto principal, la tentativa que voy á referir, rectificando de pasada algunos errores materiales y críticos de mis predecesores, es doblemente interesante: en sí misma, por las peripecias dramáticas que la envuelven; y en sus resultados, por las consecuencias duraderas é imprevistas que fluyeron de tan fugaz y, al parecer, insignificante episodio.

IV

El bergantín *Le Consolateur*, en que se embarcó Sassenay el 30 de mayo de 1808, era un buquecito de mala muerte, endeble y apenas armado, pero bastante velero,—como que, á pesar de algunos contratiempos en el golfo de Vizcaya, se puso en Maldonado en setenta días. Puede que fuera aquella la primera «mosca» que, nos dice Thiers, se despachó á las colonias cuando Napoleón estaba en Bayona. La mandaba el teniente de navío Dauriac y contaba por todo cuarenta y cinco hombres de tripulación, siendo Sassenay el único pasajero. A juzgar por el estilo del informe y del acta publicada en la *Biografía*, el comandante Dauriac sería quizá uno de tantos oficiales de mar, prácticos y valientes, que por aquellos años merecieron ingresar en el Cuerpo general de la Armada. Hacía de segundo un viejo alférez vasco Dolhabaratz, probablemente reclutado para el caso en los malecones de Bayona. El bergantín ofrecía pocas comodidades; los ví-

veres eran malos y los compañeros de mesa, aunque buenos, poco divertidos, no contribuyendo á la amenidad de la travesía la perspectiva de dar con algún crucero inglés. Toda la empresa (con el aditamento de ser quizá en principio una operación comercial de Sassenay) llevaba el carácter de un ensayo hecho con el menor costo posible, como si el instinto genial de Napoleón desconfiase del éxito. Pero alentaba al emisario la idea de servir los intereses de su país al par de los propios, con esta comisión de supuesta propaganda pacífica. Llevaba impresos de España y Francia, oficios sellados de la Junta de Madrid y los ministros para las autoridades de Buenos Aires y otros virreinos, un pliego de instrucciones bastante vagas é inofensivas, —por fin, otra carta lacrada que sólo debía abrir en alta mar. Nos cuenta el biógrafo, según versión de algunos testigos, que, al tomar conocimiento de las instrucciones secretas, Sassenay dió muestras de «una verdadera desesperación» (1). ¿Qué contenían esas páginas, luego destruidas por el mismo enviado? Sin duda la orden de anunciar al gobierno de Buenos Aires la próxima expedición armada con sus designios de conquista, ó de exigir el reconocimiento de José, contando con el concurso del virrey... ¡Y bien sabía Sassenay que con Liniers nada podía edificarse sobre la base de una defección!

En los primeros días de agosto, cuando ya se divisaba la costa uruguaya, un pampero furioso envolvió al *Consolateur*, arrojándole mar afuera y retardando una semana la arribada á Maldonado: á desembarcar en Montevideo en la fecha prevista, Sassenay hubiera podido detener, ó ha-

(1) SASSENAY, obra citada, 130. Allí también se transcribe la instrucción ostensible, «traduciéndola de la traducción española comunicada por el general Mitre». Esta ha de ser la que de mucho tiempo atrás existía en la Biblioteca de Buenos Aires y fué reproducida por Zinny en la *Historia de la prensa del Uruguay*. En el doble trasiego se ha enturbiado no poco la prosa de Champagny.

cer modificar, la comunicación de Liniers á Elío (6 de agosto) que causó el incurable rompimiento. Tuvo que bajar en Maldonado el 9 de agosto, sin más equipaje que la maleta, luego famosa, de los pliegos é impresos, ganando á caballo la capital, donde se apeó al día siguiente. No fué mal recibido por Elío, quien, sorprendido por las noticias y todavía indeciso, procuró en vano detener por la persuasión al enviado, pero sin negarse á facilitarle los medios de llegar á su destino. Refiérese que en esta entrevista, Sassenay, aludiendo á los preparativos que en la población se hacían para la jura de Fernando VII, se dejó decir que convendría suspenderlos, «pues tal vez á esta hora estuviera gobernando á España otro soberano...» Si el dicho fuera cierto, muy verosímil sería la respuesta furibunda que á Elío se atribuye (1). En todo caso, el enviado francés pudo sacar de su contacto con el primer mandatario español, una lección de prudencia que no echó en olvido; sintió que desde ese momento entraba á pisar un terreno quebradizo y volcánico, y, en la mañana del 11, se apresuró á seguir viaje á la Colonia, escoltado por un capitán Igarzábal. Allí encontró al alférez Luis Liniers con la zumaca *Belén* que el virrey, avisado por correo extraordinario, mandaba al emisario, y con la que, siempre acompañado de su guía y vigilante, desembarcó el 13 antes de mediodía en Buenos Aires (2). En-

(1) LARRAÑAGA Y GUERRA, *Apuntes históricos* (citado por Bauzá). El diálogo nada tiene de imposible; pero ¿quién lo garantiza? Si las declaraciones privadas de dos testigos de vista resultan siempre contradictorias: ¿cómo creer en la exactitud de esas referencias *a posteriori* y de oídas?

(2) Dice el señor Mitre (*Historia de Belgrano*, I, vi, y *Comprobaciones*, 228) que el enviado se embarcó en la Colonia «el día 11 y llegó á la rada de Buenos Aires el 13», en la zumaca de Luis Liniers «que expresamente había salido del apostadero de Montevideo». Se ha confundido la partida de Montevideo (escamoteando el viaje por tierra) con la de la Colonia, cuya distancia á Buenos Aires es cuestión de horas, no de días. Tampoco pudo la

tre tanto, el bergantín *Consolateur* pasaba por lances terribles que presagiaban los de su tripulación. Perseguido, en el trayecto á Montevideo, por dos fragatas inglesas, había puesto resueltamente la proa á Maldonado para embicar en la costa y salvar el cargamento, ya que no la embarcación. Así concluyó la pobre mosca, en la telaraña británica, su accidentada carrera. Recogióse, en efecto, parte de la carga y del armamento, no habiéndose interesado los ingleses, según el informe ingenuo de Dauriac, sino por las bebidas de la bodega. Con ímprobo trabajo, los tripulantes lograron transportar á Montevideo fusiles y mercaderías, donde las autoridades españolas agradecieron hidalgamente el regalo — encarcelando á sus dueños.

La mañana de invierno en que, desde la carretilla que le llevara al primitivo desembarcadero de Buenos Aires, el malhadado emisario reconocía á la distancia el murallón y su Alameda de sauces y ombúes, señalaba, sin que el viajero pudiera sospecharlo, la hora aguda de una quincena de agitaciones. A semejanza de los flemáticos burgueses de la novela francesa (1), estos coloniales vivían de días atrás sumergidos en otra atmósfera de desconocida actividad febril, que mantenía excitados sus nervios y encendida su sangre, desfigurando su sencilla y tradicional psicología. ¡Eran pasados los tiempos felices en que el vecindario se alimentaba con la modesta provisión de ideas y sentimientos transmitidos por los abuelos, y casi tan inamovible como la capa hereditaria! Al compás que las cosas de España llevaban y era fuerza seguir,—para algo se vive en sociedad,—nadie sabía al amanecer con qué opiniones se acostaría á la noche; no tratándose, por supuesto, de que cada cual se las compusiera á so-

Belén salir de Montevideo (ni había tiempo para ello), sino de Buenos Aires, para ir á recibir á Sassenay. (*Expediente de la Junta*, declaración de Sassenay).

(1) JULES VERNE, *Le Docteur Ox*.

las y por medida. Vivíase en continuo sobresalto, no habiendo arribada de bergantín, de Cádiz ó Vigo, sin su correspondiente vuelta de casaca. Don Carlos, don Fernando, Godoy, Napoleón; los ingleses, los portugueses; los amigos de ayer, hoy enemigos, ó viceversa: ¡Viva Francia! ¡Mueran los gabachos!... De veras que faltaba tiempo para saber de corrida á quién se debía adorar ó aborrecer. Y todo ello, de oídas y por cuenta ajena. Allá, siquiera, el choque directo de la realidad engendraba su instantáneo reactivo: las pasiones de una hora creaban las convicciones de un día. Aquí, por el contrario, los sentimientos tenían que elaborarse con razones y, como quien dice, á pulso: no se pasaba de faroles y cohetes, de bandas y bandos. Por eso, la imprenta de Niños Expósitos sudaba más papel impreso que en los tiempos del *Semanario* ¡que alcanzó á tirar trescientos ejemplares! En aquel período, sobre todo, contadas eran las tardes en que no saliera á luz una proclama del virrey ó del Cabildo á los «invictos é incomparables habitantes de Buenos Aires»; por lo menos, tal ó cual reimpresión de las gacetas de Cádiz, ó, á falta de pan, la vigésima torta pastoral del incoercible arzobispo de la Plata, don Benito María de Moxó y Francolí.—Y sin embargo, tanta es la virtud sugeridora del verbo humano y tanto el poder de ilusión de las almas nuevas, que bastaba ese redundante palabreo, nacido al mágico atractivo de la novedad, para mantener con espumosa efervescencia esta sangre meridional, sin que fueran parte á enfriarla los repetidos «sablazos», mucho más certeros que los de los portugueses, con que la metrópoli ponía á prueba el patriotismo—en «frutos ó en dinero»—de las colonias. Fuera ó no debido á la combinación de los citados ingredientes, es la verdad que todo Buenos Aires, del Hueco de Cabecitas á la Residencia, se agitaba en aquel invierno de 1808, al son de los sucesos contradictorios que en Aranjuez y Bayona se precipitaban. Los hombres en los umbrales de sus oficinas y tiendas, las mujeres en la Alameda y atrios de

las iglesias, los niños en las escuelas y plazoletas, se exaltaban á porfía por las noticias europeas: realidades lejanas que la perspectiva deformaba en quimeras, mentiras actuales que fueron verdades tres meses atrás. Tal era la «constitución» psicológica de la ciudad á la llegada de Sassenay: mudable, irritable, inflamable, tan súbita para el odio como para el amor, y acaso más peligrosa en sus entusiasmos que en sus iras irrazonadas. Si durante el viaje, como es probable, el hijo de Linniers adelantó al emisario algunos vagos informes —delante del testigo Igarzábal, que no sabía francés,— pudo decirle con toda exactitud que Buenos Aires entera, pueblo y gobierno, españoles y americanos, ardía en sentimientos de admiración y afecto por Francia y el emperador. No se equivocaba sino en la hora: desde la víspera hasta el momento en que la *Belén* cruzaba el Río de la Plata, el viento político había calmado repentinamente, anuncio casi infalible de la próxima tormenta... Aquí principia un episodio verdaderamente dramático que, á mi ver, no ha sido hasta ahora interpretado con acierto y precisión, antes por falta de método que de elementos positivos para estudiarlo. En suma, más que complejo en sí mismo, el problema parece complicado por lo rápido é imprevisto de sus peripecias: bajo el instrumento crítico, la solución se hace evidente. Otros más abstrusos se plantearán en seguida, como el de la Revolución, aunque igualmente solubles, siquiera necesiten mayor examen y esfuerzo. El análisis de una gota de sangre, por ser menos elemental que el de una gota de agua, no presenta resultados menos certeros (1).

(1) La versión del señor Mitre no adolece de graves errores materiales; pero la del doctor López (II. xxxv) forma una maraña de inexactitudes é invenciones que desfiguran completamente el episodio. Preferiríamos limitarnos á exponer nuestro concepto de los sucesos, fundados en la correcta interpretación de los documentos, si el respeto de la verdad histórica no nos impusiera el deber de señalar á los estudiosos algunos de los errores en que el nervioso improvisador ha incurrido.

El sábado 30 de julio de 1808, la misma víspera del día en que debía publicarse el bando relativo á la jura de Fernando VII, fijada para el 12 de agosto, el virrey Liniers tuvo el primer anuncio del nuevo vuelco dinástico. Un vecino (Lezica) le remitió un impreso de Cádiz que contenía, entre otros documentos de menor importancia, la protesta de Carlos IV contra su anterior abdicación «por haber sido forzosa», y su reasunción de la corona, dejando la suerte de la real familia y la de España al arbitrio de la magnanimidad y genio del grande Hombre. Venían también las renunciaciones de Fernando y los infantes: la designación por el rey Carlos del gran duque de Berg (Murat) como Lugar-Teniente del reino; la circular de la Junta Suprema acatando dicho nombramiento y mandando «al Consejo de Indias y demás consejos, chancillerías, audiencias, virreyes, gobernadores de provincias y plazas, etc., le presenten obediencia, ejecuten y hagan ejecutar sus órdenes y providencias»; por fin, la carta en que Napoleón, aprobando lo hecho, tomaba á España bajo su imperial protección para regenerarla, sin aspirar á la corona. Por lo pronto, declaraba al príncipe de la Paz desterrado del reino (1).

(1) Los impresos de Cádiz, de dicha fecha, no podían reproducir sino las materias contenidas en la *Gaceta de Madrid* del 13 y 17 de mayo. Esto se confirma por el auto de la Audiencia, de 15 de octubre de 1808, que constituye sin duda alguna la exposición más verídica y autorizada de los hechos. El historiador López (II, 273) tacha de incompletos los documentos llegados á manos de Liniers porque, según él, «no contenían la protesta de Carlos IV y su reasunción del carácter de único rey legítimo, ni la apelación del rey á la autoridad y protección de Bonaparte como aliado...» Casi podría decirse que los impresos no contenían otra cosa. En cambio nos afirma que dichos impresos «contenían la proclamación de José Bonaparte y el levantamiento de España bajo la dirección de la *Junta Suprema de España y de las Indias* constituida en Sevilla». La proclamación de José es del 7 de junio, y el mismo Sassenay sólo pudo traer el anuncio de su probable realización. Pero ¿cómo esperar que el doctor López desenvuelva este lío, cuando en el mismo tomo donde transcribe el embarco de Sassenay (el 30 de mayo),

En la prolija y meditada Vista de la Audiencia, sobre estos sucesos, se pinta al vivo «la peregrinidad en que puso á S. E. el contenido de este impreso, de cuya certeza se dudó entonces, hasta que otras cartas (de Vandeul) lo confirmaron.» En la misma noche del sábado, el virrey convocó en el Fuerte á los miembros del alto Tribunal y Cabildo para oír su dictamen en tan grave emergencia. Sobre la extraordinaria situación política de estas provincias y la actitud de sus autoridades, gravitaban tres órdenes de hechos: 1º los ya conocidos, y resumidos en la orden superior de proclamar á Fernando como sucesor de su padre; 2º los que fluían de las noticias recientes, las cuales, si bien no parecía discutible su autenticidad, no habían sido oficialmente confirmadas; 3º los que hubiesen ocurrido posteriormente y podían haber modificado la situación. De estos tres grupos de factores, eran los primeros, evidentemente, los que más debían pesar en las resoluciones del gobierno: no sólo por ser los únicos constantes, sino por entrañar el menor trastorno público, á raíz de las disposiciones tomadas para la jura. A confirmarse el restablecimiento y segunda abdicación de Carlos IV, se anularía lo hecho, siguiendo las colonias una evolución paralela á la de la metrópoli y de la misma dinastía. Esta polí-

nos afirma gravemente (II, 269), que «llegó con cartas de la Junta de Madrid fechadas el 14 de junio»? En cuanto á la de Sevilla (que él no pudo conocer) no era entonces sino una de tantas *Supremas* como en cada provincia se organizaron; no tuvo acción fuera de Andalucía, y su pretensión, nunca aceptada por las otras juntas, de asumir facultades representativas, sólo fomentó el desorden y la anarquía. La verdadera *Junta Central*, formada por diputados de cada provincia, se instaló en Aranjuez el 25 de septiembre, pasando el 17 de diciembre á Sevilla, de donde tomó su título habitual. En los meses de mayo y junio, la única *Junta de Gobierno* era la de Madrid, que predicaba la sumisión al gobierno de Murat y designaba á José para rey de España. Además de su imposibilidad material, las hipótesis gratuitas del señor López tornan absurda é inexplicable la actitud indecisa de las autoridades coloniales. La rigurosa exactitud de las fechas y datos forma aquí la única realidad histórica.

tica expectante era sin duda la más sabia, y la que dejaba más fácil acceso á los acontecimientos inminentes. En cuanto á la actitud de Napoleón, hasta entonces no inspiraba recelo ni antipatía: sus promesas presentes confirmaban las pasadas. Arbitro soberano y de todos aceptado, su primer acto había sido la confirmación del destierro de Godoy, y el segundo, la declaración de no aspirar al trono, librando á la Junta de Madrid la designación del príncipe. ¿No era lógico discernir en estos indicios correlativos el posible advenimiento de Fernando? Aquella misma Junta Suprema del reino era la que, según todos los órganos oficiales, protestaba, ante la nación y el mundo, contra los fautores de desórdenes y asalariados de Inglaterra que intentaban perturbar las relaciones de España con su poderoso aliado, desfigurando los actos y propósitos de Napoleón, y dando color de levantamiento nacional á uno que otro acto de motín miserablemente abortado y condenado por la opinión... (1). Así razonaban en aquel momento las autoridades coloniales, en consonancia con su información imperfecta de la actualidad. En consecuencia, «resolvióse de común consentimiento no hacer novedad en la publicación del bando fijado para el día siguiente», aunque sí postergar la fecha (12 de agosto) de la jura de Fernando VII, pretextando la demora de las medallas que se acuñaban en Chile, hasta recibir nuevos informes de España.

Tal resultado tuvo la solemne deliberación; y está de más agregar que, por entonces, el sentimiento público no podía ser más que un reflejo fiel del parecer gubernativo. No asomaron en el debate, según resulta de documentos posteriores que lo resumen fielmente, las cavilaciones histórico-jurídicas en que algunos escritores argentinos se han complacido; ni era posible que se pro-

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* de aquellos días, especialmente la extraordinaria del 28 de mayo.

dujeran en tal momento y lugar. La validez y legitimidad de las abdicaciones ó advenimientos reales no era cuestión que pudiese plantearse, ni mucho menos resolverse, en las colonias, cuyo vasallaje á la corona era absoluto é independiente de la persona del príncipe. Cuando este problema se formulara aquí, más tarde, no sería por las autoridades coloniales sino por la revolución; y es muy sabido que, desde el primer momento, la «máscara de Fernando» y la defensa aparente de sus derechos encubrían propósitos de independencia. No hubo, pues, desavenencias ostensibles ni secretas entre el virrey y el consejo, como tampoco entre europeos y americanos; y no puede ponerse en duda que, á consolidarse en la metrópoli el sistema napoleónico bajo cualquiera forma, hubiera sido aceptado por las colonias sin ninguna dificultad. Pronto cambiaron las cosas, pero no más pronto que en España. Las ideas y sentimientos del pueblo de Buenos Aires, á fines de julio y principios de agosto, eran exacta y necesariamente las ideas y sentimientos del pueblo de Madrid á fines de abril y principios de mayo; y este perfecto paralelismo continuó después de la súbita explosión que, naturalmente, no fué aquí sino un eco de aquélla. Se ve cómo la explicación del presente episodio descansa en la observancia é interpretación correcta de las fechas. Es el hilo conductor en el laberinto: sin su auxilio, todo se vuelve errores y extravíos.

En esta expectativa de calma aparente y secreta inquietud, transcurrieron los primeros días de agosto. La carta de Périchon, que Liniers recibiría el 4 ó el 5, y mostró seguramente á sus consejeros (pues el 6 escribió de ella á Elío), no pudo tener más efecto que inclinar los ánimos hacia el aliado imperial y su prometido envío de armas al Río de la Plata. En este bien preparado terreno cayó el 11 la noticia (transmitida por correo extraordinario) de la llegada de Sassenay á Montevideo. La población entera se entusiasmó con el anuncio, cuyas proporciones se exa-

geraron naturalmente al difundirse. Hasta los españoles europeos, refiere un testigo (cuya hostilidad hacia Liniers es bien notoria), «se dejaron fácilmente arrastrar de esta ilusión, y por dos noches corrieron las calles con hachas encendidas, músicas y gritos de ¡*Viva Napoleón!*» (1). Con todo, no parece dudoso que en las últimas horas del día 12, así el virrey como el Cabildo y la Audiencia, sin duda prevenidos por Elío, lejos de compartir la exaltación popular no aguardaban sin ansiedad y recelo la llegada del emisario. Esta no tuvo en modo alguno el carácter triunfal que las manifestaciones recientes presagiaban: fué silenciosa y clandestina, habiéndose probablemente ocultado al vecindario la hora del desembarco.

Sin otro acompañamiento que el hijo de Liniers y el capitán Igarzábal, Sassenay recorrió el corto trayecto del muelle á la Fortaleza, con el natural regocijo del viajero que, al término de larga y penosa travesía, pone la planta en tierra de recuerdos. En lo que de Buenos Aires pudiera ver al paso, después de seis ó siete años de ausencia, muy pocos cambios había de notar. En la plazoleta del Mercado, que fuera antiguamente la plaza de armas, hormigueaban á esta hora matinal los grupos bulliciosos y pintorescos. Desembarcando por la Alameda, el viajero tenía al frente la recién concluída Recova, que separaba el Mercado de la Plaza Mayor: alargaba de norte á sud sus macizos pilares y arcos de medio punto, con su doble galería poblada de tiendas, asomando por sobre el tosco coronamiento la torre lejana del Colegio. Una calle empedrada dividía la plaza desde la entrada del Fuerte hasta el Cabildo, cuyos balcones se divisaban por el arco cen-

(1) *Arengas de Mariano Moreno* (Prefacio del editor, CVIII). Pocas páginas antes de transcribir las de Moreno, el señor López (*Historia*, II, 270), pinta como sigue el efecto producido por la noticia: «La llegada de un agente de Napoleón causó profunda agitación en la ciudad: los españoles y los hijos del país *dieron vuelo á sus enojos!*»

tral de la Recova. Delante de ésta, en filas paralelas á las tiendas, se alineaban los puestos de verduras y frutas invernales, bananas, batatas, naranjas, cuyas pirámides rodaban por el suelo; un poco más allá, los montones de gallinas, perdices y mulitas, hacían manchas oscuras. Por el extremo noroeste, frente al «Hueco de las Animas» (ya designado para Coliseo), un piquete de policía y las mulas del Santísimo cohabitaban en unas casuchas seculares, siempre rodeadas de gendarmes desarrapados y paisanos de poncho, cerca de sus caballos atados al palenque (1). Allí, próximos á unas tabernas de marineros, se apiñaban los puestos de cigarreras y vendedoras de mazorra, maní, patas cocidas, tamales y otras «golosinas». Ocupaban el lado opuesto del mercado, desde la acera de los «altos de Escalada» cedida á los pulperos, las bandolas de ambulante mercería: espejos, peines, pañuelos, alfileres, cuentas de colores y joyas de latón. En el trecho contiguo, los carniceros sanguinolentos, junto á las carretilas volcadas en su trasera, descuartizaban la res en un cuero fangoso, salpicando de rojo los calados calzoncillos; más allá, cayendo al bajo del río, cuyas toscas cubiertas de ropa lavada resplandecían al sol, los pescadores despechugados revolvían sus banastas de dorados y sábalos. Y por todas partes hervían como moscas, los negros joviales con sus tableros de dulces y alfajores, las jóvenes esclavas cocineras, «altas de pechos y

(1) Era lo que había quedado del antiguo colegio de Jesuitas, trasladado en el siglo XVII á la manzana de la Universidad. El señor Trelles (*Revista de Buenos Aires*, VIII) ha referido la historia de ese «pedazo de tierra»: pero, para la época de que aquí tratamos, se limita á traducir (no muy exactamente) la noticia de Vidal, agregando solamente que éste era conocido con el nombre de *Piquete de San Martín*, «no sabemos por qué motivo». Paréceme que la explicación más sencilla sea la más probable: había allí un *piquete* (a *guard-house*, dice Vidal) y la calle (hoy Reconquista-Defensa) se llamó de *San Martín* hasta 1807, en que el Cabildo le puso el nombre de *Liniers*: de ahí sin duda, lo de *Piquete de San Martín*.

ademán brioso», con su tipa de provisiones sobre las motas, estacionándose en los tabancos de su parroquia para tomar un mate ó encender en una brasa su cigarrillo de chala...

Aunque el cuadro no era nuevo para el recién llegado, que años antes viniera tantas veces á la Alameda de Vértiz, lo examinaba con el interés que siempre despiertan en el hombre las huellas de su pasado. Entre sus inseparables acólitos, orillaba ya el zanjón del Fuerte, en cuyos poyos de ladrillo algunos mendigos inventariaban sus alforjas llenadas en el mercado; á su derecha, la cúpula de la Catedral, la esquina de Azcuénaga y otros fragmentos entrevistos de los barrios familiares, evocaban en su memoria escenas que creía para siempre olvidadas. Pero allá, sobre todo, hacia el sud, la torre cuadrada de Santo Domingo, que dominaba las azoteas, hizo volar de su alma bandadas de recuerdos, más numerosas que las palomas grises del campanario: la casa patriarcal de Sarratea, que conociera por Liniers, los patios llenos de niños y de flores, los paseos á Barracas, las tertulias cordiales,—toda la plácida existencia americana, con cuya perspectiva alegraba de antemano su destierro y soledad. Y á punto de pisar el puente levadizo de la entrada al Fuerte, se volvió hacia el joven, ansioso por saber de tantos seres amigos, cuyos nombres y rostros se venían revelando en la placa mental, cuando llamó su atención un alto tablado que por el arco central de la Recova aparecía. A su pregunta en francés, Luis Liniers contestó en castellano: «Es para la jura de Fernando VII». Bruscamente parecióle á Sassenay que, por primera vez, se condensaban en sentido concreto varios indicios flotantes, que desde su desembarco le chocaran: la actitud suspicaz del oficial uruguayo, las reticencias del alférez y su marcada frialdad después de conversar con un edecán del virrey que le aguardaba en el muelle,—todos los detalles del extraño recibimiento que semejaba, más que la cordial acogida de un diplomático, la

captura y entrega de un espía. Y sólo entonces pasó por su frente, como frío aleteo de vespertilio, el presentimiento de que sería este rincón plebeyo y las techumbres de paso divisadas, todo lo que de Buenos Aires volvería á contemplar.

V

Cruzado el puente levadizo, donde un Patricio de facción presentó las armas, salvaron el portón del Fuerte y penetraron en el recinto. El inmenso patio poligonal se hallaba obstruido por edificios administrativos, dejando en su centro una estrecha plazuela. Por el lado derecho, el «palacio» extendía de este á oeste su vulgar fachada, sin más adorno que sus pesadas pilastras y, en el piso superior que correspondía á las habitaciones del virrey, una fila de ventanas con balcón saliente y moldurado dintel; las puertas del piso bajo daban á la Audiencia y la Secretaría; frente al palacio, por la parte sud, se encontraban las Cajas reales. Cuadraban el patio por el norte los almacenes y armería; al este, sobre el río, los talleres; por fin, en el lado opuesto, que miraba á la plaza, se sucedían la capilla y el cuerpo de guardia. Los tres hombres doblaron á la derecha y, subiendo la ancha escalera, se encontraron en una antesala, desierta, á pesar de ser la hora en que solicitantes y pretendientes solían invadirla. El ordenanza que defendía la entrada se inclinó respetuoso ante el hijo del amo; y como éste se dirigiese á la izquierda, hacia las habitaciones, el negro farfulló una «orden de Su Excelencia», con una mirada al hombre de la maleta, y, abriendo la puerta del fondo, dejó á «sus mercedes» en una sala de recibo. Era ésta una espaciosa pieza sencillamente amueblada y que recibía la luz de dos ventanas al sud; algunos sofaes de caoba con respaldar y asiento de damasco, una docena de sillas de igual estilo y una mesa redonda componían el frío ajuar

oficial. Entre los descoloridos tapices que cubrían las paredes, se ostentaban grandes retratos al óleo de los virreyes antecesores: tiesos y solemnes pelucones, vagamente grotescos bajo su profusión de cruces y entorchados. Todos se parecían en lo inexpresivo de la mirada y de la frente, vacías de cuanto no fuera formalismo y rutina, y presentaban, mitad por culpa de la pintura, mitad por causa del modelo, un comentario abrumante de la decadencia española. Apenas sentados sus compañeros, Luis Liniers se ausentó, volviendo luego para decirles que allí esperasen hasta ser llamados; después de lo cual, «desapareció sin que se supiese más de él» (1). Transcurridas dos horas, los hicieron pasar al despacho del virrey «donde se encontraba Su Excelencia con varios miembros del Cabildo y de la Audiencia, y después de dejar á Sassenay en manos del virrey, el capitán se retiró». Este mismo advierte expresamente, en su declaración jurada, que «hasta entonces Su Excelencia no había hablado y visto al francés»: lo que no obstará para que algunos historiadores argentinos insinúen que Liniers y el emisario tuvieron conferencias privadas antes de la pública. Los detalles de esta verdadera comparecencia de un reo ante sus jueces, han sido fijados con toda precisión en el dictamen de los fiscales de la Audiencia, el cual, por otra parte, está conforme con las declaraciones insertas en el sumario de Montevideo:

«S. E. no quiso recibirlo por sí solo é hizo llamar al Fuerte á los Alcaldes ordinarios, y Fiscales exponentes (Villota y Caspe) con el ministro subdecano de este Tribunal; y habiendo concurrido con sólo la diferencia de que en lugar del Alcalde de primer voto (2) asistió el

(1) *Expediente de Montevideo*, declaraciones de Sassenay á Igarzábal. Conf. SASSENAY, obra citada, apéndice. Salvo algunos detalles, ambas declaraciones ante el fiscal concuerdan exactamente.

(2) Alzaga, pretextando razones de salud, se había marchado á Montevideo: allí urdió con Elio y la futura Junta la trama separatista; su ausencia duraría pocos

Regidor Decano, mandó S. E. entrar á dicho emisario, que á presencia de todos abrió la maleta donde venían los pliegos, y reconocidos todos eran, etc. (Los ya enumerados)... A la primera vista de estos pliegos, se mandó salir al emisario, y reflexionando sobre lo que debía hacerse en un caso tan extraordinario, se adoptó desde luego el parecer de que convenía tener á dicho emisario incomunicado y hacerlo reembarcar inmediatamente que hubiese proporcionado... Se le llamó de nuevo, se le preguntó si había entregado papeles á alguna persona ó comunicado el estado de Europa; contestó que ningún papel había dado, pero sí las noticias al Gobernador de Montevideo; y después se le dijo que era necesario partiese á Europa inmediatamente... Manifestó entonces el apuro y escasez en que se hallaba para retornar á Europa, pues había perdido el equipaje y cuanto tenía en el bergantín, á que contestó S. E. que la generosidad española nunca se había negado á los oficios de humanidad... Quedaron los papeles encerrados en una caja, cuya llave se entregó por S. E. al Regidor Decano, á pesar de las instancias que se hizo, con el Alcalde de segundo voto (Cires), para no recibirla, teniendo una justa consideración á la persona del Excmo. Señor Virrey, y á la confianza que de ella debía hacerse. Esta es la relación puntual y exacta de lo acaecido con el emisario francés, y ella sola basta para ilustrar el concepto y motivo con que S. E. puso la orden que contiene este documento (á Elio para que embarque á Sassenay en el primer bergantín español que saliera de Montevideo), y que ninguna otra cosa hizo que conformarse con el parecer y dictamen de los que concurrieron al acto, procediendo con tal cordura y precaución como si previese las cavilosas y conjeturas malignas á que había de quedar expuesta su conducta (1) ».

Terminada la consulta del virrey, y, dispuesto para esa misma noche el viaje de Sassenay á la

días, pues asistió á la Jura y firmó el Acuerdo del 21 de agosto.—Según la legislación de Indias (Lib. V. tit. 14, ley XIII) en tales casos «gozaba precedencia de regidor más antiguo» el Alférez real, que lo era entonces don Olaguer Reynals.

(1) *Vista de los fiscales de S. M. Villota y Caspe, sobre la Junta de Montevideo*: aprobada por la Audiencia en 15 de octubre de 1808, se publicó en folleto por la Imprenta de N. E. Para todo este incidente, es sin duda el documento más exacto y fidedigno. A falta de autoridades escritas, el doctor López (*Historia*, II, 282) dice que apoya sus conjeturas en comunicaciones orales de don Vicente López y Planes «que las había tomado en fuentes íntimas y bien informadas, como la del venerable fiscal D. Manuel Genaro de Villota». Sería faltar á la venerabilidad del digno sujeto el admitir un solo instante que sus palabras contradijesen sus escritos.

Colonia, en la propia zumaca *Belén* que le trajera, el gentilhomme pudo pensar al fin en cumplir como quien era con su desgraciado compatriota y amigo. Además de su familia, invitó á comer en el Fuerte á varias personas de importancia social y política: entre éstas, probablemente á sus íntimos contertulianos Casamayor, Echevarría, Letamendi,—y también haría quedar prudentemente algunos actores de la escena anterior. No conservamos detalles de esta reunión interesante y conmovedora: muy pocos eran entonces los que tenían ojos para ver, y pluma para contar lo que vieran. Sólo la imaginación podría hoy restituir el movimiento y la vida á los pocos datos incoloros de Sassenay. No cuesta creer que el rumboso Liniers hubiera afinado bastante el lujo algo tosco de la instalación virreinal: es probable que ciertos restos del mobiliaje de Cisneros—que éste no trajo de España y luego cedió á su vez al Presidente de la Junta y otros—provinieran de su elegante predecesor. En esta ocasión, el fausto desplegado en honor de un extranjero, desvalido y náufrago, era un rasgo de nobleza; y si el buen gusto nativo le mandaba afectar relativa sencillez en su traje de cincuentón enamorado,—delante de este pobre diablo de marqués cuyo guardarropa cabía en su maleta,—hubo de desquitarse con lo exquisito de la mesa y lo selecto de la compañía. Por doble motivo de cortesía y diplomacia, habría cuidado de colocar á Sassenay en el grupo juvenil que hablaba de corrida el francés: Luis Liniers y su cuasi pariente Manuel Sarratea (1), educado en Europa; María del Carmen, la hija mayor del virrey y novia de Vandeul: fresca y delicada criatura á quien le bastaba la flor de sus diez y ocho años para riva-

(1) El hijo mayor de Liniers había nacido del primer matrimonio con la malagueña D.^a Juana de Menviel; no era, pues, pariente de los Sarratea; pero se lo tenía por tal, habiéndose criado con sus hermanos en casa de los abuelos de éstos.

lizar con su tía Melchora Sarratea, la reina de la moda y de los salones coloniales. Por un contraste picante y sin duda intencional, solía la descendiente de tanto caballero de San Luis vestir la corta basquiña española con forro de raso claro muy ceñido al cuerpo y cuajado de encajes oscuros y pasamanería desde la rodilla; en tanto que la heredera del castellano viejo y factor de Filipinas lucía el traje Imperio de finísimo percal indiano, bordados á mano el vuelo y las bocamangas, y apenas velado el atrevido escote, casi lindante con el talle muy alto, por un bullón de blondas de Malinas. Llevaban las dos jóvenes el mismo peinado semigriego de bucles caídos en la frente; pero, en Melchora, la ancha venda bordada del tocado ya se encaminaba al famoso turbante de M^{me} de Staël—cual si previera que, más tarde, se descubriría cierto parecido entre aquel huevo franco-suizo y esta castaña criolla (1).

El marqués de Sassenay, que al principio enseñara la triste figura de un pájaro empapado por el aguacero, se animaba poco á poco al calor de la charla mujeril y de los vinos franceses: ya sacudía el plumaje, y, por bajo del andante diplomático batido de la suerte, asomaba á ratos el cortesano de Versailles y antiguo oficial de Condé. A los postres, Liniers alzó su copa llena por el noble huésped; en el mismo instante una ráfaga violenta sacudió las ventanas y agitó las llamas de los candelabros: arreciaba el temporal que desde la tarde se anunciaba, tornándose más fuerte el ronquido de la marejada que rompía en las toscas. La hora se acercaba; y, pensando en el contraste de la tibia morada con la helada borrasca exterior que esperaba al pasajero, el anfitrión agregó: «Aunque temo, mi querido marqués, que vais á estar un poco sacudido...» Sasse-

(1) ROBERTSON, *Letters on South America*, III, 110: «Doña Melchora Sarratea was the madame de Staël of the place».

nay tuvo un gesto de indiferencia, significando que otros chubascos tenía recibidos: «*A la guerre comme à la guerre!*» Y después de apurar su copa, se levantó en actitud de esperar las órdenes del virrey. Pero el comandante de la *Belén*, que había salido minutos antes, volvió á decir que el práctico no creía posible embarcarse con semejante tempestad. El virrey se dirigió á la ventana del fondo que daba sobre el río, entreabrió las cortinas, prestó el oído, sondeó con la mirada las tinieblas, y, pesando quizá en su determinación más que la pericia del marino la inquietud del padre, resolvió que se esperase al día siguiente. Un reloj de pared dió las nueve, hora casi indebida para aquellos tiempos: «Marqués, dijo Liniers: os hospedo esta noche; Luis os indicará vuestro dormitorio.» Sassenay se despidió con ceremonia de los comensales que tratara por primera vez, con mal reprimida emoción de los amigos que veía por la última, y siguió al joven hacia el interior. A poco se marcharon también los extraños, á quienes dejaría en sus casas uno de los carruajes del virrey (1); luego se fueron en otro los Sarratea con las dos niñas; y Liniers pasó á su despacho, precedido por un criado que encendió las luces de dos candelabros puestos en un escritorio de caoba que ocupaba el centro de la pieza. Mandó llamar á su edecán, recibió el parte de la noche: «sin novedad», y, salido éste, dijo al sirviente: «Podrán retirarse todos, no necesito de nada». El virrey quedó solo.

(1) Entre el mueblaje que Liniers cedió á su sucesor figuraban dos carruajes con sus correspondientes guarniciones, un juego de sala de 28 piezas «color de perla con filete de oro», mesas de jaspe, etc., y varias libreas sin estrenar: casi todo fué vendido particularmente en 1811 por orden de D.^a Inés de Cisneros. Las «guarniciones de tres tiros, usadas» fueron adjudicadas por 206 pesos al Presidente de la Junta. (*Revista del Río de la Plata*, IV). La sencillez republicana que vino después no es aplicable al tren gastado por los virreyes, quienes, además del elevado sueldo, disfrutaban otros provechos legales, como, v. gr., una parte sobre los comisos.

En el silencio nocturno, sólo turbado por el rumor de la tormenta y el ¡*quién vive!* de los centinelas, estuvo paseándose largo rato de un extremo al otro de la amplia habitación. Luego se sentó á su escritorio, escribió algunos renglones, dobló el papel sin sellarlo y lo guardó en el bolsillo de su casaca. Tomó en seguida uno de los candelabros, después de apagar el otro, y salió á un pasillo contiguo; en frente de la puerta de su dormitorio, otra mal ajustada dejaba filtrar un rayo de luz. El virrey golpeó ligeramente y preguntó á media voz: *Dormez-vous, marquis?* La puerta se abrió, apareció Sassenay, teniendo todavía en la mano el lápiz con que estaba escribiendo en una cartera abierta sobre un velador. Liniers entró, cerrando tras sí la puerta; colocó en la mesita su candelabro y, sacando del bolsillo la carta que acababa de escribir, la mostró á su huésped, diciendo: «Ante todo no os preocupéis de pormenores materiales; esta carta es para Don Manuel Ortega, de Montevideo, que os facilitará todo lo necesario para vuestro viaje. Pero, á todo evento, quiero que mi hijo os la entregue mañana, en la *Belén*, en presencia de testigos» (1). Y sin atender las protestas efusivas de su huésped, el virrey le indicó la silla que acababa de dejar, y se sentó en frente de él, delante de la mesa. ¡Estaban solos, al fin!

Es muy seductora, por cierto, la tentación de reproducir por conjetura el diálogo de los dos amigos que, después de larga separación, volvían á encontrarse en tan extrañas circunstancias. La hora, el lugar, y hasta la tempestad de invierno que estremecía la vetusta Fortaleza, acrecentaban lo intensamente dramático de la situación... Pero el historiador no tiene el derecho de invadir el

(1) Este acto de generosidad—por otra parte acordado en la reunión de la tarde—fué reprochado á Liniers como un paso sospechoso, figurando la carta á Ortega entre los capítulos de acusación formulados por la Junta de Montevideo.

campo del novelista; y si se tolera que pruebe á colorir (como acabo de hacerlo) las líneas secas del testimonio, valiéndose de datos analógicos, no le es permitido forjar un documento del todo imaginario, por verosímil y probable que en sus términos generales aparezca. Sólo nos han llegado dos ecos bastante vagos de aquella escena. En su declaración ante el fiscal de Montevideo, Sassenay manifiesta que «no habiendo podido embarcarse en la *Belén* por causa del mal tiempo, pasó en el Fuerte aquella noche y conversó á solas con Liniers de la *reconquista de Buenos Aires*». Se muestra naturalmente más explícito en su informe al ministro Champagny, cuyos términos merecen atención, aunque no hayamos de aceptarlos al pie de la letra. Después de describir la conferencia pública de la tarde, Sassenay resume así su entrevista nocturna con el virrey:

«Antes de embarcarme, tuve sin embargo la ocasión de ver en privado á M. de Liniers: se disculpó (creo que sinceramente) por el modo con que me había recibido, diciéndome que así lo exigía su posición, pues no tenía tropas de línea, su autoridad (poder) dependía de la opinión, y perdería todo su prestigio en el momento de apartarse de lo que parecía ser el voto general. Me convenció de este aserto la dependencia en que le vi respecto del Cabildo... Me afirmó que deseaba ver cambiar un gobierno que se había mostrado poco agradecido con él, dejándole virrey interino en vez de nombrarle en propiedad; pero era fuerza obrar con prudencia y esperar que las circunstancias le permitiesen pronunciarse; por de pronto, contemporalizaría... Por su parte, su interés y alta estimación por el Emperador le atraían más hacia la nueva dinastía que fijaría su suerte, en lugar de vivir en esta incertidumbre. Estoy, pues, persuadido de que, si él hubiese tenido los medios de obrar, ó quizá mayor audacia, y que yo hubiese podido volver (inmediatamente) á Europa, los acontecimientos habrían tomado otro curso. La proclama que dió después de mi llegada (y salida), en que aconsejaba al pueblo esperar tranquilo, como en la guerra de Sucesión, el desarrollo de los sucesos, prueba de un modo irrevocable sus intenciones de servir al Emperador, pero se lo impidieron las circunstancias... (1)»

(1) SASSENAY, *op. cit.*, piezas justificativas. El documento original se encuentra en *Archives du ministère des affaires étrangères*; está datado en Sevilla, 23 de mayo de 1810.

Para reducir á su verdadero alcance estas apreciaciones del enviado Sassenay, es menester tener presente que las dirigía, después de dos años de sufrimientos y penurias, en su calidad de subalterno cuya misión había fracasado, á un ministro del soberano que menos admitía los fracasos. Procuraba evidentemente paliar el mal éxito de su misión, exagerando las simpatías imperialistas de Liniers y atenuando la forma indiscreta y poco meditada que la tentativa había revestido. Es muy posible, por otra parte, y aun probable (pues estos detalles no se inventan) que, delante de Sassenay, Liniers se produjese en términos parecidos contra el gobierno español, mitad porque eran tales sus opiniones, mitad porque las manifestaba á un emisario que había de transmitir las á sus mandantes franceses. Juzguemos humanamente á los seres humanos. Sin poner en duda la sinceridad con que, un año antes, manifestara su ningún apego al mando, puede que ahora fueran muy otros sus sentimientos. La máxima de que «los oficios graves adoban el entendimiento» no es del todo cierta, ni aun para Sancho Panza, siendo el efecto ordinario del mando engreír y marear al encumbrado: ya tenemos señalada de paso la propensión del buen Liniers á *virreinar*. Además, su despecho no carecía de fundamento, si se comparaba lo que él y Sobremonte habían hecho para alcanzar premio tan desigual. Por fin, á suponer que Sassenay no esforzara la actitud de su huésped,—cuya conducta generosa echaba un poco en olvido,—hay que tener en cuenta la circunstancia excepcional de la conversación. Se dice, en el mismo informe, que pasaron juntos «toda la noche»: de algo más que de los tristes Borbones hubieron de hablar. Parece nos escuchar la pregunta ansiosa de Liniers, y el grito de su curiosidad ardiente: «¿Le habéis visto? ¿cómo es, cuál es su voz, su figura, su gesto?...» La fascinación universal que Napoleón ejercía y ejerce aún en las almas, arrancando aclamaciones involuntarias á sus mismos enemi-

gos, no podía dejar insensible al Reconquistador, francés, al cabo, y de estirpe militar. También vería alzarse desde su modesta penumbra de gloria local, la imagen resplandeciente del único teatro en que valiera ser actor (1). No se trataba para Liniers—y bien lo mostraría á su hora—de entregar Buenos Aires á un enemigo de España, sino de aceptar la perspectiva de tener por soberano al que, según las últimas noticias, era proclamado y aclamado por la mayoría de la nación. Tal pudo y debió ser, en aquellas horas inquietas, el estado de alma de quien, desde su madurez hasta su muerte en tierra extraña, hubo de sufrir el doloroso conflicto entre deberes inconciliables... Y si es admisible que en lo que faltaba de la noche el atribulado virrey lograra dormir, puede presumirse que agitarían su sueño visiones heroicas que no atormentaban á los dignos miembros del Cabildo y la Audiencia.

Sassenay se embarcó al día siguiente; pero el mal tiempo le retuvo dos días en la rada, no llegando á Montevideo hasta el 19. Apenas desembarcado, fué arrestado como prisionero de guerra y encerrado en la Ciudadela. Al cabo de diez meses logró escaparse,—al parecer con la complicidad de algunos soldados, según el expediente que tengo á la vista; nuevamente capturado, quedó cinco meses con grillos. A fines de 1809, fué transportado á Cádiz y arrojado á un pontón, del cual intentó evadirse en mayo de 1810. En agosto, por fin, logró ser incluido en un cambio de prisioneros ingleses y ver el término de su lamentable odisea.—El trance de un turón sorprendido en el campo por el galope furioso de un escuadrón de caballería: eso era la existencia del hombre en aquellos tiempos de bronce (2).

(1) Recuérdese al viejo Bernadotte, mirando su corona de rey de Suecia y murmurando entristecido: «¡Y pensar que he sido mariscal de Francia!»

(2) Con todo, el ratón escapó. Sassenay, aunque maltrcho y envejecido, volvió, como Candide, «á cultivar su jardín». Llegó á ser diputado en 1830, y murió á los ochenta años cumplidos.

VI

Al día siguiente, 15 de agosto, se publicó la «famosa proclama» de Liniers, como la apellidan nuestros historiadores, exagerando sus consecuencias al par que tergiversan su espíritu: por no llevar esa cuenta exacta de las fechas á que antes me referí, y es el único cartabón que permite en cualquier momento medir el horizonte político, divisable desde Buenos Aires. Aquel documento, acordado con la Audiencia y el Cabildo (y que éstos dejaron de subscribir por cobarde contemplación con el grupo de Alzaga), era todo cuanto en la circunstancia podía y debía ser. Resultaba ambiguo é incierto porque reflejaba fielmente la ambigüedad é incertidumbre de la situación. Lo que procede, pues, para formular un juicio que sea algo más que un prejuicio, es examinar sus principales cláusulas. La proclama consta de cinco párrafos. En el primero se establece claramente que, hasta la llegada de Sassenay, las noticias habían quedado aquí con la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII (14 de mayo) y «la traslación de toda la familia Real á Francia» (10-30 de abril); posteriormente, la llegada del emisario francés había planteado otro problema, al que los magistrados buscaron solución antes de atender las impacientes «vociferaciones de los ociosos». El segundo párrafo comprendía el desembalaje de la maleta: el Emperador reconocería la integridad de la monarquía y sus colonias, respetaría la religión, las propiedades, fueros y costumbres de la nación; por otra parte, no estaba todavía decidida la elección del príncipe, habiéndose convocado cortes en Bayona para el 15 de junio. Pero en el tercer párrafo es donde se reconcentra todo el bonapartismo de Liniers y sus asesores: «el Emperador nos ofrece auxilios, creo que debemos admitirlos

siempre que consistan en armas y tropas españolas»; en cuanto á la actitud de esta colonia, debe ser expectante, es decir lo que fué durante la guerra de Sucesión, «esperando la suerte de la Metrópoli para obedecer á la autoridad legítima que ocupe la soberanía». Ello es todo. Entre tanto, dice el cuarto párrafo, no teniendo el gobierno «órdenes suficientemente autorizadas que contradigan las reales cédulas del Consejo de Indias para la proclamación y jura de Fernando VII. anunciada ya por bando de 31 de julio», se resuelve proceder á su ejecución. El último daba cuenta de las órdenes impartidas en el virreinato para dicha jura, terminando con la *cadencia* de rigor sobre las glorias adquiridas por el «inexpugnable baluarte de la América meridional».

Tal era el documento juicioso, y esencialmente anodino, que nuestros declamadores han descrito como una nube preñada de rayos y centellas. Por cierto que, al disponer la jura inmediata de Fernando,—para el domingo siguiente, 21,—después de conocerse, no sólo la protesta y segunda abdicación de Carlos IV, sino la formal renuncia del príncipe de Asturias y los infantes, incurría en grave inconsecuencia; pero, á más de transparentarse el origen de la cláusula y sus razones locales, debe repetirse que el ilogismo fluía lógicamente de la caótica situación. Ateniéndose á la protesta posterior del rey padre, éste era á quien debiera jurarse de nuevo; por otra parte, las comunicaciones de la junta de Madrid, y de los mismos ex-ministros de Fernando, prescribían el reconocimiento del gobierno provisional sometido á Napoleón. Empero, las cédulas expedidas el 10 de abril por el Consejo de Indias, único representante y órgano legal del soberano ante las colonias, aunque muy anteriores á los otros sucesos, no habían sido oficialmente anuladas ni substituídas (1)... En este laberinto vagaban á tientas

(1) Todas estas páginas de la *Historia* del señor López están llenas de incongruencias: «Llegó (Sassenay)

nuestras desconcertadas autoridades, chocándose en las tinieblas pasiones é intereses públicos á merced de las últimas noticias que trajera una barca de Cádiz. ¿Cómo exigir, entonces, que los hombres se mostrasen más lógicos que las cosas? (1). Por lo demás, es un absurdo suponer—pues todo ello no pasa de suposiciones—que las tendencias bonapartistas de la pro-

con cartas de la Junta de Madrid *fechadas el 14 de junio* (II, 269).—«El 23 de agosto, recientemente jurado Fernando VII (en Buenos Aires, sin duda, pues en Montevideo se juró el 12) llegó á Montevideo D. José Goyeneche» (293).—«El virrey Liniers recibió *el 2 de agosto* las órdenes (para la jura) de la Junta de Sevilla, con fecha de 30 de mayo» (269). ¿Cómo fundar en tan enormes trocatis las historia de un episodio, en que son diarias las peripecias y dependen de horas las relaciones de los sucesos antecedentes con sus consecuentes? Respecto de Sassenay, el mismo señor López transcribe y comenta (página 622) su salida de Bayona en 30 de mayo; y todo el *imbroglio* nace precisamente de haberse embarcado antes de la proclamación de José (junio) y cuando no podía tenerse en Bayona noticia alguna sobre la formación de la Junta de Sevilla (28 de mayo). Goyeneche desembarcó en Montevideo el 19, horas antes que Sassenay (*retour* de Buenos Aires), y fué su primera bravata anunciar que venía á apresurar la jura—que se hizo aquí el 21.—Antes del 30 de julio, se había dado principio á los preparativos para la jura, cumpliendo órdenes, no de Sevilla, sino las muy anteriores de la cédula expedida por el Consejo de Indias, como reiteradamente lo apunta Liniers (proclama y carta á Carlota). Dice Torrente (*Historia*, I, 20) que «el 14 de julio llegó á Montevideo el bergantín *Amigo fiel*, y el 25 de julio la barca *Santo Cristo*, conduciendo este último buque la cédula del 10 de abril que ordenaba la jura». Confirma el dato (aún más irrefragablemente que la *Gaceta de Madrid*, que también lo trae) este pasaje del Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires (29 de julio): «dos pliegos que contenían... las R. Cédulas expedidas con fecha 10 de abril último». El primer «reinado» de Fernando va del 20 de marzo al 9 de abril, en que salió de Madrid para Bayona.

(1) La única actitud prudente fué la del cabildo de Méjico, al prescribir á su virrey (15 de julio de 1808) que siguiera gobernando «á nombre del reino» hasta constituirse definitivamente el soberano legal «sin entregar el gobierno á la misma España, aunque nombrase otro virrey S. M. Carlos IV, ó el príncipe de Asturias bajo la denominación de Fernando, antes de salir de España ó después desde la Francia, ó el señor Emperador ó el duque de Berg». (*La Lealtad española*, IV, 157).

clama irritasen las «pasiones patrióticas» del mismo pueblo que, la víspera y al solo anuncio de la llegada de Sassenay, estallaba en raptos de entusiasmo—excesivos é inconscientes como todos los arranques populares. El impreso pasó inadvertido en Buenos Aires; y aun en Montevideo produjo mucho menos efecto que la circular del 17 que lo acompañaba é iba dirigida á las autoridades subalternas (1). En realidad, como luego se mostrará, ni uno ni otro documento tuvo influencia apreciable en la separación de aquella provincia; el conflicto latente, que hemos visto próximo á estallar después de la Reconquista, obedecía á causas históricas en que los hombres con sus pasiones no eran sino pretextos ocasionales.

La jura solemne de Fernando VII, fijada primero para el 12 de agosto, «aniversario de la Reconquista», y luego para el 30, «día de Santa Rosa», se efectuó en Buenos Aires el 21, sencillamente porque esta fecha correspondía al primer domingo después de los incidentes narrados, y urgía terminar el enojoso asunto. En un artículo de polémica revolucionaria—excesivo por definición,—Mariano Moreno ha pintado en términos inadmisibles la indiferencia con que este pueblo presenciara la ceremonia (2); y no ha faltado quien exagerase la especie, inventando no sé qué fantástico «sentimiento público» que, desde aquella fecha, se mostraba casi tan hostil á España como

(1) La proclama no figura entre los 13 documentos reunidos en Montevideo como capítulos contra Liniers. Se aludía á ella en el número 12, que era la circular, y los fiscales de Buenos Aires decían, rebatiendo la calumniosa acusación: «menos hemos hallado (motivo de sospecha), en la proclama que con fecha del 15 de agosto publicó S. E. con acuerdo y parecer de los dos cuerpos».

(2) Moreno (*Escritos*, 240) sólo se refiere al atrio de Santo Domingo, donde según él, «fué necesario que los bastones provocasen en los muchachos la algazara, que las mismas monedas no excitaban!» Quizá serian pocas... Pero, aunque el hecho fuera cierto, poco probaría contra la «algazara» general. Santo Domingo no fué sino una de las «estaciones» en que el Alférez dió sus tres gritos; el teatro del bullicio era la Plaza Mayor.

á Francia, en sus aspiraciones de independencia. No hubo tal madrugón, y los supuestos anhelos separatistas de aquel momento son anacronismos. A primera vista y sin poseer datos positivos, el caso de que esta población meridional acogiera fríamente un programa de cohetes y faroles, parece tan extraordinario como el de una masa de cal que tuviese contacto con el agua sin entrar en ebullición. Siempre y en cualquier parte, el inmutable pópulo sólo pide *panem et circenses* para alborotarse,—y aun, á falta de pan, le basta el espectáculo. Así las cosas ¡milagro fuera que naciese la excepción en un grupo de sangre española! Pero nos consta por testigos oculares que, á pesar de los aplazamientos y lo difícil de las circunstancias económicas, la jura de Fernando VII se realizó con el mismo entusiasmo, si con menos pompa y estrépito, que algunas anteriores—singularmente la de Carlos III, en que el célebre alférez Matorras echó la casa por la ventana (1).

(1) En cambio, la jura de Carlos IV se efectuó con muy juiciosos ahorros. El virrey Arredondo, en su Informe al sucesor (*Revista de la Biblioteca* [de Trelles], III, 322), consigna el hecho notable de haber dedicado los 10.000 pesos recolectados en el comercio al empedrado de las calles «en lugar de haberlo gastado en funciones y regocijos». Acaso este plausible antecedente influyó también, fuera de las otras razones apuntadas, para que la proclamación de Fernando se contuviera en proporciones modestas, no sacrificándose al vecindario ya muy postrado por las pasadas y presentes contribuciones patrióticas: lo mismo ocurrió en Chile.—Fuera del interesante, aunque descolorido esbozo de Udaeta (*Revista de Buenos Aires*, XV, 166) y de algunos datos de los acuerdos capitulares (reproducidos en Rosa, *Estudios numismáticos*), no creo que exista descripción circunstanciada de la jura de Fernando VII en Buenos Aires. En esta última obra, excelente en su especialidad, se encuentran reunidas, además de las anteriores de Buenos Aires, todas las proclamaciones celebradas en América. Ello permite restaurar por inferencia la fisonomía general de la que cerró la serie. Nada más legítimo que proceder aquí por analogía: basta, para demostrarlo, comparar la descripción de la jura de Salta, no ya con las de Lima ó Méjico sino con la de Madrid (*Gaceta* de septiembre 6 de 1808). Todas estas ceremonias observaban el mismo ritual, no diferencián-

Desde el sábado á la noche, víspera de la jura, los alegres bonaerenses abandonaron, sin distinción de americanos ó europeos, sus casas iluminadas y empavesadas, para recorrer la ciudad llena de cantos y músicas. Los edificios públicos resplandecían con hachas y bombas de colores. En el aristocrático barrio del sud, las calles de Unguera y Liniers (1) rivalizaban en lujo decorativo. En la primera, además de las casas señoriales que hasta los Betlemitas se sucedían, los atrios de San Francisco y Santo Domingo llamaban la concurrencia en torno de sus orquestas colocadas en los tablados de la proclamación: sobre todo junto al templo de las jornadas memorables, á vista de la acribillada torre y las azoteas que fueron cantones de Montañeses, era donde se glosaban á gritos los episodios de la Defensa. Era el foco de atracción de la segunda el cuartel de Patricios, delante de la plazuela de la Ranchería, donde la banda del orgulloso cuerpo estremecía con acentos marciales las Temporalidades, bajo un arco triunfal que ostentaba en su centro un escudo, formado por dos manos enlazadas entre nutridas columnas de versos (2). Pero en el ba-

dose más que en detalles de ejecución: claro está, verbi gracia, que los cuadros decorativos, que en Madrid fueron pintados por Goya, lo serian aquí por algún «Goyo»; pero en lo substancial (si tal puede decirse) se parecían como una misa á otra misa.

(1) Así acababan de bautizarse las que se llaman hoy de la Defensa y Perú. La nueva nomenclatura, destinada á perpetuar nombres que se hicieron más ó menos famosos en las invasiones inglesas, sólo duró hasta 1822. Estas inscripciones oficiales (que se leían en tablillas fijadas en las esquinas) nunca fueron populares. Era uso muy frecuente, como dije más arriba, designar la calle ó parte de ella, por un edificio notable: así la cuadra Belgrano-Moreno, de la calle Perú, se llamaba «*calle del Pino*», la siguiente *calle del Correo*, etc.

(2) UDAETA, *loc. cit.* No deja de ser interesante este primer esbozo colonial del escudo argentino. Por lo demás, las dos manos unidas son de uso muy frecuente en heráldica; Enrique V de Inglaterra, para afirmar sus pretensiones al reino de Francia, llevaba en sus armas dos ma-

rrio de la Catedral al norte, el Real Consulado tanto se había excedido en esplendor y magnificencia, que se encargó un artista inspirado de transmitirlos á la posteridad (1). En el parapeto superior flameaba la inscripción ¡VIVA ESPAÑA! simétricamente repetida; sobre el balcón central, dominando las armas de Castilla, un gran dosel de damasco cobijaba la efigie real. En la doble hilera de balcones laterales, altos y bajos, se distribuían lemas análogos, cubriendo las ocho ventanas del frente otros tantos bastidores con sendas cuartetas, en que se celebraban las virtudes del adorado Fernando y la dicha inefable de América bajo tan sublime monarca (2). Los dobles

nos de justicia enlazadas; en la lengua del blasón este «mueble» se llama *je*. En cuanto al gorro frigio sobre una pica, sabido es que procede de la Revolución francesa; pero mucho antes lo habían adoptado los Países Bajos y también los Estados Unidos.

(1) Un dibujo bastante cuidado de la fachada, el día de la jura, ha sido reproducido en la citada obra de Rosa; está firmado *E. Cerutti*. El vasto edificio del Consulado ocupaba el sitio del actual Banco de la Provincia, y por sus proporciones arquitectónicas, era tan notable á principios del siglo XIX, como lo fué el segundo allá por los años 70 y tantos, antes de multiplicarse las construcciones monumentales. Quiero abundar en detalles precisos para obligar la gratitud de los investigadores futuros, ahorrándoles el trabajo que cuestan estas rebuscas. Hasta 1822, ocupaba el piso alto del edificio el «Consulado» propiamente dicho ó Tribunal de Comercio; en el piso bajo funcionaba la Cámara de Representantes; habia, además, una escuela de dibujo que se incorporó luego á la Universidad. El 1.º de mayo de 1822 se inauguró la nueva sala de representantes, construída por el ingeniero francés Prosper Cattelin, en la calle del Perú, contigua á la antigua Biblioteca, «dijando sus cimientos precisamente sobre el mismo lugar en que se fabricaron los calabozos de Oruro en 1780». Resultando así disponible el antiguo local, el gobierno dispuso que allí se instalase el novísimo *Banco de Buenos Aires*; las aulas de dibujo y el primer patio se reservaron para la *Bolsa mercantil*, también de reciente creación; y el Correo general se desahogó con dos salas en el segundo patio, continuando ocupados los altos por el Tribunal Consular (*Argos*, de enero á mayo, 1822).

(2) He aquí una muestra de estas coplas de ciego,—la

cordones de lámparas innumerables recorrían las cornisas, subían al frontón triangular, exageraban los relieves de las pilastras, festoneaban las jambas y dinteles de las ventanas, convirtiendo la venerable fachada colonial en una calada pantalla puesta delante de una hoguera. En la acera del frente, montaba la guardia al rey fantasma una compañía de Vizcaínos, al pie del tablado en que hacía de las suyas la charanga del batallón; en tanto que sus oficiales, más tiesos que en el Miserere (1), con su lucida casaca azul de peto carmesí y el alto sombrero empenachado, revolvían, como moscas en panal, por las rejas voladas donde formaban ramillete las familias vecinas Del Sar y Escalada, flor y nata del barrio catedralicio. Con todo, nada era comparable al espectáculo y bullicio de la Plaza Mayor, por cuyas cuatro esquinas de la Cárcel, el Mercado, el Coliseo y la Catedral, desembocaban incesantemente ríos humanos. Después de contemplar extático las inúmeras luminarias que coronaban la Recocta y su arco central todo erizado de trofeos, el pueblo fijaba su admiración en la torre y galerías del Cabildo, en cuyas archivoltas los festones de lámparas alternaban con las crestas bermejas de los hacinados estandartes. No desmerecía de aque-

que probablemente correspondía al modesto despacho del secretario Belgrano:

Legítimo sucesor
De la corona y el mando:
Juramos hoy á Fernando
Por nuestro rey y señor.

(1) Sacuí, *op. cit.*, 112: «los Vizcaínos, que tanta arrogancia mostraban antes del ataque de Whitelocke, para después quedar hechos el blanco de zumbas y pupilas». Para acallar estos rencores desfavorables, sus jefes solicitaron certificados de heroísmo que, naturalmente, les fueron otorgados: á estas pretensiones infundadas los Patricios replicaron con la evidencia de su propia conducta, atestiguada por toda la población y los mismos oficiales enemigos. Sobre estos gérmenes de discordia, que pronto fructificaron, véase el tomo VII de la *Biblioteca del Comercio del Plata*.

llos esplendores el arreglo del adyacente cuartel de Miñones, debido á la rumbosidad de su comandante—el mismo Alférez Real y protagonista de la fiesta—que había agotado en el adorno los recursos de su adinerada y catalana fantasía. A continuación, hasta la esquina de Reconquista (Rivadavia), los altos de Riglos daban otra nota social, más elegante, si menos estrepitosa que la del vecino oficialismo. Un solo cordón de globos encarnados y amarillos bordaba la cornisa; pero se exhibían por las ventanas abiertas las famosas arañas de cristal encendidas en la sala; y colgaban ricos tapices de aquellos balcones de hierro forjado que, desde la capitulación de Beresford y la entrega de las armas inglesas delante del Cabildo, hasta la tumultuosa entrada de los vencedores de Caseros, habían de ver desfilar un medio siglo de historia argentina... Dentro del inmenso marco de luz, seguía la muchedumbre colonial desarrollando en el ámbito de la Plaza sus lentas oleadas, que se cuajaban en islotes compactos en torno de las bandas militares y las moji-gangas de gremios. De repente, al primer toque de las nueve, estallaron las bombas y cohetes voladores, poblando el cielo obscuro de centellas y penachos de fuego, en tanto que los castillos fantásticos incendiaban uno tras otro sus arcos rutilantes y ruedas giratorias; y entonces un grito de diez mil pechos, un clamor unísono de *¡Viva Fernando!* cubrió por un minuto las detonaciones y las músicas. ¡El eterno vagido del niño colosal que prefiere por alimento la papilla de la superstición á la médula leonina de la verdad; y, necesitando creer en un supremo dispensador de todo bien y regocijo, se labra un fetiche simbólico con la primer materia que á la mano le viene, ya sea el bronce de un Napoleón, ya el barro vil de un Fernando VII (1)!

(1) Nada queda por decir de la abyección moral y nulidad intelectual de Fernando: es más sorprendente

Al amanecer del día siguiente, las salvas de la Fortaleza y balizas anunciaron al vecindario el acto memorable. Con los primeros repiques de las campanas llenáronse las calles de pueblo endominado; nobles y plebeyos, españoles y patricios, viejos y niños, blancos y morenos, soldados y clérigos, ostentando todos—hasta los frailes de los conventos—una divisa bordada de oro y plata con el sagrado nombre. El solemne *Te Deum* era para el otro día en la Catedral; pero sabíase que las autoridades concurrirían, aunque no en séquito oficial, á la misa cantada de Santo Domingo. Y desde las nueve de la mañana, las masas populares apiñadas en las aceras se descubrían al paso de sus altos mandatarios: el Cabildo pleno, la Audiencia, el Consulado, el obispo Lué con sus dignidades; por fin, en un círculo de jefes y vecinos notables, el virrey Liniers vestido de media gala, la negra cruz de Malta prendida á la solapa, dominando la comitiva con su cabeza blanca y su fino rostro de emigrado francés. Muy pronto estuvo repleto el histórico templo, aglomerándose el gentío bajo el pórtico, en frente de la obscura nave estrellada de cirios, ó formando corros charladores, al tibio sol de invierno, en el atrio cerrado de postes. Y por instantes abríanse los grupos más compactos ante una acometida femenina: frescas muchachas de mantilla y estrecho guardapiés modelando el cuerpo esbelto (1); enormes se-

hallarle extraño á todo hábito palaciego. Talleyrand, testigo simpático en odio á Napoleón, nos refiere su asombro (*Mémoires*, I, 583) al descubrir en Valençay que Fernando y los infantes no sabían disparar una escopeta, ni montar á caballo, ni bailar. En cuanto á los modales, á los detalles íntimos de mesa y tocador, son casi increíbles: esos descendientes de Luis XIV no parecían europeos.

(1) El inglés Vidal, muy pobre dibujante de ordinario, trae en su obra (*Picturesque illustrations of Buenos Ayres*, Londres, 1820) una interesante vista del atrio de Santo Domingo con un grupo de porteñas saliendo de misa: la de la izquierda, vestida de negro, es verdaderamente deliciosa. Podría deducirse del texto que Vidal tuvo á la vista un croquis hecho algunos años antes por

ñoronas que llegaban jadeantes, con el rebozo en banda, interrumpiendo el febril abaniqueo para alcanzar un coscorrón al negrito de la alfombra. Por fin, al toque de las once terminó la misa solemne, alargada aún por una fogosa homilía del padre Grela, que así ensillaba entonces el rocín monárquico como tomaría después la patriótica podadera; y desfiló con paso lento la grave concurrencia, disolviéndose en la Plaza Mayor, para reorganizarse á la siesta y decentar el macizo programa.

A las dos de la tarde hormigueaba en la Plaza Mayor la alborotada muchedumbre, ávida de gozar al fin el diferido espectáculo. Estaban ya formadas en su sitio respectivo, y banderas desplegadas, las tropas urbanas: los tercios de Patricios en la calle central que del arco de la Recova al Cabildo dividía la plaza; los Miñones delante de su cuartel; los Arribeños á lo largo de la Catedral, y en el resto del cuadro los Andaluces, Vizcaínos y Gallegos. Debajo de los balcones capitulares, levantábase á dos varas del suelo el escenario de la simbólica loa: era un vasto tablado de nueve varas de frente, con balaustrada corrida y escaleras laterales,—el mismo que sirviera algunos meses antes para el sorteo de los esclavos manumisos, pero nueva y ricamente decorado para la circunstancia. Las columnas angulares, revestidas de trofeos y alegorías, dejaban ver un dosel carmesí coronado por las armas de España, que cobijaba el flamante y todavía velado retrato del monarca en su marco de oro (1). Delante

un viajero inglés». ¿No sería el mismo oficial que ejecutó los excelentes dibujos á pluma sobre la Reconquista y la Defensa? Así se explicarían á la vez los trajes de las mujeres (que parecen ser del año 10) y el mérito inusitado del trabajo.

(1) *Acuerdo del Cabildo* (29 de julio): «Ordenaron se llamase en el acto al retratista D. Angel de Campugnesqui, alias el Romano, á quien se le encargó que sin pérdida de instante y trabajando de día y noche, procurara sacar un retrato el más perfecto de nuestro Rey el Sr. D. Fernando VII, á cuyo efecto se le franquearon copias grabadas».

del sitio reservado al virrey, una mesa cubierta de cojines de terciopelo esperaba el real pendón; y por el fondo y costados del tablado se distribuía la «rica sillería» con arreglo al ceremonial. Un toque de clarines anunció la llegada de la comitiva; y las músicas rompieron á tocar marchas, mientras la escolta de dragones desembocaba del arco de la Recoya, precediendo el séquito en dos alas que formaban, con sus vistosos uniformes ó las insignias de su cargo, los jefes de mar y tierra, los miembros del Cabildo y del Consulado, los ministros de la Real Hacienda y la Audiencia; por fin, solo en el centro de la calle, el virrey Liniers: alto, robusto, muy erguido en su magnífico traje de capitán general, bordado de oro en las costuras y las vueltas encarnadas, saludando con su galoneado bicornio al pueblo que lo aclamaba. Apenas ocupado el tablado por las autoridades, asomó por la calle de la Victoria un escuadrón de húsares, anunciando el Real pendón que se traía de la casa del Alférez. A poco apareció este héroe del día—á mil leguas de su escritorio de mercader,—en su traje de corte, montando un magnífico tordillo enjaezado, seguido del diputado del Cabildo que traía el estandarte en su funda de seda, entre los cuatro reyes de armas, maceros y lacayos de librea. Colocado en la mesa el pendón, se adelantó el Síndico Villanueva, acompañado del Escribano Mayor, y leyó la proclama de estilo: el Alcalde Alzaga descubrió el retrato; el Regidor decano desplegó el estandarte con los colores y armas de España, ante el cual se postró el Alférez, jurando obediencia; y estallaron á un tiempo las salvas de artillería, los redobles de los tambores y los repiques de la campana municipal. En seguida, el Alférez Real hizo frente al pueblo con el pendón alzado, mientras los reyes de armas reclamaban silencio desde las cuatro esquinas del tablado, y arrojó al espacio las voces tradicionales: *¡Castilla y las Indias, por nuestro Rey el Señor Don Fernando Séptimo que Dios guarde!*—De repente vióse á Liniers dar un paso adelante,

y, pálido de emoción, extender en solemne ademán de pleito homenaje, la desnuda espada hacia la efigie del príncipe. Un entusiasmo inexplicable arrebató la gran alma instintiva de la muchedumbre, que prolongó como un solo trueno sus aclamaciones al héroe todavía popular,—en tanto que Alzaga fijaba en el francés su recelosa mirada, y el noble Belgrano percibía vagamente en la actitud de su jefe la tristeza de un adiós. Acaso, entre los testigos más cercanos, que lo eran los oficiales patricios, algunos sintieran agitarse las banderolas del regimiento reconquistador, como se estremecen las copas de los álamos mucho antes de la tormenta. Ninguno, empero, pudo entender el sentido profundo del gesto teatral, que acababa de sellar entre un hombre y una dinastía el pacto de sangre que ya no lograrían romper ni las calumnias de los correigionarios, ni los halagos de los criollos, ni los recuerdos de la patria nativa,—ni siquiera la clara visión del sacrificio consumado por una causa indigna!

Mientras el virrey se retiraba al Fuerte con su escolta, y el Ayuntamiento se reunía en la sala capitular á extender «el acta de la augusta ceremonia para constancia en todo tiempo» (1), el Alférez Real proseguía, en la misma forma y con el propio séquito, la proclamación y paseo del estandarte en los ángulos de la Plaza Mayor, y luego en los atrios de la Merced y Santo Domingo. ¡Allí fué el derramar de cuatros y pesetas por los reyes de armas que llevaban llenos sus azafates (2)! Por fin, se fijó el estandarte en el balcón central del Cabildo, donde había de quedar enarbolado hasta el toque de queda. El Alférez se dirigió luego á su casa donde, despojado de sus

(1) *Acuerdo del 21 de agosto*; se dice en él que quedaba á cargo del Alcalde de primer voto la «relación puntual de todas las circunstancias, que deberá formarse y darse á la prensa con la posible brevedad»; pero no creo que tal relación se haya publicado ni exista manuscrita.

(2) Llegaron tarde las medallas de oro y plata que se mandaron batir en Chile, distribuyéndose tres meses después de la jura.

arreos, reapareció el catalán ricacho D. Olaguer Reynals, que ofrecía un suntuoso banquete á las autoridades y representantes conspicuos del vecindario, con música y refresco en el patio para la concurrencia de menor cuantía. A la noche recrudesció la pública algazara: nuevas y, si cabe, más espléndidas iluminaciones, fuegos artificiales, bandas y orquestas por todas partes, cantos y bailes al aire libre; con el obligado epílogo, al día siguiente, del *Te Deum* cantado en la Catedral, y, por la tarde, su buena corrida de toros en la plaza del Retiro, para que á estas últimas fiestas de la patria vieja nada les faltara del sabor español.—Tal se realizó en Buenos Aires la jura del nuevo monarca, á los pocos días de haber salido por las calles el mismo pueblo, con los mismos cohetes y vítores parecidos en honra de Napoleón. ¿Acaso dejaba de ocurrir lo propio en España, y puede darse algo más semejante á la proclamación del rey Fernando en Madrid, el 24 de agosto—casi el día de la jura en Buenos Aires—que el alzamiento de pendones por el rey José, realizado un mes antes en la coronada villa (1)?

(1) La jura de José Napoleón I se efectuó en Madrid el 15 de julio de 1808, haciendo de Alférez Real el conde de Campo Alange. La describe la *Gaceta de Madrid* del 27, en términos análogos á los que había de emplear la misma *Gaceta*, el 6 de septiembre, para la jura de Fernando VII, sin omitir las protestas de fidelidad de los grandes, ni las aclamaciones entusiastas de los chicos. Todo ello ha sido después atenuado, tergiversado, cuando no rotundamente negado por los historiadores españoles: pero la verdadera historia, más que en la prosa gerundiana de Toreno, se encuentra en las actas y periódicos del día, que no prevén el día siguiente;—sin que por esto disculpeamos á Napoleón, y veamos otra cosa que un acceso de delirio en la guerra de España, aunque se hubiera evitado el desastre moralmente irreparable de Bailén. El error funestísimo de Napoleón fué la eliminación de Fernando; dominando á éste, que dominaba á España, quedaba realizada la conquista pacífica. Allí fué, *más que el crimen, la falta inespiable*, para reeditar la frase de Talleyrand. Con Fernando como rey indolente, que se casara en su familia, el Emperador habría realizado en España un protectorado tan seguro y tranquilo como los que Inglaterra tiene en las Indias y Francia en Túnez bajo la pantalla nominal de un bey ó rajá.

CAPITULO SEGUNDO

EL CONFLICTO COLONIAL

I

No bien apagadas las luminarias de la jura, encendiéronse entre Buenos Aires y Montevideo las teas de la discordia, cuyas consecuencias lejanas, como lo tenemos indicado, fueron la escisión de la provincia uruguaya. La ruptura del vínculo colonial era un accidente en sí mismo reparable; lo que agravó el divorcio hasta impedir toda reconciliación, aun después que la aconsejara la mejor defensa de la causa común, fué la subsistencia de los resentimientos durante el cisma cultivados. Pudieron más tarde confundirse los intereses: no se fundieron los corazones; y la historia acentuó el aislamiento creado por la geografía. De este divorcio, cuyas consecuencias penden aún sobre el estado más débil, la responsabilidad, antes como después de la revolución, incumbe toda entera á Montevideo. No pudiendo negar la evidencia, los historiadores más juiciosos de aquel país han intentado velarla, estableciendo entre el pueblo y sus autoridades un dualismo que los documentos no justifican. El más imparcial estudio de los hechos demuestra, por el contrario, que si el navarrote Elío—para referirnos sólo á él—pudo causar tantos disturbios en el Plata, fué por apoyarse constantemente en aquel Cabildo y la parte más influyente del vecindario.

Al día siguiente de la jura (22 de agosto), el

cabildo de Buenos Aires dió á luz una proclama firmada por todos sus miembros, incluso Alzaga, cuyos términos sensatos y conciliatorios comentaban el acto recién realizado. Se lo presentaba como el cumplimiento de una obligación anterior y ajena á los últimos trastornos de la Península, cuya suerte debía dilucidarse en Europa; entre tanto, sólo procedía mantener en el virreinato el orden existente, y demostrar que «regido por su digno jefe, el Excmo. Señor Virrey D. Santiago Liniers y Brémond, ha sabido unir la conveniencia de sus intereses á la justicia de su causa». Sin examinar el grado de sinceridad de estos últimos conceptos, resalta en la proclama del 22 el propósito de comprometer lo menos posible la actitud futura, acogiéndose el gobierno al homenaje que al soberano nominal acababa de prestar para resistir otras innovaciones. Pero en la circular del 26, que el mismo Cabildo dirige á los ayuntamientos y prelados del virreinato, todo aparece cambiado: estas provincias deben seguir en todo el impulso de la Suprema Junta de Sevilla, «sujetándose á sus sabias disposiciones y contribuyendo con cuanto penda de su arbitrio al buen éxito de una guerra justa, emprendida en defensa de la religión hollada, del monarca perseguido, etc.». ¿Qué había ocurrido en tan breve intervalo? Sencillamente la arribada de un aventurero de alto vuelo, improvisado brigadier al solo efecto de propagar en estas provincias la buena nueva sevillana, y cuyas primeras proezas en América merecen párrafo aparte.

Don José Manuel de Goyeneche y Barreda pertenecía á una buena familia arequipeña. Teniente de milicias en el Perú, pasó á España en 1795, y se dice que allí, de sopetón, á los veinte años, obtuvo el empleo de capitán de un regimiento formado por el limeño D. José Antonio de Lavalle. Dióse luego á viajar por Europa, provisto de una indecisa comisión militar que le permitió, nos cuenta el biógrafo Cortés (á quien lo ingenuo no quita lo valiente), presenciar, entre otras ma-

niobras memorables, las mandadas en «*Bruselas y París por Bonaparte*» (!): agudeza de visión que despertó el entusiasmo de Godoy. Lo más probable es que Goyeneche, buen mozo, elegante, fanfarrón, sembrase por las capitales europeas su patrimonio, sin levantar otra cosecha que una notable habilidad para el embuste y la intriga. Al enturbiarse las cosas de España, acudió á Madrid, seguro de hacer pesca en ese río revuelto. Por de pronto, logró introducirse en las antecámaras del gran duque de Berg, brindándose para venir á estos virreynatos y enredar en favor de las ideas napoleónicas: fué aceptado su ofrecimiento, y no es dudoso que del trapicheo sacaría algún partido. Vino efectivamente á embarcarse en Cádiz; pero al pasar por Sevilla, no pudo asistir sin entusiasmo patriótico al asesinato del conde del Aguila por las turbas feroces, y, con la comisión de Murat en el bolsillo, abrazó en el acto la causa que tan á lo vivo demostraba su legitimidad. La recién establecida Junta provincial,—pues no era más por entonces la titulada «Suprema de España y las Indias»,—no pudiendo aviarle en otra forma más palpable, hizo todo un brigadier con el vago capitán de milicias, que para ello bastaban tinta y papel; y en los primeros días de junio, lo despachó á estas Américas, portador de instrucciones y noticias tan auténticas como su generalato. Y lo más inaudito—que pinta lo perturbado de los espíritus—es que todas las autoridades legítimas de dos virreynatos acogieron sin vacilación este proconsulado de contrabando, acatando sumisamente las usurpadas atribuciones de la Junta de Sevilla, cuya supremacía no era por ninguna otra de España reconocida;—y de este trampolín funambulesco fué cómo saltó Goyeneche á las realidades más sólidas de la fortuna y de la gloria (1).

(1) Murió en Madrid, en 1846, siendo teniente general, grande de España, conde de Huaqui, etc. Siempre feliz, no estaba en el Perú cuando desembarcaba allí San Martín; y llegó á España después de terminada la

En los dos días que Goyeneche pasó en Montevideo, además de esparcir sus abultadas noticias sobre la situación de la metrópoli, que, salvo en los bordados apócrifos, poco ó nada agregaban á lo sabido (1), se dedicó á fomentar la discordia existente entre las dos poblaciones. Pintaba á cuantos querían escucharle la eficacia de las Juntas populares y los resultados fulminantes del levantamiento de España, no sin agregar que la presencia de un jefe francés á la cabeza del virreinato era en tales momentos una monstruosidad. Con todo, no alcanzó gran predicamento con Elío, quien, á todos sus defectos no juntaba el gusto de la tramoya hipócrita; también algo se susurraba ya, por el comandante del bergantín en que vino Goyeneche, de sus promiscuaciones en Madrid y Sevilla. Todo ello,—agregado á lo de no poder Montevideo suministrarle lo que anhelaba, que era seguir con tren rumboso la jornada al Perú,—aceleró la marcha á Buenos Aires del industrioso brigadier. Llegó aquí el 23 (2); y,

guerra; fué nombrado gentilhombre de cámara, para que alguna vez estuviera en su verdadero puesto. Sus panegiristas fervorosos ocultan con exquisito celo los accidentes picarescos de su carrera; y Mendiburu se indigna contra Funes que la condensó en cinco epítetos justicieros. Pero si la indignación *facit versum*, no hace prosa documentada.

(1) Es así como daba por hecho consumado (á fines de mayo ó principios de junio) la prevista cesación de las hostilidades con Inglaterra, cuyo decreto, levantando el bloqueo de los puertos españoles, es del 4 de julio. También presentaba como una solemne declaración de guerra de España á Francia las primeras vociferaciones de Sevilla (6 de junio). Era un rasgo curioso de aquellas proclamas de la Junta provincial, no llevar más firmas que las de los secretarios. El primero y más considerable era don Juan Bautista Esteller, que vino luego al Brasil como subalterno de Casa Irujo; de suerte que este inofensivo D. Juan Bautista era quien aparecía declarando la guerra y manoseando á Napoleón!

(2) Goyeneche desembarcó en Montevideo el 19, estuvo allí dos días y llegó á Buenos Aires el 23 (dos días de viaje por la Colonia). En esta cronología elemental, establecida por los textos y los hechos, encuentran como enredarse nuestros historiadores. Ya hemos oído á López, (*Historia*, II, 293): «El 23 de agosto, recientemente ju-

con su descarado habitual, fué su primer ademán precipitarse en los brazos abiertos del candoroso Liniers. Este le instaló en el Fuerte, y durante algunas semanas absorbió como palabras de evangelio las faramallas del arequipeño, que á los mismos andaluces acababa de embair. Por cierto que para él era juego harto sencillo el captarse la voluntad del virrey, denigrando á Elío y excitándole contra la rebelión de sus subordinados. Pero al propio tiempo que tomaba parte activa en los consejos de gobierno, se las arreglaba para que Alzaga y el grupo europeo quedasen firmemente persuadidos de que trabajaba con ellos contra el jefe sospechoso. Sin atrevernos á decidir—que fuera intrincadísimo problema—en cuál de las dos actitudes Goyeneche se apartaba menos de la sinceridad, remataremos la silueta de tan singular personaje, diciendo que, sin perjuicio de aceptar tal cual ayuda de costa de Alzaga (1), obtuvo del virrey el nombramiento de coronel de Arribeños, con comisión en el norte del virreinato: vale decir que, bien abastecido y recomendado como real funcionario á las autoridades del tránsito, pudo transportarse cómodamente al Alto Perú, teatro de sus futuras y más graves hazañas.

Por entre su aparato charlatanesco, el paso por

rado Fernando VII, *llegó á Montevideo* D. José de Goyeneche». Mitre (*Belgrano*, I, 234): «La solemne jura de Fernando VII se celebró el 21 de agosto, presenciando este acto el general D. José Manuel de Goyeneche». Pudieron inducir en error al señor Mitre los términos generales con que Liniers, en su comunicación á la Junta de Sevilla, daba cuenta de la llegada de Goyeneche, «testigo presencial» de los sucesos recientes: pero sobre lo de ser errónea la afirmación, no hay duda posible. Todas estas páginas de la *Historia de Belgrano* son bastante confusas; por momentos dan á sospechar una transposición: baste decir que, después de enseñarnos así el fantasma de Goyeneche en Buenos Aires en el capítulo VI, el autor nos describe su llegada á Montevideo en el capítulo siguiente.

(1) Así lo deja entender el honrado Sagui (*Ultimos cuatro años*, 111), contemporáneo y testigo de los sucesos, que rara vez se equivoca y nunca miente.

el Río de la Plata de este Figaro con entorchados, dejó esparcidas en la opinión dos especies erróneas que, supuesto el encono de los ánimos, iban á prosperar desastrosamente, suministrando base y pretexto, en apariencia legales, á los movimientos subversivos. Era la una, tener por válida y regular la representación nacional que la Junta de Sevilla se arrogaba; la otra consistía en admitir como una forma viable de gobierno, é imitable en las colonias, aquella pululación de juntas provinciales que en la misma España iban á desaparecer. Como ya indicado se tiene, la Junta creada en Sevilla, á fines de mayo, no difería por su origen ni por su carácter de las existentes en otras ciudades, no siendo todas ellas sino la manifestación de la «anarquía espontánea», que diría Taine, surgida fatalmente de la ausencia de todo gobierno en las provincias que no reconocían al «intruso». Sin insistir en los sangrientos atentados contra las autoridades y excesos populares que en todas partes,—sin exceptuar, por cierto, á Sevilla,—señalaron ese desborde de bandolerismo patriótico: baste dejar asentado que, no bien retiradas al norte del Ebro las tropas francesas después de Bailén, todos los esfuerzos de los directores del levantamiento tendieron á la constitución de una sola junta central, dejando suprimidas todas las locales, y desde luego la de Sevilla,—la cual, sin mandato alguno, usurpaba funciones soberanas que ella sola se había conferido. Tal fué el propósito que presidió á la erección de la Junta Central del reino, que se instaló en Aranjuez, el 25 de septiembre de 1808. Háse puesto en duda la legitimidad de esta misma Junta, formada por simple delegación de las provinciales, y que asumía el gobierno en nombre de un príncipe que, desde Francia, la repudiaba: examen sería este muy extraño á nuestro asunto, tanto como el de comprobar la impotencia política que demostró antes y después de su huída á Andalucía en diciembre del mismo año. Pero lo que está fuera de discusión y basta á nuestro objeto, es que ninguna pro-

videncia de la primera Junta de Sevilla debió valer para estas Indias (1): mucho menos las torpes imitaciones que de aquélla se intentaron, con desprecio de la única autoridad española que sobre los trastornos dinásticos quedaba aquí subsistente y capaz de resistir á las insidias del Brasil. Ahora bien: el día mismo en que la metrópoli suprimía sus pandillas tumultuarias, sólo eficaces para la anarquía, era el que elegían el gobernador de Montevideo y sus prosélitos, en medio de las intrigas portuguesas, para intentar una realización tardía y paródica de las juntas provinciales: movido aquél por su odio vizcaíno contra el francés Liniers; impelidos éstos por sus envidias lugareñas contra Buenos Aires, y contando el uno y los otros con la absurda complicidad de este partido español para cooperar á la ruina de España. Los incidentes de este conflicto intestino, complicados con las encontradas pretensiones de los príncipes brasileños y las maniobras de algunos platenses refugiados en Río, son los que llenan y agitan lo que resta del virreinato de Liniers, hasta la venida del infeliz Cisneros que presidirá, aún más inconsciente que impotente, á la incoercible avenida de la revolución.

II

Hemos visto iniciarse con la llegada de Sassenay la actitud insubordinada del gobernador Elío, y luego acentuarse ésta con la orden superior de

(1) Participaron de la aberración general todas las autoridades americanas, y desde luego las del Río de la Plata, como puede verse en el documento núm 3, dirigido en 14 de septiembre por el virrey Liniers á la Suprema Junta de Sevilla «que en representación de la nación gobierna estos dominios». El mismo, en otra comunicación del día 13, á la infanta Carlota, le da cuenta de haber llegado el 23 el brigadier D. Josef Goyeneche, *diputado de la Junta Suprema Nacional convocada en Sevilla*.

aplazar la jura, que fué desobedecida. El tratamiento salvaje, de que fueron víctimas el inculpable emisario y los aun más inocentes marinos del *Consolateur*, revelaba la fermentación obrada por el fanatismo patriótico en esa alma violenta y espíritu estrecho de soldado medioeval. La proclama del 15 de agosto, y sobre todo la circular á ella adjunta, produjeron el estallido; al propio tiempo que, según se dijo, las pérdidas sugestiones de Goyeneche indicaban la forma con que pudiera cohonestarse el alzamiento (1). Elío se estrenó dirigiendo al virrey, á quien debía su puesto, una carta insolente y jactanciosa como todo él, y dándole publicidad aun antes de que llegara á su destino. Pocos días después (principios de septiembre), tomado el consejo de algunos capitulares, el Gobernador publicó una grotesca «declaración de guerra» á Napoleón, cuyas fuerzas se componían en Montevideo de los infelices naufragos franceses; y, agregándole una nueva carta en que intimidaba á su jefe la cesación del mando (2), despachó ambas piezas con el síndico Gu-

(1) Entre los documentos remitidos por la Junta de Montevideo al enviado Guerra, que iba á gestionar ante la de Sevilla la desaprobación de Liniers, figuraba, bajo el núm. 15, una «justificación producida para acreditar que Goyeneche *dijo* estar autorizado para erigir juntas en la Capital y toda la provincia, y que así lo practicaría luego de llegado á Buenos Aires». Sabido es cómo Goyeneche dijo ó hizo en Buenos Aires todo lo contrario que en Montevideo, según lo declara la misma Junta en sus instrucciones á Guerra (*Documentos de Lamas*, I, 479): «Conviene se toque algo acerca de Goyeneche, pues es remarcable la ligereza con que, á los tres días de llegado á la Capital, dió á Liniers por hombre justificado». La Audiencia de Buenos Aires (en su auto de 15 de octubre) demostró que Goyeneche no traía tal autorización escrita: más categórico y ajustado á la ley hubiera sido contestar que este gobierno obedecía las órdenes emanadas del Consejo de Indias, que todavía funcionaba, y no las de una Junta provincial.

(2) BARZÁ, (*op. cit.*, II, 559). El general Mitre (*Belgrano*, I, 233) pone en duda esta intimación: pero ella consta de una declaración algo posterior (5 de octubre) del mismo Cabildo de Montevideo (*Documentos de Lamas*, I): «Montevideo *ha dicho* y sostiene que esta [felicidad]

tiérrez, que debía exigir no se abriese el pliego sino en presencia del virrey, de la Audiencia y del Cabildo reunidos, como rezaba el sobrescrito. Así se hizo, y, concluida la lectura, por unanimidad de votos (no faltando el del inevitable Goyeneche), se resolvió ordenar á Elío que compareciese á dar cuenta de su conducta. El rompe esquinas se cuidó mucho de cumplir la orden; en consecuencia, el virrey, en 17 de septiembre, le «relevó del gobierno político y militar de esa plaza», y nombró en su reemplazo al capitán de navío Michelena, quien salió al día siguiente, llevando las instrucciones del caso para las autoridades militares y civiles, y bien resuelto á colgar el cascabel al gato navarro. Apenas llegado, el 20 á la tarde, el gobernador *in nomine* se dió prisa para realizar su empresa,—y con tal éxito, que el 21, á las cinco de la mañana, volvía galopando camino de la Colonia! Los jefes todos se habían declarado enfermos; Elío había recibido con los puños cerrados á su reemplazante; el Cabildo estaba tomando en solemne consideración el nombramiento, cuando, invadido oportunamente por un grupo popular, aconsejó al candidato una prudente retirada. El malparado mandatario sólo halló refugio aquella noche en la casa de Prego de Oliver, el inagotable cantor de las funciones patrias y administrador de la Aduana en sus ratos de prosa: pero no dice la historia si abusó de la coyuntura para servir á su descablado huésped alguna oda á lo Gallego acabadita de poner.

Entre tanto, recorría las calles de Montevideo una *manifestación* lírico-popular, que con razón un historiador nacional califica de «imponente»: pues, á raíz de imponer al Ayuntamiento la

dad] peligra, mientras el gobierno permanezca en manos de un jefe nacido en el centro de ese imperio sacrilego... Por eso pidió su remoción». A renglón seguido, escribe el señor Mitre: «Así las cosas, Alzaga se trasladó á Montevideo bajo pretextos de salud». La ausencia á que se alude es la del mes anterior, antes de la proclamación.

convocación de un Cabildo abierto, y á Elío su resolución de no dejarle salir, se dirigió al domicilio de Michelena para imponerle de otra resolución, según se desprendía de estos versos incorporados á la música, y que el buen Oliver hallaría sin duda menos medidos que los suyos:

¡ Muera Michelena!
 ¡ Muera el traidor!
 ¡ Muera Buenos Aires!
 ¡ Viva nuestro Gobernador!...

Felizmente, el beneficiado, harto de poesía, había ganado el campo, no quedando sino el dueño de la casa para felicitar á sus deplorables émulos. Así comenzó y terminó el gobierno de Michelena; mientras el de Elío se afianzaba sobre la primera de esas bellas deliberaciones populares que, andando el tiempo, iban á ser el instrumento preferido de gobierno en las democracias hispano-americanas.—Entre nosotros, por haber naturalmente revestido esta forma plebiscitaria la revolución de Mayo, la expresión de «Cabildo abierto» ha quedado sacrosanta, y no aparece sino envuelta en una como aureola de fantástica grandeza: es para muchos imposible pronunciarla en otro tono que el ditirámico y con doble sostenido (1). Despojado de todo convencionalismo supersticioso, el tal cabildo, ó mejor, *concejo* abierto (pues creo sea esta la denominación más habitual en los autores clásicos), nunca fué tenido por un procedimiento regular entre los pueblos modernos, fuera de las cortas agrupaciones donde subsistía á la

(1) Así, en la *Historia de Belgrano*, I, 248: «Montevideo fué el primer teatro en que se exhibieron en el Río de la Plata las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto y la constitución de una Junta de propio gobierno nombrado popularmente». En cuanto á ser este el primer caso de Cabildo abierto, basta recordar, como el señor Mitre lo tiene explicado con insistencia (*Op. cit.*, I, 141 y *passim*) que no tuvo otro origen el nombramiento de Liniers.

par de las costumbres pastorales. Este ejercicio directo de la soberanía significaba un regreso hacia el estado natural, no pudiendo, por lo tanto, aceptarse sino como recurso extremo—*ultima ratio populi*—del número y de la fuerza contra un gobierno despótico. Háse dicho en son de epigrama que «un motín es una revolución vencida, y una revolución, un motín victorioso»: acaso fuera más justo y exacto juzgar por sus causas á las insurrecciones que fracasan, y por sus efectos á las que triunfan. Sea como fuere, muy lejos de importar un medio de gobierno, implica la interrupción localizada y momentánea de todo gobierno, la tabla rasa política. En el mejor de los casos, substituye la tiranía de las masas á la tiranía de los individuos. Viénese repitiendo por nuestros historiadores que el «cabildo abierto» se encuentra en las tradiciones y constituciones del antiguo régimen municipal: creo que les sería difícil probar su afirmación, y exhibir un texto en que se formulara, entre los derechos ó deberes de los ayuntamientos, el de presidir á cualquier avance tumultuario contra su propia autoridad (1). Que esto ocurra en la práctica, sobre todo

(1) No he encontrado mención del cabildo abierto en Solórzano, ni creo que la haya en los antiguos códigos españoles. En cambio una ley de Juan II, año de 1422 (N. R., lib. VII, tít. III, ley I) previene que «las Justicias no consientan, que fagan levantamientos ni ayuntamientos contra el Concejo y Oficiales, ni comunidad de gente para embargarlos en regir y gobernar, ni á los Justicias en la execución dello...». Castillo de Bovadilla, el gran expositor del derecho comunal español, trae dos menciones del «concejo abierto» (*Política para corregidores*, II, pág. 122 y 127 de la edición de Amberes, 1750). En la primera se dice que «aunque es verdad que en la congregación y universidad de todo un pueblo (que se llama *concejo abierto*) residía la mayoría y superioridad, pero ya por costumbre reside en los ayuntamientos y concejos...»; en la segunda se establece que «los Regidores representan al pueblo... sin que sea necesario concejo abierto para ello; esto es en las ciudades y lugares populosos; porque en las pequeñas villas costumbre ay de juntarse el pueblo para algunas cosas señaladas; y en el corregimiento de Vizcaya se junta y congrega para algunas ocasiones en el campo do dizen el arbol de Garnica». Rousseau, que seguramente no conocía á Bovadilla, tuvo

en los países donde la libertad y la licencia son las dos caras de una sola medalla; y que allí mismo el empleo de ese procedimiento revolucionario haya sido alguna vez salvador, por otras ciento en que resultara funesto: nadie ha pensado en discutirlo. Ello no le impide representar simplemente una variedad de la sedición. Todos los casos de concejos abiertos, que en la historia hispano-americana se registran, son sediciosos en su origen ó en su realización, cuando no en su doble fase. Como los de Buenos Aires y Montevideo, á que antes se aludía, se inician con la invasión de las salas capitulares por un grupo callejero, entre «¡vivas!» y «¡muertas!» igualmente irracionales y subversivos, para rematar con un atropello á la ley, mentidamente revestido de apariencias legales,—y sin que, lo repito, el resultado benéfico de tal ó cual de esas ciegas impulsiones modifique su carácter esencialmente antipolítico y antisocial: del propio modo que el hecho de haber acertado por casualidad, al hacer fuego contra un transeunte desconocido, con la supresión de un malvado, no modifica la moralidad del acto. Existen, sin duda, para los pueblos como para los individuos, casos de legítima defensa; pero éstos quedan excepcionales, y no se establecen principios para las excepciones. En lugar, pues, de celebrar los llamados «cabildos abiertos» como una conquista ó una manifestación de la democracia, debemos tenerlos, á la par de las «montoneras», «puebladas» (pues Sud América se vanagloria de haber bautizado con nombres nuevos esos achaques viejos), motines, pronunciamientos y otras materias de derecho *inconstitucional*, por lo que son en realidad: á saber, erupciones del virus anárquico que prospera, cual en sitio de elección,

á la vista la misma imagen del roble de Guernica, al buscar un ejemplo de comicios agrestes entre poblaciones cortas y primitivas (*Contrat social*, IV, I): «*On voit chez le plus heureux peuple du monde des troupes de paysans régler les affaires de l'Etat sous un chêne...*»

en las entrañas hispano-americanas; y que, sin gravedad para el organismo político si fueren accidentales, lo mantienen, tornándose consuetudinarias, en un estado de miseria fisiológica é incurable marasmo.

Celebróse al fin, el 21 de septiembre, el vociferado cabildo abierto, en la misma casa consistorial y bajo la presidencia de Elío. Lo componían, además de los capitulares, jefes militares, funcionarios civiles y unos veinte diputados del pueblo, quien, por las puertas y ventanas abiertas, asistía á la discusión, formando la mosquetería de esa comedia. Sabíase de antemano el resultado, habiéndose distribuido pasquines, firmados por el alcalde Parodi (¡nombre simbólico!), que contenía la invariable consigna, entre alabanzas á Elío é insultos á Liniers. Pero, como abundaran en la asamblea los togados y teólogos, salieron á relucir las argucias legales, sosteniéndose la doble tesis contradictoria de que, por una parte, el relevo de Elío era nulo por no haber sido consultada la Audiencia, y por la otra, había caducado la autoridad de Michelena, por haberse ausentado sin anuencia del Cabildo! Menos vergonzosa que esta sofistería de leguleyos fué la moción de los diputados, que al fin se impuso, y consistía sencillamente en desconocer la orden del virrey y mantener á Elío, elevándose el expediente de protesta á la Audiencia de Buenos Aires, á la vez que á la Junta de Sevilla. Entonces intervino el «pueblo soberano», compuesto de unos doscientos mirones reclutados por el Cabildo: oyéronse desde afuera los gritos de *¡Junta como en España! ¡Abajo el traidor Liniers!* Y este patriótico programa fué puesto en deliberación y aprobado por la asamblea, *nemine discrepante*. La primera parte era de realización inmediata: quedó erigida una Junta de gobierno, independiente del virreinato y presidida por Elío. La ejecución de la segunda cláusula parecía más laboriosa; pero se dió hacia ella un paso importante, decretando que ninguno de los jefes y oficiales existentes en la provincia debía obedecer

las órdenes del virrey. Para la consecución del resto del programa, ó sea echar abajo á Liniers, se despachó á Sevilla el ya nombrado don José Guerra (¡otro nombre simbólico!), portador de un expediente de cargos pueriles ó calumniosos contra el virrey,—el cual, agregado á otras denuncias elaboradas en Buenos Aires, había de surtir á su tiempo el efecto apetecido.

Así quedó erigida en Montevideo la Junta de desgobierno, é inaugurada en aquel suelo fecundo la serie de alzamientos y motines que, mejorando lo presente, había de dar tan alto color local á la historia uruguaya. Respecto del hecho mismo, como acertadamente lo apunta su historiador nacional (1), «sería inoficioso extremar comentarios». Aun prescindiendo de su desastroso funcionamiento, cuyos ejemplos se exhibían en la metrópoli con sobrada elocuencia, esta pretendida imitación americana de las juntas españolas descansaba en un error grosero, que ni en la vista fiscal antes citada ni en la carta del oidor Cañete (2) se evidenciaba bastantemente. Por sobre los argumentos generales, fundados en la entidad monárquica y la única delegación legítima del soberano en el jefe del virreinato, contra cuya constitución se atentaba abiertamente, pudiera formularse una objeción tópica y patente en los mismos ejemplares que se invocaban: y era que en ningún reino ó provincia de la Península había

(1) El historiador Bauzá, que nunca se sonríe, consagra treinta páginas compactas á la prolija exposición de ese acto memorable, cuya «importancia fundamental no necesita comentarios». Allí podrá el lector empaparse hasta la saturación en los infinitos detalles de esa marimona, los cuales se consignan infatigablemente, gastándose, para transmitir á la posteridad la actitud respectiva de fray Francisco Carvallo ó del capitán Milar de Boó, mayor solemnidad que la de Montesquieu al referirnos las vicisitudes de los imperios.

(2) *Carta consultiva apologética de los procedimientos del Excmo. Sr. virrey D. Santiago Liniers, por don Pedro V. Cañete, Oidor honorario de Charcas, etc.* Imprenta de Niños Expósitos, 1809.

ocurrido el caso de fraccionarse la autonomía política que cada uno de éstos representaba, intentándose multiplicar los organismos parásitos. En todas partes el furor anárquico habíase detenido ante la mutilación de los moldes seculares que, vacante el trono y secuestrado el príncipe, eran todo lo que de la estructura nacional quedaba subsistente. No se habían creado juntas provinciales sino en las capitales ó ciudades con voto en Cortes; y por esto, cuando un experimento de pocos meses bastó á revelar los estragos y peligros de su coexistencia, fué posible refundirlas—á la hora misma en que estos rezagados las discurrían—en la Central de Aranjuez, que revistió cierto viso de legalidad por componerse de delegados de aquéllas, ó sea de supuestos representantes de dichas ciudades (1).

El propio criterio informó la representación de las colonias en las asambleas de la Península, así en la Junta Central como en las Cortes de Cádiz. Aun bajo el influjo de la corriente innovadora, á nadie le ocurrió fragmentar territorios que, en sus relaciones políticas con la metrópoli, constituían otras tantas unidades indivisibles: fueron los virreinos y las capitanías generales, en globo y personificados en los ayuntamientos de sus capitales respectivas, los que hubieron de elegir y mandar diputados á España. Ahora bien: á ser admisible, en estas dependencias directas de la corona, la existencia de juntas populares, no puede ponerse en duda que hubiera regido para ellas el mismo principio que allá: vale decir, que no se habría erigido sino una en cada virreinato, y ésta, naturalmente, en su capital y única ciudad con voto en Cortes. Reconocido el principio, huelga enseñar las consecuencias lógicas que de su violación se desprendían: la erección de una junta en Montevideo, no era más ni menos arbitraria

(1) En realidad la Junta central de Aranjuez, y más tarde de Sevilla, carecía de poderes legales, no habiendo precedido elecciones en forma.

que la de otras tantas en las Intendencias,—aun suponiendo que hubiera razón legal para negar igual derecho á las subdivisiones departamentales. Sin extremar la conjetura, y ciñéndonos á la realidad, basta advertir que el funcionamiento de una junta «suprema» significaba la reasunción por ésta de todo el poder público y la proclamación de la autonomía local (1). Tal ocurrió efectivamente en Montevideo: la provincia oriental se disgregó del virreinato; y la semilla separatista caía en terreno tan bien preparado, que echó raíces definitivas.

En lo que respecta al escándalo inaudito del gobernador de Montevideo, que aparecía fomentando y dirigiendo abiertamente la sublevación de una provincia contra la autoridad del virrey, el desacato administrativo se agravaba singularmente por la condición personal del culpable, militar en servicio activo y subalterno de aquél. Aunque fueran más positivos y menos estúpidamente formulados los pretextos de «sospechada infidencia» con que, tanto el Cabildo como el Gobernador, quisieron justificar su alzamiento, nunca pudo éste erigirse, con insultos y jactancia, en juez del superior; mucho menos sentenciarle con su espeso discernimiento de soldadote ignorante, después que la misma Audiencia pretorial—cuya autoridad y luces invocaban los rebeldes—había demostrado lo infundado de su acusación. Pero, supuesto el caso de ser impermeable á la razón y á la evidencia ese duro casco navarro, no llegaba su insipiencia hasta ignorar que en circunstancias tales, las leyes de Indias y las Ordenanzas le prescribían obedecer y elevar su queja ó protesta al Soberano. ¿Qué viento de delirio le arrebató?

(1) En rigurosa lógica, la Junta de Montevideo no podía reconocer la autoridad de la de Sevilla: las provinciales de España negaron á ésta toda supremacía mientras existieron: una vez creada y reconocida la Central, tuvieron que desaparecer. La coexistencia era incompatible.

Conociendo el fondo de honradez obstinada y brutal que caracteriza aquellas almas medioevales, dudo de que la envidia y la ambición del mando dirigieran la actitud de Elío. Creo más bien que, exacerbado por las circunstancias el fanatismo patriótico que arde en la sangre semiafricana de la raza, se sintió presa del mismo delirio sanguiinario que impulsó colectivamente á sus paisanos, de toda edad y condición, á cometer contra los franceses aislados, prisioneros y hasta heridos en los hospitales, las atrocidades que indignaron á Wellington. Poco le hubiera importado la elegancia, la nobleza, la superioridad jerárquica y social de Liniers: todo le perdonara ¡menos el ser francés! Este calificativo fué el trapo rojo que enfurece al toro y le hace acometer, con la cabeza baja y los ojos inyectados, hacia la muleta que oculta el acero. El absurdo y valiente Rodomonte del absolutismo evitó aquí el castigo reservado á los jefes «que se levantan en armas para desmembrar alguna parte del territorio nacional»; pero lo logró en su tierra, catorce años después: á consecuencia de otra insurrección militar, fué condenado á garrote vil por los liberales de Valencia (¿qué suplicio le hubieran infligido á no ser liberales?).—Entre tanto, el solo hecho de consumarse en un virreinato español tal atentado administrativo y jerárquico, y contando de antemano, no sólo con la complicidad de regidores y funcionarios, sino con la aprobación del soberano (pues eso era la Junta Central), la que se manifestó por el ascenso del culpable y la desgracia del inocente: este solo hecho, decimos, revelaba el desquicio profundo del régimen colonial. De muy antiguo habíanse denunciado vicios en el sistema y abusos criminales en sus agentes; pero nunca jamás había trascendido la corruptela al desconocimiento flagrante de las leyes en que el mismo edificio político se asentaba. El rebelde premiado osó intentar la vuelta á Buenos Aires, como Inspector general de las tropas que había ultrajado; y fué necesario que la mayor y mejor

parte de su oficialidad le infigiese la humillación que merecía, declarándole indigno del mando (1). Pero también esto era un signo de los tiempos; y en el desprecio de las autoridades, aún más que en su impotencia, se revelaba el síntoma precursor de su caída.

III

Dejamos suficientemente indicados, en páginas anteriores, los puntos doctrinales que entre Buenos Aires y Montevideo se debatían; por lo demás, carecen de importancia actual los lances del paso retórico que los togados de una y otra banda durante meses prolongaron, con gran acopio de citas ciceronianas, y sin que á ninguno le ocurriera la de *Silent leges inter arma* (2), que en aquellos momentos parecía ser la única pertinente. La Audiencia pretorial, á cuya decisión protestaban apelar los revoltosos, sostuvo enérgicamente al virrey, sobrecartando su precedente oficio, que ordenaba la disolución de la Junta y comparecencia del Gobernador, sin que la segunda intimación surtiera más efecto que la primera. Elío redobló sus insolencias y atropellos, y á su influjo la Junta estremó en la población el régimen terrorista; en tanto que ese Cabildo (aunque de hecho estaba refundido en la Junta) dirigía al de Buenos Aires una exposición de supuestos agravios, que sólo se componía de soeces desahogos contra Liniers. Esta incitación á la anarquía no podía tener otro

(1) Véase los documentos 5 y siguientes en los *Anales*.

(2) CICERÓN, *Pro Milone*, IV. Una de estas citas fué tan repetida y comentada que quedó como estribillo de gaceta en esta forma más ó menos correcta: «La República siempre es atacada bien y es defendida mal». Supongo que el pasaje apuntado sea el principio del § 47 de la *Oratio pro Sextio; Majoribus presidüs et copiis oppugnatur respublica, quam defenditur*. Es lugar común muy traído por autores griegos y latinos.

alcance que publicar el acuerdo existente entre ambas corporaciones. Así lo puso de manifiesto el grupo de Alzaga, urdiendo un complot militar que debía estallar á mediados de octubre, y fracasó por la actitud resuelta de Liniers, apoyada en los tercios urbanos de Saavedra y García (1). Entre tanto el virrey despachaba para España á su ayudante Quintana, con una exposición documentada de los acontecimientos, sin mucho confiar, probablemente, en el meditado estudio que de ella harían las vagas autoridades peninsulares. No había de escapársele que el documento más influyente en las resoluciones oportunistas de aquella Junta fuera el anuncio de haberse pacificado, por la razón ó la fuerza, el virreinato: demuestra, en efecto, que esto mismo se intentó, una proclama del virrey al vecindario de Montevideo en que le avisa, en noviembre de 1808, los propósitos de cierta expedición armada al mando del brigadier Velasco (2). Hay pruebas de que el proyecto pasó de veleidad y tuvo un principio de realización; pero no hubo de ir muy adelante, no contando Liniers con una base sólida en aquella banda, donde hasta los buques del Apostadero

(1) Véase el documento núm. 9, en que consta la junta de Guerra celebrada el 5 de octubre por los comandantes de los cuerpos, con excepción, naturalmente, del de Rezábal, que debía sublevarse.

(2) Ningún historiador menciona esta expedición, y pudiera creerse que se detuvo en sus primeros pasos, si no en sus preparativos. Sin embargo, además de la proclama (impresa el 26 de noviembre en los Niños Expósitos), Liniers en su carta de enero 30 de 1809 á D.^a Carlota (publicada en *La Biblioteca*, IV, 308), alude á «la proclama que tuve por conveniente dirigir al pueblo de Montevideo, y el destacamento que hice pasar á la banda septentrional de este Rio». Por otra parte, ésta respondía al mismo orden de ideas que en la presentación de García (documento citado) así se formula: «Fué la mayoría de votos (en la Junta de guerra) ser un Gobernador (alzado) contra la autoridad soberana, y que habiendo fuerza debía atacársele y sujetarlo como á un insurgente». No «había fuerzas», ni probablemente se produjo allí el pronunciamiento con que se contaba, y Velasco tuvo que enervar su espada.

eran en su mayoría hostiles; ni pudiendo tampoco desprenderse de los cuerpos urbanos que eran en Buenos Aires su principal apoyo. Tuvo que aceptar resignado su poco airosa situación, hasta tanto que las órdenes superiores ó los mismos sucesos la resolvieran, y por lo pronto atender á las intrigas que por el lado del Brasil venían á complicar los peligros internos.

Fué la primera consecuencia de las discusiones platenses renovarse las veladas intimaciones del Brasil, por conducto del mariscal de campo Curado que permanecía siempre en Montevideo, persiguiendo, so color de una misión diplomática que no acababa de definirse, una campaña sorda de espionaje é intriga. Con todo, el nuevo estado de las relaciones entre Inglaterra y España, quitando al Príncipe Regente el concurso efectivo de su «poderoso aliado», atenuaba singularmente el alcance de sus amenazas que, así reducidas á la eventualidad de una conquista portuguesa, no pasaban por lo pronto de belicosas baladronadas. Cobraron allí mismo viso más inquietante otras repercusiones de los acontecimientos europeos, que hallaron un foco de vibrante resonancia en la ambición enfermiza de la infanta Carlota. Estas se complicaron con las maniobras, ya concurrentes, ya encontradas, del príncipe Juan,—y sobre todo del ministro inglés Strangford y del turbulento almirante Sidney Smith: tutores altaneros, aunque felizmente antagónicos, de la desvalida y menesterosa dinastía.

¡Cuadro lamentable y melancólico, si bien desprovisto de trágica grandeza, había sido aquel lanzamiento de toda una corte por decreto imperial, al través de dos mil leguas de mar, con su caótico arrumaje de personas y cosas hacinadas en el *¡sálvese quien pueda!* de la fuga, y su deshilado desembarco en una vasta aldea colonial,—tan mal apercebida para servir de término al éxodo palaciego que, después de seis meses, la instalación no había perdido aún su aspecto de campamento!—Quince mil desarraigados de todos ofi-

cios y condiciones habíanse apiñado en los sesenta buques que formaban la flota de mudanza, fuera de los emigrantes que á la rastra llegaban diariamente por embarcaciones inglesas: tal era la multitud que se abatía en los malecones de Río, con sus equipajes y pacotillas salvadas del naufragio, en demanda de víveres y refugio, que no todos hallaron durante las primeras horas. Los dignatarios, cortesanos y demás privilegiados habían encontrado alojamiento más ó menos cómodo, aceptando la generosa hospitalidad de los vecinos; otros se instalaban sin escrúpulo en los hogares cuyos dueños habían sido violentamente lanzados por orden del virrey; pero, á millares se contaban los grupos de expatriados que, por el pronto, buscaron abrigo en las barracas y *choupanas* de los suburbios. Aunque no faltaron los artículos de primera necesidad, merced á las proveedurías organizadas en las vecinas capitanías, todo fué al principio desorden y penuria, en medio de la abundancia del país y á pesar de las enormes riquezas, en moneda y joyas, extraídas de Lisboa. No obstante, el ardor de los sentimientos monárquicos se sobrepuso á todos los inconvenientes y privaciones materiales; los príncipes fueron acogidos con delirante entusiasmo y recibidos bajo arcos triunfales, entre salvas y aclamaciones. La fe ardiente é ingenua del pueblo miraba en la presencia real de sus soñados monarcas un gaje de imperturbable felicidad. Y apenas si fué notado, en el alborozo de la arribada, el paso furtivo de un grupo de servidores que llevaban en un sillón y metían en un coche cerrado á una demacrada anciana que, la mirada extraviada, las greñas blancas en desorden fuera de su toca negra, arrojando aullidos y voces incoherentes, forcejaba desesperadamente para escaparse: era la reina demente doña María, tétrico emblema de la ruina nacional, á quien arrancaran de su habitual estupor el tumulto y traqueo del desembarco.

La misma familia real tuvo primero que acudir para instalarse á la munificencia de algunos súb-

ditos; tanto más, cuanto que en Río, como en Lisboa y á bordo, formaba dos grupos distintos. Por el pronto, los monjes carmelitas cedieron su convento; pero luego fué regalada al Regente la hermosa quinta de Boa Vista, que vino á ser el palacio de São Christovão, donde aquél se instaló con la reina madre, su hijo don Pedro y su sobrino don Pedro Carlos, hijo del infante de España don Gabriel y de la infanta portuguesa Mariana. La princesa Carlota ocupó una villa pintoresca en el retirado arrabal del Engenho Velho, con sus dos hijas y el infante don Miguel (1). De años atrás la separación de los consortes era absoluta y definitiva, no juntándose sino en los minutos de las ceremonias oficiales. Pero desconocía el carácter del bastardeado retoño de los Braganzas, quien atribuyera tal actitud á sus justos resentimientos de esposo mil veces y en las formas más viles ultrajado: era sólo el pusilánime soberano quien procuraba defenderse contra las arterías de la princesa, que en Lisboa no dejó nunca de mover contra el Regente y heredero del trono, un partido de frailes y nobles absolutistas. Aquí, en el Brasil, lejos de la corte española, y substraído á su mirada el objeto de su pesadilla, el pobre don Juan se atrevía á respirar. Si bien era tan pazguato y para poco el infeliz, que ocu-

(1) En las *Memorias Secretas* de Presas, se dice siempre el «palacio» por la morada de Carlota; pero es fácil ver que no se trata del ocupado por el Regente. Esto mismo se afirma y prueba categóricamente por Pereira da Silva (*Historia da fundação do Imperio brasileiro*, I, 262—de la segunda edición, muy superior á la primera): «Separados continuaram a viver no Rio de Janeiro, como o practicaram em Lisboa... No palacio de São Christovão fixou o principe a sua morada, acompanhado da rainha Marza, do principe D. Pedro seu filho, e do infante D. Pedro Carlos, seu sobrinho. Em uma vasta propriedade entre o Engenho Velho e o Rio Comprido, situada sobre um outeiro pittoresco, fixou Carlota o seu domicilio, cercada das filhas e do infante D. Miguel de Braganza. Viam-se os dous consortes juntos unicamente em festas publicas e no theatro, afim de guardarem as apparencias precisas diante do povo».

rría presentarse en palacio la desterrada tarasca, atropellando guardias y ministros, hasta dar con el escondido Menelao y arrancarle, con injurias soeces *diante dos famulos*, lo que por resolución gubernativa se le negara. Así y todo, sentíase relativamente dichoso, bastándole que los días de tormenta fuesen en Río tan excepcionales como en Lisboa los de bonanza.

La hermana mayor de Fernando VII sólo tenía á la sazón treinta y tres años; pero, desairada, prematuramente envejecida, achacosa, medio tísica, consumida de ambición y lujuria, ofrecía el espectáculo tres veces repugnante del vicio femenino unido á la perfidia y á la fealdad. Comparado con este cínico desenfreno, el real *ménage à trois* de Madrid cobraba aspecto burgués y casi regular. La pasividad vacuna de María Luisa parecía virtud, al lado del furor impúdico de su hija, que de intento se hacía agresivo y degradante para el Regente y el pueblo portugués. Habíasela visto, en Lisboa, colmar sus escándalos privados con el atentado público de encabezar una conspiración contra su marido; y, fracasada ésta, tomar bajo su íntima protección á los individuos de la soldadesca y frailería más comprometidos. Su vulgaridad de gustos y grosería de modales hubieran chocado en un cuerpo de guardia. Entre-gábase con su secretario Presas (1) á confianzas

(1) El doctor José Presas, cuya gracia principia, como la de Montalbán, con el nombre y título, era una especie de Gil Blas gerundense que vivió en Buenos Aires á principios del siglo, graduándose aquí de «doctor en teología», dice el *Diccionario Enciclopédico* (¡pues figura entre los ilustres!), quince años antes de fundarse la Universidad. Por supuesto que nunca figuró entre los alumnos ni examinandos del colegio de San Carlos. Por no sé qué trapicheos políticos tuvo que marcharse de Buenos Aires, á principios de 1808. Liniers, en una carta á D.^a Carlota, le denuncia á «este individuo, maligno por carácter, hombre inquieto y revoltoso á quien el gobierno le formó causa». En justicia debe advertirse que la «causa» no parece que afectara la probidad de Presas. Tampoco carecía éste de tal cual bagaje corriente y facilidad plumaria que deslumbrarían á esa analfabeta señora, de

tales, que el digno rodrigón omite relatarlas «por no ofender la moral y la decencia»;—y por el matiz de lo que cuenta, infiérese el color subido de lo que calla. Al paso que la edad y la pérdida del poder la obligaban á descender más y más en sus elecciones, vengábase villanamente de quien la desdeñara,—á no disponer de las carronadas de Sidney Smith;—y en Río de Janeiro, empleaba su resto de influencia en pedir el castigo de un oficial que, decididamente ¡prefirió la cárcel á los favores de la real bruja!—Sus sentimientos hacían juego con sus gustos, así como éstos se amoldaban á su desequilibrada mentalidad. Entre aquéllos, los de hija y de madre, que se tienen por inherentes al ser humano, aparecían en Carlota desviados hasta el extremo de referir los deslices de María Luisa á un fámulo; en tanto que, para quitar al desnaturalizado don Miguel cualquier vestigio de escrúpulos—si los tuviera—respecto de su padre y hermano, dábale á entender que era hijo adulterino. En cuanto á su inteligencia, era la de Fernando VII, con la misma ignorancia unida á la misma perversión de criterio, resultante de la raza enteca y del medio corruptor. Sus cartas incorrectas no revelan un asomo de cultura literaria ó información histórica; pero no carecen de cierta salpimienta desvergonzada y manolesca, que, bajo la pluma de una princesa real, escandaliza como un ¡por vida! en boca de un clérigo. Por lo demás, una incapacidad abso-

quien fué secretario à tout faire más de tres años. Las curiosas *Memorias secretas*, que con tal motivo escribió, deben, naturalmente, ser consultadas con precaución y desconfianza, como las *Anécdotas* de Procopio y, en general, todas las denuncias clandestinas de los criados contra sus amos. En cuanto se relaciona con su interés y supuesta importancia, el divertido personaje miente con absoluto candor (así, v. gr. el cuento de su llegada á Río y entrada en funciones tiene que ser fantástico); pero muchos de los chismes que refiere han de ser ciertos. Por lo demás, creo innecesario prevenir al lector que no es en el oficio ó la antecámara donde hay que proveerse de apreciaciones políticas y juicios morales.

luta, no digamos para formarse un concepto cabal de las cuestiones políticas que á tontas y á locas barajaba, sino para dominar su histerismo y desempeñar exteriormente, con prudencia y aparente discreción, el papel que, conocido su prurito de mando y su fervor de intriga, debiera de años antes saberse de memoria. Sus faltas de tacto eran en realidad faltas de concepto; en otros términos: la revelación de un estado de inconsciencia mental no menos completa que la moral; por eso, en un momento dado, encontraba siempre la palabra, ó tomaba precisamente la actitud, que más podía perjudicarle. Además de los muchos ejemplos que refiere el amanuense Presas,—y de otro enorme que habré de mencionar luego, pues caracteriza el *imbroglio* platense,—recuérdese la carta inaudita que la misma Carlota dirigió á las cortes de Cádiz (1), en 1811, para desahogarse contra su esposo el Regente de Portugal, y que terminaba con pedir á sus doscientos confidentes ¡la mayor reserva! En resumen, y dejada á un lado toda superstición monárquica, tratábase de una mujerzuela extravagante, cuya verbosidad é inquietud enfermiza encubrían la garrulería y el instinto errabundo que son propios de la meretriz orgánica: *garrula et vaga, quietis impatiens* (2)... Pero ¿no basta acaso, para fijar el eslabón que en la cadena degenerativa de los Borbones ocupa la infanta Carlota, recordar que, hija y hermana de quienes sabemos, dió á luz y crió con predilección al monstruoso y grotesco don Miguel de Portugal: impulsivo sádico que á los diez años se embriagaba, á los quince torturaba á las negras por él violadas, y á los diez y nueve no sabía leer,—por

(1) A pesar de su compostura monárquica, Toreno (*Historia*, III, 524) no puede dejar de reconocer que el paso probaba «por lo menos imprudencia extraña y suma». Véase también la carta infantil á Goyeneche (citada en *Belgrano*, II, 706) recomendándole que «cuanto antes» venga á reducir á Buenos Aires.

(2) PROVERB. VII.

cuyas relevantes condiciones fué llamado de dos mil leguas para ceñir una corona, y ejercitar sus talentos sobre todo un rebaño nacional?

Tal era el agosto mamarracho, mezcla de Mesalina y Maritornes, cuya candidatura eventual, para el gobierno ó la regencia interina de estas provincias, mereció la adhesión entusiasta, no sólo de los Padilla, Saturnino Rodríguez Peña, Contucci, Presas y demás corredores de empresas intérlopes; sino también de patriotas tan sinceros ó socialmente considerados como Belgrano, Passo, Moreno, Funes, Pueyrredón, etc., cuyo grupo ha recibido y en parte merecido, seguramente por iniciativas políticas mejor acordadas que la presente, el apelativo enfático de «Precursores de la independencia». A juzgar por los resultados, no ha de ser tarea fácil la de dilucidar después de tantos años este episodio histórico, siendo así que su teje maneje, más que á realidades tangibles, correspondía á veleidades y proyectos no muy clara ni siempre sinceramente expresados por los corresponsales. Sabido es cómo se prolongó, después de la revolución, hasta empalmar con los conflictos de la independencia uruguaya. No tenemos felizmente que tocarlo sino en su primera parte, para demostrar, en forma tan concisa como posible sea, y contra la tesis generalmente admitida: 1° que la aventura de la princesa Carlota, no sólo en razón de la persona sino en sí misma, era una calaverada que tenía por teatro un castillo de naipes; 2° que la oposición franca y tenaz de Liniers—no indecisa ni discutible, como gratuitamente se afirma—fué la que más contribuyó á salvar estas provincias de tan costoso cuanto estéril experimento.

No bien confirmadas en Río de Janeiro las renunciaciones de los Borbones y la proclamación de José, la inquieta Carlota, que se devoraba en el vacío de esta nueva é insoportable existencia colonial, se abalanzó sobre la presa—ó la sombra—que las circunstancias le deparaban: inmediatamente hizo solicitar y obtuvo del Regente, por

intermedio del contraalmirante Sidney Smith, la autorización necesaria para hacer públicas su protesta contra el usurpador y la reivindicación de sus derechos eventuales al trono de España. Fuera de no poder negarse á un pedido del jefe de la escuadra inglesa,—á no cruzarse otra disposición del plenipotenciario lord Strangford (1),—el real *fantoccio* no debía de ver, supuesto que algo viera, sino ventajas en estas distracciones inofensivas de la princesa, que, sea cual fuere su éxito, ocupaban el lugar de otras peores. El manifiesto á los «vasallos de las Españas é Indias» se mandó imprimir en Río y distribuir profusamente en América, no habiéndose publicado en Europa, según Llorente, hasta abril de 1810. Este documento, en cierto modo privado, y curioso bajo tantos aspectos, era datado del 19 de agosto de 1808; y desde luego presentaba la singularidad de que, siendo firmado por *La Princesa doña Carlota Joaquina de Borbón*, sin alusión alguna á sus títulos matrimoniales, aparecía refrendado por don Fernando Josef de Portugal ¡quien era nada menos que el ministro del Interior y Hacienda del Brasil! Ello se explica, si no se justifica, aceptando la versión de Presas, según la cual «este negocio fué tratado en consejo de Estado presidido por el mismo príncipe Regente, y en él se acordó que se escribiese el manifiesto». ¿Quién lo escribió? Pocos días antes estuvo en Río el elástico Goyeneche, gozando gran privanza con la princesa, y

(1) Al poco tiempo de encontrarse ambos en Río, se produjo entre el diplomático y el almirante una honda desavenencia, *a bitter quarrel*, que terminó con el llamamiento del último á Inglaterra, á mediados de 1809. En el fondo el conflicto provenía, una vez más, de haberse dado á un agente instrucciones públicas que contradecían las secretas dadas á otro. Después de producido el escándalo, Sidney Smith probó que su conducta se ajustaba *en el fondo* á las instrucciones secretas de Canning. Por lo demás, nadie ignora que su famosa defensa de San Juan de Acre contra Napoleón quedó como una insolación crónica en el cerebro del exuberante y extravagante marino. Véase: BARROW, *Life and correspondence of S. S.* tomo II, capítulo VII.

no es imposible que sugiriera ó fomentara el pensamiento de la proclama; pero no veo razón para despojar á Presas de la paternidad que se atribuye. Este declara que fué su estreno de secretario, mejor dicho el *coup d'essai* que motivó su nombramiento de secretario privado (1). Es lo cierto que la mediocridad del escrito admite todas las hipótesis. Este se limita, en medio de una fraseología pomposa y hueca, á indicar vagamente á doña Carlota como «depositaria y defensora» de los derechos de su familia, para «cuidar muy particularmente de la tranquilidad pública y defensa de estos dominios, hasta que mi muy amado primo el infante don Pedro Carlos, ú otra persona llegue entre vosotros...» A más de esquivar toda declaración precisa sobre su «candidatura», la pretendiente incurría en la doble falta política de referirse con insistencia á los derechos de su «señor padre y rey don Carlos IV», los cuales debían, por el contrario, considerarse caducos, y sobre todo de equiparar á los propios los muy lejanos y problemáticos del infante Pedro Carlos. Evidentemente, la petulante princesa ignoraba todavía los términos de la cuestión dinástica en España; en cuanto á sus términos en América,

(1) *Memorias*, 7: «Me granjeó el mayor concepto con SS. AA. RR. y con los secretarios de Estado, quienes concibieron la idea de que yo podría servir para el manejo de negocios de alta monta» (!). Presas nos dice que, á los pocos días (por consiguiente en agosto), entró en funciones, aunque en el certificado de Carlota (p. 100) se lee que sólo fué desde noviembre de 1808, fecha que concuerda con las primeras esquelas de la princesa. Pero no hay que pararse en pelillos con este personaje. La historia de sus primeras relaciones con Sidney Smith y la corte no soporta el examen. Dice que á los pocos días de llegar á Río el almirante, éste llamó á Presas y le mostró las proclamas de la Junta de Sevilla: Sidney Smith estaba ya en la corte brasilera á principios de junio, faltando dos meses para recibirse tales comunicaciones, etc. Todo se concibe con admitir, una vez por todas, que Presas arregla las fechas según sus conveniencias. Lo probable es que el pobre diablo anduvo intrigando algunos meses y ofreciendo á diestra y siniestra sus servicios, hasta que la necesidad de un «tinterillo» español los hizo aceptar.

había de ignorarlos siempre,—si bien no los conocían mucho más los «precursores» que desde el Plata fomentaban sus miras.

Reservando la situación de hecho creada en España por Napoleón, los derechos eventuales de Carlota á la corona eran incontrovertibles, ocupando el lugar inmediato á los de Fernando y sus hermanos varones (1). Así lo habían sancionado por voto unánime las cortes de 1789 (que juraron á Fernando como príncipe de Asturias), con la particularidad de que, al hacer derogar el Auto acordado con que se introdujo la Ley Sálica por Felipe V, fué el ánimo de Carlos IV aproximar á las gradas del trono á Carlota y su descendencia, ó sea propender á otra reunión ibérica. Aunque no publicada la pragmática, nadie ignoraba su existencia. El 22 de junio de 1808, la Junta de Murcia recordaba el hecho en una circular á las demás del reino, redactada por el mismo Floridablanca que promovió dicha sanción (2); de suerte que, más tarde, las resoluciones de las cortes de Cádiz, que se condensaron en el artículo 180 de la Constitución, no hicieron más que confirmar lo establecido y notorio. La autorizada exposición del ex ministro y futuro presidente de la Junta Central causó tanto mayor regocijo en el círculo de la princesa del Brasil, cuanto que esta cabeza de chorlito le dió en el acto una interpretación exagerada y errónea (3). Floridablanca

(1) Posteriormente (18 de marzo de 1812) las Cortes habían de anular los derechos del Infante D. Francisco de Paula. «En su consecuencia (decía el decreto), á falta del infante D. Carlos María y su descendencia legítima, entrará á suceder en la corona la infanta D.^a Carlota Joaquina, Princesa del Brasil».

(2) La carta circular de la Junta de Murcia se encuentra en la colección ya citada: *Demostración de la lealtad española*, II, 16. Consta que Carlota la recibió, aunque sin duda después de publicar su proclama (*Memorias Secretas*, 9); y también, allí mismo, que ella y Presas tomaron el rábano por las hojas.

(3) *Ibid.*, nota: «Escribió S. A. R. á todas las supremas juntas de provincias, y al conde de Floridablanca dándole las gracias por el manifiesto que publicó en Mur-

emitía dos proposiciones distintas y que sólo en el papel se aproximaban. Con la primera fijaba el derecho de sucesión eventual al trono, en previsión de algún *accidente* posible por el lado de Valençay (1): producida la catástrofe temida, convenía que no mediara una hora de interregno, por cuyo intersticio pudiera colarse la legitimación del «intruso». La otra providencia tendía á remediar el desquicio actual con la instalación de un verdadero gobierno. Ahora bien: está á la vista que una y otra proposiciones eran en la mente de su autor tan independientes, que cualquier tentativa para relacionarlas sólo revelaría su incompatibilidad. Estas miras del político experimentado se impusieron sin esfuerzo á sus colegas y sucesores, subsistiendo como axiomas para el grupo dirigente hasta la vuelta de Fernando. No fué tomada en consideración, ninguna propuesta de infante ó allegado dinástico para inmiscuirse en la Junta; y cuando, más tarde, la misma Carlota, valida de su reconocimiento de princesa heredera, lo invocara como un título á la Regencia del reino, no sólo tal pretensión fué rechazada, sino que, después de votada la Constitución, se decretó expresamente que «en la Regencia no se ponga ninguna persona real (2). En suma, la

cia, invitando á los españoles á centralizar la autoridad suprema é indicando que la princesa del Brasil era la inmediata heredera, etc.».

(1) La catástrofe del duque de Enghien había quedado como una obsesión general, y no era el menor castigo de Bonaparte el que, para todos, entrara en el orden de las cosas probables la muerte violenta de Fernando y los infantes en Valençay. Wellington discute friamente la eventualidad en varios lugares de su correspondencia; así: v. gr. *Dispatches*, VI, 69: «*In either case (triumfen ó no los franceses), it is most probable that Ferdinand and his brother would be murdered*». Nunca pensó en tal cosa Napoleón, pero *on ne prête qu'aux riches!*

(2) Sobre el pedido de D.^a Carlota, dice Toreno (*Historia*, III, 525): «La proposición á pesar de lo mucho que se había maquinado, no fué siquiera admitida á discusión». Véase la discusión sobre la moción de Argüelles en el *Diario de las Cortes*: XI, 53 y siguientes, sesión del 1.º de enero de 1812.—Mucho antes (abril de 1810) We-

teoría que vaga y obscuramente venía despuntando en la tierra del absolutismo y por la sola fuerza de las cosas, era la distinción moderna, base del régimen constitucional, entre *reinar* y *gobernar*. Basta para representar la ficción real cualquier muñeco dinástico, aunque sea mujer ó niño inconsciente (los ingleses han tenido durante años á un Jorge III demente sin reparar en esta desgracia de familia), siempre que se ponga el gobierno efectivo en manos viriles y responsables.

Sentadas estas premisas y conocida la obsesión ambiciosa que, como mosca en botella vacía, no dejaba de zumbear en la cabeza hueca de la infanta, creo que pueden caracterizarse en pocas palabras los principales papeles é incidentes de aquella parodia política del *Legatario universal*; cuyo inextricable *quid pro quo* nacía de estar batallando los personajes en torno de un simulacro protético, á quien, según la hora y el punto de vista, cada cual encontraba forma distinta. Es ridícula la aquiescencia del cortesano de Hamlet, sobre lo de parecerse la misma nube á un camello y á una comadreja, porque se trata de un solo instante: concédasele un cuarto de hora, y el viejo Polonio tendrá razón. En nuestro caso, la nube era la situación movible de la Península. En mayo de 1808, la caída de los Borbones aparecía definitiva y España amarrada al carro de Napoleón. En agosto, después de Bailén, todo había cambiado, y la retirada de los franceses sobre el Ebro prestaba viso triunfal al alzamiento popular. Pasan algunos meses, éste se disipa como polvo al paso del Emperador: en enero de 1809, José entra por vez segunda en Madrid. La guerra continúa con algunas alternativas, pero los patriotas pierden

llington caracterizaba esta misma incompatibilidad en su admirable carta ya citada sobre las cosas de España, y dirigida á su joven hermano Enrique, ministro británico en Cádiz: *As I believe there is no doubt but that, by law, Carlota cannot be Regent, if she is declared successor to the crown, the object of the Portuguese Government will be equally disappointed.*

terreno en todas partes, y la batalla de Ocaña prepara la invasión de Andalucía. A principios de 1810, la causa de la independencia se considera en general como perdida: la deplorable Junta Central huye á Cádiz, más desacreditada aún que impotente; el general Wellington pronostica oficialmente la inminente evacuación del país por las tropas inglesas, dejando á las francesas en posesión de la Península (1); y es la hora en que Fernando, sin que nadie le incite á ello y sólo movido por su bajeza de alma, felicita á José por su triunfo y se exhibe públicamente en la postura de lamer la mano que azota á su pueblo. Sin duda, todo cambió después. Cuando se sentía perdido, Wellington no podía prever que Napoleón, urgido por la campaña de Rusia, se encargaría de salvarle, sacando de España sus mejores tropas en vez de reforzarlas... Pero estos acontecimientos pertenecen á época posterior á la que nos ocupa.

Tan nebulosa é inestable como aquella situación europea se presentara, su influencia, más que nunca decisiva en la de estas provincias, se complicaba con la connivencia ó el conflicto de los factores locales ya señalados: de suerte que, volviendo á la anterior imagen, para el historiador no se trata ya de conjeturar la forma de la nube política en tal momento preciso, sino la de su reflejo trémulo en una onda inquieta. De ahí las obscuridades y contradicciones que en los varios relatos de este episodio abundan, y de que no me jacto esté del todo exento el presente, á pesar de las pesquisas é investigaciones que, me atrevo á repetirlo, sirven de *substructura* invisible á este ligero ensayo.

A fines de 1808, al tiempo de exteriorizarse con la citada proclama las pretensiones de la princesa Carlota, varias eran las influencias personales que

(1) Carta citada (24 de abril de 1810): «*If the allies should fail and the French should obtain possession of the Peninsula, which is, I am sorry to say, the most probable event a present*».

en este grave asunto se dejaban sentir. Desde luego, al lado de la arrebatada infanta, y casi tan desequilibrado como ella, el contraalmirante Sidney Smith, jefe de la división naval de Sud América, secundaba enérgicamente las ambiciosas miras de aquélla.—A pesar de ciertos indicios graves que de las *Memorias secretas* parecen resultar, preferimos creer que el valiente marino supo defenderse en Río, como hiciera en San Juan de Acre, y hasta prueba en contrario, debemos lavar su buen gusto de toda injuriosa sospecha. Era otra aventura la que él perseguía en el Plata: probablemente un desquite de la derrota de Whitlocke. Contrarrestó las maniobras de Sidney Smith, y por tanto, las de la princesa, el ministro lord Strangford, cuyo comedimiento y prudencia profesionales formaban contraste con los raptos impulsivos de su compatriota. Lord Strangford tenía la persuasión de servir mejor á su país, procurando la independencia política, y por lo pronto comercial, de estas provincias; fomentaba, pues, las intrigas revolucionarias de los americanos emigrados, defendiéndoles contra las denuncias de las autoridades platenses y, más tarde, del plenipotenciario Casa Irujo. Ya hicimos alusión á su violenta polémica epistolar con Sidney Smith, que terminó con el llamamiento del marino, á mediados de 1809. Un año después el diplomático logró ver sus designios realizados, asistiendo á los primeros actos de la revolución y entrando en relaciones cordiales con Mariano Moreno (1). Entre estos

(1) En realidad los dos adversarios de Río llevaban el mismo doble apellido; el diplomático se llamaba Percy C. Sidney Smythe (ó Smith), vizconde Strangford; y el profesor J. M. Laughthon piensa que éste y el célebre marino salían de un solo tronco. Lord Strangford había nacido en 1780; después de brillantes éxitos escolares (tuvo la medalla de oro en el *Trinity College* de Dublin), entró en la diplomacia y fué nombrado en 1802 secretario en Lisboa. Publicó el año siguiente un tomo de poesías imitadas de Camoëns (*Poems from the Portuguese of Camoëns*), que se encuentra analizado con severidad en la *Edinburgh Review*, abril de 1805,—en el mismo número

dos factores poderosos y encontrados, que representaban la *suzeraineté* de Inglaterra sobre el inerme Portugal, la actitud del Regente no podía ser sino vacilante como su carácter, y tímida como sus medios de acción. Requerido por Sidney Smith, autorizó primero á la Infanta para lanzar sus proclamas y aun preparar su viaje al Plata; pero desbarató luego, por consejo de Strangford, esta parte activa de la calaverada mujeril, que, sobre ser arriesgada y temeraria, entrañaba, supuesto el buen éxito, graves complicaciones y hasta peligros para el Brasil: ya pretendiese la flamante Zenobia asociar ambas regencias, ó asesatar la nueva contra la antigua. Por fin, aunque no como factores influyentes sino como instrumentos, habíanse puesto al servicio de doña Carlota algunos extranjeros refugiados, americanos ó europeos, que solían juntarse en un café de la *rua do Ouvidor*. No estaban todavía en Río, Puyredón, Sarraatea y otros, que más tarde darían mejor tono á los conciliábulos. Saturnino Rodríguez Peña y Aniceto Padilla eran por entonces los directores del reducido grupo español, al que adherían ciertos agentes de no menos dudosa ortodoxia, tales como los portugueses ó italianos Contucci, Guezzi y demás intrigantes—sin omitir al amigo Presas que, con hidalgo disimulo, mascaba filosóficamente á dos carrillos. Con estos elementos y entre aquellas corrientes encontradas,

que contiene una crítica del *Lay of the last Minstrel*, de Walter Scott. Strangford ha sido satirizado por Byron en su *English Bards*, en la excelente compañía de Walter Scott, Southey, Wordsworth, Coleridge, etc. : vale decir que *existia*, como poeta y literato. En 1806 fué nombrado ministro plenipotenciario en Lisboa, y, siendo *persona grata*, pesó mucho su consejo en la resolución que tomó el Regente de emigrar al Brasil. El mismo Strangford fué confirmado en su puesto en Río, á donde llegó en abril de 1808; tenía, pues, á la sazón, sólo 28 años. Sus principales puestos fueron después las embajadas de Constantinopla y San Petersburgo; en 1828, volvió al Brasil con misión especial, con lo que terminó su carrera. Era par de Inglaterra desde 1825. Murió en 1855.

emprendió doña Carlota su campaña política; felizmente sólo se trataba, por lo pronto, de propaganda epistolar; pues, para otro género de operaciones, escaseaba bastante el nervio de la guerra (1).

Ya vimos cómo el manifiesto, publicado en agosto de 1808 por la pretendiente, no manifestaba gran cosa, limitándose á estimular la fidelidad de las autoridades y de los pueblos á su legítimo soberano. No hubieron de ser mucho más explícitas las cartas que en aquellos meses se dirigieron á varios sujetos de posición é influencia, no sólo de este virreinato, sino del Perú y Chile. Según declaración de su mismo redactor, «el contenido de estas cartas se reducía á incitarlos á mantenerse fieles y adictos á la madre patria, y á defender los derechos de su augusto hermano Fernando VII, y los de sus legítimos sucesores (2)...» Confirman esto mismo algunas respuestas que conocemos, como la de Liniers y la (muy posterior) de la Audiencia de Chile: sus autores se manifiestan altamente favorecidos por las augustas y serenísimas epístolas, pero consideran en substancia que su lealtad se ha patentizado con la jura de Fernando VII y el reconocimiento de la Junta de Sevilla, «sin que se pueda innovar nada (escribe Liniers) á nuestra presente Constitución». A este tenor serían las más de las contestaciones oficiales; si bien las particulares dejaban entrever, como habríamos de suponerlo sin que nos lo dijeran las *Memorias*, la profunda emoción plebeya con que eran recibidos los for-

(1) Sabido es que más tarde, á imitación de Isabel la Católica, envió á Montevideo una remesa de joyas, estimada por ella en 50.000 pesos, para que con el producto de su venta «se atendiese á la defensa de los derechos de Fernando VII». Huelga decir que estas joyas contribuyeron tanto á la defensa de Montevideo como las de Isabel al descubrimiento de América: son gestos teatrales que impresionan al pueblo papamoscas y nada cuestan á los actores. Las alhajas fueron devueltas.

(2) *PRESAS, Memorias*, 9.

mularios de Presas, copiados por la real mano de su S. A! Había, sin embargo, otro grupo de corresponsales que, por cierto, no pecaba de frío ni desabrido: y era el de Rodríguez Peña, que esparció entre sus amigos de Buenos Aires el panegírico más ardiente y arrebatado de la «heroína» de América (1), exhortándolos á que le suplicasen trasladarse al Río de la Plata para ser aclamada Regente. Esta circular, resultado evidente de un previo acuerdo con la interesada, lleva la fecha del 4 de octubre. Tres semanas después, el 1º de noviembre, la Infanta denunciaba á Liniers una conspiración de facciosos y traidores, encabezada por Rodríguez Peña ¡á quien se proponía remitir preso á Buenos Aires! La explicación, muy sencilla, se encuentra en el contexto de dicha circular. Junto á los grotescos ditirambos dedicados á la sublime Infanta, se descubría á las claras el verdadero propósito de los conjurados, el cual consistía en «aprovechar la oportunidad de sacudir una dominación corrompida»: era, pues, el antiguo plan del gobierno inglés el que salía nuevamente á luz, perseguido ahora por lord Strangford, que naturalmente empleaba los instrumentos por aquél comprados (2).

Dicho se está que los «traidores» de Río, protegidos por el ministro británico, no fueron entre-

(1) La carta de D. Saturnino Rodríguez Peña se encuentra en la *Historia de Belgrano*, I, 538. Está fechada en Río de Janeiro, 4 de octubre de 1808. En el *Archivo General*, 2.ª serie, XIV, 126, lleva la fecha del 4 de septiembre. No hallo en el contexto indicación alguna para preferir una fecha á otra; pero, tratándose de una circular profusamente repartida, no parece natural que tardase mucho en conocerla la Infanta; me inclino pues, como más probable, á la fecha de octubre. Entre las efusiones casi místicas de ese himno á la divina Carlota, se le dice: «Esta mujer singular, la única en su clase, me parece dispuesta á sacrificarlo todo por *serrir de instrumento á la felicidad de sus semejantes*». Y acaso esta proposición, mirada bajo cierto sesgo, sea la única exacta.

(2) Ya se ha dicho que Peña, Padilla y acaso algún otro recibían pensiones de Inglaterra.

gados á las autoridades españolas. Pero la doble reacción de doña Carlota, ya en presencia de los corresponsales que, como Liniers, no aceptaban novedades; ya de los que, como Rodríguez Peña, las querían de tomo y lomo, revela lo que sus nebulosas epístolas no decían, permitiéndonos definir inequívocamente su actitud. Desde 1808,—si bien las circunstancias no toleraban todavía las pretensiones del año siguiente,—algo perseguía la Carlota: y era una suerte de superintendencia provisional sobre los cuatro virreinos, que le permitiera entremeterse, aunque sólo fuese con dimes y diretes, en los negocios de Estado, y satisfacer al fin sus anhelos de mando é intriga: de ahí su sorda irritación contra el virrey, que fingía no entender el velado envite (1). Al pronto, estas viarazas de mujer histérica parecían bastante inofensivas; pero no faltaba en Río quien procurase enderezarlas á sus miras ocultas y más prácticas. Ya tenemos indicado el dominio absoluto que Sidney Smith ejercía sobre la revoltosa Infanta (2); no era tanta ni con mucho su influencia cerca del Regente, combatida como estaba por la de lord Strangford y el ministro Sousa Coutinho. Con todo, el osado marino logró fascinar al Príncipe, haciendo espejear á su vista las propias visiones de conquista y engrandecimiento que por cuenta de Inglaterra perseguía,—sin

(1) *Memorias secretas*, 10: «El virrey Liniers contestó en términos generales de urbanidad y política, porque era natural que quisiese continuar en el mando».

(2) No por esto debe aceptarse lo que dice Pereira da Silva (*Historia*, I, 283): «O vice almirante concordou com a princeza, e prometteu-lhe a sua coadyuvação recebendo della mimos de propriedades, e presentes de subido valor». (Agrega en nota: *Recebeu uma chacara na Praia Grande, e jóias*). La casa de campo (*Chacara Braganza*) fué regalo del Regente, y el único regalo de la Princesa, poco antes de volverse Sidney Smith á Europa, fué una espada de honor. Véase *Memorias secretas*, 25. Cf. *Naval Chronicle*, XXI, 498. (Carta de un oficial de Sidney Smith): «*Sir Sidney has a pleasant house on the opposite side of the river, with a good deal of land. It was a present of the Prince, and is called Chacara Braganza*».

arredrarse por los recientes consejos de guerra en que, bien le constaba, se había castigado, más que las empresas temerarias, su mal éxito. No sólo arrancó al iluso Regente la autorización que doña Carlota necesitaba para presentarse como infanta española en el Plata, sino que le hizo consentir en una acción combinada (bajo su alta dirección) de la escuadra británica con las tropas portuguesas de Río Grande. Aunque no se decía claramente por qué ni contra quién el nuevo Marlborough se iba á la guerra, no parecía dudoso que, con pretexto de restablecer el orden en estas provincias ó defenderlas contra un ataque fantástico de los franceses, entrara en sus designios apoderarse de la Banda Oriental, entregando acaso al aliado portugués la zona fronteriza y estratégica que á éste le tocaba y convenía cubrir. Ahora bien: esa piratería, combinada por el antiguo compañero del bajá Yezar (y que en el fondo acaso tuviera más de extravagante que de cínica), es fuerza decir que la aceptó sin pestañear la «heroína», defensora y depositaria de los sagrados derechos de Fernando. En una carta delirante que dirigió á Liniers,—y que ¡colmo de inconsciencia! le hizo llevar por un coronel Burke, harto conocido en Buenos Aires (1),—le proponía

(1) Esta carta, fechada en Río de Janeiro, 19 de octubre de 1808, ha sido publicada en la *Historia de Belgrano*, II, 788; tiene un anexo ó *post-scriptum* del 8 de noviembre: por consiguiente, fué ésta la que llevó Burke, según lo establece la esquila de Carlota, dirigida á Presas el mismo día 8 (*Memorias*, 9): «En la del virrey, parece que el portador de la carta es el coronel D. Santiago Borgh (Burke) que es el de mi confianza, y que él mismo le dirá la comisión de que va encargado». Consta por el documento número 22 que no sólo Liniers no quiso recibir á Burke (aunque sí la carta de la Princesa), sino que llamó á junta para decidir sobre prenderle ó mandarle embarcar inmediatamente en el buque en que vino: se resolvió lo último «por venir revestido del carácter de emisario del almirante de su nación *Sidigney Esmít*». Ya se dijo que este coronel, cuyas campañas parece que consistían sobre todo en esta clase de misiones, había estado varias veces en Buenos Aires desde 1804; disfrazado de oficial prusiano, penetró en la tertulia familiar de Sobre-

candorosamente que sometiese á Sir Sidney Smith sus «quejas» como virrey contra el gobernador de Montevideo, tanto más cuanto que, marchando dicho Almirante para el Río de la Plata, «las tropas portuguesas de aquella vecindad (Río Grande) han sido desde ayer puestas á su orden, etc.». Y la inaudita misiva, con aires de real orden, para demostrar mejor el desequilibrio ó la ausencia del sentido moral de su autora, ¡terminaba poniendo al virrey bajo la dependencia directa de un jefe inglés que ni siquiera de su propio gobierno tenía instrucciones! Un conato de desmembración territorial, para recompensar proezas de alcoba: tal era el estreno de la pretendienta, cuya anunciada venida estremecía las fibras patrióticas de los «precursores». ¡Y lo que se proyectaba desde el primer día, era tender en ese fango palaciego los laureles de la Reconquista y la Defensa, para que sirvieran de juncia triunfal al paso de una serenísima ramera!

La monstruosidad, felizmente, apareció tan evidente y repugnante, que provocó la inmediata represión. La indignada respuesta del virrey (1), á quien lograra apenas contener su respeto por el sexo y la sangre de la ofensora, encerraba ya, para quien sabe leer, una reparación moral del ultraje inferido, no sólo al mandatario sino al Reconquistador: y con éste á la población dos veces victoriosa de aquellos mismos ingleses, con cuya bandera de contrabando se pretendía ahora rendirla sin combate. En cuanto á la reparación material, siguió muy de cerca á la otra. Las protestas enérgicas de Liniers promovieron las de

monte y sirvió de espía á Popham. «De este oficial (dice Manuel Moreno, *Prefacio*, LVI) se conservan en el país anécdotas curiosas: sus galanteos de una dama francesa, que estuvo en relaciones con Liniers; un desafío, etcétera». Es de suponer, como cosa muy humana, que esta circunstancia no contribuiría á hacerle *persona grata* ante el virrey. ¡Oh los *dessous* de la historia!

(1) Con fecha 15 de noviembre; también se halla en la obra citada, á continuación del documento anterior.

Strangford, no sólo ante el Regente del Brasil, sino ante su propio gobierno, resultando de todo ello: por una parte, el retiro de la autorización dada á Carlota para trasladarse á Buenos Aires y convocar sus desatinadas Cortes; y por la otra, el llamamiento de Sidney Smith á Inglaterra, á pedido del diplomático y después de una polémica en que éste no llevó la peor parte.

Con esta malograda intentona, puede decirse que tuvo principio y fin la «campana electoral» de la princesa del Brasil en el Río de la Plata. Por cierto que ésta continuó dando pábulo imaginario á su neurosis con misivas á sus prosélitos, cada día menos entusiastas, de Buenos Aires y el Perú, ó con enredos inconsistentes en el propio Río de Janeiro; ya con motivo de la presencia y reunión de algunos «argentinos» en casa de la Périchon; ya por la llegada de la fragata *Prueba*, que traía á su bordo al antes marrado gobernador Huidobro, ahora nombrado virrey ¡por la Junta suprema de Galicia!... En suma, nadie supo jamás á ciencia cierta, y mucho menos ella misma, lo que la infanta Carlota persiguiera en América, fuera de la satisfacción pueril que consistía en meterse donde no hacía falta, y prodigar á diestra y siniestra ese estúpido tuteo real, que hasta ayer caracterizaba la enmohecida y rutinaria etiqueta española. Vivos don Fernando VII y el infante don Carlos, nunca pudo ocurrirle, ni le ocurrió, no más en América que en España, trastornar los derechos dinásticos ni desmembrar los dominios de la corona. So pretexto de defender, contra la usurpación francesa cualquiera parte amenazada del imperio colonial, lo que anhelaba esta maniática ambiciosa era el goce inmediato del poder, siquiera no fuera más que su vano y fugaz simulacro: y no sería calumniarla, admitir, como lo insinúa su secretario Presas, que en la proximidad al Brasil de la región cuyo gobierno interino codiciaba, la perspectiva que sonreía á su perversidad era la de tener en jaque y quizá destronar á su infeliz y odiado esposo. Sea como

fuere, el progreso de las armas francesas en España, y, por otra parte, la constitución de una Junta Central más ó menos legítima, tuvieron la doble consecuencia de asegurar los derechos eventuales de Carlota como heredera del trono, al propio tiempo que se decretaba oficialmente su inhabilidad para la Regencia. Pero, cuando esto ocurrió, tiempo hacía ya que nadie en América seguía con interés el movimiento en el vacío de esa quinta rueda del carro monárquico. Continuó existiendo una cuestión portuguesa en el Plata, después como antes de la Revolución; pero ya no complicada con la regencia de doña Carlota, que sólo cruzó como fuego fatuo por la historia. Si me he detenido en este episodio algo más de lo necesario, es porque, además de sus rasgos curiosos, al poner en relieve la lealtad inalterable de Liniers anuncia claramente cuál será su actitud postrera. Si algo resulta del indicado proceso, es la evidencia de haber sido Liniers el primer y principal obstáculo para la realización de los proyectos de D.^a Carlota y Sidney Smith. Esta actitud insospechable, que resulta de los documentos y se adapta, no sólo al carácter del personaje sino á sus intereses, es la que, sin embargo, ha sido declarada sospechosa: háles bastado á nuestros historiadores trastornar los datos para interpretar á su antojo las intenciones; y los mismos que gastan tesoros de indulgencia para el españolismo de Moreno ó el monarquismo impenitente de Belgrano, se han armado de severidad ante un fantástico «carlotismo» de Liniers, sólo fundado en su propio desconocimiento de los hechos (1).

(1) El señor Mitre (*Historia de Belgrano*, I, 274) dice que Liniers, «no había desconocido explícitamente los derechos eventuales de la Carlota á un trono en la América española» y nos pinta «las fluctuaciones de su carácter indeciso...» El primer miembro de la frase no tiene sentido histórico ni el segundo lo tiene jurídico: los derechos eventuales de Carlota no podían ser desconocidos sino por quien ignorase las cortes de 1789; además, acababan de ser confirmados por el manifiesto de Floridablanca;

IV

Entre los partidarios platenses de la infanta Carlota, era notable la ausencia casi completa del grupo español: habíanse retraído, desde luego, don Martín de Alzaga con sus adictos del cuerpo capitular, y tras de éstos los individuos más visibles del comercio y del clero, que afirmaban personificar la opinión, amén de los jefes militares europeos que pudieran representar la fuerza. Esta general abstención de los peninsulares, si bien significativa, no requería largo comentario, conocido el acuerdo existente entre los cabildos de una y otra banda del Plata. Aspiraban los de aquí al mismo gobierno municipal que los de allá habían conseguido, y por el procedimiento idéntico de un motín popular. Así las cosas, la mal definida propaganda de la princesa del Brasil no podía ser aceptada de los que pretendían ajustar su conducta política á la actitud de la metrópoli. *¡Junta como en España!* tal era la secreta contraseña y, muy pronto, el grito sedicioso, en cuya breve fórmula hallaban cabida la ambición de algunos, el sentimiento antiamericano de otros,—

«un trono en América», distinto del trono en España, era una novedad que hemos visto no había sido por nadie formulada, ni siquiera por Carlota. Lo de las «fluctuaciones» es una hipótesis gratuita, desmentida por las mismas cartas dadas á luz en la obra del señor Mitre. Tampoco la causa formada á Presas, en Buenos Aires, pudo tener nada que ver con la Carlota, á quien el futuro secretario vió por primera vez seis meses después. En cuanto al historiador López, instruye la causa sumariamente; unas veces (*Historia*, II, 298) dice que Liniers aceptó la proclamación de la Carlota, sin decirnos en qué se funda: otras (*Ibid*, 347), es el mismo virrey quien denuncia en 1808 «las intrigas y manejos» de aquélla al marqués de Casa Irujo, embajador español en el Brasil—el cual llegó á Río el 26 de agosto de 1809, cuando Liniers ya no era virrey ni se hallaba en Buenos Aires.

sobre todo el odio antifrancés de la mayoría, enardecido hasta el rojo candente por las patrañas de las gacetas de Cádiz que en cada barca llegaban, y religiosamente se reimprimían por la imprenta de Niños Expósitos (1).

Frustrada como vimos, la intentona de octubre, Alzaga empleó los dos meses siguientes en preparar el éxito de una segunda y mejor combinada contra el odiado virrey. A los batallones urbanos de Catalanes, Vizcaínos y Gallegos, con que contaban siempre los conjurados, se agregaban muchos dependientes del comercio, y también algunos elementos cedidos por Elío: así, varios oficiales de la fragata *Prueba*, á quienes instigaban, si no mandaban directamente, el jefe de escuadra don Pascual Ruiz Huidobro y el brigadier don Joaquín de Molina,—de paso éste para el Perú y revolucionario por pura afición (2). Habitualmente, efectuábanse los conciliábulos nocturnos en la casa de

(1) Amenizaban un tanto las monótonas invectivas contra Francia y Napoleón las proclamas de los vecindarios, en que resultaba cada guerrilla merendándose diariamente unos cuantos miles de gabachos. Precisamente en los días de que tratamos (noviembre de 1808) reimprimióse en Buenos Aires cierta *Proclama de la Mancha*, que á muchos parecerá invención, y comenzaba así: «Manchegos, los campos de Montiel y el Puerto Lapiche, testigos en otro tiempo de las proezas del ingenioso Caballero, han admirado ahora el valor de los descendientes de aquel héroe...» y seguían otras espantables aventuras de los carneros, con esta conclusión: «Dado en nuestro cuartel general ambulante. Por mandado del señor Diego López Membrilla (el general) que no sabe escribir». En cuanto á la sorpresa de Bailén (*Non sine causá sed sine fine laudata*) que refrescaba un poco las seculares reminiscencias de Roncesvalles y San Quintín, produjo un interminable romancero en verso y prosa; pero las gacetas comentaban con especial estusiasmo los insultos con que los jefes españoles habían sazonado la violación salvaje de la capitulación.

(2) Existe en el Archivo general un largo expediente sobre la fragata *Prueba* y el brigadier Molina; sabido es que el buen Cisneros absolvió á éstos como á los otros autores de los escándalos del 1.º de enero, creyendo con sus concesiones tener la fiesta en paz: tuvo el 25 de mayo!

Alzaga; otras veces en el palacio episcopal, como que el obispo Lué y Riega figuraba entre los más ardientes conspiradores. Aunque los más de éstos eran españoles, no habían dejado de adherirse al complot unos cuantos americanos, y algunos de tanta significación social como los doctores don Julián de Leiva y don Mariano Moreno,—con la particularidad de haber sido éste último uno de los primeros y más entusiastas partidarios de doña Carlota. Las causas de la animosidad personal del futuro secretario de la Junta contra Liniers han sido indicadas alguna vez, pero sin fundamento suficiente para que pertenezcan á la historia. Tampoco es permitido afirmar que los rencores privados pesaran más tarde en la terrible resolución del repúblico; aunque sí debe deplorarse que suscite tales sospechas la actitud implacable del biógrafo que siempre reflejó las pasiones de su modelo, y, en el doble sentido propio y figurado, sólo fué un hermano menor de Moreno. Sea como fuera, en la última reunión celebrada en el obispado, se fijó para el motín la fecha del 1° de enero de 1809, por efectuarse este día la elección anual de los capitulares, que congregaba al vecindario en la Plaza Mayor. El programa de la función no difería del recién realizado en Montevideo, sino en un detalle,—á la verdad de cierta importancia, sobre todo para Liniers: y era que en lugar de presidir—como allá Elío—la Junta surgida del tumulto popular, el virrey quedaría depuesto y sin ingerencia en el nuevo gobierno, ya por renuncia voluntaria del empleo, ya por aclamada destitución.

Estos planes subversivos eran conocidos del virrey y sus adictos, que tenían agentes suyos entre los mismos conjurados y seguían día por día el desarrollo de la conspiración. Con el fin plausible de evitar un conflicto sangriento, los jefes de los cuerpos fieles habían dirigido á Liniers una representación colectiva, denunciando el peligro y poniendo sus fuerzas al servicio de la autoridad

(1). El mandatario había agradecido y aceptado ostensiblemente el ofrecimiento, aunque manifestara no creer en la realización del atentado, ya porque confiase en una reacción patriótica de los conspiradores, ya en los sanos consejos de la prudencia, siendo notoria la adhesión de los tercios criollos. Las almas generosas son fácilmente optimistas; y, como escribía Saavedra treinta años después, «aquel hombre de carácter bondadoso», solía apreciar los sucesos con el sentimiento más

(1) Poseemos varias versiones de este episodio por testigos más ó menos autorizados: Saavedra, M. Rodríguez, Manuel Moreno, P. A. García, fuera de las actas y partes oficiales. El historiador López se atiene exclusivamente á la carta del verboso coronel Pedro A. García, que publica íntegra (*Historia* II, 322 y *Apéndice*): en tanto que el señor Mitre (*Belgrano*, I, 265) no la menciona, si bien se vale sucesiva é indiferentemente de todas las demás: uno y otro, en forma diferente, pecan contra la crítica documental. Es evidente, por ejemplo, que la página de Manuel Moreno, además de su tendencia calumniosa, contiene errores enormes en lo principal, verbi gracia: «El gobierno no había percibido (apercibido?) cosa alguna con anticipación, pues las demás tropas de confianza no estaban retiradas en sus cuarteles, ni preparadas». Es exactamente lo contrario de la verdad. El mismo Liniers, en su proclama del 4 de enero, lo establece categóricamente: «Tomé de acuerdo con los comandantes de Patricios, Arribeños, etc., las medidas necesarias para oponerme á la insurrección: *éstas no fueron secretas, sino públicas, procuré que nadie las ignorase para ver si podía intimidar á los conjurados.*»—Parece que la relación de Saavedra sea la más clara y verosímil, aunque contiene también yerros y omisiones, como escrita treinta años después de los sucesos (la fecha final es del 1.º de enero de 1829). La reimpresión que de esta memoria se ha hecho recientemente (en la revista *Historia*) no difiere de la primera publicación que se hizo en la *Gaceta Mercantil*, y principió el 30 de marzo de 1830, al día siguiente del aniversario de la muerte del autor; concluyó el 28 de abril, y la *Gaceta* del 29 le dedica un juicio sensato y simpático. Saavedra murió repentinamente el 29 de marzo de 1829, á las ocho de la noche, en casa de su hermana. Sólo la *Gaceta* y el *British Packet* dieron la noticia; no hubo homenaje oficial alguno ni honores militares, á pesar de ser general en jefe del ejército su antiguo compañero de armas, Martín Rodríguez. Las circunstancias del momento absorbían el interés público: el día del entierro de Saavedra circulaba ya la noticia de la derrota de las Vizcacheras y muerte de Rauch; también la administración de Lavalle entraba en agonía.

que con la reflexión. Por eso, sin duda, no juzgó que la efervescencia callejera debiese trascender á su vida doméstica, haciéndole diferir el anunciado casamiento de su hija Carmen con el mayor don Juan B. Périchon, el cual se realizó en la Catedral, el 26 de diciembre (1). Corroborando estas disposiciones conciliadoras del gobierno, circulaba el rumor de que, para quitar todo pretexto á los revoltosos, el virrey había resuelto aprobar las elecciones del 1º de enero, «fueren quienes fueren los nombrados para el Cabildo». Pero no había ya providencia ni actitud de Liniers que lograra atenuar el vicio insanable de su nacionalidad; y el sábado, 31 de diciembre, víspera de las elecciones, los batallones conjurados recibieron cartuchos á bala, con orden de concurrir al día siguiente con sus armas á la Plaza Mayor, al toque de la campana del Cabildo.

Por su parte, los jefes de las fuerzas adictas al gobierno no tenían citadas para la mañana del día 1º en sus respectivos cuarteles (2). Las componían: la fuerte legión de Patricios, al mando del coronel Saavedra; el regimiento de artillería de la Unión, con su coronel, don Gerardo Esteve

(1) Encuentro algunos datos interesantes en la partida de matrimonio, cuya copia legalizada he sacado de la Merced. Con licencia del obispo, celebró el acto en la Catedral el cura de Morón, Dr. D. Juan Manuel Fernández de Agüero, el antiguo profesor de filosofía escolástica del colegio de San Carlos, más tarde filósofo racionalista en la Universidad. El novio se designa así: «D. Juan Périchon y Vandebil (sic), natural del reino de Francia, hijo legítimo de D. Esteban Périchon y de D.^a Juana Magdalena Avelle». Fueron padrinos el virrey y la madre del novio; firma la partida, como cura de la Catedral, don Julián Segundo de Agüero, el futuro ministro de Rivadavia.—El casamiento se realizó á poco de volver Périchon de Europa, pues hasta fines de octubre las *Instrucciones* del Cabildo de Montevideo al enviado Guerra le dan como preso en Cádiz—por francés, naturalmente.

(2) Respecto de los informes que se tenían del complot, habla el Dr. López (II, 234) del «grande sigilo que los conjurados habían procurado guardar...» pero, á renglón seguido: «era tan pública esta voz por la jactancia de los conspiradores, etc...»!

y Llach; los cuerpos de Montañeses y Arribeños, respectivamente mandados por el coronel don Pedro A. García y el capitán (2º jefe) don Francisco Ortiz de Ocampo; el batallón de Pardos y Morenos, también al mando provisional de García; por fin, los Húsares de Pueyrredón que, en ausencia de este jefe, tenían por comandante interino á don Martín Rodríguez. Estos cuerpos urbanos, formados de combatientes de la Defensa, y que representaban un contingente respetable por su número y calidad, debían salir de sus cuarteles y converger á la Plaza en cuanto sonaran los tres cañonazos de la Fortaleza, según la señal convenida con el virrey; pero veremos luego cómo dicha señal fué omitida, lo que no impidió á los tercios moverse en la hora precisa, con excepción de los Húsares que quedaron hasta la tarde en el Retiro, y de los Pardos y Morenos que siguieron ocupando la plaza de Monserrat.

Desde el amanecer habían tomado sus puestos estratégicos los cuerpos españoles, delante del Cabildo y en torno de la Plaza (1), no dejando libre el acceso de las galerías capitulares sino al «pueblo» europeo. Las elecciones municipales se efectuaron á la hora y en la forma acostumbradas, resultando reelegidos sin discrepancia los capitulares salientes. Redactado el acuerdo correspondiente, pasó al Fuerte una diputación encabezada por el Alcalde de primer voto, don Martín de Alzaga, y acompañada de grupos tumultuarios, para solicitar la ratificación de los nombramientos. La guardia dejó entrar á los capitulares, pero cerró

(1) LÓPEZ, *Historia*, II, 326: «Al frente de la arquería del Cabildo extendían su línea los Catalanes que mandaba el rico hombre Rezábal...» D. Ignacio de Rezábal era comandante de los Cántabros de la Amistad. Ya tenemos repetido que el comandante de los Catalanes era el regidor D. Olaguer Reinald, y sabemos que la razón de estar formados delante del Cabildo era tener su cuartel contiguo. Pero, ya se tratara de Rezábal ó de Reinald, no es permitido á un historiador llamar *rico hombre* á un tendero rico.

el paso al populacho, que quedó revolviendo por la plaza del Mercado en hervidor oleaje. A poco salía el grupo concejil, con aspecto entre satisfecho y cariacontecido, pues si bien era cierto que triunfaba, habiendo el virrey firmado el auto de confirmación sin mirar la lista, no lo era menos que faltaba ya el mejor pretexto para el motín. Pero la vacilación fué de pocos minutos; apenas llegados al centro de la plazoleta, uno de los diputados—Alzaga, según algunos, Villanueva, según otros,—arrojó al aire el primer grito sedicioso de *¡Junta como en España! ¡Abajo el francés Liniers!* que fué repetido por la muchedumbre. Al mismo tiempo que la campana del Cabildo tocaba á rebato, formábanse los tercios europeos, y los conjurados empezaban á llenar las galerías de la casa consistorial, donde había de realizarse el acto más importante del programa revolucionario.

A mediodía, el comandante de Patricios recibía la orden de dirigirse con su cuerpo á la Fortaleza por la poterna de la playa, estando ya interceptadas por las fuerzas españolas las cuadras inmediatas. Mientras cumplía personalmente esta disposición, Saavedra mandaba á los Arribeños que ocupasen la «casa de Mixtos», frente á las Catalinas, y se mantuviesen sobre las armas. Dejando su regimiento formado en el recinto, el coronel Saavedra penetró en el despacho del virrey, á quien el obispo Lué, el jefe de escuadra Ruíz Huidobro, el brigadier Molina y otros oficiales formaban un círculo de traidores. Después de un vivo altercado, el comandante de Patricios aceptó la proposición de volver á su cuartel, pero no por la puerta de Socorro, sino por la Plaza Mayor, en columna formada y á tambor batiente, comprometiéndose por su parte el prelado á conseguir que los españoles despejasen la plaza y calles adyacentes. Así se hizo; pero tan poca confianza tenía el soldado en la palabra del obispo, que hizo llamar al cuartel de Patricios á los Montañeses, Arribeños y Artilleros de la Unión, con

el convencimiento de que iba á ser necesario desalojar por la fuerza á los contrarios.

Entre tanto, el vecindario español, congregado en las galerías del Cabildo, realizaba al fin por aclamación el nombramiento de una Junta Suprema, compuesta exclusivamente de europeos, con excepción de los doctores don Julián de Leiva y don Mariano Moreno, únicos americanos notables, hay que decirlo, que hubieran participado en esta empresa esencialmente antiamericana. Encabezaban la lista los nombres de Alzaga, Reinald, Villanueva, Santa Coloma y demás capitulares, y la cerraban los de Leiva y Moreno, que habían sido designados para secretarios. Así organizada la Junta, que nunca volvería á juntarse, y redactada el acta de instalación, que quedaría como el único vestigio de su existencia, trasladáronse al Fuerte algunos miembros del flamante cuerpo,—entre éstos Alzaga y Moreno,—para significar al virrey su destitución. Recibió éste sin gran sorpresa la noticia, y por ser día en que todo el mundo iba y venía entre la Fortaleza y el Cabildo, no le costó tiempo reunir un abigarrado consejo de notables, en que, además de los capitulares y la Audiencia, entraban el obispo y los mencionados jefes de marina. Nadie ponía en duda lo que del sanhedrín tenía que salir,—y menos Liniers, que acababa de dar aviso á Saavedra para que entrasen en escena los Patricios y terminase la larga función. Para ganar tiempo, y también porque tal hubiera sido en último caso su conducta, el virrey admitió la idea de resignar el mando, si el «pueblo» así lo exigía; pero en favor del jefe más caracterizado, como lo prevenía la real orden, y de ningún modo en manos de una junta anárquica. Conseguido lo principal, que era la dimisión—pues para lo demás había tiempo—extendióse el acta de la renuncia, y ya Liniers acorralado tomaba la pluma para firmarla (otros dicen que estaba ya firmada), cuando Saavedra y otros jefes de cuerpo hicieron irrupción en el despacho. Aquello fué un cambio teatral:

sin amedrentarse por las declaraciones de los curiales ni los aspavientos del mitrado hipócrita, Saavedra protestó contra la abdicación y el abuso que en nombre del pueblo se cometía, concluyendo por proponer al virrey que se mostrase á la concurrencia, y escuchase salir de miles de pechos el sentimiento popular. Tal se hizo, en efecto. El virrey se presentó en la plaza, acompañado por Saavedra; y una inmensa aclamación de *¡Viva Liniers!* salida de la masa criolla, que ahora rebullía junto á los Patricios formados en batalla, probó á los conjurados que en el verdadero pueblo de Buenos Aires vivía aún el prestigio del caudillo francés que—como á esta ocasión lo recordaba Saavedra (1)—había reconquistado para España la ciudad cobardemente entregada por un virrey y oficiales españoles. Vuelto Liniers á su despacho, rasgó, en presencia de los «consejeros» que allí habían quedado, el documento que acaso firmara por persuasión el mandatario saturado de intrigas y calumnias, pero no por intimidación el soldado que acababa de ver en frente al enemigo. Así resuelta la cuestión doctrinal, confió á Saavedra la práctica, que consistía en disolver sin demora ni contemplación las fuerzas sediciosas que obstruían el frente oeste de la plaza y las cuadras adyacentes. En vano, por sugestión de Alzaga, acudieron los conjurados al recurso de desplegar en el Cabildo el real pendón en señal de paz: Viamonte, García, Martín Rodríguez, se pusieron al frente de sus respectivos cuerpos á lo largo de la Recova, y Saavedra mandó rendir las armas á los tercios formados en el lado opuesto... Podría suscitarse duda sobre si los estimables horteras de don Olaguer Reinalds persistieron hasta la segunda intimación en su propósito de dar la vida por la Junta: pero es muy se-

(1) SAAVEDRA, *Memoria*: «Se olvidaban estos ingratos que sólo el francés Liniers rehusó juramentarse ante Berseford... etc.

guro que no esperaron la tercera, constándonos por varios testimonios, tan fidedignos como pintorescos, la galantería con que accedieron al deseo del comandante de Patricios (1).—Aquella misma noche formó acuerdo la Audiencia, presidida por el virrey, y, calificado el caso de atentado y traición, fueron condenados sus autores principales á la pena relativamente leve de extrañamiento. Para evitar nuevos desórdenes, fueron aprehendidos en el acto los cinco capitulares, Alzaga, Reinals, Villanueva, Santa Coloma y Neira, y embarcados para Patagones,—sin perjuicio de seguirse en la forma ordinaria la causa formada á los autores y cómplices de la rebelión (2). A pesar—ó en razón—de ser relatores de la Audiencia, ni Moreno ni Leiva fueron perseguidos. No obstante, el alma tierna de Manuel Moreno sangraba todavía á los tres años por el destierro de los culpables, que en rigor duró un mes, y en su conocida obra protesta indignado contra la crueldad del tirano Liniers ¡por haberse defendido al verse atacado! Y cuando se recuerda que el objeto de tantos dicerios y calumnias era la más ilustre de las cinco víctimas recién caídas en la Cruz Alta (3).—de orden del hermano del declamador y por un delito más discutible que el del 1º de

(1) SAAVEDRA, *Memoria*: «A la segunda intimación arrojaron las armas y corrieron por las calles como gamos...»—SAGÚI, *op. cit.*, 117: «A manera de las aves de rapiña que sintiendo al cazador, se desbandan y huyen precipitadamente.» Los tres cuerpos insurrectos quedaron disueltos.

(2) El acto verdaderamente arbitrario y abusivo fue la confiscación de los caudales efectivos, que se encontraron en las casas de comercio de algunos desterrados; así se apoderó el gobierno de 300.000 pesos fuertes pertenecientes al síndico Villanueva. Parece, sin embargo, que esta extorsión tuvo el carácter de un impuesto forzoso, pues se empleó en gastos administrativos, dejándose la constancia que, más tarde, permitió al interesado recuperar la suma casi en su totalidad.

(3) La *Vida* de Moreno se publicó en Londres, en agosto de 1812; es presumible que se principiara á mediados del año anterior.

enero, — ocurren tristísimas reflexiones sobre la moralidad de los partidos políticos.

Tal fué en substancia—y omitiendo pormenores sin gran interés—la frustrada revolución de los españoles. Pero no es dudoso que el fracaso del tumulto municipal tuvo consecuencias históricas, mucho más positivas que las perseguidas por los conjurados ó las entrevistas por los vencedores. Fué sin duda la más inmediata y patente la que apuntan los historiadores argentinos (1), esto es, la preponderancia militar del elemento nativo,— como que en adelante la legión de Patricios y demás batallones criollos compusieron exclusivamente la fuerza acuartelada. Pero, sobre ser precario este resultado, y depender de la venida (tan reclamada por los últimos virreyes) de una fuerte división veterana, no constituyó sino el elemento más externo de la nueva situación. Por lo que ésta en realidad se caracterizaba, y contenía el anuncio de un cambio inminente, era por el estado de caducidad de los órganos gubernativos, que un simple amago de conflicto acababa de revelar. Tal era su incurable vetustez, que había bastado un ligero rozamiento para ponerla de manifiesto, aun ante los testigos más ingenuos (2). Tras el solo ademán de un motín abortado, salían todas las instituciones estropeadas é inválidas. ¿Qué quedaba del virreinato, desconocido por el Cabildo y sólo amparado por los cuarteles ensoberbecidos y ya incapaces de obedecer? ¿Qué del Ayuntamiento, cuyos miembros dispersos eran públicamente infamados y convencidos de traición? La misma Audiencia, tímida y temblona, acordaba con el vacilante mandatario resoluciones que era la primera en denunciar al gobierno ambulante y confuso de Aranjuez ó Sevilla, cuyo simulacro estaba en todas partes y su realidad en ninguna. Nada,

(1) LÓPEZ, *Historia*, II, 324; MITRE, *Belgrano*, I, 270.

(2) SAGÚI, *op. cit.*, 119: «De aquí es que los ánimos cancerados, ya no curaron más».

pues, del antiguo régimen había quedado en pie. El solo hecho de ser los propios gobernadores y capitulares, los que venían encabezando motines en estos dominios, con el pretexto de conservarlos á un rey cesante, demostraba á las claras que estas provincias no podían ya ser colonias. La lealtad y la fe eran el cemento que antes mantenía adherentes las piedras del edificio monárquico: los mismos españoles eran los que aquí habían escandalizado á los vasallos, enseñándoles cómo las desprendidas hiladas se desplomaban al solo empuje popular. No sería lección perdida. Los criollos sabían ya que no era atentado inaudito expulsar virreyes ó dispersar cabildos y audiencias. Lo que los españoles atacaran con monstruoso ilogismo, intentando rasgar sus únicos títulos al predominio, los hijos del país iban á emprenderlo con lógica evidente, proclamándose dueños de la tierra que ellos bastaban á defender. Y esa misma Junta gubernativa, en cuyo nombre alzarán los peninsulares pendones de anarquía, los americanos iban á erigirla en señal de emancipación. Con toda verdad puede decirse que, al día siguiente de declararse sediciosos los españoles de Buenos Aires, la obra de la independencia estaba iniciada. Que se cortara allá por la espada de los invasores, ó se desatara aquí por la mano de los patriotas,—ó, como aconteció, por ambos extremos á la vez,—desde principios del año 9 ya no existía virtualmente el vínculo de vasallaje. La revolución estaba hecha en la conciencia americana: la cuestión de pasar á los hechos, sólo dependía de que los franceses empleasen años ó meses en invadir la Andalucía.

V

No bien avisado Elío de los sucesos ocurridos en Buenos Aires, despachó para Carmen de Patagones uno de los buques del apostadero, al mando del capitán de fragata don Francisco Javier de Viana, con orden de extraer por la fuerza á los capitulares desterrados y conducirlos á Montevideo. La comisión fué prontamente cumplida, á pesar de la resistencia que opusiera la débil guarnición del presidio (1); y, ya reunidos en la ciudad sublevada, pudieron los enemigos de Liniers proseguir á mansalva su ruín empresa de descrédito y calumnia. Multiplicaron, en efecto, sus denuncias contra el virrey ante la Junta suprema; aunque, como luego veremos, «lo que abundaba, ya no podía dañar», y á la hora en que aquéllas llegaron á su destino, estaba decidido el reemplazo de Liniers.

Este, entre tanto, luchaba contra la fortuna con la resignada energía del marino que manda la maniobra imposible á bordo de la nave en pérdida, resuelto á quedar firme en su puesto hasta el minuto supremo. Bien sabía él que su reciente triunfo á lo Pirro no significaba sino una tregua en la inevitable derrota. Todos sus merecimientos

(1) En una nota de su comunicación al Rey, de 5 de agosto, escribe Liniers: «Este es el que insultó con las armas en la mano el pabellón de V. M. en el establecimiento de la costa de Patagonia» (CALVO, *Anales*, I, 135). —El capitán Viana era el mismo oficial que, veinte años antes, se encontró en la expedición de Malaspina y dió de ella un *Diario* interesante (impreso en el Cerrito de la Victoria, 1849). Las dos corbetas *Descubierta* y *Atrevida* formaban parte del apostadero, con la tristemente célebre fragata *Medea* que, cuatro años antes, condujo á los dos Alvear. Regularmente, el servicio de la costa patagónica é islas Malvinas se hacía por los tres bergantines de la plaza; pero, dado el carácter militar de la comisión, es probable que Viana montara su vieja *Descubierta*. Cf. *Anales de la Biblioteca*, I.

anteriores, todos los esfuerzos y sacrificios de su dolorosa lealtad presente, por mil testigos reconocida, tensan que estrellarse en la pared de hierro de la preocupación patriótica, que no razona y sólo siente, no pudiendo, por lo tanto, ser permeable al convencimiento. Aun suponiendo que, para cada conciencia individual, resplandeciera como la luz del sol la evidencia de su hidalguía, ésta no valdría para la conciencia colectiva: espurio conglomerado de impulsos é instintos atávicos, cuya lógica implacable y ciega es la del alud que se desploma de la montaña. Aunque fuese un santo ó un héroe,—que no era ni lo uno ni lo otro,—su santidad ó su heroísmo no le lavara por entonces del delito, inexpiable ante almas españolas, de ser francés, es decir: compatriota de los que allá herían y ultrajaban á la madre venerable, cuyos sufrimientos hacían correr lágrimas de sangre en los rostros de sus más rudos hijos. La misma pasión bravía que arrojaba al vecindario de Zaragoza ó Valencia contra indefensas familias francesas, allí arraigadas de veinte años atrás, y hasta ayer queridas, era la que aquí rugía contra el paisano de Napoleón: sentimiento regresivo y feroz, que nos retrotrae á la barbarie de los conflictos medioevales entre las razas, y parece que revolviere en la moderna humanidad los apetitos sanguinarios que prolongaron la lucha de las especies; pero imponente en sus mismos excesos y exento de egoísmo sórdido: puro, al cabo, como el fuego, si como éste devastador,—y que haría absolver al pueblo indómito que contra todo cálculo y esperanza lo alimentaba, si bastase lo robe del fin para borrar lo innoble de los medios ante la incorruptible historia!

Pocos días después de sofocado el motín (1), el virrey dirigió á los habitantes de Buenos Aires

(1) El 4 de enero; otra proclama había publicado la víspera, sólo encaminada á demostrar lo ilegal de la proyectada Junta y ensalzar la actitud de los «cuerpos patrióticos».

una importante proclama, que refleja el estado de su ánimo y se aparta bastante, en su segunda parte al menos, del estilo enfático y hueco harto usual en este género de literatura. A raíz de algunas alusiones, acaso poco útiles, á los capitulares extrañados, pero que siquiera muestran la poca animosidad que les conservara, Liniers discurre con gravedad filosófica sobre la iniquidad del juicio contemporáneo: «En vano, decía, se precia el hombre más feliz de haber granjeado por grandes acciones y actos de benevolencia la voluntad universal de los que manda; pues la envidia, la calumnia y la malevolencia, vertiendo sobre él su ponzoña, lo convencerán muy en breve de que la única satisfacción que debe esperar el hombre de bien, es el testimonio de su conciencia». Y entrando luego en lo que él mismo llamaba las «aplicaciones», presentaba un análisis de los sucesos recientes, que puede tenerse por el resumen más claro que de aquéllos poseamos. Huelga reproducirlo, habiéndoselo tenido presente en las páginas anteriores; con todo, transcribiré los renglones relativos al incidente de la renuncia, que ha sido tergiversado, y cuya versión por el principal actor, y destinada á un público en su mayoría hostil, no podía apartarse un punto de la verdad:

«...Tuve que detener varias veces la justa indignación de los defensores de la buena causa. Últimamente llevé la moderación, pensando que tal vez evitaría la efusión de sangre, y hacerles conocer un desprendimiento que en toda otra circunstancia podía caracterizarse de criminal, hasta hacer dimisión del mando, siempre que por este medio se lograra borrar aun el nombre de *Junta*, quedando en su integridad las sabias leyes que en tres siglos habían regido estos dominios; cuya proposición se admitió á pluralidad de votos... Pero vi con admiración exaltarse hasta lo sumo los que (Saavedra y los jefes) consideraban, que derribada la autoridad emanada de la Suprema y el Jefe revestido de la legítima, el que ellos eligiesen no subsistiría más tiempo que el en que cesase de adherir á sus siniestras y desarregladas ideas... (1). Pero

(1) No necesito advertir al lector que las impresiones sueltas del tiempo traen muchas incorrecciones; aquí y en

la energía y el patriotismo de los cuerpos y jefes ya citados me sacaron de este conflicto con el mayor denuedo. La autoridad real se ha radicado, y los malvados y mal intencionados están abandonados á sus remordimientos (!) y bajo el yugo de las leyes».

En esos mismos días (1), ya fuese porque temía realmente un atentado de los portugueses por Río Grande, ó, más probablemente, para contener nuevos desmanes de su «insubordinado», Liniers le dirigió un oficio redactado en tono conciliador, el cual á la primera lectura sólo parece ingenuo, si bien, á la segunda, bastante hábil. Invocando la lealtad y patriotismo de Elío, invitábale á disolver aquella «pretendida Junta de gobierno», y entregar el mando de Montevideo al gobernador propietario Ruíz Huidobro; «con esto, agregaba el virrey, V. S. daría una prueba irrefragable de que, si alucinado por un falso concepto ha prevaricado contra las leyes y autoridades, al momento que le ha parecido [correr] un riesgo inminente la integridad de los dominios del Rey, ha desistido...» Seguramente, Liniers no confió un momento en la eficacia de su intimación; pero si quiso provocar, como es probable, un documento que demostrase en forma inequívoca la indisciplina é insolencia del alzado subalterno, es innegable que vió colmados sus deseos. No cabe,—no digamos en el oficio de un jefe que se proponga

otra frase anterior debe haber algún error; el sentido evidente es: «no subsistiría en cuanto dejase de adherir, etcétera». El golpe era certero, teniéndose á la vista lo que en las juntas de España ocurría. Como curiosidad literaria, señalo hacia el fin de la proclama una reflexión sobre «faltas á la caridad con afligir al afligido», que pudiera ser una reminiscencia del *Quijote* (2.ª parte, prólogo al lector): «sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido».

(1) En su contestación, Elío decía que la carta de Liniers debía de ser posterior á la fecha que traía (31 de diciembre); ello no es imposible aunque poco probable. No parece admisible que, al dar ese paso después del 1.º de enero, se abstuviera el virrey de aludir al motín que, sofocado, dejaba su autoridad robustecida. Ambos oficios han sido publicados en la *Colección* de Lamas y, posteriormente, en los *Anales* de Calvo, I, 110.

desacatar al superior sin olvidar lo que á sí mismo se debe, sino en la carta de un soldado desertor que injuria desde lejos á su sargento,—una retahila de insultos más soeces y necios que los contenidos en esa respuesta del gobernador «Fracaso», quien, además, daba en gracejar con la finura de un Sancho Panza navarro! (1).

Por cierto que el virrey remitió á España esta nueva bellaquería del gobernador rebelde, lo propio que otros documentos relativos á la conducta escandalosa de los capitulares, del brigadier Molina y del comandante de la fragata *Prueba*: todo ello en vano, como que el simulacro de autoridad vacilante que allá se traslucía, acertaba apenas á demostrar su existencia efectiva en la misma Península. Multiplicando las órdenes y proclamas, bajo la cubierta de una ficción en que pocos creían,—pues en todo pensaba el suspirado Fernando menos en resistir á Napoleón,—la Junta suprema de Sevilla, presa ella misma de disensiones intestinas, poco podía estudiar la cuestión del Río de la Plata. No funcionaba ya el Consejo de Indias (2) cuya justicia, si bien coja y tardía, se ajustaba al cabo á reglas tradicionales, que en el caso actual se mostraban abierta y monstruosamente transgredidas. En las denuncias y acusaciones contradictorias que venían amontonándose en el despacho de los ministros Escaño y Cornel, respectivamente encargados de la marina y

(1) Sobre la proverbial testarudez navarra, Elío llevaba un unto personal de vanidad fanfarrona que le hacía impermeable á toda reflexión sensata. Doce años después de estos sucesos, y á los diez del estéril sacrificio de Liniers, hallándose encerrado en un calabozo de Valencia y próximo á sufrir la última pena, redactaba un Manifiesto lleno de errores y jactancias, en que repetía las mismas absurdas acusaciones contra su antiguo jefe. (*Manifiesto que escribió el general D. Francisco X. Elío, Valencia, 1823*).

(2) Sólo así se explica la singularidad, cuya otra razón se nos escapa, de que por entonces el virrey se comunicara oficial y directamente con el ministro de la guerra Cornel.

de la guerra, el único punto concordante era el que hacía arrancar, justa ó injustamente, los disturbios del virreinato de la nacionalidad del virrey. Y armonizándose por demás este antecedente con las preocupaciones reinantes, que cada victoria de los ejércitos franceses exasperaban, la Junta resolvió cortar por lo sano, separando del mando de estas provincias al que aparecía como causa directa de dichos disturbios.— Es fuerza confesar que la providencia, inicua en sí misma, fluía irresistiblemente de las circunstancias políticas. Colocado por el destino entre las dos masas nacionales que corrían á chocarse, el desgraciado virrey tenía fatalmente que ser aplastado. Esta misma Audiencia pretorial, enérgica defensora de Liniers en sus cuestiones con Elío y Alzaga, á quienes denunció reiteradamente como autores de los males sobrevenidos, no pudo dejar de reconocer que «en tan crítica situación, no había otro recurso que separar del mando á don Santiago Liniers, substituyéndole un jefe español, que por serlo removiese el pretexto en que se apoyaron aquellos atentados» (1). Todas las consideraciones que hoy llamaríamos «oportunistas» concurrían, pues, para designar al *bouc émissaire* de la situación,—siendo así que la noción eterna de justicia, feliz ó desgraciadamente, no figura entre aqué-

(1) *Representación al virrey Cisneros*, octubre 27 de 1809. (Publicada en la *Biblioteca*, VII). En ella se hace alusión á las varias comunicaciones anteriormente dirigidas á la Junta de Sevilla. He aquí en qué términos se produce el alto Tribunal respecto de Elío y Alzaga: «Se atreve el tribunal á asegurar que habría [el país] conseguido el fruto de sus tareas (la Defensa), si la desgracia no hubiera conducido á estos dominios al brigadier don Francisco Javier Elío: este hombre fanático y osado, que se arrojó atropellado é imprudente á mudar la forma del gobierno en la plaza de Montevideo que interinamente mandaba... Abroquelado de un escudo imaginario que hacía consistir en sospechas hacia el Jefe Superior de estas provincias, cometió cuantos atentados son imaginables». Y luego: «Uno de aquellos genios inquietos, á quien da orgullo su riqueza, es D. Martín de Alzaga, etc.».

llas (1). Con todo, tan flamante estaba aún en España y América la gloria del Reconquistador, que, antes de inmolarle, la Junta le había condecorado con un título de Castilla, señalándole una pensión anual de cien mil reales de vellón sobre estas cajas (2),—al modo que se cubrían de infu- las y guirnaldas las víctimas llevadas al sacrificio.

No he visto indicado en historia alguna el curioso trámite que sufrió el reemplazo de Liniers: en puridad, puede decirse que se le quemó á fuego

(1) A propósito—ó despropósito—de este decreto, el historiador López, extraviado por Torrente, inventa *de toutes pièces* (*Historia*, II, 363 y sig.) un complicado y divertidísimo enredo diplomático, á cargo del marqués de Casa Irujo, futuro ministro de España en Río de Janeiro: «Las ideas y las indicaciones del marqués de Casa Irujo fueron las que obtuvieron aceptación en los acuerdos de la Junta Central... Ella resolvió separar á Liniers del mando y sustituirlo con Cisneros». Creo haber dicho ya que Casa Irujo desembarcó por primera vez en Río de Janeiro el 25 de agosto de 1809; fué nombrado (estaba antes en Estados Unidos) el 12 de mayo (*Gaceta de Gobierno*), y se embarcó en Cádiz el 12 de julio, en la corbeta de guerra *Mercurio*. El primer decreto reemplazando á Liniers es de 8 de febrero.

(2) Cree el señor López (II, 365) que la Junta Central «al separar á Liniers» le dió el título de Castilla: esta recompensa formaba parte de los grados y premios acordados por la Junta Suprema «á los individuos militares y particulares que concurren á la Reconquista y Defensa de Buenos Aires», cuya lista se lee en la compilación de Lamas, 637. El decreto de Sevilla, 13 de enero de 1809, fué recibido y cumplido aquí en 15 de mayo. En seguida se nos explica que «condecorado (Liniers) con un título de Castilla, se le decretó una pensión anual de 100.000 reales ó 6.000 pesos (sic), pagadera por las cajas de Buenos Aires: pero semejantes favores eran ilusorios más bien que reales; Liniers sabía muy bien que el tesoro del virreinato estaba exhausto, etc.». Dejando el *calembour* por cuenta del doctor López (y sin insistir en la errata de 6.000 pesos por 5.000), apenas necesito advertir que la condición de pagarse la pensión por estas Cajas era precisamente la mejor garantía de su efectividad. Los únicos funcionarios exactamente pagados en toda la monarquía española eran los de los virreinos, que primero cobraban lo suyo y remitían el sobrante. Tan reales fueron los reales aquellos, que Liniers (V. documento núm. 26) en 1810 pudo hipotecar su pensión, percibiendo por adelantado 8.000 pesos de las Cajas de Córdoba. Podría admitirse que las Cajas del virreinato estuvieran relativamente «exhaustas» en 1809, para significar que de las en-

lento, si bien fuera sólo en efigie y á dos mil leguas de distancia. Después del fantástico nombramiento de Ruíz Huidobro por la «Suprema» de Galicia, algo se susurró de otras candidaturas (acaso propaladas por los mismos interesados), hasta que, por febrero de 1809, la Junta Central produjo un decreto que pinta á maravilla el estado interior de la andaluza behetría. El mismo número de la *Gaceta de gobierno* de Sevilla (3 de marzo) publicaba el nombramiento (con fecha del 8 de febrero) del Excmo señor don Antonio Cornel para virrey de Nueva España y del Excmo señor don Antonio Escaño para virrey del Río de la Plata,—y á continuación (con fecha 9) las renunciaciones motivadas que de estos empleos presentaban los nombrados. Hemos dicho ya que ambos Antonios eran miembros de la Junta y respectivamente ministros de la guerra y de marina. El decreto del 8 (firmado por don Martín de Garay) y las renunciaciones del 9 eran igualmente datadas del Real Alcázar de Sevilla; y no se sabe qué hipótesis favorezca más la buena opinión de la Suprema: si la tentativa de desalojar simultáneamente á dos de sus miembros sin noticia de éstos, ó contra su voluntad. A primera vista parecía que la resolución gubernativa entrañaba un alto honor para estas colonias; si bien, al recapacitarlo, la idea de decapitar, en tales momentos, los ministerios de guerra y marina para que acudiesen sus titulares á levantar suscripciones y presidir audiencias coloniales, podía inspirar alguna desconfianza respecto al valor del regalo. Sea como fuere, los agraciados lograron persuadir á la Junta de que eran indispensables sus servicios ministe-

tradas anuales de 5 ó 6 millones de pesos, ya no quedaba como años antes un millón sobrante para la metrópoli; pero, decir que no dispusieran de 5.000 pesos para cualquier evento, es desconocer por completo el movimiento de caudales que (fuera del Situado del Perú) tenían estas tesorerías. En 1810, los revolucionarios de Córdoba tomaron en una sola vez más de 77.000 pesos en aquella caja.

riales, y Buenos Aires se vió privado de contemplar en el Fuerte á un ministro de desecho. Pero estaba de Dios que este virreinato daría la piel á un cartagenero — *quisquis erit Carthaginensis!* Por decreto de 11 de febrero, fué nombrado virrey del Río de la Plata, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, no menos teniente general é hijo de Cartagena que el ministro recalcitrante. No parece que tampoco el valiente marino admitiera con entusiasmo el mando de este buque en perdición, pues aquel vecindario mostró oponerse á la partida de su capitán general; y es muy sabido que estas protestas nunca son espontáneas. Tuvo la Junta que repetir la orden soberana, no sin encomiar á los paisanos de Cisneros las relevantes dotes del sucesor, que lo era el ilustre jefe de escuadra y futuro regente, don Gabriel de Ciscar. (¡ Puros grandes hombres, y el diablo se lo llevaba todo!) Al fin logró arrancarse de tantos brazos amigos el buen Cisneros y montar en Cádiz, el 2 de mayo, la fragata *Proserpina*, que había de depositarlo sano y salvo en estas playas,—de las cuales saldría á poco, menos triunfante que de Cartagena, después de revelar la suma de impericia y flaqueza de ánimo que puede caber en un héroe de Trafalgar.

Mientras cruzaba el océano su anunciado sucesor, el dasairado Liniers consumía en forzosa inacción las últimas semanas de su agonizante virreinato. Vago lugarteniente de un rey fantasma, esbozaba gestos administrativos que á ninguna realidad correspondían. Pasaba informes á un soberano inhallable con tratamiento de «Majestad», que resultaba ser don Antonio Cornel, cuando no sus anónimos secretarios; levantaba en Buenos Aires suscripciones patrióticas que no llegaban á Cádiz por no haber en el apostadero un barco que obedeciera al virrey. De vez en cuando publicaba automáticamente blandas proclamas para pintar sin mucha convicción, el giro favorable de las cosas de España, las cuales bien lo sabía, iban cabeza abajo. Resuelto como estaba, y muy pron-

to había de demostrarlo, á cumplir hasta el fin su juramento de fidelidad, no podía, sin embargo, contener en su corazón la efervescencia de su sangre francesa... ¡y érale forzoso anunciar como una catástrofe la caída de Zaragoza, ó como una victoria la toma de Oporto por Wellington! Este doloroso conflicto de un alma noble, colocada entre el sentimiento y el deber, y dispuesta á no permitir que éste sucumbiera jamás ante aquél; esta angustiosa lucha interna, que Liniers sostenía con no afectado estoicismo, era precisamente la que, con sólo ser sospechada, se le imputara á crimen é infidencia! ¿Qué mérito había en ser patriota bajo las banderas de su patria? El esfuerzo abnegado y sublime, al contrario, era el que consistía, una vez caído en la asechanza del destino, en ahogar á solas el grito de la raza, y permanecer leal con una máscara de traición. Pero estos combates ocultos se traban ignorados en la noche de la conciencia; y más vale así, por cierto, pues al traslucirse á la mirada del vulgo, en lugar de palma sólo merecerían la corona de espinas. Tal fué la larga tortura secreta que constituyó, mucho más que su previsto desenlace en la Cruz Alta, la faz realmente heroica de aquel soldado valiente que, por otra parte, no era un héroe, y cuya inteligencia rápida y fina solía padecer repentinos ofuscamientos, así como su carácter ofrecía una extraña amalgama de viril entereza y de ligereza casi pueril.

Por aquel tiempo tuvo también su brusco epílogo aquella aventura «pericholesca» que, hasta por el apellido de la heroína, evoca irremisiblemente el recuerdo de otro virrey famoso en Lima, y no dejó de influir desfavorablemente en el buen nombre del mandatario, aunque en realidad muy poco en sus actos administrativos. Varias veces hemos aludido á ella; y según la doctrina de Sainte-Beuve, la monografía de Liniers resultaría incompleta á faltarle la página femenina. Por no admitir la majestuosa historia estas ojeadas indiscretas á la vida íntima, es por lo que permanecen

inexplicables ciertos acontecimientos políticos ó inconsecuencias de sus protagonistas. No debemos siempre despreciar el chisme del «ayuda de cámara» ante el cual no existen héroes. Para citar un solo ejemplo ilustre, y no sólo contemporáneo de nuestro relato, sino casi vinculado con él por su teatro: es imposible darse cuenta de los errores cometidos por Masséna en la campaña de Portugal, si se ignora que, además de faltar en su estado mayor el admirable edecán Sainte-Croix, sobraba en su «estado menor» la mujer de cierto capitán de dragones. *Cherchez la femme!* Y esto, á que no se atreven Thiers ni Napier, lo hacen Thiébauld, Marbot y hasta esa cotorra de duquesa de Abrantes, que también cultivó con su indiscreción las deplorables desavenencias (1). Ahora bien: estos pasos furtivos por entre bastidores, que se admiten en las *Memorias*, no creo que sean tampoco vedados al estudio biográfico; todo el toque está en quedarse á igual distancia de la excesiva complacencia (2) y del espaviento ridículo.

Fué á principios del siglo,—si tengo buena memoria,—cuando causó general sensación la llegada de una familia francesa, compuesta de los padres, tres hijos varones y una deliciosa muchacha de veinte años. El jefe, M. Jean Baptiste Périchon,—más ó menos de Vandeuil, ó Vandevil, según dieron en escribir el segundo apellido,—traía algún capital; la familia gastaba lujo,—sobre todo la joven Anita, cuya elegancia estrepitosa daba realce á su belleza, ardiente y volcánica como la isla Mauricio donde había nacido. Por

(1) *Mémoires du général Thiébauld*, IV, XIII. *Mémoires de Marbot*, II, XXVIII. *Mémoires de la duchesse d'Abrantès*, III, III.

(2) Ello, por otra parte, no sería fácilmente compatible con la exactitud: son escasísimos los datos auténticos que acerca de la seductora criolla y su familia he logrado encontrar. Los pocos que aquí hallará el lector han sido extraídos de muchos impresos y expedientes manuscritos; forman por todo una docena de jalones muy espaciados, que me he permitido unir por un rasgo continuo y un tanto *ad libitum*.

lo demás, nada que trascendiera á bohémica aventura. Périchon, que traía licencia y pasaporte en toda forma, puso una casa de negocio; y la familia forastera, de modales mundanos y ribetes nobiliarios, salvó sin gran esfuerzo el círculo de reservas y rancias preocupaciones de la severa aldea colonial. Con todo, no se borró por completo el matiz de exotismo que diferenciaba esta gente de la española ó patricia; y la encantadora criolla, brillantemente educada y muy desenvuelta con su graciosa media lengua,—luciendo, además, la aureola poética de su isla de Francia, ya popularizada por *Pablo y Virginia* (1)—gozaba decididamente de mayor prestigio en las tertulias de hombres que en los estrados femeniles. A poco murió el padre, y, aunque dejó algunos bienes, tuvo necesariamente que reducirse notablemente el tren de la casa. Anita Périchon quedaba soltera: á pesar (digámoslo así) de sus éxitos de «crónica social», ningún galanteo había cuajado en noviazgo. Al fin, cayó por estos mundos, allá por 1804, un joven irlandés, Edmundo O'Gorman, sobrino de nuestro protomédico, que traía «real licencia de seis meses para arreglar asuntos de familia». Encontrarse Paddy con la bella Anita y encenderse la hoguera, fué todo uno, resultando casada la pareja antes de concluída la licencia. ¡Así arregló el infeliz sus asuntos de familia! Que pronto no bastó Edmundo—tratémoslo con española confianza—para realizar por sí solo el ideal de su mujer, no exigirá el lector que lo demostremos palpablemente. Pero digamos en elogio del protomarido que, modesto y digno, nunca dejó de atribuir á la suerte, y cuando más á su don de gentes, la

(1) Circulaba mucho entonces una traducción española (en 8.º con láminas), con esta recomendación del traductor (anónimo): «Historia verdadera: su lectura arranca lágrimas de placer, y la naturaleza pintada con colores tan vivos, que parece que la pluma del autor se ha cortado precisamente para aterrar á los incrédulos...» Precio: 12 reales.

marcada simpatía que inspiraba á personas tan notables como el coronel Burke, el tesorero Casamayor, y otros que fuera indiscreto enumerar. Hemos visto cómo, á raíz de la invasión inglesa, Liniers consiguió por él la licencia de permanecer algunos días en la ciudad. Beresford, también pagado de sus aptitudes, le confió el ramo de Tabacos y Filipinas, á cuya cobranza se dedicó con tanto esmero que, firmada la capitulación, tuvo que ponerse en «cobro» en un buque de Popham: pudiendo así los vencedores ver rendidas las fuerzas inglesas, mas nunca las cuentas del irlandés. Felizmente para él y para todos, quedaba en tierra la socorrida Anita, quien, no menos entusiasta de la reconquista que de la conquista (como que, al cabo, todo era conquistar), de pie en aquel célebre balcón de la calle de la Merced y San Nicolás, arrojó su bordado pañuelo al jefe vencedor—quien lo recogió, si hemos de prestar oído al estribillo que cantaban los muchachos del refocilado virreinato:

¿Qué es aquello que relumbra
Por la calle e la Merced?...

Pues bien, demos que todo ello sea cierto: devaneos del virrey (por otra parte tan interinos como su virreinato), tertulias de juego en casa de la favorita, paseos, cacerías, etc.—hasta la monstruosidad, que refiere un sabroso cronista á quien ya tengo puesto á contribución (1), de presentarse alguna vez ante su «jefe» la loquilla vestida de coronel, con espada y charreteras... Y después de hacernos algunas cruces por el qué dirán: preguntémoslos sinceramente si, una vez probado que el enamorado cincuentón bajó del gobierno tan pobre como subiera ¿todos sus deslices equivalen á los excesos y concusiones de otros mandarines coloniales,—fuera de que algunos de ellos, como

(1) VÍCTOR GÁLVEZ, *Memorias de un viejo*, II, 302.

Amat que volvió á España millonario, le daban quince y falta al nuestro en materia faldamentaria? Desprendámonos de todo fariseísmo: en suma, viudo y dueño de sus actos él, y no mucho menos suelta ella (pues existente ó no en Buenos Aires, el vago y discreto Edmundo poco salía á la escena) (1), creo sea permitido pensar que socialmente considerado, era su delito venial. No comete el escándalo el que se recata para pecar, sino quien se vale del espionaje para descubrir y divulgar el pecado ajeno. En cuanto al único punto que pudiera rozar de veras la delicadeza, ignoramos qué circunstancias mediaron para que el virrey diera su hija á un oficial de buen nombre pero sin fortuna, y además, hermano menor de Ana Périchon... Bástenos saber que, por una parte, dichas relaciones habían cesado al tiempo del matrimonio, y por la otra, que la joven pareja vivió feliz en la intimidad de la familia Sarratea, que no pecaba por la anchura de manga.

Para concluir con la «Périchona» (como entonces llamaban á la que no deja de pertenecer á la historia, siquiera quede entre sus bastidores diplomáticos), refiere ese hurón de Presas (2) que cierta noche unos españoles, al pasar por la casa más bulliciosa del barrio de la Merced, oyeron

(1) A partir de la Defensa, no he vuelto á encontrar más vestigio del marido que una alusión contenida en una carta de Liniers á Echevarría (D. núm. 17), á propósito de cierto enredo de cuentas con un señor Marcó (que sospecho fuera D. Ventura), y de la cual resulta que, en 1810, Eduardo O'Gorman, aunque separado de su mitad, pertenecía al mundo de los vivisimos. Por lo demás, Ana Périchon sale desterrada, está en juicio por sí ó por apoderado, corresponde con su tío O'Gorman, sin que nombre jamás á Edmundo. ¿Había éste abandonado á su consolable consorte para ir á arreglar otros «asuntos de familia»? Misterio para mí impenetrable.

(2) *Memorias secretas*, p. 20. Presas no precisa la fecha del destierro de Ana Périchon, pero dice que fué en momentos en que Elío urdía la asonada de 1.º de enero; por otra parte, entre las denuncias formuladas, en octubre de 1808, por el Cabildo de Montevideo contra Liniers (*Instrucciones á Guerra*. Y ¡qué preciosas instrucciones!) se menciona lo de sus relaciones con una francesa casada.

cantar «una canción contra la España, con el in-mundo é impío estribillo siguiente»—que sólo en nota me atrevo á hacer seguir (1). Y agrega el quisquilloso correvedile de la Carlota: «Semejante desacato y desmedida insolencia exasperó los ánimos de los españoles, á tal punto que, para apaciguarlos, se vió Liniers precisado á mandar que su querida con toda su familia saliesen inmediatamente de los dominios de España». Por cierto que no merecía menos tamaña desvergüenza; sin que logre atenuarla lo estúpido de la *Canción marcial*, que por lo mismo se había vuelto intolerablemente popular, y de la cual tendría «hasta aquí» la nerviosa francesilla. Y tan es así, que á estas horas y á semejante distancia del delito y su condigno castigo, dudo haya lector que contemple serenamente la poco colonial escena, tal cual yo mismo la evoco, reprimiendo á duras penas mi virtuosa indignación: de pie, delante (si no encima) de la mesa en desorden, la loca escandalosa,—y por desgracia, irresistible,—un si es no es en tren, chispeante el ojo negro, el labio ardiente como un ají,—acaso ¡*proh pudor!* vistiendo el traje militar y, echada á la oreja la gorra coronela, soltando aquella atrocidad erizada de erres francesas;—en tanto que afuera, parado en la obscura

Ello ocurría, pues, en noviembre ó diciembre: por consiguiente, como en el texto se indica, antes del casamiento de Carmen Liniers,—y acaso ambos hechos se relacionen.

(1) Era el parodiado «coro» de cierta *Canción marcial* que se encuentra en la *Demostración de la lealtad española*, II, 145, á continuación, precisamente, de la deliciosa y ya citada *Proclama de la Mancha*; he aquí el texto original:

¡A la guerra, á la guerra, españoles!
 ¡Muera Napoleón!
 ¡Y viva el rey Fernando
 La patria y religión!

Fuera de la transposición sacrilega del *viva* y del *muera*, lo más grave de la parodia, en el primer verso, consistía para los españoles en no mandarlos á la guerra, sino mucho más lejos!

acera de ladrillo, el grupo trágico de los gallegos y vizcaínos, rechinando los dientes, apretando los puños, escupiendo improperios, junto á los cuales aquellos otros parecerían letanías, se disponía á escalar el balcón para hacer picadillo á la grandísima gabacha!...

De veras, como dice Presas, que el desacato no era tolerable: y con harta razón los enfurecidos paisanos de Elío arrancaron al atolondrado virrey el decreto de expulsión. La pobre cigarra se fué á cantar en Río, donde, como en todas partes, levantó roncha en los corazones (si es que esta víscera las admite) y hasta, según se dijo, en el del noble lord Strangford. De las *Memorias secretas* se induce que su casa era un punto de reunión para los «argentinos» refugiados; estas intrigas sirvieron de pretexto á Carlota (pues según su secretario, la verdadera razón nació de celos mujeriles) para exigir la salida de la «Perisona», quien, durante más de un año, estuvo yendo y viniendo, como lanzadera, entre los dos países, á bordo de los buques ingleses. El embajador Casa Irujo hacía de ello un asunto de Estado, casi un *casus belli* (1); y por la nueva Helena, estuvo á punto de arder alguna Troya americana. Terminó la lamentable odisea después de la revolución, con la licencia que dió esta Junta Gubernativa, en noviembre de 1810, y á intercesión del comandante Ramsay, de la famosa goleta *Misletoe*, para que «Madama O'Gorman pueda bajar á tierra... con la precisa calidad de no fijarse en esta capital, sino transferirse á su chacra, donde deberá guardar la circunspección y retiro que le encarga el Gobierno y *observará por sí mismo...*» (2)—

(1) Véase el documento núm. 23, que principia así: «Volvió aquí Mme. Périchon con sus dos hermanos... En su casa se han juntado por supuesto los españoles descontentos de ese gobierno y prófugos de ese país...» Estos eran Pueyrredón, Peña, Argerich (F.), dos hermanos Pizarro, Padilla, etc.

(2) Document. núm. 46 en los *Anales*.

Visible está que esta singular mujer, con ser persona de avería, distaba mucho de la vulgar Perichola que nuestros jacobinos han pintado. Poseía, desde luego, algunos bienes, y nada prueba que traficara con sus encantos; conservó relaciones con gente tan importante como Letamendi, Marcó, Pueyrredón, su tío el médico O'Gorman, el doctor Echevarría, que era su apoderado,—además, por cierto,—del malferido Liniers, que en sus cartas al último hablaba de la «desgraciada» con una indulgencia caballeresca en que se percibe *veteris vestigia flammæ*. Tenía talento,—bastarían á demostrarlo sus cartas, de letra elegante y de giro tan suelto á pesar de los galicismos,—y esa gracia ligera que ahuyenta las tristezas del hombre; por fin, la seducción suprema que todo lo absuelve ó atenúa: aquella belleza inmarchitable de la hija del cisne, que estremecía á los ancianos congregados en las puertas Scéas, haciéndoles verter, al paso de la autora fatal de sus desgracias, palabras de mansedumbre y perdón (1).

No es dudoso que Liniers sintiera doblemente el sacrificio cruel, si no del todo injusto, que su situación le había impuesto. Lo más doloroso de estos achaques seniles, es tener, como las heridas de punzón, que sangrar por dentro: divulgados, se tornan fácilmente ridículos; cuánto más, siendo su causa indigna! Pero, viejo ó joven, el corazón poco se cuida de jerarquías morales; y la pasión idealiza idénticamente su quimera, al modo que los rayos del sol extraen el mismo purísimo vapor del charco fangoso y del virgen ventisque-ro. Desvanecida la ilusión que le trajera un minuto de olvido, felicidad suprema del que ya no puede ser feliz,—el oscilante virrey quedó á solas con su melancólica vejez. Cruzaba entonces el período sombrío de la existencia en que se cuentan los pasos por los tropiezos, trayendo cada hora su amargura. La vida ó la muerte acababan de

(1) *Iliada*, III.

arrancar de su lado á dos seres queridos: su hija predilecta, recién casada, y tal vez no tan bien como pudiera; su hermano mayor, cuyo sentido fallecimiento dejó el mandatario trascender en su lenguaje oficial con una ingenuidad entenebrecedora (1). Miraba alejarse de él con injurioso recelo sus antiguos compañeros de carrera. Calumniado y deprimido aquí por la envidia implacable, allá por la incuria administrativa, una y otra ingeridas en el fanatismo nacional,—hasta parecía que su pasada gloria se le tornara enemiga, y el último homenaje con que la Junta doraba su desgracia se volvía ocasión de rencillas y sinsabores.

Recibidas á mediados de mayo las promociones generales á que nos hemos referido, y promulgadas inmediatamente, conforme á la real orden que «permitía desde luego el uso y exenciones de ellas á reserva de expedirle oportunamente los despachos», juzgó el virrey ser aplicables estas instrucciones al título de Castilla que la Central en la misma fecha le confería. En consecuencia, por circular del día 15, hizo pública la merced concedida, «con la advertencia de que, por decreto del mismo día, había tomado el título de *Conde de Buenos Aires*, en tanto S. M. no se digne resolver otra cosa». El Cabildo protestó con tanta mayor energía contra la denominación, cuanto que algunos capitulares anteriores quedaban pospuestos. En el fondo, el virrey no había incurrido sino en un acceso de pueril vanidad, circulando á deshoras en el virreinato un anuncio prematuro: era indiscutible, por una parte, que no podía usar (ni de hecho usaba) aquella denominación, mientras el soberano no la aprobara; pero, por otra parte,

(1) El conde de Liniers, jefe de la familia, murió en Buenos Aires á principios de junio de 1809. Véase la proclama de junio 12 de 1809, á propósito de un libelo contra el virrey, y que comienza así: «En el momento en que la Providencia acaba de contristarme con la pérdida de mi hermano mayor...»

no era menos sabido que el soberano nunca dejaba de confirmar la designación elegida por el agraciado. En cuanto á la teoría del Cabildo sobre la ofensa inferida al señorío por el título de «Conde de Buenos Aires», era un absurdo que la Audiencia no tomó en cuenta y que el virrey refutó en 30 de mayo, con buen tino y no escasa altivez (1). No pasó adelante la insubstancial querrela, y sólo contribuyó á que el atribulado Liniers, un mes después, acogiera con mayor alivio y júbilo la llegada á Montevideo de su deseado reemplazante.

Con el virrey Cisneros venía, para substituir á Elío nombrado Inspector de armas, el mariscal de campo Nieto, á quien esperaba en el Alto Perú un fin no menos trágico que el de Liniers. Disuelta la Junta de Montevideo y restablecidas las autoridades regulares, no se apresuraba Cisneros á tomar el camino de Buenos Aires, que Elío y sus

(1) Estos documentos han sido publicados en *La Biblioteca*, IV, 314 y V, 315. Es un error muy difundido el creer, como lo repiten López (*Historia*, II, 365), Torrente (I, 28) y otros, que Liniers «fué condecorado con el título de conde de Buenos Aires». Con ello se muestra ignorar la tramitación de esta investidura. Lo que ocurrió con Liniers y con todos los titulados de siglos antes, fué conferirle el monarca (ó su representante) la merced de Título de Castilla: en esto, como lo establece gravemente Berni (*Antigüedad y privilegio de los títulos de Castilla*, 93) estriba la gracia positiva. Recibida la merced, el agraciado manifestaba su deseo de ser conde ó marqués (títulos equivalentes en España, no en Francia) de tal ó cual cosa, y la Cámara consultada (en el caso de Liniers la de Indias) expedía la Real Cédula auxiliatoria, siempre de conformidad, como lo decía la fórmula de estilo: «Por tanto, y porque *habéis elegido* le denominación de conde (ó marqués) de... mi voluntad es que vos y vuestros hijos, etc.» En suma ocurría con esto algo parecido á lo del bautismo, en el cual la Iglesia consagra los nombres que los padrinos eligen libremente. El punto flaco, en el caso de Liniers, era la dudosa facultad de la Junta para conferir títulos, en ausencia del Consejo de Indias. Sin embargo, después de medio siglo de gestiones, y con motivo de la traslación á España de los restos de las víctimas, en 1862, la reina Isabel ratificó el decreto de la Junta y la denominación elegida por el agraciado, firmando los despachos de «conde de Buenos Aires» en favor del heredero del título y sus descendientes.

secuaces le representaban alzado, con el virrey depuesto y el cuerpo de Patricios, contra el gobierno de la Metrópoli. Por más que las primeras comunicaciones de Liniers, de quien era amigo de muchos años, tranquilizaran á Cisneros acerca de cualquier movimiento subversivo en la capital, no dejaron de pesar en su ánimo las sugerencias de los contrarios,—si bien, por una contradicción que pintaba su carácter desconfiado é inconsistente, mantenía á Elío alejado de su intimidad y hasta de las funciones con que acababa de investirle. Así fué cómo, dispuestos á dirigirse á la Colonia con un cuerpo de 700 hombres, dió el mando de éste á Viana, dejando á Elío en Montevideo. Por lo demás, las primeras providencias de Cisneros mostraron á las claras lo que de sí podían dar su inteligencia y energía. Receloso de Buenos Aires, juntó en la Colonia un destacamento militar que, si venía en son de guerra resultaba ridículamente insuficiente, y en caso contrario acentuaba su propio desprestigio. A poco destacó de allí á Nieto, portador de una proclama pacificadora, y con el encargo de tomar el mando militar de esta ciudad, mientras él disponía, contra todos los precedentes legales, que fueran de aquí las autoridades civiles y militares á reconocerle en la Colonia. Todo ello, por insólito que fuera, se cumplió con aparente espontaneidad, merced á los esfuerzos de Liniers que logró vencer todas las resistencias. No bastaron estas manifestaciones para serenar al inquieto virrey: fué necesario que el mismo Liniers atravesara el río, sin otra escolta que Martín Rodríguez, y emplease una noche en convencer al mandatario recalcitrante de que podía efectuar sin peligro su entrada solemne en la buena ciudad de Buenos Aires,—como efectivamente la realizó el 30 de julio (1), á las tres de la tarde, en medio de las infalibles ovaciones populares.

(1) CALVO (*Anales*, I, 116) y MITRE (*Belgrano*, I, 282) dicen idénticamente: «El 30 de junio de 1809 entró Cis-

¿Qué fundamento real tenían los rumores pro-palados acerca de la actitud hostil de Buenos Aires? No es dudoso que el grupo de los «precursores» pensó en aprovechar la coyuntura, intentando un movimiento emancipador, para lo cual Pueyrredón (1), Castelli, Belgrano, Rodríguez Peña y otros contaban con el concurso de algunas fuerzas urbanas. Hubo reuniones, conferencias de jefes, proposiciones hechas á Liniers: todo se estrelló en la resolución inquebrantable del virrey, cuya consecuencia fué la abstención no menos inflexible de Saavedra. Ahora bien: el movimiento revolucionario que no se apoyara en los Patriotas y no se legitimara con la bandera de la autocracia, era un motín sin programa ni éxito posible. Con razón, pues, habiendo faltado desde el principio aquella condición indispensable, Liniers y Saavedra han podido protestar, como lo han hecho, contra la realidad de un plan subversivo que se redujo á declamaciones. Según la expresión de Saavedra: *aun no estaban las brevas maduras*. Esto establecido, creo que sería poco útil discutir la hipótesis de si pudo ó no la presencia de Liniers, apoyado en el partido criollo, lograr la independencia sin la revolución; así como huelga insistir en la evidencia de que la Junta de Sevilla, al separarle del mando, aventuraba un acto ilegal y absurdo que aquél debió desconocer (2).

neros en Buenos Aires...» Parece indudable que el error del primero procede del segundo: pero es tanto más notable en aquél, cuanto que se lee al principio del capítulo en que transcribe la nota de Liniers de 10 de julio, que alude á la demora de Cisneros en la otra banda.

(1) No bien escapado en Río del buque que le llevaba preso á España, y vuelto á Buenos Aires en junio de 1809. Pueyrredón fué denunciado á Nieto como conspirador, á raíz de dicha reunión, y llevado al cuartel de Patriotas. Logró evadirse en julio y refugiarse en Río, donde permaneció hasta fines de mayo de 1810.

(2) Los documentos más sólidos para este incidente son las notas de Liniers y la *Memoria* de Saavedra, mucho más precisa que la borrosa *Autobiografía* de Belgrano. El general Mitre sólo le consagra una página, y no daba para más; pero el doctor López desarrolla toda una

CAPITULO TERCERO

LA REVOLUCIÓN

Cuando Liniers, en agosto de 1809, entregaba á Cisneros el gobierno de estas provincias, quedábale un año de vida. Pero, por breves y contados que fueran sus días, había de sobrevivir á su frágil herencia, y estaba escrito que el penúltimo virrey caería envuelto en la mortaja del virreinato. Por un contraste tristemente irónico, el plazo que el destino le deparaba fué casi todo de envidiable tranquilidad, apenas perturbada por los recelos de su caviloso sucesor, que de todo se acordaba menos de agradecer á Liniers su desprendimiento. No escribiendo, pues, la historia de un pueblo (que acaso nos toque luego acometer), sino la biografía de un hombre, podremos limitarnos á reseñar los principales sucesos que durante este lapso ocurren, sin participación directa del biografiado y lejos de la residencia campestre por éste elegida; hasta llegar los días solemnes

filosofía de la historia conjetural (I, xxxvii), con rasgos lógicos y consistentes como éstos (367): «Los historiadores [españoles] han venido á convenir *después que los hechos les han abierto los ojos*, que el mayor de los errores que pudo cometer la Junta fué la destitución de Liniers... Para *espíritus vulgares* no hay duda que esa presunción aparece bastante racional...» Luego, página 371: «No hay uno solo de los historiadores españoles que al escribir *después que los sucesos les abrieron los ojos*, no haya lamentado como un error capital y funesto, *ese que cometió la Central separando á Liniers, y en verdad que tienen razón*»!!

en que los trastornos públicos, arrancando al veterano de su pacífico retiro, confundan de nuevo y por última vez su deplorable suerte con la de la colonia española para envolverlas en la misma catástrofe.

I

Como en sus recientes comunicaciones al «rey» lo anunciaba (1), Liniers había pedido, y obtenido de la Audiencia,—contra el parecer de Cisneros que insistía en despacharle á la Península,—fijar en Mendoza su residencia provisional, en espera de las superiores resoluciones. No había de pasar de Córdoba, donde contaba amigos seguros, como Concha y Allende,—y otros que quizá no lo fueran tanto, como los hermanos Funes (2). Mientras concluía sus preparativos de translación, tocóle en los dos meses siguientes asistir como testigo callado, aunque no indiferente, á las primeras providencias gubernativas de su sucesor, las cuales, sólo hijas de su desacierto algunas, inspiradas otras por las graves circunstancias del país, pronosticaban igualmente el fatal desenlace y, puede decirse, contenían el programa de la revolución.

Dejando aparte las proclamas y reglamentos policiales, en que el buen vejete revelaba apre-

(1) De 10 de julio y 5 de agosto de 1809; publicadas por Calvo, *op. cit.*, I, 123 y sig.

(2) Uno de los últimos pasos que dió Liniers como virrey, fué interceder (véase el documento núm. 4) con el Deán Funes, á quien él mismo nombrara rector de Monserrat el año anterior, para que concediera una beca dotada al sobrino del comandante D. Francisco A. Ortiz de Ocampo, «por la amistad y cariño que le profesas». Señalo la triste coincidencia sin intención denigrante para el futuro Jefe de la Comisión Auxiliadora y aprehensor de Liniers, quien es muy sabido intentó salvar á éste y sus compañeros suspendiendo su ejecución.

ciables aptitudes para alcalde de barrio (1), fué su primera medida de reacción contra el régimen anterior, reorganizar los batallones «del comercio», disueltos á raíz del motín de enero: con el doble propósito de socavar el predominio de los cuerpos criollos y de halagar al partido español. Luego dió en el mismo sentido un paso más aventurado, avocando el proceso seguido á los revoltosos, y pronunciando un fallo injurioso para los partidarios de Liniers; pues, sobre restituir á sus hogares y anterior condición á los desterrados,—acto de clemencia muy plausible,—prodigaba á los subversores del orden mayores alabanzas que á sus defensores. Esta actitud impolítica, además de ilegal, bastaba para demostrar que en el apocado virrey la inteligencia corría parejas con el carácter: hiriendo á la par el principio de autoridad y la noción de justicia, el acto revelaba en su autor el propósito agresivo de procurar el apoyo de los europeos en detrimento de los criollos, cuando precisamente los hechos más tangibles acababan de enseñar la imposibilidad de gobernar el país sin el concurso de sus hijos (2).

Otros acontecimientos, ocurridos en el confín del virreinato, iban á ahondar la zanja ya existente entre españoles y nativos, transformándola poco á poco en abismo insalvable. El 25 de mayo de 1809 (fecha fatídica), había estallado en Chuquisaca un tumulto popular sin programa definido, y originado, al parecer, por el mismo funesto Goyeneche que iba á tener luego la parte más odiosa en la represión. De paso para el Cuzco, el incoer-

(1) Así, el interminable reglamento de 18 de septiembre sobre juegos, carretillas, basuras, cerdos sueltos, etc., etc.

(2) Así caracteriza el doctor López la insuficiencia política de Cisneros (*Historia*, II, 405): «No era capaz de penetrar en las profundidades con que las leyes de nuestra revolución venían elaborándose al favor de aquella lógica latente con que las evoluciones sociales marchan y se realizan por la fuerza intrínseca de los elementos que las engendraron». ¡Seguramente!

cible intrigante había inoculado su «carlotismo» al presidente Pizarro y al obispo Moxó—el de las pastorales—lo que, sentido por la Audiencia, la movió á destituir y prender á su jefe (1). La Audiencia asumió el mando de la provincia, confiando al comandante Arenales—el futuro general patriota—la organización de las milicias. Al pronto, este conflicto de autoridades giró en el mismo círculo realista que el de Montevideo, enarbolando los sublevados la bandera de fidelidad á Fernando VII; con todo, á impulso de un grupo americano,—en el cual Monteagudo hacía su aprendizaje de conspirador,—agitóse luego en la masa indígena un fermento de emancipación. A poco la importante ciudad de La Paz imitaba el ejemplo de Charcas, acentuándolo con el nombramiento de una Junta abiertamente revolucionaria, y el incendio se propagaba á Quito. Pero la tentativa, inconsulta y prematura, corría al fracaso inevitable. Mientras el virrey del Perú mandaba á Goyeneche con las fuerzas del Cuzco contra La Paz, Cisneros disponía que otra expedición, al mando de Nieto—de la que formaban parte algunas compañías del disuelto batallón de Patricios (2)—fuera á reducir á Chuquisaca. El resultado no podía ser dudoso: después de algunos encuentros, los rebeldes de La Paz quedaron desbaratados, y prisioneros sus cabecillas que sufrieron el último suplicio. En Charcas, la represión fué menos bárbara, habiéndose sometido los sublevados á la intimación de Nieto que, nombrado Presidente, no quiso inaugurar con sangre su gobierno. Goyeneche comunicó jactanciosamente á Lima y Buenos Aires sus fáciles victorias, empapadas en sangre de prisioneros inermes; y Cis-

(1) RENÉ-MORENO, *Ultimos años coloniales del Alto Perú*, 389 y sig. Consúltense, además, los documentos inéditos anexos á la obra.

(2) Por decreto de 11 de septiembre de 1809, el cuerpo de Patricios había quedado reducido á dos batallones, en lugar de tres que desde el origen lo formaban.

neros incurrió en la culpable debilidad de hacerse cómplice de los actos y declaraciones de sus subalternos (1). Evidentemente, no era ya con las ideas y los elementos de Tupac Amaru, con lo que la revolución americana debía iniciarse. Entretanto y mientras se cruzaban entre el Plata y el Desaguadero las entusiastas felicitaciones por el éxito de las armas españolas en el Alto Perú, el incauto virrey, en sus frecuentes paseos á las quintas con su noble esposa doña Inés de Gaztambide, pasaba sin recelo delante de una casa del barrio de San Miguel, en cuyo comedor se tramaba una conspiración mucho más temible para los españoles que las de Chuquisaca y La Paz (2).

No hay viento propicio para la nave rodeada de escollos. En tal situación se hallaba el gobierno colonial, que todo impulso nuevo, siquiera fuese en sí mismo benéfico y plausible, conspiraba también al desenlace fatal. Si hubo providencia digna de encomio, fué sin duda la que las críticas circunstancias del Tesoro, tanto como la elocuencia de Mariano Moreno, arrancaron á la incuria de Cisneros, respecto del comercio libre. Pero llegaba tarde para salvar un régimen condenado, y sus excelentes efectos inmediatos sólo sirvieron para poner en realce el espíritu de ignorancia y rutina que á sus adversarios todavía animaba, á fuer de adalides del puro sistema

(1) Partes fechados en la Paz, noviembre de 1809, y publicados en Buenos Aires el 24 de diciembre, precediéndolos un preámbulo del virrey de Buenos Aires á sus habitantes que terminaba así: «si en cualquier paraje de estos dominios existiese algún hombre perverso que abrigue la idea de atentar contra la autoridad Real... es seguro que se retraerá con este ejemplo en cabeza ajena...» Sobre la parte que Cisneros tuvo en las ejecuciones, V. MITRE, *Belgrano*, I, 287.

(2) Entiendo que la sociedad secreta, de que formaban parte Belgrano, Rodríguez Peña, Passo, Vieytes, Irigoyen, Castelli y otros, solía reunirse, no en la quinta de Rodríguez Peña, como dice el señor Mitre, sino en su casa de la calle de la Piedad; también eran puntos de reunión la casa de Hipólito Vieytes (calle de Venezuela) y la quinta de Orma.

prohibitivo (1). La angustiosa situación económica á que las trabas fiscales tenían condenadas estas provincias, había llegado ya al extremo límite de lo tolerable con la invasión de la metrópoli: vale decir, con la interrupción casi absoluta de toda actividad fabril y de todo tráfico comercial, á lo que se agregaban las exacciones patrióticas para el socorro de la madre patria y los gastos extraordinarios acarreados por la propia defensa. Bajo el peso agobiador de tales circunstancias, parecerá increíble que los monopolistas gaditanos persistiesen estúpidamente en su política de «perro del hortelano», y, con el agua á la garganta, protestasen con furioso ademán contra los salvavidas coloniales. La imperiosa necesidad, felizmente, si no abrió los ojos de Cisneros, empujó su mano para que firmara maquinalmente el decreto libertador. Los hacendados que confiaran á Mariano Moreno la defensa de sus derechos, sólo atendían á sus intereses privados; pero, sobre el abogado se alzó el tribuno; la causa de un gremio vino á ser la de un pueblo, y la memorable *Representación* del 30 de septiembre señaló á la par el advenimiento de la Ley nueva y del genio encargado de promulgarla. No tengo que insistir en el extraordinario mérito de aquel escrito, que en otras páginas tengo señalado; ni tampoco en la reacción benéfica que el triunfo de la doctrina produjo. Aquello fué la ventana bruscamente abierta de un recinto cerrado: los pulmones dilatados absorbieron con avidez el aire y la luz reparadores. La salida de los frutos del país y la entrada correlativa de los productos ingleses duplicaron en los primeros meses el tráfico de las aduanas: llenáronse las cajas reales, y por vez primera la riqueza del fisco no fué el rescate de la miseria indiana, sino el reflujó de la pública

(1) Véase en el tomo IV de los *Anales* la absurda *Representación* del escrito de Moreno por D. Miguel de Agüero.

prosperidad (1). Empero, el primer paso dado impelía irresistiblemente á dar el segundo. No sólo era ya evidente que los pulmones hechos al aire puro no soportarían en adelante el ambiente confinado, sino que los anudados miembros anhelarían ahora el libre movimiento y el espacio: después de la ventana voluntariamente abierta iba á tratarse de echar abajo la puerta que no se quería abrir. Desde fines de 1809, la revolución estaba en marcha.

Háse atribuído á otro hecho casi concomitante una importancia á mi ver exagerada en el proceso revolucionario: me refiero á la fundación por Belgrano del *Correo de Comercio*, innocuo periódico cuyo primer número salió á luz el sábado 3 de marzo de 1809. Era simplemente la continuación del *Semanario de Agricultura*, de Vieytes, que quedó como colaborador, lo mismo que el naturalista Haenke, de Cochabamba. Por el tamaño, el número de páginas, la materia y el espíritu,

(1) No se debe, sin embargo, exagerar los efectos fiscales de una medida que fué principalmente benéfica para los hacendados y el público consumidor, lo que era ya sin duda muy importante. Como buen abogado, Mariano Moreno se propasó en la pintura de la penuria presente y la futura abundancia; y su hermano Manuel lanzó al vuelo cifras miríficas que han sido piadosamente recogidas por todos los historiadores. «La Tesorería de Buenos Aires necesitaba para sus gastos mensuales en 1809, la cantidad de 250.000 pesos; esto es, tenía que pagar tres millones de pesos al año: de esta suma no podía reunir, en el estado exhausto en que se hallaba, sino apenas 100.000 pesos al mes, ó 1.200.000 pesos al año. Abierto el comercio, no sólo ha pagado sus deudas, sino que ha quedado en su favor un residuo de 200.800 pesos al mes, etcétera». (*Vida*, I, 25, Cf. MITRE, *Belgrano*, I, 288; LÓPEZ, *Historia*, II, 436; DOMÍNGUEZ, *Historia Argentina* (1861), página 197). A primera vista, aquellas cifras de Moreno, aunque endosadas por tres historiadores nacionales, me inspiraron desconfianza. Para sólo citar las anteriores más conocidas (publicadas por Torrent y Calvo) en 1803, las rentas del virreinato de Buenos Aires fueron de 3.908.535 pesos, y sus gastos de 3.093.588 pesos. Es difícil admitir, salvo el caso de una catástrofe, que en tan breve lapso bajen las rentas de una nación, lo propio que el peso de un hombre, á *menos de su tercera parte!* Me puse en procura de documentos, y encontré en el *Archivo gene-*

ambos semanarios son idénticos, habiendo sólo mejorado la impresión, con tipos nuevos. En uno y otro llenaban regularmente las ocho páginas en cuarto menor uno ó dos breves artículos sobre educación, agricultura ó industria, y en seguida el movimiento de entradas y salidas del puerto. Algunas veces,—harto raras para nosotros,—un «suelto» reflejaba un fragmento de realidad: v. gr. la visita del virrey Cisneros á San Fernando para ordenar la continuación del canal, ó la fundación de una «academia de música por don Víctor de la Prada, conocido por el gusto y expresión con que toca la flauta, sin embargo de que posee el clarinete, fagot y octavin»: con su acompañamiento obligado del elogio de «nuestro Exce-

ral lo que buscaba. Tengo á la vista, en copia legalizada, los tres *Fenecimientos* de las cuentas del virreinato para los años de 1808, 1809 y 1810; he aquí su resumen (en cifras redondas, y englobando los cortos saldos que pasan al año siguiente):

Año	Rentas	Gastos	Data (remitido ó pagado de R. O.)
1808. . . .	4.350.870	3.072.778	1.278.092
1809. . . .	6.283.867	4.013.606	2.270.261
1810. . . .	6.268.533	4.762.672	1.505.861

Dejando para otro lugar el interesante comentario que estas cifras sugieren, está á la vista: 1.º que, muy lejos de haber caído en el marasmo aterrador que anunciara la ruina, las rentas del virreinato habían seguido, hasta fines de 1808, la ley natural de crecimiento; 2.º que se sintió realmente en 1809 (sin duda desde octubre hasta fines de diciembre) el efecto benéfico del decreto libertador. Entre tanto, ¿de dónde provenía el innegable déficit que á mediados de 1809 se denunciaba á grito herido? De esto, sencillamente: mientras los gastos administrativos y las remesas ó giros de la metrópoli eran efectivos é imperiosos, figuraba en las entradas un descubierto por «deudas á cobrar» en el comercio, que pasaba de medio millón de pesos (exactamente, para 1808: 533.405 pesos). —Por lo demás, no cesó el contrabando inglés; y en julio de 1810, con motivo del comiso de la fragata *Jane*, es curioso encontrar, bajo la pluma del autor de la *Representación*, ahora secretario de la Junta, esta declaración: «Los apuros del erario precisaron á este Gobierno á adoptar un franco comercio *provisorio* con la nación inglesa, *traspasando las leyes que lo prohíben*, etc.».

lentísimo Jefe en cuyas dignas manos, etc...» Por supuesto que, al olor del papel de imprenta, acudió como ratón al queso, el infaltable Prego de Oliver, con alguna oda artificial á la Luna ó al Himeneo. Pero hábale salido al encuentro un émulo criollo con el joven V. L. (Vicente López), quien, si menos entonado que su fecundo rival, hacía sonar alguna vez por casualidad—lo que al otro ni por descuido le ocurría—la flauta sencilla que una sensación real interpretaba, como en esta amable estrofa á lo Fray Luis, que casi sabe á llanura argentina:

El sol que ya se asoma
 Con la faz matizada de oro y grana,
 Dora el verdor de la vecina loma;
 Y el aura matinal, el aura sana
 Preñada de fragancia
 Empapa en vida y en placer la estancia... (1)

En suma, un papelito incoloro, inodoro, sin un vestigio de la vida contemporánea, como todos los americanos y la mayoría de los españoles (que parecían escritos en una celda para leídos en un sótano): el cual resultaría de una absoluta y desesperante vacuidad para el evocador de lo pasado, á no traer en suplemento—ya que no los preciosísimos avisos del tiempo de Rivadavia y Rosas—las listas de precios corrientes. El ilustre historiador de Belgrano, que descubre al héroe de Salta hasta en su pacífica literatura, piensa que los artículos del *Correo* repercutían hondamente en la opinión. Singularizándose con el que lleva este título formidable: *Causas de la destrucción ó de la conservación y engrandecimiento de las naciones* (2)—el único, por otra parte, cu-

(1) De una oda deplorablemente bautizada: *Delicias del labrador* (hoy le pondríamos: *La tierra ó Arando*). También hay que confesarlo: *cela se gáte* muy pronto, y no tarda en comparecer la «Musa», con el «rubio Apolo».

(2) Al mencionarlo más tarde en su *Autobiografía*, Belgrano lo tituló (sin duda por cruzarse una reminiscencia de Montesquieu, y también por indolencia criolla):

ya paternidad sea constante, — nos lo describe como una suerte de ariete (1) que abriera brecha en la muralla colonial... Es un inofensivo «deber» escolar, un sermón cívico zurcido de lugares comunes, cuyo único efecto, si lo tuviera, sería estimular en los soñolientos lectores la adhesión á la madre patria, como que en realidad se inspiraba en un «editorial» análogo del *Correo de Sevilla*, reimpresso meses antes en Buenos Aires. Belgrano no poseía en grado alguno el *Os magna sonaturum*. Basta el encabezamiento antes reproducido para mostrar que no había nacido escritor. Su estilo desmayado recuerda, más que el retumbante trompetazo de Mariano Moreno, el «clarinete» de ese excelente don Víctor de la Prada. Su voz literaria se parece á la natural que, según el irreverente Dorrego, carecía de timbre imponente y vibrante acentuación.—Considero, además, que se ha exagerado la

Origen de la grandeza y decadencia de los imperios, encabezamiento que el señor Mitre ha reproducido sin recurrir al original. También proviene de la *Autobiografía* la extraordinaria importancia que se concede al artículo, el cual, dice su autor: «salido en las vísperas de la revolución, así contentó á los de nuestro partido como á Cisneros, y cada uno aplicaba el ascua á su sardina, pues todo se atribuía á la unión y desunión de los pueblos». En general es tendencia irresistible de los biógrafos (y acaso yo mismo haya sufrido este espejismo) considerar los acontecimientos como convergentes á su «héroe», al modo que antiguamente se hacía girar el mundo alrededor de la tierra. Está muy visible, sobre todo en lo relativo al período anterevolucionario, que el general Mitre exagera la parte de influencia decisiva que su personaje tuvo en los sucesos políticos, y que, para repetir la imagen de Belgrano, arrima el ascua á su venerable sardina. Quizá esta ilusión óptica nazca del género mismo, y no convengamos á la biografía las proporciones de la historia, para no incurrir en el inconveniente que en pintura tenía el llamado «paisaje histórico», en que la naturaleza y los objetos ambientes eran accesorios sacrificados á la figura central.

(1) Hay que decir, para ser del todo justo y exacto, que lo del ariete pertenece á D. Juan M. Gutiérrez (*Primera imprenta*, 233); al señor Mitre le basta que la prosa de Belgrano fuera «un instrumento anodino que contribuyó á minar el edificio colonial».

parte que realmente tomó en la redacción del *Correo*. El mismo nos dice que «redactó el prospecto del *Diario* (sic) *de Comercio*, que se publicaba antes de nuestra revolución,» agregando que «en él salieron sus papeles». Esto indica, desde luego, que los números á que alude, los *suyos*, eran los anteriores al 25 de mayo: y ello concuerda con los hechos históricos, pues es muy sabido que Belgrano se ocupó en seguida de su expedición al Paraguay. Ahora bien: hasta la Revolución sólo alcanzaron á salir doce números del *Correo*, cuya lánguida existencia se prolongó hasta febrero de 1811, sin que llegase jamás á sus acolchadas columnitas un eco de la ruidosa actualidad. La mejor prueba de ser imaginaria la «conspiración sorda» del periódico, y el misterioso sentido que sus artículos sobre industrias ó plantíos envolvían, está en que no modificó en absoluto su prédica inocente cuando muy á las claras y sin temor de censura podía hablar. El número del 26 de mayo contiene un fragmento de Haenke sobre los indios yuracarés, los precios corrientes y el movimiento del puerto; los siguientes de junio «continúan la materia de los números anteriores,» con el aditamento de una sátira en endecasílabos sobre la «perfidia de Circe» y los peligros del Amor, por nuestro amigo Prego, hoy tan español y administrador de aduanas como ayer. Sigue el *Correo* su pasitrote habitual que no asusta á un gato; y no sospecharíamos que entre el número 12 y el 50, se ha consumado una revolución, con sus fusilamientos, batallas, organización y desorganización de la Junta Gubernativa, á no salir cada jueves de la misma esquina de Temporalidades, é impresa con los mismos tipos, aquella *Gaceta* de Moreno que alborota la calle y, como dicen los franceses, saca chispas de los cuatro pies.—No hubo, pues, tales «segundas intenciones» en la imperceptible propaganda del *Correo*—y mucho será concederle las primeras. Empero, tuvo verdadera importancia política la empresa de Belgrano, y ella consistió, como él mismo lo apunta en

su *Autobiografía* y lo señala su historiador (1), en permitir que, bajo el pretexto periodístico, pudieran reunirse con frecuencia, y sin inspirar sospechas, los beneméritos iniciadores de la emancipación, que sólo esperaban para proclamarla el previsto acontecimiento europeo que marcará la hora propicia.

Esta hora no podía tardar. A despecho de la precaución policial con que el gobierno filtraba las noticias de España, que le llegaban de Río de Janeiro por conducto del ministro Casa Irujo (2), desde abril susurrábanse en Buenos Aires rumores alarmantes, que las mismas reticencias del virrey venían confirmando. A principios de mayo, fué imposible ocultar á la población que la batalla de Ocaña había tenido por corolario la invasión de Andalucía. Después de una última junta de los afiliados, el circunspecto Saavedra, que se marchaba al campo, declaró que estaba pronto para encabezar el movimiento revolucionario con sus Patricios, debiendo ser la señal de haber caducado el régimen colonial la entrada de los franceses en Sevilla.

(1) *Historia de Belgrano*, I, 295 y 412.

(2) Todavía á principios de mayo, el buen marqués de Casa Irujo procuraba «tapar el cielo con un harnero», transmitiendo á Cisneros las noticias oficiales más halagadoras (publicadas aquí en 11 de mayo) sobre el estado de la Península: «Los franceses no progresan en Cataluña, aunque ha caído Gerona; también han tomado algunos puntos de la Sierra, pero ¡por Despeñaperros, vela Areizaga!... La Junta Suprema ha resuelto trasladarse á la isla de León para presidir las Cortes, etc., etc.» Sin embargo sus cartas privadas al virrey eran más melancólicas. El 3 de mayo (véase el documento núm. 27) le escribía: «Desde la desgraciada batalla de Ocaña, este gobierno parece haber perdido el respeto y consideración que debe al nuestro». Tratábase de una reclamación entablada para prender á Rodríguez Peña y Pueyrredón por conspiradores, y á la cual el gobierno portugués, por instancias de lord Strangford, hacía oídos de mercader.

II

En septiembre de 1809, hallábase Liniers en Córdoba con toda su familia, no de paso para Mendoza, como lo tenía prometido á Cisneros y anunciado á la Junta de Sevilla, sino instalado provisionalmente y ya resuelto á no aceptar aquel otro destierro. Así lo comunicó al virrey en una carta confidencial, á la que su «apasionado amigo y compañero» (1) contestó con recriminaciones, entre afectuosas y resentidas, instándole á que marchase á su destino, pues no era «juego de muchachos». Replicó reciamente Liniers en estilo oficial, poniendo cosas y gentes en su debido lugar: reprochaba á «Su Excelencia» sus concesiones á los facinerosos que, no contentos con haber evitado con la separación de Liniers el castigo á que eran acreedores, «querían aun asesinarle civilmente»; protestaba contra las acusaciones calumniosas dirigidas á su administración, reconocida y apoyada por la parte más sana y culta del virreinato; y manifestaba en conclusión que estaba dispuesto á marcharse, no á Mendoza, sino á la Península, con su hijo Luis, alférez de navío, dejando en Córdoba á su familia y sus cortos intereses bajo la custodia de su yerno Périchon, y «la protección de la Providencia que, aunque gran pecador, nunca le había desamparado».

Sobrado justas eran las quejas de Liniers contra su apocado sucesor. Para halagar los rencores del partido español, después de amnistiarse á los fautores de los desórdenes recientes, habíase apre-

(1) Compañeros de armas, no «de infancia» como ridículamente se ha escrito: hemos visto ya que Liniers era hombre hecho—y teniente de caballería en Francia—cuando por primera vez (1775) tomó servicio en España y conoció, en la escuadra de Castejón, al guardia marina Cisneros. Las cartas mencionadas se encuentran en Calvo, *Anales*, I, 141.

surado á declarar libres de culpa y cargo á los militares cómplices de aquéllos y acusados por Liniers, á quienes se tributó públicos elogios por su comportamiento, á vista del acusador. Al propio tiempo, era él quien agitaba en Sevilla el llamamiento de Liniers,—y también de Elío, cuya presencia le inspiraba recelo,—pues no había razón urgente que lo aconsejara, mucho menos cuando Sobremonte, que tenía causa abierta por su entrega de Buenos Aires, había permanecido tranquilo en el Río de la Plata (1). Por cierto que en la deplorable actitud de Cisneros, respecto del predecesor á cuya lealtad debía la posesión del mando, entraban por mucho la pusilanimidad de su carácter y su cortedad de vistas, pero no parece dudoso que él también participase ya de las preocupaciones nacionales, más que nunca exasperadas por las últimas victorias francesas.

Entre tanto, y sin gastar prisa en los preparativos del viaje á España, Liniers disfrutaba en Córdoba del bien ganado reposo que, según lo muestra su correspondencia, le sabía á rejuvenecimiento físico y redención moral después de tamañas agitaciones.—Encrucijada de las provincias interiores, contaría entonces la doctoral ciudad unos nueve mil habitantes (2), cuya aristocracia, goda de espíritu si no de nacimiento, era formada de

(1) En 16 de enero de 1810, el ministro Cornel (Reales Ordenes en el Archivo General) pedía á Cisneros que se activara la causa formada al marqués de Sobremonte. Fué tanta la actividad desplegada, que el consejo de guerra se celebró en Cádiz, en 1813, recayendo sentencia absolutoria!

(2) Es un cálculo conjetural (pues no conozco empadronamiento para dicha década), pero de una aproximación suficiente. El Censo de 1869 deduce la población probable de toda la provincia, en 1809, de los vagos empadronamientos de 1779 y 1813, llegando á la cifra de 60.000: por otra parte, la población de la ciudad en 1869 (28.523 habitantes) representaba 0,14 de la total (210.508 habitantes): aceptando á bulto esta proporción (sin engolfarnos en *distingos*) resultarían 8.400 habitantes. Ello concuerda bastante con los promedios de Núñez y Caldeleugh: 14.000 habitantes en 1823. Corroboran estas afir-

empleados reales, clérigos ó frailes, letrados y mercaderes, casi todos ellos estancieros por añadidura. En torno de éstos, además de la numerosa servidumbre, la plebe urbana de negros y mestizos, esclava ó liberta, desempeñaba los oficios manuales é industrias primitivas, cuyos productos poco excedían el consumo local. La principal fuente de riqueza provenía de las faenas agrícolas, y desde luego del comercio de mulas, cuyas tropas invernadas en los potreros de la provincia se despachaban anualmente á las ferias del Perú. En suma, reinaba un bienestar relativo, fundado, más que en la abundancia de los medios, en la modestia de los gastos, aun entre los que pudieran tenerlos más rumbosos. Del catolicismo intolerante que de arriba abajo imperaba, daban aviso al viajero, que desde la barranca contemplaba la población tendida entre la sierra y el sinuoso río, las numerosas torres de las iglesias, capillas y beaterios, que por todos lados dominaban el caserío. Es muy sabido que era otro rasgo proverbial de la sociedad cordobesa, la índole pleitista, la que bastaba ya en tiempos del *Lazarillo de ciegos caminantes* para «mantener por sí solos los abogados, procuradores y escribanos de la ciudad de la Plata». Por fin (para concluir con los defectos), como conexo del humor procesal, señalábase por los forasteros, el tufo nobiliario de que ningún cordobés se desprendía, comenzando en el funcionario real de auténtica ejecutoria para no termi-

maciones las cifras resultantes del procedimiento que he discurrido más arriba para calcular la población de Buenos Aires. El plano de Córdoba, por Díaz de la Fuente (1790), le da unas 40 manzanas edificadas; reduzcámoslas prudentemente á 36 atendiendo al exceso de iglesias y capillas, lo que nos dará unas 1.000 casas, y, á razón de 6,9 individuos por casa (promedio del censo de 1869), 6.900 habitantes en 1790; es decir, con el aumento de uno por ciento acumulativo, que admite el censo para dicho período, una población de 8.430 habitantes á principios de 1810. Este cómputo es *estadísticamente* probable, siendo harto conocido el lugar distinguido que la estadística ocupa entre las ciencias inexactas.

nar en el negro criollo esclavo de monjas, que así trataba al congénere leñador como éste á su boricario.

Pero la pequeña ciudad, recién embellecida por Sobremonte, alegraba la vista. La existencia fluía sosegada y plácida en los caserones coloniales de anchos corredores y patios llenos de flores. El clima es delicioso, y encantadora la accidentada campiña con su tierra cubierta de bosques y cruzada de arroyos. Para Liniers, Córdoba ofrecía el inapreciable atractivo de un grupo social distinguido y amigo: el gobernador Concha, su antiguo compañero de armas, á quien él mismo había nombrado; el coronel Allende, conocido suyo desde la Reconquista; el culto y verboso Deán Funes que le debía el rectorado de Monserrat, y su hermano Ambrosio que se perdía de vista, pero tanto más cordial y afable cuanto más dispuesto á barrer para adentro; el obispo don Rodrigo Orellana, de quien sólo puede afirmarse que al fin y al cabo era obispo; el ilustrado doctor don Victorino Rodríguez, asesor de gobierno y competidor de Ambrosio en las cosas concejiles,—como Orellana lo era del Deán en las episcopales; y muchos otros vecinos importantes, que recibieran del ilustre refugiado servicios ó atenciones. La población entera le era adicta,—con la sola excepción, quizá, del bando franciscano encabezado por fray Pantaleón García, que le guardaba rencor por la reciente secularización de la Universidad. De su correspondencia privada se deduce que Liniers, á los pocos días de hallarse en Córdoba, formó el propósito de establecerse en la provincia, y aun de dejar allí á su familia, en el caso probable de tener que realizar su viaje á la Península.

Por lo demás, su primeros actos confirman sus declaraciones á su amigo y confidente Echevarría. Apenas llegado, quiso que su hijo José ingresara en la Universidad de San Carlos; y él mismo asistió á los exámenes de matemáticas que rindieron el 18 de diciembre, en la iglesia del Colegio de Monserrat, los alumnos de esta cátedra fundada

por el doctor Funes (1) y dictada por don Carlos O'Donnell. Constan por un documento rarísimo, y que en esta Biblioteca he encontrado, los interesantes pormenores de aquella función universitaria, que parecería desdecir un tanto del ponderado atraso colonial; si no supiéramos que las sociedades deben apreciarse, como los yacimientos mineros, por la «ley» de la masa común (2). En presencia de la culta sociedad cordobesa y «la mayor parte del cuerpo del comercio», veinte y tres examinandos, entre colegiales de Monserrat y externos, rindieron pruebas que, si no resultaron rigurosas, no sería por la incompetencia de jueces como el obispo Orellana, antiguo profesor de matemáticas en la Universidad de Valladolid, los dos marinos Liniers y Concha y el catedrático O'Donnell, fuera del Deán Funes, el médico Pastor y algún

(1) GARRO, *La Universidad de Córdoba*, 230: «El Deán Funes fué un genio benéfico para la Universidad de Córdoba... Fundó, á fines de 1808, una cátedra de aritmética, álgebra y geometría, dotándola con la renta de 500 pesos anuales sobre su patrimonio». La autorización fué dada por el virrey Liniers en términos precisos y plenos que un filósofo positivista de nuestros días no desaprobaba: «La aritmética, sea la vulgar, sea la álgebra, que trata más generalmente de las cantidades, debe ser de uso continuo en una vida como la nuestra, en que fluctuando siempre entre la probabilidad y la duda, nunca podremos asegurar nuestros juicios sin el auxilio del cálculo». Algunos años después el mismo fundador solicitó la nulidad de su donación de 10.000 pesos, motivándola en su cambio de fortuna, lo que era cierto. Fué uno de los rasgos honorables de Funes no saber calcular (¿por esto sería que creó la cátedra?). A pesar de la tutela económica de su hermano Ambrosio, el Deán anduvo siempre «de la cuarta al pértigo»; y ciertas gestiones suyas, allá por los años 25 y siguientes, revelan, más que codicia, sus apuros domésticos,—sobre todo cuando sufrió en Buenos Aires otra tutela casera poco avenida con sus años y estado.

(2) Véase, como contraste, el estado de la educación común en el virreinato, según los artículos del *Correo de Comercio*. Sin embargo, de ese mismo estudio que parece ser de Belgrano, resultaría que en esto también Córdoba hacía excepción, merced á los esfuerzos del marqués de Sobremonte, quien, al mirar de cerca las cosas, iría resultando tan buen gobernador como pésimo virrey: *Tel brille au second rang, qui s'éclipse au premier.*

otro. Los estudiantes pertenecían á las mejores familias de todas las provincias, sin excluir la de Buenos Aires, confundiendo apellidos porteños, como los de Gallardo y Pinedo, con los provincianos de Fraguero, Ocampo, Lozano, Zorrilla, Bustamante, etc. Entre los premios ofrecidos, figuraba un antejo de larga vista, regalo de Liniers, que fué adjudicado (¡y qué falta le haría en el Tío!) al estudiante José María Paz. Para el segundo premio,—un ejemplar del *Système de la nature*, de Paulian,—descollaban *inter bonos* Mariano Fraguero, José Liniers y Ladislao Martínez: y consultada la suerte, ésta tuvo el buen gusto de no favorecer al hijo del virrey (1). Pero, era el príncipe del curso el joven Melchor Lavín, que mereció pronunciar la oración de circunstancia; y se tiene gusto en comprobar que el eximio estudiante, y arengador de Liniers y Funes, era el mismo heroico muchacho de diez y siete años que, seis meses después, se ofreciera para llevar al primero (no al segundo, como por desgracia ocurrió) las comunicaciones de Cisneros; y, solo, devoró por la posta, con velocidad pasmosa, las 150 leguas de desierto que mediaban entre Buenos Aires y Córdoba.

Vemos por la correspondencia privada de Liniers, que procuraba entonces la formación de una sociedad anónima para explotar las minas del Famatina, sobre la base de 500 acciones á 200 pesos, «con la perspectiva de un incalculable lucro». El proyecto contaba sin duda con el apoyo del go-

(1) El alumno Liniers, que en el documento citado aparece recompensado entre D. Mariano Fraguero y don Ladislao Martínez, era José Atanasio, nacido en Montevideo á 2 de mayo de 1798, y primer hijo varón de Martina Sarratea. Siguió la carrera diplomática y, en 1817, por muerte de Luis, quedó como jefe de la familia; él fué, por tanto, quien persiguió la revalidación de los derechos y títulos de su padre, que fueron reconocidos en 1862, en favor de su hijo Jacques Alexandre, jefe de la rama francesa. La rama española procede del quinto hijo Mariano Tomás, nacido en Montevideo el 20 de diciembre de 1801.

bernador Concha, que propendía administrativamente al desarrollo de aquella industria, habiendo sido autorizado á destinar cierta cantidad del «situado» del Perú para el rescate de plata piña riojana (1). Muy pronto los acontecimientos políticos interrumpieron los trabajos, haciendo que se cavaran hoyos más estériles que los del Famatina! Otro negocio, pero éste realizado y concluído, fué la adquisición de la estancia de Alta Gracia, que Liniers compró en 3 de febrero de 1810 al doctor don Victorino Rodríguez, por la suma de 11.000 pesos, reservándose el vendedor una legua de campo sobre el río Anisacate. Allí se instaló inmediatamente con su numerosa familia, según resulta de una carta suya de 2 de marzo al doctor Echevarría, en que el exmandatario se exhibe entregado á las faenas campestres y saboreando deliciosamente esta existencia nueva, que sólo sería un breve descanso entre dos periodos de hondas agitaciones.

Situada á unas diez leguas al sudoeste de Córdoba, la estancia de Alta Gracia es una antigua posesión jesuítica cuyo caserón conventual se levanta, todavía intacto, en una ondulación de la sierra que domina la moderna población. Delante del edificio principal, un espacioso estanque cercado de piedra se llenaba y desaguaba por acequias sacadas del vecino arroyo. Salvado el portón de entrada, aparecía el inmenso patio lleno de

(1) En abril de 1810, se autorizó al gobernador intendente de Córdoba para que «de los caudales que conduce de Potosí el situadista D. Manuel Sanfranco, que se halla en camino (había quedado empuñanado en Guasayan) queden en esa Tesorería 50.000 pesos para atender por ahora al rescate de la plata piña que se extraiga del mineral de Famatina». Esta suma era «un aumento sobre las existencias anteriormente aplicadas al mismo objeto». Existe, en el Archivo General, todo un expediente acerca del rescate de piñas, de cuyo precio (7 pesos 2 reales marco) protestaban los riojanos ante los ensayadores de Potosí, por la ley superior del metal. Sobre los primeros trabajos del mineral de Famatina se encuentra una interesante reseña de D. Guillermo Dávila en la *Revista de Buenos Aires*, XXIII, 66.

plantas y circundado por la doble arquería clausal, cuyas losas habían gastado durante dos siglos los pasos de la negra y taciturna milicia. Una ancha escalera de piedra conducía al piso superior, sobre cuya galería daban las abovedadas habitaciones, grandes y chicas, que abundaban en el cenobítico castillo: refectorios, salas de estudio y reunión, dormitorios, biblioteca, cuartos de huéspedes,—invariablemente blanqueadas á cal y soladas con roja baldosa. Y al evocarlo ahora, después de muchos años (y sin duda no muy exactamente), siento de nuevo el gran silencio fresco de las deshabitadas viviendas, que tan gratamente me impresionó la mañana de verano en que las recorría. Mostráronme la vasta pieza de Liniers, por cuyo balcón de madera él hubo de contemplar tantas veces el paisaje encantador que á su vista se desarrollaba, desde las alegres rancherías y las arboledas vecinas hasta las verdes colinas que festonean el poniente. ¡Qué honda sensación de paz y rejuvenecimiento refrescaría su almá, á raíz de tantas zozobras y fatigas, al encontrarse allí con los suyos, cerca de la tierra cariñosa, muy lejos de los tumultos callejeros! Y luego, al recorrer yo mismo la pintoresca y rica campiña, surcada de arroyos y vertientes, hasta el espeso murallón construido por aquellos maestros colonizadores, cuyas antiguas reducciones señalan todavía en estas provincias sus sitios más amenos y fértiles: ¡cuál revivían para el peregrino, también cansado de los hombres y nostálgico de soledad, las efusiones del viejo marino (creíase libre al fin de las tormentas civiles, peores que las del océano) que rebotan en su correspondencia familiar, desaliñada y repentina, pero impregnada de olor á monte y jugo de la gleba,—al modo de la *Res rústica* de algún Varrón que escribiese en incorrecto latín! No resisto al deseo de transcribir algunas líneas de su carta de 2 de mayo al doctor don Vicente Anastasio Echevarría:

...Ya me tiene usted hecho un hombre campestre, ocupado sólo del arado, del buey, del caballo, del molino; dando órdenes al albañil, al hortelano, al capataz, al peón, al domador y al carretero,—con más gusto que cuando las dictara á una provincia y á un ejército. Entonces la mayor parte de las noches la pasaba en vela: amanecía con nuevos cuidados; y ahora duermo pasmosamente y amanezco lleno de satisfacciones... Miro con la mayor lástima los desgraciados mortales, que tanto anhelan por un poco de humo que el menor viento disipa: á semejanza de esos globos (1) que en nuestra niñez formamos con agua de jabón, que nos causan admiración por la brillantez de las refracciones de la luz, pero que á mitad que van engrosando y cuando nos parecen más hermosos, se convierten en un sutil vapor. El correo de arriba ha avivado en mí estas reflexiones... (2)).

¡Ay! sí: llegaba el correo de arriba, trayendo las comunicaciones de Goyeneche y Abascal, para luego llevarse—aunque cueste confesarlo—los parabienes de Liniers por las ejecuciones de La Paz ó las prisiones de Chuquisaca,—aunque, seguramente, él no las habría ordenado! Y venía también el correo de «abajo», portador de noticias sólo desagradables todavía, pero que luego se tornarían comprometedoras y para él funestas. En sus cartas á Echevarría, alude repetidamente al «mandarín» Cisneros, «quien tan pronto aborrece como estima, exalta y humilla, premia y castiga». La conducta

(1) Le viene naturalmente al espíritu la misma imagen que al viejo Varrón, á quien seguramente no habría leído: *quod (ut dicitur) si est hamo bulla, eo magis senex. (De re rustica, I.)*

(2) Documento núm. 20. Este doctor Echevarría es el mismo que, con los doctores D. José Darregueira, don P. Medrano y D. Simón de Cossío, fué designado para integrar la Audiencia el día (22 de junio de 1810, *Gaceta*, número 4) en que eran embarcados los oidores con el virrey. Echevarría hizo larga y provechosa figuración, aunque nunca en primer término, sin duda por su falta de carácter. En 1811 fué colega de Belgrano en su misión al Paraguay, y con este motivo escribe el señor Mitre (*Belgrano*, II, 19): «Belgrano representaba en ella el candor, la buena fe, la altura de carácter; Echevarría la habilidad...». Perfectamente pensado y dicho; por eso el «hábil» no llegó nunca á la gloria. Los pueblos no consagran sino á los tipos sencillos y «de una pieza»: la fuerza, con Napoleón; la santidad, con Vicente de Paul; la honradez, con Washington—ó Belgrano.

del *débris* de Trafalgar para con Liniers seguía en efecto siendo inexplicable, con parecerse mucho á la que con Elío observaba. Siempre vacilante entre buscar apoyo en el partido español y halagar al criollo (cuyas intenciones, por otra parte, desconocía por completo), el pusilánime virrey se obstinaba en solicitar de Cádiz el llamamiento de los dos ex gobernantes, cuya presencia alarmaba su mediocridad asombradiza, sin prever la hora cercana en que había de mendigar el concurso del uno y deplorar la ausencia del otro. Al fin el proteiforme gobierno español cumplió sus votos, en la forma incoherente que acostumbraba, y que tan en alto dejara su seriedad administrativa. En 16 de enero, la Junta de Sevilla ordenaba con urgencia el embarco de Liniers y Elío; y el 24 de febrero, la Regencia de Cádiz nombraba á éste capitán general de Chile, dirigiéndole á Montevideo las instrucciones para que se trasladara, sin pérdida de momento, á su destino. Naturalmente, Elío cumplió la primera orden, embarcándose á principios de abril, y cuando, un mes después, llegó la segunda, se encontraba cruzando «urgentemente» el ecuador (1).

En cuanto á Liniers, que también recibió á fines de marzo una nueva intimación para trasladarse á España, muy pronto hubo de comprender que serían vanos sus eflujos dilatorios. Con inaudita actividad y no menos admirable complacencia, Cisneros aceleró los preparativos del embarco como si en el viaje de su predecesor cifrara una victoria. A todo hallaba respuesta y remedio; no

(1) Véanse los documentos 19, 19 bis y 24. Dice Elío, en su *Manifiesto* citado, página 12: «¿Cuál sería mi sorpresa cuando, al presentarme en Cádiz á la Regencia y Ministros, unos y otros me preguntaron la causa de mi venida... [pues] me habían enviado tres meses hacia los despachos de Capitán general de Chile?» La ignorancia de los ministros era explicable... en Cádiz; pero no la sorpresa del embustero que traía en su maleta la orden anterior de la Junta. Sabido es que el incorregible navarro volvió al Plata, en enero del año siguiente, como virrey *in partibus infidelium*.

había exigencia que en el acto no satisficiera. Desde principios de abril, los escribientes del Fuerte no hicieron sino extender y copiar oficios relativos á la dichosa marcha. Después de la prevención general, en que avisa al comandante de marina que «debiendo trasladarse á España el Excelentísimo Virrey que fué de estas Provincias, le ha ofrecido la corbeta *Descubierta* para que pueda transportarse con toda la comodidad y distinción que es correspondiente á su rango»; el 16: oficio al comandante del bergantín *Belén*, para que conduzca á Montevideo al Excmo; el 18: oficio al comandante del falucho *Fama* para que aguarde en San Nicolás y conduzca al bergantín *Belén* al etcétera; el 21: oficio al gobernador interino de Montevideo, don Joaquín de Soria, para que reciba de paso con todos los honores debidos al Excelentísimo señor... *ut supra*. Pero, á última hora, el presunto viajero manifestó ser retenido por ciertas dificultades económicas, sólo salvables (insinuaba) mediante un auxilio de 8000 pesos, «sin perjuicio de la liquidación de los 5500 pesos del pago de Alta Gracia, quedando hipotecada la pensión [de su título] y la misma hacienda». ¡Nunca lo insinuara! Todo fué en el acto concedido y facilitado. En 30 de abril, el gobernador de Córdoba comunicaba haberse entregado á Liniers, por aquellas cajas, la suma acordada, quedando autorizado don Juan Périchon para percibir allí mismo, de los fondos de Tabacos, la pensión de cien mil reales dejada por Liniers á su «benemérita familia»... Cisneros gastaba en verdad para su «inolvidable amigo» el puente de plata que debe ponerse, según el refrán, al enemigo que huye.

Sea cual fuere el propósito de Cisneros y sus consejeros, no es dudoso que con sus instancias y providencias trabajaban sin saberlo por la salvación de Liniers. Hubo así, durante dos meses, una conspiración inconsciente de los hombres y las circunstancias para substraerle á su suerte fatal; tanto que, comprometida su palabra, ya en pose-

sión de su viático y, por decirlo así, arrastrado á la puerta de salida, el infeliz virrey, casi salvado á pesar suyo, se apercibió seriamente para su viaje de ultramar, empleando en los últimos arreglos y preparativos aquellas semanas de mayo. Podía embarcarse tranquilo para la Península, en demanda de reparación y justicia. Ninguna inquietud le quedaba respecto de los suyos: bajo la protección de su hijo mayor y su yerno, rodeada de parientes y amigos, su familia había de compartir entre la estancia y la ciudad la cómoda existencia, teniendo bien asegurado su bienestar. A última hora, se resolvió amigable y satisfactoriamente un asunto relativo á su propiedad de Alta Gracia: el antiguo propietario consintió en cederle la legua de campo que se había reservado sobre el arroyo de Anisacate, y Liniers tuvo que ir á Córdoba para extender la escritura (1). Consta por ésta que el acto se realizó el 25 de mayo de 1810: al pronto, esta fecha fulgurante sólo significó para él una formalidad de escribanía. Allí le sorprendió, á los cinco ó seis días, el anuncio formidable, en casa de su amigo Concha, en

(1) De una interesante carta, que el doctor Julio Rodríguez escribió sobre el asunto al doctor Ramón J. Cárcano, y que éste se ha servido comunicarme, extraigo estos datos complementarios y extraídos de las mismas escrituras de venta: «Del precio (de Alta Gracia) se deja en poder de Liniers 5.500 pesos para pagar lo que aún debe Rodríguez al rei por capital é intereses de su compra (que fué por 8.000 pesos). Es cláusula del contrato que Liniers tendrá el patronato de la iglesia, como lo tenía Rodríguez. En 26 de marzo de 1821, D.^a Carmen Liniers de Périchon y D.^a Enriqueta Liniers, por sí y como tutora de sus hermanos menores José, Santiago*, Mariano, Tomás y Dolores, por intermedio de su apoderado D. Juan B. Echevarría, venden en remate público, con autorización é intervención del gobierno, á D. Manuel J. Solares la estancia de Altagracia por 15.000 pesos; del expediente consta que estaba abandonada».

* Estos dos eran mayores y ausentes: por ellos estaría el apoderado.

la Plaza Mayor (1). Vanos habían sido todos los esfuerzos de los hombres y de las cosas para arrancar del libro fatídico la página de sangre: nadie se libra de su destino, y era el del penúltimo virrey servir de víctima propiciatoria á la Revolución.

III

El 13 de mayo de 1810, arribó á Montevideo la fragata inglesa *Paris*, capitán Wichard, con cincuenta y tres días de navegación de Gibraltar, y trayendo por consiguiente noticias de Andalucía hasta el 20 de marzo. El virrey Cisneros miró imposible ocultar esta vez los hechos materiales. El 18, dirigió á los «leales y generosos pueblos del virreinato» una proclama en que pintaba á las tropas francesas «derramándose por las Andalucías como un torrente que todo lo arrastra»; agregaba que España, á pesar de estos desastres, estaba muy distante de abatirse y «rendir su cerviz á los tiranos». El enfático documento terminaba con la peligrosa declaración de que, aun en el caso de haberse perdido España, le quedarían

(1) López y otros historiadores aceptan la versión del capellán D. Pedro A. Jiménez (transcripta en Torrente, I, 69) según la cual «el joven Lavín, portador de las comunicaciones de Cisneros, salió de Buenos Aires el 25 á la noche y llegó á Córdoba á las once y media de la noche del 28». Veremos luego cómo el viaje de Lavín no se refiere á este primer anuncio; pero no es admisible que nadie hiciera en tres días el trayecto. De Buenos Aires á Córdoba hay 700 kilómetros, ó 162 leguas argentinas, que serían más por el antiguo camino del Perú (las postas cobraban entre 170 y 180, según fuera la tolerancia de los gobiernos). Un término medio diario de 54 leguas, durante tres días, sería una hazaña apenas creíble de varios jinetes que se relevasen y con tropilla de caballos; de un hombre solo, por la posta, con las demoras inevitables, es imposible. En realidad, las primeras noticias, que se tuvieron el 30, sólo alcanzaban al 23.

á la independiente monarquía «estos vastos continentes».

Precisamente la faz más grave de la situación peninsular, y que en esta capital se comentaba aunque Cisneros la desmintiese, era lo de haberse acogido al rey José y sus tenientes, en las principales ciudades de Andalucía, con muestras inequívocas de adhesión y rendimiento: Sevilla y Málaga habían abierto sus puertas sin resistencia; el general Sebastiani fué recibido en Granada por una diputación del clero y de «hombres prudentes»; en Córdoba el rey José hizo una entrada triunfal: «salieron diputaciones á felicitarle, cantóse el *Te Deum*, hubo fiestas públicas en celebración del triunfo, y (dice el historiador clásico del Levantamiento) esmeróse el clero en los agasajos (1)». En frente de los vencedores, apoyados ahora, más que en sus ejércitos, en el acatamiento y la resignación de los vencidos, sólo quedaba un fantasma de gobierno ilegal, refugiado en la Isla de León ya batida por el enemigo: una Regencia heredera de la desacreditada Junta, que sólo había podido legarle su impotencia y gérmenes de anarquía (2). Tal era la situación presente y evidente de la Península, en los primeros meses de 1810; y si, como lo hemos visto, el

(1) TORENO, *Historia del levantamiento*, II, 400.

(2) El historiador López confecciona aquí un extraordinario baturrillo (*Historia*, II, 458): «El pueblo de Sevilla se había sublevado contra la Junta Central. Los miembros de ella habían tenido que huir del furor popular. En Cádiz habían sido depuestos y perseguidos como traidores. Los unos habían sido encarcelados y los otros deportados, mientras el pueblo creaba, de su propia autoridad, nada menos que una *Regencia de España y de las Indias*...» Es pura fantasmagoría. La translación de la Junta á la Isla de León estaba decretada desde el 13 de enero; al acercarse los franceses, los vocales se pusieron en viaje «para no caer en manos del enemigo» (Torreno). En Cádiz, cierto es que estalló un tumulto contra la Junta, el 30 de enero, pero el 31 fué su último acto gubernativo designar é instalar una Regencia de cinco individuos, uno de estos americano (¡á buen tiempo!); sólo entonces se disolvió la Central, sin que el pueblo tuviese la menor parte en la creación de la Regencia.

mismo Wellington la juzgaba desesperada, no había de exigirse que estos coloniales adivinasen á dos mil leguas el porvenir que se ocultaba al general inglés. Sobre la base, pues, de la pérdida de España ó sea su ocupación, al parecer definitiva, por los franceses, se levantaron los proyectos de los patriotas y se iniciaron sus primeros ensayos de realización: no sin muchos errores y contradicciones, si bien con un propósito emancipador, vago y mal formulado al principio, pero que, reapareciendo y tomando consistencia á raíz de cada desacierto, concluyó por imponerse á todos como el único fin de sus esfuerzos.

La noche misma del 18, en que las gravísimas noticias circularon por la ciudad, reuniéronse en casa del coronel Martín Rodríguez varios patriotas (1); pero estaban ausentes de la ciudad algunos de los principales, y desde luego Saavedra, el comandante de Patricios, de cuyo concurso dependía cualquier determinación. Encargóse al mayor Viamonte de llamar á su jefe, quien, efectivamente, llegó de San Isidro el día siguiente. Después de enterarse de los sucesos, manifestó sin ambages que la hora era llegada, y, por pronta providencia, ordenó á las fuerzas de su mando permanecer en sus cuarteles «completamente municionadas». La «Sociedad de los siete» citó á sus afiliados y algunos más para la noche del 19, en casa de Rodríguez Peña. Allí concurrieron, en número de doce ó catorce entre militares y civiles, los promotores de la independencia, Saavedra,

(1) Para estos preliminares ocultos de la revolución, suministran algunos detalles interesantes la *Memoria* de Saavedra y el *Fragmento* de Rodríguez; pero uno y otro documento deben usarse con reserva y precaución, pues se resienten de la falta de memoria de los testigos envejecidos. Así, para el detalle á que esta nota corresponde, siendo seguro que hubo una reunión preparatoria y parcial el 18 á la noche, parece más probable que ésta se realizara en la casa de Rodríguez (Cangallo, frente á Catalanes), que en la de Viamonte, como afirma Saavedra: éste estaba ausente, y aquél dos veces presente, si tal puede decirse, como actor y dueño de casa.

Belgrano, Peña, Passo, Chiclana, Vieytes y otros, —con excepción de Moreno, á quien indebidamente se ha hecho figurar entre los obreros de la primera hora (1). La actitud de la junta y la índole de la prolongada discusión se infieren de algunos documentos—si bien contradictorios en los detalles—y, sobre todo, de los hechos posteriores. ¿Cuál fué, con efecto, la resolución unánimemente acordada? La de obtener del Cabildo, y por éste del virrey, la autorización necesaria (mantenido el principio legal) para convocar al vecindario pacífico, al objeto de decidir si era ó no llegado el caso de subrogar á dicho mandatario por una Junta gubernativa. Esta conclusión resultaría, evidentemente, del examen que se hizo, á la luz de los últimos sucesos, de la situación

(1) Más extraño aún es ver, según el señor Mitre (*Belgrano*, 304), á D. Juan Martín Pueyrredón, *en mayo de 1810*, «convocando sigilosamente á su casa á todos los jefes militares, entre los cuales se encontraban algunos jefes españoles...» Agrega el historiador que «era la repetición de la Junta que nueve meses antes había tenido lugar en la misma casa...» No hay repetición sino en el texto del señor Mitre. Pueyrredón estuvo ausente del Río de la Plata sin interrupción, desde agosto de 1809 hasta el 9 de junio de 1810, en que volvió del Brasil y tomó tierra en la costa argentina, «veinticinco leguas al sur de esta capital». (V. el folleto de Pueyrredón: *Refutación á una atroz calumnia*). Zinny y Guido confirman el hecho, pero su testimonio no tiene valor: cuando no copian á Pueyrredón, incurren en paparruchas como la escena patética entre D.^a Juana P. de Sáenz Valiente y Cisneros en el Fuerte, en julio de 1809, el día en que el virrey estaba todavía en la Colonia.—Sobre la estancia de Pueyrredón en Río de Janeiro, véase la carta de Casa Irujo, documento número 23. El señor Mitre ha sido inducido en error por M. Rodríguez, cuya página 10, en la *Biblioteca del Comercio del Plata*, V) ha transcrita casi literalmente, en el mismo capítulo en que nos pone en guardia contra las inexactitudes del *Fragmento*, dictado casi *in articulo mortis*. Empero, á falta de cualquier documento, ¿cómo no bastó el sentido crítico, el simple buen sentido, para dar el alerta ante el absurdo de hallarse en Buenos Aires, á principios de mayo de 1810, un personaje como Pueyrredón, que junta en su casa á los jefes patriotas, y luego se desvanece, sin que se halle en parte alguna 15 días después, durante la revolución, ni siquiera entre los vecinos del cabildo abierto?

que el estado de la metrópoli creaba para las colonias. Confesado por el mismo virrey el aniquilamiento de la causa por él representada y el indiscutible predominio de la contraria, no quedaba para las colonias americanas más alternativa que someterse al poder establecido de José, como lo hacían todos los gobiernos que con España no estaban en guerra; ó si no reasumir cada una de éstas su autonomía, según el ejemplo de las provincias peninsulares. Siendo el primer partido sentimental y políticamente impracticable, —y por cierto que de Cisneros abajo no había español que lo aconsejara,—sólo quedaba el segundo, cuyas dificultades y riesgos no debían tenerse en cuenta, si resultaba ser el único posible. ¿Merecía tomarse en consideración el arbitrio, propuesto naturalmente por el virrey, de seguir como antes, afectando las colonias desentenderse de un acontecimiento que trastornaba el principio de su existencia, y continuando amarradas á un cadáver? Dos años hacía que el virrey no era sino el representante de un rey fantasma: ahora, desaparecida la Junta Central, aquél venía á ser la ficción de una ficción, un título vano, un simulacro verbal,—y las colonias, pobladas de seres reales y conscientes, quedarían convertidas por tiempo indefinido en satélites de un astro ausente!

Tales fueron, sin duda, las cuestiones que en aquella noche se agitaron, y en cuya solución no dejarían de pesar las circunstancias individuales del mandatario apocado é impopular, que aparecía resumiendo en su persona la incurable caducidad del régimen agonizante. Con todo, debe observarse,—según del primer cabildo abierto se deduce,—que la opinión de la mayoría no se adelantaba entonces á la instalación de una Junta de gobierno y vigilancia que no excluía de su seno al virrey, análoga á la de Montevideo y también á un proyecto anterior de Moreno. Pero no se camina á pasos contados por la pendiente revolucionaria; una vez abierta la menor brecha en la vetusta muralla de la tradición, ella había

de ensancharse y ahondarse más y más hasta dar paso libre al pueblo desbordado.

Por lo pronto, en cumplimiento de lo resuelto en la reunión de la víspera, Saavedra y Belgrano tuvieron el día 20 una conferencia con el Alcalde de primer voto don Juan José Lezica sobre el proyecto de cabildo abierto, mientras Castelli se acercaba con el mismo objeto al Síndico procurador don Julián de Leiva, cuya influencia en el Cabildo era más decisiva aún (1). A pesar de ser americanos ambos capitulares, la solicitud de la junta fué acogida por Leiva con cierta frialdad, y por Lezica con marcada repugnancia; sin embargo, dominados por la enérgica insistencia de sus interlocutores, fueron el mismo día á consultar al virrey, quien, después de muchas objeciones, se mostró dispuesto á ceder á un pedido escrito del Ayuntamiento. Con todo, Cisneros convocó aquella misma tarde á los jefes de cuerpos en la Fortaleza para sondar sus intenciones. El mismo confiesa, en su *Informe al Rey*, que sintió el terreno minado por los «facciosos». Saavedra, en nombre de todos los criollos, manifestó la urgencia de un congreso popular que estatuyese, no sólo sobre la actitud, sino sobre la composición de la autoridad que las circunstancias demandaban (2). El Cabildo se reunió el día siguiente, 21, á las nueve de la mañana; y hallábase tratando con cierto desgano de «lo conveniente á la repú-

(1) Esta designación de los diputados es la que da Saavedra; puede que se agregaran algunos otros, según se dice en el *Acta Capitular* del 21.

(2) El señor Mitre continúa aceptando la versión de Martín Rodríguez que, visiblemente, *bat la breloque* en todo este episodio, confundiendo esta entrevista con otra posterior. Hasta se apropia y coloca fuera de lugar este rasgo *tintamarresco* de Rodríguez (*Fragmento*, 9. Cf. *Belgrano*, I, 309) que pertenece á una conferencia de principios de mayo: «Martín Rodríguez dijo con marcada intención: *Eso se verá mañana!*—Cisneros que era sordo no le oyó; pero los oidores quedaron pálidos...» Naturalmente, los oidores habían oído!! Cf. LÓPEZ, *Historia*, II, 473. No parece sino que la sordera de Cisneros fuera el rasgo característico de la situación.

blica», cuando vino á estimular su celo «un número considerable de gentes que se agolpó á la Plaza Mayor (1)», pidiendo á voces el cabildo abierto: eran evidentemente los exaltados del conciliábulo que comenzaban á pesar en las deliberaciones de las autoridades, lanzando á la calle sus elementos. Inmediatamente se redactó el oficio al virrey, solicitando concediese «permiso franco para convocar por medio de esquelas, la principal y más sana parte del vecindario, á fin de que, en un congreso público, exprese la voluntad del pueblo. Y se sirva disponer que en el día del congreso, se ponga una reforzada guarnición en las avenidas de la plaza, para que contenga todo tumulto y sólo permita entrar á los que con la esquila de convocatoria acrediten que han sido llamados (2)». El oficio fué llevado á Cisneros por los cabildantes Ocampo y Domínguez, con pedido de pronta contestación; ésta llegó antes de la hora, conforme á lo solicitado, si bien envuelta la aquiescencia en fórmulas entonadas que ocultaban mal la entrega á discreción. Entre tanto, no se disolvían los grupos de la plaza; á las explicaciones que daba el Síndico desde el balcón del Cabildo, contestaban ya clamores insólitos exigiendo la deposición del virrey. Sólo Saavedra, llamado á toda prisa, logró apaciguar el tumulto con la promesa del cabildo abierto para el día siguiente. Entonces aplaudieron y se retiraron los manifestantes,

(1) *Acta capitular* del 21 de mayo. En general la edición del *Registro* es mejor que la de Angelis, plagada de errores.

(2) *Ibid.* Allí también se transcriben el oficio del Cabildo y la contestación del virrey, que principia así: «Acabo de recibir el oficio de V. E. de esta fecha, ahora que son las diez de la mañana, y enterado de su contexto, estoy desde luego pronto á acordar á V. E., como lo ejecuto, el permiso que solicita para el fin y las condiciones que me indica...» Sean cuales fueran, pues, las resistencias internas y muy naturales del mandatario español, no se puede decir, como lo hace el señor López (III, 7) que «Cisneros se había opuesto hasta más no poder...» Apenas si su oposición, más oficial que personal, llegó hasta el cumplimiento estricto de su deber.

lentos de júbilo, aunque ninguno de ellos tuviera esquila ni formara parte del «sano vecindario».

El cabildo abierto del 22 de mayo señala el acto decisivo de la revolución argentina. A él concurren para combinarse ó combatirse, las fuerzas varias, afines ó refractarias, que de años atrás venían trabajando el complejo organismo. Tendencias atávicas, privilegios de sangre y casta, rivalidades profesionales, antagonismos de fortuna y condición, fanatismo religioso ó político, sedimento de desprecio en unos, de rencor en otros, depositado por dos siglos de abusos; aspiraciones democráticas, en que el impulso social á la igualdad no se divorciaba del prurito antisocial de indisciplina y anarquía; apego rutinario á la tradición, que con ser mera sumisión al hábito se apellidaba «experiencia»; vagos deseos de trastornos, disfrazados de anhelos reformistas; cálculos del interés y la ambición, junto á los purísimos ideales del patriotismo; sed de novedad en los jóvenes, aprensión de lo desconocido en los viejos (1); en todos, la conciencia de un cambio necesario, aunque sólo substituyese en el escudo nacional el símbolo popular al antiguo emblema dinástico; en nadie, la visión, siquiera confusa y aproximativa, del edificio futuro que de los escombros coloniales podía y debía surgir: tales eran los móviles encontrados, caótica amalgama de preocupaciones heredadas, sentimientos sugeridos é ideas reflejas, que impelían hacia la Plaza Mayor, en aquella mañana de invierno, á la mayoría de los pacíficos vecinos por el Cabildo convocados. Con todo, de tan diversos y contradictorios componentes, había de resultar, por la curiosa ley de las compensaciones, un compuesto lógico y prácticamente superior á cualquiera de ellos, á manera de ciertas aleaciones, que sólo presen-

(1) TÁCITO, *Annal.* XV, XLVI: *Ut est [populus] novarum rerum cupiens pavidusque.*

tan las propiedades útiles, sin los defectos, de los metales constituyentes (1).

Desde las nueve de la mañana del martes, 22 de mayo, halláronse reunidos, en las galerías altas de la casa consistorial, los funcionarios y vecinos invitados para el cabildo abierto. La tarjeta de convocación llevaba la doble advertencia de «asistir sin etiqueta alguna» y «manifestar esta esquila á las tropas que guarnezcan las avenidas de esta plaza, para que se les permita pasar libremente». De los 450 invitados que, á juicio del

(1) El documento capital, para el estudio de este prólogo revolucionario, es el *Acta del Congreso general* autenticada por el Escribano de Cabildo. Por cierto que es incompleta y no reproduce toda la realidad; pero sólo allí está la verdad, siquiera descolorida y fragmentaria, y todo ensayo de reconstrucción que no se funde en aquella, fluctúa en plena conjetura. Mucho podría extraerse de dicho documento minuciosa y severamente analizado: repito que en este esbozo no me toca sino indicar las líneas generales, si bien tomadas directamente del único testimonio irrefragable, con las reservas que la crítica aconseja. Hemos visto ya cómo todas las deposiciones individuales, de testigos oculares ó de oídas, adolecen de vicios insanables. En sus páginas finales el *Fragmento* de Rodríguez es una perpetua divagación; la *Memoria* de Saavedra (que en esta parte mejor se llamaría *Desmemoria*) es un tejido de errores: baste decir que, después de fijar para el Cabildo abierto el día 20 («El 22 [la Junta] principió sus sesiones, y nada se hizo en ellas que mereciese la atención»), dice que «la generalidad del numeroso concurso» se decidió por el voto de Ruíz Huidobro; el cual importaba el reconocimiento de la Regencia!—Manuel Moreno (*Prefacio*, cxxviii) para hacer más negra la «traición» del Cabildo, dice que la Junta del 24 «se componía del virrey y dos vocales europeos»: sabido es que los vocales de dicha Junta eran Solá (clérigo), Castelli (abogado), Saavedra (militar) é Incháurregui (comerciante): sólo el último era europeo, y había votado en el Cabildo abierto con Solá, es decir, como Belgrano, Castelli, Moreno, Passo, etc. De esta laya son los demás testimonios, con parcial excepción del *Informe* de Cisneros. Sin embargo, nuestros historiadores los usan paralela, si no preferentemente, al único digno de fe. En cuanto á las pinturas locales y fragmentos de discursos intercalados, son de pura fantasía; por lo que dan los escritos, puede el lector juzgar lo que serán las «conversaciones» reproducidas á medio siglo de distancia y con tres ó cuatro intermediarios.

Ayuntamiento, componían «la principal y más sana parte del vecindario», concurren 244 exactamente, fuera de los capitulares que, por supuesto, no tenían voz ni voto. El doble hecho de ser en su mayor parte españoles los abstinentes y pertenecer las guardias de las bocacalles á la legión patricia, motivó protestas y acusaciones de parcialidad contra Saavedra y sus amigos; éstos replicaron denunciando la formación sobradamente europea de las listas municipales: probablemente unos y otros tenían razón—como que á las maniobras electorales se preludiaba. Fué comentada la ausencia de Alzaga, Santa Coloma, Villanueva y otros españoles notables, la cual tuvo por consecuencia la de sus numerosos partidarios: á concurrir este grupo compacto y dócil, el triunfo de los conservadores estaba asegurado... por algunas horas. A la tentativa de escamoteo electoral, los patriotas contestaron con el escamoteo de los electores adversos; los centinelas cerraron la entrada de la plaza á la mitad de los españoles, dejándola abierta para grupos populares que formaron un público borrascoso á la función: Cisneros deja entender que algunos de estos «manolos» se colaron entre los convidados. Sea como fuere; la composición del cábildo abierto, que nada tuvo de plebiscito, reflejaba con bastante fidelidad la del vecindario «decente»; y si, aun con la poda antedicha quedaba algo frondosa la sección española «de este comercio», no puede decirse que hubiera sido excluído un solo criollo de viso é importancia en razón de sus opiniones políticas (1). Respecto de la nacionalidad, confieso que no he intentado un *pointage* riguroso (¡son tantos los oscuros «vecinos y de este comercio»!); pero no parece dudoso que los americanos formasen la mayoría. Los principales estados sociales se ha-

(1) De los futuros miembros de la Junta gubernativa, sólo faltaba el español Larrea, y ello, probablemente, por causa de ausencia de la ciudad ú otro inconveniente personal.

llaban en esta proporción representados: Jefes y oficiales de mar y tierra, 60; empleados civiles (inclusos alcaldes y cónsules), 39; clérigos y frailes, 25; profesiones liberales (dominando los abogados), 26; comerciantes, hacendados y vecinos sin designación, 94 (1). La concurrencia, como hemos dicho, ocupaba la galería superior de la casa consistorial; el largo balcón corrido quedaba abierto sobre la plaza, á vista del público subrepticamente introducido, á modo de escenario de aquella vasta platea. Sentábanse los congregados en bancos traídos de las iglesias y puestos en filas transversales haciendo frente al entarimado del extremo norte, donde se colocaron, en sillas de brazos y delante de la mesa con carpeta de terciopelo, el obispo, la Audiencia, los altos funcionarios y el Ayuntamiento que presidía el acto (2). No había orden prefijado en los asientos, y pudieron los concurrentes agruparse según sus afinidades y simpatías, como se deduce de la votación, en que los votos idénticos y consecutivos al de un corifeo, forman series más ó menos prolongadas.

Sin embargo, del acta capitular atentamente analizada, se infiere que, fuera de la deposición del virrey, en que todos eran unánimes, no había

(1) Sólo en el grupo de los empleados civiles tenían los españoles mayoría; entre los mismos militares dominaban los criollos, gracias á los cuerpos urbanos.

(2) Afirma Manuel Moreno (*Prefacio*, cxxv) que «no se permitían espectadores que no fueran de las personas convidadas, ni congregarse gente al interior del edificio y cercanías de la plaza». Así suele ceñirse á la verdad el «grave escritor contemporáneo», como le llaman los que son menos graves que él. Consta por todos los testimonios de griegos y troyanos que la Plaza Mayor fué llenándose poco á poco de grupos populares, muchos de ellos con armas ocultas, que ejercían presión en la asamblea, prorrumpiendo, á una señal convenida, en aplausos á los votos adversos al virrey y rechiflas á los favorables. (Oígame á Belgrano, Saavedra, Cisneros, etc.). Los patriotas, aunque dueños de la plaza, pudieron temer una intervención violenta del cuartel de Miñones, contiguo al Cabildo (V. BELGRANO, *Autobiografía*); pero nada se intentó, y, fuera de alguna gritería, todos los testigos (incluso

precedido acuerdo general de los patriotas, acerca de la forma de gobierno que provisionalmente había de substituirle; y los núcleos uniformes á que he aludido parecían resultar de juntas privadas, cuando no de simples relaciones amistosas. Mucho menos habrá de admitirse con los filósofos *a posteriori* de la historia, que uno solo de los presentes llevara en su cabeza un plan de organización política, aplicable al día siguiente de la emancipación,—que los más resueltos de esos letrados entreveían bajo su forma jurídica, muy compatible con el amor de la madre patria y su prolongada tutela. El brutal hachazo, que dividiera para siempre este miembro de aquel tronco, haciendo dos cuerpos independientes y luego enemigos de los que, durante siglos, fueron partes solidarias de uno solo, con la misma sangre, las mismas fibras nerviosas, el mismo sentir y el mismo querer,—no lo preveían entonces los mismos que allí se sentaban y serían llamados á descargarlo pocos días después: ni Saavedra, ambicioso frío, sin más arrojo en los actos que en las ideas, muy viejo ya para revoluciones, y que brindaba su prudencia á los sucesos que exigían audacia; ni Belgrano, inteligencia crepuscular poblada de quimeras, alma blanda que el deber y el

Cisneros, que lo atribuye á terror) convienen en que no se produjo el menor desorden en la población. Saavedra (*Memoria*, 38) habla de la cinta blanca y azul (?) que pusieron en su sombrero muchos espectadores: correspondería sin duda, como señal de *ralliement*, al pañuelo blanco que, según Belgrano, debía agitarse, en caso necesario, desde los balcones del Cabildo. En un manuscrito anónimo de esta Biblioteca, titulado *Diario de varios sucesos*, veo el dato confirmativo siguiente: «El día 22 se vieron porción de Patricios y otros con cintas blancas y el retrato de Fernando VII; y estos mismos al siguiente día aparecieron con un ramo de oliva en el sombrero. Hubo quietud en todo el pueblo todos los días, sin que se observase en él otra cosa que unidad y concordancia en las ideas, habiéndose notado que una parte crecida de Patricios estuvieron armados de pistolas y puñales debajo de sus vestidos, los cuales sostenían se depusiese el virrey».

patriotismo tornaron heroica, á modo del puñado de arena que el fuego convierte en puro y duro cristal; ni Passo, orador firme y vacilante político, como que su elocuencia fogosa envolvía un núcleo de escepticismo, y quien, diez y seis años después, llegó á negar la grandeza de su propia obra, con tal de combatir el primer ensayo de mitología revolucionaria (1); ni Rivadavia, futuro protagonista del drama en cuyo prólogo no era sino comparsa: innovador fecundo si balbuciente expositor,—*vir bonus dicendi imperitus*,—vigoroso forjador de utopías, que tenía del estadista la autoridad, la energía activa y el ascendiente moral, sin el sentido superior del realismo oportunista: cerebro efervescente cuya radiación, sólo visible al porvenir, remedaba esas fogatas de leña verde que sólo levantan nubes de denso humo para los circunstantes, pero que fulguran á la distancia y guían en la noche al lejano viajero; ni Moreno, por fin: Saulo de la independencia, antes de hallar el camino de Damasco que le tornara su apóstol más eficaz y violento: hipóstasis genial de la revolución que necesitó demoler para poder edificar, y á quien la posteridad perdona sus errores en gracia de sus inspiraciones, como la flota salvada del escollo por los relámpagos nocturnos, olvida el rayo que hirió algunas víctimas... Y si estos jefes de fila marchaban así á la ventura, en víspera de la maniobra decisiva, dicho se está que el grueso de las tropas no sospechaba siquiera lo que del choque de las pasiones ó intereses

(1) En el Congreso constituyente de 1826, sesión del 24 de mayo: proyecto para levantar en la plaza del 25 de Mayo (no de la Victoria, cuya pirámide existía desde 1811 y se respetaba) un monumento á los autores de la revolución. La interesantísima discusión se empeñó sobre la palabra subrayada como en torno de una bandera. El canónigo Gorriti estuvo admirable de penetración incisiva y filosófica despreocupación, no exenta de ironía. ¡Lástima que no fuera porteño! Hoy, el mismo asunto se trataría á trompetazos, y en lugar de razones tendríamos todas las fanfarrias de las canciones de gesta: *Sire Roland, sonnez votre olifant!*...

podía surgir. Con todo, realizóse tres días después la imprevista maniobra, y en tal forma que apareció como el corolario calculado y lógico de la situación. Tres días: el plazo estrecho en que debe ser destruido y reedificado el templo místico (1): ¿Será verdad que en ciertos recodos de la historia, brote del frotamiento eléctrico de las masas una luz más intensa que la del mayor cerebro individual, y que haya días cuyas horas preñadas de virtud creadora valgan semanas, para que en su breve término germine, florezca y madure aquel fruto inmortal de la idea? ¿O será, más modesta y simplemente, que nos pasmamos, en nuestra ignorancia de las causas y los efectos, ante nuestra propia plasticidad para adaptarnos á los moldes impuestos por las circunstancias?

El acto se inauguró con una breve proclama del Ayuntamiento, leída por el escribano Núñez, y que trazaba en esta forma el programa del cabildo abierto: «Ya estáis congregados: hablad con toda libertad, pero evitad toda innovación ó mudanza». Después de lo cual, lo único que lógica y evidentemente procedía era que cada vecino se encasquetara su sombrero «de pelo inglés legítimo», que seguramente á ninguno faltaba, y volviese á dormir la siesta en su casa. Pero los notables no aceptaron el programa,—que recordaba el del niño á quien se regalaba un tambor con la condición de que no metiese ruido,—y pudieron quedarse sin faltar á la lógica. Careciéndose de toda experiencia de las asambleas deliberantes, no se habían formulado previamente las proposiciones puestas á votación, de suerte que, desde el arranque, salióse de madre la facundia meridional, amenazando eternizar la plática (2). Abrió el fuego el

(1) MATTH, XXVI, 61: *Possum destruere templum, et post triduum reedificare illud.*

(2) Parecería deducirse del *Acta capitular*, del *Informe* de Cisneros y aun de la *Memoria* de Saavedra, que los concurrentes sólo hablaron al fundar su voto; sin embargo, los historiadores concuerdan en que precedió

obispo Lué, excediéndose procazmente en celo realista, según el mismo Cisneros lo deja entender, y provocando una réplica no menos violenta de Castelli. Felizmente intervino el prudente y respetado síndico Leiva para encaminar el extraviado debate, fijando el primer punto en discusión, á saber: «si la Autoridad Soberana ha caducado ó no en la Península». Sobre esta disyuntiva no podía prolongarse la discusión, asintiendo en lo primero todos los oradores; otra cosa era la consecuencia que de esta premisa debía sacarse. Empezaron esta demostración, con argumentos contradictorios, el fiscal Villota y el abogado Passo, sosteniendo el primero (según se dice) que la reasunción de la soberanía, provisional ó definitiva, competía por igual á todos los cabildos del virreinato; afirmando el segundo que sólo en el de Buenos Aires quedaba depositada dicha soberanía, hasta la reunión del Congreso por aquél convocado (1). Este paso de armas dialécticas contribuyó, más que á ilustrar la cuestión ó arrastrar opiniones indecisas, á templar el ambiente de la asamblea, que hasta entonces se había mantenido en equilibrio con la fría temperatura exte-

una discusión general, y sin duda tenían el dato por tradición de algunos actores. Sea como fuere, los discursos é incidentes analizados ó comentados en las obras de Mitre y López son meras inducciones de sus autores y carecen de autenticidad.

(1) Dudo que Villota, órgano de la Audiencia, sostuviese la tesis que nuestros glosadores le atribuyen, pues era contraria á la teoría histórica que más de un año antes (decreto de 22 de enero de 1809) había presidido á la convocación de las Cortes. Allí se establecía (como ya lo tenemos indicado) que cada virreinato formaba un distrito electoral para elegir *un* solo diputado á cortes, resultando éste de la designación hecha, entre los candidatos presentados por los cabildos, *por la Junta de gobierno de la capital*. En todo caso, ni el voto de Villota (conforme al del oidor Reyes: el virrey asesorado por el primer alcalde y el síndico) ni el de Passo (conforme al del doctor Chorroarín: el cabildo hasta la formación de una Junta, con voto del síndico) aluden á un congreso de delegados de las provincias interiores, siendo así que formulan esta condición muchos otros votantes.

rior. Después de rechazarse varias mociones, fué aprobada la siguiente: «Si se ha de subrogar otra autoridad á la superior que obtiene el Excmo. señor Virrey, dependiente de la soberana que se ejerce en nombre del señor don Fernando VII, y ¿en quién?». Sobre estas dos proposiciones se pronunciaron los votos individuales, habiéndose decidido que éstos serían públicos, es decir, dictados en voz alta al actuario y según el orden sucesivo de los asientos.

Resultaría muy instructivo é interesante un análisis razonado de aquella votación que demuestra, más elocuente y sólidamente que todas las frases retóricas, el estado fluctuante de los espíritus,—aun de los que poco después afectarían rigidez jacobina; pero es laborioso y no favorece el énfasis: doble razón para que no se haya realizado cumplidamente (1). Aunque no me toca ensayarlo aquí, señalaré, sin embargo, los votos más significativos ó los que se emitieron por fracciones importantes de la Asamblea.

Fuera del obispo Lué, el brigadier Orduña, el contador Oromi y un par de acompañantes que se opusieron á cualquier innovación, no había entre los concurrentes quienes no admitieran la conveniencia de modificar el personal gubernativo: desde los que consentían apenas en asesorar al virrey, hasta los que querían residenciarle, cambiando entre ambos extremos todos los matices intermedios. Los patriotas saludaron con aplausos—que en cierto modo duran todavía—el voto del jefe de escuadra Ruíz Huidobro (2), quien,

(1) Sólo el historiador Domínguez ha esbozado este análisis, pero tan incompleta é inexactamente que no puede sino extraviar á quien le siguiera. Hoy por hoy, no existen sino sus materiales en el *Acta capitular*: documento de primer orden que, debidamente estudiado, daría la mejor explicación del movimiento de Mayo.

(2) El señor Mitre (*Belgrano*, I, 326) le llama «personaje respetable» al que no era, según Presas, sino un marino de antecámara». Sus mayores hazañas en América fueron entregar á Montevideo, y perseguir el gobier-

por ambición personal, pidió la destitución de Cisneros y su reemplazo interino por el Ayuntamiento; le acompañaron 23 votantes, principalmente militares, pero también algunos criollos de nota: entre otros, Chiclana, Vieytes, Balcarce, Viamonte, Rodríguez Peña... Más honorable fué la actitud del oidor Reyes que personificó la resistencia lógica de los empleados españoles, aceptando condicionalmente el término medio que antes indiqué; votaron como él por la permanencia del virrey, acompañado del Alcalde de primer voto y el Procurador, no menos de 44 españoles, togados y funcionarios en su mayoría, además de los antiguos capitulares y comerciantes ricos: era el grupo compacto de la reacción. Por la otra parte, exceptuando una docena de opiniones singulares, algunas de las cuales merecen atención, puede considerarse que todos los votos restantes, que pasaban de 120, con predominio de los patriotas, eran asimilables al de Saavedra y sus íntimos, como que en substancia lo repetían expresamente.

Además de la importancia política de su autor, es notable el voto de Saavedra, por cuanto refleja fielmente, con su mezcla de acierto y error, de sentido práctico y ambigua fraseología, el espíritu vacilante del futuro Presidente de la Junta. Opinaba por la deposición del virrey y la entrega del mando al Ayuntamiento «*interin se forma la corporación ó junta que debe ejercerlo, cuya formación debe ser en el modo y forma que se estime por el Excmo. Cabildo, y no quede duda de que el pueblo es el que confiere la autoridad*». El último inciso, que acaso no fuera en la mente de su autor sino una simple frase de proclama, dejaba entrever propósitos de independencian, que excedían y por mucho el programa actual; mientras el anterior, confiriendo al Ayuntamiento facul-

no de estas Provincias por la intriga y la traición. Pero, ¡traicionó á su país en favor de la causa revolucionaria: ¡hélo hecho ya todo un varón de Plutarco!

tades al parecer omnímodas, abría la puerta á la interpretación abusiva que le dió el Cabildo, y que no pudo reprimirse sino rompiendo la valla de la legalidad. No adoptaron literalmente la fórmula de Saavedra sino diez y seis votantes, frailes ó burgueses los más, no figurando entre ellos ningún revolucionario acentuado, ni oficial de Patricios. Tampoco acompañaron éstos al inmediato coronel Pedro Andrés García, que hasta en su voto se mostró verboso y sólo conquistó á once descoloridos vecinos (1). Quienes juntaron la mayoría patriota verdaderamente representativa, fueron el comandante de Arribeños, Ortiz de Ocampo, y el comandante de Húsares, Martín Rodríguez, cuyo dictamen, análogo al anterior, «reproducía el de don Cornelio Saavedra en todas sus partes, añadiendo que tenga voto decisivo el señor Síndico procurador general». Esta moción única, con dos autores distintos, reunió 63 sufragios, contándose entre ellos los nombres más ilustres de la revolución: Moreno, Rivadavia, Belgrano, Castelli, López, Tagle, Echevarría, Campana, Darregueira, Escalada, etc., etc. (2).

Si bien el peso de esta masa más ó menos homogénea fué lo que obró decisivamente en el resul-

(1) El voto de García, que ocupa 21 renglones del Registro, agrega al de Saavedra la presencia del Síndico procurador en el gobierno: es idéntico al de Ortiz de Ocampo.

(2) Merece señalarse la particularidad de que, aun al aceptar la misma fórmula, los votantes hacían constar sus preferencias personales, mencionando, no al primer autor de la moción, sino á tal ó cual de sus adherentes: así, además del grupo que «se conformaba con el parecer del señor Saavedra» (Belgrano, V. López, Castelli, etcétera), había los que reproducían el dictamen del señor D. Martín Rodríguez (Moreno, Rivadavia, Echevarría, etcétera); también tenían su núcleo Terrada (Matheu, Campana, Arana, etc.), Belgrano (Pinedo, Donado, Pinto, Beruti, etc.) y hasta el atropellado French (Orma, Dupuy, Arzac). Por fin, no escaseaban los incoercibles charladores, como Azcuénaga ó Escalada, que, para mostrarse conformes, derramaban su arenga, logrando así que llegaran las doce de la noche sin terminarse la votación.

tado inmediato, deben, con todo, tomarse en cuenta ciertas iniciativas que, al parecer, no cayeron en vago, puesto que las hallamos incorporadas al programa de los patriotas. Entre estas mociones fué la más importante la del doctor Solá, cura de Monserrat, sujeto de grandes virtudes y prestigio, cuya edad, sin duda, le impidió desempeñar en la Junta definitiva el puesto que tuvo en la provisional: consistió la novedad, que no reunió menos de 18 adherentes (1), en agregar á la fórmula de Ortiz la condición de convocarse en brevedad un congreso de delegados provinciales. También ofrece algún interés la cláusula introducida por el doctor Colina, sobre asociarse al virrey cuatro consejeros, representantes respectivos de la milicia, el clero, la justicia y el comercio. Pero lo tiene aún mayor el voto de don Manuel Hermenegildo Aguirre, que propuso asociar al Cabildo á los vocales Saavedra, Moreno, Passo, Castelli y Leiva, constituyendo así de antemano (con excepción del último) el verdadero núcleo gubernativo de la Junta futura (2).

Con motivo,—ó pretexto,—de haberse prolongado la votación hasta las doce sin terminarse (3), el Ayuntamiento suspendió la sesión hasta el día siguiente, negándose á practicar el escrutinio que los americanos exigían. El triunfo evidente de estos últimos explicaba, si no justificaba, el «obstruccionismo» de los capitulares. Disolvióse, pues,

(1) Muchos de ellos clérigos, como los doctores Belgrano (D.), Sáenz, Vieytes (R.), Alberti, Grela, etc., y también algunos *gros bonnets* del comercio, como Lezica, Letamendi, Incháurregui, etc.

(2) En 1817, D. Manuel H. Aguirre fué nombrado por Pueyrredón agente confidencial del gobierno argentino en Estados Unidos para gestionar el reconocimiento de las Provincias Unidas y adquirir cuatro fragatas; entre mil obstáculos y penurias, desempeñó con inteligencia é integridad su patriótica misión. Otra página honrosa de la vida de Aguirre, fué su moción sobre las facultades extraordinarias de Rosas, en la legislatura de 1831.

(3) Veinte vocales se habían retirado sin votar por lo avanzado de la hora, entre éstos, el cura de la catedral, D. Julián Segundo de Agüero.

la reunión en medio de protestas y comentarios contradictorios. Pero los patriotas estaban en la verdad: el cabildo abierto había revelado su fuerza, á pesar de la dispersión de votos que debilitara su acción. Era sin duda deplorable que, por falta de acuerdo previo, hubiéranse incorporado á Huidobro algunos de los principales inspiradores del movimiento, y sobre todo que, casual ó intencionalmente, apareciese dividido el grupo saavedrista; pero bien se preveía que la actitud del Ayuntamiento le haría prontamente apretar las filas, y ya disciplinado se tornaría incontrastable (1).

(1) No es, pues, del todo exacto decir (MITRE, *Belgrano*, I, 326), que «el voto de Saavedra arrastró la mayoría», y luego que con su voto Castelli se alejó de Saavedra más que Belgrano: para esto, ha necesitado el señor Mitre alterar la fórmula del primero. Este no dijo «que la elección del nuevo gobernador se hiciese por el pueblo, junto el Cabildo abierto sin demora» sino: «junto (el pueblo) en cabildo general sin demora». No se trataba del presente cabildo abierto, sino de otro, á la mayor brevedad: y así restablecido el texto, el voto de Castelli (fuera del síndico agregado) casi se confunde con el de Saavedra; en todo caso se le aproxima más que el de Belgrano. En suma, como en el texto decimos, Belgrano, Castelli y sesenta más coincidieron con Saavedra en lo principal, y sólo disintieron en un detalle accesorio. Pero en el párrafo siguiente (*ibid*, 327), es donde incurre el historiador en graves errores, que es imposible dejar de rectificar. Dice el señor Mitre que, al suspender el acto, en la noche del 22 de mayo, «el mismo Cabildo (transcribo literalmente), reconociendo que la voluntad manifiesta del pueblo era que el virrey cesase absolutamente en el mando y se constituyese un gobierno propio que determinara sobre la forma definitiva, lo formuló en estos términos: «En la imposibilidad de conciliar la tranquilidad pública con la permanencia del virrey y régimen establecido, se faculta al Cabildo para que constituya una Junta del modo más conveniente á las ideas generales del pueblo y circunstancias actuales, en la que se depositará la autoridad hasta la reunión de las demás ciudades y villas». Indica una nota: *Acta capitular del 23 de mayo*.—Antes de acudir al documento invocado, salta á la vista que el Cabildo no ha podido formular tal declaración (mucho menos en la noche del 22), diametralmente opuesta á sus propósitos y actitud ulterior. Pero ni en el *Acta capitular del 23* (cuando precisamente estaba el Cabildo urdiendo el escamoteo del voto popular) ni en otra alguna se encuentra nada parecido á la supuesta declaración, cuyo principio reproduce el voto de Martín Rodríguez.

Junto al éxito colectivo de los patriotas, hemos visto acentuarse netamente en el Congreso el gran prestigio personal del procurador Leiva. Este triunfo tenía que ser efímero: hombre de transición y término medio, no podía Leiva, con sus previsiones y reservas de letrado maduro, responder á las exigencias de esas horas violentas; al intentar una transacción conciliadora entre el régimen antiguo y el nuevo, tenía fatalmente que volverse sospechoso á uno y otro. Por última vez, en las galerías consistoriales, españoles y americanos habían procurado uniformar sus voluntades y hablar el mismo lenguaje; la tentativa había fracasado: ya no quedaban frente á frente sino dos enemigos formados en batalla, y cualquiera que se pusiese en medio tenía que recibir el fuego de uno y otro bando. La intolerancia sectaria desechó la experiencia luminosa y templada; fué una injusticia y una desgracia: Leiva hubiera completado á Moreno. Teniendo éste en la Junta quien le amase y á quien respetar, no habría tal vez incurrido en sus excesos ni en sus faltas, igualmente funestos; y el carro de la revolución hubiera marchado á la victoria, llevando, como la cuádriga homérica, un combatiente y un conductor... (1)

Tal resultado dió el congreso del 22 de mayo; hizo mucho más, como se ha visto, que plantear el problema, dejando prontos todos los elementos

(1) A propósito del gran movimiento de opinión que en favor de Leiva se produjo en la asamblea del 22, es curioso recordar que la única mención que del cabildo abierto se hace (según creo) en la *Recopilación de Indias*, sea la de la ley II, tit. XI, lib. IV, para prohibir precisamente que se designe al procurador de la ciudad por cabildo abierto. El historiador López, que ha hablado de Leiva en términos simpáticos (*Historia*, III, 65), explica su completo apartamiento después de la revolución, diciendo que «perdió la vista á los muy pocos meses». Entiendo que esta desgracia fué bastante posterior; en todo caso, Leiva fué confinado á Catamarca por la Junta, con otros capitulares, después de su destitución en octubre de 1810.

de la inminente solución. Podré mostrarme mucho más breve en el resumen de los acontecimientos inmediatos, no sólo porque presumo que sea mejor conocido el alumbramiento que la gestación, sino también porque el objeto propio de este estudio es el fin del régimen colonial, no el principio del régimen moderno. Como lo expresa el señor Mitre en el párrafo final de la misma página citada, con una gravedad conmovida que tiene su belleza: «El reloj del Cabildo daba las doce al tiempo de terminarse la votación. Aquella fué la última hora de la dominación española en el Río de la Plata. La campana que debía tocar más adelante las alarmas de la revolución, resonaba en aquel momento lenta y pausada sobre la primera asamblea popular que inauguró la libertad y proclamó los derechos del hombre y de la patria: el 22 de mayo de 1810 es el día inicial de la revolución argentina». A otra mano, pues, ó por lo menos á otra obra, corresponde el desarrollo y discusión de los hechos que en ésta sólo puedo indicar.

IV

A estilarse aún los encabezamientos con moraleja, la historia de los días 23 y 24 de mayo se titularía: *De cómo intentó el Cabildo burlar al pueblo y salió burlado*. Por lo demás, la maquiación resultó tan torpe en su misma audacia, que cuesta creer haya tenido en ella el doctor Leiva la parte principal que se le atribuye. No fueron sino desaciertos é incoherencias; y debe afirmarse que la actitud ilegal y revolucionaria del Ayuntamiento, erigiéndose en Comité de salud pública ó «Consejo de los diez», para reponer ó deponer al virrey y fijar las atribuciones de la Audiencia, sirvió de pauta justificativa de la revolución. Cuando los candidatos patriotas vacilaban aún en poner la mano sobre el símbolo

secular de la autoridad real, fueron los capitulares quienes públicamente desnudaron al pobre maniquí de mimbre y lo tiraron de su balcón á la plaza. Gracias á las cabildadas, los delegados del pueblo no tuvieron que desalojar á los representantes de la monarquía: estaba el sitio despejado. El 24 á la noche, ya no había gobierno; y como, bueno ó malo, es fuerza que lo haya, vino el 25 la revolución á ocupar tranquilamente la sede vacante.

Apenas reunido en la mañana del 23, el Ayuntamiento resolvió dejar sin efecto la convocación del congreso para esa tarde; luego, se puso á regular los votos «con el más prolijo examen»; y resultando del escrutinio, «á pluralidad con exceso, que el virrey debía cesar en el mando y recaer éste provisionalmente en el Cabildo con voto del Síndico procurador, hasta la creación de una Junta que ha de formar el Cabildo en la manera que estime conveniente, mientras se congregan los diputados provinciales que han de establecer la forma de gobierno» (1): por todos estos motivos ¡dicho Cabildo empezó por comunicar al virrey que quedaba en el mando, con algunos «acompañados» que ulteriormente se designarían! De este modo interpretaban los capitulares la cláusula imprudente de Saavedra: siendo así que el virrey debía cesar en el mando; pero también que se libraba al Cabildo la elección de la Junta, nada más lícito que hacerla presidir por el mandatario depuesto (2)! Tan evidente era el sofisma, que el prudente Cisneros, en su respuesta á la notificación, «juzgó muy conveniente que se tratase el asunto con los comandantes de los cuerpos, pues

(1) *Acta capitular del 23.* He quitado algunas redundancias. Para no repetir las mismas llamadas de notas, entiéndase que, faltando otra indicación, las palabras entre comillas pertenecen á las *Actas capitulares*.

(2) Era tan patente la intención de volver al *statu quo*, que en el *Acta del 24* se dice sencillamente: «Que continúe en el mando el *Excmo. señor Virrey*, asociado, etc.»

la resolución del Cabildo *no parecía en todo conforme con los deseos del pueblo*. Los jefes consultados declararon que la efervescencia popular sólo se calmaría con la deposición del virrey, anunciada por bando aquella misma tarde, dejándose para el día siguiente el nombramiento de la Junta (1). El Cabildo cedió aparentemente; el pregonero, á son de cajas y con una escolta de Patricios, dió al pueblo de Buenos Aires la sorprendente noticia—que á nadie sorprendió—de haberse destituido un virrey por un ayuntamiento; y el vecindario pasó la noche en sosiego, no quedando otros síntomas alarmantes que los conciliábulos de los patriotas y las órdenes impartidas por el Alcalde Mayor, de no dejar salir «posta ni extraordinario á ningún destino».

En la mañana del 24 de mayo, á pesar del bando de la víspera y de las secretas aprensiones personales que suelen constituir la única prudencia de los imprudentes, el Cabildo se apresuró á dictar una verdadera constitución política en trece artículos, revolucionarios sin saberlo sus autores, tan atentatoria á la corona como á los estatutos coloniales, y cuyo revoltillo inconexo, mal remedo del *Reglamento* para la Regencia de Cádiz, ha sido enfáticamente comparado por un historiador nacional á la *Magna Charta libertatum*! El primer artículo disponía en esta forma la creación de la Junta: «*Que continúe en el mando el Excmo. señor virrey*, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, asociado de los señores doctor don Juan M. de Solá, cura rector de Monserrat, doctor don Juan J. Castelli, abogado de esta Real Audiencia, don

(1) El señor Mitre acepta la versión de una segunda diligencia hecha por Saavedra y Belgrano ante el Cabildo, posteriormente á la de los comandantes. Nada dice el *Acta* de este paso improbable, sólo referido en la *Memoria* de Saavedra, que en esta parte es toda confusión, principiando por fijar la fecha del 20 para el cabildo abierto y la del 21 para el nombramiento y recepción de la Junta. ¿Cómo edificar historia sólida con esos materiales de cartón, sin aplicarles una crítica rigurosa?

Cornelio de Saavedra, comandante del cuerpo de Patricios, y don José Santos de Incháurregui, de este vecindario y comercio: cuya corporación ó Junta ha de presidir el Excmo. señor Virrey con voto en ella, conservando en lo demás su renta y altas prerrogativas de su dignidad, mientras se erige la Junta general del virreinato». Pero, muy lejos de considerar terminado con esta instalación el mandato político que el pueblo á este solo objeto le confiriera, el Cabildo se erigía en Supremo Consejo de vigilancia, enumerando con complacencia sus facultades ultramunicipales: tocaba al Cabildo integrar la Junta, en caso de muerte ó ausencia de algún miembro, y deponer al que faltase á sus deberes; sólo aquél tenía atribución para imponer pensiones ó pechos en el virreinato... y así continuaba la «Magna carta», trazando la línea de conducta de sus «empleados» con más prolijidad y estrictez que el Código de Indias.

Por ridícula que nos parezca esta tentativa de dictadura concejil, que, como dije, desconocía á la par las tradiciones administrativas y los votos recientes del pueblo, no iban tan descaminados sus autores al contar con la vanidad ó el ofuscamiento de los favorecidos para prestarle su apoyo. Después de algunas vacilaciones, Saavedra y Castelli admitieron como viable un conato de escamoteo revolucionario, que tendía á ocultar bajo un mal revoque las grietas profundas del torreón colonial. Todos los jefes de cuerpos, reunidos en el Cabildo, «ofrecieron concurrir de su parte á su plantificación»; y aquella misma tarde, los flamantes cuatorviro, con el infeliz virrey por unas horas redivivo, concurren á la sala capitular revestida de sus viejas colgaduras, y, «por su orden, hincados de rodillas y poniendo la mano derecha en los Santos Evangelios, juraron desempeñar legalmente sus respectivos cargos, conservar íntegros estos dominios al señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del reino». Abreviemos los

detalles del empalagoso ceremonial: después de arengar Cisneros al entresacado concurso, que por última vez aplaudió su acento murciano, la Junta se dirigió al Fuerte, entre los inevitables repiques de campanas y salvas de artillería. Todo esto ocurría en la tarde del 24 de mayo.

En lugar de insistir en esta hora de desfallecimiento y extravío, que parecía dejar nuevamente hundido en un pantano el carro de la revolución, admiremos lo inmediato y espontáneo de la reacción popular que, arrancándolo de cuajo, lo arrastró contra todos obstáculos y asechanzas á su marcado y glorioso destino. Hay que decirlo una vez, para no repetirlo más: en la tarde del 24, los conductores del movimiento habían abdicado; es más honroso para su memoria admitir un corto eclipse de su razón que un subterfugio de su conciencia, cual sería un juramento prestado con la segunda intención de quebrantarlo. Sea como fuere, el instinto de los ignorantes no ratificó la capitulación de los sabios. Había llegado el momento crítico de las discordias civiles en que, como dice Tácito (1), los soldados valen más que los jefes; y aquéllos bastaron para reconquistar el terreno perdido. Por eso, todo monumento con inscripciones nominativas que se consagre á los «autores» de la revolución de mayo, tiene que cometer la inmensa injusticia de omitir á sus verdaderos héroes—que son anónimos. Ese rugido popular que, partiendo de los suburbios, repercutió en los barrios centrales y los cuarteles, es el que retumba sordamente en la nota apremiadora y como jadeante que la Junta, á instigación de Saavedra y Castelli arrepentidos, dirigió al Cabildo, «á las 9 y media de la noche», encareciéndole la urgencia de admitir sus renunciaciones (2).

(1) TÁCITO. *Hist.* II, XXIX: *civilibus bellis, plus militibus quam ducibus licere.*

(2) *Acta* del 25: «Esta Junta ha sido informada, por dos de sus vocales, de la agitación en que se halla alguna

Entonces los patriotas se recobraron. En tanto que las oleadas populares batían las murallas de la Fortaleza y las arquerías del Cabildo, alzando clamores de protesta contra el virrey: en el cuartel de Patricios, los jefes y oficiales contenían á duras penas los soldados enardecidos: en los arrabales, los chisperos y manolos se organizaban para el ataque, encabezados por Berutti y French, prestigiosos agitadores de las capas sociales á que ellos mismos pertenecían (1); por fin, los promotores de la revolución se reunían en la casa de Rodríguez Peña para discutir y fijar definitivamente las resoluciones del día siguiente (2). De la borrascosa deliberación que, según dice un testigo, se prolongó hasta cerca del alba, salió trazado en su conjunto y partes principales el programa completo del 25 de Mayo. Una vez acordes los directores del movimiento, que contaban con las fuerzas y las voluntades, no había obstáculo que pudiera estorbar su cabal realización. El virrey no

parte del pueblo por no haberse excluido al Presidente (Virrey) del mando de las armas... [Debe V. E.] proceder á otra elección en sujetos que merezcan la confianza del pueblo... creyendo que será el medio de calmar la agitación y efervescencia que se ha renovado entre las gentes».

(1) Por lo menos Domingo French, que figura en la *Guía* de 1803 como cartero (¡único!) de la administración de correos. Berutti era empleado subalterno en la Contaduría.

(2) Saavedra no asistía á la reunión, pero lo representaban Castelli y el «terrible Chiclana». Tampoco es probable que estuviera Mariano Moreno, con quien el señor Mitre encabeza su lista, confundiéndole quizá con su hermano Manuel; por éste mismo sabemos que Mariano se abstuvo hasta el grado de ignorar su nombramiento de secretario «muchas horas después de la elección». Para este episodio, el señor Mitre ha seguido preferentemente á Guido, cuya *Reseña* contiene errores tan enormes como el de suponer que hubo el 24 otro cabildo abierto, del cual salió nombrada la junta del... 23! Sólo allí se hace también mención del rapto teatral de Belgrano («Juro á la patria...!») no muy avenido con su carácter ni acaso con la situación. Sin embargo, el hecho nada tiene de imposible, supuesto el estado de exaltación que, según el señor Mitre, dominaba aquella noche á hombres habitualmente tan reposados como Belgrano y Vieytes.

tenía el poder ni la intención de oponer resistencia; el partido español no salía á la calle, temblando por sus personas y bienes; el Cabildo estaba á merced de los comandantes de cuerpos, cuya opinión era unánime—como que estaban casi todos presentes en el conciliábulo. Siendo asunto entendido que el partido patriota era ya el árbitro de los acontecimientos y haría el 25 lo que quisiera hacer, la cuestión única que por entonces se planteaba, era la de decidir ¿qué se debía hacer?

Fué seguramente en el examen de esta gran cuestión, que importaba el programa del día siguiente, en el que se emplearon las horas de la noche; y el hecho de que ninguno de los autores de *Memorias ó Reseñas* consigne con claridad esa discusión, induce á dudar de que estos mismos tomaran parte en ella (1). Muchísimos eran los que iban y venían, entre el zaguán de Rodríguez Peña y las casas de los afiliados ó los cuarteles, llevando órdenes, trayendo informes, noticias ó chismes: muy contados fueron sin duda los huéspedes del comedor donde se trataba el asunto importante. Al grupo central de la *Sociedad de los siete* (Rodríguez Peña, Belgrano, Passo, Donado, Alberti, Castelli y Vieytes), que durante el mes de mayo concurrió allí mismo casi diariamente, habíanse agregado, desde luego, muchos jefes: Terrada, Ocampo, Azcuénaga, Martín Rodríguez, Enrique Martínez, Díaz Vélez, Balcarce, etc., además de algunos patriotas de consejo, como Darregueira y Echevarría, ó de acción, como Chi-

(1) Puede también que, por ser muy jóvenes cuando la presenciaron ó muy viejos cuando intentaron repararla, no recordaran sus más importantes incidentes. En general ha sido la plaga de la historia argentina esa multitud de memorias personales, cartas y chismes particulares, debidos á personas orgánicamente inexactas y aceptados por escritores sin crítica, que vacían en sus obras «el baúl de la parda Marcelina Orma». Será el principal trabajo del futuro historiador argentino, rozar el terreno de toda esa maleza.

clana y Larrea (1). El primer punto por fijar era la actitud de los cuerpos el 25. A las doce, sípuse por Leiva que el Cabildo, antes de considerar la renuncia de la Junta, convocaría á los jefes para pedirles que sostuvieran por la fuerza al gobierno establecido (2): los jefes presentes, en su nombre y en el de los ausentes, se comprometieron á exigir la exclusión absoluta de Cisneros y la renovación de la Junta; en cuanto á las tropas, quedarían acuarteladas hasta recibir la orden de marchar. Establecido este primer punto, no quedaba por tratar sino la cuestión de la forma de gobierno. En substancia, esta cuestión había sido resuelta por el cabildo abierto; bastaba, pues, atenerse á ella. Empero, con el fin de evitar toda nueva interpretación dolosa del voto de la mayoría, era indispensable imponer al Ayuntamiento, por medio de una delegación, la fórmula completa é invariable que expresara la voluntad popular. El procedimiento era revolucionario; pero se estaba en plena revolución, y en caso de resistirlo los capitulares, tenía el recurso de otro cabildo abierto, cuya conformidad no era dudosa. En cuanto á la fórmula que debía presentarse, ello se reducía á elegir «aquí mismo» la lista de vocales de la futura Junta gubernativa, que el pueblo aceptaría por aclamación.

En ese momento entró el asunto en su faz práctica, y es presumible que la discusión se acentuara. No creo, sin embargo, que se produ-

(1) Aunque español, Larrea se afilió desde el principio al partido patriota; sus grandes relaciones como armador y su práctica de los negocios le designaban naturalmente para ser el hacendista de la Junta; pero poseía además, una «exquisita sagacidad política», y según el doctor López (*Historia*, III, 307) que tenía el dato de su padre, su voto pesaba mucho en los acuerdos de gobierno. Fué más tarde ardiente unitario, como su hermano Ramón, y Rosas los persiguió hasta hacer quebrar la casa.

(2) Acta capitular del 25. La cita en el Cabildo fué para las nueve y media de la mañana. Cf. la *Reseña* de Guido, sobre la entrevista con Leiva á las doce de la noche del 24.

jeran disidencias fundamentales. Es muy probable, desde luego, que la *Sociedad de los siete*, núcleo de la reunión, sirviera de pauta, no solamente para el número de los vocales de la futura Junta (es sabido que al principio los secretarios no tuvieron voto), sino para la designación de los nombres, recomendados por su notoriedad y los servicios prestados á la causa. Tanto por esta razón, como por su reciente resonancia en el cabildo abierto: después de Saavedra, que se imponía para la presidencia, los nombres de los miembros de la famosa sociedad surgirían inmediatamente. Pero algunos de éstos—entre ellos, sin duda, Donado y Vieytes,—por su edad ó su carácter, hubieron de rehuir las responsabilidades del gobierno; por otra parte, era regla observada en la formación de las numerosas juntas españolas y americanas (inclusa la reciente de Montevideo), dar representación á las principales clases sociales, como en el mismo cabildo abierto se había expresado. Representados en la lista provisional el clero por Alberti, y el derecho—con exceso—por Castelli, Passo y, si se quiere el ambiguo Belgrano, faltaban un militar y un comerciante: ausente ó presente, el honrado Azcuénaga era designado por su calidad de jefe veterano y su posición social; así también Larrea, por las razones dichas. Era político, por fin, agregar á la Junta un representante genuíno del numeroso grupo español, que se había mostrado simpático ó neutral en los sucesos recientes (1): el nombre del catalán Matheu, muy amigo de Terrada, con quien votara en el cabildo abierto, se presentaba naturalmente para substituir á Incháurregui. Por el doble motivo de sobrar abogados en la Junta, y necesitarse de hombres ilustrados y activos en las secretarías,

(1) Los Larrea eran vascos ó catalanes, pero acaso de origen francés. Juan pidió ser cónsul argentino en Francia, y su hermano Ramón fué en 1829 comandante del batallón *Amigos del orden*, compuesto de franceses y que tanto dió que hacer al cónsul Mendeville.

que eran verdaderos ministerios, hubo de ser propuesta á Passo la honrosa transferencia, y el mismo, ó Darregueira, indicaría á Moreno, ya designado por un voto del cabildo abierto (1).

Por cierto que esta reconstrucción conjetural carece en sus detalles de base positiva; puede que otras causas, hoy ignoradas, hayan influido en la elección de los últimos nombres; pero la probabilidad raya en certeza para los primeros. En todo caso, la lista fué evidentemente discutida y acordada por lo que llamaríamos hoy el «comité».—Cuando la aceptación literal de un documento conduce al absurdo, es de buena crítica desestimarle sea quien fuere su autor. Ahora bien: la versión contraria sobre la confección de la lista, sólo fundada en la *Reseña* de Guido (vagos recuerdos de la primera juventud, escritos medio siglo después de los sucesos), tiende á establecer hechos que abiertamente repugnan á la razón; debería, pues, rechazarse, aunque no contuviera los monstruosos errores materiales que tenemos señalados. No es admisible en grado alguno que los organizadores de un movimiento, cuyo objeto único era la creación de una junta gubernativa, discutiesen durante toda una noche de invierno sin entrar á tratar del asunto que los reunía, dejando que una «inspiración de lo alto» iluminase al chispero Beruti! Y menos aún, si cabe, que al día siguiente, en el momento de presentarse ante el Ayuntamiento los delegados que iban (mientras los jefes estaban tomando mate en casa de Azcuénaga) á imponer la voluntad del pueblo, ignorasen completamente en qué dicha voluntad consistía,—hasta que el iluminado Beruti «tomó una pluma y definió la situación» (2). Triste historia

(1) Podrá parecer extraña la no designación de Rodríguez Peña; no conozco bien su biografía íntima. Alguna razón hubo para que no figurase nunca en primer término.

(2) Más insostenible aún es esta corrección propuesta por el señor Mitre á la versión de Guido, y que naturalmente ha sido acogida con avidez porque halaga el

nacional sería la que, para resultar interesante é instructiva, necesitara fundarse en tales patrañas; y no alcanzo á percibir lo que gana el acto más trascendental de la revolución argentina—fuera de lo que pierde la verdad—en aparecer como un palo de ciego!—También hubo de decidirse en la misma junta nocturna aquella expedición «auxiliadora» á las provincias interiores, que introdujo una nota imprevista y amenazadora en la fórmula del Cabildo, y cuya exigencia se formuló, al otro día, en nombre del «pueblo»—aquel niño incapaz, de que habla José de Maistre, eterno ausente de las resoluciones y sólo presente para cumplirlas. Después de dejar así arreglado el programa completo que el 25 había de realizarse sin obstáculos ni variantes, los antiguos «precursores», ahora protagonistas del drama que empezaba, se separaron por pocas horas: al triste alborear de aquel día de invierno, lluvioso y frío, pero que la imaginación del gran poeta anónimo se encargaría de idealizar, junto con sus escasas peripecias, fijando un sol simbólico, más resplandeciente que el real, en el inmutable azul de un cielo de leyenda.

instinto mitológico de la muchedumbre: según él, fué al día siguiente, en el acto mismo de hallarse la delegación popular en presencia del Cabildo (sin saber lo que iba á pedir), cuando, «el fogoso Beruti iluminado por una de esas inspiraciones, etc., tomó una pluma y escribió unos nombres en un papel». Para demostrar que Guido se ha equivocado, el señor Mitre se funda: 1.º en el testimonio de Guido, el cual afirma que Moreno y Belgrano estaban presentes: 2.º en el testimonio de Moreno y Belgrano que se declararon ausentes!—Ello recuerda aquel sofisma famoso en las antiguas escuelas: Demócrito dice que los abderitanos son mentirosos; pero Demócrito es abderitano: luego, Demócrito miente: luego, no es cierto que los abderitanos sean mentirosos, luego, Demócrito no miente: luego etc., hasta la consumación de los siglos. Como cualquier patraña suele arrancar de un fondo de realidad, es posible que Beruti, á fuer de escribiente que era, se encargase la víspera de copiar algunas listas electorales, y acaso también la solicitud cargada de firmas que se presentó al Cabildo y desde la noche anterior circulaba, según la versión de Domínguez que ha de ser la buena: de ahí el cuento de la iluminación.

Desde el amanecer del 25 de mayo, empezaron á tomar su puesto respectivo los actores y público del drama, en aquel vasto escenario de la Plaza de la Victoria (1). La lluvia persistente hacía refluir los grupos populares en las arquerías de la Recova y del Cabildo. Habíase apostado delante de la fonda de la Vereda Ancha (2), á vista de los balcones consistoriales, el coro de los manifestantes, artesanos orilleros en su mayoría y prontos á entrar en escena á una señal de Beruti, French, Dupuy y otros caudillos; muchos de ellos llevaban cintas de color en el sombrero (3). Desde la esquina diagonal, los directores del movimiento, reunidos en la casa de Azcuénaga, observaban la ejecución de las maniobras. A las ocho, el Ayuntamiento se halló reunido en la Sala de acuerdos; y la función comicial (en que, como hemos dicho, todo estaba previsto, hasta las entradas tumultuarias del pueblo) se desarrolló con la precisión de una pieza bien ensayada. El Cabildo comenzó por rehusar la renuncia de la Junta, despachando al Fuerte su resolución. A los pocos minutos, un primer grupo popular invadía la sala. Su orador, «previo el competente permiso», exigió la deposición inmediata del virrey; Leiva sostuvo el ataque y logró neutralizarlo, consiguiendo una tre-

(1) Al emplear esta designación, en su relato de los sucesos de 1810, el doctor López (III, 309) se disculpa por el «anacronismo». No hay tal: así se llamaba la Plaza Mayor desde 1808.

(2) Esta parte del inmueble ha tenido destino análogo hasta nuestros días sin interrupción: hoy mismo subsiste todavía allí un «café-restaurant».

(3) Dice precisamente el testigo anónimo ya citado (*Diario de varios sucesos*): «en dicho día (25) se vió que en lugar de las cintas blancas del primer día (22), se pusieron los de la turba en el sombrero cintas encarnadas». El señor Mitre afirma que «el pueblo enarboló los colores de su cielo, ya popularizados por el uniforme de los Patricios». *Sub judice lis est*. Por lo demás, casi todos los cuerpos de la Defensa estaban uniformados de calzón blanco y casaca azul, con faja, cuello y mangas ó peto encarnados.

gua que iba á ocuparse «en el mejor bien y felicidad de estas provincias». Retirados los asaltantes, la tregua se empleó en discurrir otra escapatória,—y en tales circunstancias, conocida la general pusilanimidad de esos burgueses, tanta pertinacia reviste un aspecto casi heroico. A las nueve y media, se presentaron los jefes de los cuerpos; á la pregunta del síndico Leiva: «si se podría contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido», todos contestaron unánimes con la negativa, á excepción de Orduña, Lecoq y Quintana, que, como españoles, guardaron dignamente el silencio. En esto «las gentes que cubrían los corredores dieron golpes á las puertas de la sala capitular, oyéndose voces de que querían saber de lo que se trataba (1). El popular comandante Rodríguez salió á contener á los más exaltados que, como suele ocurrir en estos casos, empezaban á desempeñar su papel al natural. Terminó la sesión con reiterar los jefes su declaración de que la renuncia de Cisneros era necesaria y urgente. Al fin comprendió el Ayuntamiento que era fuerza cortar por lo sano y pedir al virrey su dimisión lisa y llana, sin protesta de ninguna clase. Pero era tarde ya (siempre lo hubiera sido), y cuando llegó la resignada renuncia, se presentó la verdadera delegación popular encabezada por Beruti, manifestando categóricamente que «no se tenía por bastante que el Excmo. señor Presidente se separase del mando, y que el pueblo reasumía la autoridad que depositó en el Excmo. Cabildo». Y entonces, en medio de las protestas de los capitulares y el «alboroto escandaloso» de los manifestantes, el orador formuló el programa de la revolución, que ya conocemos: «una junta gubernativa compuesta de Saavedra como Presidente

(1) *Acta capitular* del 25 de mayo. A ésta se refieren todas las palabras entre comillas que no llevan otra indicación.

y comandante de armas, de los vocales Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea, y los doctores Passo y Moreno como secretarios: con la precisa cualidad de que, establecida la junta, debería publicarse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para las provincias interiores, costeada con la renta del señor virrey, señores oidores, contadores mayores, etcétera». Y la intimación terminaba con la amenaza de «resultados muy fatales», si no se le hacía inmediato lugar. Con esto y todo, el síndico Leiva, más fértil en recursos que el *Reineke Fuchs* pidió que se presentara por escrito y firmada «por el pueblo» la formidable petición. Fué un entreacto de respiro (un «largo intervalo» dice el *Acta*), después del cual reaparecieron los revolucionarios, trayendo en efecto un pliego «con las mismas ideas que manifestaron de palabra, y firmado por un número considerable de vecinos, religiosos, comandantes y oficiales». Asimismo no se dió por vencido el admirable procurador: expuso que el Cabildo, para asegurar la resolución, debía oír al mismo pueblo congregado en la Plaza. Y entonces fué cuando, al encontrarse Leiva con los *rarinantes* que chapoteaban en el lodo y personificaban al ficticio soberano, se le escapó la fatal pregunta: *¿Dónde está el pueblo?*—más funesta para su prestigio americano que todas sus tretas y resistencias anteriores. Calmados los furiosos clamores que la impertinente chuscada desencadenara, pudo el escribano leer en alta voz, y hacer ratificar por los presentes «la primera constitución del pueblo argentino», la cual no era sino la *Magna Carta* de la víspera, con la mudanza de retener la Junta las atribuciones que antes el Cabildo se reservaba. Incontinenti fueron llamados á prestar juramento los miembros de la Junta, que se hallarían en casa de Azcuénaga, pues «sin haberse separado de la sala capitular los señores del Ca-

bildo» se repitió con el aparato habitual la ya descripta ceremonia (1).

Así se realizó, sin una gota de sangre derramada, sin excesos ni violencias personales, el primer acto de la revolución argentina. Si ello fué posible porque los patriotas disponían de la fuerza armada, no es menos justo reconocer que se abstuvieron de ostentarla en los comicios, procurando, y consiguiendo, que la iniciativa popular conservase ante la historia la actitud ennobecedora de un movimiento de opinión. Los batallones quedaron en los cuarteles; y sus jefes sólo acudieron al llamamiento de la autoridad, para significarle que las tropas no coartarían la reivindicación de los derechos cívicos, por el mismo Cabildo reconocidos y en seguida vulnerados. Nadie que no abdique su puesto en la región superior de las ideas, puede desconocer el sello de grandeza moral que esta moderación imprime en quienes la observaron, y que todos los errores subsiguientes no lograrían borrar. Y si se recuerda que el pacífico iniciador de la más tarde sangrienta cruzada, era el único pueblo hispanoamericano que se hubiese señalado al mundo por recientes victorias europeas, no se sabe qué admirar más, si la inconsecuencia ó la injusticia de esta sentencia lapidaria, que sólo el extravío pudo dictar: «Los oídos de Buenos Aires están vírgenes de esa música de la muerte que conduce á la gloria. Sólo ha oído las balas de la guerra civil: en la revolución del 25 de mayo de 1810 contra el virrey, en que tomó parte el virrey mismo (?), no se quemó un grano de pólvora, sino la de las salvas» (2).

(1) Manuel Moreno nos cuenta que «muchas horas después de la elección», su hermano la ignoraba y que de sorprendió la noticia»; lo propio apunta Belgrano, y sin duda sufrieron el mismo género de sorpresa los otros siete, que se encontraron todos *à point nommé* para colocarse bajo el dosel. ;Debilidades humanas de ayer, hoy y mañana!

(2) ALBERDI, *Escritos póstumos*, V, 37.

Al engrandecer, pues, el levantamiento de Mayo, no yerra el sentimiento popular; sólo que, obedeciendo al antropomorfismo invencible que ha creado las mitologías y las épicas leyendas, personifica en algunos hombres vacilantes y falibles, apoderados inconscientes del destino, las energías y virtudes del alma nacional. Empero, si fué la obscura razón colectiva, lógica como las fuerzas naturales, la que marcó la hora y el carácter de la revolución, fueron hombres los que luego la recibieron y aplicaron; y, aunque de las mismas contiendas políticas surgiera el predominio de los más dignos, como por diferente concepto lo eran sin duda Moreno, Pueyrredón, San Martín y Rivadavia, tenían fatalmente que dejar estampado en su obra imperfecta el estigma de las pasiones y los errores humanos. De estos errores, cometidos ó sufridos por dos generaciones, apenas si me toca mencionar de paso los que desde el origen descaminaron la empresa hasta comprometer su existencia. Señalémoslos, no obstante, con indulgencia,—y sin perder de vista las corrientes históricas y sociales á que hubieron de resistir para hacerse libres, aquellos criollos, que habían nacido y criádose vasallos españoles: súbditos de una monarquía absoluta que era un edificio de preocupaciones jerárquicas: secuaces de un catolicismo estrechado por la ignorancia y la superstición; y por fin, totalmente extraños los más de ellos, no sólo á la práctica de las instituciones que anhelaban fundar, sino de las disciplinas intelectuales que vigorizan y emancipan la mente.

La intolerancia es en todos nosotros una actitud natural, que sólo por la educación de la vida se corrige ó atenúa: y es, además, achaque muy humano que, al verse libres, los oprimidos se tornen opresores. ¡Son amos duros, dice el poeta griego, los avezados á servir! Por eso, la intolerancia política, con ser en los revolucionarios una herencia de la raza y de la historia, asumió en el acto el carácter de un fanatismo casi religioso que no admitía disidencias, y que, á no mediar cierta generosi-

dad innata y blandura de fibra del alma argentina, hubiera revestido las formas atroces del patriotismo español. Al día siguiente de la incruenta victoria, comenzó á despuntar y tomar forma una suerte de derecho divino de la Revolución, tanto más absoluto é indiscutible en la mente de sus apóstoles, cuanto menos defendible ante el derecho positivo. Desde el 25 de mayo, el ser español fué tenido en estas provincias por un defecto sospechoso, y el ser realista, por un delito: lo propio que ocurrió en la Reconquista con los moros de España, que al ser vencidos se hicieron objeto de escarnio y vilipendio. Fuera de la novísima iglesia revolucionaria, no hubo ya salud ni perdón: en nombre de la pasión excluyente que, al punto de estallar, se propagó rápidamente, como un incendio de verano en la pampa, fueron muchos perseguidos y algunos sacrificados—éstos, felizmente, en corto número en este virreinato—y ello, no á manos de malvados, sino de patriotas rígidos y puros que entendían cumplir un doloroso deber. Y tan indeleblemente impregnó este pueblo el venenoso sofisma, que después de un siglo de experiencia histórica, enseñanza en mucha parte perdida, esta es la hora en que se escribe y se enseña á las nuevas generaciones, por escritores argentinos, que no son los sectarios impulsivos los que necesitan disculpa, sino los «ajusticiados» los que esperan su rehabilitación!—Por cierto que contribuyeron no poco á difundir tan deplorable doctrina el ejemplo y la prédica de Moreno: suerte de Casio enfermizo y genial (1), cuya inflamada elocuencia no era, al modo del rojo penacho que ondula sobre la chimenea del horno, sino el indicio y reflejo de la combustión interior. Pero éste no la creó; brotó directamente de las entrañas populares á raíz del cabildo

(1) SHAKESPEARE *Julius Caesar*, I, II: *Yond Cassius has a lean and hungry look; he thinks too much...*

abierto, y denuncian su presencia ciertas precauciones de la llamada «constitución» del 24, inspiradas por el prudente Leiva. Un anglo-sajón no comprendería que fuese necesario «amnistiarse» á un grupo de vecinos por las opiniones libremente vertidas en un congreso (1). No sólo este Ayuntamiento juzgaba indispensable proteger á la minoría, sino que, más avisado, pudiera prever que su protección resultaría ineficaz contra los arrebatos revolucionarios. Con amnistía y todo, los oidores y funcionarios mal pensantes fueron perseguidos, despojados y, antes de cumplirse un mes, desterrados con el virrey: y prueban los documentos que entre los capítulos del proceso, figuraban sus opiniones vertidas en el cabildo del 22 (2). Por lo demás, es harto conocido el sistema inquisitorial que la Junta estableció en Buenos Aires, levantando un censo político en que los vecinos eran clasificados por sus opiniones, im-

(1) *Acta capitular* del 24: «Lo sexto, que los referidos señores (de la Junta), inmediatamente después de recibidos de sus empleos, publiquen una general amnistía en todos los sucesos ocurridos el día 22, en orden á opiniones sobre la estabilidad del gobierno; y para mayor seguridad este Cabildo toma desde ahora bajo su protección á todos los vocales que han concurrido al Congreso general, ofreciendo que contra ninguno de ellos se procederá directa ni indirectamente por sus opiniones, cualesquiera que hayan sido». Ya sea por omisión, ó resistencia de la Junta, esta cláusula no figura en la «constitución» del 25, que reproduce todas las otras.

(2) *Gaceta* extraordinaria del 23. El virrey y los oidores fueron deportados el 22 á la noche; días antes al fiscal Caspe había recibido «una formidable paliza» por haberse presentado en un acto oficial «escarbándose los dientes con un palito». Cisneros escribió luego: «do echaron por tierra á sablazos y lo hubieron de matar», y otros (entre ellos Liniers) refirieron el «asesinato de Caspe»; así escriben la historia los partidos! Los manifiestos de la Junta son tan parciales como el *Informe* de Cisneros y necesitan la misma crítica. De éste, por ejemplo, es inadmisibles que Cisneros «estuyese escribiendo dicho parte», como dice su mujer, á las siete y media de la noche del 22, cuando le llamaron del Fuerte, siendo tanto el apuro que no tuvo tiempo para firmar el *Informe*, ya concluido y fechado.

niendo á los esclavos la denuncia de sus amos, «castigando con rigor al que de obra ó de palabra pretenda sembrar divisiones ó descontentos», y dictando, por fin, una «ley de sospechosos» imitada de la francesa que caracterizó al Terror de 1793, y que Rosas no necesitó inventar ni copiar de modelos extraños. ¡Tan cierto es que todos los fanatismos son hermanos, y que la intolerancia de Robespierre sólo difiere de la de Torquemada por la materia y el punto de aplicación!

Fué, á mi ver, otro pecado original del gobierno revolucionario, el falso concepto de la situación que le indujo á disfrazar bajo la «máscara de Fernando» sus propósitos de radical independencia. Bien sé que la política se rige por otros principios que los de la moral absoluta—y acaso, muy á menudo, por una moral *sui generis* que carece de principios. Empero, y aun concediendo el deplorable postulado, fuera fácil demostrar que de la actitud ambigua no podía resultar, como no resultó, ventaja alguna para la causa patriótica, y sí funestas consecuencias. Y no se nos objete que es harto cómodo profetizar después de los sucesos. Pasadas las primeras semanas, y cuando repercutieron aquí las impresiones exteriores del levantamiento de Buenos Aires, no pudo escapárseles á Moreno y sus colegas que sus fórmulas de engaño no engañaban á nadie. Así en Europa como en América, la creación simultánea de las Juntas de Buenos Aires y Caracas significó para todos la emancipación de estas colonias, á quienes desde luego la Regencia de Cádiz trató como rebeldes (1). Concretándonos á lo nuestro, huel-

(1) Por otra parte, la *Gaceta de Madrid*, órgano oficial del rey José, celebraba la sublevación. En su número de 8 de octubre de 1810, publicó una carta de Buenos Aires, con fecha del 1.º de junio, confirmando otra llevada por el bergantín inglés *Pitt* que, según vemos en el *Correo de Comercio*, zarpó el 28 de mayo. El autor es un comerciante inglés, admirablemente informado; después de reseñar los acontecimientos recientes, dice: «Los cabezas de

ga recordar cómo los mandatarios de Montevideo, el Paraguay y el Perú acogieron las protestas de «conservar estos dominios á nuestro amado Fernando»: con más ó menos eficacia, pero con igual resolución, declararon la guerra á los singulares doctrinarios que juraban ser más realistas que el rey, y lo demostraban, proscribiendo—ó fusilando—á sus legítimos representantes. Lo propio ocurrió al punto, como luego veremos, en las más importantes de las provincias interiores. Todo el *Informe* de Cisneros, del 22 de junio, no es sino el desarrollo de esta proposición fundamental: «el objeto [de tan escandaloso atentado] es la absoluta independencia de estas Américas»; y es muy sabido que un concepto idéntico inspiró la entonces célebre *Proclama* de Casa Irujo, que Moreno refutó en la *Gaceta*. ¡Tal éxito alcanzaron los, según ella, maquiavélicos disimulos de la Junta! Sería, pues, tiempo perdido el que empleáramos en discutir largamente las razones de una actitud equívoca que á nadie persuadieron y, por tanto, no pesaron para nada en el resultado. A despecho de sus juramentos de fidelidad, la Regencia asumió contra Buenos Aires la misma actitud hostil que contra Caracas; y si no se logró aquí una efímera reconquista, fué por falta de elementos, no de intenciones.—Tampoco resistía al más ligero examen el pretexto de contenerse así las sublevaciones interiores, teniéndose á la

la revolución mantienen una correspondencia seguida con las provincias del Perú y esperamos que no tardarán en declararse independientes»; y luego agrega: «Si los deseos de los españoles se hubieran cumplido, ya nos hubieran echado de aquí, porque siempre han deseado que se diesen leyes severas contra los extranjeros. El último virrey se propuso publicarlas, á pesar de la libertad que se había concedido al comercio, pero la Junta nos ha hecho saber que podemos seguir aquí con entera libertad... D. Juan Josef Castelli, doctor en derecho, hombre de gran mérito, es uno de los principales autores de esta importante revolución y ocupa el segundo lugar en la Junta».

vista las tentativas de Córdoba y otras provincias: no se contuvieron los españoles por las palabras de la Junta, en las cuales no creían, sino por sus actos enérgicos que desmentían sus palabras. Por fin, en la hipótesis, por todos admitida, de afianzarse el trono de José,—lo que desde luego ahuyentaba el fantasma de Cádiz,—era á todas luces evidente que el nuevo gobierno español tendría mejores derechos para imponer la sumisión á unas provincias que se declaraban ellas mismas «parte integrante de la monarquía», que á un Estado independiente. Con mayor lógica y fundamento que Venezuela, pues, pudo y debió Buenos Aires proclamar francamente su independencia, al día siguiente de la revolución y en nombre de las provincias del antiguo virreinato, no escapándosele á nadie que la expedición *auxiliadora*, como muy bien afirma el señor Mitre, llevaba sus argumentos «en la punta de sus bayonetas».

Si la falsa posición por la Junta asumida sólo contenía ventajas ilusorias, sus inconvenientes positivos no se hicieron esperar. En 6 de junio esta Audiencia comunicaba al gobierno, «por si acaso no hubiera llegado á sus manos», el decreto del Consejo de Regencia que disponía la elección de diputados á Cortes, é importaba la obligación previa de prestar juramento y obediencia á dicho Consejo, como representante de Fernando VII. Cogida en sus propias redes, la Junta tuvo que apelar al sofisma para establecer distinciones entre los deberes actuales de estas colonias respecto de la Regencia, y su anterior reconocimiento inmediato de la Central. Promoviése un expediente al parecer interminable, pero que la Junta terminó, á falta de buenas razones, con el destierro de los adversarios. Así fué conducida al primer acto de violencia que, hábilmente explotado por los reaccionarios de Córdoba y otras provincias, tenía que definir netamente las respectivas posiciones y precipitar los desenlaces trágicos. Vere-

mos luego cómo este primer conflicto, no el mismo movimiento de Mayo, fué lo que determinó la actitud decidida y la resolución extrema de Liniers. No es dudoso, para concluir con estas consideraciones, que la engañosa bandera enarbolada por la Junta, muy lejos de allegar recursos á la revolución, atrájole sus primeras dificultades, entibiando el ardor de los partidarios y sembrando la desconfianza entre los indecisos, sin desarmar una sola resistencia. La patriótica propaganda de Moreno quedó al pronto desvirtuada por el imprudente compromiso; y hasta en sus últimas páginas, al esbozar la futura constitución de su pueblo libre, vésele detenerse y reprimir el vuelo del atrevido pensamiento para colgarle el grillete de un fantástico vasallaje (1). En tanto que la intolerancia del autoritario tribuno alzaba ante su propio paso los obstáculos en que había de estrellarse, aquella impostura inicial esterilizaba en parte su acción política, en otros campos tan fecunda. Y si al cabo y contra todo antagonismo se realizó la independencia, y es justísimo que la posteridad coloque en el Panteón argentino al glorioso patricio, cuyos éxitos y merecimientos cubrieron con exceso sus errores, no podría la historia dejar de señalarlos sin abdicar su más alta misión, que es la de extraer de lo pasado lecciones aplicables á lo porvenir. Resultaron harto prolíficas las simientes de falacia é intolerancia por el gran hombre depositadas en el surco revolucionario; pero fué más tarde la peor de las calamidades morales, el que pudieran los más cínicos mandones autorizarse, con razón aparente, en los

(1) *Miras del Congreso. Gaceta* del 13 de noviembre: «Más adelante explicaré cómo puede realizarse esta constitución, sin comprometer nuestro vasallaje al señor don Fernando». Casi no hay página de esos admirables artículos sin alguno de estos correctivos pegadizos que debilitan y deforman el pensamiento.

ejemplos de Moreno, para violar sus juramentos y perseguir de muerte á sus opositores (1).

(1) Monteagudo, que fué sin duda el discípulo más vigoroso y personal de Moreno, no dejó de señalar los extravíos de su maestro, á quien con toda justicia atribuía lo bueno y lo malo de la primera Junta. Entre muchos otros pasajes significativos, puede citarse respecto de la intolerancia, el que principia así, en las *Observaciones didácticas* (*Gaceta*, 13 de mayo de 1812—mal datado en la colección de Pelliza): «Se instaló el 25 de mayo la primera Junta de gobierno; ella pudo haber sido más feliz en sus designios, si la madurez hubiese equilibrado el ardor de uno de sus principales corifeos, y si en vez de un plan de conquista se hubiese adoptado un sistema político de conciliación con las provincias». Y el párrafo siguiente: «Tampoco es dudable que la tendencia del primer gobierno provisional era el despotismo, etc.». Y luego: «Sigamos con la máscara de Fernando VII, dicen algunos; las circunstancias no permiten otra cosa. ¡Oh circunstancias, cuándo dejaréis de ser el pretexto de tantos males!...»

CAPITULO CUARTO

LA CATÁSTROFE

El 30 de mayo, comenzaron á circular en Córdoba rumores de las novedades ocurridas en Buenos Aires, los días 21 y 22 (1). Sólo se sabía que

(1) Para el estudio del conflicto de Córdoba, los documentos del Archivo general (publicados é inéditos) ocupan el primer puesto. Las historias de Mitre y Domínguez lo tratan muy á bulto; la de López es un tejido de errores y afirmaciones gratuitas: sólo rectificaré, de pasada, los más visibles. La *Crónica de Córdoba*, por I. Garzón, trae interesantes pormenores locales, pero muy pocos relativos á la crisis de julio y agosto de 1810. Fuera de su intolerable parcialidad, la versión del capellán Jiménez (publicada en Torrente) resulta á la par incompleta y errónea. Considero de importancia capital la relación anónima que en el tomo de los *Anales* se publicó bajo el número 47, y que debo á la amabilidad de la familia de Liniers. El manuscrito que posee ahora la Biblioteca es una copia moderna, hecha con gran cuidado sobre el original, por el mismo conde de Liniers, según su propia afirmación. Algunas trocatintas de lengua y ortografía no deben, pues, tenerse por indicios respecto del autor, viniendo evidentemente del copista. La más ligera crítica comprueba que no pudo cometer galicismo tan grosero como el de *incroyable* (por *increíble*) quien usa de corrido un estilo genuinamente español, si bien con las incorrecciones de gramática y ortografía que eran entonces frecuentes. Toda tentativa de atribución precisa sería hipotética; se puede, sin embargo, encerrar en un círculo bastante estrecho la conjetura. De la lectura del documento se infiere (como lo advierto en las notas correspondientes): 1.º que el autor era español y sacerdote; 2.º que no asistió á las ejecuciones, si bien puede haber sido actor en los primeros episodios de la fuga; 3.º que, además de conocer el medio cordobés, allegó los datos más seguros y circunstanciados de los sucesos (probablemente

la deposición del virrey había sido votada en el cabildo abierto; pero las versiones de los sucesos resultaban incompletas y contradictorias, como transmitidas de posta en posta por viajeros, habiéndose suspendido de orden superior toda salida de correo. Realizóse aquella misma noche una primera junta en la casa particular del gobernador Gutiérrez de la Concha, á la que asistieron Liniers, el obispo Orellana, el coronel Allende, los oidores Moscoso y Zamalloa, los alcaldes Piedra y Ortiz, el asesor Rodríguez, el deán Funes y el tesorero Moreno.

Algunos de los presentes formaban parte de la tertulia diaria del gobernador; pero otros, como Funes y los alcaldes, habían sido invitados á causa de las circunstancias; en cuanto á Liniers, se hallaba en la ciudad, como dijimos, por su negocio de Alta Gracia con dicho doctor don Victorino Rodríguez, su futuro compañero de infortunio. La conferencia se redujo á comentar los

de los actores sobrevivientes Luis Liniers, Alzogaray, García, etc.) en vista de la publicación—aunque no creo que ésta se realizara. Si el autor no es el mismo capellán D. Gregorio T. Llanos, ha recibido, seguramente, las confidencias de éste. Por consiguiente, á pesar de todas las afirmaciones en contrario (sugeridas por la lectura de Torrente) debe rechazarse la atribución al padre Jiménez. Este asistió á la ejecución, confesando á tres de las víctimas; además, su versión, no sólo difiere de la anónima, sino que en varios puntos la contradice. A pesar de cierta exageración en lo referente á la actitud de los patriotas, la novedad y exactitud del relato anónimo lo colocan, como dije, en el primer puesto después de los documentos oficiales.—Para la pintura del trágico episodio, nos vemos condenados á emplear testimonios espurios, llenos de detalles apócrifos ó visiblemente deformados por la pasión partidaria; creo, sin embargo, que el presente merece en su mayor parte ser exceptuado. Sin aceptar la versión en su espíritu y tendencia, la tengo por generalmente fidedigna en lo material. En todo caso, considero que deben publicarse hasta las más absurdas de uno y otro bando, aunque sólo fuese para mostrar á qué grado de aberración puede conducir el fanatismo patriótico y sectario.—En las referencias, designaré por «el Anónimo» al autor de este relato.

acontecimientos y preparar los ánimos en previsión de otros inminentes.

El correo general del 4 de junio trajo impresos y oficios relativos á la instalación del nuevo gobierno: pliegos del Cabildo de Buenos Aires, de la Junta y de la Audiencia, además de muchas cartas particulares; por fin, la circular de conciliación arrancada á Cisneros. Volvieron las citadas personas á reunirse de noche en la misma casa del gobernador, quien expresó sin ambages su propósito de desconocer á la Junta, contando con el apoyo del Ayuntamiento y el vecindario. Todos los presentes asintieron por lo pronto al parecer de Concha, con excepción de Funes que aconsejó se aceptasen los hechos consumados, ó, por lo menos, se resolviese en cabildo abierto tan grave asunto. Combatida esta opinión, y al parecer con gran vehemencia por Liniers, el Deán se retiró de la junta reaccionaria, adhiriéndose desde entonces pública y activamente á la revolución (1). Esta actitud del doctor Funes, agravada sin duda por otras manifestaciones posteriores, es la que ha servido de base para que algunos escritores nacionales y extranjeros le aplicaran el dictorio de traidor. Estudiados los hechos que motivan la acusación, la reputo infundada por excesiva, si bien considero muy difícil apartar del todo el cargo de delación é infidencia. Funes no fué propiamente un traidor, por cuanto manifestó su disconformidad con los proyectos de Liniers y Concha, y se retiró de los conciliábulos; pero el solo hecho de haber concurrido á ellos le imponía guardar silencio sobre su objeto y personas presentes. Ahora bien: no sólo esparció por Córdoba el secreto jurado, sino que remitió á la Junta de Buenos Aires, en 20 de junio, su insidioso *Dictamen*, que

(1) Dice el Anónimo que el dictamen de Funes se produjo en la junta del 4; pero creo que en este caso debe tenerse por decisivo el testimonio de Funes, publicado á raíz de los sucesos. Hubo sin duda varias conferencias: de ahí la confusión.

importaba una delación,—tanto más vituperable cuanto que fué conocido en la capital estando aún sin marcharse la expedición, y hasta se publicó en la *Gaceta* (7 de agosto) antes de haberse insistido en la sentencia irreparable.

¿Cómo caracterizar sin injusticia tal extravío, en un hombre cuyo nivel moral no era seguramente inferior al de la generalidad?—El doctor don Gregorio Funes, que á la sazón contaba sesenta años, era un sacerdote intruído y liberal, no destituido de talento literario ni de moralidad: sólo que su talento ciceroniano consistía en diluir ideas cortas en frases largas, y su moralidad fluctuaba á merced de sus pasiones. Entre éstas, eran dominantes la vanidad y la ambición. Después de bachillerarse en Alcalá, volvió á su patria, allá por 1780, provisto de una canongía, y desde entonces compartió su vida entre borrajear y pretender. Sus escritos todos (antes del *Ensayo Histórico*) pertenecen al género amorfo de las oraciones fúnebres ó congratulatorias, informes doctrinales, polémicas de claustro y batallas de sacristía; sus pretensiones giraban, naturalmente, en el círculo de las prebendas y dignidades eclesiásticas. Su correspondencia privada, que tengo á la vista, arroja luz curiosa sobre esa existencia de canónigo vanidoso é intrigante, que se agita sin tregua en torno de su campanario colonial, al modo de un cetáceo dejado por la marea en un charco de escaso fondo, donde se revuelve incansable en espera de otra gran creciente libertadora. Mantenía á dos agentes en Madrid, ocupados en comprarle libros, música, baratijas,—sobre todo en mover ante los consejos peninsulares sus instancias y candidaturas. Conseguido el deanato, constituyóse en pretendiente perpetuo á todos los obispados vacantes de América y hasta de Filipinas. Fué el Tántalo de la mitra, gastando en untos y propinas la renta del obispado que no logró jamás. Después de cien decepciones, que no eran tales para sus agentes, éstos hicieron espejear ante el deslumbrado Deán ¡nada menos que

la sede de Córdoba (1)! Fueron meses de febril correspondencia: el licenciado Flores, su condiscípulo de Alcalá, tenía asegurados varios votos en la consulta. Y tan seguros los tenía el amigo Flores, que en abril de 1805 salió con la chuscada de haberse nombrado—; pero fuera de consulta!—al premostratense Orellana, catedrático en Valladolid,—y sobre todo hermano de un togado muy arrimado al candelero. No insistamos en la caridad evangélica que los dos compadres gastaron con el favorecido catedrático, sin que bastaran para desagaviar al cordobés los dos años de gobierno en sede vacante que Orellana le dejó, antes de resolverse á lo que él tenía por «sacrificio», cual si algún presentimiento le anunciara el negro porvenir. Sea como fuere, hay indicios claros de que, hasta 1810, Funes quedó resentido contra Orellana, é impaciente por verle salir—ó caer.

Otras rencillas locales habían cavado hondas divisiones entre los Funes y el grupo gubernista. A consecuencia de rivalidades concejiles, Ambrosio Funes había vivido casi desterrado en Buenos Aires por las persecuciones reales ó imaginarias de Concha, el asesor Rodríguez, Allende y otros cabecillas del bando adverso. Volvió á fines de 1809, merced á la protección de Cisneros; pero dispuesto, nos dice la crónica local, «á lanzarse contra una autoridad que le era antipática de mucho tiempo atrás» (2). En suma, los dos hermanos Funes, con encabezar el partido de oposición colonial, tenían medio andado el camino revolucionario; las instancias y promesas de la Junta hiciéronles andar el resto (3). Sabido es cómo

(1) Vacante por fallecimiento del obispo Moscoso.

(2) IGNACIO GARZÓN, *Crónica de Córdoba*, I, 117.

(3) Consta por la correspondencia de Funes que Mariano Moreno había sido su abogado en 1807. De esto nacieron sus relaciones cordiales que, por supuesto, pesaron luego tan poco en la actitud del Deán como diputado, como su vieja amistad con Liniers en su conducta respecto de su protector. Funes practicó siempre la «independencia del corazón».

su celo fué prontamente recompensado; pero probablemente cifraron su más inmediata recompensa en la caída de sus adversarios,—sin que esto importe decir que previeran ni desearan el sangriento desenlace. Así es como se puede explicar, sin debilidad ni acrimonia, la conducta del célebre Deán. Para la inmensa mayoría de los hombres, las conveniencias personales se antepone á los intereses de gremio ó vecindad, y éstos, á su vez, á los de la república,—á pesar de ser máxima corriente que *debieran* seguir una progresión contraria. Entre los dos polos morales, habitados por los santos y los monstruos, la muchedumbre intermedia sólo obedece al egoísmo; su conducta forma una serie de actos neutros, ni meritorios ni perversos, como que casi nadie hace el bien ni comete el mal gratuitamente, sino á impulso de la vanidad ó el interés.

El 7 de junio, llegaron de la capital varias cartas particulares de vencedores y vencidos para los reaccionarios de Córdoba. Saavedra, Belgrano y otros escribían á Liniers, pintando á su modo la situación é invocando en sus misivas el nombre de Fernando VII, cuyos derechos juraban á todo trance defender. Otra cuerda más íntima hacía vibrar el desconsolado Sarratea, temeroso ya de las consecuencias funestas que los ímpetus de su yerno podían acarrear á su familia. Sin decidir cuál fuese el peso respectivo de unas y otras instancias en la resolución de Liniers, no es dudoso que en dicha fecha tenía determinado abstenerse de toda participación directa en los proyectos del brigadier Concha,—y acaso éste mismo vacilara en presencia de las protestas conciliadoras de la Junta. Prueba de lo primero es la carta de Liniers al doctor Echevarría (1), anunciándole ter-

(1) Documento número 29. «El sábado me voy con toda mi familia á Alta Gracia, á cavar mi tierra, sembrar y plantar árboles». La concisión de esta carta parece relacionarse con la adhesión de Echevarría al nuevo gobierno.

minantemente su salida al campo para el sábado siguiente (9 de junio); y no tenemos fundamento para pensar que este viaje no se realizara. Por otra parte, es indiscutible que la actitud de Concha y del Cabildo, cuyas sesiones de junio siguió aquél presidiendo, robustece mi conjetura. En la sesión del 8, tomáronse en consideración los oficios pasados por el Cabildo de Buenos Aires y por la Junta Gubernativa, resolviéndose contestar al primero que este pueblo estaba pronto á designar un diputado al congreso de las Provincias, y á la segunda que no «debe dudar por un momento que este Cabildo siempre ha reconocido las autoridades legalmente constituidas» (1). Sin dejar de manifestar su recelo por la expedición armada que la circular del 27 de mayo anunciaba, las autoridades de Córdoba no habían, pues, asumido aún una actitud irrevocable; y pudo Liniers conciliar las súplicas de los suyos con el pedido de Saavedra que «le exigía únicamente se retirase á su casa de campo».

Esta calma aparente no era sino el breve y angustioso silencio que precede el estallar de la tormenta. El correo del 14 de junio trajo un oficio de la Audiencia, avisando la constitución del Consejo de Regencia, á los efectos de su reconocimiento y jura por las provincias del virreinato; el mismo día llegó de Buenos Aires el doctor don Mariano Irigoyen, cuñado del gobernador y enviado confidencial de la Junta para gestionar un acomodamiento (2). Las mismas circunstancias se

(1) *Actas del Cabildo de Córdoba*, publicadas en *Archivo general de la R. A.*, I, 134 y sig. El manuscrito existente en el Archivo de Buenos Aires es evidentemente la copia solicitada, en agosto de 1810, por el comandante Ortiz de Ocampo «para calificar la culpabilidad de los vocales». Era natural que el Cabildo, al cumplir la orden, se esforzase en atenuar las responsabilidades, omitiendo ó alterando quizá ciertos pasajes de las actas. No he podido hasta ahora cotejar los dos textos, pero espero hacerlo al propear una segunda edición.

(2) El doctor Mariano Irigoyen era decidido patriota; en el cabildo abierto del 22, había votado con Martín Rodríguez.

encargaban aquí de formular el dilema en una forma aún más perentoria y aguda que la que en otras partes asumía. En el Río de la Plata, especialmente, muchos eran los jefes españoles que habían cedido al atractivo del medio social y al encanto de la mujer americana, emparentándose con las familias principales. Estos vínculos de la sangre eran los que unían estrechamente á los adversarios; y para todos los que obedecieran al austero dictado del deber, la cuchilla de acero, que sólo aparecía separando bandos políticos, desgarraba en realidad la carne viva, mutilando los corazones y dispersando los hogares.

Por no haber querido sentir, ó haber acallado, ese estremecimiento de las entrañas, es por lo que nuestros historiadores han desconocido la trágica grandeza de la protesta realista, y negándose á cobijar bajo el mismo dosel de gloria á los apóstoles armados de dos creencias enemigas, pero igualmente sagradas y venerables en sus confesores.— Se pronunciará algún día la sentencia reparadora sin mezquinas reservas; se ensanchará á la medida de un gran pueblo la noción de justicia, para confundir en un mismo culto admirativo, no digamos á los verdugos con las víctimas, sino á los soldados de una y otra causa que cayeron en buena lid al pie de su bandera. Entonces reconoceremos á nuestros «vandeanos», y miraremos alzarse en una plaza de la ciudad reconquistada, la estatua de Liniers junto á la de Belgrano, como se han alzado en otra parte, á impulso de un solo patriotismo, las de Hoche y La Rochejacquelein...

La misión de Irigoyen iba particularmente dirigida al gobernador Concha, y también al asesor Rodríguez que gozaba de gran prestigio social y universitario. Fueron vanos los llamamientos del parentesco y de la amistad: Concha declaró que la instalación de la Regencia de Cádiz le dictaba su deber de mandatario y soldado; y el día 15 remitió al Cabildo, para su consideración, los oficios de la Audiencia. Además de la minoría opositora, no faltaban en el Ayuntamiento

to ánimos prudentes que aconsejaban la abstención, si no la sumisión á la Junta: pero aquellos mismos, puestos entre las amenazas lejanas de Buenos Aires y las más próximas del poder local, cedieron á las últimas, con la misma lógica conservadora con que, al acercarse Ortiz de Ocampo, habían de convertirse en una mayoría revolucionaria. El 20 de junio, el Ayuntamiento, presidido por el gobernador, resolvió que se reconociese y jurase la Regencia «en el modo más solemne y á la mayor brevedad» (1). Por aquellos mismos días, Liniers había recibido comunicaciones secretas de Cisneros, traídas por «un sujeto de su confianza» (que sería sin duda alguna el joven Lavín), y en las cuales el virrey le confería plenos poderes para organizar la resistencia en todo el virreinato, obrando de acuerdo con las autoridades del Perú (2). Hubo de volver inmediatamente de Alta Gracia, pues desde fines de junio le vemos tomar la dirección de los preparativos; y si pudiera vacilar aún su actitud, debieron de decidirla las violencias ejercidas por la Junta Gubernativa contra el virrey y la Audiencia de Buenos

(1) No consta por las actas capitulares que se haya realizado la jura. Pero, por las razones apuntadas, esta publicación es muy deficiente: no es admisible v. gr. que en aquellas circunstancias críticas, el Cabildo estuviese sin reunirse desde el 20 de junio hasta el 7 de julio. El mismo señor Garzón nota la falta de varias actas. El Anónimo da sobre la jura detalles que inducen á creer en su realización.

(2) En el relato del Anónimo se dice que Liniers recibió «en el mismo correo del 7» las comunicaciones de Cisneros «por conducto de un sujeto de su confianza y de la del virrey»: hay evidentemente contradicción en los términos. Además, del mismo texto se deduce que estas comunicaciones no fueron leídas en la reunión del día 7, sino en otra posterior á que no asistió Funes. Estas cartas reservadas serían las traídas á caballo por el joven Melchor Lavín, con toda la celeridad que la urgencia del caso exigía y se hizo proverbial en Córdoba, sin asumir las proporciones fantásticas que el capellán Jiménez (versión de Torrente) ha propalado. Consta por el relato del Anónimo que Lavín quedó al lado de Liniers como ayudante.

Aires (1). La suerte estaba echada; y cuando, á principios de julio, su apoderado Letamendi llegó á Córdoba para unir sus propias súplicas á las de la familia, los esfuerzos del amigo y las últimas prevenciones de la Junta se estrellaron en lo irrevocable (2).

La defensa de la causa española en el virreinato ofreciase á Liniers bajo dos aspectos distintos: el general, que consistía en alzar contra la revolución las fuerzas movilizadas de todas las provincias, desde Montevideo y el Paraguay hasta el Alto Perú; el particular, que por lo pronto se limitaba á esperar en Córdoba la llegada de la división de Buenos Aires, y batirla en un punto favorable, á inmediaciones de la ciudad. De los varios documentos y datos dispersos que he podido consultar, se desprende que el primer plan fué el de Liniers: á él obedecen sus numerosos oficios al virrey Abascal, á Goyeneche, Nieto y demás autoridades del norte, instándoles á que reconcentraran sus milicias hasta formar un ejército de observación en el Alto Perú; en tanto que despachaba, el 30 de junio, á su hijo Luis con instrucciones análogas para los jefes de Montevideo. Su intención, según el documento anónimo, era salir de Córdoba con algún cuerpo respetable,

(1) Háse atribuído la resolución de Liniers á este destierro de Cisneros, que le devolvía de hecho y derecho el mando superior del virreinato. Todas las presunciones y los antecedentes expuestos son contrarios á esta conjetura: pudo Liniers considerarse más obligado ahora á defender una causa que había perdido su jefe legítimo; pero seguramente no se movió á impulsos de la ambición, quien acababa de expresar tan espontánea y enérgicamente su repugnancia y desprecio por el mando.

(2) Véase el documento número 30. La prontitud con que Moreno ordenó el mismo día la entrega del pasaporte pedido, muestra que se esperaba todavía convencer á Liniers. Entiendo que D. Francisco de Letamendi era socio de Sarratea, y es interesante comprobar con su solicitud la opinión que tenían los mismos amigos y allegados de Liniers acerca de su carácter dúctil en la vida ordinaria. Véase también la carta (documento número 31) que Liniers escribió á su suegro Sarratea, y constituye la apología más ingenua y sincera de su conducta.

que se engrosaría en el trayecto, y reunirse con las fuerzas peruanas para mover luego contra Buenos Aires un poderoso ejército, dejando á retaguardia el norte pacificado. A este concepto americano de la contrarrevolución respondía (aunque se produjo algo tarde) la actitud del Cabildo de Córdoba que, á mediados de julio, reconoció provisionalmente la superior autoridad del virrey de Lima en lo político, y de la Audiencia de Charcas en lo judicial—si bien mandó archivar la grave resolución en «la alacena de tres llaves». Conocidos los recursos con que contaban los jefes del Perú, y el campo favorable que allí encontró la reacción española, parecía bastante plausible el plan estratégico de Liniers. Pero fuera vano epílogo sobre un proyecto que no tuvo siquiera un principio de realización: sabido es cómo triunfó el plan de Concha, que consistía en localizar en Córdoba la resistencia, sin perjuicio de sublevar contra la Junta los pueblos interiores, especialmente los de Cuyo que estaban dispuestos á pronunciarse.

Cediendo, pues, á consideraciones locales, cuya poca solidez no se le ocultaba, Liniers hizo suyo el plan del gobernador; y sólo atento ya á sus ventajas posibles, aplicó toda su actividad y experiencia en organizar los elementos de la provincia. En pocas semanas las milicias de Allende llegaron á formar una división de unos mil hombres de caballería, cuya educación militar hubo de reducirse al manejo del arma; la infantería, escasa y mala, constaba de un batallón provincial que apenas prestaría servicios apreciables en la plaza misma ó sus cercanías. Encarece el Anónimo la cooperación eficaz que como instructor prestó el tesorero Moreno, antiguo oficial español, sin duda más activo que el respetable Allende, quien, de puro veterano, resultaba inválido. Ni el armamento ni las municiones escaseaban, como tampoco las buenas «caballadas»,—sobre todo las mulas de carga y tiro, cuya falta absoluta haría tan lentas y penosas las marchas del enemigo. Li-

niers dirigió personalmente el montaje de la artillería, logrando dejar listos catorce cañones sacados del fuerte San Carlos; también fabricó 600 granadas de mano, «con un barro muy duro, y se experimentó, haciendo mucho estrago». En suma, á mediados de julio, el estado de la defensa parecía satisfactorio, tanto más cuanto que se anunciaba la incorporación de los destacamentos salidos de Mendoza y San Luis, que casi habían de duplicar el actual efectivo. Si á las ventajas del número y de los medios de movilidad se agregaban las de la situación,—apoyadas las fuerzas en la ciudad y auxiliadas por una población campestre toda adicta al gobierno,—amén del innegable prestigio que rodeaba el nombre del Reconquistador, parecía asegurado el triunfo contra la división auxiliadora, que todos los rumores circulantes mostraban diezmada por las deserciones y rendida por las fatigas. En todo caso, no se ponía en duda que cada día transcurrido reforzara los augurios propicios á la causa realista, mermando proporcionalmente los favorables á la revolución...

Amenazada por el norte, desconocida en Montevideo y en el Paraguay, casi exhausta de recursos (1) é imposibilitada para desprender de la capital los pocos batallones que mantenían el orden precario, la Junta Gubernativa no había conseguido sin grandes esfuerzos organizar la expedición á las provincias interiores, que ella misma inscribiera en su programa. La sola actitud de Córdoba hacía más que justificar políticamente la medida arbitraria, demostrando, al par que su

(1) En los cinco primeros meses de 1810, lo recaudado por estas tesorerías daba un promedio mensual (en cifras redondas) de 650.000 pesos; en junio (según los estados publicados en la *Gaceta*) la renta fué de 527.000 pesos; en julio, cayó á 311.927 pesos; desde entonces volvió á subir paulatinamente, alcanzando en diciembre á 416.000 pesos. La revolución causó, como era natural, cierto malestar económico cuyos efectos se prolongaron bastante. Es el efecto inevitable de todo trastorno político.

necesidad, lo insuficiente de sus primitivas proporciones. Para internarse en el virreinato estremeado é imponerse á las autoridades vacilantes ú hostiles, no era un contingente de quinientos hombres, sino uno doble ó triple el que era indispensable movilizar. ¿De dónde sacarlo «en quince días», uniformado y disciplinado? ¿A qué jefes patriotas confiaríase la misión de vencer á generales ilustres ó militares de carrera, como lo eran Liniers, Concha, Nieto y Goyeneche? ¿De qué arbitrios se valdría el gobierno para pagar el armamento, los suministros y sueldos de la división puesta en campaña?... Los arduos problemas que estas preguntas entrañaban fueron resueltos con una decisión y, en general, un acierto admirables. Si otras facces de la acción revolucionaria son discutibles y hasta condenables, es justo reconocer que su energía venció todos los obstáculos y dominó las circunstancias. No sólo la actividad contagiosa de Moreno galvanizó á la Junta Gubernativa, sino que se propagó á la población entera, convirtiéndola en colaboradora activa de sus designios. De los departamentos de Gobierno y Guerra, que Moreno directamente manejaba, salieron en aquellas semanas febriles, y minutados de su puño y letra los más, centenares de órdenes y decretos: cada uno de los cuales resolvía una duda, allanaba una dificultad, doblaba una resistencia, llevando en su brevedad imperativa, hasta los confines del territorio, una misteriosa virtud de obediencia y adhesión.

Formóse la llamada «Expedición auxiliadora», distraiendo una ó dos compañías de los cuerpos existentes (cuyos vacíos se llenaron inmediatamente con reclutas), en la proporción siguiente: dos compañías de cada uno de los batallones números 1 y 2 (Patricios), número 3 (Arribeños), números 4 y 5 (antiguos Montañeses y Andaluces) y de Castas, esto es, diez compañías que sumaban unos 600 hombres, fuera de oficiales y

agregados (1). Llevaba, además, cuarenta artilleros veteranos y sesenta de la Unión (artillería volante); cincuenta soldados del Fijo, otros tantos dragones y húsares, y, por fin, cien blandengues (en todos éstos estaban incluidos los oficiales); el total efectivo no pasaba de mil hombres el día de la revista (25 de junio) en la plaza de la Victoria. Componían la plana mayor: el coronel don Francisco Ortiz de Ocampo, primer comandante; el teniente coronel don Antonio Balcarce, segundo comandante; don Hipólito Vieytes, comisionado de la Junta; el doctor don Feliciano Chiclana, auditor de guerra (2); don Juan Gil, comisario de guerra; por fin, dos cirujanos y dos capellanes. Para todas las resoluciones y providencias relativas «á la conducta política con los pueblos y el gobierno militar de la expedición», constituíase una Junta de comisión formada del primer comandante, el Auditor y el Comisionado. Es sabido que fué secretario de esta junta don Vicente López (3). Al fin logró moverse del Monte de Castro

(1) Una sola compañía de Patricios (la 7.ª del 3.º batallón) alcanzó, durante la Defensa, á tener 65 hombres, incluidos tres oficiales. El término medio era de 60 hombres.

(2) Chiclana no desempeñó estas funciones (*Archivo*, I, 90); el 28 de julio, alcanzó á la expedición en Fraile Muerto, pero fué sólo para reforzar su escolta y seguir viaje á Salta con misión de la Junta (*Ibid.*; 106). No tuvo, pues, como se ha dicho, que «apurar á los perseguidos» (quienes á la sazón mandaban todavía en Córdoba), y lo que hizo, al contrario, con sus doce blandengues, fué desviarse prudentemente de la ciudad.

(3) La página (III, 195) en que el doctor López nos instruye de la expedición es un buen espécimen del método descansado que gastaba en sus historias; transcribiré algunas de sus afirmaciones notables, con un breve comentario al frente:

«El Puente de Márquez, colocado entonces á las márgenes del río de Luján, como á diez leguas al oeste de la capital, fué el lugar

El cuartel general fué el Monte de Castro (Floresta), muy distinto y distante del Puente de Márquez; éste, por otra parte, nunca estuvo

el pequeño ejército, llegando el 14 de julio á Luján, donde completó sus preparativos y recibió su comandante nuevas instrucciones de la Junta—que no serían las últimas, pues la infatigable vigilancia de Moreno había de seguir etapa por etapa la marcha de la expedición.

De las órdenes impartidas y recibos otorgados por los jefes, se infiere que las fuerzas iban regularmente uniformadas y provistas, con anticipo de sueldo los oficiales y tropa, buen armamento y municiones abundantes: todo ello, que representaba un gasto crecido, se había pagado en parte con un empréstito subscripto por el comercio, bajo la garantía de Larrea y otras casas importantes, y los primeros donativos espontáneos del vecindario. Esta contribución patriótica, que añadía á su

donde se formó el campamento de reunión de los cuerpos...

•(NOTA).—El total efectivo se componía de dos batallones de Patricios con 360 hombres; del batallón de arribeños con 250; de 200 pardos y morenos; 150 correntinos; como 200 dragones y 76 artilleros con ocho piezas de campaña...

•Mandaba la expedición el coronel Ortiz de Ocampo que como comandante del batallón de Arribeños había hecho sus primeras armas en la Defensa... Entre los jefes de cuerpo se distinguían D. Martín Rodríguez, Viamonte, Díaz Vélez y otros... La secretaria era servida por el doctor don Vicente López. Además acompañaba al ejército... el vocal de la Junta gubernativa don Hipólito Vieytes...

d las márgenes del río de Luján sino sobre el río de las Conchas (como todos los puentes), á una legua de Morón y, por cierto, no á diez de Buenos Aires.—El regimiento de Patricios constaba entonces de dos batallones con nueve compañías cada uno: era difícil, pues, confundir la compañía con el batallón. (Sobre la formación del ejército véase la página anterior). La artillería se componía de cuatro piezas volantes y dos obuses.—Ocampo era capitán de Arribeños en la Defensa: el comandante era don Pío de Gama y el sargento mayor I. Pazos.—Martín Rodríguez no estuvo nunca en la expedición: quedó en Buenos Aires, hasta que en noviembre pasó á Santa Fe y Entre Ríos (Archivo). Viamonte no se incorporó á la expedición hasta enero de 1811, en Potosí. Díaz Vélez estaba en Buenos Aires cuando fué nombrado, en 12 de septiembre, tercer jefe de la expedición, á la que también se incorporó en el Alto Perú.—El licenciado López nunca fué doctor ni tomó este título... Lo de Vieytes no prueba que el historiador de la Revolución ignorase los nombres de los siete vocales de la primera Junta, sino su incurable y desastrosa ligereza.

valor propio el mucho más importante de su significado moral, había sido encabezada por Mariano Moreno con seis onzas de oro; y tras de él el pueblo entero, sin distinción de clase ni sexo, iba llevando su óbolo á esa «patria nueva»: vaga abstracción que comenzaba á diseñarse por entre las nubes tumultuarias de la revolución, y que tan extraña forma real, revestiría con los años en las imaginaciones populares. Algunas subscripciones sorprenden por lo considerables,—como la de don Gervasio Posadas, que pasa de 1500 pesos, fuera de seis meses de sueldo,—otras por su relativa parsimonia, como la del presidente Saavedra (50 pesos) (1); y las hay también más conmovedoras aún que las ofrendas humildes de los negros esclavos para una cruzada de emancipación que no era todavía sino la de los blancos: y son las de los españoles que, al enviar sus ahorros á la Junta, formulan votos ingenuos por la causa del Rey! Pero, en general, el arranque de independencia fué tan consciente como espontáneo; y así lo demuestra, mejor que las subscripciones, el concurso eficaz que, á impulso del magnético Secretario, las poblaciones todas prestaron al levantamiento.

A pesar de las deserciones inevitables, supuesta la organización apresurada y allegadiza de algunos cuerpos, la división expedicionaria avanzaba sin graves tropiezos hacia su destino, causando no poca sorpresa á sus jefes las pruebas inequívocas de adhesión que los vecindarios le prodigaban, así en la provincia de Buenos Aires como en las de Santa Fe y Córdoba (2). Esta actitud presajiosa respondía sin duda á un sentimiento profundo del alma popular; pero era también conse-

(1) Saavedra, sobre ser hombre de fortuna, percibía 8.000 pesos de sueldo como Presidente; sabido es que Belgrano, Matheu y Larrea, renunciaron al que como vocales les correspondía (3.000 anuales).

(2) *Archivo*, I: comunicaciones del Salto, Pergamino, Esquina y Fraile Muerto, fechadas del 20 al 30 de julio.

cuencia de la incesante propaganda y disposiciones decisivas de la Junta. En pocas semanas, por la persuasión ó el terror, la liga de las autoridades realistas, formada por Concha y Liniers, había quedado desarticulada. San Juan, La Rioja, San Luis y las provincias del norte aceptaban la situación y nombraban sus diputados al Congreso; en Mendoza, que era el centro reaccionario de Cuyo, había abortado una tentativa de resistencia encabezada por el comandante Ansay y los ministros de la Real Hacienda, y estos «reos» marchaban bajo escolta á Buenos Aires.

Pero en Córdoba, sobre todo, era donde el derumbe de la frágil empresa reaccionaria se pronunciaba día por día. Al principio insidiosa é hipócrita, la oposición del grupo de los Funes tornábase más briosa y audaz, al paso que venía minando las autoridades y desprendiendo de la causa realista á los individuos más influyentes del clero, del foro y del comercio—que no eran por cierto los de alma mejor templada.

Bajo este trabajo persistente y sordo de desorganización, dirigido desde Buenos Aires por el influjo de Moreno, se disgregaban á ojos vistas los batallones movilizados: aparecían cada mañana los claros dejados en las filas por los desertores de la noche, que habían ganado el monte ó la sierra, favorecida su fuga por manos ocultas. A medida que se aproximaba el enemigo, la resistencia de Córdoba se derretía como masa de nieve bajo los rayos del sol que sube. El fogoso Cabildo de días antes no había esperado la última hora para poner sordina á su intransigencia: en las últimas sesiones de julio, se manifestaba ya el cambio del viento por las abstenciones. Ignoramos lo que se discutió en la del 27, todavía presidida por el Gobernador, pues el acta correspondiente ha sido á todas luces mutilada; pero es probable que la actitud de los capitulares presentes corroborase en la mente del infeliz mandatario el anuncio del fracaso.

so inevitable (1). Al día siguiente, Liniers y Concha prepararon la retirada á las provincias del norte, con las fuerzas que, al parecer, quedaban adictas y algunos de los personajes más comprometidos. La salida se verificó el 31 de julio (2). El 1.º de agosto, los señores del Cabildo, desprendiéndose de todo quijotismo municipal, se apresuraron á estudiar la situación á la luz del sentido práctico. De este estudio concienzudo resultó clarísimo (¿en qué estábamos pensando?) que los oficios de la Junta y los papeles públicos de Buenos Aires «no respiraban otros sentimientos que los de fraternidad y unión»: por consiguiente, se imponía, á juicio del Alcalde de primer voto, el envío de un diputado al general de la expedición, para pintarle el estado de consternación y orfandad en que la huida de los jefes militares y del obispo había dejado al vecindario, que sólo anhelaba abrir sus brazos á los emancipadores. Y como el segundo Alcalde se distinguiese por la energía con que apoyó la moción, este elocuente orador se encontró honrado, á gran pesar suyo, con el delicado encargo de ser el san León del Genseric riojano, el cual, por otra parte, era bastante manso y bonachón. Dictáronse las providencias encaminadas al más digno recibimiento de los libertadores: au-

(1) Faltan las actas de algunas sesiones, que seguramente se realizaron entre el 21 y el 27 de julio; en ésta dejaron de asistir varios vocales, y se deduciría del acta que se cerró la sesión apenas abierta ¡«por no haber nada que tratar»! Fué la última que presidió Concha.

(2) GARZÓN (*obra citada*, I, 124) dice, que el 31 de julio el Cabildo abrió pliegos del Gobernador, «de fecha 28, avisando que se ausentaba». Aceptando el dato, ello no indicaría que hubiera salido el día mismo en que lo comunicaba, si es admisible que el Cabildo esperase tres días para ocuparse de tan grave asunto. Por otra parte, la nota de Ocampo á la Junta, de fecha 1.º de agosto, no deja lugar á duda: «ayer á medio día han salido de Córdoba...» Aunque se contaba 30 leguas del Paso de Ferreira (de donde escribía Ocampo), no hay dificultad en admitir que el chasque salido en la tarde del 31 llegase á cualquier hora al campamento. Concuerda con la fecha fijada por el Anónimo.

toridades y vecinos se disputaban la gloria de alojarlos como á su clase correspondía; y no fué por culpa del Cabildo que el colegio de Monserrat no se vió convertido en cuartel. El 8 de agosto, Ocampo y Vieytes tomaron posesión de la ciudad en medio de las aclamaciones y repiques de campanas. Aun antes de depurar al Cabildo de sus elementos reaccionarios, la Junta de Comisión quiso recompensar los buenos servicios del deán Funes, proponiéndole para Gobernador interino (1); pero ya estaba designado don Juan M. Pueyrredón, que se recibió el 16. El 19, Funes fué elegido diputado al Congreso «por su patriotismo y literatura», como decía la Junta al aprobar el nombramiento, y el electo justificó inmediatamente los términos de la aprobación, dirigiendo al Cabildo una solicitud en que exponía «que era muy del caso se tuviera en cuenta al fijársele la dieta, que iba á abandonar su cátedra de matemáticas dotada con quinientos pesos en cada año, y que no podrían ser sino muy crecidos los gastos de su establecimiento en la capital» (2). Así terminó, entre premios á la delación y la intriga, la comedia política de la resistencia cordobesa: nos resta ahora asistir á su tragedia.

(1) Oficio á la Junta de 11 de agosto. D. Juan Martín Pueyrredón había sido nombrado por decreto de 3 de agosto; para que todavía el 11 se ignorase en Córdoba este nombramiento, debe suponerse alguna demora en la comunicación. Creo que puede explicarse del modo siguiente. El borrador de la comunicación al Cabildo de Córdoba (*Archivo General*, inédito) no se refería primitivamente á Pueyrredón, sino al señor coronel del regimiento del rey, D. Martín Rodríguez; aparece tachado lo aquí subrayado, y puesto entre renglones *teniente [coronel] D. Juan Martín Pueyrredón*. El decreto hubo de retardarse algunos días, ya por renuncia de Rodríguez, ya por reconsideración de la Junta; pero quedó la fecha primitiva.

(2) GARZÓN, obra citada, I, 135. Todas las cosas de Funes están llenas de recovecos. ¡Resulta ahora que era él mismo quien percibía los 500 pesos de la cátedra por él fundada! El Sr. Garzón dice que recibió como diputado 3.000 pesos anuales: era el sueldo de los vocales de la Junta.

Antes de caracterizar la actitud de la Junta Gubernativa respecto de los vencidos, cúmplenos tributar justicia á las disposiciones oportunas y decisivas con que hizo tan fácil el triunfo de los inconscientes vencedores. Mientras la expedición cumplía sus etapas por las hondas rodadas del camino al Perú, la Junta—mejor dicho, Moreno, que la personificó para lo bueno y lo malo en aquellos días—encerraba á los realistas en un círculo de aislamiento que desbarataba sus planes, así para esperar auxilios exteriores como para salir á buscarlos. No sólo estaban sometidas todas las autoridades de las provincias limítrofes, sino ganadas á la causa revolucionaria y convertidas en cooperadoras suyas. Partidas armadas custodiaban los pasos de los ríos y las encrucijadas de los caminos, desde el Paraná hasta la Cordillera y desde la Pampa hasta las abras del Alto Perú. El alférez Liniers que, con el doctor Alzogaray, se dirigía á Montevideo, había caído en una de las diez trampas que á orillas del Paraná se le tenían armadas. La actividad de la Junta no tuvo un instante de vacilación ni desfallecimiento. Ya en 8 de julio, los cabildos ó comandancias de Cuyo, Santa Fe, Catamarca, Santiago, Tucumán y Salta tenían orden de aprehender á los «fugitivos»; y el coronel don Diego Pueyrredón vigilaba la línea de Jujuy. Apenas convencido Moreno de que la resistencia cordobesa quedaría reducida á sus propias fuerzas, no la tomó en cuenta sino para castigar á sus promotores; y el 17, cuando éstos alardeaban en Córdoba con sus ardorosas milicias, á vista del Cabildo entusiasmado, era el día en que el terrible secretario decretaba que «irremisiblemente deben venir presos á esta ciudad, con segura custodia: el Obispo, Concha, Liniers, Rodríguez, Allende, el oficial (tesorero) Moreno, el alcalde Piedra y el Síndico Procurador» (1).

(1) *Archivo general*, I, 19. Oficio de la Junta, 13 de julio de 1810. En 18 de julio (faltando casi tres semanas

Lo atrevido de la actitud era tanto más admirable cuanto que (bien lo mostraron los resultados, contra lo aparentemente difícil y adverso de las circunstancias) nacía de un sentimiento exacto de la situación. Sea cual fuere la legitimidad de los medios empleados, es así como una causa se defiende y vence; y, aceptada la responsabilidad de la lucha política, no es dudoso que fuera el primer deber de la Junta perseguir á todo trance el afianzamiento de la revolución. Lo consiguió, desde luego, ostentando fe tan inmovible en su triunfo, que logró comunicarla no sólo á sus adictos, sino también á sus adversarios, que se sintieron vencidos antes de combatir. Empero, si la necesidad de vencer autorizaba en cierto modo el empleo de ciertos medios delictuosos, debieron arrojarse después de la victoria aquellas armas prohibidas, apenas tolerables en el combate é indignas de ser instrumentos de gobierno. Antes señalé aquella mentira sistemática que envenenó la fuente de la revolución; hablaré luego de las ejecuciones que salpicaron su frente de manchas tan indelebles como las del Terror francés: quiero únicamente referirme ahora á la prédica inmoral y á la práctica corruptora, que consistieron en glorificar la traición y la apostasía, en tanto que se ultrajaba á las víctimas, sólo culpables de fidelidad á su patria y á su rey. Por un monstruoso sofisma, que hubo de perturbar hondamente las conciencias, inventóse una línea de división fantástica que se trazara el 25 de mayo: una suerte de nuevo ecuador político que, así como el físico cambia las estaciones, trastornaba bruscamente los principios morales, presentando como único

para que la expedición llegara á Córdoba), la Junta fijaba los detalles de la prisión: «no debe (en esto) oírse la voz de Funes ni relación alguna, sino *ejecutar á ciegas y á todo trance* la prisión de esas personas y remitirlas con toda seguridad...» Ni el alcalde Piedra ni el síndico Mier siguieron á los fugitivos; el primero se ocultó y el segundo fué indultado.

criterio de lo justo y lo injusto la adhesión ó la resistencia á una causa muy legítima en el fondo, pero que necesariamente no podía ni debía aparecer como tal á funcionarios españoles. Por efecto de una aberración ingenua, que excluye toda intención sarcástica, los que se atenían al orden tradicional fueron perseguidos como «revolucionarios» (1); y los jefes de la Reconquista española cayeron arcabuceados por sus compañeros de armas, porque servían sinceramente la bandera real que los otros sólo llevaban de disfraz... Todo ello, debe la historia decirlo si aspira á ser la conciencia de la posteridad, no un vano panegírico de lo pasado, inferior á la pura novela en arte literario é invención. Por eso también habrá de enseñarnos lo bueno después de lo malo, é invocar las circunstancias que atenúan la acusación, repitiendo que Moreno y Castelli eran dos hombres de bien,—*all honourable men!* como dice el Marco Antonio de Shakespeare,—dos caracteres austeros, servidos por inteligencias cultas (que por cierto no comparo) y perjudicados por pasiones implacables aunque exentas de móvil sórdido. Y acaso pudiera el historiador psicólogo aventurar una última conjetura, opinando que si fué una suerte para la revolución argentina ser dirigida por dos hombres moral ó intelectualmente superiores, quiso su desgracia que fueran ambos enfermos: pues si es infantil mirar, como lo hicieron algunos piadosos monárquicos, un castigo del Cielo en el fin prematuro de Moreno y Castelli, considero mucho menos absurdo buscar en ello una explicación de su carácter irritable, y también de su energía exasperada, que tuvo segura-

(1) Son abominables las comunicaciones cambiadas entre la Junta y los Allende (2 y 3 de septiembre de 1810), con motivo de los grados militares conferidos á éstos por haber delatado á su tío. Véase también el artículo de la *Gaceta* de 16 de agosto en que se difama á Liniers, ya preso y condenado á muerte.

mente algo de mórbido y convulsivo en su pasmosa actividad.

El 31 de julio salieron de Córdoba los jefes realistas y demás funcionarios españoles, acompañados de unos 400 hombres de tropa, y con el propósito de ganar el Alto Perú, según el antiguo plan de Liniers. Pero era tarde ya para realizarlo; la mayor parte de los oficiales estaba en convivencia con los patriotas para provocar la dispersión de los soldados y retardar la marcha de los fugitivos. En la misma noche del 31 desertaron cincuenta hombres, y la desbandada se pronunció en los días siguientes hasta el grado de no quedar sino una compañía de blandengues de la Frontera. En vano se sembraba el dinero para contener la desertión incoercible (1): entre el Totoral y Tulumba, la compañía restante abandonó en masa á sus jefes con gritos é insultos. Allí también se incendió el carro de municiones, y como los maestros de posta, instigados por varios patriotas que ocultamente seguían la expedición (2), se negaban á facilitar caballos, hubo que clavar los ca-

(1) Por orden del gobernador Concha, y dejando constancia, el tesorero Moreno llevaba 30 6 40 mil pesos de las cajas reales. En el desfaldo de 77.000 pesos que se denunció, estaba evidentemente incluido lo gastado en la movilización y preparativos de defensa. Sobre la desaparición de la suma tomada á Moreno, véase el documento número 47. La denuncia de Ocampo (*Archivo*, I, 29) sobre que los «malvados meditaron también saquear el *situado del rey* (como ha creído el doctor López) sino á caudales particulares que seguramente ninguno de los fugitivos meditó asaltar. Hemos visto ya que el *situado del rey* había pasado por Córdoba en mayo, dejando 50.000 pesos en esas cajas; este mismo dinero era el que sin duda se gastaba en el camino. A esta denuncia de Ocampo hace *pendant* la del Anónimo, sobre los 30.000 pesos tomados á los fugitivos y que desaparecieron.

(2) Fuera de alguna discordancia en las fechas, los datos del Anónimo concuerdan hasta en los nombres con el parte de Balcarce (*Gaceta* de 21 de agosto); entre los patriotas que éste cita para alabarlos y aquél para vituperarlos, figuran el doctor Rivadavia, D. Gaspar Corro, D. Santiago Carrera, D. Faustino Allende, etc.

ñones y quemar las cureñas. El 4, entre San Pedro y el Río Seco, un chasque despachado por un amigo de Córdoba les dió aviso de haber entrado en la ciudad la expedición, y salido Balcarce con 75 hombres en seguimiento de los fugitivos (1): tan lentamente se había efectuado la retirada, que éstos no llevaban sino una jornada de ventaja á sus perseguidores. En consecuencia resolvieron dividirse, despidiendo á los pocos oficiales que habían quedado fieles al infortunio. Dejaron los coches y montaron á caballo, llevando cada grupo sus mulas de carga: Liniers, con su ayudante Lavín y el canónigo Llanos, tomó por la izquierda, hacia la sierra; el obispo Orellana, con su capellán Jiménez, se dirigió por rumbo opuesto á la casa de un cura amigo, que resultó otro Allende; en tanto que Concha, Rodríguez y los demás seguían el camino de las postas. Tenían todos que caer infaliblemente en poder de las partidas perseguidoras, pues Balcarce, informado á las pocas horas de estas disposiciones, había lanzado varias comisiones sobre las pistas señaladas.

Refiere en su parte el comandante Balcarce que en la noche del 6, al llegar á una estancia (que sería la de las Piedritas, cerca del Chañar), «descubrió una lumbre dentro del bosque y que, dirigiéndose á ella, encontró la mantenían dos hombres á la puerta de una cerca de ramas de árboles». Los paisanos estaban guardando unas mulas; interrogados, en la forma eficaz que se supone, dieron al pronto respuestas confusas. Pero luego uno de ellos confesó ser las mulas de don Santiago Liniers, que se encontraba en una choza escondida en el monte, á tres cuartos de legua.—El delator

(1) Por denuncia de Ambrosio Funes y Faustino Allende. Véase el documento núm. 33, también publicado en la *Gaceta* del 9 de agosto. Ocampo destacó á Balcarce con 300 hombres, pero éste explica en su parte cómo, por falta de caballos y tener aviso del «desgrefío» en que se efectuaba la retirada, resolvió perseguirlos con sólo 75 hombres.

era un negro, peón de la estancia, que había recibido dinero de Liniers para ocultarle: sirvió de guía para descubrirle. Y regocija el alma el saber, por una tradición fidedigna, que el sentimiento popular, infalible en sus impulsos instintivos, reivindicó los derechos de la humanidad ultrajada, rechazando para siempre como un leproso al traidor (1). Se encargó de sorprender al indefenso general el ayudante de campo don José María Urien, joven que se distinguía, dice un testigo ingenuo, «por estar adornado de todos los vicios»; y á fe que en esta ocasión no desmintió su buena fama. Rendidos por el cansancio de la jornada, Liniers y su corta comitiva estaban durmiendo, cuando, á media noche, fueron bruscamente despertados por la partida que rodeaba el rancho y les ponía sus bayonetas al pecho. Urien contó á su jefe que Liniers, al sentir que se abría la puerta, habíale disparado los dos tiros de su escopeta, escapando á la muerte por la doble y extraña casualidad de haber «fallado las cebas». Ello no es imposible, aunque muy improbable; pero parece más seguro lo de haber sido tratado el preso por aquel malvado con inaudita brutalidad, después de saquear sus equipajes y despojarle de cuanto dinero y joyas llevaba (2). Los prisioneros pasaron el resto de la noche «atados con los brazos atrás», y, al amanecer, fueron conducidos al cam-

(1) Debo estos interesantes apuntes, que reflejan evidentemente la verdad, á una amable deferencia del doctor D. Ramón J. Cárcano que los recogió en la villa del Chañar.

(2) *Archivo*, II, 260; oficio de la Junta, de septiembre 2, ordenando procesar á Urien, por «no haberse manejado con la pureza y honor que debía en la prisión de D. Santiago Liniers». Dice el Anónimo (y el detalle debe provenir del capellán Llanos, allí presente) que Liniers «fué atado con tal crueldad, que le reventó la sangre por las yemas de los dedos. Correspondiente á este tratamiento era el que de palabra le hacía Urien, tuteándole y no llamándole sino: *picaro Sarraceno*». Podría admitirse alguna exageración; pero tales rasgos no se inventan; por otra parte ¿qué no debe esperarse de un oficial capaz de robar á su prisionero?

pamento de Balcarce. El obispo Orellana, aprehendido á ocho leguas de allí por el alférez Rojas, fué tratado poco más ó menos como Liniers. En cuanto á Concha, Rodríguez, Allende y Moreno, fueron sorprendidos en la travesía de Ambargasta por el teniente Albariño; y el hecho de que el narrador anónimo consigne la mejor conducta observada con éstos por dicho oficial, hace presumir que no miente ni exagera al pintar el indigno tratamiento de que los otros fueron víctimas (1). En poder del tesorero Moreno fueron hallados 30.000 pesos, que desaparecieron. Sin duda en seguimiento de esta última partida, el comandante Balcarce habíase adelantado cuatro ó cinco leguas más al norte, hasta el Pozo del Tigre, de cuya posta mandó á Ortiz de Ocampo su parte triunfal del 7 de agosto. En él anunciaba también que hacía conducir á «los reos á un paraje donde se reuniesen y pudieran seguir á la Capital sin hacer rodeos, ó á esa ciudad si se conceptuase lo más conveniente». Estas palabras, unidas á otros datos oficiales, permiten establecer la verdadera versión acerca de la actitud respectiva que la Junta de comisión y los Funes observaron en el doloroso conflicto.

La sentencia de muerte «fulminada contra los conspiradores de Córdoba» por la Junta Gubernativa, lleva la fecha del 28 de julio. A este respecto

(1) Documento núm. 47: «Albarino, degenerando de sus compañeros, trató con alguna distinción á sus presos». Pero agrega en seguida: «Remacharon una barra de grillos al tesorero Moreno y se apoderaron de más de 30.000 pesos fuertes que llevaba en dinero, pertenecientes al erario público, para los gastos de la tropa; de los cuales hasta ahora no se ha podido averiguar el paradero, por más que lo ha solicitado el Tribunal de Cuentas de Buenos Aires, y se quedó en disculpas de Ocampo y demás que componían la Junta de comisión y los que hicieron las prisiones.—Sin aceptar á ciegas la insinuación, pueden cotejarse, en lo referente á Ortiz de Ocampo, las gravísimas acusaciones que contra él formuló oficialmente Belgrano (*Archivo*, VIII, 131), y repitió también en su *Autobiografía*.

conviene, desde luego, desvanecer otra leyenda que atribuye á un voto de mayoría ¡y un voto español! la terrible resolución (1). Por lo pronto, á suponer el empate, el voto decisivo hubiera sido el del presidente Saavedra. Pero el decreto está firmado por todos los vocales (ya los secretarios tenían voto) con excepción de Alberti, impedido por su carácter sacerdotal; y hasta descubrirse un documento fehaciente en contrario, la historia debe rechazar esas anécdotas de efectismo teatral que chocan con la lógica y la razón. Ahora bien: tal documento no se ha encontrado ni creo que se encontrará. Concedo que poco ó nada prueba la afirmación de Manuel Moreno (2), quien tenía interés en distribuir por igual las responsabilidades; pero Belgrano y Saavedra, que redactaron sus autobiografías casi en las puertas del sepulcro, pudieran haber confesado la verdad: nada dijeron, porque nada tenían que decir. Y más vale así para su memoria; pues, al cabo, es muy comprensible que todos ellos hayan padecido sinceramente la ilusión contagiosa del jacobinismo francés: lo que sería imperdonable, lo que no se debe admitir, es que un solo miembro de la Junta fuera capaz de firmar una sentencia de muerte que su conciencia le declarara injusta.

Firmada, pues, por la Junta unánime, la orden dirigida á la Comisión hubo de llegar á Córdoba el 4 ó 5 de agosto: seguramente después del 3, pues la nota de Ocampo de esta fecha no la menciona. Ya se había destacado á Balcarce en persecución de los fugitivos; pero Vieytes y Ocampo no podían abstenerse de comunicarle en el acto la sentencia tremenda que no admitía réplica ni dilación (3). Entre tanto, la Comisión conferencia-

(1) Oigase entre otros á Calvo (*Anales*, I, 154): «Pero ¿cuál fué ese voto que decidió de la suerte cruel, etcétera...? ¡Este voto fué el de un español!...»

(2) *Íd.*, 240; «Todos los individuos de la Junta fueron unánimes...»

(3) *Archivo*, I, 25: «En el momento en que todos ó

ba con Funes y otros notables: todos retrocedieron ante el acto irreparable, y se decidió mandar un chasque para suspender la ejecución y la marcha hasta segundo aviso. Pero cuando llegó, el 9 de agosto, el parte de Balcarce (1), se impuso urgentemente una resolución definitiva. De días antes circulaban en el pueblo rumores siniestros sobre la suerte reservada á los prisioneros, cuyas familias pertenecían á la aristocracia cordobesa. Cuando la noticia de su captura mostró inminente el desenlace fatal, que no excluía al mismo obispo, la ciudad entera se levantó en un solo movimiento de protesta, al que Ocampo, Vieytes y los Funes cedieron sin esfuerzo, como que ellos mismos, sin duda, consideraban inejecutable la bárbara sentencia. Entre las dos responsabilidades gravísimas que ante ellos se formulaban, eligieron la de desobedecer á la Junta; y Ocampo tuvo la energía ó la debilidad de asumirla solo, en vez de exigir que los otros firmaran también la comunicación que el 10 dirigió á los déspotas del Fuerte, la cual, además de ineficaz, acarreó la ruina de su autor. Desde aquel día Ocampo cayó en completo descrédito revolucionario: fué declarado inepto, incapaz de llenar su misión, responsable de la indisciplina y deserciones que comprometían el éxito de la campaña; sobre él llovieron denuncias y vituperios; negósele cuanto pedía, hasta el castigo de un oficial insubordinado; y cuando, harto de humillaciones y disgustos, quiso aprovechar su nombramiento de diputado por la Rioja para resignar un mando desautorizado, la Junta le ordenó continuar, «reservándose el uso del sobredicho nombramiento» (2).

cada uno de ellos sean *pillados*, sean cuales fuesen las circunstancias, se ejecutará esta resolución, sin dar lugar á minutos que proporcionaren ruegos y relaciones capaces de comprometer el cumplimiento de esta orden y el honor de V. E.»

(1) Del Pozo del Tigre á Córdoba se contaban 48 leguas por el camino de las postas.

(2) *Archivo*, I, 200. Véanse también (*Ibid.*, 204) las

En agosto 18, la Junta Gubernativa apercibió á la Comisión en términos imperiosos y hasta ofensivos (1), reiterándole la orden perentoria de ejecutar sin demora á los reos, único medio de desvanecer la «amargura ocasionada por su anterior procedimiento». Pero cuando ésta llegó á su destino, sus presuntos ejecutores habían tomado disposiciones para substraerse á ella; y para encontrar los verdugos dóciles que sus doctrinas exigían, tuvo la Junta que extraerlos de su propio seno.—Hallábase el triste convoy, el 11 ó 12 de agosto, por el Totoral, á unas veinte leguas de Córdoba, cuando Balcarce recibió la orden de no pasar adelante y remitir á los reos, bajo escolta segura, directamente á Buenos Aires. Los presos, víctimas de los saqueos de las partidas, venían casi desnudos y privados de todo alivio á su miseria. Con pretexto de reparar el coche que un vecino había cedido al obispo Orellana, se demoraron en aquella ranchería algunos días; y sus familias pudieron mandarles de Córdoba, por intermedio del teniente coronel don Manuel Derqui, «una carretilla de bastimentos y ropa», que en su

prevenciones á la Junta de comisión, y el oficio de Pueyrredón (Documento núm. 44) que motivó aquéllas. El juicio que Belgrano balbuceó contra el infeliz Ocampo, al fin de su *Autobiografía* (Belgrano, I, 444) tiene algo de delirante: «Soy delincuente ante toda la nación, de haber dado mi voto por que [Ocampo] fuera jefe. ¡Qué horrosas consecuencias trajo esta precipitada elección!» El papel militar de Ocampo fué siempre secundario, y por cierto que él no mandaba en Vilcapugio ni Ayohuma; sin embargo, alguna parte de verdad, que por ahora no puedo graduar, han de tener tantas acusaciones; pero no es dudoso que arrancaran de la lenidad que Ocampo demostró en Córdoba.

(1) La nota publicada (*Archivo*, I, 32) no contesta propiamente á la «anterior» de Ocampo: hubo sin duda, en la misma fecha del 10, otro oficio de éste á la Junta á que se refiere este pasaje: «Dice V. E. en su oficio, que á las tres horas de mandar ejecutar la sentencia fué preciso despachar un chasque para la revocatoria, por el movimiento de dolor que se observaba en todo el pueblo»: no hay nada de esto en la nota de Ocampo. La otra comunicación ha desaparecido del expediente que, actualmente, sólo contiene las publicadas.

casi totalidad fué á parar á manos de los soldados (1). Al ausentarse, Balcarce había cometido el desacierto (probablemente sin la mala intención que el Anónimo le atribuye) (2) de designar como jefe de la escolta al desalmado Urien: esto fué motivo para que se empeorase la suerte de los desgraciados, quienes, ya sin sus acompañantes y criados (3), quedaron á merced de la soldadesca. Felizmente, los mismos hábitos crapulosos de aquél daban lugar á que se relajase la vigilancia, permitiendo que las buenas almas del agreste vecindario deslizasen á los presos sus humildes y preciosas dádivas. En los peores eclipses de la sensibilidad y la razón, del ingenuo y sano fondo popular es de donde brotan las flores caritativas que nos reconcilian con la humanidad. Cuando Urien, después de derretir en nocturnas orgías las joyas ó el dinero con que hasta entonces se rescataban los infelices, estaba fermentando su borrachera, era el momento que aprovechaba algún gaucho para poner estribos á las monturas ó alcanzar un paquete de cigarrillos á los fumadores;

(1) Habiendo Núñez (*op. cit.* 201) inventado una entrada de los presos en Córdoba, el doctor López (III, 202) tenía que sacar del esbozo un cuadro patético: «Conducidos los presos al arrabal llamado el Pueblito... Salió el clero presidido por el Deán Funes, el Ayuntamiento y los principales vecinos, las señoras, entre ellas haciendo cabeza la madre del que fué después el general Paz, que era una matrona respetabilísima, etc.» Todo ello es pura fantasía: los presos quedaron á veinte leguas y nadie los vió, fuera de Derqui.—El Anónimo llama «Los Ranchos» al punto mencionado. Sólo conozco un lugar de este nombre al norte de Córdoba, pero muy recostado á la sierra, por Cruz del Eje.

(2) También refiere (véase el documento núm. 47) los insultos á que se vieron expuestas las familias de los presos, y especialmente las hijas de Liniers, de parte de la soldadesca de Córdoba; es casi tan difícil creer en tanta perversidad como admitir que todo sea invención; la verdad ha de estar entre los dos extremos.

(3) De dicho punto fueron despachados á Córdoba, con excepción del padre Jiménez, capellán del obispo. Allí también tuvo que separarse de Liniers el canónigo Llanos, á quien, hasta prueba en contrario, tengo por autor probable del tantas veces citado documento.

y tampoco faltó allí la Verónica legendaria de todos los calvarios, en forma de una *chinita* compasiva que compró con sus ahorros seis pañuelos de algodón, y «bañada en lágrimas» los ofreció á su virrey.

Otro beneficio de mayor trascendencia discutieron (según el Anónimo) dos sujetos del lugar, que contaban, al parecer, con la complicidad de algunos soldados: y era nada menos que un plan de fuga al desierto, con baqueanos seguros y amigos de los indios, debiendo los fugitivos llevarse los doscientos caballos de la escolta que, así dejada á pie, no podría intentar la persecución. Todo estaba previsto; examinado el proyecto, no presentaba ninguna dificultad material; pero fué abandonado á instancias de Liniers que demostró «se interesaba más la buena causa en que siguieran viaje á Buenos Aires», pues su presencia allí podría conmover al pueblo de la Reconquista y detenerle en la pendiente revolucionaria. ¡Ilusión candorosa, pero nacida en un alma noble que no podía incluir, entre las más siniestras previsiones, la suerte que sus antiguos amigos y protegidos le tenían preparada!

Fueron tantos los excesos de Urien, que, por fin, y á solicitud de la misma tropa, fué relevado y substituído por el capitán don Manuel Garayo, digno militar que trató á los presos con los debidos miramientos. Al mando de éste, pues, el 19 de agosto, la caravana siguió viaje á Buenos Aires por el despoblado, rumbo á Santa Rosa y Fraile Muerto, sin acercarse á Córdoba. Iban los seis prisioneros tan ajenos de la catástrofe cercana, que, libres de vejámenes y mortificaciones, sentían sus espíritus recobrar poco á poco, á impulso de esa invencible esperanza que nunca afloja del todo su resorte en el elástico ser humano. La víspera de marcharse habían sabido que, con motivo de la elección de Funes como diputado al Congreso, el vecindario había solicitado y obtenido de Ocampo, Vieytes y el mismo gobernador

Pueyrredón, la libertad del síndico Pérez Mier (1): era imposible no ver en ello un síntoma favorable. ¿Quién sabe si la Junta, inclinada á la generosidad por la victoria, no procuraría con la clemencia atraerse las voluntades que le enajenara el rigor, ahorrándoles el destierro á España ó Canarias?... Así transcurrían los días, doblemente aliviados ya por lo menos ingrato de las etapas y la perspectiva de su término cercano. Habían caído al antiguo camino de las postas que costeaba el río Tercero; y ahora, cada noche, después de la jornada, los seis amigos prolongaban la velada de invierno al amor del fogón que atiza los recuerdos. El 25, después de cruzado el Saladillo, hicieron noche en la Esquina de Lobatón, casi fronteira de Santa Fe; y para esos españoles piadosos fué noticia grata y consoladora la que les dió el obispo, de que al día siguiente, domingo, podrían oír misa y comulgar en la capilla de la Cruz Alta. De acuerdo con el jefe de la escolta, que tomó sus medidas para salir muy de madrugada, los viajeros se recogieron temprano, sin luda mecido su sueño por el anuncio en que miraban un buen presagio.

Quando se levantaron, al amanecer del 26, vieron á un oficial desconocido en conferencia con el capitán Garayo; al rato, éste vino á despedirse de los presos, pues no pasaba adelante, y era el comandante don Domingo French quien tomaba el mando de la escolta. Antes de seguir viaje, el nuevo jefe mandó quitar á Liniers la escopeta de caza que Garayo le devolviera, y á otros los cuchillos «que se les había permitido para comer»: entonces tuvieron el presentimiento de su suerte. A las diez de la mañana llegaron á un punto que distaba dos leguas de la Cabeza del Tigre; allí encontraron al teniente coronel de húsares don Juan Ramón Balcarce, hermano de Antonio y amigo de

(1) La Junta Gubernativa aprobó esta medida de clemencia el 26, el mismo día en que se cumplía la otra.

Liniers: éste dispuso que quedasen en dicho punto los criados con los equipajes, y mandó que los presos se internasen en el bosque vecino llamado el Monte de los Papagayos (1). Al notar que el coche se desviaba del camino, preguntó Liniers: «¿Qué es esto, Balcarce?» Este contestó: «No sé: otro es el que manda». A poco hallaron «al que mandaba»: era el vocal Castelli, al frente de una compañía de húsares del rey, ya formada y con el arma al pie; le acompañaba como secretario el doctor Rodríguez Peña. Hicieron bajar á los presos, amarrándolos á la hila con los brazos atrás, á excepción del obispo: entonces Castelli leyó la sentencia de muerte. Fueron tan vanas las protestas de los condenados como las súplicas del prelado, que escapaba solo al sacrificio: tenían tres horas para sus disposiciones supremas; pero Castelli creyó mostrarse generoso, prolongando una hora más su agonía.

La pasión partidaria y el mal gusto del capellán Jiménez le han inducido á recargar con pormenores odiosos é inverosímiles su relación de la catástrofe, que resultaría mucho más conmovedora en su trágica desnudez. Aunque no arguyese en contrario la presencia de Rodríguez Peña y de Balcarce, para no mencionar al funesto procónsul que, sin cobrar horror á tamaños atentados, pudo repetirlos en el Alto Perú (2): bastaba la sombra de la muerte, que se cernía sobre las víctimas ilus-

(1) Este punto está incluido ahora en la colonia Juárez Celman; según mis informes, no ha existido nunca la «tupidísima selva», de que hablan algunos historiadores, y el mismo montecillo de talas y espinillos ha desaparecido.

(2) En 1813 el cirujano D. Juan Madera declaró ante la comisión de residencia como público y notorio (*Archivo*, VIII, 197) que, á no haberse apresurado Castelli á ejecutar á Sanz, Nieto y Córdoba, éstos hubieran escapado, «pues inmediatamente que salió el doctor Moreno y se incorporaron los diputados, se remitió un expreso en que se perdonaba á dichos reos y se mandaba á Castelli no ejecutase más á nadie». La ejecución se realizó el 15; Moreno se retiró de la Junta el 18.

tres ó venerables, para infundir en los más rudos sayones un sentimiento de sagrado respeto; nada hubo de producirse, en momentos tales, que se pareciese á escarnio y ultraje (1). Liniers y Allende se confesaron con el obispo, y con el padre Jiménez los otros tres. Cumplidos estos deberes (que no serían de poco consuelo para creyentes fervorosos), y confiados á los que habían de sobrevivir los mensajes supremos á sus familias, esperaron los condenados el momento fatal. El prelado tentó el último esfuerzo, invocando las leyes divinas y humanas que prohíben las ejecuciones en día domingo; Castelli se limitó á pedirle que se apartara del sitio donde su presencia no era ya necesaria. Orellana se retiró, y es casi seguro que hiciera lo propio su secretario: esta circunstancia quita mucho interés á los *novissima verba* que á los ejecutados se atribuyen, supuesto que, si los testigos patriotas los refiriesen años después, hubieran empleado términos muy distintos. Las declaraciones de Liniers y sus compañeros, que el lector hallará en el documento citado, carecen, pues, de autenticidad; pero en su sentido general son verosímiles. Si los condenados hablaron, como es probable, hubieron de protestar en voz alta contra la sentencia inicua y atestiguar por última vez su fidelidad á su nación y á su rey.

A las dos y media de la tarde, Castelli mandó cumplir la orden de la Junta. En un descampado del monte, los reos fueron puestos en línea, á cierta distancia uno del otro, al frente de la tropa formada. Después de vendarles los ojos, los pique-

(1) El doctor López que, por cierto, no admite tampoco la versión del padre Jiménez, dice (III, 208) que después de «indagar la verdad», puede afirmar que la ejecución no fué mandada por French, sino por Urien, y hasta parece indicar esto como un argumento contra los cargos calumniosos de Jiménez. Mandó el fuego quien debía mandarlo, que era Balcarce; sabemos además que Urien había quedado en Córdoba. Por otra parte, sería esto solo una buena razón para que no se produjeran, á espaldas de los jefes, los escándalos denunciados.

tes de ejecución se adelantaron á cuatro pasos, teniendo cada cual su blanco humano. En el universal silencio de aquella soledad, percibíanse algunos respiros angustiosos. Al levantarse la espada de Balcarce todos los fusiles se bajaron, apuntando al pecho: hubo dos terribles segundos de espera para asegurar el tiro, y luego, al grito de ¡fuego! un solo trueno sacudió el bosque, y los cinco cuerpos rodaron por el suelo. Algunas aves huyeron de los árboles, y fué el único estremecimiento de la naturaleza impasible por la muerte de los que habían mandado provincias y conducido ejércitos. Fueron rematados individualmente los que se retorcián aún en horribles convulsiones, y se dice que á French, soldado de la Reconquista, le tocó descargar su pistola en la cabeza del Reconquistador (1).

De orden de Castelli, los cadáveres fueron llevados en carretillas á la Cruz Alta, y enterrados en una zanja que abrieron al lado de la iglesia algunos húsares de Pueyrredón. Al día siguiente, cerciorado de que los ejecutores habían emprendido la vuelta á Buenos Aires, un fraile de la Merced, teniente cura de la parroquia, exhumó los cadáveres para darles más cristiana sepultura. Dejándolos separados, puso sobre la tumba una sola cruz con las iniciales de los apellidos, según el orden que los cuerpos ocupaban: L. R. C. M. A. —«para que pudieran algún día sus familias recoger las reliquias de tan ilustres víctimas» (2).

(1) El padre Jiménez (*Torrente*, I, 72) consagra un largo párrafo indignado á este «nuevo acto de ferocidad». Son raptos de elocuencia para oración fúnebre, que debilitan la emoción en vez de provocarla. Sabido es, por otra parte, que el «golpe de gracia» implica lo contrario de la ferocidad; existe todavía en el código militar y debe darse á indicación del cirujano presente. Y lo más curioso es que el almirante Pavia transcribe los aspavientos del fraile sin recordar que manda la ordenanza «rematar al reo».

(2) A esto se reduce la leyenda de la inscripción CLAMOR que «á los pocos días apareció en un árbol de la Cruz Alta». Es invención muy posterior de algún fabri-

—Allí debían de yacer olvidadas por más de medio siglo, sin que Belgrano las invocase al pisarlas nueve años después; ni los caudillos de las discordias civiles se dieran cuenta de la atracción magnética que señalaba obstinadamente aquel campo de la Cruz Alta y Arequito para sus citas de anarquía: era la planta sacrilega, la mandrágora brotada de la sangre inocente, allí vertida en nombre de un mentido ideal de patria y libertad, la que llamaba á los extraviados hijos de Mayo para brindarles su fruto de maldición. Al fin, en 1861, un hallazgo fortuito hizo dar con los restos, que fueron exhumados y, confundidos esta vez para siempre, depositados provisionalmente en un sepulcro del Paraná. El cónsul de España los reclamó en nombre de su gobierno; y fué al día siguiente de la victoria que parecía cerrar, casi en el mismo sitio donde se abriera, el ciclo de las luchas fratricidas, cuando el vencedor de Pavón interrumpió su discurso inaugural de la estatua de San Martín, para firmar el decreto que parecía atribuir á la metrópoli la mayor gloria de la Reconquista (1). Las reliquias de las víctimas, llevadas por el bergantín *Gravina*, recibieron en Cá-

cante de acrósticos, quizá del mismo Núñez que la puso en circulación. La O estaba de más, pues el obispo no fué ejecutado; y si hemos de dar crédito á lo que de Alberti se refiere, el verdadero *clamor* hubiera debido, según él, levantarse por la exención de Orellana.

(1) El 30 de junio de 1862, el señor Fillol, cónsul de España en el Rosario, pidió en nombre de la reina Isabel que los restos de Liniers y sus compañeros le fuesen entregados para trasladarlos á la Península. El 3 de julio, el encargado del Ejecutivo nacional accedió á lo solicitado. El 15 de julio, la familia de Liniers protestó en términos poco felices (decía, entre otras cosas, que hubiera sido distinta la actitud del exvirrey al conocer el alcance del movimiento de Mayo!). El 19, el gobierno, visiblemente *ayacé*, y no sin razón, se desentendió del asunto; y el cónsul español logró persuadir á los deudos de que, siendo ya imposible entresacar los restos porque tan tardíamente se interesaban, resultaba su oposición un tanto excesiva. Por su parte, el mandatario argentino no supo desligarse del panegirista de Belgrano, pronunciando por decreto esta sentencia histórica muy sujeta á revisión: «después

diz grandes honras militares. Descansan hoy en el Panteón de marinos ilustres de San Carlos, juntas en la gloria como lo fueron en el infortunio.

Así murió, después de vivir largo tiempo lejos de su patria nativa,—si bien no tan desligado de ella en lo moral como en lo material—un soldado valiente y un noble varón que, sin ser propiamente un grande hombre, llenó un gran destino, y, con no alcanzar la estatura heroica, tuvo sus horas de heroísmo que le aseguran la inmortalidad.

He procurado pintarle como le veía, y he puesto todo esfuerzo en verle bien, en su marco hispanoamericano: ya sufriendo la influencia de las circunstancias con la docilidad de su carácter impresionable, ya reaccionando contra ellas á impulso de ciertas secretas energías atávicas que formaban su fondo de reserva moral. Muchas de sus aparentes inconsecuencias provinieron sin duda, más que de accidentes idiosincrásicos, de su adaptación incompleta á este medio social. Casi todos los emigrados remedamos á actores que, después de echarse sobre los hombros, en el vestuario á obscuras, el primer traje hallado á mano, saliesen á improvisar en la escena el correspondiente papel. A despecho de su larga carrera española, Liniers nunca se despojó del «hombre viejo» (1), el cual era esencialmente un noble francés del antiguo régimen. Alegre, intrépido, ligero, pródigo de su sangre y de su bolsa, sincero hasta la imprudencia y bueno hasta la debilidad, repentista incurable, coronel eximio y mediocre general, capaz de volver á ganar con su arrojo la batalla perdida con su irreflexión, devoto del Rosario y amigo del

de un silencio de cincuenta años vinieron (los deudos) á pedir los restos de personas que murieron *contrariando la revolución, sin que su memoria haya sido rehabilitada*. Véanse los periódicos de las fechas citadas, especialmente *La Tribuna*. La estatua de San Martín en el Retiro fué inaugurada el 13 de julio.

(1) S. PABLO, *Eph.* IV, 22: *Deponere veterem hominem...*

galanteo, no destituido de talento y lectura, un tanto pagado de su elegancia y nobleza, pero con un don de simpatía irresistible, y asentando todas estas prendas amables sobre un fondo inconmovible de honor y probidad, á manera de ciertas plantas de adorno criadas sobre un subsuelo de granito: tal era el airoso «aventurero» que una calaverada juvenil arrojó al servicio de España, y una inspiración feliz sacó más tarde de la obscuridad para elevarle al mando de un virreinato. Nacido para ser un brillante oficial de Condé, tocóle tramitar expedientes coloniales, entre capitulares y togados que le entendían á medias, y á quienes él no entendía mucho más, quedando siempre un tanto facticio en su papel oficial y exótico en su tierra adoptiva.

Con todo, y á pesar de las borrascas que sin tregua asaltaron la nave del Estado, hemos visto cómo el improvisado piloto no se mostró indigno de su fortuna: á dificultades menores se rindieron, no sólo el antecesor, sino también el sucesor. Al cabo, tuvo dos horas grandes, de esas que llenan una existencia: la primera, cuando el bajel, con viento en popa y guiado por las estrellas, salvó triunfalmente el canalizo en medio de frenéticas aclamaciones; la segunda, más grande aún, cuando vencido por el temporal, prefirió embicar contra el escollo antes que guarecerse en puerto enemigo. Llegado el momento en que el conflicto moral, que torturara su vida entera, se exteriorizó y magnificó en la forma tremenda de una guerra á muerte entre sus dos patrias, permaneció leal á la segunda, si bien su alejamiento le ahorró la amargura de tomar las armas contra la primera. No hubo un francés de honor que no aplaudiera su actitud; y aquí mismo, el único representante del rey no considerase estar su deber donde estaba su juramento. Todo cambió muy luego, menos el juramento y el deber, y entonces fué declarado traidor el que no había cambiado. Renació con carácter más angustiosa la fatal disyun-

tiva, cuando la revolución triunfante pretendió arrancar á sus adversarios legales una aquiescencia imposible. El anhelo emancipador de los americanos era por cierto legítimo, y fuera santo á no cobijarse al pronto bajo un engañoso estandarte; pero en ningún caso era dudosa la obligación que á cualquier soldado español se imponía. Liniers y sus compañeros murieron por ser fieles á su nación y á su rey, y su descubierta resistencia no debe equipararse á las conspiraciones de Alzaga y sus cómplices. Cayeron como buenos al pie de su bandera; y el solo hecho de ser ésta la misma que sus enemigos tremolaban, nos enseña que fué inicua su condena. Aunque la causa de la metrópoli fuera políticamente tan injusta como era justa la de las colonias, no tenían que averiguarlo los jefes españoles, sólo llamados á defenderla. Los prisioneros de guerra, fusilados sin juicio en la Cruz Alta, fueron mártires de su lealtad, y no necesitan ser rehabilitados.

Por lo demás, esa rehabilitación innecesaria, se la tributaron á pesar suyo los mismos ejecutores. Un estremecimiento de horror corrió por el cuerpo de los próceres del pacífico Mayo; y en la proclama tardía con que la Junta Gubernativa intentaba denigrar á sus víctimas, se percibe un conato balbuciente de justificación. Muy pronto acabó de caer la venda ofuscadora. El prestigio de Moreno no resistió á la repercusión del atentado; y sabemos que, no bien alejado el genio terrible de la Revolución, la Junta procuró desandar la *Via scelerata* por aquél abierta, y que ¡ay! dos generaciones argentinas estaban condenadas á recorrer. Aquel funesto sofisma por los sectarios formulado, y según el cual eran justos todos sus pasos, y criminales los contrarios: ellos mismos se iban á encargar de destruirlo, persiguiéndose los unos á los otros, arrojándose mutuamente á la cárcel y á la proscripción, en nombre de un ideal revolucionario por todos proclamado y por ninguno realizado ni definido,—hasta que, veinte años después, los últimos sobrevivientes de la Junta de

Mayo, cansados de luchas sangrientas y estériles represalias, se resignaron á saludar en don Juan Manuel Rosas al salvador de la República.

Pero ahora, en vísperas del centenario de Mayo, no basta ya que cada nación haya recogido á sus grandes muertos para glorificarlos á solas en sus Panteones. A ésta le toca el augusto deber de adoptar á la par de los suyos á los contrarios, como que las primeras víctimas de la patria nueva eran los últimos héroes de la patria vieja; y en la mezcla de verdades y errores por los cuales unos murieron y otros mataron, no descubre la historia un solo elemento egoísta é impuro, sino el móvil idéntico del patriotismo, cuyos choques sangrientos han sido y serán aún por muchos siglos la condición generadora y el rescate de la civilización.

FIN

APENDICE

POLÉMICA SOBRE EL ATAQUE DE BUENOS AIRES

Reproduzco á continuación los tres artículos que con motivo de mi versión de la Defensa, se dignó el general Mitre publicar en *La Nación* (mayo de 1897), así como la respuesta que le dirigí en *La Biblioteca*, —suprimiendo de ésta toda la hojarasca polémica que no pertenece al asunto.

PARENTESIS HISTORICOS

ASALTO DE BUENOS AIRES POR LOS INGLESES EN 1807

En la revista *La Biblioteca*, viene publicándose una biografía de don Santiago Liniers, obra del señor P. Groussac, escritor de raza, que atrae por el estilo aunque se disienta de sus opiniones; pero que repele á veces, cuando se deja arrastrar por sus instintos étnicos, al juzgar y medir fuera de su medio, hechos, cosas y personalidades, con un criterio extraño á su naturaleza y una vara arbitraria, que pretende erigir en principio y regla según su idiosincrasia.

Así, he seguido con interés la lectura de ese estudio que algo agrega á la historia argentina, aunque disintiese en muchos puntos de su modo de ver y de pensar; pues simpatizaba con el sentimiento nativo que le mueve á exaltar la figura de un varón de su raza que se ilustró entre nosotros, como el primer caudillo militar que nos condujo por primera vez á la victoria, al ensayar

las armas con que conquistamos la independencia, siendo por la fatalidad de los tiempos, la primera víctima inmortal de nuestra revolución. Gloria es debida al héroe franco-hispano-argentino de la Reconquista y de la Defensa de Buenos Aires. Sobre su tumba pueden darse el abrazo de fraternidad españoles y argentinos, y honrar juntos la memoria de un hijo de la heroica Francia.

En el curso de su animada y sugestiva narración, el señor Groussac cita varias veces mi *Historia de Belgrano* y mis *Comprobaciones Históricas*, haciendo á su respecto varias correcciones de detalle, algunas de ellas exactas y otras que serían discutibles, pero todas tan mínimas, que no me han dado ocasión para intercalar en su texto, siquiera sea un paréntesis en minúscula ó bastardilla, pues de todos modos, aceptadas unas correcciones y puestas en duda otras, no quitan ni ponen nada substancial á la verdad histórica.

No sucede lo mismo respecto de tres notas, que acompañan la última parte de ese trabajo publicado en el número 11 de *La Biblioteca*, en que se me atribuyen, sin razón y sin pruebas: 1º *Modificaciones arbitrarias*, como topógrafo; 2º *Errores fundamentales* como historiador; 3º *Maniobras imposibles* como táctico militar.

No es mi ánimo renovar una discusión, sobre puntos que son del dominio histórico, habiendo dicho mi última palabra en varios libros, en que he exhibido mis pruebas documentales y de inducción, diciendo lo que sabía ó había comprendido. Me limitaré, pues, simplemente, á defenderme, rechazando los cargos,—usando de las mismas palabras del señor Groussac á mi respecto,—como *arbitrarios, fundamentalmente inexactos, é imposibles* del punto de vista topográfico, histórico y aun militar en sus rectificaciones.

I

EL PLANO DEL ASALTO

Respecto de los planos ingleses y argentinos sobre el asalto de Buenos Aires por los ingleses en 1807, dice el señor Groussac:

«El plano adjunto á la obra *Notes of Vicerealty*, que contiene la formación de las tropas (inglesas) en el Miserere (Once de Septiembre), es bastante inexacto, y se aparta del de Gower: el del general Mitre (*Nuevas comprobaciones*), difiere notablemente de uno y otro: creemos que estas modificaciones son arbitrarias, y que no existe un solo dato auténtico que extienda la línea de formación (del ejército inglés) desde Moreno hasta Santa Fe, como aparece en las *Comprobaciones*.»

No nos damos exacta cuenta del alcance de esta observación, tan vaga es, y tan desnuda de antecedentes y de comprobantes se exhibe.

Si se hace referencia á la línea de batalla formada por el ejército asaltante en Miserere, nos bastaría citar los planos que figuran en el proceso de Whitelocke (*The proceedings etc. for the Trial of Whitelocke*, y *The Trial at large of Whitelocke*), todos contestes con el mio, en que la mencionada línea de batalla se extendía no sólo hasta la calle de Santa Fe, sino que se prolongaba hasta la Recoleta en el frente que abrazaba. El mismo general inglés lo declara así en su parte oficial, fechado en Buenos Aires el día 10 julio de 1807, en el que dice textualmente: «Formé mi línea, colocando al brigadier general Auchmuty á la izquierda, extendiéndola hasta el convento de la Recoleta, que distaba dos millas. Los regimientos 36° y 88° estaban á la derecha: la brigada del brigadier general Crawford, ocupaba el centro y principales avenidas de la ciudad, á distancia de

tres millas de la plaza Mayor y Fuerte; el 6° de guardias dragones, 9° ligero de dragones y regimiento 45°, estaban sobre la derecha, extendiéndose hacia la Residencia. De este modo la ciudad se hallaba casi embestida». Como se ve esta formación comprende las calles de Moreno y Santa Fe. Bastaría esto para el caso supuesto; pero quiero hacerme cargo de todos los casos que se presuponen.

Si la observación se refiere al trayecto que en el asalto trajo la columna de Auchmuty, dividida en dos alas, una de las cuales hago yo entrar por las calles de Santa Fe y Charcas, teniendo por objetivo el Retiro, y que el señor Groussac endereza por las calles de Paraguay y Córdoba, alejándolas de él, me bastará invocar el testimonio del mismo Auchmuty en su declaración en el proceso de Whitelocke (*Trial, etc.*, página 334). Conforme con mi versión, dice: «Según el plano de la ciudad que recibí del estado mayor, señalando los itinerarios de las diferentes columnas, mediando dos calles entre la izquierda del ala izquierda del regimiento 87° y la plaza de Toros, yo esperaba en consecuencia, dejar aquel punto considerablemente á mi izquierda. El día no había aclarado lo bastante para ver los objetos á ninguna distancia, ni habíamos nosotros disparado un solo tiro, cuando súbitamente fuimos asaltados por la descarga á metralla de dos cañones, el último de ellos, directamente sobre nuestro frente. La columna siguió avanzando, cuando un nutrido fuego de artillería se abrió sobre nuestro frente desde un edificio que en seguida hallé que era la plaza de Toros».

No había entonces, como no hay hoy, sino dos calles que desembocan sobre el Retiro: la de Charcas y la de Santa Fe. Por ésta hago marchar á la columna de Auchmuty, que según su declaración creía tenerla muy á su izquierda, cuando se encontró de manos á boca con la plaza de Toros, que lo recibió á bala y metralla por su frente. De todos modos, sea que Auchmuty penetrase por las

calles de Paraguay y Córdoba, como pretende el señor Groussac, ó por las de Santa Fe ó Charcas como lo sostengo yo, es lo mismo, puesto que el objetivo final era la plaza de Toros, confirmandose en un todo mi versión con la declaración de Auchmuty en cuanto á que penetró en la indicada plaza por una calle del frente de su columna, que desembocaba á aquella y fué recibido de frente á bala y metralla.

Esto basta para desautorizar la afirmación de que «no existe un solo *dato auténtico* que extienda la línea de formación y de ataque hasta la calle de Santa Fe»; pero queremos abundar en pruebas.

En la obra *Notes on the Viceroyalty of La Plata*, se registra un plano topográfico de la ciudad de Buenos Aires, que es el más correcto y detallado, que se publicó en 1808, en el cual se determina, con bastante precisión, la marcha de las catorce columnas británicas que dieron en aquella época el asalto, columnas que el señor Groussac reduciría á sólo doce, aunque sin insistir sobre este punto, ni aducir comprobantes. En ese plano, que es un dato auténtico, se marca con puntos el ángulo formado por las calles desde las del Juncal hasta Charcas (comprendiendo la de Santa Fe) y la prolongación de la de Charcas, ilustrándolo con esta anotación: «a-b-c-d. Terreno (*ground*) ocupado por los ingleses el 7 de julio de 1807». En el texto del libro, se dice: «Se ordenó al 87° moverse sobre las dos calles á la derecha del Retiro, y al 38° atacar en columna aquel punto (*building*)». Y agrega: «El 87°, en dos alas». El regimiento 87° era el que mandaba personalmente Auchmuty, con el cual atacó de frente al Retiro, por una de las calles que desembocan allí, y lo mismo es que fuese por la calle de Santa Fe, que por la de Charcas, Córdoba ó Paraguay, puesto que el objetivo era el mismo, como queda dicho.

Por lo demás, nuestro plano no es sino la representación gráfica de los movimientos del asalto, que ilustra los libros en que los hemos descrito según nuestras investigaciones, exhibiendo las

pruebas que las abonan. Así dijimos al publicarlo en nuestras *Nuevas comprobaciones históricas*: «Hemos condensado en un plano todos los datos topográficos que existen dispersos, combinándolos con los que suministran los documentos escritos ilustrados por la tradición, de manera de reproducir la ciudad de Buenos Aires tal cual era entonces, y con ella el itinerario de las columnas de ataque (de los ingleses)». ¿Con cuál plano, con cuál documento escrito ó con cuál tradición está en contradicción mi representación gráfica? No se dice, pues el señor Groussac sólo se limita á negar, sin demostrar el pro ni el contra, quedándole todavía por demostrar que su versión no es arbitraria.

A esto han quedado reducidas las *arbitrarias modificaciones* que á mi plano topográfico del asalto se atribuyen.

II

EL PLAN DE ATAQUE

Dice el señor Groussac en su nota crítica: «Mitre (*Historia de Belgrano*, tomo I, página 182), dice que Whitelocke tomó por objetivo la opuesta orilla del río del este, con la ocupación intermedia de todos los puntos dominantes de su trayecto. El error es fundamental, como que importa el desconocimiento absoluto del pensamiento, bueno ó malo, del general inglés. Todas las declaraciones están contestes sobre la orden de doblar á la derecha é izquierda ante los obstáculos intermedios, y no ocupar sino puntos sobre el río desde el Retiro hasta la Residencia. El plan era atacar al Ejército español en la plaza Mayor, ofendiendo lo menos posible al vecindario».

En la *Historia de Belgrano*, cuyo pasaje se cita truncado, se dice textualmente: «El general de la Gran Bretaña, mal aconsejado por Gower, se de-

cedió por el peor de todos los planes, tomando por guía las altas torres de la ciudad, y por objetivo (*de marcha*) la opuesta orilla del río al este, con la ocupación intermediaria de todos los puntos dominantes de su trayecto. (Lo que sigue, omitido en la crítica): Tal fué el itinerario y el punto de reunión que dió á sus columnas de ataque con orden de marchar en desfilada á lo largo de las calles, con arma á discreción, y sin disparar un solo tiro, hasta llegar al río, debiendo converger entonces las alas hacia la plaza Mayor, *último objetivo del ataque*».

¿Quién abona lo establecido en la *Historia de Belgrano*? En primer lugar, el mismo Whitelocke, que adoptó el mismo plan que se indica. En su parte oficial antes citado (*Trial*, etc. Ap. p. 15) dice así: «Se ordenó á cada división marchar directamente á su frente, y al llegar á la última manzana (*square*) de casas próximas al río, poseisionarse de ellas, *formando en las azoteas*, y esperar allí órdenes ulteriores. El regimiento 95° tenía orden de ocupar dos de las *posiciones más dominantes (commanding situations)*; desde las cuales pudiese hostilizar al enemigo. En el mismo parte, agrega el mismo general: «La división de la izquierda del general Crawford, al mando del coronel Pack, pasó hasta cerca del río, y volviendo á la izquierda, se acercó á la plaza Mayor, con el intento de apoderarse del Colegio de los Jesuítas (la iglesia) que *dominaba (commanded)* la línea principal de defensa del enemigo, pues era la que conducía á la plaza».

El general Crawford, en su declaración ante la corte marcial (*Trial*, etc., pág. 513) confirma la aserción de Whitelocke por lo que corresponde al movimiento que ejecutó, al ocupar las alturas de Santo Domingo. «Yo pregunté al coronel Pack (dice), si no era aquel el convento de Santo Domingo, y contestándome que sí, yo le dije, que ese era uno de los puntos que yo había considerado siempre que debía ser ocupado por mí».

¿Quién más confirma la verdad del texto de

Belgrano, sea truncado ó completo? El mismo señor Groussac, que dice: «A las diez de la mañana flameaban los colores ingleses en tres partes de la ciudad: el Retiro, Catalinas y Residencia». Y agrega: «Duff intentó vanamente tomar la iglesia de San Miguel. Vandeleur se había entregado con los restos de su izquierda á los Arribeños y Patrióticos de la Merced». Es el caso de preguntar: ¿eran ó no *puntos dominantes é intermediarios del trayecto*, antes de emprender el ataque final sobre la plaza, los que se han señalado, ó sea, las azoteas de la ribera, las iglesias de San Miguel, del Colegio, de la Merced, las Catalinas, la Residencia, el Retiro con la iglesia adyacente del Socorro, y Santo Domingo, incluyendo la Piedad, que antes había sido ocupada por los asaltantes? ¿Cuál otra *posición dominante* señalada por la cruz de un campanario, ó indicada por las instrucciones, incluso las azoteas de los aproches, dejó de ser ocupada ó atacada según el plan que en la *Historia de Belgrano* se atribuye al general británico, y que él mismo confiesa? El único, es San Francisco, sobre el cual el señor Groussac supone un ataque ó un combate que nunca tuvo lugar, y del que nos ocuparemos más adelante.

¿A qué queda reducido el *error fundamental* al exponer el plan del general británico? A lo que el mismo general hizo y dice, ocupando ú ordenando la ocupación de las posiciones más dominantes del trayecto (*commanding*, y, *commanded*) antes de converger á derecha é izquierda sobre la plaza, tal como se dice en la *Historia de Belgrano*; faltando á la lealtad de la cita la última parte, que el señor Groussac hace suya al final de su nota, como para hacer entender que estaba omitida en el texto que se critica. Búsquese ahora dónde está el error fundamental y la omisión esencial.

III

UNA MANIOBRA IMPOSIBLE

Refiriéndose á los movimientos de la columna del coronel Pack, y al ataque simultáneo de su vanguardia y de su retaguardia, mandada por el comandante Cadogan, teniendo una y otra por objetivo la iglesia del Colegio, y las Temporalidades frente al Mercado viejo, tal como la describo en mi *Historia de Belgrano*, y en mis *Comprobaciones*, dice el señor Groussac: «La maniobra descrita en la *Historia de Belgrano*, es imposible: Pack no habría podido pasar por Bolívar y el Colegio, coronado de patricios, sin dejar en la calle más cadáveres que en San Francisco». No dice más, pero lo dicho basta para demostrar lo contrario de lo que se sostiene, como va á verse.

La única razón que se da para declarar imposible la maniobra en cuestión, es que, de haberse realizado como él la supone (gratuitamente), Pack habría dejado más cadáveres que los que dejó en la calle del Colegio. La columna parcial de ataque, que en esta ocasión mandaba Pack en persona, se componía de trescientos hombres, de los cuales sólo se salvaron setenta hombres formados, quedando los demás, muertos, heridos ó dispersos, como él mismo lo confiesa. ¿Cuántos más muertos necesitaba el señor Groussac para declarar posible la maniobra que califica de imposible? Sin duda que todos ellos quedasen cadáveres. Pero este es un detalle hipotético, por no decir *arbitrario*, usando de la misma palabra del crítico.

La maniobra que se supone descrita por mí, es gratuitamente atribuída. Yo no he dicho, ni he pensado decir, que Pack pasó por la calle de Bolívar bajo los fuegos de los patricios que coronaban la iglesia del Colegio, así como los cuatro frentes de la manzana en que se halla situado,

sino que lo intentó,—como dice Whitelocke,—y fué rechazado.

La maniobra que yo describo en la *Historia de Belgrano* (t. I, pág. 186), y explico más detalladamente en mis *Comprobaciones Históricas*, es otra, que textualmente transcribo como la escribí en la indicada obra: «La columna al mando de Cadogan, avanzó por la calle del Perú (entonces *Correo*), y fué rechazada en la plazuela del Mercado viejo, por los patricios que ocupaban el edificio llamado de *Las Temporalidades*, perdiendo su cañón; y sus restos fueron rendidos poco después en la casa de la Virreina vieja, en la intersección de las calles *Perú* y *Belgrano*. La otra, dirigida por Pack en persona, atacó por la calle de *Bolívar* (entonces del *Colegio*), con el objeto de posesionarse de la iglesia del Colegio, como lo afirma Whitelocke en su parte oficial antes citado, teniendo por objetivo ulterior la plaza Mayor y la Fortaleza, según sus instrucciones. A la altura de la calle que conduce á la espalda de San Francisco (*under church franciscan*, ó sea más abajo de ella, como Pack lo dice en su declaración), fué rechazado con gran pérdida por los cantones avanzados, retrocediendo á la calle de *Belgrano*, donde después de conferenciar con Cadogan, lo dejó abandonado á su destino, y marchó con sus restos,—setenta hombres,—á buscar la incorporación de Crawford en la calle de Venezuela.»

¿Qué tiene de imposible esta maniobra, perfectamente comprobada por los documentos más autorizados, y que es, por otra parte, la única racionalmente posible? Pero no sólo es posible y racional, sino que también el mismo Pack la comprueba históricamente. El dice en su declaración (*Trial*, etc.), como se dice en la *Historia de Belgrano*, que entró con la Brigada Ligera que él dirigía, fuerte de 600 hombres, por la calle de *Belgrano*, marchando en columna continua en dos secciones, la vanguardia, mandada por él, y la retaguardia por el comandante Cadogan. Agrega

en su declaración que al avistar el río de la Plata retrocedió hasta la intersección de aquella calle con la del Perú (ó sea el punto inicial del ataque) y que allí conferenció con Cadogan, quien concordó con él en ganar terreno sobre su izquierda, y comenzar el ataque, avanzando Cadogan por *Perú*, y él, por una calle *paralela* y *el aproche* sobre su izquierda (*in a parallell street, y, the aproach of my left*) que nosotros sostenemos sea la de Bolívar, de acuerdo con Whitelocke, que la calle por donde atacó Pack con «el intento de apoderarse del Colegio, era la línea principal de defensa, pues ella conducía á la Plaza», como lo afirma en su citado parte. El rechazo fué simultáneo como el ataque; y llevando ambas alas un ataque combinado sobre una misma posición (la manzana del Colegio y las Temporalidades), yo no he podido aseverar, como se me atribuye, que Pack pasó por Bolívar hasta Colegio, pues digo claramente, que antes de llegar allí fué rechazado. Quien supone esto, y algo más, como luego se verá, es el señor Groussac.

Por lo pronto preguntaremos: ¿qué queda de la imposibilidad de la maniobra ante la más elemental táctica racional, ante los documentos fehacientes, ante las mismas declaraciones de los actores, y ante el mismo relato del señor Groussac? Como se ha visto, el señor Groussac no pone en duda (por cuanto es un hecho fuera de toda duda) que Cadogan se replegó derrotado por la calle del Perú y que Pack atacó por *una calle paralela* y *el aproche* paralelo. La calle y el aproche paralelo era la del Colegio. Que el objetivo inmediato era el Colegio, para dominar la línea principal de la defensa por cuanto conducía á la plaza Mayor, lo afirma Whitelocke en su parte oficial, cuyo texto hemos transcrito antes, á propósito de la ocupación de los puntos dominantes en el trayecto del ataque.

Agregaremos por vía de comprobación subsidiaria, que la *maniobra* que supone el señor Groussac por las calles paralelas de *Alsina* y *Moreno*, es la

misma (con un error más) relatada por el señor Vicente F. López,—á quien él critica,—y la cual hemos refutado en otra ocasión, concordando él con nuestra versión, en que la columna derrotada de Cadogan, se replegó por la calle Perú (agregando «por la cual había entrado») hasta la casa de la Virreina, en su intersección con la de Belgrano, donde se reunió con los restos de Pack.

¿Qué más pruebas se requieren para demostrar, que esa maniobra militar, no sólo es racional y está históricamente comprobada, sino que también es posible? Lo diremos; una maniobra verdaderamente imposible, que se contrapone á la nuestra, y que es la prueba más acabada de la posibilidad racional y militar de la nuestra.

IV

POST-SCRIPTUM

Como se habrá visto, nos hemos limitado á defendernos de críticas sin fundamento, exhibiendo las pruebas de la defensa. Si nuestro ánimo fuese atacar, podríamos haber ido más allá, teniendo paño en qué cortar retazos de críticas mínimas, y aun fundamentales; pero como queda dicho, no queremos renovar polémica sobre puntos del dominio histórico, respecto de las cuales hemos dicho nuestra última palabra, mala ó buena, en libros, en que se han exhibido las pruebas documentales y de inducción racional, respecto de las cuales no hay para qué volver, aun reconociendo los errores de detalle en que hayamos podido incurrir, que nosotros nos asombramos sean tan mínimos como se apuntan. Pero nos ha de ser permitido en defensa propia, someter á examen la maniobra *posible*, que nuestro crítico opone á la maniobra descrita por nosotros, que él declara *imposible*, sin aducir más prueba que su aserción abso-

luta. Su versión está reñida con la historia, con los documentos, con la táctica militar, con las declaraciones de los actores en los sucesos, y hasta con la verosimilitud, por no decirle con la posibilidad humana.

«Resultaría, sin vacilación posible—dice el señor Groussac,—que la columna de Pack, entró por la calle de Moreno». En apoyo de su versión, cita la declaración que consta del proceso Whitelocke (*Proceedings A*, página 546): «Penetré al interior de la ciudad—dice Pack—por el camino que me señalaban mis órdenes, sin encontrar oposición, excepto algunos tiros dirigidos desde *las avenidas de la plaza Mayor, al fondo de la cual pasé hasta encontrarme á la vista del río de la Plata*. Aquí hice hacer alto á la cabeza de la columna para reconcentrarla, y sintiendo un fuego á mi izquierda, y no viendo nada á mi frente por parte del enemigo, ni punto alguno ocupado por él á mi derecha, conferencié con el teniente coronel Cadogan, quien convino conmigo en ganar terreno á nuestra izquierda, y comenzar el ataque en la suposición que el enemigo se encontrase allí. Encomendé al teniente coronel Cadogan tomase el mando de la mitad de la fuerza de retaguardia, mientras yo avanzaba por la calle paralela; pero apenas me aproximé más abajo de la iglesia de San Francisco (*under franciscan church*) cuando por los fuegos de un enemigo invisible perdí al oficial y la mayor parte de los hombres de la 1.^a división, y próximamente la mitad que le seguía, y proporcionalmente la mitad de los demás que formaban mi división».

En nuestra narración, de conformidad con los planos ingleses de la época, que marcan los itinerarios de las columnas de ataque en el asalto, ateniéndome á los testimonios de los actores, y apoyándonos en el parte de Whitelocke, y en la misma declaración de Pack, hacemos penetrar á éste por la calle de *Belgrano*, y atacar en dos alas por las calles paralelas del *Perú* y de *Bolívar*, retrocediendo después del rechazo hasta la calle

Belgrano, según se explicó antes, repitiendo esto último la crítica.

El señor Groussac, hace avanzar á Pack, «sin vacilación, como él lo dice, «por la calle Moreno (que entonces llevaba la denominación de *Oruro* y también *San Francisco*); lo hace «andar por ella sin otra oposición que algunas descargas de las avenidas que conducían á la plaza Mayor al cruzar las bocacalles y pasar al fondo de aquélla, hasta avistar el Río de la Plata»; y de allí le hace volver sobre sus pasos y «torcer hacia *San Francisco*». Tal es el itinerario de marcha y de ataque de nuestro crítico.

Afirmamos sin vacilación, seguros de no poder ser contradichos, que no existe un solo plano de la época, ni documento alguno contemporáneo que haga penetrar á Pack por la calle *Moreno*, ó sea *Oruro* ó *San Francisco* entonces, pues todos esos documentos auténticos afirman lo contrario. El plano que se registra en las *Notes of Viceroyalty*—único que determine gráficamente el avance de las columnas asaltantes—hace entrar á Pack y Cadogan por la calle *Belgrano* y atacar por *Perú*, dejando libres las de *Moreno* y *Alsina*, por donde el señor Groussac supone traído el ataque á la manzana del Colegio; y todos los actores que defendían esta posición están contestes en que la columna de Pack entró por *Perú* y no pasó de *Oruro* ó sea *Moreno* ó *San Francisco*.

Emplearemos aquí, para hacer la demostración de lo imposible de aquella *maniobra* un argumento en cierto modo *ad hominem*. El señor Groussac es el inteligente director de nuestra Biblioteca Nacional, que ocupa el edificio llamado antes Temporalidades, y que en el asalto estaba guarnecido por los Patricios al mando de don Cornelio Saavedra, y desde cuyos balcones y ventanas se rompió el fuego mortífero del «enemigo invisible é inaccesible», que dió cuenta de la columna de Pack en dos calles paralelas. Invitamos al señor Groussac á que se asome á los balcones de la Biblioteca, en la intersección de las calles de *Mo-*

reno y Perú, y siga con la vista su imaginario itinerario. Con arreglo á su relato, tendría que hacer entrar á Pack por la misma calle de *Moreno*, en columna continua con *Cadogan*; avanzar por ella sin ser hostilizado bajo los balcones guarnecidos por los Patricios; cruzar las dos avenidas de la Plaza Mayor al fondo, sufriendo las descargas de ésta al atravesar las dos bocacalles hasta llegar á la vista del Río de la Plata; y de allí hacerle volver sobre sus pasos, como él lo dice, *torciendo hacia San Francisco*. Entonces se convencerá *de risu*, que su operación es militarmente imposible; pues Pack no pudo recorrer esa calle, atravesando las bocacalles de las avenidas que conducían á la plaza y llegar hasta la vista del río, retrogradando ó *torciendo después hacia San Francisco*, para, como se dice, iniciar el ataque por las calles de *Moreno* y *Alsina* á seis cuabras de su retaguardia, como él lo supone; pues antes de todo éste debió encontrarse con los Patricios al pasar bajo los balcones y ventanas del edificio que defendían. Desde el observatorio indicado, podrá él rehacer la verdadera escena, tal como pasó; es decir, haciendo marchar á Pack por *Belgrano*, retrogradar desde la proximidad del río hasta su intersección con ella en *Perú*, y atacar por ésta y por la paralela de *Bolívar*, como nosotros lo hemos explicado, replegándose en seguida derrotadas las dos alas (como él mismo lo reconoce) á la casa de la Virreina vieja en la esquina *Belgrano* y *Perú*.

Los movimientos imaginados por el señor Grousac, además de imposibles son históricamente inexactos, según el testimonio unánime de todos los actores en el suceso, que aseguran que la columna de Pack no pasó de la calle de *Moreno* (ó sea *Oruro*) donde fué destrozada. Mal podía, pues, recorrer esa calle hasta cerca del río, atravesando las dos bocacalles de la plaza Mayor bajo sus fuegos, y retrogradar después por la misma sin haber experimentado hostilidades en las Temporalidades, desde cuyos balcones es fácil darse cuenta exacta

de la maniobra en cuestión, tal como fué y tal como debió y únicamente pudo ser.

Invocaremos en nuestro apoyo el incontestable testimonio de don Cornelio Saavedra, que dirigió la defensa en la manzana del Colegio y especialmente la parte de las Temporalidades, que ocupa hoy la Biblioteca. «El cuartel,—dice Saavedra—fué atacado por una gruesa columna que entró con un cañón á la cabeza *por la esquina de la casa del finado don Pedro Medrano, que hoy ocupa la virreyna viuda, la que no pasó de la calle de Oruro*» (*hoy Moreno, que entonces se llamaba también de San Francisco, como hemos dicho, según puede verse en los antiguos planos de la ciudad*). Según esto, la columna de Pack entró por *Perú* y no pasó de la calle de *Oruro*, ó sea *Moreno*, como queda dicho, y por lo tanto era imposible que recorriese ésta hasta la vista del río y atacase por *Alsina*; seis cuadras á su retaguardia supuesta, aun admitiendo que por esta calle se llevase uno de los ataques.

Podríamos invocar también en nuestro apoyo, el testimonio del general Martín Rodríguez, así como el de don Pedro Cerviño, contestes con el de Saavedra; pero basta y sobra con el de éste, que es concluyente. Y con esto hemos concluído, con el mismo paso de nuestro crítico. *Passibus æquis.*

BARTOLOMÉ MITRE

CONTESTACION AL GENERAL MITRE

I

EL PLANO DEL ASALTO (1)

No existe plano exacto y auténtico del ataque de Buenos Aires, por las fuerzas inglesas de Whitelocke, que se realizó en la mañana del 5 de julio de 1807, ni siquiera de la formación de las tropas en línea de batalla, sobre el terreno vago que comprendía los corrales de Miserere (Once de Septiembre) y las manzanas contiguas. Es la mejor prueba de ello el haber tenido el mismo señor Mitre que confeccionar uno, en 1882, para ilustrar sus *Comprobaciones históricas*, «condensando, según sus propias expresiones, repetidas en un párrafo de su presente escrito, todos los datos que existen dispersos, combinándolos con los que suministran los documentos escritos ilustrados por la tradición, etc.». Claro está que si hubiese existido un plano exacto y completo, el señor Mitre no se tomara el trabajo inútil de elaborarlo ni habría lugar á discusión. El plano del señor Mitre comprende naturalmente la formación de las tropas inglesas en el Miserere, desde el día 4, y la marcha de las columnas á través de la ciudad en la mañana siguiente. Son dos puntos distintos que en su trabajo se mezclan y confunden indebi-

(1) Copiamos los encabezamientos del general Mitre sin aprobarlos; se llama al primero *El Plano del asalto*, y al segundo, *El Plan de ataque*; pudiera ponerse al tercero *El Orden del avance*, y así serían tres designaciones casi sinónimas para significar un solo asunto verdadero. En realidad no se trata en los tres sino del itinerario seguido por las columnas inglesas en su ataque.

damente; como mi primera nota transcrita sólo se refiere al primero, creo que es de buena regla encerrar por ahora en él la discusión.

He puesto en una nota de mi estudio sobre Liniers las palabras que cita el señor Mitre (1). al comenzar; antes de discutir su sentido y exactitud, observa que no se da «exacta cuenta del alcance de esta observación, *tan vaga es* y tan desnuda de antecedentes y comprobantes se exhibe». Es muy posible que con la edad contraiga mi estilo defectos que hasta ahora no se le han reprochado; no creo sin embargo, que sea el caso de las palabras tildadas. Allí se dice inequívocamente lo que se quiso decir: á saber, que el plano del general Mitre modifica notablemente el de Gower (incorporado al *Proceso*) y el adjunto á la obra *Notes on the Viceroyalty*, agregándose en seguida, por lo que atañe á la formación de las tropas en el Miserere: «creemos que estas modificaciones son arbitrarias, y que no existe un solo dato auténtico que extienda la línea de formación desde Moreno (nomenclatura moderna) hasta Santa Fe». A esta negación de que exista documento auténtico que autorice sus innovaciones, el señor Mitre contesta pidiéndome que exhiba «comprobantes» ¡es decir, el documento cuya existencia he negado!

Después de no darse «cuenta exacta» de mi observación, el señor Mitre entra á rebatirla, asegurando, desde luego, que la línea de batalla de sus *Comprobaciones* no difiere de las figuradas en los planos ingleses («todos contestes con el mío»). La afirmación es de todo punto inexacta. Respecto del *Proceso*, no he tenido á la vista sino la edición de Mottley; pero no hace falta la otra, por propia declaración del señor Mitre (*Nuevas*

(1) La cita está trunca; ello no importa para el sentido, pero en un caso análogo, y tratándose de un lugar de la *Historia de Belgrano* que está en manos de todos, el general Mitre no ha vacilado en escribir que «faltábamos á la lealtad de la cita».

Comprobaciones, página 169). Ahora bien, para ceñirme á un solo punto importante: según el plano inglés *auténtico*, la brigada de Achmuty estaba formada en el espacio que media entre las calles de Cuyo y Tucumán (sin alcanzar á ninguna de las dos), en tanto que dicha brigada, en el plano del señor Mitre, se extiende desde la calle de Córdoba hasta la de Santa Fe, sobresaliendo un poco de una y otra. ¡Es así como los planos son «contestes!» Las dos formaciones son tan distintas que no tienen un punto común, existiendo entre el fin de la una y el principio de la otra, lo que va, y algo más, de la esquina de Tucumán á la de Córdoba. He podido, pues, señalar la «diferencia notable», y subsiste mi observación. Ahora demostraré, siguiendo el orden del señor Mitre, que dicha modificación es tan *arbitraria* como las que vienen después.

En el mismo párrafo, y para sustentar su afirmación topográfica, escribe el señor Mitre: «la mencionada línea de batalla no sólo se extendía hasta la calle Santa Fe, sino que se prolongaba hasta la Recoleta en el frente que abrazaba. El mismo general inglés lo declara así en su parte oficial, fechado en Buenos Aires, el 10 de julio de 1807...». Desde luego,—y aquí viene bien lo de la crítica de los documentos, que no nos cansamos de reclamar,—es imposible atribuir al parte del infeliz Whitelocke, forzosamente incompleto, vacilante y plagado de errores (como hecho de oídas y al tanteo), un valor preponderante sobre las conclusiones que del mismo *Proceso* se desprenden, después de discutidas prolijamente las declaraciones de los testigos y la propia defensa de Whitelocke. En caso de divergencia, afirmamos en general que se debería optar por la versión del *Trial*. Pero respecto del punto presente, no existe contradicción entre el parte invocado y las declaraciones de Achmuty y Nugent; no hay sino una mala inteligencia del señor Mitre, cuando asegura (continuación del párrafo citado) que Whitelocke *dice textualmente*: «Formé mi línea,

colocando al brigadier general Achmuty á la izquierda, extendiéndola *hasta* el convento de la Recoleta, que distaba dos millas».

A no existir aquí el documento original, podría afirmarse *a priori* que la traducción no ha de ser correcta: nadie admitirá, aunque no tenga la más leve noción de táctica, que una brigada de dos mil hombres se forme en una línea de dos millas, para atacar una ciudad (1). Pero el documento existe y, por supuesto, en poder del señor Mitre, que lo ha leído mal. Dice el texto, literalmente: «Formé mi línea, colocando una de mis brigadas á las órdenes de Sir Samuel Achmuty, á la izquierda del brigadier general Lumley, extendiéndola HACIA el convento de la Recoleta...» (2). No creo que el general Mitre desconozca el matiz, y sostenga seriamente que, por ejemplo, el hecho de navegar *hacia* la estrella polar, importe la condición de llegar *hasta* ese paraje retirado...

Por otra parte, antes y, como ya dijimos, muy por encima de la vaga indicación del general en jefe, que no se movió entonces de la casa de White, está la relación detallada del teniente coronel Nugent, cuyo regimiento número 38 ocupaba la extrema izquierda de la brigada y fué el que *se dirigió hacia* la Recoleta, sin alcanzarla jamás,—lo que, por lo menos, prueba que no llegaba hasta allá su línea de batalla. He aquí el principio y lugar pertinente de la declaración prestada por Nugent ante la Corte marcial (3).

(1) Es lo que se observa juiciosamente en el *Plan de Doblas*: «Para llenar este espacio (él supone tres millas) necesitarían 18.000 hombres á lo menos».

(2) TRIAL, I, Appendix G, H: *I formed my line, by placing one of my brigades under Sir Samuel Achmuty on the left of brigadier general Lumley, extending it towards the convent of the Recoleta...* En la *Compilación de documentos*, lo mismo que en su *Historia Argentina*, el doctor Vicente F. López da la traducción correcta.

(3) TRIAL, II, 842.

«Marché con el regimiento fuera de sus acantonamientos, más ó menos á las cinco de la mañana, é hice alto en un sitio que me había designado Sir Samuel Achmuty, en un camino que conduce á la iglesia de la Recoleta, con mi retaguardia fuera de la línea que había de ocupar la columna izquierda del regimiento 87. Apenas oído el cañoneo, á las seis y media, seguimos adelante, y más ó menos en veinte minutos llegamos á una callejuela que se dirigía á la Plaza de Toros, á cuyo extremo estaba un amplio edificio ocupado por un destacamento enemigo...»

Del fragmento transcrito puede deducirse el itinerario del regimiento n° 38. Después de cortar por los «pantanos y albardones» que un año antes atravesara el reconquistador Liniers, Nugent llegó al Hueco de las Cabecitas (Plaza Vicente López), donde hizo alto para esperar la señal del ataque, siguiendo luego por el callejón del Socorro (un poco más oblicuo que la calle del Juncal, según los planos de Grondona y Sourdeaux), para desembocar á las siete, ó poco más, en el Retiro, en frente de la batería Abascal. Era el momento en que Achmuty, sorprendido por la resistencia de la Plaza, tenía que desviar el ataque por la parte del sud. Nugent, pues, no tocó probablemente la calle Larga, sino la encrucijada de Cinco Esquinas; en todo caso, no dió por la Recoleta el inexplicable paseo militar que el mapa del señor Mitre señala, y que le hubiera impedido entrar en batalla en el momento decisivo. Queda así desautorizada otra innovación arbitraria de dicho plano.

Seguiré al señor Mitre en su crítica del siguiente párrafo, aunque visiblemente no se refiera á la entrada de Achmuty la nota acriminada. Pero poco importa el lugar: se trata de establecer el itinerario seguido en el ataque por el regimiento n° 87, cuya ala derecha mandaba personalmente Sir Samuel Achmuty. He aquí cómo principia la refutación del señor Mitre: «Si la observación se refiere al trayecto que en el asalto trajo la *columna* de Achmuty, dividida en *dos alas*, una de las cuales hago yo entrar por *las calles de Santa Fe y de Charcas*, etc.». Sin querer herir

en lo mínimo la susceptibilidad de mi ilustre contradictor, pregunto yo si ese estilo da la idea del instrumento de precisión que se necesita emplear en estas delicadas materias de crítica. Bien sé que sólo por inadvertencia ha podido el general Mitre confundir al *regimiento* con la *columna*, y dividir á ésta en dos alas, cuando aquí «columna» y «ala» son sinónimos; luego ¿cómo ha podido entrar *un* ala por las *dos* calles de Santa Fe y de Charcas (1)?

Sabemos, pues, que el regimiento 87, dividido en dos alas ó columnas, penetró en la ciudad por dos calles oeste-este, paralelas é inmediatas. ¿Cuáles eran estas dos calles? El señor Mitre ha sostenido siempre que fueron las de Charcas y Santa Fe; yo he dicho en *La Biblioteca* que fueron las de Córdoba y Paraguay. Ahora bien, después de reflexionar en ello, sospecho que los dos nos hemos equivocado; y con mi candor habitual, voy á confesar al público las razones de mi desconfianza, en tanto que mi imperturbable adversario continuará sosteniendo que el error posible no entra en sus cálculos. Pero necesito antes despejar el terreno, dando cuenta de los errores que aquí también ha cometido mi ilustrado crítico. Pronto verá, cómo en gracia de la verdad y de la justicia, me aplico á mí mismo la propia disciplina.

El señor Mitre transcribe, en apoyo de su tesis,

(1) Me permitiré señalar al editor futuro del general Mitre algunos de los múltiples errores acumulados en el párrafo pertinente (*Historia de Belgrano*, página 183): «La división (*brigada*) de Achmuty penetró en dos alas (*cuatro columnas, dos por regimiento*)... desde Temple hasta Santa Fe (*desde Tucumán hasta Charcas*) dejando entre ellas una calle libre, la de Paraguay, (*la de Córdoba (por equivocación)*), y desprendió por su izquierda un destacamento á órdenes del coronel Nugent (*habiéndose destacado, antes de la marcha, el regimiento número 38, mandado por el teniente coronel Nugent*), á fin de que, efectuando un rodeo tomase de flanco y de revés (*por una marcha de flanco, tomase de revés*) la posición de (*dcl*) Retiro... El ala de la extrema izquierda (*el ala derecha del regimiento 87*), mandada por Achmuty en persona, etc., etc.»

la declaración de Achmuty ante la Corte; pero quiere la desgracia que esta vez tampoco dé con la requerida exactitud. Para no perder la costumbre de atribuirse siempre la razón, «solicita, como decía Renan, suavemente el texto», y la declaración de Achmuty resulta más conforme con su versión», suprimiendo ó añadiendo detalles harto significativos. Es así como nos presenta la siguiente traducción del párrafo pertinente: «El día no había aclarado lo bastante para ver los efectos á «ninguna» distancia, ni *habíamos nosotros disparado* un solo tiro, cuando súbitamente fuimos asaltados por la descarga á metralla de dos cañones, el último de ellos (*creo que*, omitido) directamente sobre nuestro frente; la columna siguió avanzando, cuando un nutrido fuego de fusilería se abrió *sobre nuestro frente* (no existe en el original), desde un edificio que en seguida hallé que era la plaza de Toros» (1). Comparando la traducción con el original, se ve que, además del primer contrasentido, el señor Mitre omite un *I believe* muy importante y agrega de su cuenta un *sobre nuestro frente* que no carece de mala intención.

En suma, lo que dice Achmuty es que, debiendo, según el croquis recibido, entrar por una calle que dejara la plaza de Toros considerablemente á su izquierda (dos cuadras), se sorprendió por el ataque brusco de dos cañones, *uno* de los cuales *le parece* que estaba á su frente, es decir, en su misma calle. Pero no lo asegura, ni tampoco afirma, como su traductor, que la fusilería ulterior saliera *de su frente*; y el mero hecho de que

(1) He aquí el texto (TRIAL, 451): «*The day had not yet sufficiently dawned to see objects at any distance, nor had a shot BEEN FIRED AT US when we were suddenly assailed by a discharge of grape from one or two guns; the latter I BELIEVE directly in our front. Though the fire was extremely destructive, particularly on the grenadiers, the column still pushed on, when a very heavy fire of musquetry opened upon us from a building, which I afterwards found was the Plaza del Tauros.*»

le pareciera á Achmuty que uno de los dos cañones enfilaba su calle de entrada, hace presumir que el otro hería oblicuamente á la columna, como si, por ejemplo, se disparase desde la misma Plaza, es decir, á su izquierda. En todo caso, el dilema es éste: si la declaración de Achmuty era probante, no había objeto en alterarla; si no era probante, y sólo vendría á serlo con las alteraciones introducidas... dejó al señor Mitre que formule la conclusión.

De la versión de Achmuty, así corregida y aumentada, mi hábil adversario parece deducir lógicamente que las dos columnas del regimiento 87 no pudieron entrar sino por las dos calles de Santa Fe y Charcas, «las únicas que desembocan por el Retiro». Pero esta misma deducción condicional es incorrecta. Cuando, después de escribir: «las (calles) de Charcas y Santa Fe», agrega en seguida: «por ésta hago marchar á la columna de Achmuty que creía tenerla (la Plaza) muy á su izquierda, etc.», esto no puede evidentemente significar sino que la columna de Achmuty entró por la calle Santa Fe; en cuyo caso, el ala izquierda no ha podido entrar por Charcas sino por Arenales, teniendo la Plaza de Toros á su derecha!—Todo ello es suposición y fantasía, como que sólo se funda en traducciones incorrectas y deducciones arbitrarias: siendo falsa la base, no hay sofisma superveniente que afirme el andamio, y éste se viene abajo al primer choque de la realidad. Un solo ejemplo: el edificio de la Plaza de Toros ocupaba, según el mismo plano de las *Comprobaciones*, casi el centro de la manzana que se formaría, prolongando las calles de Charcas y Santa Fe y cortándolas con las calles de Florida y Maipú; remitamos al señor Mitre su *lapsus calamí* del ala de Achmuty que entra por Santa Fe, y aceptemos que sea por Charcas. ¿En qué cuadra de Charcas quiere él que se empeñe el fuego nutrido y mortífero de *fusilería* entre la Plaza y la columna de Achmuty? Su plano señala la retirada de la columna hacia la derecha por la calle de Sui-

pacha (1), lo que haría suponer que el *engagement* tuvo lugar entre Suipacha y Artes. Pero, entre el centro de esta cuadra y el edificio atacado, hay más de 400 metros. Ahora bien, es muy sabido que la zona realmente mortífera del fusil francés, modelo perfeccionado de 1802, con que se hicieron todas las guerras del Imperio, no pasaba de 250 metros, siendo así que por su pólvora y construcción realizaba, como alcance y seguridad, un progreso notable sobre todos los existentes—y, por supuesto, sobre el de la Armería colonial. Eliminando por insostenible la hipótesis de la cuadra Florida-Maipú, no sería admisible, desde este punto de vista balístico, sino la cuadra de Charcas entre Maipú y Esmeralda; pero esta misma resulta inaceptable por la conocida circunstancia que el mismo Achmuty refiere así: «Al avanzar por esta calle (la derecha contigua á la de entrada), dimos con un arroyo profundo que corría en su centro». Es muy sabido que, entre Esmeralda y Maipú, la *Zanja de Matorras* surcaba la calle de Córdoba, y no la de Paraguay. Luego, no se hallaba entonces Achmuty en esta última calle; no pudo por tanto haber entrado por la de Charcas, y mucho menos por la de Santa Fe, como pretende el señor Mitre. Esta deducción, que reputo correcta, viene también á modificar en un solo punto mi propia versión anterior, que señalaba la calle de Córdoba como la de entrada, cuando fué la de salida. Reconozco y rectifico mi error, que nació de una doble causa: fué la primera atribuir exactitud absoluta al plan general de ataque formulado tan claramente en la defensa de Whitelocke, sin aceptar la posibilidad de un extravío de Achmuty.

Resumiendo, pues, lo anterior, digo que la co-

(1) Es nuevo error del plano: el cuerpo, bastante maltrecho, cortó la manzana por el medio: *followed me in an attempt to get into a garden on the right of the street, in which they succeeded; we penetrated into the next parallel street to the right of the one we had left*.

lumna de Achmuty penetró en la ciudad, como en el texto se dice, por la calle del Paraguay y, por consiguiente, su ala izquierda por la de Charcas (1). Al llegar á la cuadra Artes-Suipacha de dicha calle Paraguay, Achmuty recibió descargas á metralla de dos cañones, el uno disparado desde el Retiro (por sobre las manzanas no edificadas) el otro desde la misma calle Paraguay, bocacalle de Florida (donde el plano de Doblás hace figurar una trinchera). La columna siguió avanzando hasta la cuadra siguiente, cuando un vivo fuego de fusilería de dicho cantón (á menos de 250 metros) diezmó sus filas y la hizo vacilar; cortó entonces por la manzana de su derecha, bajando por la calle de Córdoba desde la cuadra Esmeralda-Maipú, donde corría la zanja protectora. En su avance hacia el río, después de incorporarse el ala izquierda, el regimiento 87 ocupó un edificio defendido, tomando un centenar de prisioneros y tres cañones. Desde este punto vió flamear los colores ingleses en el vecino convento de las Catalinas, y sintió que entraba en combate por el norte el regimiento de Nugent, con quien, después de despejar el sud del Retiro, se puso en comunicación.

Sin cuidarse de obscurecer el debate por falta de orden lógico, el señor Mitre mezcla en este párrafo dos materias tan distintas como la vali-

(1) En la obra *Notes on the Viceroyalty* (y también en el plano de las *Comprobaciones*), se hace mandar esta columna por el mayor Miller cuyo nombre no figura en el *Trial*, por la razón harto suficiente de que este oficial cayó mortalmente herido en las primeras descargas. A este respecto ocurre en el *Proceso* un incidente curiosísimo. Después de Nugent, comparece un capitán Conway Costley, y comienza el interrogatorio; «¿Mandabais el ala izquierda del regimiento 87, el 5 de julio próximo pasado?—No.—¿Acompañasteis esa izquierda en su marcha por la ciudad?—No...»—Y el testigo se retira sin que vuelva á hablarse más de dicha columna, ni el Tribunal pida á Whitelocke ó Achmuty la explicación del enigma. De un pasaje bastante vago del *Trial* (II, 731) podría inducirse que la primera intención del general Gower fuera avanzar con Achmuty.

dez del plano adjunto á la obra *Notes on the Viceroyalty* y mi propia versión del plan de ataque. Procedamos por partes y ejecutemos prestamente esa rapsodia inglesa, que llama el señor Mitre el plano más «correcto y detallado» de la época, y que dice seguir «para abundar en pruebas». Aquí falla el refrán de *lo que abunda no daña*; pues, á más de no ceñirse á este plano el de las *Comprobaciones*, no cuesta trabajo demostrar que ni el plano ni la obra merecen la confianza y el aprecio del señor Mitre. Por el pronto, él no sigue dicho plano en el itinerario, ni siquiera en la formación; pero este cotejo fuera ocioso desde que la obra carece de autoridad. Es una compilación anónima, publicada en 1808, y que, en lo referente á la Defensa, se compone, por una parte, de un plagio servil del *Proceso*, cuyas palabras repite literalmente, y, por la otra parte, de errores tan groseros que no merecen refutación. Ya hemos señalado este carácter de la obra en el capítulo que ahora se discute; pero, para el señor Mitre, no existe lo que contraviene á su tesis: es impermeable. Entre otras muestras de «corrección», el plan mencionado coloca la casa de White entre Rivadavia y Piedad, la Residencia en la manzana formada por Balcarce, el Bajo, San Juan y Cochabamba; los mataderos, entre Cangallo y Corrientes. La iglesia de Santo Domingo, punto central y nudo de la discusión que luego vendrá, se levanta entre las calles de Moreno y de Belgrano, lo que contribuye á aclarar el debate! En lo que atañe al ataque del Retiro, el plano en que se apoya el señor Mitre, «para abundar en pruebas», trae al regimiento número 38, no por la calle del Socorro ó del Juncal, sino por otra imaginaria, paralela á ésta, y que sería algo así como una fantástica calle Pueyrredón que cortara la avenida de la República y desembocase en pleno Retiro! Y lo ameno del caso actual, es que estos mismos errores, y otros menores de un plano análogo, bastaron en otro tiempo al mismo señor Mitre para eliminar del debate un documento cu-

yas «monstruosidades lo desautorizan por completo» (1).

En cuanto á la proposición incidental, en que el señor Mitre me reprocha «reducir á solo doce» las, según él, catorce columnas que cruzaron la ciudad en el primer ataque de la mañana («sin aducir comprobante»!), podríamos limitarnos á pedirle que leyera con atención la página que refuta: allí verá cómo el cuerpo de Nugent, que ni fué dividido ni entró por calle alguna, sino por las quintas del noroeste, no podía computarse entre las columnas paralelas de ataque, como no lo computa tampoco Whitelocke en su defensa y sí lo excluye expresamente (2). De suerte que, en resumidas cuentas, lo que el señor Mitre me reprocha en este momento de su escrito, es no exhibir comprobante de ser cierto que 14 menos 2 sea igual á 12...

Queda, pues, subsistente la primera nota examinada, y demostrado, para quien entienda lo que es demostración, que el plano de las *Comprobaciones* trae modificaciones arbitrarias, no atenuadas sino agravadas por el nuevo suplemento de comprobación.

II

EL PLAN DE ATAQUE

En este capítulo, puede decirse que constituye el eje del debate lo de decidir si *extremo* es ó no

(1) *Nuevas Comprobaciones*, página 85.

(2) TRIAL, 736: *Four regiments on the left, under sir Samuel Achmuty and general Lumley namely the 87th, 5th, 36th, and 88th were divided into wings, constituting, therefore, eight different columns of attack, EXCLUSIVE OF THE 38th, which was to attack the Toros from the rear; and the brigade under general Craufurd and the 45th, under coronel Guard were divided into four columns.*

sinónimo de *intermedio*. El señor Mitre opina por la afirmativa, con gran acopio de comprobantes; y tal es la razón de la sinrazón que á nuestra razón se hace.

En una cita que sólo comprende el último miembro de una frase hasta su punto final, el señor Mitre me reprocha, con inusitada acrimonia, el no haber transcrito la frase que sigue, más larga que la nota entera y que se encuentra en una obra popular, cuyo tomo y página indico minuciosamente. Pido al lector que lea atentamente la cita acriminada, con el aditamento agregado por mi honorable adversario, y diga si todo lo omitido por mí no está contenido en lo citado. Sea de ello lo que fuere, la inútil y desgraciada amplificación queda restablecida por el mismo interesado y todo el mundo puede leerla en su lugar. Y ahora preguntamos, no sólo si, en buena lógica y estilo correcto, puede una proposición completa y cerrada por un punto final, ser destruída por otra proposición subsiguiente, sino si, en el presente caso, la segunda mejora ó modifica la anterior? He criticado el contenido de este concepto total, indebidamente atribuído al general inglés: *tomó por objetivo la orilla del río, con la ocupación de todos los puntos intermedios y dominantes del trayecto* (1), y he dicho que encierra «un error fundamental, como que importa el desconocimiento absoluto del pensamiento, bueno ó malo, del general inglés». Para destruir mi crítica, necesitaba el señor Mitre demostrar: ó que he tergiversado las palabras subrayadas, ó que, á pesar de mi aserción contraria, ellas expresan exactamente el pensamiento de Whitelocke, tal cual se manifiesta, no en las declaraciones de sus tenientes, sino en las órdenes generales, y sobre todo en la defensa ante

(1) Me permito restablecer el orden lógico de la oración, interpretando el sentido: *ocupación intermediaria* carece de significado claro.

la corte del propio Whitelocke. Veamos si lo ha demostrado.

¿He tergiversado la oración que he citado hasta su punto final? No, puesto que el señor Mitre reproduce mi cita sin cambiarle una letra. Pero me reprocha no haber completado la cita con otra frase independiente que, según él, modifica el sentido de la anterior. Por singular que me parezca esta teoría literaria, que consistiría en trasladar á una segunda oración el sentido de la primera, voy á darle por el gusto á mi ilustre crítico, pero cobrándole, como es debido, el derecho de transcripción. He aquí la frase omitida: *Tal fué el itinerario y el punto de reunión (sobre el río) que dió á sus columnas de ataque [1], con orden de marchar en desfilada á lo largo de las calles [2], con el arma á discreción y sin disparar un tiro hasta llegar al río [3], debiendo converger entonces las alas hacia la plaza Mayor, último objetivo del ataque [4].* Para mayor claridad he dividido la frase en cuatro partes; se ve que en la primera no se hace sino resumir el error señalado; la segunda no agrega nada al sentido, pues es sabido que las columnas de ataque que cruzan una ciudad marchan en *desfilada* y, por supuesto, á lo *largo* de las calles; la cuarta tampoco reza con la proposición criticada, pues supone atravesada la ciudad, pero apunta otro error (1). Resta la tercera que, con estar á la vez conforme á las dis-

(1) Las órdenes generales se limitaban á disponer que cada columna ocupara una posición favorable en la manzana extrema correspondiente, sobre el río, y esperase allí órdenes ulteriores. En su defensa, Whitelocke atribuye el fracaso, con ó sin razón, á la concentración de los cuerpos *contra sus disposiciones terminantes* (*Trial*, II, 739 y *passim*).—Si el señor Mitre no lo tomase á mal, me permitiría señalarle, para su edición futura, algunas otras inadvertencias de esta misma página; v. gr.: la brigada (no división) de Craufurd comprendía dos cuerpos y no tres; el regimiento 5, al mando de Guard, no pertenecía á la brigada; no es por estar cortadas en ángulo recto que las calles de Buenos Aires pueden ser enfiladas por la artillería, sino por ser rectas, ya fueran agudos ú obtusos los ángulos de intersección; etc., etc.

posiciones de las órdenes generales de Whitelocke, y contener una cláusula incompatible con la proposición criticada, revela á las claras que dicha proposición no puede ser disposición de Whitelocke, como luego lo demostraré. Se ve, pues, que no sólo no he tergiversado las palabras que he citado, sino que las omitidas por mí sólo contienen tres redundancias, una incompatibilidad y un nuevo error. No acierto á descubrir qué ha perdido el señor Mitre con su omisión, ni qué habría ganado con su mención expresa.

Al iniciar el segundo punto de su demostración, exclama el señor Mitre: «¿Quién *abona* lo establecido en la *Historia de Belgrano*?» No apruebo el término, tratándose de una cuestión de hecho —*matter of fact*—y no de opinión. La tesis es ésta: la frase que he criticado ¿traduce ó no correctamente el pensamiento de Whitelocke? Tal es la cuestión. Para resolverla, no es necesario ni útil saber si acreditan la opinión del señor Mitre tal ó cual maniobra de Craufurd (á quien Whitelocke acusa de desobediencia), ni tal ó cual palabra de un escritor moderno, cuyo testimonio se tergiversa: lo único pertinente y tópico, en este caso, es buscar la interpretación del pensamiento de Whitelocke en las órdenes, comunicaciones oficiales y defensa documentada del mismo Whitelocke.

Entre todos los documentos auténticos que proceden directamente del general en jefe Whitelocke, hemos dicho ya que el menos autorizado y fehaciente es su parte oficial á Windham, que escribió á raíz de la capitulación, siendo así que permaneció alejado é incomunicado de sus columnas durante el asalto, y, por otra parte, no pudo hasta el 10 de julio recibir y menos compulsar los informes parciales (?) de sus tenientes (1). Además, el parte no podía sino ser eco de las manio-

(1) El despacho *privado*, que en la propia fecha dirigió Whitelocke al mismo Windham, difiere gravemente de su parte oficial.

bras realizadas, muchas de ellas en oposición al pensamiento, bueno ó malo, del general en jefe... Ahora bien, de todos los documentos de Whitelocke, ese es el único citado «en su abono» por el general Mitre; y lo que de él transcribe no hace absolutamente al caso en discusión, como voy á demostrarlo sin demora.

He combatido, como *error fundamental* acerca del plan de ataque, la afirmación de que las columnas tuvieran orden de *ocupar todos los puntos INTERMEDIOS de su trayecto*, desde el Miserere ó alrededores hasta el río. Para sostener su tesis, el señor Mitre transcribe una frase del parte en que se dice que «el regimiento 95 debía ocupar dos de los puntos más dominantes»... pero sin notar que la frase anterior, por él mismo citada, precisa de un modo general que cada cuerpo ocupará los edificios más adecuados de la «última hilera de casas sobre el Río de la Plata»; de suerte que su argumentación se reduce literalmente á este raciocinio «bicornudo», si es tolerable el galicismo: «la prueba de que las columnas tenían orden de apoderarse—sin un tiro—de todos los puntos intermedios y dominantes de su trayecto, es que ocuparon ó procuraron ocupar algunos puntos (dominantes) de la última hilera de casas sobre el río!» No más lógicos son todos los argumentos subsiguientes; por eso dije, al empezar este capítulo, que era ante todo una cuestión de vocabulario. Para el señor Mitre, los puntos *intermedios* del trayecto, que comienza en Miserere y termina en el río, son las casas que dan sobre el mismo río. ¿Cuáles son entonces los puntos extremos?—Veo asomar la oreja del sofisma: podría el señor Mitre prolongar la discusión, alegando que los diferentes cuerpos tenían orden de reunirse y «converger hacia la plaza Mayor», y que, en cierto modo, el Retiro y la Residencia eran puntos «intermedios» respecto del «último objetivo del ataque». Pero esto mismo no es sino otro error del señor Mitre. Whitelocke ha protestado diez veces con toda vehemencia contra esta falsa in-

terpretación de su plan, y así lo consigna especialmente en la misma frase transcrita por nuestro ilustre contendor: cada cuerpo debía ocupar la última manzana respectiva de la ciudad y «esperar allí órdenes ulteriores», *and there wait for further orders*.

Por la misma consideración fundamental, quedan refutadas todas las otras afirmaciones del señor Mitre acerca de los puntos *extremos* que él reputa *intermedios*. La hilera extrema de la ciudad, para quien la cruce de oeste á este, es la última línea de manzanas, es decir, la zona entonces edificada entre la calle de la Defensa, con su prolongación, y el río: en ésta se levantaba la retahila de las iglesias y conventos traídos «en su abono» por el historiador de Belgrano y citados por mí ó cualquier otro de más peso. La única iglesia que haga excepción es la de San Miguel que, como dije, «Duff intentó vanamente tomar». Aquel pobre teniente coronel Duff, oficial inferior á su misión; es el mismo que dejó su bandera en el cuartel general «temiendo que se la tomase el enemigo». Dice efectivamente en su balbuciente declaración que tenía orden de ocupar á San Miguel, pero su jefe le desautoriza en lo principal (1). La verdad es que Duff andaba por esas calles como «rata por tirante»; la ausencia de piedra en los fusiles acabó de hacerle perder la cabeza, y procuró meterse en el primer agujero que encontró; rechazado, fué á rendirse, para que se realizaran sus previsiones.—En cuanto á las iglesias del Socorro y de la Piedad, que también se mencionan, no

(1) TRIAL, 490: «*Having given orders to Lieutenant Colonel Duff and Major Vandeleur... to push rapidly on and penetrate if possible to the river, or to post themselves as far in advance as they were able, taking possession of any church, or large house or houses, which they might afterwards be best able to maintain and defend*». Naturalmente el apocado Duff prefirió á lo primero lo segundo, que no era sino condicional, pero esto mismo contravenía á las órdenes superiores, y no estamos discutiendo lo que se hizo, sino lo que Whitelocke quiso hacer.

fueron tomadas en cuenta, mucho menos ocupadas por las columnas de ataque.

Queda así demostrado que el plan de White-locke consistió precisamente en evitar (*to avoid*) toda demora en los puntos *intermedios* del trayecto,—por eso traían las tropas sus fusiles sin cargar,—y, por tanto, que la tesis contraria del señor Mitre, asentada en una serie de equívocos, significa un error fundamental respecto del plan de ataque. Si mi honorable contradictor persiste en sostener que las últimas manzanas de la ciudad constituyen sus puntos intermedios, nada tengo que replicar: *cum negantibus principia non est disputandum.*

III

UNA MANIOBRA IMPOSIBLE y *Post-scriptum*

El título puesto por el señor Mitre á su tercera parte no da una idea cabal del contenido: es un procedimiento de polemista encarnizarse en un detalle ostensible de la tesis, deslizando por incidencia las proposiciones principales y peligrosas. La «maniobra imposible», aquí puesta en evidencia, no es siquiera un episodio del doble ataque traído por Pack y Cadogan: es un mero accidente que debe incorporarse al relato principal y seguirle en lugar de precederlo. Aquí, pues, en gracia de la precisión, necesitamos abandonar el orden disperso de nuestro eminente adversario, fundiendo en uno solo sus dos capítulos finales. Por otra parte, la numeración de esta página me advierte que «no he tenido tiempo de ser breve», y necesito ganar al fin el espacio que he perdido al principio.

Toda la enmarañada diseusión de detalles, promovida por el señor Mitre, queda resuelta con establecer sólidamente el itinerario del coronel Pack

y el subsiguiente de Cadogan, después de haberse éste destacado con la retaguardia.—Creía haber demostrado en mi relato que, según el plan de ataque, la columna de Pack no podía haber entrado sino por la calle de Moreno: no sólo se deducía esto de la disposición terminante, y tantas veces repetida, según la cual las columnas ocuparon todas las calles paralelas, dejando libres únicamente las centrales (es decir, hacia el sud, Victoria y Alsina), sino que era la única distribución de las fuerzas compatible con las declaraciones testimoniales. Naturalmente, mis razones no han conmovido la convicción del señor Mitre; él es, no diré invencible, pero sí incon vencible; su divisa es la del personaje de Aristófanes: *No me persuadirás, aunque me persuadieras!* Huelga, pues, agregar que este suplemento de demostración se dirige, más que á él, á los lectores imparciales.

A las razones directas, ya expuestas, que hacen entrar la columna de Pack por la calle de Moreno, sólo agregaré una que, si bien indirecta, considero decisiva. Todo el mundo reconoce que la columna de Pack y la de Craufurd penetraron por dos calles inmediatas: el señor Mitre hace entrar la primera por Belgrano y la segunda por Venezuela; no hay sobre esto discusión. No la hay tampoco sobre el hecho de mandar aquél el ala izquierda de la brigada. Ahora bien, la columna derecha entró por la calle de Belgrano, y no por la de Venezuela, como quiere el señor Mitre: ello se infiere, sin duda posible, de la misma declaración de Craufurd ante la Corte marcial. «Cuando llegué al Bajo, dice, vi el bastión sudeste del Fuerte á unas 450 yardas de mí, tan exactamente como pude juzgar» (1). Para pesar el valor *absoluto* de esta apreciación, es necesario situarla en su cuadro real. No se trata de la vaga impresión fluctuante

(1) TRIAL, 512: «When I arrived on the beach, I saw the south-east bastion of the fort at the distance of about 450 yards from me, as nearly as I could judge.»

que, al amanecer del día 5 de julio, recibiera el general Craufurd, sino de la declaración meditada, destinada á soportar la discusión pública, elaborada á la vista de los planos y documentos en las semanas que precedieron la sesión solemne del Consejo de guerra, el que, por otra parte, recibía las declaraciones ante el plano desplegado. Claro está que lo expuesto allí por un general del ejército inglés no pudo ser (en esta parte de su relato, cuya importancia confieso haber antes desconocido) sino el resultado de maduras reflexiones y la expresión exacta de la verdad. Contó, sobre el plano de la ciudad, las tres cuadras que median entre el ángulo sudeste de la Fortaleza (esquina de Victoria y Balcarce) y la bocacalle donde estaba seguro de haberse hallado siete meses antes, y señaló la distancia que fija irrefutablemente su entrada por la calle de Belgrano (1). De ello se deduce «sin vacilación» que Pack entró por la calle de Moreno, pues nadie niega que siguiese la calle izquierda inmediata á la de Craufurd (2).

Podría argüirse que, si bien las órdenes señalaban á Pack y Craufurd su preciso itinerario, pudieron uno y otro cometer el mismo error que Achmuty; pero la objeción no es atendible. No hay paridad en ambas situaciones. El error de Achmuty provino de tener por delante terrenos vagos, cuyas cuadras exteriores no estaban en muchas partes delimitadas. El caso de la brigada

(1) En realidad la cuadra tenía 140 varas y 11 de ancho la calle; pero todos los documentos ingleses cuentan siempre las varas por yardas; así Whitelocke (TRIAL, 736): *the sides of the squares of houses are 140 yards.*

(2) Dificilmente se creería que esta misma circunstancia de estar Craufurd «á la vista del bastión sudeste de la Fortaleza, á 450 varas de distancia» se da como razón para que él se encontrase en la *calle de Venezuela*, por donde «había entrado»! Pues es lo que se lee en la *Historia de Belgrano*, página 186: 450 varas, es decir, tres cuadras contadas norte-sud desde la calle de Victoria; ello es *prueba* de que Craufurd estaba en Venezuela, y no en Belgrano!

Craufurd era muy diverso: había avanzado hasta la altura de la plaza Lorea, vértice del «triángulo isósceles», como dice Doblas, que figuraba la planta completamente edificada de la ciudad; aquí no había duda posible sobre las cuatro calles centrales (Piedad, Rivadavia, Victoria y Alsina) que debían quedar libres, teniendo que entrar la columna de Pack por la primera á la derecha de Alsina (1), lo mismo que por el otro lado, la columna de Duff, por la primera á la izquierda de Piedad: ni Duff ni Pack podían equivocarse, ni se equivocaron. Por fin, pudo el regimiento del extremo norte persistir en su error después de cometerlo, porque no tenía cuerpo á su izquierda que se lo advirtiese con su presencia; no así la columna de Pack que hubiera encontrado la calle vecina obstruida por Craufurd. Sería, pues, necesario admitir el error sucesivo y en el mismo sentido—que ninguno de ellos ha mencionado—de los cuatro jefes de columna.

¿En qué se funda el señor Mitre para sostener su tesis? Después de desafiarme á que exhiba planos y documentos que resuelvan categóricamente el punto en mi favor—cuando él sabe muy bien que no existen los tales ni en un sentido ni en otro—desenvuelve majestuosamente «el único que determina *gráficamente* (es natural!) el avance de las columnas asaltantes»: y este mirlo blanco topográfico, ya lo adivináis, no es otro que el plano de las famosas *Notes on the Viceroyalty*, que él mismo desechara en otra ocasión por sus «monstruosidades»,—el cual, entre otras gentilezas, coloca á Santo Domingo entre Moreno y Belgrano y, por lo tanto, hace entrar á Pack por la calle que limita al sud dicho convento!

(1) Además, decía la *Orden general*: «El batallón ligero penetrará por la *segunda* calle á la derecha de la que conduce á la casa de Mr. White» (*TRIAL, appendix, XXXV*). En el plano del *Trial*, lo mismo que en el de las *Comprobaciones*, la casa de White está en prolongación de la calle Victoria: luego *the second street on the right* es la de Moreno.

Una vez establecido irrefragablemente el hecho primordial de la entrada de Pack por la calle de Moreno, sus evoluciones ulteriores, así como las de Cadogan, se deducen, lógicamente y sin esfuerzo, de las declaraciones respectivas. Volveremos á resumirlas en pocas palabras, siguiendo escrupulosamente la versión del *Trial*.

La columna de Pack, formada por 5 compañías del batallón ligero y 4 del regimiento 95 (componiendo un efectivo de 600 hombres de tropa), recorrió la calle de Moreno «que le señalaban las órdenes, sin más oposición que algunos tiros disparados desde las avenidas que conducen á la plaza Mayor, al cruzar las bocacalles (1). Llegada á vista del río (cuadra Defensa-Balcarce), se mandó hacer alto para apretar filas. La columna marchaba probablemente, como la de Vandeleur, con siete hombres por frente, formada en 18 divisiones ó medias-compañías según la organización vigente todavía, dejando un intervalo de tres ó cuatro pasos entre cada división: ocupaba, pues, cerca de una cuadra. No viendo allí rastro del enemigo ni punto alguno que ocupar al frente ó á la derecha (2), Pack convino con Cadogan en marchar al fuego que se oía por la izquierda; dividió en dos la columna, y dió á Cadogan el mando de la mitad de retaguardia, con orden de avanzar hacia la izquierda por una calle paralela á la que él mismo iba á tomar. Aquí se pronuncia otra disidencia, corolario de la fundamental. No existiendo para mí duda posible sobre el hecho de estar en ese momento la columna de Pack en la ca-

(1) El señor Mitre, que hace entrar á Pack por la calle Belgrano, supone que éste ha dicho: «*pasé por el fondo de la plaza Mayor!* The bottom of which I passed se aplica evidentemente á *avenues*, del mismo modo que solemos decir aún: el fondo de la cuadra, por su extremo.

(2) Nuevo contrasentido del señor Mitre que traduce: *seeing nothing in my front of the enemy, or any post to occupy there, or to my right*, en esta forma sorprendente: «No viendo nada á mi frente por parte del enemigo, ni punto alguno ocupado por él á mi derecha...»

lle de Moreno, creo que debo interpretar como lo hice las evoluciones y ataques de los dos cuerpos separados. En tanto que Cadogan cambiaba de frente y volvía sobre sus pasos hasta tomar la calle Perú, Paek enderezó hacia la plaza Mayor, por la calle Defensa, que era la más directa y próxima. Es ilógico y peligroso—sobre todo si no se sabe bien la lengua—aplicar á la deposición oral de un soldado los procedimientos supersticiosos de la exégesis; las declaraciones del *Trial* pecan á menudo de incorrectas y vagas; la del mismo Paek no es irreprochable: emplea *approach* en singular con un sentido que no es el técnico, y que el señor Mitre traduce abusivamente por «calle paralela inmediata»; en la misma frase la voz *división* significa la media compañía y luego el cuerpo entero, etc. Hay que leer lisa y llanamente, sin epilogar, más con ayuda del buen sentido que del diccionario. Por ejemplo, cuando dice Paek, á raíz de tomar su determinación de marchar hacia la Plaza, que, no bien se hubo aproximado á la iglesia de San Francisco, estalló el fuego del enemigo, no hay espíritu recto que pueda entender que *I had scarcely approached UNDER the Franciscan church*, signifique, como hace un cuarto de siglo viene repitiéndolo *mutatis mutandis* el señor Mitre: «Estando en la cuadra de Balcarce-Defensa, calle de Belgrano (como él dice), resolví marchar hacia la plaza Mayor, y para el efecto seguí hasta Bolívar, y tomando por esta calle hasta encontrarme *debajo de* la iglesia de San Francisco, etc.». Ello es manifiestamente inaceptable, y tal es la «maniobra imposible» que he señalado, queriendo significar, no una imposibilidad material, sino que es imposible atribuir á un jefe experimentado tan singular maniobra, expresada con tan extraña fórmula. *To approach under the Franciscan church* expresa la idea sensible y propia de acercarse por la cuadra que la iglesia domina, y no «más abajo», á una cuadra *hacia el alto*, desde donde no se divisa á San Francisco. Y tan es así, que el autor favorito del

señor Mitre, al transcribir esta parte del *Trial*, pone tranquilamente la frase que sigue, como equivalente de la de Pack: «no bien se hubo acercado á la iglesia de San Francisco, cuando, etcétera» (1). ¿Cómo podía decir que se acercaba á San Francisco avanzando por la calle de Bolívar? Hubiera dicho evidentemente «al Colegio».

Me permito pensar que no es digno del señor Mitre abandonarse al deplorable y anticuado sistema de impresionar al incauto lector con afirmaciones gratuitas. No puede afirmar que su narración esté estrictamente ajustada á «los planos ingleses de la época que marcan los itinerarios, los testimonios de los actores, las declaraciones de Whitelocke (2) y Pack, que hacen penetrar á éste por la calle de Belgrano, atacar en dos alas por Perú y Bolívar, etc., etc.», cuando sabe pertinentemente que sólo indica lo primero el único plano que no merece fe, y nada precisan de lo segundo ni planos ni planes, ni actores ni autores. La historia digna de respeto y crédito no es un alegato, y mucho menos *pro domo suá*; sino un esfuerzo de labor sincera y desinteresada, de investigación justiciera y serena, en que el escritor falible y fatalmente inferior á su empresa, debe estar siem-

(1) *Notes on the Viceroyalty*, 206: «*Scarcely had he approached the Franciscan church*»...

(2) El parte de Whitelocke, que el señor Mitre cita en apoyo de su tesis insostenible, sólo prueba dos cosas: 1.ª que no ha sido entendido; 2.ª que dicho documento, como ya dije, no merece crédito.—Whitelocke no tiene noticia de la separación en dos cuerpos de la columna de Pack; no menciona á Cadogan y engloba para mayor confusión el doble ataque separado. Dice que «la columna izquierda de la brigada Craufurd procuró apoderarse del colegio de los Jesuitas y que, rechazada, tuvo que retroceder y refugiarse en una casa (la de la Virreina) donde se rindió»: ello, evidentemente, se refiere á Cadogan y anula la cita del señor Mitre que la refiere á Pack. A renglón seguido, el mismo parte de Whitelocke desbarra grotescamente respecto de Craufurd, que se aproximó al bastión nordeste del Fuerte, de que «distaba 400 yardas». (*TRIAL*, *Appendix*, xvii y xviii). El parte de Whitelocke y los *Notes* son las dos fuentes preferidas del señor Mitre.

pre dispuesto para admitir la rectificación fundada que torne menos imperfecta su obra.

La columna de Pack, pues, al avanzar por la calle Defensa y llegar bajo los muros de San Francisco, sufrió tan terrible ataque de los cantones y de la calle que tuvo que retroceder, dejando la cuadra sembrada de cadáveres, y doblar por la calle de Moreno que trajera al entrar y que, por ser perpendicular á la de la Defensa, protegía casi completamente á la columna contra el fuego enemigo. Remontando hacia Perú, para inquirir la suerte del otro cuerpo, dió con sus hombres dispersos, y á poco con el mismo Cadogan que salía rechazado de dicha calle del Perú. El coronel Pack fué en persona á reconocer los primeros edificios de la manzana de Temporalidades, pero encontró imposible la entrada; resolvió volver atrás, buscando la incorporación de Craufurd y dejando á Cadogan que prosiguiese su retirada por la calle del Perú, hacia la calle de Belgrano (1).

Tal es, hasta donde llega el debate, la explicación sencilla y natural del texto de Pack, sin que sea necesario pedir aclaración á Saavedra, Rodríguez ó Cerviño, que nada tuvieron que hacer con este itinerario de Pack; ni mucho menos asomarse á los balcones de la Biblioteca Nacional (esquina de Perú y Moreno), que, si bien entonces formaba parte de los edificios de Temporalidades, no estaba todavía ocupada por fuerza alguna, ni pudo oponerse á la entrada de Pack, como no se opuso á la de Cadogan que vamos á reseñar.

Toda la parte del relato del señor Mitre, referente al ataque de Cadogan (*Una Maniobra imposible*), es un tejido de inexactitudes y suposiciones gratuitas. Empieza por «hacer confesar al

(1) Puede admitirse, como ligera variante ó, mejor dicho, complemento de interpretación de las declaraciones, que, mientras Pack reconocía los edificios de Temporalidades, Cadogan había continuado su retirada hacia la casa de la Virreina, y que allí tuvo lugar su última conferencia con Pack.

mismo Pack» que sólo salvó *setenta hombres* de su primer avance, cuando no hay rastro de semejante *return* en su declaración; me reprocha haber dicho que Pack no hubiera podido pasar por la cuadra del Colegio sin ser rechazado, y él mismo agrega que su ataque (imaginario) á dicha cuadra «fué rechazado»; me atribuye por dos veces no sé qué evolución de Cadogan ó Pack por la *calle de Alsina*, que no he nombrado sino para decir que es una de las cuatro centrales por donde no pasó ninguna de las columnas asaltantes. Y así el resto. Pido al lector que lea con atención el siguiente párrafo del señor Mitre, y cuente con los dedos todas las inexactitudes aglomeradas en tan pocos renglones:

«El mismo Pack dice en su declaración (TRIAL, etcétera), como se dice en la *Historia de Belgrano*: que entró con la *Brigada Ligera* que él dirigía (1), fuerte de 600 hombres, por la calle de Belgrano (2), marchando en columna continua en dos secciones (3), la vanguardia mandada por él, y la retaguardia por el comandante Cadogan (4). Agrega en su declaración (*sic*) que al arribar al Río de la Plata retrocedió hasta la intersección de aquella calle con la del Perú ó sea el punto inicial del ataque (?) y que allí conferenció con Cadogan (5), etcétera, etc.»

(1) No había propiamente «Brigada Ligera»; Pack mandaba la columna izquierda de la brigada Craufurd, cuyos dos cuerpos se componían casi por mitad del batallón ligero y del regimiento 95.

(2) Se comete por décima vez el grave abuso de argumentar atribuyendo á un testigo y principal actor afirmaciones imaginarias.

(3) No había tal «columna continua en dos secciones»; era la «columna de batallón», con divisiones ó semi-compañías, tan empleada en las guerras del Imperio. Por singular coincidencia, la brigada Pack, en Waterloo, entró al fuego toda entera con formación análoga.

(4) Sólo después de la conferencia, recibió Cadogan el mando de la mitad á retaguardia.

(5) ¡Un jefe superior que desde el río retrocede hasta Perú, para conferenciar con el subalterno que está al centro de su columna, la cual ocupa toda entera menos de una cuadra!! Dice el texto sencillamente: «A vista del río, mandé apretar filas y conferenció con Cadogan».

Todo ello, y lo demás que omito por superfluo, no impedirá que mi eminente contradictor persista en sostener los menores detalles de su relato y, sin gran preocupación de la verdad histórica, ataque mis prudentes inducciones, apoyadas en los mismos textos que él ha leído mal ó tergiversa cuando lo exige su tesis. Detenido yo por el respeto y, por otra parte, combatidos los resultados de mi estudio por un historiador ilustre que comete contra mí un verdadero abuso de autoridad, mi posición es realmente difícil. Con todo, me esforzaré por salir de ella no tan maltrecho como, de esta cuadra en que escribo, el desgraciado Cadogan; y para ello me apoyaré principalmente en un documento inédito de este archivo de la Biblioteca, que se publica hoy por vez primera y que el señor Mitre no parece conocer (1).

Al separarse de Pack con la retaguardia de la columna y el famoso cañón que quedó en la Ranchería, el teniente coronel Cadogan «llegó hasta el costado oeste de los edificios del Colegio sin mucha pérdida de hombres, cuando, al disponer el cañón de á 3 para echar abajo la puerta principal, el enemigo apareció de repente así en las azoteas y ventanas, como en las barracas del lado opuesto (*Ranchería*) y el fondo de la calle (cuadra del Correo) con alguna artillería» (2). La exposición no es del todo exacta, especialmente en el dato último, pero se ajusta bastante al conjunto de los hechos. En cuanto á la interpretación, sólo ofrece dificultad en su punto de partida; asimismo este punto es secundario. Quedando establecido lo principal: á saber, que la columna entera de Pack se hallaba entonces en la calle de Moreno, probablemente entre Balcarce y Defensa (acaso rebosando hasta la cuadra de Bolívar), no

(1) Véase la *Información* publicada en el mismo número de *La Biblioteca*.

(2) *TRIAL*, II, 568. Declaración de Cadogan.

sería imposible que Cadogan, en su marcha hacia atrás, hubiese rodeado la manzana Bolívar y Belgrano, desembocando en Perú por la esquina de la Virreina; pero semejante rodeo es muy improbable, siendo el objetivo un avance á la Plaza, y no parece indicado por la expresión de Cadogan: «avancé hasta el costado oeste de Temporalidades». Con la cómoda versión del señor Mitre, todo se facilitaría: bastaría concederle que la conferencia, y por tanto la separación de Pack y Cadogan, tuvo lugar en la misma esquina de la Virreina, sin ser inquietada por los cantones inmediatos. No hay duda de que el *I proceed* de este jefe encuadraría perfectamente; pero, si la presencia de la columna en Belgrano es una imposibilidad, la primera conferencia «á vista del río» y en dicha esquina es un absurdo. El señor Mitre invoca el testimonio de Saavedra; pero éste queda poco menos que invalidado por la *Información* que hoy se publica, y sobre todo contradicho por el mismo Saavedra, cuando, después de decir que la columna entró por la esquina de Medrano ó de la Virreina, afirma en seguida que «no pasó de la calle de Oruro (Moreno) por haber sido completamente derrotada, quedando en ella (la calle de Oruro!) multitud de cadáveres y el cañón con caballos y cocheros muertos» (1). En realidad, el comandante de patricios, como de la *Información* se desprende, no vió entrar la columna, desde su puesto de defensa en el actual Museo.

Tampoco pudieron verla á su entrada los declarantes de la *Información*, según ellos mismos lo expresan, hallándose los unos en la esquina diagonal á la Ranchería (es decir, tras del puesto de los patricios) y los más numerosos en la casa de don Pastor Lezica (calle de Alsina, núm. 627) (2),

(1) *Compilación de documentos* (Colección Alsina-López), página 577.

(2) Debo esta ubicación precisa á la amabilidad del señor Ricardo Lezica.

desde cuya azotea no se alcanzaba á ver sino la Plazuela. No hay, pues, dificultad en aceptar nuestro itinerario más breve y directo, que hace retroceder á Cadogan por la calle de Moreno, la misma de su entrada, hasta Perú, donde dobló y dispuso el ataque al «cuartel de Marina» (Universidad). El cuerpo de Cadogan recorrió impunemente la cuadra entera de Temporalidades, desde la Biblioteca hasta la Universidad, y sólo fué al desembocar en la Plazuela de la Ranchería y asestar el cañón contra la puerta del Cuartel de Marina, cuando, desde la esquina de Eiriga y sobre todo desde la casa de Lezica, llovieron las balas y granadas de mano. Estas fueron las más mortíferas, siendo así que su radio de arrojó no podía pasar de unos 30 pasos. En un instante la Plazuela quedó cubierta de muertos y heridos; la columna asaltante retrocedió en desorden, abandonando su cañón, perseguida por los catalanes desde la calle y fusilados por los patricios desde las bóvedas de las casas de Oruro. Cadogan se refugió en la casa de la Virreina donde finalmente tuvo que rendirse con unos cuarenta soldados válidos que le quedaban (1).

Creo que he tocado los puntos principales de una discusión en que abundan los secundarios y hasta insignificantes. He rectificado un aserto

(1) Las casas de Oruro eran las del centro de la cuadra, v. gr. donde estuvo por mucho tiempo el Departamento de Escuelas; parece que tomaron ese nombre por haber sido cárcel de algunos reos de Oruro, complicados en la sublevación de Tupac-Amarú. El nombre oficial de la calle Perú era «San José»; solía llamarse «calle del Correo», por hallarse en ella esta repartición, en la cuadra Alsina-Victoria. Nótese, sin embargo, que ninguno de los declarantes de la *Información* designa así la parte de Perú comprendida entre Alsina y Belgrano: dicen unánimemente la «calle Del Pino», entendiéndose la calle de la Virreina (Viuda de Del Pino). Como nuestras provincias hasta poco há, y en Lima hasta ahora, cada cuadra tenía su nombre particular más ó menos oficial, derivado ya del edificio ó vecino más notable, ya de la industria ó comercio en ella dominante.

erróneo de mi primera versión, restablecido el alcance de un testimonio por mí apreciado injustamente, y confirmado el resto de mi relato primitivo. Es casi seguro que, hasta el momento de reunir en volumen estos ensayos sucesivos y casi improvisados, tendré la fortuna de descubrir y corregir otros errores, y deseo sinceramente que á ello coadyuve la crítica mejor informada de mi ilustrado contendor. Si como él, tuviera yo la fortuna de ver sucederse durante treinta años las ediciones de mi libro, me guardaría muy bien de tomar por divisa la triste respuesta de Pilatos: *quod scripsi, scripsi*, declarando que el tiempo y la crítica no me han traído enseñanza alguna y sólo confirmádome en mi propia infalibilidad. No seré yo quien imite al historiador Vertot, hoy perdido en los limbos, que no quiso deshacer su primer relato del sitio de Rodas después de recibir las pruebas irrecusables de su error, y dió la proverbial respuesta: *Mon siège est fait!* Tengo la pretensión de ser accesible á la contradicción justificada, é indefinidamente perfectible.

Comprenderá el lector, sin que insista en ello, con qué dificultades especiales luchaba en esta discusión, á que he sido arrastrado en defensa de un ensayo discutido antes de su conclusión, por una alta personalidad á quien tributo el respeto debido, y cuya autoridad ejerce en el espíritu público una suerte de dictadura. Yo sabía anticipadamente que estaba vencido, no ante los hechos, sino ante la opinión. Y es muy posible que, por momentos, no haya mirado sin un poco de impaciencia la actitud soberana de un conquistador que, no satisfecho con haber descubierto comarcas inexploradas, intenta echar por tierra mis cálculos é instrumentos de precisión, con la ballestilla del piloto de Huelva.—Pero, dicho eso y mucho más, las cosas quedan en su lugar y los hombres en su puesto merecido. Repito y será mi reflexión final—que todas las rectificaciones secundarias no amenguan la importancia de las obras fundamentales. Nunca más que ahora, después de sentir lo

que cuesta cerrar un pobre arco de la nave lateral, estoy dispuesto á celebrar el esfuerzo y el gasto de energía que representa el edificio por otros concluído, mayormente cuando fué levantado sobre terreno casi virgen y sin modelo próximo.

P. GROUSSAC.

